

El alfabeto sagrado

Gemma Nieto

temas de hoy. TH NOVELA

© Gemma Nieto, 2009
© Ediciones Temas de Hoy, S. A. (T. H.), 2009
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
Primera edición: septiembre de 2009
ISBN: 978-84-8460-804-2
Depósito legal: M. 30.098-2009
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impreso en Artes Gráficas Huertas, S. A.
Printed in Spain-Impreso en España

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

y la siguiente...

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

*A mis padres, Vidal y M^a Carmen,
por todo lo que han hecho por mí;
y a Antonio, Amparo y Charo,
por ayudarme a ser quien soy*

«La letra "a" encarna la Grandeza, representa la Perfección, la Luz y la Vida; y simboliza el Principio y el Fin de todas las cosas.»

The mandaeans of Iraq and Iran
ETHEL STEFANA DROWER

I EL ROBO

MUSEO DE BAGDAD, IRAK. VIERNES II DE ABRIL DE 2003

Ahmed Sadoun no acostumbraba a ensuciarse las manos. Tenía los dedos largos y las uñas bien cuidadas a pesar de que Bagdad ardía y de que las bombas continuaban estallando por doquier. Hacía dos días que los americanos habían comenzado a atacar la capital y la ciudad en guerra se consumía por el fuego. El arrullo de sus antiguos mercados callejeros había dejado paso al estruendo de las detonaciones, pero el iraquí barría las calles con el bajo de su chilaba como si estuviera por encima de todo ese caos.

Oyó el silbido de una bomba al caer demasiado cerca y encogió su cabeza bajo los hombros de una forma instintiva. Era imposible saber quién había disparado, si los norteamericanos o las fuerzas iraquíes; en todo caso, a la ciudad le produciría el mismo daño. Ahmed miró un segundo a su espalda, en dirección a los edificios que acababa de dejar atrás, pero no pudo ver el destrozo que había ocasionado. Era de noche y Bagdad estaba a oscuras, a excepción de los intermitentes incendios que iluminaban sus edificios derruidos y lanzaban al aire su inevitable carga de humo. Vivía en una tierra sin ley ni orden que, además, se estaba quedando sin historia; y él era uno de los responsables.

Había esperado casi dos días desde que comenzó la guerra para acercarse al Museo Nacional de Arqueología confiando en que los saqueadores ya habrían robado todo lo que tuviera algún valor. No podía enfrentarse a las bandas organizadas que procedían del extranjero y tampoco deseaba hacerlo con las hordas de desheredados que las siguieron. Las primeras vinieron acompañadas de camiones y furgonetas con el material de asalto más avanzado y embalaron todo lo que sus clientes de Nueva York, Londres o Suiza

les habían encargado. Las segundas se acercaron armadas con cuchillos y hachas para llenar sus bolsillos con despojos que vender a los traficantes locales. Ni las unas ni las otras le importaban. «Lo que he venido a recoger —pensó acariciando su grueso bigote— continuará en su sitio. Excepto para mi cliente, es algo que carece de importancia.» O eso creía.

Ahmed había nacido en Bagdad y sus primeros años de vida fueron más fáciles que los siguientes. Siendo un adolescente, su país entró en guerra contra Irán; a ese conflicto le siguió un embargo estadounidense por haber pretendido invadir Kuwait y, aunque todo pareció terminar con una operación a gran escala, Zorro del Desierto, solo consiguió arruinar y desmoralizar aún más a la ya deprimida población civil.

Para su familia resultó muy difícil alimentarse con regularidad en aquellos años. Ahmed aprendió a hacerlo por ellos acercándose al poder y obteniendo de él todo lo que necesitaba, solo existían dos principios: carecer de moral y obedecer las órdenes. El problema llegó con las noticias de una inminente guerra contra Estados Unidos a principios de 2003. La forma de dominio que conocía iba a desaparecer y comenzó a buscar nuevos «protectores», que él llamaba «clientes». Los encontró fuera de sus fronteras, en los círculos universitarios de uno de los países que acabarían atacando al suyo: Inglaterra. Los nuevos clientes deseaban conseguir «piezas», el trabajo era fácil, solo tenía que hacérselas llegar.

El iraquí era un hombre moreno de piel tostada y rasgos duros. Tenía el pelo negro y la cara cruzada por un grueso bigote arqueado hacia abajo que le confería un perpetuo gesto de desconfianza. Rondaba la madurez, aunque su constitución delgada y una mirada oscura y penetrante le hacían poseer un halo de edad indeterminada. Había llevado una vida dura entrando y saliendo siempre por las puertas de atrás, acechando en las sombras para encontrar el momento adecuado de conseguir todo aquello que le pidieron sus viejos clientes, y ahora se le hacía muy fácil satisfacer los deseos de los nuevos.

Volvió a mirar hacia atrás para comprobar que estaba solo en el amplio descampado del museo mientras ajustaba su arma bajo la chilaba. «Posiblemente tendré que utilizarla», pensó. Cuando alcanzó la fachada del edificio comenzó a caminar con lentitud, pegando la espalda al muro de ladrillo, sin dejar de escrutar más allá de las últimas sombras. Estaba desprotegido y lo sabía; ante él se extendían los jardines que daban acceso al Museo de Arqueología y, hasta hacía bien poco, allí había tenido lugar una batalla en toda regla. Sus compatriotas iraquíes habían cavado trincheras para defenderse de los estadounidenses; alguna de ellas todavía podría contener inquilinos y no estaba de más andarse con cuidado. No sería extraño que algún soldado, de cualquiera de los dos bandos, intentara cortarle el paso.

Continuó su avance con sigilo, bordeando la fachada, hasta que alcanzó la entrada habitual de los empleados. Decidió refugiarse en la pequeña caseta que daba acceso al interior y aguardó. A excepción

de las bombas que resonaban lejanas y del ruido de los aviones que surcaban el cielo negro, no logró distinguir ningún otro sonido. Tampoco oyó nada dentro del museo, ni percibió ninguna luz. Creyéndose seguro, y a solas, encendió su linterna y se dirigió hacia la sala de entrada.

No le sorprendió ver el desorden de las mesas volcadas ni el suelo tapizado de papeles, como tampoco el caos que distinguió en los despachos que iba dejando atrás a medida que se internaba en el edificio. Los saqueadores habían destrozado las puertas a hachazos abriendo en ellas boquetes del tamaño de un hombre. Se habían llevado los ordenadores y los objetos de valor que podían vender con facilidad en el mercado negro. Todo aquello que no les había sido útil estaba esparcido por el suelo o amontonado en los rincones. Incluso pudo distinguir un tenue olor a gasolina y vio alguna antorcha medio quemada que sirvió para iluminar el saqueo.

A medida que avanzaba por el entramado de pasillos, la oscuridad se tornó más densa y su linterna solo conseguía alumbrar el pequeño círculo que le precedía. Giró en una esquina y sus pasos le llevaron hasta la escalera que conducía hacia los almacenes del sótano, donde se guardaban las piezas que aún no habían sido catalogadas o aquellas que no cabían en las vitrinas de la exposición al público. Cuando estaba a punto de iniciar el descenso, Ahmed se detuvo alarmado. Creyó haber oído un leve chirrido. Recorrió con la linterna la escalera y su luz iluminó los escalones cubiertos de fichas de catalogación, de hojas de índices y de documentos oficiales arrojados sobre los peldaños y el pasamano. No vio a nadie. Sin embargo, su mirada se iluminó: tras el último peldaño, y al final de un corto pasillo, distinguió las enormes puertas de hierro acorazado que daban acceso al sótano. Esbozó un amago de sonrisa provocando que su espeso bigote negro le ocultara los labios. Tal y como suponía, las puertas habían sido forzadas. Solo tenía que cruzarlas y recoger lo que había venido a buscar.

Cuando traspasó el umbral se vio inmerso en una maraña de estanterías grises, algunas de ellas volcadas en cadena como fichas de dominó. Muy pocas conservaban aún las piezas alineadas en sus estantes. Las vasijas de barro, las estatuas y las ánforas de cinco mil quinientos años de antigüedad yacían esparcidas por el suelo en pedazos irreconocibles. Al andar crujían bajo sus pies los trozos de mármol y de cerámica sumeria que algún día adornaron los ricos palacios de reyes poderosos.

En Irak, en Sumeria, nació la civilización. Somos quienes somos gracias a ellos. Los sumerios nos enseñaron a contar el tiempo en fracciones de sesenta segundos por minuto y de sesenta minutos por hora; nos dieron las primeras leyes, el calendario, las matemáticas y la rueda. Y nos regalaron la escritura hace más de cinco mil años.

Ahmed tropezó con un pedazo de estatua especialmente grande y lo apartó sin miramientos hacia un lado. El torso humano, desprovisto de cabeza y con los brazos destrozados, fue a empotrarse contra una estantería que a punto estuvo de volcar. Un poco más lejos, otro tronco humano se apoyaba contra una pared, sin ojos para mirarle.

A petición de los coleccionistas europeos y americanos, los ladrones buscaron cabezas de estatuas con más de dos mil años de antigüedad. «Solo cabezas», les especificaron sus adinerados clientes. Así que fueron concienzudos en su trabajo estrellando las estatuas eficazmente contra el suelo para llevarse solo la parte que les interesaba.

El hombre continuó internándose entre la maraña de estanterías mientras las contaba con frialdad. A medida que se adentraba en su laberinto, le salían al paso, como fantasmas de otra época, restos de brazos marmóreos y piernas de piedra calcárea. Pero Ahmed estaba ciego ante el espectáculo de destrucción que invadía el sótano, deseaba una pieza en particular y esperaba que no estuviera rota, aunque fuese la única que quedara intacta en todo el almacén.

Cuando supuso que debía de estar muy cerca de la estantería que buscaba, extrajo una hoja de papel del bolsillo de su chilaba. La desdobló y apuntó el haz de la linterna sobre ella. Deseaba cerciorarse de que no se había equivocado. La parte superior del folio contenía un pequeño plano del entramado de estanterías de los almacenes y su parte inferior mostraba una impresión en color del objeto que le habían encargado. Se orientó en el plano e iluminó el camino que tenía por delante: era el segundo anaquel por la izquierda.

A falta de dos pasos para alcanzarlo, el sonido de pequeños trozos de cerámica golpeándose unos contra otros le alarmó. Se detuvo y apagó la linterna, aunque estaba seguro de que si había alguien más en el almacén le habría oído llegar. Aguardó en silencio conteniendo la respiración. También podría tratarse de alguna pila de objetos que se había desmoronado, allí todo se mantenía en un precario equilibrio. Pero no estaba seguro. Unos segundos después volvió a percibir un ruido similar al anterior. Le pareció que alguien revolvía entre los pedazos de cerámica. Comenzó a acercarse hacia el lugar de donde procedía el sonido. Muy despacio, tanteando los estantes con sus dedos. Avanzaba con pasos cortos, procurando no tropezarse con las piezas esparcidas por el suelo. A su izquierda, sus manos tocaron una pila de cajas de embalaje formando un sólido muro de más de dos metros. Creyó distinguir un tenue resplandor a través de sus rendijas. La bordeó despacio, sin hacer el más mínimo ruido y sin saber lo que podía encontrar al otro lado. Cuando la rebasó se topó con la figura de un joven encorvado sobre una vela a punto de apagarse.

El muchacho vestía una vieja sudadera de deporte que había conocido mejores tiempos y dueños más robustos que él. La ambarina luz de la vela marcaba sus pómulos huesudos confiriéndole un aspecto hambriento. Estaba revolviendo los restos caídos en el suelo y Ahmed le vio recoger un cuenco de barro. El chico evaluaba si aquella especie de tazón agrietado era lo suficientemente antiguo como para obtener algún beneficio por él. Quizá esa noche pudieran cenar en casa si encontraba algo valioso. Lo acercó a la luz vacilante de la vela y, al girarlo, un trozo se desprendió de la pieza y cayó entre sus dedos. Era un cuenco mediano, de barro cocido y apenas diez centímetros de altura. En su fondo se distinguía una forma similar a

una figura humana dibujada con los trazos sencillos e inestables de un niño: un círculo para la cabeza y cuatro palitos, dos para representar las piernas y otros dos para los brazos. A su alrededor, como garabatos, la escritura ascendía en espiral hasta la base del cuenco. El muchacho no sabía si eran letras o simples adornos, no sabía leer, pero le gustaba el dibujo de la figura del fondo con sus brazos abiertos sosteniendo un escorpión y una serpiente.

Los ojos oscuros de Ahmed compitieron con la mortecina vela y parecieron desprender más luz que ella. Había reconocido el cuenco y estaba furioso porque se había roto en las manos del chico. Pensando en que sus clientes pagarían menos por él, encendió su linterna y la dirigió hacia el joven. El muchacho no se sorprendió, se había percatado de su presencia desde que entró en el sótano. Antes de hablar enfocó su vista hacia el suelo para no deslumbrarse.

—Aparta esa luz —le pidió al desconocido con una voz aguda que aún no era la de un hombre.

Ahmed encogió su muñeca y la luz recorrió la distancia que separaba la cara del joven del objeto que sujetaba en su mano derecha.

Ahora el chico podía ver al desconocido. Supuso que habría venido a robar lo que aún quedaba.

—Esta zona es mía —le indicó con desparpajo a Ahmed abarcando con un gesto de su delgado brazo todo lo que le rodeaba—, busca por allí si quieres.

El hombre ni siquiera miró en la dirección que le señalaba. Se había limitado a fijar el haz de su linterna en la mano que sujetaba el cuenco.

Ahora que disponía de mejor luz, al joven le pareció que la vasija de barro no era lo bastante vieja como para que tuviese algún valor y, además, estaba rota. Sin embargo, le gustaba el dibujo del fondo y la espiral de garabatos que ascendía hacia el borde. No sabía qué hacer. Se rascó la cara, como si la futura barba que algún día tuviera pudiese provocarle picor en sus mejillas suaves.

Ahmed dio un paso hacia delante. El otro le vio.

—Te he dicho que busques por allí —le contestó irritado, y volvió a señalar hacia su derecha.

Después decidió que nadie compraría el cuenco y arqueó el brazo hacia atrás para deshacerse de él lanzándolo lo más lejos posible.

—¡Dámelo! —le ordenó Ahmed.

El joven se detuvo y observó por primera vez la cara del desconocido. Fue acercando muy despacio la vasija a su cuerpo mientras volvía a mirar al hombre. Luego dirigió la vista hacia su cuenco y entonces se percató de que la luz de la linterna enfocaba la pieza de barro. No se apartaba de ella. La balanceó delante de su cara y Ahmed no dejaba de iluminarla. El muchacho pareció darse cuenta de pronto de que aquel hombre vestía mejor que él. Su chilaba se veía bien planchada y sus zapatos estaban nuevos. No era un ladrón vulgar. Frunció el ceño y pensó que si el extraño deseaba esa pieza y no otra de las que tenía alrededor era porque esa tenía valor.

—Yo la encontré primero —respondió con la intención de negociar.

—Dámela —le ordenó de nuevo Ahmed.
Su voz cortaba el aire.

El muchacho hizo ademán de guardarla en una mochila raída que tenía al lado, pero lo pensó mejor.

—¿Cuánto me das por ella? Estoy dispuesto a venderla —ofreció con una voz casi infantil—. Me da igual hacerlo aquí que en el mercado —le aclaró.

Ahmed no apartaba los ojos de los signos grabados en el interior del cuenco, ni de la figura dibujada en su fondo. Era ese, estaba seguro, era el mismo de la fotografía: se trataba del cuenco de encantamientos mandeo que le habían enviado a buscar.

Como el hombre no respondió, le hizo una primera oferta.

—¿Cincuenta dólares? —Ante el silencio decidió bajar el precio—. ¿Treinta?

Ahmed comenzaba a impacientarse. Le esperaban en el aeropuerto para sacar la pieza del país.

—Tengo prisa. Dámela —fue la única respuesta que obtuvo.

Comprendió que no habría trato, así que se incorporó y recogió su gastada mochila. La vela que había traído exhaló sus penúltimos brillos de luz dejando caer al suelo una pequeña lágrima de cera.

Ahmed apartó uno de los laterales de su chilaba y sacó el arma de la cartuchera. Cuando el chico levantó la vista se encontró con la boca de un revólver apuntando a su pecho. No era la primera vez que le ocurría en su corta vida, pero el hambre es capaz de hacer retroceder al miedo; en lugar de ofrecer el cuenco al desconocido, lo acercó aún más hacia sí. El hombre no vaciló, levantó unos centímetros la boca de su arma para no destrozar la pieza y disparó. Un solo tiro. Certero. En la frente. El joven cayó hacia atrás con los ojos muy abiertos sujetando con fuerza el cuenco junto a su pecho.

A pocos metros de allí, un hombre dio un respingo y se tapó la boca sobresaltado. Lo había visto todo. El sacerdote mandeo Basaam Jabar había observado al chico desde que llegó. Le vio ir de un lado a otro y refugiarse tras unas grandes cajas de cartón mientras buscaba alguna pieza valiosa. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció lo que había encontrado entre un montón de escombros de cerámica. «¡Aún está aquí!», se sorprendió. Era demasiada suerte. Basaam decidió esperar para ver qué hacía el joven con la vasija. Se encontraba oculto entre la relativa seguridad de las sombras de unas estanterías volcadas y, desde su escondite, esperó pacientemente el momento. Jamás se le habría pasado por la cabeza arrebatarse el cuenco, un mandeo no roba, pero habría esperado que se deshiciera de él por inútil y, en última instancia, lo habría comprado. «¿Cuánto pedía? ¿Cincuenta dólares? Demasiado barato —pensó el sacerdote—. Nosotros habríamos pagado una fortuna», aunque sabía que el conjuro que encerraba ese pequeño cuenco no tenía precio, era impagable.

Sin embargo, el momento que esperaba nunca llegó. En su lugar apareció el iraquí Ahmed Sadoun.

Ahmed guardó su arma y se inclinó. Separó uno a uno los dedos que sujetaban con fuerza la vasija y la tomó casi con reverencia. Había temor en su mirada cuando la levantó. Sabía que la magia mandea era muy poderosa. No en vano Sadam había intentado acabar con ellos convirtiéndolos al islam, o simplemente acabar con ellos, y no había podido. En verdad, los temía, le provocaban el mismo miedo que él estaba sintiendo ahora al tener el pequeño cuenco entre sus manos. Había algo hipnótico en aquellos signos incomprensibles que ascendían en espiral, y la vista no podía separarse de la figura escuálida que le miraba desde el fondo sujetando un escorpión y una serpiente. Apartó con dificultad los ojos de la vasija, como si una sola mirada fuera capaz de embrujarle. Ahmed era una bestia sin escrúpulos que, sin embargo, se inclinaba ante lo sobrenatural, y aquel cuenco conjuraba en su mente los temores atávicos de su educación. Envolvió la vasija de dos mil años de antigüedad junto al pedazo que se había desprendido en unos trapos que encontró y la ocultó bajo su chilaba. Podía sentir el extraño calor que emanaba. En un acto instintivo la separó de su pecho. Después iluminó el pasillo y se dirigió hacia las puertas acorazadas. No se percató de unos dedos que estuvieron a punto de rozar su hombro.

Entre las sombras, el sacerdote mandeo vio cómo el asesino pasaba a su lado. Alzó un brazo, pero nunca hubiera podido detenerlo: si un mandeo no era rival para un ladrón, mucho menos lo era para un asesino. Su brazo se mantuvo en esa postura, extendido, en el simple gesto de rozar la chilaba del hombre y con él, de conseguir el tercer cuenco que ahora cruzaba las puertas acorazadas del almacén para perderse en un mundo que no sabría invocar su magia. ¿O sí?

Cuando Ahmed dejó atrás los muros del museo, la ciudad continuaba sin ley y sin orden y, como había podido comprobar, también se estaba quedando sin historia. Él escondía una parte muy molesta entre los pliegues de su chilaba.

Miró el reloj de pulsera. Era tarde. El avión que le sacaría de Irak no iba a esperarle eternamente. Sacudió la suciedad pegada a su ropa y apretó el paso. Los bajos de la chilaba imprimían estelas en el suelo con el polvo milenario del museo.

BAGDAD, IRAK. CUATRO AÑOS DESPUÉS

La brisa levantó nubes de arena de la amplia planicie de tierra y barrió los pies descalzos del sacerdote Basaam Jabar. La fuerza del viento no pudo empujar los granos más allá de un par de metros,

hacia la oscura orilla del río Tigris. El sacerdote no percibió la corriente de aire, como tampoco parecía ver a la multitud de feligreses que permanecían atentos a la lectura de los tres religiosos frente a la bandera sagrada, el *drabsa*, que miraba al norte, hacia el punto en el que los mandeos creían que se encontraba el cielo.

Ante ella, y en el centro, se encontraba Basaam. Era el más alto y el que tenía la piel más tostada por el sol; su larga barba aún era negra. A su derecha, su amigo Naseer Kaleel leía los textos sagrados con auténtica devoción, poniendo el alma en sus palabras. Era un hombre joven, de poco más de veinte años y aún no era sacerdote, sino tarmida, todavía estaba aprendiendo el oficio, aunque ya podía llevar a cabo ciertas ceremonias religiosas como los enlaces matrimoniales. En su fervorosa lectura fruncía el ceño en exceso y elevaba los ojos al cielo. Conocía muy bien los pasajes que estaba recitando y no le hacía falta seguir el libro; no en vano una de sus labores principales consistía en aprender los textos religiosos de memoria y en repetirlos hasta que su entonación fuese realizada en un perfecto mandeo clásico.

Antes de iniciar a un alumno en los misterios de su religión, el estudiante debía aprender de memoria una enorme cantidad de material sagrado que tenía que ser pronunciado correctamente para que los ritos fuesen válidos. El discípulo sería corregido en numerosas ocasiones, pero Naseer era uno de los mejores y de ello era consciente el anciano sacerdote que se encontraba a su derecha.

Zakaria Asgari no apartaba sus ojos envejecidos del libro sagrado que sujetaba entre las manos mientras escuchaba con atención las palabras de su alumno Naseer. «El sonido es casi perfecto —pensó, y estaba seguro de que el muchacho sabría cumplir su papel llegado el momento—. El único problema consistiría en refrenar su excesivo ímpetu.» Daba gracias por contar con la ayuda del sosegado y reflexivo Basaam. Algún día, Naseer sería ordenado sacerdote y ellos dos tendrían que hacerse cargo de sus obligaciones, él ya era demasiado viejo para muchas cosas.

Zakaria ocupaba el cargo de ganzebra, era el obispo que guiaba a la pequeña comunidad mandea que vivía en el corazón de Bagdad y a todos aquellos que se desplazaban hasta la capital para celebrar las fiestas más importantes. No quedaban muchos obispos mandeos y el trabajo se multiplicaba en su región; aunque tenía que reconocer que la fiesta que estaban llevando a cabo no era una de las más importantes, como sucedía con la de Año Nuevo o el Panja, y eso hacía que no se hubiesen trasladado muchos feligreses a la ciudad para celebrarla.

Era el primer día del mes *hatia* mandeo, que ese año coincidía con el 22 de mayo, y honraban el nacimiento de su último profeta, Juan el Bautista. Antes de él, solo tuvieron tres más: Adán, el primer hombre; su hijo Seth; y Sam, hijo del bíblico Noé. Después de Juan no hubo ningún otro.

La fiesta era una pequeña celebración que solo duraba un día y, en ella, los niños cantaban himnos y los sacerdotes ofrecían lecturas del Libro de Juan con historias sobre su vida y sus enseñanzas. Tras

los bautismos en las aguas del Tigris y la comida campestre, la jornada finalizaba en el templo de Bagdad, el *mandi*, recitando sermones; aunque los niños preferían comer galletas y beber los sorbetes que venían después de la ceremonia religiosa.

El ganzebra se sentía agotado, y no por la pequeña celebración que estaban llevando a cabo, sino por el inmenso trabajo que tendrían que realizar dentro de pocos días el sacerdote Basaam, el tarmida Naseer y él mismo.

Cuando otro remolino de aire hizo ondear el bajo de su túnica, Basaam Jabar levantó la vista de su libro y observó el pequeño fuego ceremonial que ardía en el suelo junto a la bandera sagrada. Consumía incienso, la fragancia del Mundo de la Luz. Lo había encendido el ganzebra con combustible puro mientras él confeccionaba el *drabsa* con un armazón de dos juncos atados en forma de cruz; sobre su palo transversal se disponía la bandera, como si fuera una bufanda colgando de un cuello imaginario, sin que ninguno de sus extremos llegara a rozar el suelo. La larga tira de seda sin blanquear quedaba a merced del aire, que la agitaba sin compasión aquella tarde. Recordaba, de alguna manera, a los pendones que los párrocos cristianos portaban en las procesiones, aunque el *drabsa* no encabezaba nunca ningún desfile, siempre permanecía anclado al suelo.

Los feligreses que escuchaban con atención a los tres sacerdotes vestían el traje ritual, el *rasta*. Bajo una larga túnica de algodón sin desbastar asomaban unos pantalones anchos y holgados. Llevaban la cabeza totalmente cubierta por un turbante enrollado tres veces, aunque a las mujeres les colgaba como un chal, y se ajustaban la túnica al cuerpo con un cinturón elaborado de lana trenzada. Las ropas eran de color blanco, incluidas las de los sacerdotes, como símbolo de la vestidura celestial de los ángeles y de las almas puras. Allí reunidos, bañados con la cálida luz de Bagdad, a orillas del río Tigris, parecían formar parte de un tiempo desaparecido hacía veinte siglos: la escena de san Juan bautizando en el río Jordán.

Cuando Naseer finalizó su lectura de los versos, el ganzebra alzó la mano derecha indicando que esa parte del oficio había finalizado. A la luz del sol, el pequeño anillo de oro que portaba en su dedo meñique brilló un segundo. Era el *Sum Yawar*, el Gran Sello que ninguno de los Siete puede borrar, y que solo es usado por los sacerdotes.

Tras la señal de su obispo, el grupo comenzó a dispersarse ocupando los banales de arena para preparar una comida campestre.

—¿Ya se lo has contado? —le preguntó Naseer junto al fuego ceremonial.

Se dirigía a su compañero Basaam, que desmenuzaba incienso sobre la lumbre.

—No, aún no —le respondió paciente el sacerdote.

—Pero ¿le has dicho que tienes que hablar con él? —volvió a preguntar atropellando las palabras.

El tarmida mantenía una actitud de continuo nerviosismo que Basaam no lograba calmar; siempre estaba dispuesto a la acción, como si su cuerpo robusto no pudiera contener su propia energía.

—El ganzebra ya lo sabe —le respondió con parsimonia—. Vio la carta que recibí ayer.

El obispo se aproximaba con la espalda encorvada, arrastrando los pies por la arena del río. Cuando llegó a su altura se sentó junto a ellos y comenzó a preparar el *petha*, un pan ácimo que, junto con un poco de agua, ofrecería a sus feligreses tras el bautismo en un acto de comunión muy similar al cristiano.

Zakaria ya había cumplido los setenta años; aunque su larga barba le ocultaba gran parte del rostro, se intuía debajo una maraña de arrugas. Era alto para la constitución normal de los iraquíes, y muy delgado. Para los mandeos, el sacerdocio había sido hereditario durante muchos siglos y quizá eso los había convertido en una casta diferente, que no se mezclaba con el pueblo y que elegía a sus esposas de entre los notables de la sociedad. Eso podía explicar su piel más clara, casi occidental, y el color de sus ojos, de un azul desvaído por la edad, que contrastaban vivamente con los del resto de sus paisanos.

En la actualidad, la antigua costumbre hereditaria se había perdido, en parte por las persecuciones a que habían estado sometidos y que había reducido drásticamente su población y, en parte, a que las ideas religiosas estaban cambiando.

Quedaban pocos mandeos y cualquiera que deseara continuar con la tradición, aunque su familia no perteneciera al linaje sacerdotal, era bienvenido e iniciado en los misterios religiosos. Pero ese cambio en las costumbres no significaba que el aprendizaje se hubiese relajado, por el contrario, continuaba siendo tan duro y exigente como siempre. Eso bien lo sabía Naseer.

El tarmida se frotó las manos junto al fuego ceremonial y dio un par de codazos a su compañero Basaam para que dejara de añadir incienso y comenzara a hablar. Zakaria Asgari se había percatado de la insinuación y sonrió.

—Y bien, Naseer —le dijo el anciano con la mano derecha acariciando su barba blanca—, ¿tienes algo que contarme?

El otro se turbó y bajó la mirada.

—No, yo no. Pero Basaam sí. ¡A que sí, Basaam! —exclamó volviéndose hacia su amigo.

El sacerdote había continuado añadiendo incienso al fuego, que esparcía su dulce aroma sobre ellos, pero miró al obispo y le guiñó un ojo. Existía una gran complicidad entre aquellos dos hombres buenos a pesar de que les separaban más de cuarenta años. Carraspeó de una forma muy teatral que ilusionó a Naseer, aún fácilmente impresionable, y comenzó a hablar:

—La carta que recibí ayer venía de Jerusalén —le explicó a Zakaria—. La enviaba el anticuario al que le hemos comprado otros artículos. —El ganzebra asintió en silencio, ya disponía de esa información—. Dentro del sobre incluyó una fotografía en color...

—¡Díselo ya! —le interrumpió su amigo presa del nerviosismo al ver que daba demasiadas vueltas a su exposición. Y, como no pudo reprimirse, él mismo terminó la frase—: ¡Es el cuenco, ganzebra! ¡Nuestro cuenco!, ¡el que nos robaron en el museo!

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, INGLATERRA

Llueve. El viejo despacho del *professor* Sinclair en la Universidad de Cambridge huele a humedad y al perfume de su joven colaboradora. Las delicadas notas de azahar procedentes de ella no logran borrar la sensación de agobio que le provoca la lluvia. Esa tarde, las nubes oscuras habían tomado por asalto todo el cielo del campus, aunque Samuel Sinclair creía con sinceridad que se vertían con más ímpetu sobre el suelo de Downing Street solo para provocarle un fuerte dolor de cabeza.

El *professor* vestía un traje de tweed muy británico. Era un hombre de porte aristocrático con la barba blanquecina perfectamente recortada. El pelo, que acostumbraba a peinar hacia atrás, dejaba al descubierto una amplia frente casi carente de arrugas que desmentía su verdadera edad. Se movía con gran seguridad a pesar de arrastrar una leve cojera, fruto de sus días de investigador de campo junto a un discípulo de la señora Drower. Tras un breve descuido en el campamento arqueológico, una piedra de dos toneladas cayó sobre él. O eso era lo que le gustaba contar. En realidad, si hubiese caído sobre él, no habría podido contar nada. La enorme piedra cedió un poco y le seccionó el talón de Aquiles. Aquello le dejó una cojera de por vida que le obligó a ir siempre acompañado de un bastón que realzaba su porte.

Protegidos por la calidez de su despacho, en la planta baja del Departamento de Arqueología, Samuel Sinclair y Andrea Jacobs intentaban leer un antiguo conjuro del siglo I de nuestra era.

—No, ese sonido tiene que ser más fricativo —le corrigió Andrea.

Samuel Sinclair lo intentó de nuevo, pero no consiguió lo que deseaba y exhaló un sonido estridente parecido al de un gato cuando le han pisado el rabo. La mujer no pudo evitar reírse.

El despacho estaba decorado con gusto, pero el exceso de estanterías repletas de libros en un equilibrio inestable reducía sus verdaderas dimensiones ya de por sí modestas. Sin embargo, el mobiliario de vieja madera de roble y la alfombra persa que cubría el suelo conseguían imprimirle un aire acogedor y cálido. Al fondo de la habitación un amplio ventanal orientado al jardín filtraba con suavidad la última claridad de la tarde. Ese día, los cristales servían de tambor a la incesante lluvia que caía sobre el campus.

Sinclair y su joven colaboradora estaban sentados en el mismo lado de la gran mesa del despacho con apenas unos centímetros separando sus rodillas. El catedrático sostenía en sus manos un viejo cuenco mancebo de conjuros con una figura femenina dibujada en su

interior. Samuel intentaba leer el texto de la forma correcta, aunque ya había sido corregido varias veces por Andrea.

La señorita Jacobs era una orientalista de reconocido prestigio a pesar de su juventud. Aún no había pasado de los treinta y estaba finalizando su tesis posdoctoral. Había cursado la especialidad de Estudios Hebreos y Arameos en la Universidad de Cambridge e impartía clases de arameo en la Facultad de Estudios Orientales. Sus trabajos sobre lenguas semíticas y sobre teología mandea habían sido publicados en el *Journal of Semitic Studies* y en la revista de la *British School of Archaeologia* de Irak, entre otras. Incluso se había encargado de la elaboración de un catálogo para el Museo Británico en el que recopilaba todos y cada uno de los cuencos mandeos y arameos de los que se tenía noticia hasta la fecha. No en vano, su lectura de la vasija era mucho más acertada que la del *professor* Sinclair. *Professor* con dos «eses» no con una, aclaración que al hombre le disgustaba explicar, y es que su puesto en la universidad británica correspondía al de catedrático, no al de un sencillo maestro.

La mujer le pidió el cuenco, loladeó y comenzó a leer otra vez los primeros signos del conjuro.

—Hay que pronunciarlo así —le indicó a Sinclair repitiendo con paciencia un par de palabras que a él se le habían atragantado.

Samuel Sinclair ocupaba la cátedra de Investigación Arqueológica en Cambridge. Sus conocimientos le hacían un experto tanto en el trabajo de campo como en la investigación de laboratorio: las técnicas y los métodos de búsqueda arqueológicos no tenían misterios para él, y también databa a la perfección vasijas, monedas, cuencos... Se había especializado en la historia antigua del pueblo judío, pero gracias a su precursora, la admirada señora Drower, comenzó a estudiar en profundidad a un grupo religioso gnóstico que aún sobrevivía en Irak, los mandeos. Y ellos le llevaron a otro precursor, el Bautista, que era uno de sus principales profetas. Su interés por Juan era muy reciente, pero gracias a él había llegado a algunas conclusiones que, de ser ciertas, cerrarían el círculo de sus investigaciones. Judíos, mandeos, Juan el Bautista, esenios... estaba casi seguro de haber encontrado lo que buscaba.

—Ha sido reparado con maestría —le dijo Andrea para cambiar de tema y olvidarse por un rato de la difícil lectura.

Absorto en sus pensamientos, Sinclair no la estaba escuchando.

—Digo que apenas si se aprecia la reparación.

Andrea rozó con sus dedos la parte del cuenco donde la pieza había sido restaurada.

La pequeña vasija, de apenas diez centímetros de altura y con forma de tazón para sopa, estaba elaborada con arcilla del río Jordán, un material muy poroso y quebradizo que la volvía sumamente frágil. Los dos mil años que habían pasado desde su fabricación no ayudaban en nada a paliar esa delicadeza. Lo extraño era que no estuviese hecha pedazos.

El cuenco mostraba un pequeño corte con forma de triángulo en uno de sus bordes. Había sido restaurado con tanto esmero que el desperfecto casi pasaba desapercibido. En su parte externa mostraba

una adhesión mineral provocada por el paso del tiempo y una porción de esas adhesiones quedaba justo en la grieta, lo que hizo suponer a Sinclair que la rotura era reciente.

—Es casi imposible encontrar una pieza con esta antigüedad que aún permanezca intacta —prosiguió la orientalista, y ella conocía casi todas las que existían—. Hubiera sido una pena no tener la inscripción completa.

«Más que una pena, habría sido una catástrofe», pensó Sinclair. Pero se abstuvo de decirlo en voz alta. Lo que realmente importaba de aquella vasija antigua era su poderoso conjuro.

El texto comenzaba en la base interior del cuenco, rodeando a un pequeño demonio femenino, y subía en espiral hasta su borde como un remolino furioso. La figura del fondo contenía mucha fuerza en su simplicidad: se trataba de una forma humana, de mujer, con dos líneas rectas por piernas y otras dos por brazos. En su mano izquierda sujetaba un escorpión y en la derecha una serpiente.

BAGDAD, IRAK

—¡Es nuestro cuenco! —repitió Naseer con una gran sonrisa en la cara.

El ganzebra le reprendió con cariño dándole unas palmaditas en la rodilla.

—¿Estamos seguros? —le preguntó a Basaam en voz baja.

—La fotografía es de calidad y se aprecia el texto y el dibujo de su parte interior. Yo diría que sí —respondió con cautela—, aunque me gustaría examinar la pieza. El anticuario ha adjuntado una nota con su fecha aproximada de elaboración y el comentario de un lingüista judío sobre el texto asegurando que se trata de protomandeo clásico.

A falta de otro nombre mejor, el filólogo hebreo había decidido llamarlo *protomandeo* a pesar de saber que esa denominación no existía. Los mandeos de hoy conversan entre ellos en mandeo moderno, un lenguaje procedente del arameo que se hablaba en tiempos de Jesús aunque con muchas influencias árabes, persas y extranjeras. Sin embargo, solo los sacerdotes entienden a la perfección el mandeo clásico en el que están escritos sus libros sagrados, un lenguaje mucho más antiguo que el actual. De hecho, gracias a ellos se conservaba la pronunciación.

Pero la inscripción de la vasija no estaba escrita en ninguno de ellos, sino en un sistema de escritura más arcaico aún, algo parecido a un mandeo embrionario, el germen de lo que después llegaría a convertirse en mandeo clásico. Era el inicio del lenguaje mandeo cuando comenzaba a escindirse del arameo hacía más de dos mil años. Aunque el experto judío había acertado en sus conclusiones, no había sido lo suficientemente perspicaz como para comprender el verdadero alcance de su análisis.

A Basaam el nombre de protomandeo le pareció correcto y dio por sentado que no tenían por qué desconfiar de las conclusiones de otros expertos. Después prosiguió:

—Yo vi el cuenco que robaron del Museo Nacional hace cuatro años. Pude verlo muy bien y creo que es el mismo, Zakaria. En la fotografía se observa la reparación de la vasija. Hay un borde partido —aclaró—. Y el demonio femenino dibujado en el fondo es el que yo recuerdo, una representación de Ruha sosteniendo un escorpión y una serpiente.

El joven tarmida sintió un escalofrío al oír en voz alta ese nombre, el de la Traidora. Ruha era la señora del mundo de las tinieblas, la madre de Ur, príncipe de los demonios, y pertenecía al mundo de la oscuridad, al mal en estado puro. Ella y sus diablos hacían que nacieran las falsas religiones para perseguir a los mandeos y se dedicaban a confundir a los hombres con el error y la ignorancia.

—Bien —dijo el ganzebra intentando ponerse en pie y mirando a su alrededor. Los fieles aún charlaban en animados corrillos—. Entonces habrá que comprobarlo. —Naseer, todavía nervioso, le ayudó a incorporarse con tanta fuerza que el anciano se tambaleó—. Pre... preparad el viaje a Jerusalén —dijo entrecortado ante su ímpetu.

—¿Yo también voy? —preguntó entusiasmado el joven olvidando por un momento a los demonios.

—Tú también —suspiró con resignación el anciano—. Y ahora, avisa a los fieles para el bautismo.

Naseer salió a la carrera dando gritos alrededor del resto de los mandeos, como un perro carea que recoge a sus ovejas para conducir las al redil. Ruha había pasado a un segundo plano. Era la primera vez en su vida que iba a abandonar Bagdad y a recorrer el mundo y eso le ilusionaba, aunque sabía lo que Jerusalén significaba para ellos: una ciudad de perdición y maldad, dedicada al Dios de los judíos, sin embargo, allí nació Juan el Bautista y solo por eso ya merecía una visita.

Basaam le vio alejarse al trote y esbozó una pequeña sonrisa que se reflejó en la comisura de sus labios.

—Te será útil —le dijo Zakaria—. Es fuerte y fiel, aunque te corresponderá a ti tomar todas las decisiones, él sería incapaz.

—Es un buen hombre —le respondió cuando el impetuoso discípulo estaba ya muy lejos para oírle—. Puedo confiar en él.

—Lo sé.

El ganzebra recogió los bajos de su túnica sujetándolos con el cinturón de lana en un ritual que no había cambiado durante siglos y se acercó a la orilla del Tigris. Uno de sus fieles le siguió y se sumergió tres veces en el río. Después, el sacerdote le hizo un signo en la frente con un poco de agua y recitó la fórmula tradicional del bautismo: «Has sido señalado con el signo de la vida, el Nombre de la Vida y el Manda de Hayya son llamados sobre ti...». Después le dio a beber, también por tres veces, un trago del río con su mano derecha. El discípulo Naseer le acercó al obispo una pequeña ramita de mirto que Zakaria introdujo bajo el velo del mandeo recién bautizado. Basaam aguardaba en la orilla con aceite y sésamo.

Los feligreses ya se habían bautizado en su día de fiesta semanal, el domingo, pero tenían por costumbre hacerlo siempre que sus pecados lo requiriesen o en determinadas fiestas, con un significado similar a la comunión cristiana, cuando los católicos ingieren la hostia consagrada.

Aquellos hombres y mujeres no se bautizaban como iniciación, sino como una forma de purificar el alma de sus pecados y de ahuyentar a los demonios. Creían que el bautismo en un río o en piscinas rituales, pero siempre con agua en movimiento, los conectaba con el mundo superior. Para ellos el agua era la fuente de la vida y el ganzebra pensaba lo mismo que el resto de los que estaban congregados a orillas del Tigris: que en el momento del bautizo su existencia se detenía un instante, para continuar después con más fuerza y vigor, renacidos y puros.

Tras bautizar a todos los asistentes, Zakaria realizó una pequeña comunión repartiendo el *petha* que había preparado con agua bendecida. Después, ayudado por Basaam, fueron posando su mano derecha sobre la frente de cada uno de ellos y los ungieron con aceite sagrado. Finalizaron el acto con una muestra solemne de compañerismo para con los hermanos, les dieron la «mano de la verdad», el *kushta*, un leve apretón de manos similar al que se realiza al finalizar las misas cristianas, como promesa de felicidad. Naseer recordó un proverbio mandeo que decía: «Los hermanos de carne pasan, la hermandad *kushta* permanece por siempre».

Finalizaba el ritual religioso y daba inicio otro mucho más mundano, ahora se sacrificaría un ave y comenzarían los festejos y el banquete. Hoy saciarían su hambre, mañana tendrían que ayunar porque al día siguiente conmemoraban, recordando con dolor, cómo los soldados romanos que intentaron asesinar a su profeta mataron a cientos de niños en Jerusalén. Se trataba de la Matanza de los Inocentes relatada en la Biblia, pero con un componente distinto: los soldados de Herodes perseguían al Bautista y no a Jesús.

Algunos mandeos ya habían encendido hogueras y aprovechaban el agradable calor del fuego para secar sus túnicas y preparar la comida.

El obispo dejó que el pato, que uno de sus feligreses había desplumado, fuera cocinándose a fuego lento en el hogar. A su alrededor, los grupos de fieles charlaban animadamente y los niños correteaban por el banco del río; más abajo, cuatro o cinco mujeres preparaban otros platos.

Basaam permanecía acuclillado al lado del ganzebra y jugueteaba con la arena del suelo. Mostraba un semblante reflexivo y preocupado.

—¿En qué piensas? —le preguntó Zakaria.

El sacerdote alzó la vista y mostró unos ojos casi ocultos por sus espesas cejas.

—Tengo miedo.

—¿De que sea el cuenco verdadero?

—Sí, y de que no sepamos leerlo —agregó con un deje de tristeza en la voz. Al obispo le pareció que había envejecido de golpe—. Si no

sabemos entonar los versos, no ocurrirá nada y entonces... ¿qué les contaremos a ellos? —Extendió su brazo señalando a los mandeos diseminados por la explanada del río—, ¿que era mentira?, ¿que la magia de nuestras palabras sagradas ya no funciona? Si las palabras dejan de tener magia, ¿en qué creerán entonces?

Zakaria le pasó la mano por la espalda dándole ánimos, pero no habló, le dejó proseguir. Había un momento para todo.

—... sin embargo, si lo leemos bien, si funciona... —prosiguió Basaam—, si nuestro canto es el correcto, ¿qué ocurrirá? Tengo miedo, ganzebra. Las palabras que pronunciaremos son las más poderosas de todas.

Los dos hombres continuaban acucillados junto al fuego y observaban la danza sinuosa de las llamas. Su calor no bastaba para caldear su alma.

—Yo también temo —respondió al fin el anciano—. Incluso por mi vida, soy el más débil de los tres —se explicó.

Basaam conocía las leyendas que hablaban de su alfabeto, pero también conocía su verdadera magia. No es que creyera en ella, es que sabía con certeza lo que era capaz de hacer. Al comienzo de su sacerdocio, el ganzebra le enseñó que el alfabeto mandeo era mágico y sagrado, algo que ya sabía porque ningún mandeo lo desconoce; pero después fue aprendiendo los conocimientos reservados solo a los religiosos, la auténtica energía que encerraba cada una de sus veinticuatro letras: la «a» era la Perfección, el Principio y el Final de todas las cosas; la «b», el Gran Padre; la «g» representaba a Gabriel, el Mensajero... Ellas poseían poder porque reflejaban la realidad y porque eran capaces de crearla. Al repetir las una y otra vez hacían acopio de fuerza y esa fuerza disponía de la capacidad para crear; pero también para destruir. Cuando los hombres combinaban las letras y las pronunciaban, se apropiaban de su energía y las consecuencias podían ser impredecibles.

—Son tan poderosas... —suspiró Basaam en un murmullo—. Solo espero que sepamos dirigir su fuerza, y que tengamos el valor necesario para no dejarnos confundir —agregó.

Recordó una leyenda muy antigua, de cuando no existía nada, de cuando nada se había creado aún, ni siquiera el universo o los seres humanos, y nacieron las letras. Su historia cuenta que el alfabeto surgió de la Fuente Primordial, del principio femenino de la creación. Primero fue la «a», de ella surgió la «b», de la «b» la «g»... Cada nueva letra se volvía hacia la anterior y la alababa por haberla creado. Entre todas conformaron un edificio unido que no podría destruirse. Pero el alfabeto se vio amenazado. La sólida construcción se hinchó de orgullo ante su fuerza y apareció el individualismo. Cada letra creía ser más poderosa que el resto. Comenzaron a separarse por falta de solidaridad y formaron dos grupos. Dividieron al alfabeto por la mitad. Eso minó su fuerza. Al separarse unas de las otras, el edificio que habían creado se tambaleó. Si las letras no trabajaban en conjunto, no podrían crear palabras o las crearían sin sentido: se perdería su magia. Ante una perspectiva tan catastrófica, decidieron cooperar y volvieron a unirse.

Para los mandeos, esta leyenda constituye una metáfora de lo que son capaces de conseguir si trabajan unidos, si dirigen su esfuerzo de manera colectiva hacia un mismo objetivo; por eso Basaam sabía que necesitaban ser tres personas, al menos, las que despertaran de nuevo la magia dormida de su alfabeto. «Pero... ¿serían suficientes los tres?»

—Podremos —le aseguró el obispo intuyendo los pensamientos que tanto le mortificaban—. Si lo hacemos juntos, lo conseguiremos.

Oyeron el sonido de unos pasos apresurados y volvieron la cabeza. Naseer se arrodilló a su lado. Tuvo que tomar aliento un par de veces antes de poder hablar.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó, ya solo pensaba en Jerusalén, se había olvidado de los demonios. Ruha y su hueste de diablos infames debían de estar haciendo maldades en otro lugar y le habían dejado tranquilo.

—Pronto. En un par de días. —Zakaria detuvo su mirada un instante en las palmas de sus propias manos. Vio los dedos delgados, sin apenas carne, todo huesos, temblando, y las escondió en su regazo.

Basaam se había percatado de su temblor.

Ajeno a todo, el más joven movió el pato del fuego, que, más que asarse, se estaba quemando. El humo les anegó los ojos dejándolos enrojecidos. En la mente de los tres flotaba el cuenco mágico repleto de palabras antiguas que habría que saber entonar.

En la de Naseer era ilusión, para Basaam cautela; y en la cabeza del ganzebra se mezclaban las letras del alfabeto mandeo, el *abagada* completo: la «a», la «ba», la «ga», la «da»... hasta acabar de nuevo en la «a»; porque la primera y la última letra de su abecedario son iguales, como un círculo que se cierra, el Principio y el Fin unidos en un eterno retorno, la vida entendida como un ciclo que siempre se repite. Pero para que la vida continúe hay que alimentarla y a ellos les tocaba desempeñar ese papel: debían renovar el poder del *abagada*.

«Necesitamos el tercer cuenco —pensó el ganzebra Zakaria Asgari—, y está en Jerusalén.»

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, INGLATERRA

—¿Es Lilith el demonio del fondo? —preguntó el *professor*.

Sabía que los cuencos de conjuros mandeos se utilizaban ya en la antigua Babilonia para engañar a los demonios y atraparlos en su interior; una vez que el sacerdote finalizaba la lectura de su encantamiento, la vasija se enterraba boca abajo en los umbrales de las casas o en las esquinas de las habitaciones. Como la escritura era una tentación muy atractiva para los diablos, no podían evitar acercarse a leerla y quedaban encerrados en su interior. Los poderosos hechizos mandeos les impedían volver a salir y, de esta manera, los sacerdotes conseguían proteger a los habitantes de las

casas de sus maldades. Era común dibujar en el fondo de los cuencos la figura de alguno de ellos para dejar constancia de una forma gráfica de que habían sido atrapados dentro.

—En Lilith fue en lo primero que pensé —le respondió Andrea—. Muchos de estos cuencos contienen conjuros para atraparla. Los hechizos contra ella garantizaban la salud de los niños y la fidelidad del marido, por eso era bastante popular entre las mujeres de los tiempos antiguos. Sin embargo, no me parece Lilith —puntualizó—. Fíjate en el borde del cuenco —dijo mientras le mostraba la vasija al tiempo que la movía para que la luz incidiese en ella de la forma adecuada.

Andrea Jacobs poseía una turbadora mirada color violeta enmarcada por una piel muy pálida. El cabello le caía en cascada formando grandes rizos pelirrojos que se deslizaban sobre sus hombros. Su enjuta silueta le hacía parecer frágil, pero nada más lejos de la realidad: contaba con una gran voluntad y la fuerza que confiere la paciencia. Samuel sabía que había heredado esas cualidades de sus padres, y las tenía en gran estima. Quizá, exceptuando a su esposa fallecida hacía un par de años, Andrea era la única persona por la que profesaba un verdadero sentimiento de afecto.

La joven continuaba mostrando a Sinclair el borde de la vasija, señalando con su dedo índice unas letras apenas legibles por el paso del tiempo, hasta que notó cómo el nerviosismo comenzaba a hacer mella en el siempre sosegado *professor*. La última línea del texto era bastante preocupante, sobre todo si se entendía el lenguaje mandeo y se conocía su demonología.

—¿Ruha? ¿Crees que es Ruha? —inquirió él acercándose a la mujer.

El borde de la vasija contenía escrito el nombre de Ruha una y otra vez, la última letra de una palabra enlazaba con la primera de la siguiente, como las orugas procesionarias, en una interminable fila. Sinclair no había podido verlo en un principio porque la línea estaba deteriorada y el barro del borde muy desgastado.

—¿Ruha? ¿Estás totalmente segura? —Samuel aún tenía dudas de que aquel cuenco fuera uno de los tres verdaderos, uno de los que había estado buscando desde hacía más de cuarenta años. Su pasante le había asegurado que la vasija cumplía todos los requisitos que él había solicitado: su antigüedad, la figura femenina del fondo..., pero aun así había necesitado la ayuda de la orientalista Andrea Jacobs para que lo confirmase. No tenía el más mínimo deseo de dar al traste con un plan que llevaba forjando muchos años por una identificación deficiente y prefirió ser cauto.

En un segundo, su alegría dejó paso a la duda.

—¿Has encontrado alguna vez un cuenco con la representación de Ruha? —le preguntó.

Andrea negó con la cabeza.

—Nunca. Los mandeos la temen como a la peste. Ella puede impedir que las almas humanas alcancen el Mundo de la Luz, su cielo —aclaró—. Ya sabes que eso es lo peor que podría pasarle a un mandeo tras su muerte. —«Como si un cristiano permaneciese

eternamente en el Purgatorio», pensó—. Guardan un miedo muy especial para ella; al fin y al cabo, es la madre que ha engendrado a otros muchos diablos a los que también temen. Supongo que necesitarían tener un motivo muy importante para conjurarla en uno de sus cuencos.

«Su deducción es buena —pensó Sinclair—. Como gnósticos, los mandeos creían en la existencia de un mundo superior, el Mundo de la Luz, que representaba el bien; y en un mundo de la oscuridad, que encarnaba el mal. Ambos estaban regidos por un gobernante asistido de pequeños dioses llamados reyes y sobre ellos existía una única entidad, superior a todos, la Gran Vida o el Gran Dios Viviente: Mana Rabba. Sin embargo, a pesar de que los dos mundos estaban siempre en conflicto, no intervenía mucho. Ruha actuaba a voluntad y se dedicaba a atemorizar a los mandeos y a no dejar que sus almas, tras la muerte, alcanzaran ese mundo de bondad y luz donde descansarían eternamente. En realidad —concluyó Sinclair sus pensamientos—, los mandeos conjuraban a su demonio más temido para ahuyentarlo y para que no interfiriera en la magia que intentaban despertar... aunque eso todavía no debe de saberlo Andrea.»

—Entonces... no tienes ninguna duda... —se dirigió con cautela a la mujer.

—Sí, sí que tengo dudas. —Ella había retirado un mechón de bucles pelirrojos de su cara y se había acercado aún más al hombre mostrándole el interior del cuenco. Señalaba los signos escritos con su dedo índice y lo hacía con vehemencia, como cada vez que no lograba entender algo del todo—. Si se trata de Ruha, la vasija es mandea. Eso es seguro. —Pero después dudó—: ¿No percibes nada extraño en el texto? No es el mandeo que conocemos, se trata de un lenguaje anterior, a medio camino entre el arameo del que procede y el mandeo clásico en que se convertirá.

Ambos sabían que el idioma mandeo había evolucionado a partir del arameo y, como todos los lenguajes, no habría surgido de repente, sino que tendría que haber sufrido un proceso de evolución que los científicos pudieran estudiar. Gracias a ello eran capaces de datar, con cierta precisión, la época de un texto en particular.

—Yo diría que el dialecto del cuenco —prosiguió la mujer— es anterior al mandeo clásico que conocemos por sus textos religiosos del siglo III. —Señaló un par de trazos apenas visibles para reforzar su afirmación—. La historia oficial nos dice que sus libros sagrados se compusieron alrededor de esa fecha, no queda constancia de ningún escrito en mandeo que sea anterior. —Se quedó un momento reflexionando y luego añadió—: Sin embargo, ya posee las veinticuatro letras características del alfabeto clásico y su grafía marca las vocales.

Pensaba que los lenguajes eran entes vivos, que evolucionaban, cambiaban y se transformaban con su uso y con el paso de los siglos. Y para Andrea era como si esa lengua se hubiera saltado doscientos años de evolución. A principios del siglo I, el idioma arameo contaba solo con veintidós consonantes y no tenía vocales, todavía no debía

de ser ningún tipo de mandeo, ni siquiera sabía que se convertiría en mandeo. Un par de siglos más tarde ya se habían añadido dos consonantes, se habría cambiado la forma de las letras y comenzarían a escribirse las vocales. «Y eso no sucede de un día para otro, se necesita tiempo», pensó.

Al final expresó su duda en voz alta.

—El lenguaje mandeo tuvo que surgir doscientos años antes de lo que suponíamos. Tuvo que desarrollarse más deprisa; o comenzó su evolución con antelación —concluyó.

—¿Te confunde que el cuenco haya sido elaborado en el siglo I y que la escritura que contiene no apareciera, de forma oficial —especificó el hombre—, hasta finales del siglo tercero?

—¿Estás completamente seguro de la datación de la vasija? —argumentó.

Andrea necesitaba descartar todas las posibilidades antes de aceptar lo evidente. «Si el barro con el que estaba elaborado el cuenco era del siglo I, la única forma de explicar una escritura del siglo III en un objeto del I era pensar que alguien lo había escrito doscientos años después de su elaboración», dedujo.

Pero Sinclair echó por tierra su posibilidad.

—Sí, la prueba de la termoluminiscencia ha determinado que es de principios de nuestra era, del año 40 o 50.

Andrea se recostó en el respaldo de su butaca y suspiró. Cuando volvió a adelantarse intentó explicar, más a sí misma que a su mentor, todas las incongruencias de la vasija y de su lenguaje.

—No se ha desenterrado, nunca —y enfatizó la palabra *nunca*—, un cuenco mandeo del siglo I como parece ser el nuestro. Los más antiguos que se han encontrado son del siglo VI. Pero, aunque existiera uno —y miró el que sostenía entre las manos—, no podría estar escrito en un lenguaje mandeo o protomandeo, o como queramos llamarlo, porque esa lengua no apareció hasta dos siglos más tarde —lo dijo siendo muy consciente de sus palabras y de que tenía uno de esos cuencos inexistentes con un dialecto imposible entre sus manos.

—Hasta ahora —sentenció Sinclair.

—¿Hasta ahora? —se interrogó, pero una luz de certeza comenzó a brillar en los ojos de Andrea y creyó comprender lo que Samuel había estado buscando.

—Entonces... ¿sabes lo que tenemos aquí? —dijo mostrándole el cuenco.

El rió a carcajadas al ver la mirada de la mujer. Andrea acababa de confirmar lo que él sospechaba desde hacía tiempo aunque todavía no entendiera todo el alcance de su descubrimiento.

—¡Samuel! —le reprendió—. ¡Esto no es para reírse! Si no es falso, y estoy segura de que no lo es, tenemos un cuenco mandeo del siglo I en un idioma que no apareció hasta el siglo III —y lo dijo muy despacio, como si fuera consciente de que acababa de descubrir la teoría del Big Bang—. ¡Vas a dejar de piedra a los asistentes de tu conferencia!

El *professor* continuaba riéndose. «¡Ojalá él hubiera podido mantener esa misma ilusión cuando tenía su edad! ¿Cuándo comenzaron a cambiar las cosas?», se preguntó. Movi6 la cabeza para alejar esos pensamientos que no venían a cuento y que pugnaban por enturbiar su alegría.

—Será todo un éxito —le respondió a la mujer con un esbozo de sonrisa pícara todavía en sus labios—. Esos carcamales —continuó, pensando en los privilegiados cerebros que acudirían a su ponencia— no se pueden ni imaginar lo que les voy a enseñar en esta ocasión.

De nuevo volvía a revolucionar en su campo, y los mandeos le quedarían muy agradecidos. Samuel solo venía a confirmar, con una prueba irrefutable, que era cierto lo que los gnósticos llevaban siglos reclamando: que salieron de Palestina hacia Mesopotamia tras la muerte de su profeta Juan el Bautista. Las mentes cuadradas de muchos investigadores continuaban afirmando que eso era falso y que no se formaron como grupo religioso hasta bien entrado el siglo III. Sinclair acababa de retrasar doscientos años los orígenes de esa pequeña secta gnóstica y los había situado en el corazón de un lugar y de un momento histórico muy significativos: Palestina a principios de nuestra era.

Andrea levantó el cuenco por encima de su cabeza, celebrando por anticipado las sorpresas que depararía la disertación de su mentor.

En un par de días, Samuel Sinclair sería el principal ponente de un grupo de conferencias que giraban en torno a los orígenes de los mandeos, el único grupo religioso gnóstico que aún sobrevivía. La historia de esta secta se encuentra bien documentada a partir del siglo III después de Cristo, pero antes de esa época hay muchas suposiciones y pocos datos fiables. Un número reducido de eruditos sitúa a los mandeos en la Palestina de tiempos de Jesús, de la que fueron expulsados tras la muerte de su profeta Juan el Bautista. Sinclair se encontraba entre ellos, pero ahora ya no se trataba de suposiciones: tenía el cuenco mandeo, pertenecía al siglo I y su texto había sido escrito dos siglos antes de lo que la ciencia oficial enseñaba. Además, las pruebas que había practicado a la vasija habían confirmado que el barro con el que fue elaborado pertenecía al río Jordán, lo que venía a demostrar la validez de su teoría.

La lluvia continuaba aporreando incansable el ventanal de su despacho. Sin embargo, al *professor* ya no parecía afectarle; en realidad, ni siquiera le importaba la conferencia, lo que aquella vasija podía depararle estaba más allá del sueño de cualquier arqueólogo. Pero eso, de momento, solo debía saberlo él, y Martin, por supuesto.

BAGDAD, IRAK

Las sombras comenzaban a alargarse y las aguas del Tigris despedían brillos dorados. Cuando el sol descendiera un poco más, reflejarían la

belleza de sus rayos y sería casi imposible mirar el cauce sin deslumbrarse. El río poseía unas espectaculares puestas de sol.

El ganzebra se había alejado del fuego y aprovechaba aquel bello momento contemplando los tonos irisados del agua en calma. Estaba de pie, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y sus ojos azules denotaban sosiego, todo en él desplegaba un aura de paz a su alrededor. Todo, menos el incesante nerviosismo de Naseer a su espalda que le distrajo de su relajación. Giró la cabeza para reprender al joven y sonrió con dulzura al ver que añadía incienso al fuego ritual.

El precavido Basaam, que repasaba mentalmente el inmediato viaje a Jerusalén, se incorporó de su asiento junto a la hoguera y se encaminó hacia el ganzebra.

—Tendremos que visitar la iglesia de la Natividad en Ein Kerem — le dijo cuando llegó a su altura.

Ein Kerem era una pequeña villa que distaba unos ocho kilómetros de Jerusalén, donde la tradición cristiana supone que nació Juan el Bautista. Los mandeos creen que su profeta abandonó el pueblo para recalar en la mística montaña de Madai donde aprendería el oficio sacerdotal. De vuelta en Judea, el profeta se reunió en Jerusalén con una comunidad mandea que ya existía en el lugar y comenzó a predicar, a bautizar y a sanar.

—¿Sí? —le respondió Zakaria todavía un poco distraído.

—Deberá avisar al sacerdote franciscano para que nos permita acceder a los baños rituales.

El edificio religioso más importante de Ein Kerem era la iglesia de la Natividad y albergaba unas piscinas rituales judías que los arqueólogos dataron en el siglo I. Los mandeos sabían que los investigadores tenían razón en la fecha pero no en la pertenencia: los baños habían sido construidos por sus propios antepasados. Se trataba de unas piscinas escalonadas y recubiertas de estuco, excavadas en la roca con el fin de realizar bautismos. Aunque se encontraban diseminadas en todos los poblados judíos de Galilea y también en torno a Jerusalén, en Judea, y constituían un signo concreto de la identidad judía, algunas de ellas, como las de Ein Kerem, eran mandeas.

El ganzebra dejó de observar el lento cauce del río y miró a Basaam ya concentrado en sus palabras.

—Le llamaré. Me temo que no podré visitar personalmente al padre Thomas en esta ocasión.

Los dos hombres hablaban de uno de los sacerdotes que cuidaban la iglesia, gran amigo del ganzebra a pesar de sus diferencias religiosas. Los dos religiosos se habían conocido cuando aún eran jóvenes e inmaduros y habían profundizado en sus respectivas fes a fuerza de intentar comprender al otro. Eso les enseñó a respetarse y a apreciarse.

El padre Thomas cargaba a sus espaldas con casi noventa años de vida y, aunque ya debería haberse retirado, se mantenía en su cargo por amor al templo. Era un franciscano de palabra suave y ademanes lentos que compartía con Zakaria su devoción por san Juan Bautista.

También conservaba entre los muros de su querida iglesia un objeto muy especial para los mandeos, aunque él no lo supiera. Más de una vez el ganzebra estuvo tentado de decírselo y en todas las ocasiones venció su fe para no hacerlo. Thomas, sin pretenderlo, era el custodio de un amuleto.

Además, en sus sótanos los aguardaban las piscinas rituales cuyo valor era solo arqueológico, hablando en términos cristianos. Para los mandeos estaban revestidas de un elevado significado religioso y espiritual.

El sacerdote cristiano advirtió que poseían ciertas diferencias sutiles que las distinguían de los baños judíos e invitó a su amigo Zakaria a visitarlas. El ganzebra confirmó sus hipótesis: eran mandeas. De hecho, ya sabía lo que iba a encontrar cuando se desplazó hasta Ein Kerem; su padre le había contado todo lo que necesitaría saber si llegaba el momento de utilizar el amuleto.

Su padre también fue sacerdote, como su abuelo, y como el padre de él y así generación tras generación adentrándose en el tiempo. A través de ese linaje de sacerdotes mandeos, dentro de una casta que transfería las obligaciones religiosas de padres a hijos, fueron transmitiéndose los conocimientos necesarios para mantener la estabilidad entre las fuerzas de la luz y las fuerzas de la oscuridad. Gran parte de ese saber se resumía en unos pocos versos de difícil comprensión. «Fue creado antes que la luz y el cosmos, sin él nada puede ser dicho.» La estrofa hacía referencia a una época oscura. «Cuando la semilla del padre no produzca varón...», otro tiempo, en el que se rompería la línea sucesoria del ganzebra por falta de descendencia. «Los que guardáis los tres, recibid el bautismo en Bet Makerem, recoged el amuleto y renovad el tesoro...», un momento en el que sería preciso renovar el poder mágico del alfabeto para que la vida continuase su camino. Para hacerlo serían necesarios los tres cuencos de conjuros y un amuleto, el que permanecía oculto en los baños rituales de la iglesia de la Natividad.

El ganzebra conocía los versos, su padre se los había confiado antes de morir, y a él, el suyo. Y así, una generación tras otra desde la última vez que hubo que renovar el poder de las palabras hacía veinte siglos, desde la última ocasión en que «el padre no produjo varón». Cuando una línea genética de sacerdotes se rompe al no tener descendientes, el poder regenerador de la vida queda estrangulado, como si el tiempo se hubiera detenido. El ganzebra no tenía hijos a los que transmitir su saber, contarles los misterios del mundo ni enseñarles cómo conservar sus palabras sagradas. El alfabeto mandeo había gastado su magia de tanto usarla y era entonces cuando se tornaba necesario renovar su poder mágico para que comenzase otro ciclo con una nueva estirpe sacerdotal como símbolo de renacimiento.

Zakaria no tenía hijos, no podía tenerlos, como no los tuvo el Bautista, y por eso ambos sabían que había llegado el momento de realizar el ritual. A la muerte de Juan, la responsabilidad pasó a una nueva familia sacerdotal, los Asgari. Cuando Zakaria Asgari falleciese, le sucederían los Jabar, encabezados por Basaam Jabar, por muchos

siglos, hasta que su estirpe no fuera capaz de engendrar descendencia y tuviera que renovar de nuevo el poder del alfabeto sagrado.

Su padre le contó que la historia mandea era cíclica y circular: todo comenzaba y terminaba en el mismo punto, para volver a iniciar su periplo y, de nuevo, finalizar. La historia del hombre en la tierra estaba dividida en cuatro períodos, al final de cada uno de ellos se destruyó a la humanidad dejando solo a una pareja para que la vida empezara de nuevo. Desde la creación de Adán y Eva hasta la primera destrucción pasaron 216 000 años. Sucedió a causa de la «espada y la plaga» y solo sobrevivieron Ram y Rud. La segunda acaeció a los 156 000 años y resistieron al fuego Shurbai y Sharhabi'il. Cien mil años más tarde, una inundación exterminó de nuevo a la raza humana, fue el Diluvio Universal. Nut y su esposa Nhuraitha tuvieron que volver a repoblar el mundo. Habrá una cuarta destrucción y vendrá del viento o del aire, en forma de gas. Cada vez que un período llega a su fin, la vida se regenera para comenzar desde cero. Y ahora tenían que renovarla, aunque la última destrucción aún tardaría en llegar, su misión solo consistía en regenerar otro poder, el del alfabeto. Necesitaban la reliquia de la iglesia de la Natividad.

Para Zakaria Asgari constituyó una ventaja que un amigo custodiase, aun sin saberlo, el amuleto. Hasta entonces, su principal temor había sido necesitarlo y no poder acceder a él. La situación en la zona que rodeaba a Ein Kerem, en un constante ambiente de preguerra o de guerra totalmente declarada, les impedirían acercarse al pueblo. Con su anexión a mediados del siglo pasado a los territorios judíos y el retorno de la paz, los franciscanos volvieron a hacerse cargo de la iglesia de la Natividad. Gracias a su amigo el padre Thomas, el ganzebra sabía que tendría a mano el amuleto cuando lo necesitara.

Habría sido más fácil custodiarlo en persona, tenerlo junto a él, como los cuencos, pero la tradición les impedía hacerlo. Su lugar eran los baños sagrados de la pequeña aldea de Ein Kerem y allí debería estar hasta que fuera necesario utilizarlo para después destruirlo. Tras la ceremonia, los cuencos también se romperían en decenas de pedazos hasta hacerlos irreconocibles. A partir de ese momento todo debía ser nuevo: se elaborarían otras vasijas, se grabaría otro amuleto. La historia comenzaría otra vez y la nueva casta sacerdotal de los Jabar decidiría cómo y dónde se guardarían esas piezas hasta que fuera necesario volver a utilizarlas.

A Zakaria le habría gustado recoger personalmente el amuleto y compartir una comida con su amigo, pero era posible que no tuviera tiempo ni siquiera para saludarle. Debía dejar ese trabajo en manos de Basaam. Cuando se reuniera con ellos en Jerusalén, solo les restaría realizar el ritual del *abagada*, Basaam y Naseer ya dispondrían de todo lo necesario: sus dos cuencos, el tercero que esperaban conseguir en la ciudad y el amuleto mágico.

La tarde llegaba a su fin en Bagdad y el sol doraba el horizonte. Comenzaba a bajar la temperatura. El ganzebra dio media vuelta y se acucilló junto al fuego buscando su calor.

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, INGLATERRA

Sinclair se había levantado de la butaca y se había detenido frente a una de las estanterías del despacho. En su estante más alto, una fila de libros colocados al azar unos sobre otros se mantenía mal apilada desafiando las leyes de la gravedad. Samuel los empujó hacia el fondo para posponer su ineludible cita con el suelo: antes o después acabarían cayendo.

A su espalda, Andrea había depositado el cuenco mandeo sobre la mesa del despacho y le observaba. Había aprendido a admirar a aquel hombre hosco de pocos amigos, aunque no siempre fue así. Al principio le repelía su actitud arrogante y altiva, del que goza de una inteligencia superior y, además, es consciente de ello; pero él supo ganársela para su causa con una buena dosis de paciencia. La mujer le veía trabajar de forma concienzuda, profesional, sin dejar nunca nada al azar, tal como ella pensaba que debían hacerse las cosas: bien hechas. Cuando Samuel finalizaba una de sus excavaciones no quedaba ni un solo centímetro cuadrado de yacimiento sin explorar, todo se contabilizaba, se medía y se registraba. Hubiera podido decir que hasta los granos de arena del desierto estaban contados y anotados. Y además, la suerte estaba de su parte, era un hombre afortunado, siempre hallaba esa pieza que otros llevaban años buscando, ese túnel que le conducía a la sala del sarcófago. No se rendía fácilmente y ese era otro de sus puntos fuertes.

Sin embargo, había algo más, algo que le ataba a él de una forma permanente, un lazo imposible de romper. Cuando sus padres fallecieron en una excavación arqueológica que dirigía Sinclair, ella se encontraba en la peor edad, en la adolescencia, lo único que tenía claro en aquel momento era que deseaba seguir los pasos de sus padres, aunque no sabía ni siquiera cómo podría hacerlo. Samuel y su esposa se encargaron de que cumpliera su sueño. A falta de familia propia, la acogieron en su hogar. Nunca arreglaron los papeles de la adopción, pero eso no impidió que la educaran como a una hija. Andrea recordaba con cariño las miradas de complicidad de Helena, la dulce Helena, como la llamaba Samuel. Era una mujer callada, con las palabras justas de ánimo prestas en la punta de sus labios, y unos brazos enormes siempre dispuestos a ofrecerle su cariño. De carácter sencillo y comprensivo, constituía la voz del equilibrio en aquella casa. Frente a la hosquedad de Samuel, ella aportaba calidez, para luchar contra su seriedad le enternecía con sonrisas. Realmente había sido su álgter ego perfecto; Helena admiraba a su marido, pero le había convertido en una persona mejor. Cuando falleció, hacía dos años, un vacío inmenso creció dentro del hombre. Andrea sabía que

había intentado llenarlo con su investigación sobre los cuencos de encantamientos mandeos y con el apoyo que ella misma le ofreció y continuaba brindándole, aunque algo había cambiado en su interior, en un lugar al que ella no podía acceder.

La orientalista se había mudado de la casa familiar algunos meses después, cuando creyó que Sinclair comenzaba a recuperarse, pero, a diferencia de sus propios padres, a los que solo podía recordar tras un velo que el olvido había ido tupiendo, a Helena la echaba de menos cada vez más. Formaba parte de sus recuerdos recientes y alguna vez se sorprendía pensando en sus ojos claros, de mirada suave, o en sus ademanes tranquilos. La veía colocando margaritas en el jarrón que descansaba sobre la chimenea o pasando apacible las páginas de algún libro con los ojos perdidos entre sus letras, con el pelo color ceniza recogido sobre la nuca.

Y ella había formado parte de ese mundo sereno, como una más. Se había sentido protegida y amada, como si las manos de Helena, y por extensión las de su marido, todavía abrazasen sus hombros y guiasen sus pasos.

Su formación y su profesión se debían por tanto en gran parte a ellos, que, lejos de desanimarla, la habían apoyado para proseguir con las investigaciones de sus padres, aunque, en realidad, fueran también las de Samuel.

Tanto su padre como su madre eran especialistas en las lenguas derivadas del arameo y realizaban trabajos de campo, siempre de un yacimiento a otro. De hecho, cuando sufrieron el accidente se encontraban los tres finalizando una campaña arqueológica en Oriente Medio. Quizá era eso lo que hacía que cada vez los sintiera más lejanos, el hecho de poder arriesgar sus propias vidas sabiendo que ella los necesitaba. «¿Qué pasaría si un día no volvían? ¿Quién se ocuparía de ella?»

El *professor* le había contado que sus padres se habían arriesgado demasiado penetrando en un túnel muy poco estable para leer por ellos mismos una antigua inscripción que podía establecer el nexo de unión entre el arameo y el mandeo. Un texto que constituía el eslabón perdido. «Les pedí que no entraran —la orientalista recordó lo que le había contado Sinclair—, pero no me hicieron caso. Estaban muy emocionados por el descubrimiento.» Creía que sus padres no eran personas que se jugaran la vida, sin embargo... «Después oí un estruendo y el techo cedió. Tus padres no sufrieron. Aún me pregunto cómo yo fui capaz de escapar.»

Y todo por unas letras grabadas en la roca que casi eran mandeas, o no, nunca lo sabrían porque desaparecieron para siempre al derrumbarse el túnel. Andrea suspiró, había ambivalencia en sus sentimientos. Los quería, pero no habría sido necesario arriesgarse; si vivieran, hoy podrían sostener entre sus manos el cuenco que ella sujetaba con un texto mandeo que era el verdadero eslabón perdido que habían estado buscando.

Ese último pensamiento provocó que la espiral de emociones que sentía la llevara de nuevo hacia la verdadera preocupación de su investigación. Todavía les faltaba localizar otros dos cuencos, gracias

a ellos podrían corroborar la fecha del primero y datarían sin ningún género de duda el origen de la secta mandea. Para Samuel aquello sería la consagración definitiva en su campo académico, pero la mujer desconocía cómo lo conseguiría; el marchante de Jerusalén aún no les había dado noticias de los dos restantes y no sería fácil localizarlos, si es que aún existían. Sin embargo, Andrea no tenía dudas: Samuel lo lograría.

—¿Sabes algo de los otros cuencos? —le preguntó a Sinclair intentando alejar sus recuerdos.

El hombre se giró y volvió a su butaca cojeando algo más de lo normal, había dejado su bastón apoyado en el paragüero de la entrada.

—Lo último que sé de mi hombre es que cree haberlos localizado y está negociando el precio de su compra.

La mujer sonrió. Lo sabía. Si había alguien que pudiera encontrarlos, ese sería Samuel Sinclair.

Sin embargo, el catedrático no le dijo a Andrea el nombre de su marchante ni añadió detalle alguno, había cosas que era mejor hacerlas uno mismo. Además, ¿para qué?, le hubiera mentido otra vez. Los dos cuencos estaban perfectamente localizados y, a su debido tiempo, llegarían al lugar donde él los necesitaba sin costarle absolutamente nada.

—¿No hubiera sido mejor tener los tres antes de ofrecer la conferencia? Las pruebas serían tan irrefutables que nadie pondría reparos a tu descubrimiento.

La mujer pensaba, con razón, que los tres serían mejor que uno solo. Lo que no sabía era que a Sinclair le hacían falta los tres cuencos, juntos, en otro sitio y para otro fin.

—No habrá reparos —respondió el *professor* con una seguridad aplastante ante sus dudas.

El tono que empleó dio por finalizada esa parte de la conversación, no le apetecía continuar hablando de algo de lo que ella se enteraría a su debido tiempo aunque le apenaba no poder contárselo, no poder hacerla partícipe del verdadero descubrimiento que había realizado. Y pensaba, con frustración, que saberlo la alejaría de él.

Andrea había aprendido a entender esas inflexiones en la voz de Samuel y sabía que era el momento de cambiar de tema. Desvió la mirada hacia el fondo, pero antes de alcanzar a ver las gotas de lluvia deslizándose por el ventanal, se detuvo en el fax que había debajo y, animada por un resorte, se inclinó para ver si había llegado alguno nuevo. La bandeja estaba vacía.

—¿Aún no sabemos nada del amuleto de oro? —preguntó a Sinclair.

De ese tema sí que podía hablar sin quedar al descubierto.

—La empresa que contratamos está en ello —informó—. Tarde o temprano la gente de Archeo encontrará una pista que nos llevará hasta él, pero bastará con que localicen el pergamino medieval.

—¿Crees que lo conseguirán? Y aun encontrándolo, ¿serían capaces de entender su contenido y de llegar hasta el amuleto?

—Espero que ellos consigan el pergamino con el Himno del Bautista, el resto del trabajo lo haremos nosotros.

«Además —pensó—, es necesario que nosotros realicemos ese resto del trabajo.» No le atraía lo más mínimo que unos extraños pudieran interferir más allá de lo estrictamente necesario en su investigación.

MONASTERIO DE SANTA CATALINA, MONTE SINAÍ. EGIPTO

Después de aquello, Victor creyó que tendría que visitar al oftalmólogo en cuanto finalizase el trabajo y regresara a su añorada Roma. Llevaba una semana desgranando microfilms en la pantalla de un ordenador durante doce horas diarias y cuando se acabaron las filminas comenzó a hojear con paciencia mohosos pergaminos medievales. Si no encontraba pronto una pista, tendría que usar gafas de botella el resto de su vida.

Victor Lavine trabajaba para Archeo Srl., una empresa afincada en Roma dedicada a la búsqueda de piezas de arte robadas, perdidas o, incluso, nunca encontradas. Tenían encargos de la Interpol y de la Europol, aunque también trabajaban para universidades y para clientes privados. Esta vez, su jefe, Jérôme Cavaliere, se la había jugado. Siempre le enviaba a búsquedas de campo, al aire libre, o a sitios donde estuviera entrando y saliendo, pero jamás le había encargado que permaneciera una semana encerrado en una silenciosa biblioteca perdida en mitad del desierto. Victor Lavine era un hombre activo y vital, quizá algo loco y arriesgado, pero ya había pasado el tiempo de dejarse las pestañas leyendo viejos textos. Eso correspondía a otra época, a la de estudiante. Cuando finalizó sus estudios de Historia Clásica, hizo varios másteres de especialización sobre Oriente Medio y profundizó sus conocimientos de griego y latín; un poco de arameo y siríaco, porque era obligatorio, y después le dio a su cuerpo de treinta y pocos años lo que pedía, nada muy recomendable para escribirlo en cualquier curriculum. No había dejado de amar los libros antiguos ni los pergaminos agrietados, pero una cosa era amor y otra, estar enamorado.

En Archeo Srl. el trabajo de encontrar un viejo pergamino quedaba reservado para los buscadores teóricos, que ya tenían gafas con los cristales más gruesos que el telescopio Hubble; los buscadores de campo, como él, iniciaban pesquisas, reunían pruebas, hacían entrevistas y... hasta le hubiera gustado cenar con chicas guapas, muy al estilo de James Bond, pero eso quedaba reservado para las películas.

Y ahora, encerrado en la biblioteca del monasterio de Santa Catalina, ya no era capaz de distinguir un microfilm de un manuscrito. Jérôme le había prometido que este trabajo sería diferente, y ¡vaya si lo era!; le dijo que le enviaba a un sitio al que muchos soñaban ir, eso era cierto: dos veces por semana, la paz monacal se veía turbada por

los gritos de cientos, quizá miles, de turistas entusiasmados ante tanta maravilla. «La gente también quiere ir a broncearse a las Bahamas —pensó—, ¿por qué no me ha enviado a alguna isla paradisíaca llena de atentos camareros con cócteles fríos? Esta pregunta constituirá un punto muy importante en nuestra próxima reunión. Procuraré no olvidarlo», se dijo esbozando una sonrisa pícaro.

Alzó la vista del viejo manuscrito que estaba consultando y miró sobre su hombro. A través de la ventana que quedaba a su espalda distinguió el lomo de una impresionante montaña tostada por el sol.

El monasterio de Santa Catalina se hallaba enclavado en un valle pedregoso y desértico de arenas brillantes al sur de la península del Sinaí en Egipto, casi deshabitada, si se exceptuaban las tribus de beduinos y las hordas de turistas. Estaba rodeado de montañas que sobrepasaban los dos mil metros de altura, muchas de las cuales tenían los pies barridos por las olas del mar. A uno de sus costados se levantaba el monte de Moisés, donde la tradición afirmaba que el profeta recibió las Tablas de la Ley de manos de Dios. Y dentro del propio monasterio, en una de sus esquinas amuralladas, pervive la zarza ardiente que viera el profeta y desde la que le hablara el Señor. Había más, muchas más maravillas que convertían a Santa Catalina en un centro de peregrinación desde hacía al menos quince siglos, pero su peregrinaje particular tenía que ver con el exceso de trabajo de su empresa y con la biblioteca del monasterio. Si acababa de examinar todas las referencias de allí, no le quedaría más remedio que indagar entre los archivos del Vaticano, ya que eran los únicos aún más extensos que los del monasterio, y no le hacía ninguna gracia.

Oyó un carraspeo cercano y volvió de su ensimismamiento. Al girar la cabeza sobre el pergamino se encontró con el hábito negro del bibliotecario rozando su nariz. El padre Linus era un buen hombre, con una larga barba moteada de canas y un gracioso acento tejanero al hablar en inglés, pero, cuando se trataba de *sus* libros, no hacía la más mínima concesión. No en vano había ido cuatro veces a Londres en un solo año para aprender el arte de la fotografía digital. Él solo había escaneado y digitalizado cien de los más de tres mil manuscritos de la biblioteca y amenazaba con pixelarlos todos. Víctor estaba seguro de que lo había hecho porque no soportaba que nadie tocara sus viejos libros. Y él debía de tenerle harto: ya había solicitado diez de esos preciosos volúmenes. Había un problema añadido, necesitaría consultar otro más. El joven se echó las manos a la cabeza y suspiró.

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, INGLATERRA

—Va a ser difícil —le interpelló Andrea—. Si suponemos que el amuleto es un objeto de leyenda, el pergamino con el Himno de Juan el

Bautista puede no conducirnos a ningún sitio, por mucho que contenga el mejor mapa del tesoro que hayamos visto nunca.

Sinclair rió su ocurrencia teniendo en cuenta que aún no le había hablado del tesoro que se escondía detrás de los cuencos, de sus conjuros y del amuleto.

—Si comenzamos esta búsqueda fue porque creímos que era un objeto real, que podía existir.

«Quizá sea el momento de contarle la verdad sobre mi trabajo — pensó el *professor*—. Sin embargo, también es probable que, si lo hago, la pierda, y la necesito para llevar a buen puerto la investigación. Sin ella lo tendría mucho más difícil. Y la búsqueda es prioritaria.»

—Samuel —le recordó Andrea—, también nos planteamos buscar las minas del rey Salomón, ¿o ya lo has olvidado? —había exagerado con su ejemplo y lo sabía.

—¡Eso no es cierto! —se quejó el otro.

Desde que trabajaban juntos habían aunado esfuerzos para estudiar las posibilidades de desvelar misterios que la Historia había dejado atrás y que se habían resistido a otros muchos investigadores serios, pero, a pesar de sus ideas a veces poco ortodoxas, nunca habían pensado en buscar las Minas, ni el Santo Grial, ni la Mesa de Salomón, ni nada que se le pareciese.

Samuel se incorporó del asiento y dio unos pasos por el despacho para estirar las piernas. Su cojera era más pronunciada que hacía un par de horas. La mujer supuso que sería el cansancio y estuvo a punto de decirle que por hoy ya habían trabajado bastante, pero se abstuvo de hacerlo y continuó la conversación.

—Es verdad. No hemos intentado encontrar las minas del rey Salomón —claudicó la orientalista—. Pero ¿cuántas búsquedas inútiles nos hemos planteado?

A pesar de sus reparos, había suavizado el tono de la voz y se quejaba con menos fuerza.

—¿Acaso no buscó Schliemann la ciudad de Troya basándose en la *Ilíada*? También era una leyenda —se defendió Samuel acercándose y sentándose junto a ella—, ¿y acaso no la encontró? ¿Por qué no podemos buscar nosotros un simple amuleto de oro utilizando un pergamino medieval?

Cuando finalizó la frase había recogido sus manos entre las suyas y la miraba fijamente a los ojos, como hacía cuando era pequeña y quería convencerla de algo. Ella sintió su calor y agradeció el gesto, pero ya no era una niña y había aprendido a encontrar las respuestas por sí misma. Por eso continuó defendiendo su criterio, aunque cada vez con menos ímpetu.

—¿Encontraremos el amuleto porque es mucho más pequeño que una ciudad? —le sugirió la orientalista, aunque no había ironía en sus palabras.

—Al fin y al cabo, busquemos algo más reciente, de solo un par de milenios —intentó razonar Sinclair—. Será más sencillo que desenterrar Troya —le prometió juntando las manos cerca de la boca.

A Andrea le entraron ganas de reírse, parecía una conversación de chiquillos. Pero recordó la de veces que él debía de haber sentido lo mismo cuando de pequeña ella pedía y pedía y Sinclair comenzaba negándose hasta que al final claudicaba y le permitía casi todos los caprichos. Él siempre cedía. «¿Por qué no podía ceder ella ahora? ¿Aunque solo fuera un poco?»

—Bien —le respondió resignada—, intentaremos encontrar ese pequeño amuleto.

—Bien —repitió él contento de haberla convencido—, pero no es pequeño, ya verás.

Sus palabras finales fueron la puntilla, siempre le gustaba hablar el último y pronunciar una de esas sentencias. No decía nada, pero parecía querer decirlo todo. Andrea había aprendido a esperar su explicación. Le había visto enunciarlas en sus discursos, cuando estaba a punto de desvelar alguna noticia importante, así que aguardó. Sin embargo, él se había quedado mirando el cuenco apoyado sobre la mesa del despacho y en esta ocasión no reveló nada. Tras un par de segundos de silencio, Andrea no pudo más.

—¿Y? —le preguntó.

—Y, ¿qué?

—Que por qué no es pequeño.

A pesar de su gran intuición, no lograba ver lo que Samuel se resistía a decir. Y él se debatía entre decírselo, no decírselo o contárselo a medias. Lo de la magia podía asustarla, pero lo del tesoro la haría salir corriendo del despacho. Al final decidió tantearla, con cautela, para ver cómo respondía ella.

—Suponemos que el amuleto también es mandeo... —se arrancó por fin.

La mujer prefirió tener la boca cerrada, si le interrumpía era muy capaz de explayarse en inútiles explicaciones docentes.

—... y que los mandeos son un pueblo en el que todo está interconectado con su religión y con su forma de entender la magia como algo real. —Se detuvo al observar la cara de sorpresa de Andrea cuando escuchó la palabra *magia* al lado de la palabra *real*.

¿Samuel le estaba hablando de que la magia era real? O se había vuelto loca o no le conocía en absoluto. La magia quedaba para los buscadores de tesoros, pero ellos eran verdaderos investigadores, ¿qué le estaba contando? No pudo resistirse:

—Samuel, ¡por Dios!, ¡escúchate!

—Para los mandeos la magia existe —el hombre corrigió la frase—. Y ellos creen que tanto los cuencos como sus amuletos son capaces de desplegar acciones poderosas. Por eso se llaman mágicos: cuencos mágicos y amuletos mágicos —le recordó.

¿Adónde quería ir a parar? Andrea estaba demasiado sorprendida para haberse dado cuenta todavía.

—Yo creo que su fuerza reside en otro sitio, que su magia es otra.

Bien, definitivamente, Samuel había sido abducido, estaba irreconocible.

—Creo que los tres cuencos de conjuros y el amuleto mágico están interconectados y que juntos nos guiarán hacia un

descubrimiento mayor que el mero hecho de determinar los orígenes de la secta mandea. Algo que, comparado con esto, es... bueno, es incomparable.

—Pero sin magia —fue lo único que acertó a decir la mujer.

La línea que separaba a un determinado grupo de investigadores serios pero poco ortodoxos, como eran ellos, de los simples buscadores de leyendas era muy pero que muy fina, y Andrea temía que Samuel hubiera estado a punto de cruzarla. Eso podría convertirlos en el hazmerreír de la universidad y dar al traste con el duro trabajo que habían llevado a cabo en los últimos años, y ni que decir tenía de sus carreras.

En ese punto de la conversación, el hombre entendió que era mejor dejar a un lado las medias verdades y, simplemente, no contarle nada por el momento.

—¿Cómo sin magia? —le preguntó a ella fingiendo no entender.

—Que los cuencos y el amuleto en realidad no son mágicos.

El hombre soltó un par de carcajadas falsas que aliviaron la tensión de Andrea. Por un momento había estado tentado de ofrecerle una explicación clara y sencilla de lo que realmente buscaban, pero se había equivocado, no era la ocasión adecuada. La orientalista todavía no estaba preparada.

—¡Pues claro que no, mujer! —rectificó y le palmeó la mano con seguridad—. Me estoy refiriendo a la relación que mantiene el amuleto con los tres cuencos y —aprovechó para recoger el que estaba sobre la mesa y tendérselo a Andrea—, si todos están datados a principios de nuestra era y salieron de Palestina, no es descabellado relacionarlos con Juan el Bautista. —Había dado un giro de ciento ochenta grados a la conversación—. Quizá eso pudiera conducirnos a un conocimiento más profundo de su figura y a su contribución en el pensamiento cristiano. Se armaría, sin duda, un pequeño revuelo académico, pero nos pondría en primera fila. No estarías pensando que iba a hablarte de dragones, de pócimas y de tesoros ocultos, ¿no? —finalizó bromeando.

Aún era pronto para decirle que sí, que detrás de todo eso, había tesoros ocultos, ¿quién sabía cuántos?

Samuel había llegado hasta Juan el Bautista estudiando a los mandeos. Y los mandeos le mostraron, sin pretenderlo, su vínculo con los esenios, otra secta gnóstica ya desaparecida que escribió los manuscritos del Mar Muerto. Todos estuvieron en Jerusalén en el siglo I. Y en Jerusalén, en el año 70 los romanos destruyeron la ciudad y saquearon el Templo judío, aunque no encontraron gran cosa que saquear. Alguien se les adelantó y escondió sus tesoros. Él había hallado pruebas que apuntaban hacia los esenios y hacia los mandeos; ellos tenían que saber dónde estaban ocultos. ¿Acaso Juan el Bautista no era uno de sus profetas más importantes?, ¿y no había sido esenio antes de dedicarse a bautizar? Juan era el nexo entre el tesoro del Templo de Jerusalén, los esenios y los mandeos. A los esenios no podía preguntarles, hacía casi dos mil años que habían desaparecido; no le quedaba más remedio que esperar a que los

mandeos le indicaran el lugar exacto donde se encontraban los tesoros. Y estaba seguro de que ellos conocían su ubicación.

BAGDAD, IRAK

El sol descendía por el horizonte y trazaba estelas doradas en las aguas del río Tigris. Comenzaba a anochecer y la temperatura había descendido. Ahora resultaba menos agradable permanecer al aire libre. Algunos mandeos iniciaban la recogida de sus pertenencias, otros ya se habían marchado.

Los tres sacerdotes permanecían acuclillados junto a un fuego casi extinto. Se pusieron en pie y comenzaron a andar hacia el edificio que hacía las veces de iglesia, el *mandi*. Podían haber celebrado los preliminares de la fiesta en honor a Juan el Bautista en unas piscinas de agua corriente que había en él, allí podían bautizarse, ya que el agua procedía del río y estaba en continuo movimiento. Sin embargo, el día amaneció soleado y prefirieron realizar el festejo al aire libre. Zakaria Asgari se arrepentía ahora de su decisión, caminaba arrastrando los pies, y sus muchos años, con el cuerpo inclinado hacia delante. El corto paseo hasta la iglesia se le antojaba una larga peregrinación.

A su lado le acompañaba Basaam, ofreciéndole su brazo como apoyo.

—Debéis tomar un vuelo que salga mañana, a más tardar el jueves a primera hora —le dijo Zakaria—. No tendréis mucho tiempo para despediros de vuestras familias —se lamentó.

—En tres o cuatro días estaremos de vuelta. No es mucho —le contestó Basaam.

Dejaba en Irak a su mujer y a sus tres hijos. El más pequeño era una preciosa niña de dos años que le encandilaba con sus gracias. Pero el sacerdote lo sentía más por Naseer, le había visto mirando a una joven y se le iban los ojos detrás de ella. Aunque el tarmida no le había comentado nada, hay cosas que no era necesario explicar. De hecho, el joven no estaba escuchando la conversación, tenía la cabeza totalmente girada hacia atrás con la vista fija en un punto que él reconocía.

—Si tu esposa necesita algo, dile que nos llame —le comentó el ganzebra a Basaam suponiendo que pensaba en su familia—. Mi mujer puede ayudarla con los niños.

La mujer del ganzebra era una matrona entrada en años y con algunas carnes de más, quizá porque se había quedado con varios de los kilos que le correspondían a su esposo, pero eso no la volvía lenta en absoluto. Era rápida y decidida y tenía experiencia con los niños, no en vano había ayudado a su madre a criar a sus siete hermanos. Le encantaban los pequeños y los hijos del sacerdote la adoraban. Basaam pensó que sería una gran ayuda para su esposa, por eso le agradeció al ganzebra su ofrecimiento.

—Gracias, Zakaria, le diré a Najieh que la avise. —Acto seguido, volviendo al viaje le preguntó—: ¿Cuándo te reunirás con nosotros?

—Al día siguiente de vuestra llegada. Dejaré arreglados unos asuntos aquí y me reuniré con vosotros para el ritual. Os agradecería que os llevarais mi *rosta* nuevo —les pidió—, así cargaré con menos equipaje.

—Dejaré hueco en la maleta —le aseguró Basaam—. ¿Quieres que llevemos también los dos cuencos? ¿O prefieres traerlos tú?

—Llevadlos vosotros. Mañana os los entregaré junto con el dinero para pagar al anticuario. Y no permitas que Naseer lea sus textos en voz alta —le advirtió el ganzebra—. Ni siquiera el que adquiráis en Jerusalén.

—Se sentiría más seguro si pudiera verlos aunque solo fuera una vez antes del ritual.

—Lo sé, lo sé. —Zakaria pensaba.

—¿Existe algún peligro si los leyéramos sin entonar? —le preguntó Basaam.

Los mandeos conocían perfectamente los dos cuencos que estaban en su poder, y los habían leído en numerosas ocasiones, pero en voz baja, sin cantar su texto. Habían comentado el significado de alguna palabra y la habían pronunciado de forma individual. Estaba permitida la lectura aislada de algunas partes, las más difíciles, pero nunca del texto completo. Y el ganzebra temía que Naseer, con su entusiasmo, decidiera practicar las entonaciones de los tres.

En el fondo, Zakaria también dudaba de conseguir leer bien los versos del tercer cuenco durante el ritual sin haberlos estudiado antes. Con los otros dos no se les plantearía ningún problema, siempre habían permanecido custodiados por ellos y habían podido familiarizarse con sus palabras, pero con el que iban a adquirir en Jerusalén, el que perdieron hacía una generación y fue a parar al museo de Bagdad, sería distinto. Sin embargo, al ganzebra le atemorizaba permitir que Basaam y Naseer practicasen con las palabras sagradas. Si la magia surtía efecto en un lugar inadecuado, podía acarrear consecuencias desagradables.

—Sin el tono correcto serían inútiles —insistió el sacerdote.

Zakaria se vio obligado a claudicar.

—Pero colocaros la cera en los oídos para no escucharlos —le advirtió— y, sobre todo, no entonéis, por favor —el final de la frase parecía una súplica—. No permitas que Naseer lea los versos juntos, ni que los repita.

—No los entonaremos —le prometió Basaam—, ni los repetiremos.

—Una cosa más —añadió cansado el obispo. El corto paseo le estaba agotando—. Deberíais visitar la tumba de Absalón para ver el estado de la inscripción. Hace años que no vamos y estaban restaurando algunas zonas del edificio. Es casi imposible que la hayan descubierto, pero convendría que nos asegurásemos.

—Tendríamos que haberla destruido cuando aún podíamos —le contestó el sacerdote refiriéndose a los mandeos en general, ya que ellos no habían nacido cuando todavía se podía acceder a la tumba con total libertad.

—Es prácticamente ilegible desde hace varios siglos —le aseguró Zakaria—. Destruirla hubiera supuesto tener que responder a muchas preguntas. A estas alturas no hay motivos para temer nada.

—¡Ojalá no sea tarde! —Basaam no fue consciente de que sus palabras se convertirían en una profecía destinada a cumplirse.

MONASTERIO DE SANTA CATALINA, MONTE SINAI. EGIPTO

A su espalda, las colinas del Sinaí se teñían de un rojo intenso, como si el valle y las montañas circundantes se hubieran bañado en sangre. El sol descendía de prisa y poblaba de sombras oscuras las fachadas de los apretujados edificios del monasterio, pero Victor Lavine no podía verlo. Estaba enfrascado en la lectura del nuevo volumen.

El padre Linus tardó algo más de lo normal en traerle el último manuscrito que había solicitado, un libro de oraciones de un monje griego que vivió en la comunidad durante el siglo X. Lo depositó sobre la mesa con sumo cuidado y, tras dedicarle una larga mirada a Victor, le dio la espalda y se sentó en su mesa de madera, desde donde podía vigilarle a su antojo pese a estar atestada de papeles.

El joven no lograba encontrar sentido a tanta suspicacia. A pocos metros de él, varios investigadores desmenuzaban las letras de pergaminos más añejos que el suyo y pasaban las hojas con menos delicadeza y, sin embargo, eran tratados con más consideración.

Lo que Victor no comprendía era que los estudios realizados y los conocimientos adquiridos no se reflejaban en la cara, pero que una semana de sol en la playa, sí. Y a él acababan de acortarle sus vacaciones.

Estaba haciendo submarinismo en las ruinas romanas de Cesárea, al norte de Israel, cuando una llamada urgente de su jefe le puso rumbo a Egipto, pasando por Jerusalén. Había vuelto con un bronceado que destacaba sus ojos color miel y una fina barba de cuarenta y ocho horas cubriéndole el rostro. Su pelo largo, ondulado en los bordes, no le ayudaba en nada a darle la apariencia de un investigador ajado por las horas gastadas frente a libros con títulos impronunciables. Tenía el aspecto saludable de un ladrón de guante blanco. Y de ladrones, el padre Linus sabía bastante y no deseaba tenerlos cerca.

Un alemán, de apellido Tischendorf, les había robado su tesoro máspreciado, el *Códice Sinaiticus*; era el manuscrito existente más antiguo, junto a otro que se custodiaba en el Vaticano, que contenía todo el Nuevo Testamento. El erudito germano prometió devolver los pergaminos, incluso escribió una carta con su promesa que se conservaba enmarcada en el monasterio. De eso hacía ya más de ciento cincuenta años y el código todavía no había vuelto. El sacerdote aún no había nacido cuando sucedió, pero, a juzgar por las miradas que lanzaba a los volúmenes que estaban siendo usados, nadie lograría llevarse nada en su presencia. El religioso ortodoxo

echó un último vistazo a Victor y reclinó la cabeza sobre el montón de papeles que ocupaban su escritorio.

Cuando el joven comenzó a leer el libro de oraciones, le sorprendió la bella caligrafía escrita a mano alzada. No era de difícil lectura y contenía miniaturas finamente dibujadas. Fue saltando algunas páginas y hojeándolo con rapidez, todo eran rezos y loas, a Dios, a la Virgen, a los santos... Estaba buscando una oración, más bien un himno, dirigido a san Juan Bautista. No es que la oración en sí misma tuviera nada de particular, era algo que había dentro de ella. Y cuando decía dentro, no tenía ni idea de a qué se refería. Pero tampoco le habían ofrecido más indicaciones, con lo cual Victor no sabía muy bien qué buscar.

Las pesquisas de Archeo Srl. habían comenzado con un texto del medievo que recreaba una antigua leyenda y ese texto los había conducido a la búsqueda de una oración dedicada a Juan el Bautista. Después de eliminar casi todos los libros de oraciones en unos siglos en los que solo se debía de rezar, la compañía seleccionó una veintena de referencias posibles y Victor fue el elegido para encontrarlas.

Su problema principal no era encontrar cualquiera de las copias existentes, sino localizar el original. Entre todas las reproducciones históricas había que localizar el único, el primero o, al menos, uno muy especial que contuviera algo en su interior.

Tras descartar las más recientes y las que claramente eran copias, Victor tuvo que buscar gran parte de las referencias que había seleccionado en el monasterio de Santa Catalina. Y allí estaba, acabando de hojear el manuscrito de cubiertas más ajadas que había tenido en sus manos sin haber encontrado el Himno de San Juan. Y ese era el último códice.

En todo caso, el himno no le parecía gran cosa para ser un misterio. «¿Quién escondería algo en el interior de unos versos tan conocidos?» Sabía que la oración la había compuesto Paulus Diaconus, un historiador de la Lombardía italiana, sobre el siglo VIII. Una leyenda que circulaba por los ambientes musicales contaba que este monje benedictino de buena familia estaba cantando cierto sábado de Semana Santa, cuando, al tener que entonar el *Exsultet* para la bendición del cirio pascual, le atacó una extraña ronquera. Recordó entonces cómo Zacarías, el padre del Bautista, recobró la voz. Zacarías perdió la facultad de hablar el día que se le apareció un ángel en el Templo y le anunció que, pese a su avanzada edad y a la de su mujer, tendrían un hijo que, además, obraría maravillas. Deberían llamarle Juan. El sacerdote no se lo creyó demasiado, ya eran muy viejos y lo de ponerle el nombre de Juan, cuando nadie en su familia se llamaba así... Aquello no era muy común en su época. Más tarde, cuando lo anunciado por el ángel se cumplió y Zacarías aceptó llamar Juan a su hijo, el ángel le devolvió la voz. Paulus debió de recordar estos hechos e imploró una ayuda similar para poder comenzar a cantar la primera estrofa. En agradecimiento compuso el Himno del Bautista.

Su importancia radicaba en que dos siglos más tarde otro monje italiano, éste benedictino, Guido d'Arezzo, lo utilizó para crear la escala musical. Guido era director de orquesta y cada vez que enseñaba a sus alumnos una nueva melodía se encontraba con numerosas dificultades hasta que un día se le ocurrió la idea de comparar las nuevas canciones con alguna antigua que fuera ampliamente conocida. Y eligió para tal fin el Himno de San Juan Bautista. Concretamente su último verso. Dividió cada línea por la mitad y tomó la primera sílaba de cada una: *ut, re, mi, fa, sol, la*. Más adelante se sustituiría el *ut* por un *do* y se añadiría el *si*.

Victor se sorprendió recitando mentalmente los versos: *UT queant laxis REsonare fibras Mira gestorum FAMuli tourum, SOLve polluti LABii reatum, Sancte Ioannes* («con objeto de que nuestras voces puedan cantar tus grandes maravillas, desata nuestros labios mancillados, oh, san Juan Bautista»); aunque continuaba sin comprender qué podía haber «dentro» de ellos. Los había pronunciado tantas veces que acabaron perdiendo su significado original y se convirtieron en meras palabras vacías de significado.

Abatido, cerró el libro con cuidado y apoyó las palmas sobre su tapa mientras repasaba mentalmente sus posibilidades. La gruesa piel, acartonada por el paso de los siglos, cedió por el centro. Victor levantó con rapidez los brazos temiendo oír el crujido que le seguiría al partirse, pero no crujió. Permaneció pensativo un par de segundos y volvió a poner sus manos sobre la cubierta. En esta ocasión presionó con suavidad y sintió cómo la tapa se hundía hasta que hacía tope contra algo. Le hubiera gustado sacudir el libro. Si había algún objeto entre la encuadernación de la cubierta y el cuero, era posible que con los años se hubiera desprendido y estuviese suelto. Miró al padre Linus y ocultó una sonrisa. «Si lo hiciera, el bibliotecario me sacudiría a mí con más fuerza», pensó.

Abrió de nuevo el volumen y tanteó el interior de la cubierta. Por ese lado estaba dura, pero por fuera... cada vez lo percibía mejor. En su imaginación era capaz de rozar los bordes de algo. Raspó disimuladamente con la uña la parte superior de la tapa, pero no logró desprenderla.

El padre Linus se levantó de su escritorio y Victor dio un respingo sobresaltado. Uno de los historiadores había llamado al sacerdote para consultarle algo y el hombre se acercó hasta su mesa. Charlaron unos segundos y los dos salieron por un pasillo del fondo. Cuando vio alejarse a su vigilante, el joven no lo pensó dos veces y sacudió el libro con toda su fuerza de arriba abajo. Oyó un leve siseo, como un roce. Ya no tenía dudas, dentro de la cubierta había algo y no le importaba qué podía ser, había dado emoción a una semana demasiado aburrida.

Observó con cuidado los bordes interiores, donde el cuero de la parte externa se doblaba hacia dentro y se unía a otra capa de piel. Deslizó suavemente la yema de los dedos siguiendo el pliegue de unión desde una punta a la otra hasta acabar en el lomo. Había zonas que se habían combado y abierto, sería fácil rasgarlo por ahí. Lo intentó con la uña, pero el quebradizo material se rompía con

facilidad y acabaría destrozando la cubierta. Miró hacia ambos lados para ver si le observaban. Comprobó que el resto de los estudiosos estaban enfrascados en sus respectivas lecturas. Entonces acercó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y tanteó su navaja multiusos, de esas que llevan tijeras y un montón de cachivaches casi siempre inservibles pero que cuando hacen falta le sacan a uno de un apuro. Antes de extraerla volvió a mirar a sus compañeros de biblioteca. Todos concentrados. Era el momento. Seleccionó la navaja y, aprovechando la poca intimidad que le daba su propio cuerpo contra la mesa, la abrió. Colocó la espalda de tal forma que ocultara sus intenciones y acercó el arma al manuscrito. La mano le temblaba y la retiró. Lo que iba a hacer no tenía nombre y, lo que era aún peor, lo sabía.

Estaba manipulando el filo sobre la cubierta para hacer el menor daño posible, como el cirujano que estudia dónde dar el corte con el bisturí antes de que todo deje de tener remedio, cuando dio gracias a su fino oído. Había creído percibir el roce de una suela de goma contra el pavimento, y no se había equivocado. En ese momento aparecían por la esquina del pasillo el sacerdote y el historiador con un par de volúmenes demasiado pesados para que los cargara una sola persona. Tuvo el tiempo justo para esconder la navaja debajo de la mesa.

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, INGLATERRA

La orientalista tenía en sus manos el cuenco que le había entregado Samuel y observaba preocupada los signos ascendentes del interior. ¿Qué había pretendido decirle en realidad? Se dejó llevar por la espiral de letras sin poder apartar esa idea de su cabeza hasta que, poco a poco, la lectura de la vasija volvió a atraparla y no pensó en nada más. Arrinconó la explicación que Sinclair había intentado ofrecerle y se concentró en su trabajo. No solo tenía que terminar una traducción del texto para la ponencia de su mentor, sino que también le había prometido una grabación con una lectura lo más cercana posible a la realidad. No era algo imprescindible, y nadie lo hacía, pero al *professor* le gustaba animar sus charlas con distracciones como aquella.

Andrea continuaba ensimismada en el texto. Su comprensión era difícil, pero ella lo hacía lo mejor que podía. Decidió olvidarse, por el momento, del aspecto de su contenido porque, aunque eran palabras con sentido, todas juntas no tenían ni pies ni cabeza. El texto parecía el ejercicio de un joven escriba intentando memorizar la escritura de las palabras y encadenándolas sin orden ni concierto: *pájaro* junto a *luz*, seguido de *magia* y de *montaña*. Si había algún sentido escondido entre aquellas palabras tomadas al azar y unidas en frases inconexas, ella no podía verlo. Sin embargo, continuaba leyéndolas, hilvanando los sonidos de unas con las otras mientras Sinclair

permanecía recostado en su butaca con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Había musicalidad en las frases que la mujer iba desgranando entre sus labios cada vez con mayor soltura. En ocasiones, al *professor* le recordaba a una letanía antigua, a algún tipo de cántico primigenio. Estaba concentrado en la voz de Andrea, dejándose llevar por los sonidos. Pensaba que deberían ser más graves, como los de un bajo profundo. La voz de la mujer sonaba aguda, algo chillona, a veces parecía que chirriaba, aunque leía bien, mejoraba, se acercaba a la lectura original, a la que alguna vez debió de oírse. Era casi perfecta. Algo dentro de él se abandonó a esos sonidos que ya no eran palabras, que eran pura música. No estaba adormecido, pero se sentía ligero y se le antojaba que su butaca era como una mecedora; no, como una mecedora no, como las olas del mar y le acunaban con suavidad. Sintió una presión leve en el estómago y posó una mano sobre él de forma inconsciente para alejar la molestia. Continuaba sumido en un mundo diferente, donde todo transcurre más despacio. Ahora también le molestaba el pecho y dejó que su mano ascendiera hasta el corazón para masajearlo con delicadeza.

Andrea había terminado de leer la última palabra del texto y comenzó de nuevo en la base del cuenco. Sentía calor en las manos y le ardía la cara. Era consciente de que el pequeño tazón emitía una vibración agradable, no se movía, pero transmitía un cosquilleo constante a las palmas de sus manos. Continuó leyendo. Había en el texto una pauta que se repetía, como el estribillo de una canción, pero más contundente y rápida, cada vez más veloz. La lectura, que había comenzado lenta y pausada, ahora se había vuelto rauda; había crecido en ritmo y en intensidad, de *pianissimo* a *allegro*, de agudo a grave, de susurros a gritos. Andrea notaba que le faltaba el aire y que tenía el corazón acelerado, pero no podía parar de leer, no ahora que comenzaba a intuir algo; aún no sabía qué, aunque alcanzaba a comprender cuál era el vínculo entre esas palabras inconexas.

A dos metros escasos de ellos, sobre el borde de una estantería con los libros mal apilados, una pequeña vibración hizo tambalear la columna. La fila, con más de diez ejemplares voluminosos, se inclinó cada vez más hasta que acabó vencida por la fuerza de la gravedad. Siete u ocho libros cayeron al suelo provocando un extraño estruendo que sobresaltó a la mujer. Andrea dejó de leer como si su voz se hubiera topado contra un muro de piedra, de repente.

Samuel Sinclair dio un respingo hacia delante en su butaca y se incorporó, tuvo la sensación de que caía. Igual que en esos sueños en los que no duermes, o crees que no lo haces, y tienes la impresión de caer por un agujero profundo, sin fin.

Ambos miraron el montón de libros desparramados por el suelo con una sensación de congoja en el pecho. Se notaban ligeros y de pronto no sintieron nada. Acaso miedo, porque miraban los volúmenes con los ojos desorbitados. Andrea fue la primera en reaccionar y se echó a reír mientras señalaba los ejemplares con una mano que aún temblaba. Para evitar mirarla a la cara, el hombre también comenzó a reírse, con una risilla frenética y contagiosa al

mismo tiempo. Al final los dos acabaron a grandes carcajadas hasta que les faltó el aire en los pulmones.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Andrea aún con una sensación extraña en las manos.

Samuel señaló los gruesos ejemplares esparcidos por el suelo.

—Creo que debíamos de estar tan concentrados en la lectura del cuenco que el ruido de los libros nos ha sobresaltado —lo dijo con poca convicción, la misma que tenía ella.

Más que concentrados parecían estar en otro universo.

La mujer iba a añadir algo más cuando el pitido inconfundible del fax les taladró los tímpanos y les hizo alejarse de lo que fuera que les acababa de suceder. En su lugar, Andrea se dirigió hacia el estridente aparato.

—Es de Martin —dijo al tiempo que le alcanzaba la primera página con cierta ansiedad.

MONASTERIO DE SANTA CATALINA, MONTE SINAÍ. EGIPTO

Con el libro de oraciones apoyado contra su regazo, Victor estudiaba la mejor forma de abrir la cubierta con los menores desperfectos posibles. En el fondo, se trataba de que el destrozo que iba a causar al manuscrito no se apreciara, al menos cuando le devolviese el volumen al sacerdote, luego él se encargaría de poner tierra de por medio.

Había vuelto a analizar todo el borde interno de la solapa tanteando con cuidado los sitios en donde el cuero se había combado y separado. Sería por allí por donde debería comenzar su delicada operación de cirugía, pero temía que, a medida que ampliase la brecha, el cuero se fuera deshaciendo como una hoja reseca. Sin embargo, no había muchas opciones, solo tenía una navaja y sus manos, y como lo que iba a hacer no era muy lícito, no era cuestión de solicitar la ayuda del padre Linus.

Llevaba un rato disimulando, lanzando pequeñas miradas al sacerdote y haciendo que leía el breviario. Necesitaba un momento de total distracción del monje y un movimiento rápido de la navaja, a lo mejor dos, para finalizar el trabajo. Una tos al tiempo que rajaba el cuero le serviría para ocultar el sonido que haría el acero sobre la piel. Miró su reloj y comprobó que ya era la hora del cierre, si no encontraba el momento preciso, tendría que volver al día siguiente e intentarlo de nuevo.

Y el momento llegó cuando el sacerdote se puso en pie para indicar que la biblioteca se cerraba. Comenzaba el desfile de eruditos dejando su trabajo. El sacerdote recogió con calma algunos de los documentos que tenía sobre su escritorio y luego, cuando Victor ya había perdido toda esperanza, se internó por el pasillo para archivarlos.

Ahora o nunca. El joven abrió la navaja y con un movimiento certero de su muñeca levantó el interior de la cubierta. No necesitó toser, los investigadores hacían bastante ruido al abandonar la sala.

Intentó mirar dentro del hueco, pero resultaba demasiado estrecho. Sería preciso otro corte más. Alzó la vista hacia la mesa del sacerdote, el hombre aún no había vuelto y los estudiosos continuaban su tranquila procesión, nadie reparaba en él.

Movió con celeridad la navaja y en un segundo había rasgado la cubierta en forma de «ele». Introdujo su mano en el hueco, tanteó y logró acariciar con la punta de los dedos lo que parecía un trozo de pergamino. La hundió más en el libro y consiguió asirlo.

—Caballeros, vayan acabando. —El padre Linus miró a un par de docentes que aún tomaban notas en sus cuadernos.

Victor tuvo el tiempo justo de extraer el pergamino y dejarlo caer sobre su regazo antes de pasar algunas hojas del libro y fingir que leía. No había oído llegar al sacerdote entre el barullo de gente que salía y el corazón comenzó a botar en su pecho como un saltamontes. Estaba seguro de haber empalidecido por el sobresalto. Incluso le temblaban las manos. No es que fuera la primera vez que hacía algo parecido; pero desde luego sí era la primera que destrozaba un manuscrito tan antiguo, aunque el destrozo solo fuera visible con el volumen abierto.

Con los ojos del padre Linus fijos sobre él, a unos diez metros de distancia, cerró el libro y observó la tapa satisfecho. Había hecho un buen trabajo. El sacerdote no notaría nada hasta que abriese el manuscrito, si es que lo abría. Al incorporarse, Victor se dobló algo más de lo normal sobre la mesa y aprovechó para guardar el pergamino que acababa de robar en el interior de su cazadora.

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, INGLATERRA

—Es de Martin —dijo Andrea al tiempo que le pasaba el folio que había llegado por fax.

Martin Crown, el hombre cuya cara parecía pasada por el tamiz de una nube de polución. Todo en él era gris: el color de su piel, su pelo, su mirada, hasta su sonrisa. A Andrea le daban escalofríos cada vez que le tenía delante. Sin embargo, debía reconocer que era una persona eficaz e inteligente, reflexivo, nada proclive a gestos imprudentes; aunque quizá excesivamente frío y calculador. Martin era el director de una asociación con sede en Jerusalén, los Cristianos de San Juan, dedicada a la búsqueda y «captura» de todo lo relacionado con Juan el Bautista.

A Samuel Sinclair le había sido de gran ayuda en el pasado al orientarle sobre pistas que le adelantaban, de una forma poco ortodoxa, frente a otros investigadores, pero todo tenía un precio y

había pagado muy bien sus servicios. Era posible que le debiera a aquel hombre hasta su cátedra, pero eso nunca habría estado dispuesto a confesarlo. En cualquier caso, Martin dirigía la asociación gracias a sus influencias. «Si no, ¿cómo habría alcanzado un hombre de su categoría ese puesto?»

—Necesita que vayamos a Jerusalén, y es urgente —anunció el *professor*.

—¿Para qué quiere vernos el *director*? —había ironía en su forma de pronunciar el cargo de Martin. Una ironía que Andrea nunca se hubiese atrevido a mostrar en presencia de él.

—Han aparecido unas nuevas inscripciones en la tumba de Absalón.

—¿Hacen referencia al Bautista?

—No aclara nada más —dijo Sinclair mirando hacia el fax por si hubiese entrado otra página. El aparato estaba vacío—. De cualquier forma, es muy explícito, nos indica que si no podemos llegar esta noche, lo hagamos mañana a primera hora. Ya ha corrido la voz y es posible que otros arqueólogos se acerquen a husmear.

—¿Y tu conferencia? —le recordó Andrea—. No puedes anularla.

—No la anularé. Te adelantas tú y yo tomo el primer vuelo disponible en cuanto finalice mi ponencia pasado mañana. Llegaría al día siguiente a primera hora.

—¿Y no puedo esperar y viajamos juntos? —La mujer sabía que la respuesta sería negativa, pero comenzaba a sentir un sudor frío al imaginarse a solas con Martin Crown.

MONASTERIO DE SANTA CATALINA, MONTE SINAÍ. EGIPTO

Al dejar atrás el vetusto edificio que hacía las veces de biblioteca, Victor decidió callejear por el interior del monasterio para alcanzar la salida. Iba tenso, con los músculos del cuello agarrotados y sentía la mirada del padre Linus a su espalda. No se equivocaba.

El monje se había acercado hasta una de las ventanas de la biblioteca y observaba a los investigadores mientras salían. Le llamó la atención el porte rígido de Victor Lavine y le vino a la mente el robo del *Códice Sinaiticus* en el siglo pasado. Temiendo que se hubiera repetido, giró la cabeza con un gesto rápido hacia la mesa que había ocupado el joven y descubrió, aliviado, que no se había llevado el volumen. Suspiró.

A sus pies, Victor ya había rebasado la iglesia de la Transfiguración y dejaba atrás el edificio para dirigirse hacia la pequeña puerta de salida del monasterio. Cuando la traspasó giró hacia su derecha, bordeando las imponentes murallas de hasta treinta y cinco metros de altura del complejo monacal, y solo cuando ya no divisaba ningún ciprés y el jardín quedaba muy a su espalda, consiguió relajarse lo suficiente. Tanteó su cazadora con cuidado. El

pergamino estaba en el bolsillo interior, intacto, no sabía cómo no se había deshecho en mil pedazos.

En el aparcamiento, situado a un kilómetro del recinto amurallado, solo quedaba su viejo land rover del año 75. En realidad, el viejo Serie III de su amigo Said. Abrió la portezuela del conductor y se sentó con nerviosismo. Ardía en deseos de leer el pergamino.

El pequeño documento, del tamaño de medio folio, estaba escrito con las mismas letras elegantes que le habían sorprendido en el libro de oraciones y no era tan frágil como había supuesto en un principio. Encendió la luz del vehículo y lo acercó a la lámpara del techo. Afuera, la noche cubría las montañas y el valle.

Sin darse cuenta soltó una carcajada estridente: era el Himno de Juan el Bautista. ¡Lo había encontrado! Al leerlo se percató de que era muy similar a la versión conocida aunque con algunas pequeñas variaciones. No advirtió nada que le llamara la atención y comenzó a observar el material sobre el que había sido escrito, esperando dar con aquello que fuera que estaba «dentro del texto». Giró el pergamino, le dio media vuelta, lo puso del revés... «¿Dentro de dónde?», se preguntó. Extrajo una pequeña linterna de la guantera y enfocó las líneas y luego los espacios en blanco entre ellas y entonces apreció, muy débilmente, algunos restos de tintura sobre una línea. Continuó recorriendo la fila de letras y sobre varias de ellas encontró más manchas diminutas. En la línea de debajo observó otras y en la siguiente también.

Comenzó a forjar una idea en su mente. ¿Y si hubiera un texto debajo del texto? ¿Era posible que el autor hubiese escrito unas líneas y luego las raspara para escribir sobre ellas el Himno del Bautista? La idea no era descabellada. No sería la primera vez que un copista medieval «reciclaba» un viejo pergamino para escribir de nuevo en él; sobre todo en una época en que escaseaba la piel de cordero con la que elaboraban los pergaminos. En este caso no se trataba de reutilizar el material, sino de eliminar el contenido inicial pero sin destruirlo del todo.

Victor comenzaba a entender. El monje que había escrito el libro de rezos también había sido el copista de la oración de Juan y, por supuesto, el que había raspado el texto de debajo y, hasta que no viera ese texto, no podría afirmar con seguridad si se trataba también de su caligrafía. Pero podría jurar que sería la misma. Y... dado que no había incluido la oración entre las páginas del libro y la había ocultado en su cubierta, debía de desear que alguien determinado la encontrara. Se lo había puesto aún más difícil al secreto lector al raspar el texto original y escribir encima. «¿Existía algún método en la Edad Media que permitiese leer esa escritura inicial?», dudó extrañado el joven. De lo que sí estaba seguro era de que él podría. Pensó en su amigo Benjamin Yabo y en el Laboratorio de Análisis Espectrométricos de Jerusalén donde trabajaba.

Le dio un par de vueltas más al pergamino amarillento y, como no conseguía descifrar ninguna de las pequeñas manchas, lo dejó sobre el asiento y encendió el motor. Aún le quedaba un largo viaje hasta el paso fronterizo de Taba, entre Egipto e Israel, y otras cuatro o cinco

horas más de camino para llegar a Jerusalén bordeando la carretera que serpentea junto al Mar Muerto, si el coche no decidía dejarle tirado antes. Aunque Said le había asegurado que era su vehículo más robusto y fiable, Víctor albergaba serias dudas. Tendría suerte si conseguía devolvérselo sin llevar una grúa delante.

Metió la primera y aceleró, las ruedas levantaron el polvo del desierto del Sinaí. A su espalda, la luna recortaba la imponente silueta de las murallas del monasterio. Santa Catalina parecía una novia adornada con los brillos de las estrellas nocturnas.

II LA TUMBA DE ABSALÓN

JERUSALÉN (DOS DÍAS DESPUÉS)

Basaam y Naseer llegaron a Jerusalén el día anterior para alojarse en casa de un amigo en la zona vieja de la ciudad. Estaban cansados, en parte por el desplazamiento y la emoción, pero también por el ayuno. El día siguiente a la fiesta celebrada por el nacimiento de Juan el Bautista era un día aciago, el día de la Matanza de los Inocentes.

Ahora, de pie en el patio de su amigo, con los rostros mirando a la estrella polar porque el norte es el punto cardinal en el que se encuentra el Paraíso, los dos mandeos se disponían a orar. Hacía unos minutos que el sol había comenzado a calentarles con su luz cuando ya se encontraban dispuestos frente a la pequeña fuente del patio para iniciar su primer rezo del día.

Comenzaron con las abluciones. Los hombres se lavaron las manos en el surtidor, alimentado por agua corriente de un manantial subterráneo, y luego tocaron su brazo izquierdo desde el codo hasta los dedos; tras repetir la misma operación con el brazo derecho, volvieron a sumergir sus manos en el agua y rozaron con la derecha, mojada, la frente por tres veces. Volvieron a introducir sus manos en la fuente y las colocaron sobre sus orejas.

Cada uno de sus actos iba acompañado de un pequeño verso. Cuando cubrieron sus orejas, la voz de Naseer, más grave que la de su amigo, levantó ecos en el pequeño patio.

—Mis oídos escuchan la voz de Dios —recitó repitiendo la oración tres veces.

Su ritual continuaba con cada parte de su cuerpo. Cada vez que introducían sus manos en la fuente y se tocaban con ellas la cara, las piernas o las rodillas, entonaban un verso que repetían no solo en alabanza a Dios, sino para decirle que todo su ser se encontraba con Él, dispuesto para Él.

Tras esa larga serie de abluciones comenzaron la auténtica primera oración del día: «En el nombre de Dios todopoderoso, Dios será alabado con el corazón puro. La Vida existe, Dios existe, el Conocimiento de Vida existe...». Cada vez que mencionaban el nombre de Dios o de algún ángel, se inclinaban ligeramente hacia delante formando un arco con su torso. No se habían arrodillado para rezar y en todo momento lo hicieron en voz alta dejando que sus voces se juntaran sobre sus cabezas en una espiral que ascendía hasta el cielo, hasta Mana Rabba, la Gran Vida, su Dios único y todopoderoso.

Aquella oración, *bārahkeh*, debían repetirla tres veces cada día, la primera al amanecer, la segunda una hora después del mediodía y la tercera por la tarde, antes de que el sol hubiera desaparecido del cielo; hacerlo de noche no sería apropiado porque podrían atraer a los espíritus de la oscuridad y eso era algo muy poco deseable. Había sido Juan el Bautista, su cuarto y último profeta, quien modificó la costumbre anterior de hacerlo cinco veces al día y reducir su número solamente a tres.

Tras recitar los versos dedicados a la Unidad de Dios, entonaron los Versos para los Ángeles y después de cuatro estrofas más, finalizaron la oración: «En el nombre de Dios, rezamos por el eterno Dios, Mana Rabba, y por Manda ed Haii, el Conocimiento de Vida. Nuestras oraciones le dignifican. Alabamos su semblante digno que es resultado de su esencia y por ella es esparcido».

Al terminar, Basaam permaneció unos segundos mirando hacia el norte, sin hablar en voz alta. Se permitía conversar con su Dios desde el corazón, pidiéndole fuerza y valor para llevar a cabo el trabajo que habían venido a realizar en Jerusalén.

El tarmida ya se había alejado y se dirigía hacia el salón de la casa para comenzar el desayuno. La esposa de su amigo Sinan les había preparado una comida abundante para resarcirse del ayuno del día anterior. El aroma de los alimentos cocinados envolvió a Basaam cuando entró en la pequeña sala y despertó quejas en su estómago al aspirar el olor del pan recién horneado, que todavía humeaba.

Cuando saciaron su hambre, sobre todo Naseer, que parecía no haber comido en una semana, se despidieron de la joven pareja para dirigirse a la tienda de antigüedades. Habían concertado una reunión con el anticuario para comprobar la autenticidad del cuenco por sí mismos con intención de adquirirlo.

Vestían ropa de calle occidental que destacaba aún más sus peculiares rasgos. A Basaam la barba oscura le colgaba sobre el pecho y ambos cubrían sus largos cabellos con sendos *keffiyahs* blancos y negros.

Bajo su calzado, el enlosado de la calle no emitía el más mínimo sonido, pero la ciudad se había despertado ya y los mercaderes locales se afanaban en montar sus tenderetes portátiles. El aire bullía con los incipientes ruidos del día que nace. Estaban disfrutando con su paseo cuando alcanzaron la tienda.

La puerta se mantenía abierta de par en par y de ella emanaba un aliento cálido y dulzón, algo rancio. Dentro, el dueño había dispuesto

la mercancía de tal forma que no quedaba ningún hueco vacío. Se necesitarían varios días para poder apreciar cada uno de los objetos que vendía. Las pequeñas teteras árabes de metal oxidado permanecían junto a vasos decorados en oro, grandes alfombras de innumerables colores y formas se extendían bajo chilabas y caftanes brillantes. En una esquina se apilaban babuchas caníbales, comiéndose unas a otras para que el cliente encontrara los dos pies del mismo número.

Naseer se sorprendió de aquel desorden de colores y formas que llamaron su atención. Pero era un desorden estudiado, equilibrado en su aparente caos. Said Alami había aplicado en su tienda los conocimientos de márketing turístico más actuales: todo amontonado, de cualquier manera, sabía que a sus clientes les gustaría rebuscar.

Nada más asomar la cabeza por el vano de la puerta, un hombre rechoncho de grandes mofletes les franqueó la entrada. Mostraba una enorme sonrisa en la que brillaban algunas muelas de oro y vestía una chilaba blanca que hacía juego con su escueta barba.

—¿El señor Alami, por favor? —preguntó Basaam con cortesía.

—Yo mismo, ¿en qué puedo servirles? —No les dejó tiempo para responder—. Pero pasen, no se queden en la puerta —les apremió extendiendo el brazo para que accedieran a su establecimiento.

El mandeo inició las presentaciones y explicó los motivos de su visita, aunque a Said Alami no le hicieron falta ni las unas ni los otros. Sus estrechos ojos habían reconocido a sus visitantes en cuanto les vio asomar la cabeza. Realmente eran distintos al resto de su clientela: tan educados, de modales pausados, sin exteriorizar la prisa.

El árabe les hizo pasar a una amplia trastienda carente de espacio por el apilamiento de cajas y paquetes. Basaam pudo distinguir una puerta al final del estrecho pasillo que dejaba libre la mercancía. Daba acceso a otra habitación con algunos muebles desvencijados y una mesa baja rodeada de cuatro sillas. Sobre la mesa aún humeaba una tetera caliente. En una de sus paredes se abría una estrecha escalera, casi insuficiente para contener toda la humanidad de Said.

Mientras el anticuario los guiaba hacia su vivienda, en la planta superior de la tienda donde había instalado su «museo», no paraba de hablarles y de preguntar por el viaje, y por el vuelo, por la guerra... Los mandeos respondían a sus preguntas con cortesía y evitaron de una forma especial contestar a la última. Hablar de la guerra les supondría hacerlo de las persecuciones a que estaban sometidos por los musulmanes de su tierra, incluidos los atropellos, violaciones, conversiones forzadas... El sacerdote prefirió no pensar en ello.

El último escalón hasta la parte superior del edificio dejó a Naseer sin aliento, ya pensaba que se habían equivocado de local, que aquello era una tienda para turistas, cuando la visión de la nueva estancia le sacó de su error. Delante de él se extendían relucientes vitrinas acristaladas que exponían una mercancía muy distinta a la que se vendía en la planta de abajo. Aquello parecía un museo, cada pieza estaba colocada junto a otras de su misma época y una

pequeña ficha mostraba la fecha de datación y un breve resumen explicativo.

Su anfitrión los guió hacia un rincón y les señaló un objeto de barro cocido con una espiral de letras ininteligibles que ascendían desde el fondo en sentido contrario a las agujas del reloj. Mientras Naseer contemplaba embobado el cuenco mandeo, su compañero le pidió al anticuario que les permitiese examinar la vasija más de cerca.

—Esperen un momento, voy a por las llaves.

Cuando el hombre desapareció, el más joven de los dos no pudo reprimirse y pegó su nariz al cristal.

—¡Es el nuestro, Basaam! ¡Mira! —le dijo tirando de la manga de su chaqueta con un nerviosismo infantil.

El otro se acercó al expositor y observó el cuenco de apenas diez centímetros de alto. A través del cristal podía ver con claridad la pequeña pieza triangular reparada en uno de sus bordes. «De cuando se rompió en el museo», pensó. Naseer le señalaba ahora la figura del demonio Ruha en el fondo con los brazos extendidos sujetando un escorpión y una serpiente.

Martin Crown había decidido ubicar su despacho en un elegante edificio de la parte moderna de Jerusalén. Las cosas antiguas estaban bien para traficar con ellas, pero trabajar *en* ellas ya era harina de otro costal. Le habría desagradado tener que vivir o trabajar en la Ciudad Vieja, con sus fuertes olores a verduras hirviendo o a especias irreconocibles. Al fin y al cabo, él tenía que residir en esa parte del mundo porque era una de las pocas en las que podía hacerlo. Volver a su Inglaterra natal no era ni siquiera un sueño, era imposible.

Aunque sus años de traficante habían pasado a la historia y ya no era el mismo hombre que robaba reliquias en las iglesias de su país, su rostro resultaba demasiado conocido en los círculos de arte. Samuel Sinclair se había aprovechado de su trabajo y, en compensación, le había ofrecido su cargo actual. En realidad, continuaba realizando labores poco legales, pero ahora ya no era un vulgar ratero. Con los años había aprendido a lanzar la piedra y esconder la mano. Disponía de una nueva identidad, nuevo aspecto físico y una colección de buenos trajes en su armario. En Jerusalén nadie le reconocería, pero en su vieja Inglaterra cualquiera podría hacerlo y no deseaba terminar con sus huesos en la cárcel.

Al otro lado de la mesa de su despacho estaba sentado Abdul Jaled, un atractivo árabe que le escuchaba con interés mientras desgranaba las cuentas de un rosario musulmán. Abdul era un hombre delgado que vestía con elegancia tanto los trajes occidentales como las prendas típicas de su tierra. La chilaba negra que llevaba puesta tenía un corte digno de las agujas más renombradas de Egipto.

—¿Cree que el *professor* Samuel o la señorita Andrea serán capaces de leerlo? —le preguntó a su jefe acariciando el finísimo bigote que le cubría el labio superior.

—Algo obtendrán.

Martin miró la fotografía con la inscripción del texto y dudó de su propia respuesta. Había reproducido el monumento funerario de Absalón cientos de veces desde decenas de ángulos distintos y en diferentes momentos del día. La que mejor se veía era aquella que sostenía en las manos y, aun así, entre lo deteriorada que estaba la pared del edificio y la antigüedad de la inscripción, temía que todo fuera en balde.

Según la tradición, durante muchos años los cristianos, los musulmanes y los judíos atribuyeron por error a aquel edificio el dudoso honor de constituir la tumba de Absalón, uno de los hijos del rey David, el que asesinó a su hermano Amnón por violar a su hermana Tamar y el que incitaría después un levantamiento contra su padre. La creencia popular provocó que, durante siglos, todo el que pasaba por allí lanzara una piedra contra el muro como muestra de rechazo a los depravados actos de su morador.

A nadie se le ocurrió que Absalón había muerto unos mil años antes de que el monumento funerario fuese construido, por lo que difícilmente podría estar enterrado en él. Levantado en el siglo I después de Cristo, la tumba había sido rehabilitada hacía pocos años porque unos investigadores descubrieron en su fachada una estela conmemorativa dedicada a Zacarías, el padre de Juan el Bautista. La inscripción constaba de tan solo cuarenta y siete letras en griego distribuidas en dos líneas y decía: «Esta es la tumba de Zacarías, mártir, sacerdote muy piadoso, padre de Juan». Y, aunque el devoto sacerdote ya no se encontraba en ella, los historiadores creían que existían serias posibilidades de que en alguna ocasión su cuerpo hubiera ocupado uno de los tres nichos que contenía.

Martin Crown giró la fotografía y la acercó a sus ojos. Él no sabía griego, si es que la segunda inscripción, grabada a la derecha de la primera y que era la que les interesaba, estaba escrita en el mismo idioma; pero podía apreciar unos palos y unas rayas y hasta alguna forma circular que no le decían nada.

Cuando el antropólogo físico de reconocido prestigio Joe Zias descubrió a principios del año 2003 la primera inscripción, Samuel Sinclair creyó que había encontrado la que él estaba buscando, la de los mandeos, pero se equivocó. Desde entonces, Martin estuvo fotografiando el monumento funerario de Absalón desde todos sus ángulos y con diferente iluminación porque el *professor* había observado algo en una antigua fotografía del siglo pasado. Creía que los juegos de luces y sombras que creaba el sol del atardecer en los meses próximos al verano eran los que habían provocado que apareciesen unos trazos borrosos que asemejaban letras. Y en eso no se había equivocado Sinclair. Eran letras, Martin así lo creía, pero dudaba de que alguien fuese capaz de leerlas.

—Si estuviera en mejor estado, no necesitaríamos el pergamino — afirmó el director de los Cristianos de San Juan mirando a su hombre de confianza.

—Ni a la empresa que lo está buscando —le secundó Abdul con desagrado en sus palabras.

A ninguno de los hombres le hacía la más mínima gracia que alguien ajeno a su organización los estuviera ayudando. Pero no les quedaba otra posibilidad, los historiadores de su asociación debían quedar al margen de esta búsqueda. Samuel Sinclair había sido muy explícito cuando lo dijo: «Excepto a vosotros —y señaló a Martin y a Abdul—, y a tu primo Jamal, no quiero a nadie del CSJ en esto. Somos más que suficientes para el reparto».

Martin Crown desconocía en aquel momento cómo sería ese reparto, pero no había olvidado el resto de sus palabras y los historiadores pertenecientes a los Cristianos de San Juan quedaron al margen de la investigación.

—Espero que no nos causen problemas. —Martin se refería a los colaboradores externos—. A veces la gente quiere saber más de lo que necesita.

—Desistirían muy pronto —le respondió Abdul enarcando una ceja partida.

Su respuesta se vio acompañada de un esbozo de sonrisa mientras continuaba separando con la mano derecha las cuentas de su rosario de ámbar.

La mujer de Said les había servido un té bien caliente en unos pequeños vasos de cristal ahumado. Los tres hombres degustaban la bebida sentados en taburetes bajos en torno a una mesa. Sobre ella descansaba el cuenco mandeo de conjuros esperando a que sus futuros dueños se decidiesen por fin.

Habían resultado ser unos negociadores excelentes, a decir del anticuario, que nunca lo habría imaginado.

—Es mi última oferta y la hago porque son ustedes buenos clientes —les indicó Said—. No puedo bajar más el precio. Este cuenco no es como los otros que les he vendido —se explicó—, es cinco siglos más antiguo que los últimos que les envié.

Aunque nunca los había visto en persona, había mantenido negocios anteriores con ellos y les había hecho llegar algunas piezas hasta Irak.

Basaam tenía la certeza de que el cuenco era el verdadero y miró a Naseer buscando su aprobación o su rechazo por la oferta, pero el joven no apartaba los ojos de la pieza.

—Está bien —claudicó el mandeo—. Aceptamos. —No tenía otra opción.

Extrajo un sobre del bolsillo de su camisa y comenzó a contar los billetes sobre la mesa. El tarmida ya había recogido el cuenco y se había puesto en pie. Cuando Said le vio reprimió una sonrisa. Esos hombres siempre habían sentido un gran apego por las antigüedades de su religión, pero no podía imaginarse que sería tan grande.

—Un momento, joven. Les envolveré el cuenco para que no sufra ningún daño.

Tras contar de nuevo el dinero, el árabe se puso en pie y se acercó a un mostrador. De uno de sus cajones extrajo un pliego de plástico acolchado de burbujas y momificó el cuenco ayudado por un rollo de

cinta de embalar, después lo introdujo en una caja de cartón y, antes de cerrarla, depositó una de sus tarjetas de visita en el interior.

Acompañó a sus clientes hasta la puerta de abajo y les deseó una feliz estancia en Jerusalén. No esperó a ver cómo se alejaban, el teléfono comenzó a sonar con insistencia. Se despidió de ellos con un fuerte apretón de manos y dio media vuelta para alcanzar el aparato.

Frente al local de Said se desplegaba una hilera de vetustas casas de piedra. Una de ellas tenía la entrada en forma de vano y su puerta se abría medio metro más atrás de la calle. En ese hueco, con el enorme portal pintado de color burdeos acariciando su espalda, Jamal no apartaba la vista de los dos mandeos que se alejaban calle abajo. Llevaba de guardia desde el día anterior y los había visto entrar en la tienda esa misma mañana, muy temprano.

Aguardó hasta que salieron y los siguió a una distancia prudencial: tres metros. No tuvo que esconderse en ningún momento, ninguno de los dos hombres se molestó en mirar hacia atrás ni una sola vez.

Jamal era un hombre «discreto», bajo su traje negro vestía una camisa de gruesas rayas naranjas y rojas y, pese a lo que le había indicado su primo, no se molestó en pasarse por la oficina de Crown para ponerles al día. Muy al contrario, marcó el número privado de Abdul en su móvil; y aquello resultaba peligroso en una ciudad en la que hasta las ratas eran informantes de alguien: del Mosad, de los servicios secretos palestinos o de cualquier congregación religiosa. En Jerusalén, todos tenían confidentes.

—¿Abdul? ¿Eres tú? —La señal era muy débil y oía a su interlocutor de forma entrecortada. Se desplazó un metro hacia la derecha sin dejar de observar el edificio donde habían entrado los dos hombres.

—¿Dónde estás? —le reprendió su primo con la voz cortante.

—En Jerusalén —gritó.

—¡Ya sé que estás en Jerusalén, idiota! ¿En qué parte?

A Jamal no le afectaban aquellos insultos, era al menos diez años mayor que Abdul, pero su primo siempre había sido el listo de la familia y los más inteligentes tienen algunas prerrogativas, como desahogarse con los que no lo son. Jamás pensó que aquello era maltrato, gracias a Abdul conseguía tener un sueldo con el que llegar a fin de mes. Su trabajo en el despacho de Martin Crown era una de las muchas cosas que le debía y era sencillo de realizar. Cuando le dio las indicaciones que le pedía, su primo le ordenó que no los perdiera de vista y colgó.

Abdul Jaled guardó su móvil en el bolsillo interior del pantalón y, al hacerlo, la chilaba se abrió y dejó entrever una fina cadena de oro. El hombre se arregló el cuello de la prenda antes de volver a sentarse frente a Martin Crown.

Separados por el escritorio del despacho, Abdul le informó de que los mandeos ya habían recogido el cuenco y de que su primo se apostaría en las cercanías de la casa en donde se alojaban.

—Bien —meditó en voz alta Martin.

Las comisuras de sus labios curvados hacia arriba de forma permanente, unidas a sus ojos ocultos en unas profundas cuencas, harían creer a cualquiera que observaba al mundo desde muy alto.

—Bien —repitió—. Los pececillos están en la red.

—Sí —confirmó el joven. No entendía por qué le gustaba hablar así, a menos que fuera para parecer más interesante.

De cualquier forma, no le dio mayor importancia y comenzó a dejar correr entre los dedos las cuentas de su rosario con gran parsimonia.

—Era de esperar, la copia es idéntica al original —prosiguió su jefe—. Ni siquiera el anticuario se ha percatado y los mandeos tenían tantas ganas de encontrar la pieza que todo ha sido un juego de niños. Ya solo nos queda atrapar al pez gordo.

Se refería a su líder, al ganzebra.

—Sinclair nos ha asegurado que vendrá.

—Sí, lo hará pronto —aclaró Martin—. Y entonces comenzará el baile.

Era otra de esas frases suyas y, al decirla, sus labios se combaron hacia arriba algo más de lo habitual. El hombre parecía despreciar al género humano desde su elevada atalaya.

Unos leves golpes en la puerta del despacho hicieron que Abdul se girara cuarenta y cinco grados en el asiento. La secretaria de Martin asomó su rubia cabellera.

—Señor Crown, la señorita Jacobs acaba de llegar —anunció con su voz aguda.

—Dame un par de minutos y hazla pasar.

Ella solo asintió. Cuando la mujer volvió a cerrar la puerta, Abdul se incorporó y se despidió de su jefe.

Al otro lado de la línea telefónica, Jérôme Cavaliere escuchaba con atención a Victor mientras le contaba el avance de sus investigaciones. *El Boss*, como le llamaban a veces en broma sus empleados, era un hombre con la piel casi negra, del color de la madera del ébano. Había nacido en Etiopía cuando Etiopía se llamaba Abisinia y era colonia italiana, allá por los años cuarenta. Su madre debió de ser una de las primeras inmigrantes ilegales que conoció la historia moderna porque cuando quedó embarazada y al padre del niño, un soldado del ejército italiano, le destinaron de vuelta a su tierra, no lo pensó dos veces. Abandonó su poblado de chozas y se presentó al otro lado del Mediterráneo entrando por el tacón de la bota. Nunca encontró al padre, pero ella y el bebé salieron adelante en una Italia difícil cuando el color de la piel era oscuro, muy oscuro, y nadie hablaba de la igualdad de razas.

—Me acordé de Benjamin Yabo, el técnico de análisis espectométricos —le estaba diciendo Victor—. En su laboratorio de Jerusalén son capaces de hacer maravillas. Él me preguntó si preferíamos el método rápido o el lento. Los dos eran igual de caros, así que elegí el rápido.

Jerôme acababa de perderse. Era un hombre hecho a sí mismo, inteligente y metódico, y conocía muchas formas de leer textos ocultos, pero de esas dos nuevas variantes no había oído hablar.

—¿El rápido o el lento?

—El de imagen hiperespectral o el de fluorescencia de Rayos X —le aclaró Victor.

Aquello ya lo comprendía.

Ambas técnicas eran capaces de recuperar una escritura antigua oculta bajo otra más reciente; cada una lo conseguía de una manera diferente y con resultados distintos, pero era preferible comenzar por la más rápida, que era la que Benjamin podía llevar a cabo en su trabajo. Para la segunda tendría que enviar el manuscrito al Laboratorio de Sincrotón de la Universidad de Stanford y eso haría que fuese más lenta, aunque sin lugar a dudas más efectiva: conseguiría leer ese veinte por ciento que a veces no era capaz de descifrar la imagen hiperespectral. En esta ocasión podrían prescindir de ella.

—Es visible casi el cien por cien del texto —le adelantó Victor.

La técnica de imagen hiperespectral utilizaba cámaras fotográficas de alta tecnología. Benjamin Yabo aplicó con ellas luz de distintas longitudes de onda, incluidos los rayos ultravioleta y los infrarrojos, al pergamino. Después pasó toda esa información a su ordenador, la procesó y ofreció sus resultados a Victor.

—Con lo que aparece aquí no nos hará falta enviar el pergamino a Stanford —dijo señalando el informe que había realizado su amigo—, es suficiente para poder leer el texto completo.

—¿Es lo que nos encargó el cliente? —preguntó Jerôme.

—El texto ha aparecido debajo de un himno dedicado a Juan el Bautista, tal como nos informaron, pero no estoy seguro. Ellos dijeron que estaría escrita en algún dialecto del arameo y esto es griego —dijo mirando una copia de los versos.

—¿Habla del amuleto de oro?

—Sí y no —le respondió con ambigüedad—. Menciona un amuleto, pero no especifica que sea de oro.

—¿Qué dice?

—Es un tanto críptico. Ya sabes —contestó Victor con desparpajo—, a los místicos de antes les gustaba el misterio. Habla de la tumba de un tal Zacarías y de algo que fue lo primero en crearse. ¡Y de bautismos! ¿No te resulta extraño?

—Lee el texto —le pidió Jerôme algo intrigado.

El joven se retiró de la cara un mechón de su cabello y comenzó la lectura.

—«Esta es la tumba de Zacarías, mártir, sacerdote muy piadoso, padre de Juan.» Hasta aquí es una frase que se entiende perfectamente —aclaró—. Ahora viene la parte que no tiene ni pies ni cabeza. Escucha: «Fue creado antes que la luz y el cosmos, sin él nada puede ser dicho. Cuando la semilla del padre no produzca varón, los ritos estarán vacíos. Los que guardáis los tres, recibid el bautismo en Bet Makerem, recoged el amuleto y renovad el tesoro». Hay una última palabra, consta de las cuatro primeras letras del alfabeto

griego —prosiguió—: alep, bet, gimel y dalet. Algo así como «a, b, g, d». Lo he traducido como *abecedé*, pero no estoy muy seguro —le explicó—. Y aunque entiendo ese vocablo, no sé qué hace en medio de todo esto. Es como acabar una carta diciendo: «a, b, c, d», en lugar de «atentamente» o «con cariño». ¿Tiene algún sentido para ti?

Su jefe había permanecido en silencio desde el inicio de la lectura y el texto le dejó tan perplejo como a Victor.

—¡Un momento! —se sorprendió a sí mismo el joven—. Aquí en Jerusalén existe una tumba de Zacarías, ¿no? —dijo buscando la confirmación de Jerôme. Pero su jefe no contestó—. ¿Puede referirse a ella?

—No lo sé. —Se mantuvo en silencio un segundo y luego le aconsejó—: ¿Por qué no visitas al doctor Ben Shimon? Él podría ayudarte.

—¿Tu amigo Isaac ben Shimon? ¿Aún vive? —le preguntó admirado.

Jerôme no se sorprendió del comentario. El anciano tenía ochenta años y una mala salud de hierro que terminaría por enterrarlos a todos.

—Ha superado con éxito tres intervenciones de by-pass en los últimos años y parece que pueda vivir otra docena más con el corazón en ese estado. Pásate a verle y dale recuerdos de mi parte, él te ayudará. Aguarda un momento —dijo rebuscando en el cajón de su escritorio—, voy a darte su número. —Tras unos segundos revolviendo los papeles sin encontrar lo que buscaba se dio por vencido—. Yo le llamaré. En cuanto cuelgue pediré a mi secretaria que le localice. —Estaba a punto de dar por finalizada la conversación cuando recordó algo—. ¡Ah!, y envíame el informe.

Victor era el único de su empresa que tenía la costumbre de *contarle* cómo llevaba las investigaciones, no solía *escribirlo*. Pero en esta ocasión sorprendería a su jefe.

—Ya te he remitido los documentos originales.

Fue una lástima que no pudiera contemplar su cara de sorpresa.

—Pasa, por favor. Siempre es un placer volver a verte.

A Andrea la palabra *placer* le sonó sucia en la boca de Martin, sin embargo, le tendió la mano derecha a modo de saludo. El hombre, en lugar de estrecharla, la besó.

—¿Cómo se encuentra nuestro buen *professor* Sinclair? —preguntó a la mujer tras indicarle que tomara asiento.

—Entusiasmado —le respondió ella, aunque su voz no delataba la misma emoción.

—¿Has tenido un viaje agradable? En el aeropuerto Ben Gurión suelen ser muy molestos con los visitantes.

Se refería a la entrevista personal que algunas veces realizaban a los que entraban y salían del país preguntando los motivos de su viaje. Aunque, en realidad, quienes lo pasaban peor eran los palestinos. En ocasiones habían perdido el vuelo, Martin lo sabía por propia experiencia; más de una vez habían dejado en tierra a Abdul.

—Todo bien. No he tenido ningún problema.

—¿Y...?

—Veamos esas fotografías —le interrumpió la mujer. No pretendía ser grosera, pero tampoco deseaba establecer ningún tipo de relación más personal con Martin, por eso terminó la frase con un «por favor».

El director no solía ser una persona agradable, pasaba de un extremo a otro en su escala de amabilidad; desde el servilismo más absoluto hasta la prepotencia más grande, pero con ella hacía esfuerzos sobrehumanos para resultar cortés. Sinclair le había dejado muy claro que no podrían prescindir de Andrea, por eso no insistió, aunque se percató del cambio de tono en su voz. Recogió los papeles esparcidos por su escritorio y, tras ordenarlos, le ofreció un par de ellos a la orientalista. Ella reconoció en seguida la tumba de Absalón en una de las imágenes.

—Esa es la mejor que tenemos —dijo mientras señalaba con el dedo la primera fotografía que le había pasado—. Y la otra está tomada en un ángulo diferente. Se pueden apreciar con mayor calidad algunos palos y también esta raya —señaló la primera imagen y la segunda en el mismo punto.

Le concedió un par de segundos para que pudiera hacer por sí misma la comprobación y luego prosiguió.

—Esta otra —le alcanzó una tercera— deja en sombra la zona de la derecha. Hace más evidente esa parte de la inscripción.

—Sí, ya lo veo —confirmó ella.

—Como desconozco el griego, si es que es griego —aclaró con cautela—, no me he atrevido a escribir lo que veía y he pedido a un laboratorio fotográfico que elaborase un montaje con la parte más visible del texto de cada fotografía. Este es el resultado —dijo pasándole una imagen de alta calidad en la que podían apreciarse los puntos de unión entre sus diferentes fragmentos.

Si Martin esperaba algún tipo de reconocimiento profesional hacia su trabajo, no lo obtuvo.

—Déjame un folio, por favor.

La orientalista comenzó a descifrar, hasta donde era posible, el texto de la fotografía digital. Fue transcribiendo una a una las letras que podían leerse con claridad y dejando espacios en blanco para todas aquellas que ofrecían dudas, aunque escribía en su lugar las diferentes posibilidades. Esta segunda inscripción en la tumba de Absalón constaba de cinco líneas. Era imposible leer el principio de las cuatro primeras y su parte central, ya que la loseta de piedra estaba totalmente erosionada. No había manera de saber qué ponía allí.

—¿Es griego? —le interrumpió el director antes de que ella hubiera acabado.

—No, no es griego —lo dijo sin levantar la vista de la fotografía.

—Entonces, ¿qué es? —insistió.

Ella no le contestó, intentaba saber cuál era el alfabeto usado observando algunas letras que no ofrecieran confusión. La orientalista evaluaba las posibles lenguas que se hablaban en la zona durante la construcción de la tumba y también las posteriores, aunque, hasta

que no llegara Samuel, no podría saber con exactitud la fecha de la inscripción.

Por sus conocimientos sospechaba de un margen de cuatro siglos, del I al IV de nuestra era, desde que se erigió el monumento hasta la datación de la primera inscripción que descubrió el doctor Zias. Sospechaba que la que tenía en sus manos debía de ser anterior, ya que estaba, si cabe, en peores condiciones y su lenguaje era más arcaico, pero no quería arriesgarse.

Durante esos cuatrocientos años se hablaban el latín y el griego, pero los descartó; la grafía no se parecía en nada. En un principio creyó en alguna forma de judaico, pero lo desechó en seguida. Tampoco era sirio-palestino.

Aunque lo lógico sería pensar en el arameo, el problema estribaba en saber de qué dialecto se trataba y es que el arameo era un lenguaje extraño. En realidad, eran un montón de extrañas lenguas. En la Palestina del siglo I, solo en la zona que rodeaba el Mar Muerto, se hablaban siete dialectos diferentes del arameo, en la mayoría de los casos ininteligibles entre sí. Y si a eso sumaba otro centenar que podía estarse hablando por toda la zona de Oriente Medio..., resultaban muchos *arameos*, demasiados.

Cuando estaba a punto de desanimarse, lo encontró. La prueba que había estado buscando entre aquel galimatías de letras medio borradas: una vocal, la primera vocal, y la tenía delante de sus ojos.

—¡Seré imbécil! —exclamó—. ¡Pues claro!, es mandeo. —No había sido capaz de reconocerlo en un inicio por el deterioro de la inscripción, pero también porque no era el dialecto clásico. Ni se le había ocurrido pensar que podía ser similar al del cuenco—. Es protomandeo.

—¿Es proto qué? —preguntó Martin, que había terminado por esperar con paciencia una respuesta.

—Protomandeo.

—¿Y eso fue antes o después del griego?

La pregunta era un poco estúpida y explicarle a Martin que ya hacía muchos siglos que se hablaba griego antes de que surgiese el mandeo no solucionaba su problema. Aun así decidió no ofenderle más.

—Después —le contestó, y sin darle tiempo a una de sus habituales réplicas, añadió—. ¿Podría visitar la tumba?

Pensó que si analizaba la inscripción directamente en el monumento, sería posible que pudiera resolver las dudas que le creaban bastantes letras, las que le hacían pensar en diferentes posibilidades: una «l» parecía una «z», y también tenía problemas entre la «q» y la «r» y algunas «s» se confundían con «p»; todo ello en grafía mandea convertida al alfabeto latino, porque en realidad no había «q», ni «r», ni «p», sino unas formas redondeadas parecidas al arameo.

—¿Nos permitirían hacer un molde de la piedra? —le preguntó al hombre—. Con uno de yeso bastaría. Podríamos ver algunas depresiones de la pared y eso nos ayudaría. Aunque quizá con un calco de papel maché sería suficiente.

Pensaba en una vieja técnica del siglo XIX que no había podido ser sustituida por la más moderna tecnología del XXI. Consistía en colocar el papel sobre la superficie de piedra en donde estaba grabada la inscripción y frotar la zona con carboncillo, las depresiones de la pared quedarían marcadas y serían visibles.

Martin se frotó la barbilla mientras respondía.

—Para obtener el molde de yeso tendríamos que pedir permiso al gobierno israelí y la burocracia es lenta, para lo del papel también. — Pero el director ya estaba pensando en otras posibilidades que le ahorrarían tiempo—. Si lo necesitas, creo que podremos conseguirlo en un par de días —le aseguró.

Se vería obligado a encargar el trabajo a Abdul y a Jamal. Sería mucho más rápido que realizar una petición en toda regla. Incluso podrían hacer el molde esa misma noche.

—Primero inspeccionaré la inscripción en la tumba —decidió Andrea fijándose en las partes de la fotografía que le planteaban más problemas—. Y si aun así no consigo transcribirlo, no nos quedará más opción que solicitar esos permisos. ¿Qué horarios de visita tienen?

—Puedo conseguirte una reunión con el encargado en cualquier momento. Es de los nuestros.

La orientalista no sabía qué era lo que le provocaba más rechazo de aquel hombre: si su servilismo para con ella o la prepotencia con la que solía tratar a sus subordinados.

—Creo que iré a verle de inmediato.

—Dame un segundo para avisarle —le pidió.

Cuando el director marcó el número de teléfono directo de las oficinas, nadie levantó el aparato al otro lado de la línea. Insistió una segunda vez, pero obtuvo los mismos resultados.

—Telefonaré directamente al monumento, el guarda también está en nuestra nómina.

Giró la tarjeta y en la parte posterior había un número de móvil anotado con bolígrafo.

—¡Buenos días, Uri! —respondió cuando descolgaron.

En un momento de la conversación que mantuvieron los dos hombres, Martin hundió sus ojos en las cuevas de sus cuencas. Andrea le vio más gris que nunca y por un momento creyó que sus labios habían dejado de curvarse hacia arriba y que se convertirían en una fina línea recta cortando su cara por la mitad.

—¿Qué sucede? —le preguntó la mujer cuando devolvió el auricular del teléfono a su sitio.

—Problemas.

—¿De qué tipo?

—De los peores. El doctor Isaac ben Shimon ha estado en la tumba.

Andrea pareció aplastarse contra su silla. Samuel Sinclair se molestaría, y con razón.

—¿Sabe el guarda lo que estaba buscando?

—Lo mismo que nosotros —le aseguró Martin—. Y parece ser que ya andaba tras la pista. Cuando el doctor Joe Zias descubrió la

primera inscripción, una oleada de arqueólogos se apresuró a venir para ver qué más podían encontrar. Después de unos meses casi todos se rindieron.

—Pero Ben Shimon no —aventuró la mujer.

—No. Ben Shimon continuó sus investigaciones. Hacía tiempo que no le veía por el mausoleo y pensé que él también había desistido.

—Pues parece ser que no —apuntó ella.

Tenían un grave problema entre las manos. El doctor Ben Shimon era un reputado arqueólogo bíblico. Fue profesor del Departamento de Civilizaciones y Lenguas del Antiguo Oriente en la Universidad Hebrea de Jerusalén y era uno de los pocos eruditos que podrían descifrar la inscripción.

Martin observó la expresión abatida de la orientalista.

—Me encargaré de averiguar lo que sabe —aseguró.

Victor Lavine empujó la pequeña cancela de metal y subió los cuatro escalones que le separaban de la puerta. El doctor Isaac ben Shimon vivía en el barrio de Yemin Moshe, al suroeste del casco antiguo de Jerusalén, en una acogedora casa de dos plantas construida en piedra. Al joven no le costó encontrarla en un plano, lo que resultó más difícil fue llegar hasta ella. Tuvo que dejar el viejo todoterreno de su amigo Said, que aún no le había devuelto, en uno de los aparcamientos que rodeaban el barrio. Unos veinte minutos después empujaba la cancela de la entrada.

No le importó dar aquel pequeño paseo. Nunca antes había visitado ese barrio y le sorprendió encontrar un pueblo en miniatura, con las calles empedradas en piedra y los jardines florecientes en cualquier rincón hacia donde dirigiese su vista. Le acompañaron en su camino los gorjeos de los pájaros que habían hecho de aquel reducto su cielo particular. Aunque en realidad, el barrio era el paraíso de los gatos.

No tuvo que esperar demasiado ante la puerta de madera, escuchó el sonido de un cerrojo de seguridad al ser abierto y, al poco, un anciano erguido y delgado le invitaba a entrar con una sonrisa.

Le salió al paso una vaharada de café recién hecho.

—Victor Lavine, supongo... —le preguntó el doctor, que ya había sido avisado por Jérôme.

Ante el gesto de asentimiento del joven, Isaac le tendió la mano y le acompañó al salón.

El doctor Ben Shimon tenía el pelo blanco, al igual que las cejas y el pequeño bigote perfectamente recortado que le cubría el labio superior. Miraba a Víctor con unos ojos pequeños y alegres que desmentían su edad, mientras le indicaba con una mano que tomara asiento.

—¿Algo de beber? ¿Un café? —le ofreció señalando hacia la cocina.

—No, gracias.

Tras una breve conversación sobre la suerte que tenía el doctor por vivir en Yemin Moshe y las hermosas vistas de que gozaba sobre la Ciudad Vieja, pasaron a hablar del tema central de su reunión.

—Jerôme me ha comentado que encontraste un pergamino en latín y el texto es difícil de entender. ¿Has traído una copia?

Victor extrajo de su portafolios una hoja con la inscripción y se la pasó.

—El latín no es mi especialidad —adelantó Isaac mientras abría las patillas de sus gafas para leer. Las ajustó sobre su nariz y las dejó resbalar hasta la punta—. Aunque todos los que nos dedicamos al mundo antiguo lo entendemos —añadió buscando confirmación a sus palabras en la mirada del joven. Luego recogió el documento y dijo—: Vamos a ver qué tenemos aquí.

Se acercó el folio, leyó el Himno del Bautista en latín y después las ocho líneas en griego del texto que había debajo de un tirón. Cuando finalizó, su gesto había cambiado, continuaba siendo amable, pero le dirigió una mirada de preocupación a Victor.

—¿Dónde lo has encontrado? —le preguntó quitándose las gafas.

—En un manuscrito del siglo X, en un libro de oraciones.

—Pero ¿dónde?, ¿en qué lugar?

—En una biblioteca. Mis métodos no han sido muy ortodoxos, doctor —reconoció—, sería preferible que no añadiera nada más. —Su jefe le había dicho que Isaac era de confianza, que podía hablar con libertad, pero Victor no creía muy conveniente explicarle que había destrozado un manuscrito y que había robado el pergamino. Ya intentaría ser más explícito en otros puntos de la conversación.

El anciano asintió con la cabeza y, ajustándose de nuevo las gafas, releyó los últimos ocho renglones, los que estaban en griego.

—¿Quién os ha encargado este trabajo, joven?

—No lo sé. La única información que posee Jerôme es que ha sido una universidad, pero ha actuado a través de un intermediario y desconoce el nombre del cliente real. Pensamos en rechazarlo, pero los honorarios eran buenos y pagaron por adelantado. Incluso aunque no encontráramos nada, Archeo se quedaría con el pago. Era un buen trato y decidimos aceptar el encargo.

—¿De qué se trataba exactamente? —el anciano fue al grano.

—De encontrar un himno dedicado a san Juan Bautista. Partimos de una antigua leyenda que nos condujo hasta él, tal como nos habían dicho. Nos contaron, además, que dentro del texto hallaríamos lo que estaban buscando. Según el cliente, la oración debía estar escrita en arameo y la encontraríamos en un manuscrito medieval en latín. Todo el libro estaba compuesto de oraciones, a diversos santos, a la Virgen... y una de ellas sería la de Juan. —Victor se acomodó en el sillón y prosiguió—. Cuando la encontré, no estaba seguro de que fuera la que el cliente nos había solicitado, así que recurrí a unos laboratorios que descubrieron un texto que había debajo de la oración —resumió—, y lo que aparecieron fueron esas ocho líneas —señaló con su mano derecha los folios que le había entregado.

Isaac se pasó la mano por la barbilla y suspiró. Tenía una leve idea de quién podía ser ese cliente escurridizo que se negaba a revelar su

nombre. Pero no dijo nada, era solo una sospecha y prefería esperar a tener pruebas sólidas.

—¿Le resulta familiar el texto? —preguntó Víctor.

—Sí —afirmó—, muy familiar. Supongo que el que está escrito en latín también lo es para ti. —El investigador asintió con la cabeza—. Es el Himno del Bautista de Paulus Diaconus; y respecto al segundo, ¿has oído hablar de la tumba de Absalón?

El joven negó con la cabeza y el doctor le ofreció una pequeña descripción del monumento.

—En realidad, las posibilidades de que Absalón, el hijo del rey David, esté enterrado en ella son nulas —observó Isaac—. Es mucho más plausible que sea Zacarías quien algún día descansó en uno de sus nichos.

—¿Zacarías? ¿El padre de Juan el Bautista? —se extrañó el joven.

—El mismo —le confirmó.

—¿No tiene su propia tumba?

—Algo más abajo del camino que conduce a la de Absalón se encuentra el monumento a Zacarías, pasando el mausoleo de Benei Hezir —le explicó—. Pero esa no es la que te interesa. Las dos primeras líneas en griego de tu pergamino —dijo mostrándole el documento— son idénticas a una inscripción que apareció hace unos años en la tumba de Absalón.

A partir de ese momento ya solo hicieron referencia a los versos que había ocultos bajo el himno latino.

—Entonces, ¿las dos primeras líneas del texto las grabaron en ese mausoleo, no en el de Zacarías?

—En efecto —le confirmó—. De hecho, es una transcripción al griego del pasaje mandeo del mausoleo, como si alguien hubiese copiado esa inscripción.

Víctor no entendía por qué habían escrito la frase en la tumba de Absalón en lugar de en la de Zacarías y lo preguntó. El doctor no pudo aclararle mucho; sin embargo, le respondió:

—Lo que debería preocuparnos son las cinco líneas restantes. Las que aún no han sido traducidas. —Las dos primeras ya habían sido estudiadas por Joe Zias y por el especialista en escritura antigua Emile Puech.

Ambos estaban de acuerdo con la afirmación: el buscador de campo, porque no las entendía y el doctor Ben Shimon, porque comenzaba a comprenderlas.

—Voy a enseñarte algo —dijo al tiempo que se levantaba de su asiento—. Aguarda un segundo.

Isaac se dirigió hacia su despacho y cuando regresó traía en sus manos un fajo de papeles.

—Desde que apareció la primera inscripción en la tumba de Absalón —le dijo—, no he dejado de investigar ese edificio. Una tradición cristiana cuenta que el mismo monumento funerario en que fue enterrado el padre de Juan el Bautista también sirvió de sepulcro para el anciano Simón, un hombre que reconoció a Jesús como el Mesías —explicó—, y para Santiago, el hermano de Jesús. Al hallar una referencia clara a Zacarías, supuse que solo sería cuestión de

tiempo y de tenacidad encontrar los otros textos que hicieran referencia a Simón y a Santiago. Y en ello llevo cuatro años.

—¿Ha tenido suerte? —le preguntó cortés Víctor.

—Sí y no, según cómo se mire. No encontré lo que buscaba, pero he descubierto una nueva inscripción casi invisible y prácticamente destruida en mandeo antiguo, que es mucho más interesante.

El camino más recto era seguir la Vía Dolorosa y alejarse de Jerusalén por la Puerta de los Leones. El taxi abandonó la carretera a Ha'Ophel saliendo por su derecha y continuó en dirección a Jericó. En apenas cinco minutos había dejado a los dos hombres ante la tumba de Absalón. Basaam pagó la carrera y los dos mandeos descendieron del vehículo.

Hacía una espléndida mañana de primavera y los turistas que visitaban el monumento disparaban sus cámaras a cada piedra con más de doscientos años que veían por los alrededores, y que eran todas.

A los pies de la tumba se extendía el monte de los Olivos. Lo que dos mil años antes fuera una colina repleta de árboles centenarios se había convertido en un cementerio judío. Plantadas unas junto a otras en apretadas filas, las lápidas sepulcrales formaban un jardín de piedra gris. Tras un pequeño descampado circundado por un par de carreteras, comenzaba el cementerio musulmán. Estaba pegado a la muralla que rodeaba la Ciudad Vieja, con las sepulturas acariciando sus sillares, incluso taponando la Puerta de Oro, la única de Jerusalén que estaba tapiada.

Cuenta una antigua leyenda musulmana que el Mesías judío entraría por ella en su retorno a la ciudad y, para asegurarse de que no pudiera hacerlo, los árabes no solo cubrieron de ladrillos la puerta; también instalaron su cementerio justo delante. Ningún Mesías judío se atrevería a atravesar un campo de sepulcros que le dejaría impuro y, aunque pudiera, la puerta tapiada le impediría el paso.

Naseer echó una ojeada a las increíbles vistas más allá de los dos camposantos y se detuvo un segundo observando el brillo dorado de la Cúpula de la Roca. Basaam tuvo que tirarle de la manga para que comenzara a andar.

Unos metros más atrás, otro taxi dejaba su carga junto al camino. Un solo hombre descendió del vehículo. Vestía una llamativa camisa a rayas rojas y naranjas.

Cuando alcanzaron la tumba de Absalón no les sorprendió su estado de deterioro. La fachada contenía un enorme agujero que a Basaam le recordó el que hicieron las bombas en el frontispicio del Museo de los Niños en Bagdad. De la inscripción, ni rastro. El ganzebra ya les había advertido que no había nada que temer.

El monumento, de planta cuadrada, era un pequeño edificio de unos veinte metros de alto cortado en la roca del monte y su aspecto era ruinoso.

Naseer se acercó al panteón y vio que sus paredes estaban decoradas con columnas clásicas; sobre el friso se elevaba un techo

en forma de cono que se mantenía milagrosamente en pie. Buscó la inscripción con la mirada y rodeó el edificio, pero no encontró nada. Se volvió hacia su compañero y encogió los hombros. Basaam señaló hacia arriba con la mano derecha al tiempo que le hacía un gesto de reconocimiento con los ojos. Pero el tarmida continuaba sin descubrir la inscripción. Se colocó a la altura de su amigo y volvió a mirar al friso de la fachada. Nada.

—A diez metros del suelo —le indicó Basaam.

El mandeo alzó la vista diez metros, pero la piedra estaba tan erosionada que no pudo distinguir el más mínimo rastro de escritura.

—No hay nada que temer —dijo como si estuviera repitiendo las palabras de Zakaria—. Si nosotros, que sabemos dónde está, no somos capaces de verla, nadie podrá. No tenemos que destruir nada —concluyó Naseer dando por finalizada esa parte de su trabajo.

Como para llevarle la contraria, una pequeña nube perdida en el cielo primaveral cubrió con su sombra la parte del friso que acababa de señalar el sacerdote y resaltó algunas imperfecciones en la piedra. Fue entonces cuando logró vislumbrar algunas hendiduras en la loseta que, con un esfuerzo de imaginación, parecían letras o signos. Él las reconoció en seguida, ambos conocían los versos.

—Ahora las veo —comentó emocionado el más joven—. Pero no creo que alguien pueda descifrarlas. Ni siquiera parecen letras.

Basaam asintió convencido.

—Están peor de lo que creía —añadió.

—Ves —le confirmó Naseer—. No tenemos nada de qué preocuparnos.

La nube se alejó y el edificio volvió a quedar inundado por la brillante luz del sol. Los signos ilegibles habían vuelto a desaparecer.

—Puede que tengas razón —le respondió el sacerdote.

Sin embargo, Basaam era un hombre muy cauto y tenía la certeza de que los versos estaban escritos en otra parte. Una tradición mandea, transmitida entre sacerdotes, aseguraba que un monje medieval se interesó por la inscripción y que la copió traduciéndola al griego. La mayoría de ellos la tenían por una simple leyenda, pero Basaam no estaba tan seguro, solo esperaba que si el manuscrito existía, se hubiera convertido en polvo hacía mucho tiempo o que estuviera enterrado donde fuera imposible encontrarlo.

—¿Podemos ver el interior? —le estaba preguntando Naseer casi con un pie dentro del mausoleo.

—¿Mandeo antiguo? —Victor desconocía ese lenguaje.

—Un dialecto del arameo —le aclaró el doctor—. ¿Entiendes algo de su evolución lingüística?

—Poco —respondió, pero la expresión de su cara denotó que no sabía nada.

—Resumiendo mucho —le explicó—, el lenguaje mandeo se creó alrededor del siglo tercero en la zona de Mesopotamia.

Ahora sí que le había entendido y el investigador consiguió deducir su explicación antes de que la terminara.

—El problema es que la inscripción de la tumba se encuentra en Jerusalén, no en Mesopotamia, y es anterior a esa fecha, ¿verdad?

—En efecto —confirmó el anciano con una sonrisa sorprendido por la rapidez de su razonamiento. Habría sido uno de sus alumnos más aventajados—. El primer texto de Zacarías se ha datado en el siglo IV, pero el segundo es anterior porque se encuentra mucho más deteriorado. Yo diría que se grabó en el primer siglo. Lo que nos conduce a un dialecto que ya existía dos siglos antes de lo que pensaba la arqueología oficial.

—Entonces, si contradice las tesis establecidas —concluyó Víctor—, ¿la inscripción podría ser falsa?

—No lo creo —negó con la cabeza un par de veces—. Además de su estado de deterioro, no se trata del mandeo clásico, sino de un lenguaje anterior.

—Es decir, es posible que ese lenguaje evolucionara antes de lo que acepta la ciencia oficial y que surgiese en un sitio distinto del que se creía.

Aquello era mucho decir para el anciano. Sus años como investigador le habían enseñado a tener pruebas fehacientes antes de intentar cambiar algo que el resto de los eruditos daba por sentado.

—Si aceptáramos tu hipótesis —respondió con cautela al joven—, significaría comenzar la investigación con pies de barro. Y si no pisamos suelo firme, podemos acabar en un callejón sin salida.

—Aun así —le presionó él—, si damos por verdadera la inscripción, ¿hacia dónde nos conduciría?

Isaac observó los dos textos y se concentró en el de Víctor, que estaba completo cuando al suyo le faltaban palabras enteras e, incluso, mostraba problemas evidentes para interpretar muchas de las que podían leerse.

—Todavía no he acabado de traducirlo —se refería a su propia transcripción—, pero las palabras que he podido entender me indican que tu texto puede ser una copia del de la tumba. —Le cedió los papeles para que lo comprobara por él mismo.

Cuando el joven leyó la traducción del doctor quedó impresionado.

—¡Es la misma! —exclamó—. Falta casi la mitad, una palabra aquí —señaló—, en este otro lugar el final de la frase; pero yo diría que el texto griego del pergamino y su inscripción son idénticas. —Le brillaban los ojos.

¡Por fin!, sus pesquisas en el monasterio de Santa Catalina le habían conducido hacia algún sitio, aunque aún no supiera si eso podría servirle de algo.

—Y ahora que ya sé de dónde han salido los versos del pergamino, ¿tiene alguna idea de lo que significan? —preguntó al doctor mientras le devolvía los dos textos.

Aquella era una pregunta difícil.

El anciano leyó para sí la alusión a Zacarías, «el sacerdote muy piadoso, padre de Juan», y los dos siguientes renglones en voz alta.

—«Fue creado antes que la luz y el cosmos, sin él nada puede ser dicho...»

—¿Se refiere a Zacarías?

A Isaac le pareció una actitud impetuosa y una conclusión precipitada.

—No estoy seguro —le respondió—, los mandeos poseen una teología compleja y a veces es muy difícil desentrañar sus misterios. ¿Has leído algo sobre su grupo?

Victor hizo un gesto con la cabeza que le dio a entender que no había oído hablar de ellos en toda su vida, así que el anciano prosiguió.

—Son una secta religiosa de gran antigüedad que actualmente vive en Irak y en Irán, aunque, por las persecuciones y el acoso a que están sometidos, muchos de ellos han tenido que emigrar y existen algunas agrupaciones en Estados Unidos, Canadá, Australia y también en Europa.

—¿Son muchos? —le interrumpió el investigador.

—Se cree que pueden ser unas cien mil personas en total, pero no hay fiabilidad en el número porque no cuentan con ningún tipo de censo. —Como el joven permanecía callado, Isaac prosiguió—: Su origen es un verdadero misterio para los historiadores. —Ante la palabra *misterio* Victor se arrellanó en su sillón esperando una larga explicación—. Los mandeos afirman que llegaron a Jerusalén desde Egipto, muchos eruditos lo dudan, pero es innegable que hay una cierta conexión egipcia con su calendario, con sus creencias y con su teología; incluso con una de sus fiestas, el Banquete de los Egipcios en conmemoración a los que escaparon del faraón en el Mar Rojo.

—¿Han intentado reconstruir su historia a través de su lenguaje o de su religión? Resulta útil en la mayoría de las ocasiones —intentó ayudar el otro.

El doctor Ben Shimon sonrió al ver que Victor le seguía.

—Lo han hecho, pero con resultados confusos. Una parte de su religión ha sido poco estudiada, aunque cuenta con elementos judíos y ese es el motivo por el que muchos historiadores creen que eran una secta judía escindida de la rama principal; pero también poseen paralelismos con la religión cristiana y con la persa. Sin ir más lejos, Jesús aparece en sus escrituras y fue bautizado por Juan el Bautista, tal como lo cuenta la Biblia. Sin embargo, la paloma que apareció sobre su cabeza no era el Espíritu Santo, según los mandeos fue Ruha, su demonio principal. Para ellos, el Hijo de Dios cristiano fue un embaucador y un mentiroso, un discípulo de su maestro Juan que se descarrió y confundió a la gente.

El investigador estaba cada vez más interesado en la conversación.

—¿Y con el lenguaje?

—Se ha estudiado mucho sobre su nombre, la palabra mandeos significa «conocimiento», «conocedores». Pero otra denominación mucho más antigua los llama *nazoreos* o *nazareos*, que significa «observantes», custodios de la tradición. El origen de esta palabra, *nazoreos*, nos indica que bien podrían haber existido unos cuantos

siglos antes del nacimiento de Cristo porque los nazarenos son anteriores a él. Pero no tenemos pruebas fiables y la mayoría de los eruditos prefieren ser cautos y opinan que debieron de nacer como grupo en torno al siglo III de nuestra era. —Reflexionó un instante y prosiguió—: Aunque ha aparecido una corriente de pensamiento cada vez más segura de que ya estaban en Palestina sobre el año 30 o 40 y que los expulsaron de la ciudad a la muerte de su profeta el Bautista.

—¿Usted también lo cree?

El anciano le miró esbozando una sonrisa pícaro.

—No, creo que soy demasiado heterodoxo para mi edad. —Victor se rió también, Isaac no parecía de los que seguían la opinión de la mayoría dominante—. Considero que es muy posible que procedieran de Egipto y, por supuesto, debieron de constituirse como un grupo gnóstico baptista dos o tres siglos antes de Cristo, pero no tengo muchas pruebas que lo confirmen.

—¿Un grupo gnóstico? —se extrañó el joven—. ¿Todavía existen gnósticos? Pensé que la Iglesia católica había acabado con ellos hacía tiempo.

El doctor rió ante el comentario.

—Quizá sean los últimos gnósticos que quedan en pleno siglo XXI y, créeme, con estos también lo intentó. —Le explicó que los jesuitas portugueses pretendieron convertirlos al cristianismo en el siglo XVII, pero no lo consiguieron—. Al fin y al cabo, no son peligrosos. —Se percató del fuerte significado de la palabra y decidió rectificar—. Son un grupo muy reducido que ha tenido problemas para sobrevivir a lo largo de la Historia y, además, no admiten adeptos, solo el que nazca de madre mandea y de padre mandeo será un mandeo, con lo cual no suponen una gran amenaza para el poder eclesiástico de Roma.

Por la cabeza de Victor bullían todas aquellas ideas gnósticas que la Iglesia persiguió con saña a lo largo de los siglos, como las que propugnaba el catarismo. Ideas que amenazaron con furia los cimientos del cristianismo oficial. Aunque, si las analizaba despacio, incluso podía llegar a compartirlas.

—¿En qué creen estos mandeos? —le preguntó con curiosidad.

Isaac se arrellanó en su sillón y dudó entre ofrecerle la explicación larga o la más resumida. Al final optó por una síntesis.

—*Gnosis* significa «saber», «conocimiento», lo mismo que *mandeo*. Los gnósticos creían que alcanzarían la liberación a través del conocimiento. Es una ciencia religiosa, profunda y secreta que hace referencia a la salvación del hombre.

Aquella pequeña explicación no le decía nada a Victor.

—Pero ¿qué los define como grupo?

Tras un momento, Isaac prosiguió.

—Si nos olvidamos de los gnósticos actuales, esas escuelas de pensamiento que se suceden con mayor o peor fortuna y que, en la mayoría de los casos, de gnosticismo solo tienen el nombre para engañar a incautos —se explicó—, los gnósticos verdaderos creen que el cosmos se compone de dos fuerzas: el Mundo de la Luz, situado al norte, que representa el bien, y el mundo de la oscuridad, al sur, es el mal. Entre las dos fuerzas hay hostilidades y a través de esos

conflictos se crea el mundo. —Isaac hizo una pausa para comprobar que el joven comprendía sus explicaciones, después prosiguió—: Pero el universo no ha sido creado por Dios, que es bueno y puro, tuvo que haberlo hecho alguien que no lo fuera, ya que la tierra no lo es. Así, la creación de nuestra tierra se debió a un espíritu que desobedeció a Dios, por eso los gnósticos sienten un intenso rechazo hacia la vida terrenal considerándola algo impuro.

—¿Por eso se bautizan? —le interrumpió Victor recordando que Isaac había dicho que eran un grupo gnóstico baptista—. ¿Para purificarse?

—En efecto. Para ellos las almas son la única parte del cuerpo que participa de la divinidad, es lo que queda del espíritu de Dios en los hombres. Pero están encerradas en el cuerpo material, que es algo degradante y sucio. Para liberar al alma y hacer que retorne al mundo espiritual, o a lo que los mandeos llaman el Mundo de la Luz, era necesario conseguir el conocimiento revelado por Dios, la gnosis. Por ese motivo ellos intentan mantenerse lo más puros posible a través de sus repetidos bautismos, de ciertos ayunos y de cumplir algunas normas más.

—Eso me suena a los baños rituales judíos o a los esenios, que también se purificaban con agua. —Victor amplió su idea—. En las ruinas de Qumrán, considerado un enclave esenio, se han encontrado numerosos baños rituales para uso de la comunidad.

—Los esenios también eran gnósticos —le aclaró el doctor Ben Shimon—. Aunque sobre el esenismo y la gente de Qumrán te puede concretar más cosas un buen amigo mío, Elijah Cohen. Impartimos clases al mismo tiempo en la facultad y te puedo asegurar que es un erudito del qumranismo. Lleva más de veinte años dedicándose a buscar un tesoro esenio que no debe de existir porque esa gente era muy pobre. Pero él está empeñado en encontrarlo. Debería darse prisa porque es tan viejo como yo y se le acaba el tiempo. —Rió ante su comentario y también porque se imaginó la cara de Elijah si le oyera, pero, casi de inmediato, comprendió que se había desviado de la conversación inicial y volvió a ella—. Discúlpame. Retornando a los mandeos y a los esenios, aunque son dos grupos diferentes, es posible que existiera algún tipo de conexión entre ellos.

—¿Está seguro? —se extrañó el investigador.

—Verás —se explicó—, un número cada vez más elevado de historiadores cree que Juan el Bautista fue esenio antes de comenzar su misión entre los hombres. Basan sus afirmaciones en su estilo de vida ascético retirándose al desierto. Además, predicó el arrepentimiento entre los hombres porque creía que el día del juicio final estaba cerca. Y esa idea apocalíptica del fin del mundo es muy gnóstica.

—Esas doctrinas también se desprenden de los manuscritos del Mar Muerto que escribieron los esenios —estuvo de acuerdo Victor, al que nunca antes se le habría ocurrido relacionar al Bautista con ellos y con los mandeos.

—Por eso no descarto la idea de que Juan pudo haber sido esenio o haber estado entre ellos en algún momento de su vida. Y no

podemos olvidar que el Bautista es uno de los principales profetas mandeos, así que tuvo que estar en contacto con ambos grupos.

—Entonces, Juan el Bautista era el nexo de unión entre los mandeos y los esenios —resumió el investigador.

—Es muy posible —añadió el doctor Ben Shimon a modo de conclusión—, la religión mandea también posee elementos en común con la persa y con la cristiana: un único dios, sus profetas, Adán como el primer hombre... Te recuerdo que estamos hablando de un momento histórico muy particular, del siglo I en Jerusalén.

—Sí, y fue un siglo muy revolucionario para las ideas religiosas.

Victor intuyó que Isaac era todo un experto en ese campo, pero con aquella explicación se había hecho una primera idea de quiénes eran los mandeos y dio un giro a la conversación.

—Si fueron esos mandeos los que escribieron la inscripción de la tumba, ¿qué significado podrían tener esas líneas para ellos?

El doctor volvió a apuntalar las gafas sobre su nariz y leyó en voz alta, por enésima vez, la fotocopia del pergamino que le había entregado el investigador.

—«Esta es la tumba de Zacarías, mártir, sacerdote muy piadoso, padre de Juan.» Nos da a entender que en algún momento el padre de Juan el Bautista estuvo enterrado allí. —Releyó la tercera y cuarta líneas y prosiguió su explicación—: «Fue creado antes que la luz y el cosmos, sin él nada puede ser dicho». Aún no he logrado comprender a qué se refiere; aunque en un principio supuse que sería a Zacarías, ahora no estoy tan seguro.

Isaac continuó la lectura.

—«Cuando la semilla del padre no produzca varón, los ritos estarán vacíos.» Para esta frase ni yo mismo tengo explicación. No sé a qué *padre* se refiere, aunque sea cual sea, cuando ese padre no tenga un hijo varón, es decir, no tenga descendencia, los ritos mandeos carecerán de sentido.

El joven le escuchaba atentamente. Permanecía inclinado hacia delante con los brazos apoyados sobre las piernas y las manos entrelazadas. De vez en cuando acariciaba una pulsera de cuero que rodeaba su muñeca, junto al reloj, recuerdo de un antiguo viaje a Kenia donde dejó muy buenos amigos. Tenía la costumbre de tocarla cada vez que se concentraba en un problema.

—Y ahora viene una parte relacionada con sus creencias más populares —Ben Shimon leyó el final—. «Los que guardáis los tres, recibid el bautismo en Bet Makerem...»

—¿Bet Makerem? ¿Qué es eso? —le interrumpió.

—Un lugar, supongo —se aventuró con precaución el anciano.

—¿Existe actualmente?

—No me suena —lo dijo mientras pensaba en los nombres de localidades que rodeaban Jerusalén—. No he podido estudiarlo, en las fotografías que hice de la inscripción resultaba difícil ver con claridad esas dos palabras. —Le mostró el fragmento en el grabado de la tumba y, en efecto, ahora que la había leído en el pergamino de Victor, «Bet Makerem» era la transcripción más probable. Pero sin esa ayuda... era casi imposible interpretar esos cuatro garabatos.

—Continúo —le indicó Isaac releyendo las dos últimas líneas—: «Los que guardáis los tres, recibid el bautismo en Bet Makerem... recoged el amuleto y renovad el tesoro».

—¿Qué tres?, ¿qué amuleto?, ¿y qué tesoro? —Eran demasiadas preguntas al mismo tiempo, pero el anciano las respondió por orden con paciencia.

—*Los tres* son tres cuencos... —y antes de decir la palabra miró a Victor a los ojos— mágicos. —El joven fue a abrir la boca, pero se lo pensó mejor y la cerró—. El *amuleto* es...

—¿Mágico? —le cortó sin poder contener una sonrisa.

—Sí, mágico —le confirmó sonriendo a su vez—. Y el *tesoro*... —y antes de que el investigador pudiera interrumpirle, prosiguió—, por supuesto, es mágico también.

Victor mantenía la sonrisa en sus labios, había demasiada magia en aquel texto y no podía evitar pensar que les estaban tomando el pelo.

—¿Para qué necesitaría alguien tantos objetos mágicos? ¿Por qué buscaría mi cliente, que parece un investigador formal, todo eso?

—Solo encuentro una explicación —le aclaró el doctor—, que se haya tomado en serio una antigua leyenda que acompaña a ese pergamino tuyo.

—¿Qué leyenda? —inquirió curioso—. Porque la que encontré Archeo no tenía ninguna relación con la magia.

Victor reprimió una sonrisa.

—Una mandea. La de los tres cuencos mágicos... —Miró un instante al joven pensando en que volvería a reírse y prosiguió—:... el amuleto mágico y el alfabeto mágico.

Ambos estallaron en carcajadas.

—Los mandeos creen —comenzó Isaac cuando pudo— que existen tres cuencos que han sido elaborados en barro y que contienen unos conjuros muy especiales. En su interior poseen unos textos que, al ser leídos, son capaces de producir algún tipo de magia. —El joven iba a decir algo, pero el doctor se le adelantó—. Desconozco de qué tipo. Después hay que utilizar el amuleto de alguna manera y, finalmente, sucederá algo.

—¿Relacionado con lo que ellos llaman «el tesoro» en la inscripción?

El doctor afirmó con una leve inclinación de la cabeza.

Victor estaba haciendo uso de todas sus facultades mentales para intentar averiguar por qué el cliente que les había encargado aquel trabajo había sido más críptico que la propia inscripción de la tumba. Además de ocultarles su nombre, les había negado casi toda la información necesaria para saber qué estaban buscando. Y la única opción viable que le quedaba era pensar que detrás de aquel tesoro se escondía una verdadera fortuna.

—¿No cabría alguna posibilidad de que ese tesoro fuera algo de gran valor en el mercado? —le preguntó.

—No es probable. Si conocieras a los mandeos, sabrías que la palabra *tesoro* significa algo muy distinto para ellos. Su libro sagrado se llama Ginza, que, traducido, es «tesoro»; sus obispos reciben el

nombre de ganzebra. La palabra posee la misma raíz que Ginza y su significado es «tesorero». Para ellos se trata de algo espiritual, no material. El *tesoro* son sus almas y el *tesorero* cuida de ellas.

—O sea, ni oro, ni joyas...

—Me temo que no —le confirmó el anciano con una graciosa expresión de pesar en el rostro. —Pero luego esbozó una sonrisilla pícar—. Si quieres riquezas tendrás que acompañar al doctor Elijah Cohen en su búsqueda, que hasta el momento no le ha ofrecido muy buenos resultados.

El investigador sonrió ante el comentario, pero pensó: «Si no hay tesoro tendré que especular con otro motivo para tanto misterio». Pero aún le quedaba otra pregunta.

—¿Y las letras finales? —Isaac le miró extrañado—. La «a», la «b»... —se explicó Victor.

—¡Ah, sí! En mi transcripción no aparecen —observó unos segundos la copia del joven y comprobó que eran las cuatro primeras letras del alfabeto griego—. No tiene mucho sentido que el copista las haya puesto ahí. Yo lo traduciría como *abecedario*.

—Eso mismo pensé yo —estuvo de acuerdo el investigador—. Pero no soy capaz de establecer ninguna relación con el resto del texto.

Isaac tampoco le pudo ofrecer una explicación satisfactoria.

En algún rincón del pasillo, un reloj de cuco dio la hora y su sonido se esparció creando ecos en el salón. El joven miró el suyo de forma instintiva y se percató de que ya había pasado gran parte de la mañana.

—Lo siento, doctor —se disculpó—, le he entretenido demasiado. Debería irme.

—No te preocupes, joven, para un jubilado es una maravilla poder llenar su tiempo. Aunque yo no puedo quejarme, me siguen requiriendo de la universidad de vez en cuando y, además, continúo con mis propias investigaciones.

—Aun así... se ha hecho tarde.

Ambos se incorporaron. Víctor se disponía a recoger sus papeles, esparcidos sobre la mesita del salón, cuando Isaac le pidió que le prestara las copias del pergamino que había encontrado; deseaba estudiarlas más despacio. El joven se las entregó. Después le acompañó a la puerta. Cuando el investigador abrió la cancela de hierro, el doctor le dijo:

—Si tienes tiempo, acércate a la tumba de Absalón, está a solo diez minutos en coche. Puede que te resulte interesante.

—Lo haré —le prometió al tiempo que alzaba la mano a modo de despedida.

No se veía nada, absolutamente nada. Andrea llevaba cinco minutos con la cabeza erguida mirando hacia arriba, hacia el centro de la fachada. Sobre ella, a unos diez metros de altura, estaba escrita la inscripción, pero no era capaz de distinguir el más mínimo resto, ni siquiera el esbozo de una letra.

Martin Crown le había asegurado que la tumba se encontraba en muy mal estado, hasta hacía poco tiempo toda la zona era refugio de delincuentes. Incluso, un periódico local afirmó que el monumento había sido la vivienda habitual de un mendigo. Sin poder confirmar esos extremos, lo que sí podía apreciar la orientalista era su enorme grado de erosión. Entre las grietas de las paredes habían germinado algunas plantas que colgaban en jirones buscando el suelo y en su fachada, como el ojo único de un cíclope mitológico, se abría un boquete por el que pasaría con facilidad un hombre.

Se asomó al camino descendente, que conducía a otros dos monumentos funerarios construidos en el siglo I después de Cristo y lo que observó desde su posición no mejoró la impresión que ya tenía. También estaban en ruinas. «Jerusalén poseía demasiados lugares históricos como para poder conservarlos todos», pensó.

Retrocedió y volvió junto a la fachada principal de la tumba de Absalón cuando vio pasar a alguien que no tenía aspecto de turista. Se dirigió hacia él.

—Disculpe, ¿Uri Sarel?

El hombre había rebasado la cincuentena con un rostro surcado de profundas arrugas, tenía las manos grandes y encallecidas y una manera de andar que inclinaba su cuerpo en exceso hacia delante. Se movía con dificultad, como si la vida le hubiera añadido veinte años más a su edad real.

—Sí, señorita. ¿Es usted la doctora Jacobs? —Como Andrea asintiera con la cabeza, el guarda prosiguió—: La estaba esperando, el señor Crown llamó esta mañana para decirme que vendría. ¿Necesita alguna cosa? —le preguntó solícito.

—¿No tendría usted una escalera, verdad? —lo dijo mitad en broma mitad en serio, pero Uri se lo tomó como una petición en toda regla.

—Veremos lo que puedo hacer, señorita.

—Muchas gracias —respondió perpleja.

El hombre dio media vuelta y comenzó a andar encorvado hacia el camino de Jericó. Andrea solo podía esperar. Se entretuvo observando el paisaje primaveral y las espléndidas vistas mientras los turistas andaban de un lado hacia otro intentando fotografiarlo todo, grabarlo todo, retenerlo todo. Incluso tomó el camino hacia el mausoleo de Benei Hezir, unos metros más abajo, para hacer tiempo.

Victor decidió visitar la tumba de Absalón antes de comer. La distancia hasta el monumento era corta. Pudo comprobarlo en un mapa de carreteras que Said guardaba en su viejo land rover. Con un poco de suerte no tardaría ni los diez minutos que le había augurado Isaac. Al salir del parquin de Yemin Moshe se dirigió hacia el sepulcro.

No conducía a excesiva velocidad, pero cuando abandonó la carretera a Jericó y tomó el desvío hacia la tumba, aminoró el paso. Aparcó nada más entrar en el camino y continuó a pie el resto del trayecto. La senda descendente, bordeada por un muro bajo de adoquines de piedra, le condujo hacia el monumento de Absalón.

El edificio se erguía orgulloso dando la espalda a la pequeña elevación pétrea que se alzaba detrás, pero todo en él era caduco. Víctor dudó de que fuera a encontrar una inscripción aun sabiendo dónde buscar, sus paredes parecían desmoronarse grano a grano, como las dunas de arena del desierto. De todas formas, se acercó a su fachada principal y miró hacia arriba, donde se suponía que debía estar el grabado.

Aunque el doctor Ben Shimon le había sugerido la visita, le desmoralizó comprobar que no había nada que pudiera ayudarle allí. Estuvo un par de minutos más con la vista girada hacia lo alto del monumento y cuando comenzó a dolerle el cuello, se rindió. «Será mejor preguntarle al encargado», pensó.

No fue necesario que esperara mucho. Acababa de distinguir a un hombre con traje de faena portando una larga escalera de madera. Cuando llegó a su altura la apoyó contra la fachada del edificio y sacudió las manos. Víctor aprovechó ese momento para preguntarle.

—¿Es usted el encargado?

—Uri Sarel —le contestó ofreciéndole la mano—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Victor Lavine —se presentó—. Estoy buscando la nueva inscripción que ha aparecido en la fachada y no soy capaz de localizarla. ¿Sería usted tan amable...?

Uri tuvo un instante de indecisión, pero reaccionó con rapidez.

—Por supuesto. —Dio un par de pasos al frente y le indicó con un gesto de la mano el lugar exacto donde él había estado mirando—. No se ve gran cosa.

—Para ser exactos, no se ve nada —confirmó Víctor.

El hombre sonrió.

—Si está usted interesado en lo que ponía ahí, yo podría serle útil. ¿Conoce a Martin Crown? —El joven negó con la cabeza—. Dirige una asociación dedicada al estudio de Juan el Bautista y su empresa está investigando la inscripción. Tengo el teléfono en mi guía. Acompañeme, por favor.

Siguió al guarda hacia la entrada del mausoleo que se abría en un lateral del monumento. La puerta era una amplia abertura fundida con la piedra que la circundaba, rematada por un pequeño frontón clásico y se accedía a ella subiendo cuatro escalones. Antes de entrar dejó paso a dos hombres que salían. Iban vestidos de forma occidental cubiertos con un par de *keffiyahs* blancos y negros. A uno de ellos la barba casi le llegaba a la cintura. El otro parecía emocionado y no dejaba de hablar. Los siguió con la mirada unos metros. Pero no era el único, apostado contra el murete de enfrente, un hombre que intentaba pasar desapercibido entre un grupo de turistas no les quitaba ojo. Su camisa a rayas rojas y naranjas llamó la atención de Víctor. Cuando los dos hombres ascendieron por el camino, el árabe los siguió.

—Entre usted —le indicó el guarda al ver que se había quedado rezagado—. Debo de tener el número por aquí. —Se entretuvo unos segundos buscando la tarjeta de visita—. ¡Ah!, ¡aquí está! Llámeme, le atenderá encantado.

A Martin Crown no le gustaban los mirones en lo que consideraba su territorio y había prevenido a Uri para que le tuviera al corriente de los posibles arqueólogos o buscadores que se interesaran por la inscripción. A diferencia de los otros, de los que el encargado se había deshecho en persona, a Victor se lo enviaba directamente. «El señor Crown sabrá qué hacer —pensó el guarda—, este parece de los insistentes.»

Victor le dio las gracias por su ayuda y se encaminó hacia la salida. Antes de irse no pudo evitar echar un último vistazo al lugar donde debería estar la inscripción. La escalera que el guarda había traído continuaba apoyada contra la pared y decidió utilizarla. Subió los primeros escalones y comprobó su resistencia. No estaba muy seguro de que pudiera aguantar su peso, de vez en cuando crujía, aunque parecía haber sido restaurada hacía poco. Resolvió proseguir su ascenso a pesar de no confiar totalmente en ella.

Cuando llegó a la altura del texto, tenía la nariz pegada a la piedra y lo único que distinguía eran surcos irregulares, débiles hendiduras que para él carecían de sentido. Acarició el friso y sintió la textura rugosa. Cerró los ojos para dejar que las yemas de sus dedos «vieran». En ocasiones, la lectura podía ser más clara. Sus manos recorrieron despacio la superficie y percibió con más nitidez las pequeñas depresiones, pero, aunque creyó poder descifrar alguna letra, el conjunto no le decía nada. Al fin y al cabo, ni siquiera conocía el alfabeto mandeo.

Inició el descenso cuando el guarda salía del mausoleo. Uri le vio y pensó que no se había equivocado al entender que podría causarles problemas y que sería preferible que el señor Crown se encargara personalmente de él.

Andrea ascendía tranquila el pequeño repecho que separaba la tumba de Absalón de la de Benei Hezir y vio que el guarda la miraba y señalaba con sus ojos en dirección a la fachada. Ella esbozó una sonrisa y asintió mientras aceleraba el paso para dirigirse al pie de la escalera.

—Buenos días —saludó a Victor cuando llegó a tierra.

—Buenos días, Victor Lavine —se presentó.

—Andrea Jacobs. Veo que está interesado en Juan el Bautista —le dijo mientras retiraba algunos rizos pelirrojos de su rostro.

—¿Cómo? —se sorprendió él.

—En la inscripción de su padre Zacarías, ¿no es lo que estaba observando ahí arriba como si fuera una ardilla?

Ambos se rieron de la comparación y Victor se extrañó de no poder dejar de mirar sus ojos violetas. Cuando reía parecían brillar.

—Pues sí —le contestó—. Estaba intentando comprobar si era posible leerla. Pero ¿de verdad cree usted que parecía una ardilla?

Volvieron a reír.

—Se encuentra en muy mal estado —se lamentó la joven cuando consiguió serenarse—. Después de tantos años ha sido muy difícil poder rescatarla. —Ante la cara de extrañeza del hombre decidió explicarse—. Estoy llevando a cabo un estudio sobre la influencia

religiosa del Bautista en su época —mintió—, y esta inscripción podría aclarar algunos puntos.

—¿Es usted arqueóloga? —le preguntó.

—Sí, de alguna manera sí, orientalista.

—Entonces debe de haber oído algo de una segunda inscripción que ha aparecido. Creo que es mandea, si no me equivoco.

Algo en el estómago de Andrea se rebeló y sintió un escalofrío. Aquel joven le resultaba encantador con solo haber intercambiado un par de frases, y eso para ella resultaba de lo más desconcertante. Sin embargo, comenzaba a pisar un terreno resbaladizo con sus preguntas y esas situaciones ella sí sabía manejarlas a la perfección.

—¿Periodista? —Ante el movimiento de cabeza de Victor, preguntó de nuevo—: ¿Arqueólogo?

—No, en absoluto, ninguna de las dos cosas. —«Esta mujer pregunta mucho, ¿no?»—. Discúlpeme si la he confundido. Soy un simple curioso.

El joven comenzó una retirada discreta a pesar de que le hubiera gustado continuar hablando con ella.

—Creo que soy yo la que debe ofrecerle mis disculpas. Y también supongo que soy más curiosa que usted, no dejo de entrometerme. Acabo de conocerle y no he parado de hacerle preguntas.

Ambos sonrieron y a ella se le marcaron diminutas pecas en las mejillas. «Andrea Jacobs, se llama Andrea Jacobs —repitió Victor para sí—, debería preguntar por ella al doctor Ben Shimon. Quizá él sepa quién es.» Observó la hora en su reloj de pulsera anticipando con su gesto lo que iba a decir.

—Se me ha hecho muy tarde, señorita Jacobs. Me alegro de haberla conocido —le tendió la mano cortés.

Ella se la estrechó y Victor comenzó a andar hacia su coche. Tuvo un momento de incertidumbre al volver la vista atrás un segundo. Andrea continuaba mirándole y él alzó el brazo a modo de despedida.

Cuando llegó al land rover telefoneó al número que le había facilitado el guarda y una voz de mujer le indicó que el señor Crown ya había dejado el despacho, pero que ella podía anotar la cita en su agenda. Le informó de que el director tenía un hueco a las cuatro y el joven decidió no desperdiciar su buena suerte.

—A las cuatro está bien —le dijo. Confirmó la dirección y cortó la comunicación.

Cuando subió al vehículo todavía conservaba en su retina los ojos de la orientalista y su cerebro se negaba a desprenderse de su rostro. Había algo que le había alertado contra ella. Sin embargo, existía otro algo que no le daba importancia a esa alerta.

—Creo que pediré pescado —contestó Andrea.

Martin la había citado para comer en un pequeño restaurante cercano a las oficinas de la asociación. Tenía una amplia entrada, pero su interior era pequeño y acogedor. Disponía de pocas mesas y la decoración combinaba diferentes tonos pastel. Una mano femenina

había añadido con paciencia ribetes bordados a los visillos y había colocado centros florales en los poyetes de las ventanas.

El camarero aprobó la decisión de la mujer, el pescado estaba recién traído, y se alejó hacia la cocina con la comanda.

—¿Has hablado con Uri hace poco? —le preguntó Andrea.

—Me acaba de llamar. Dice que habéis estado hablando.

—Entonces ya lo sabes, tenemos dos problemas, no uno —le aseguró.

—El guarda no obtuvo gran cosa, ¿tú has podido averiguar algo sobre ese hombre? —inquirió Martin.

—Lo intenté, pero no me dijo más de lo que ya sabía Uri.

—Espero tener más suerte con él esta tarde. —Ante la mirada interrogante de Andrea, Martin se explicó—: Uri le dio mi tarjeta y Victor ha hablado con mi secretaria para concertar una reunión. Le veré a las cuatro.

La mujer sonrió, aunque no le agradase demasiado el director, había trabajos que él desempeñaba muy bien. Solo esperaba que supiera ser sutil al quitárselo de encima. Aquel joven era muy agradable.

—No parece saber demasiado de cómo andan las cosas por aquí —prosiguió él—. Yo en su lugar no habría contactado con la asociación. —Se refería a ellos mismos—. Parece querer meterse en la boca del lobo.

—Que desconozca los entresijos no significa que no haya llegado tan lejos en la investigación como nosotros —apuntó Andrea con cautela suponiendo que buscaba lo mismo que ellos.

Él tuvo que asentir.

—Veremos qué ha descubierto —concretó—, después informaré a Sinclair, es posible que desee que «apartemos» de la investigación a nuestros dos problemas.

La palabra *apartar* sonó un tanto siniestra en sus labios y Andrea habría jurado que no tendría el más mínimo inconveniente para hacerlo en persona, aunque debía reconocer que, tras casi diez años dirigiendo los Cristianos de San Juan, nunca le había visto saltarse la ley y siempre se había comportado de forma educada y correcta. Sin embargo, sabía que ocultaba muchos secretos.

El aroma del pescado recién asado precedió al camarero, que depositó el plato junto a Andrea. Una ensalada compartida y un bistec poco hecho para Martin completaban el menú; aprovechó para rellenar sus copas de vino y les deseó buen provecho.

El director no se demoró en atacar su succulenta pieza medio sangrante y, con el primer pedazo en el tenedor, le preguntó a la orientalista por la inscripción.

—¿Te ha sido útil ver el texto por ti misma?

—A simple vista no es gran cosa —le contestó—, pero he adelantado algo.

—¿Importante para comprender lo que dicen los versos?

—Creo que sí. —A Andrea le resultaba desconcertante el interés que mostraba Martin. Quizá por eso le ofreció una explicación detallada—. En el texto se menciona un lugar donde han de

bautizarse los mandeos. Gracias a tus fotografías he conseguido transcribir algo así como «bet» o «beit erem».

—No me dice nada —apuntó el director acercando la copa de vino a sus labios.

—A mí tampoco —le respondió ella—. Creí que visitando la tumba lo entendería mejor. —Él la dejó proseguir mientras continuaba devorando su pedazo de carne medio crudo—, pero me ha desconcertado.

—Ya te dije que en mis fotografías se apreciaban más garabatos que en el original.

A la orientalista le molestaba la falta de conocimientos de Martin, pero Sinclair no le había ofrecido el puesto de director por estar doctorado en Historia.

—Es cierto —declaró muy a su pesar—. Aun así he tenido un poco de suerte. Entre la palabra *bet* o *beit* y la palabra *erem* he conseguido descifrar una «m», falta otra letra en el medio, quizá dos. Veré si consigo saber cuáles son estudiando tus fotografías.

El director sonrió, aunque fue una sonrisa extraña, al pensar que, de algún modo, Andrea le necesitaba o, al menos, precisaba de su trabajo cuando en realidad eran Samuel y él los que la necesitaban a ella para que los condujera hacia el final de la investigación. El *professor* le había explicado con claridad que sin Andrea no lo conseguirían. Su forma de ayudar consistía en tratarla bien y en ofrecerle todo lo que estuviese en su mano para que ella pudiera descifrar la inscripción. Tendría que pensar qué harían con ella cuando hubiera finalizado el trabajo; aunque todo dependería de cómo se comportase la mujer en un futuro. Si aceptaba su forma de trabajar, era posible que compartieran parte del dinero con ella. «A ese respecto Sinclair no me ha comentado nada. Por otro lado —pensó Martin—, sería preferible dejarla a un lado y quedarnos con todo.»

Sin embargo, sabía disimular muy bien sus emociones y continuaba atento a deleitar su paladar con el vino y el bistec, y como no le resultaba de gran trascendencia el descubrimiento de esa simple «m» de Andrea en medio de otras dos letras que no significaban nada para él, hizo lo único que estaba en sus manos.

—¿Necesitarás el molde de yeso? Debería ir preparando la solicitud. Ya sabes, la burocracia —se justificó. En realidad, quería saber si tendría que encargar el trabajo a Abdul y a Jamal para esa misma noche.

Andrea negó con la cabeza mientras se acercaba la copa de vino a los labios. Sin llegar a beber le contestó:

—Todavía no, antes iré a la biblioteca de la universidad. Necesito consultar unos manuales y afinar un poco la traducción.

—¿La de monte Scopus?

Ella asintió con la cabeza.

Le ofreció el vehículo de la asociación para su desplazamiento, aunque la orientalista lo rechazó y continuaron hablando de temas profesionales hasta casi las cuatro. Llegada esa hora, Martin se disculpó. Victor estaría al llegar a su oficina. El hombre pidió la cuenta

y, cuando la pagó, ambos se levantaron y abandonaron el restaurante.

Ya en la puerta, Andrea paró un taxi que pasaba y le indicó la dirección de la universidad. El director del CSJ observó al vehículo mientras se alejaba pensando en si esa mujer sería capaz de guiarlos hasta su meta. Después se encaminó paseando hacia la sede de los Cristianos de San Juan, a apenas una manzana de allí.

Frente a las puertas de su despacho le esperaba la secretaria con la permanente sonrisa que mostraba siempre en sus labios. Parecía tenerla impresa a fuego, o nada le afectaba o era de plástico. Martin nunca se había fijado demasiado en ella, era eficiente y no hacía preguntas, que para su sexo constituía lo esencial. Además, decía las palabras justas, «y era difícil que una mujer no hablara de más», pensó.

—¿Ha llegado la visita? —le preguntó.

Ella dirigió su mirada hacia la cristalera que los separaba de la sala de espera. En uno de sus sillones, un hombre joven pasaba las hojas de una revista que había sobre la mesa. Martin se acercó hasta él y se presentó. Después le acompañó a su despacho.

Victor tomó asiento en uno de los dos sillones que bordeaban el escritorio del director y observó que el mobiliario era nuevo pero con una pátina de años en la madera. En realidad, la asociación se había establecido en un edificio de nueva construcción, pero habían intentado darle un aire de antigüedad de tal forma que el interior parecía un mausoleo. El decorador había elegido el mobiliario de factura reciente aunque elaborado de acuerdo a técnicas artesanales y con maderas nobles. Las estanterías se veían robustas, la lámpara del techo era de araña y el suelo estaba cubierto por oscuras láminas de roble.

—Gracias por recibirme —comenzó Victor—. Supongo que es usted un hombre muy ocupado —El otro hizo un gesto que restaba importancia a la afirmación con fingida humildad. En realidad, le encantaban los halagos—, y mi petición ha sido tan precipitada... —se excusó.

—No se preocupe. Aquí intentamos atender a todos los investigadores y facilitarles la información que puedan necesitar, siempre que sea posible —precisó—. Y bien, ¿en qué podemos ayudarle?

Toda aquella introducción le pareció a Victor un tanto rimbombante y pasada de época. Aquel hombre comenzaba a resultarle desagradable. No sabía qué podía ser lo que le disgustaba de él. Quizá los ojos hundidos en las cuencas con pronunciadas ojeras o sus labios curvados hacia arriba en una mueca de desprecio. Sin embargo, no tenía ningún elemento objetivo para llegar a esa conclusión.

—Estaba interesado en un texto referente a Juan el Bautista —le expuso—, y he visitado la tumba de Absalón. Me ha sorprendido encontrar la primera inscripción en un estado penoso, pero la segunda es totalmente ilegible.

—Es una verdadera pena —le dio la razón—. Nosotros llevamos meses intentando descifrarla y está siendo un trabajo muy laborioso. Nuestros mejores especialistas están en ello y, créame, avanzan muy despacio. Un par de letras hoy, tres mañana, y eso si tienen suerte.

—Exceptuando las líneas referentes al padre de Juan, ¿tiene algún sentido para ustedes el resto del texto? —elaboró la pregunta con cautela, entre investigadores no solían ofrecerse toda la información, máxime si no eran del mismo equipo.

Para su sorpresa, él le respondió con claridad.

—Como ya sabrá, es mandea —Victor asintió—, y las tradiciones de esta secta gnóstica son de difícil comprensión. Suponemos que está relacionada con alguna de sus muchas leyendas. Aunque aún desconocemos con cuál.

Martin supuso que sería poco inteligente dar rodeos con un conocimiento que el joven debía de conocer de sobra.

—Hay un par de referencias que me han llamado la atención. —El sillón de Martin crujió cuando se inclinó hacia delante. Intuía que la conversación comenzaría a ponerse interesante—. ¿Saben dónde se encuentra una ciudad o una casa llamada Bet Makerem?, ¿o algo con ese nombre? —generalizó.

Aquella pregunta sorprendió al director. ¿Cómo podía haber descifrado esa parte? A duras penas Andrea había conseguido leer unas cuantas letras. «¿Qué me comentó durante la comida?» — intentó hacer memoria—. «Bet», una «m» en medio y «erem». Sí, ¡eso era!: *bet, m, erem*. Y este joven le había ofrecido las dos palabras completas: *Bet Makerem*. Procuraría no olvidarlo.

No permitió que su interlocutor se percatara de su sorpresa. En ningún momento sus ojos mostraron la más mínima emoción, continuaron hundidos en el fondo del cráneo.

—¿Bet Makerem? —repitió Martin. Era una pregunta hecha para sí mismo, meditativa, para ganar tiempo y encontrar una respuesta aceptable—. Lo desconocemos, no hemos encontrado nada con ese nombre, ninguna montaña, valle, pueblo... en la actualidad.

—Quizá en la antigüedad... —adelantó Victor.

—Es posible —le interrumpió—. Pero la historia desconoce ese topónimo, ningún manual de los que hemos consultado lo menciona —mintió.

El joven tuvo una idea y, como el Bautista vivió en los tiempos bíblicos, no resultaba descabellada. Formuló la pregunta.

—¿Han estudiado la topografía de la Biblia?

—Sí, pero sin resultados.

Aunque continuaba respondiendo al investigador con cortesía, Martin no dejaba de pensar que era imposible que hubiera podido detectar esas palabras en la inscripción sin las fotografías que él había hecho. Y ese hombre no había tenido acceso a ellas, eso desde luego. «Entonces, ¿cómo?...» No pudo continuar su razonamiento.

—Y en los textos sagrados judíos, ¿han buscado en ellos?

—También, y ahora estamos revisando la literatura mandea — volvió a mentir—. Y si no encontramos nada, se nos habrán acabado

las ideas. —Lo dijo sonriendo, pero en sus labios la sonrisa resultaba grotesca.

El director hilaba sus ideas y tuvo un pensamiento fugaz: «Si no ha visto mis fotografías y la inscripción es ilegible... entonces... ¡Por supuesto!, ¡ha encontrado el pergamino!». Aquella deducción no le produjo la más mínima alegría. Ahora uno de sus dos problemas graves se había transformado en gravísimo. En el caso de que el texto del pergamino estuviera en mejor estado que su inscripción, aquel joven les llevaba una gran ventaja. Y comenzó a centrarse en otra incertidumbre: «¿A qué equipo de investigación pertenecería?, ¿iría por libre?».

—¿Con qué universidad trabaja usted? —le preguntó.

Antes de que pudiera responderle, alguien dio un par de golpecitos en la puerta y luego la abrió. Abdul Jaled estaba a punto de entrar cuando comprobó que su jefe estaba reunido.

—Lo siento, la secretaria ha salido un momento y... —Al percibir la expresión de Martin no finalizó su frase, se limitó a cerrar sin hacer ruido.

Victor ni siquiera tuvo tiempo para girarse; solo supo, por el acento, que debía de tratarse de un árabe.

—Disculpe la interrupción. Me estaba diciendo usted... —fingió hacer memoria— la universidad que le ha encargado el trabajo.

El joven advirtió un brillo desagradable en su mirada, como si el director evaluase hasta qué punto él podía ser un competidor y, a estas alturas de su investigación, no le interesaba lo más mínimo crearse enemigos. No sabía a quién podría necesitar, aunque, desde luego, deseaba no tener que recurrir de nuevo a ese hombre.

—Soy un investigador aficionado —le respondió con humildad—, nada más. Mis trabajos no son tan eruditos como los de su organización.

—No sea modesto, caballero. —Aunque aquella explicación le satisfizo, continuaba preocupándole que estuviera en posesión del pergamino. Pero no podía preguntárselo directamente y él no parecía dispuesto a revelar sus fuentes. Cabía otra posibilidad, que hubiera hablado con el doctor Ben Shimon y que él sí hubiera logrado descifrar más líneas de texto que ellos. Eso podía ser igual de preocupante. Sin embargo, aquella pregunta sí podía formularla—. ¿Ha contactado usted con otros investigadores en Jerusalén?

El interrogatorio le pareció un poco extraño a Victor y tuvo dudas en decir la verdad o en mentir. Al final, sin saber muy bien por qué, acabó mintiendo.

—Aún no, aunque tengo algunos nombres en mi agenda.

«Pues si no había hablado con Isaac, ya solo quedaba la opción de que hubiese encontrado el pergamino.» Tendría que solucionarlo, pero antes llamaría a Samuel Sinclair.

Entonces sonó el móvil del investigador. Victor se limitó a visualizar el número y después colgó. Era una ocasión única para despedirse, ya no creía oportuno mencionarle su segunda duda y de allí no sacaría nada en claro, a lo sumo, podría decir algo de lo que arrepentirse más tarde.

—Tendrá que perdonarme —se disculpó señalando el teléfono—, una reunión que había olvidado.

—No se preocupe, podemos continuar en otra ocasión. —Martin no tenía intención de perder de vista a ese curioso.

Como el investigador ya se había incorporado, él se levantó también para acompañarle hasta la puerta.

—Vuelva usted en otra ocasión. Será bien recibido —le dijo mientras le estrechaba la mano a modo de despedida.

Lo que menos le apetecía a Victor era tener que volver, había un nudo en su estómago que se lo desaconsejaba. Sin embargo, asintió con una de sus sonrisas más encantadoras. El director le vio alejarse por el pasillo del fondo con su figura encajada en el vano de la puerta.

Abdul aguardaba en la salita acristalada y cuando los oyó despedirse alzó la vista del periódico que ocultaba su rostro. Fue suficiente un leve gesto de su jefe. Se incorporó y siguió al joven. Cuando alcanzaron el portal del edificio, Victor marcó un número en su móvil. Al otro lado de la línea descolgó el doctor Ben Shimon.

—Se me ha ocurrido algo —le dijo el anciano sin darle tiempo para hablar—, por eso te llamé.

—Disculpe que colgara, estaba reunido con Martin Crown.

—¿Con el director del CSJ? —se extrañó.

—Con él.

—Te has metido en la boca del lobo, muchacho. —Y sin ofrecerle una explicación ni darle tiempo a pedirla, continuó—: Acércate a la biblioteca del monte Scopus, hablaremos allí. He tenido una idea y creo que puede aclararnos algo del texto, pero antes necesito consultar un par de libros.

—Deme quince minutos.

—Tómate tu tiempo —le respondió—, yo estoy llegando y aún tengo que solicitar algunos manuales.

Victor avanzó por la acera buscando el todoterreno. Tras él caminaba un hombre vestido con una chilaba negra y no dejaba de pasar las cuentas de un rosario de ámbar mientras murmuraba algunas palabras en árabe.

El día 1 de abril de 1925 tuvo lugar la inauguración de la Universidad Hebrea en Jerusalén. Era un día típico de primavera, luminoso y soleado, que atrajo a numerosos judíos del exilio. Albert Einstein dictaría más tarde la clase inaugural. Fue una verdadera ocasión histórica para el pueblo judío, que, incluso, escribió un *Himno a la universidad*, con su correspondiente partitura musical.

En el importante diario egipcio *Al Abram* se informó al pie de una fotografía que la Biblioteca Nacional Israelí era uno de los edificios más espléndidos de Oriente, construida en un estilo hebreo clásico. Sin embargo, su verdadero mérito consistía en el importante caudal científico que albergaba en su interior. Y era eso precisamente lo que Andrea Jacobs había ido a consultar; solo se demoró unos minutos en admirar los exuberantes jardines y la magnífica vista que podía

observarse de la ciudad antigua de Jerusalén cuando su móvil comenzó a sonar.

—¡Lo tengo! Es Bet Makerem —le espetó Martin.

En un principio Andrea no sabía de qué le estaba hablando, pero solo necesitó un segundo para comprenderlo.

—¿Estás seguro? —exclamó con el tono de voz más alegre que el director le había oído en su vida.

—Totalmente. —Y antes de que inquiriera sobre sus fuentes, le respondió—: El investigador curioso, Lavine, me ha preguntado sobre ese nombre en nuestra reunión. Creo que son dos de las palabras que no entendías.

—¿Cómo? —La mujer no salía de su asombro.

—¿Cómo lo sé?

Eso podía imaginárselo ella.

—No, ¿cómo lo sabe él?

—Supongo que ha encontrado el pergamino o que el doctor Ben Shimon lo ha descifrado antes que nosotros y, aunque no ha querido decirme que trabajaba con él, lo debe de estar haciendo.

El rostro de Andrea se ensombreció y sus ojos violetas se tornaron más oscuros, casi del color de la noche.

—Eso no es una buena noticia —confirmó.

—No, no lo es —estuvo de acuerdo Martin—. Tendré que avisar al *professor* Sinclair.

—Bien —acertó a decir la mujer, aunque en el fondo temía que Samuel le ordenara que los «apartase» de la investigación y tenía que reconocer que el joven resultaba agradable y que el anciano era una eminencia en su campo.

Era cierto que ella tampoco deseaba tener competencia; al menos, no la de Isaac. El descubrimiento resultaba muy importante y el doctor Ben Shimon era más que capaz de descifrar la inscripción y de llegar hasta los cuencos mandeos él solo, pero Sinclair y ella llevaban demasiados años con esto como para permitir que otros se les adelantaran y les robaran los laureles. Tendría que ser Samuel el que comunicara a la comunidad científica la trascendental noticia de que los mandeos y su lenguaje surgieron dos siglos antes de lo establecido por la ciencia oficial. Ella sería su colaboradora y aquel descubrimiento los catapultaría al éxito académico. Sabía que se les abrirían las puertas para realizar cualquier investigación que desearan, ya no tendrían que luchar contra la falta de financiación para sus excavaciones.

De pie en la entrada de la biblioteca, nada más cortar la comunicación con Martin, Andrea sintió de pronto un frío enorme. Permaneció unos minutos dejando que el sol de la tarde calentara su rostro al tiempo que respiraba profundamente. Al final accedió al edificio prefiriendo no pensar en qué sucedería si el doctor Ben Shimon se les adelantaba, sabía que Sinclair era un mal perdedor.

Quince minutos después se reclinaba sobre un voluminoso ejemplar de la antigua historia judía intentando encontrar un par de escurridizas palabras: Bet Makerem. Buscaba algo similar a lo que había sucedido con el topónimo de la ciudad de Belén. Antiguamente

se llamaba Bethelém, «casa del pan». Así que comenzó a darle vueltas a las posibles transformaciones de Bet Makerem: Beit Makerem, Beth ma kerem... Pero no conseguía dar con ninguna de las variantes que le acercara a una ciudad real. Cuando estaba a punto de rendirse pensando que debía de tratarse de un lugar utópico, al igual que otras tantas localizaciones mandeas, como la Montaña Madai, decidió recurrir a los mapas antiguos. No era una tarea fácil, habría que revisar todos y cada uno de los lugares hasta encontrar alguno cuyo nombre se pareciera a Bet Makerem desde la parte alta de Galilea hasta mucho más al sur, hasta Judea e Idumea, y quizá hasta tuviera que revisar la antigua cartografía siria.

Según avanzaba la tarde, la sala comenzó a llenarse de estudiantes y Andrea apenas si progresaba en su investigación. Decidió solicitar unas fotocopias de una parte de los planos que deseaba estudiar con más detalle. Tendría que volver a la biblioteca en más de una ocasión si quería localizar en un mapa la villa de Bet Makerem.

Cuando Martín colgó el teléfono a la orientalista, mostraba una expresión de desagrado en su rostro. A ambos les había disgustado la existencia de un nuevo curioso de *su* inscripción, pero a Samuel Sinclair le inquietaría bastante más cuando se lo contara.

Comprobó la hora y supuso que el *professor* estaría en su residencia preparando las maletas para el viaje a Jerusalén. Decidió telefonearle. Al cabo de un par de segundos alguien levantó el auricular al otro lado de la línea. Una voz de mujer le preguntó qué deseaba, era la asistente.

—Con Samuel Sinclair, por favor. —La mujer le pidió que esperara un segundo, aunque en realidad transcurrieron varios minutos.

—Sinclair al habla.

—Buenas tardes. —El *professor* reconoció de inmediato el timbre característico de la voz de Martín Crown. Hablaba con un tono neutro y apagado, carente de inflexiones. Resultaba difícil concentrarse en lo que estaba diciendo siempre que expusiera más de dos frases seguidas, porque conseguía adormecerle; solo en raras ocasiones le había visto manifestar alguna emoción. Una de ellas fue cuando le ofreció el puesto como director en el CSJ. Ciertamente es que no tenía curriculum para acceder a él, pero también era verdad que le sobraban otra clase de cualidades y aptitudes, como la fidelidad. Y trabajaba bien, eso no podía negarlo Sinclair.

Martín Crown era un simple contrabandista de antigüedades de tres al cuarto, ni siquiera se encontraba en la cúpula, y aquello fue determinante para que le otorgara el puesto. Aunque Scotland Yard le estaba buscando, era una cara desconocida en Israel y podía colocarle bien. Bastaría adecentarlo un poco: con un traje de firma, un rasurado de la barba y un par de clases de comportamiento social, Martín pasaría por un serio hombre de negocios. Y eso era lo que él necesitaba, una persona que le debiera mucho y que supiera pagárselo. El director tenía muy clara esa circunstancia y nunca le

había fallado cuando le solicitaba algún servicio. Sinclair jamás le había preguntado por sus métodos, pero tampoco le importaba cómo conseguía cumplir sus órdenes. Las cumplía y punto.

—¿Qué tal van las cosas? —inquirió al cabo de un rato.

—Tenemos algunos problemas.

Siempre se dirigían al asunto principal, entre ellos dos se dedicaban muy pocas cortesías verbales.

—Aguarda un momento, voy al teléfono del despacho.

Pensó que desde allí hablaría más tranquilo. En un instante Samuel estaba sentado en su butacón de piel.

—Cuando quieras —le dijo el *professor*.

—Uno de los problemas era previsible —comenzó—. El doctor Ben Shimon está metido en esto. Mi preocupación por él es relativa, tiene muchas cosas que perder y conocemos de sobra sus puntos débiles.

Aquello no sorprendió a Sinclair.

—El otro problema... —Martin titubeó, lo que para Samuel fue un gesto humano de los que no solía abusar nunca—. El otro puede ser peligroso.

—¿De qué se trata?

—Es un hombre joven investigando por su cuenta. Ha estado en la tumba curioseando y ha venido a verme.

—Será un turista perdido más que cree que va a descubrir el Santo Grial —bromeó balanceándose en su butacón de piel.

—No lo creo. Al menos conocía una parte de la inscripción que Andrea no ha sido capaz de leer. —Aquella frase preocupó a Samuel—. Sin ver nuestras fotografías no hubiera podido suponer que allí había algo grabado. Y desde luego, aun viéndolas sería imposible que supiera lo que estaba escrito.

La inquietud del profesor creció y dejó su cómoda postura en el sillón para inclinarse sobre la mesa del despacho.

—¿Qué palabra es?

—Bet Makerem. —Martin esperó haberlo pronunciado correctamente.

—Un pueblo o una casa en algún sitio —le confirmó el otro.

—Sí, Andrea lo está investigando. Según ella —prosiguió—, en la inscripción de la tumba no pueden verse esas dos palabras.

—¿Y? —le interrumpió Samuel para que fuera al grano.

—Y el investigador me preguntó por Bet Makerem como si fuese de dominio público, cuando es la primera vez que hemos oído ese nombre.

La preocupación del *professor* era cada vez mayor. No solo se trataba de un fisgón, Martin podía tener razón: a la larga resultaría peligroso.

—¿Te dijo algo más?

—Nada, se excusó alegando que tenía una reunión a la que acudir y salió del despacho. No me extrañaría que fuese a visitar al doctor Ben Shimon.

Ese nombre le producía a Sinclair malos recuerdos. Había que tener cuidado con él. Ya en una ocasión estuvo a punto de dejar al descubierto su «especial» método de trabajo y eso hubiera significado

su muerte académica. Martin consiguió destruir las pruebas que había reunido en su contra, pero, desde entonces, evitaba cualquier confrontación con Isaac. Tenía que reconocer que en aquella ocasión, el trabajo del director del CSJ había sido impecable, no le preguntó cómo había conseguido que el viejo retirara los cargos y mantuviese la boca cerrada, pero, fuera cual fuese el método que había utilizado, resultó eficaz.

—¿Cómo se llama el joven? —quiso saber en un intento de apartar al doctor de sus pensamientos.

—Lavine... aguarda un minuto. —Martin hojeó la agenda, en la que su secretaria había anotado la cita—. Victor Lavine.

Casi pudo sentirse el alivio de Sinclair al otro lado del teléfono.

—¿Le has puesto vigilancia?

Martin asintió con un sonido gutural, luego preguntó.

—¿Qué más hacemos?

—Por el momento nada más, no le perdáis de vista.

Aquella respuesta sorprendió al director, que esperaba algo así como un «apártale de la investigación», pero no se atrevió a discutir la decisión de su jefe.

—Aunque él aún no lo sepa, es de los nuestros —fue la única explicación que recibió.

Al retirar la silla hacia atrás, las patas rechinaron sobre el áspero suelo de la biblioteca. Dos o tres investigadores hundidos en el estudio de gruesos volúmenes levantaron la cabeza. Andrea pidió disculpas con las mejillas coloradas.

En el fondo de la sala, el doctor Isaac ben Shimon también detuvo su lectura para ver qué había producido ese horrible sonido. «Un descuidado», pensó. Volvía a centrar la atención en los legajos que tenía repartidos por su mesa cuando alzó de nuevo la vista sobresaltado y miró con más detenimiento a la señorita que acababa de incorporarse. Se desprendió de sus gafas para presbicia y la observó fijamente. Cuando ella se giró para abandonar la sala pudo verla bien. Y la reconoció. Era Andrea Jacobs, el perrillo faldero de Sinclair. «Si ella está en Jerusalén, no tardaré en tropezar con ese farsante», supuso; y lo cierto es que deseaba encontrarle y ponerle en su sitio, pero, por otro lado, tenía mucho que perder si lo hacía. El director de los Cristianos de San Juan volvería a hacerle una visita y no deseaba recibirla.

Samuel Sinclair era un hombre respetado y de reconocido prestigio en el ámbito internacional, sabía conferir importancia a cada uno de sus descubrimientos y se rodeaba de gran pompa para darlos a conocer. Desagradaba a mucha gente, pero era casi intocable. Si alguien encontrase la forma de hundirle, no dudaría en hacerlo, aunque lo tendría difícil: él sabía cubrirse muy bien las espaldas. Y luego estaba Martin, que trabajaba en la sombra para él, y el director era todavía más temible que el propio Sinclair.

En una ocasión Isaac estuvo a punto de arrojarle de su trono académico; reunió las suficientes pruebas y estaba dispuesto a

usarlas, pero tuvo que dar marcha atrás. El doctor fue amenazado, pero su mujer sufrió un par de pequeños accidentes que no imputó a la casualidad. Creyó que la gente del CSJ no se detendría ante nada y tuvo miedo. Se retiró de la investigación y les dejó el camino libre. En realidad, le habían robado años de trabajo que Sinclair hizo suyos, pero tuvo que callarse.

«¿Qué haría ahora?», pensó. Su esposa había fallecido el año pasado y él ya era muy viejo como para temer por su vida. De hecho, su corazón podría fallar en cualquier momento. ¿Tendría valor para enfrentarse a ellos? Sacudió la cabeza un par de veces para alejar sus pensamientos y volvió mentalmente a la biblioteca. Tenía trabajo que hacer.

Andrea había dejado sus libros colocados con orden sobre la larga mesa de consulta en espera de que uno de los asistentes de la biblioteca pasara a recogerlos. Isaac, ya instalado de nuevo en el presente, se incorporó procurando que las patas de su silla no rasparan el suelo y se acercó hasta ellos. Leyó los títulos de sus lomos y abrió dos o tres. Después los dejó como estaban y volvió a su mesa. Andrea consultaba índices topográficos sobre Judea y algunos mapas antiguos de Jerusalén. «Estáis metidos en algo —se dijo para sí el doctor—, ¿otro de vuestros falsos descubrimientos?», se preguntó, pero fue una pregunta imbuida de miedo. ¡Ojalá no tuviera nada que ver con la inscripción que él estaba estudiando! Sin embargo, sin pretenderlo, Victor se lo había confirmado: su misterioso cliente tenía que ser Sinclair, estaba seguro, y el texto del pergamino medieval era idéntico a la inscripción de la tumba de Absalón. Ambos se encontraban de nuevo en el mismo camino. Su deseo era una quimera. Tendría problemas con ellos otra vez.

Isaac acababa de volver a colocarse las gafas sobre el puente de la nariz, algo caídas como tenía por costumbre, mientras dejaba escapar un largo suspiro cuando Victor le hizo una seña desde la otra esquina de la sala.

—Le estaba buscando —le dijo al acercarse a él. Apenas fue un susurro audible—. ¿Ha terminado?

El anciano hizo un gesto con el dedo índice indicándole que le diera un segundo. Anotó un par de datos en su cuaderno y colocó los legajos en orden sobre la mesa.

—Podemos irnos —le contestó.

Victor le notó algo abatido, pero no dijo nada. Ambos hombres abandonaron la Biblioteca Hebrea por su puerta principal.

La arquitectura del edificio se prolongaba por el suelo con una explanada adoquinada. La sobriedad del conjunto estaba rota por macizos circulares de flores con grandes coníferas repartidas a trechos irregulares. Tras una de ellas los observaba un hombre delgado vestido con una chilaba negra de corte perfecto que fue girando su cabeza a medida que se alejaban hacia el aparcamiento. Cada dos segundos golpeaba rítmicamente una de las bolas de su rosario contra otra. Entre golpe y golpe recitaba *Allâh as-Sabûr*, Alá el Paciente. De los noventa y nueve nombres de Dios podía haber elegido cualquier otro para honrarle, el Compasivo, el Justo, el

Benevolente, el Generoso..., pero había escogido el Paciente. Incluso podía haber recitado todos y cada uno de ellos, pero Abdul recitaba noventa y nueve veces el que le resultaba más útil en cada momento. Y lo que ahora necesitaba era paciencia, para vigilar a Victor Lavine.

—¿Qué ha averiguado? —le preguntó el joven a Isaac.

—Más que averiguar, he confirmado —le dijo—. He estado repasando la leyenda de la que te hablé y ahora ya no tengo dudas. Las dos primeras líneas de tu inscripción no tienen relación con las cinco últimas. Mejor dicho —rectificó—, sí la tienen, pero no era la que yo pensaba. —El doctor intentó explicarse—. El escriba de tu texto se limitó a copiar las dos inscripciones del monumento. Dejando a un lado la primera, la que nos dice que «esta es la tumba de Zacarías...», la segunda comienza... —trató de hacer memoria para no equivocarse—: «Fue creado antes que la luz y el cosmos.» —Abrió su cuaderno por las últimas notas escritas, comprobó que no se había equivocado y prosiguió—. Existe una relación entre ambas y es que Zacarías es el padre de Juan el Bautista y Juan es un profeta mandeo. Eso nos dirige hacia la secta mandea, que es a quien pertenece la segunda inscripción. Mi opinión personal es que algún mandeo escribió el texto sobre la luz y el cosmos en la pared y, como resultaba críptico, años más tarde otra persona intentó aclararlo grabando la de Zacarías. Sin la alusión al padre de Juan, es muy probable que nunca hubiéramos obtenido la relación con los mandeos. Por lo tanto, la del padre del Bautista, la primera —le repitió—, tuvo que ser escrita unos tres siglos más tarde que la segunda.

Aquello estaba muy bien, pero Victor se había perdido en algún punto de la explicación.

—Sigo sin entenderlo —dijo.

El doctor, que había realizado su razonamiento más para sí mismo que para ser escuchado, le miró.

—Discúlpame, lo que quiero decir es que alguien aprovechó la inscripción que ya existía sobre la leyenda del alfabeto mandeo para escribir la del padre del Bautista encima. Como una pista. Por sí solos, los últimos renglones son un galimatías, pero unidos a los dos primeros, hace que sepamos dónde buscar. Si relacionamos a Zacarías con su hijo Juan, es solo cuestión de tiempo establecer una nueva relación con sus seguidores los mandeos. Y a partir de ahí podemos entender el texto si conocemos su teología o sus leyendas.

—Es decir, que sin el entorno que nos proporciona la alusión a Juan el Bautista, nunca llegaríamos a saber que la leyenda es mandea.

—Así es —le contestó el doctor—. El texto es oscuro y enigmático y pudo ser escrito por cualquiera de las innumerables sectas que hubo a lo largo de la historia, pero, si lo relacionamos con Juan, el número se reduce mucho.

—Pero los mandeos no fueron los únicos que siguieron las doctrinas del Bautista —le rebatió Victor—. ¿Está seguro de que se trata de los mandeos?

—Ahora sí. Es cierto que existieron otras muchas sectas baptistas, también gnósticas.

—Como los esenios de los que hablamos el otro día —recordó el investigador apelando a su memoria.

—Reconozco que al principio supuse que podría tratarse de ellos. —Victor asintió sin decir nada permitiendo que el anciano prosiguiera—. Pero cuando localicé la segunda inscripción en la fachada del mausoleo y comencé a descifrar algunas letras ya no tuve dudas, la grafía era mandea.

—Entonces, al ser parte de un texto mandeo, ¿usted podría encontrarle sentido a esos versos?

El doctor rió, aquel muchacho estaba sobrevalorando sus conocimientos.

—No sé si seré capaz —le contestó con humildad—, pero es un gran paso saber dónde buscar las respuestas.

En eso estuvo de acuerdo el investigador.

Ahora que ya sabían dónde buscar, a Victor le preocupaba el significado de la segunda inscripción porque para él parecía no decir nada.

El profesor volvió a recitar el primer verso e intentó aclarar el sentido de la frase.

—«Fue creado antes que la luz y el cosmos»... ¿Qué fue creado lo primero de todo? —se preguntó—. Es imposible que se tratase de Zacarías, para los mandeos el primer hombre fue Adán y antes que él se crearon muchas cosas. Además, la inscripción continúa con la frase «sin él nada puede ser dicho».

—¿Qué es lo que no puede ser dicho sin Zacarías? —preguntó Victor.

—Supongo que muchas cosas, era el sumo sacerdote del Templo y conocía fórmulas secretas que solo él podría pronunciar. Pero entendida así la frase resulta muy artificial. Yo prefiero la otra posibilidad. —El investigador escuchaba—. El alfabeto.

—¿Qué alfabeto? —preguntó sorprendido Victor.

—El alfabeto —repitió Isaac—. El alfabeto mandeo fue creado antes que la luz y el cosmos y sin él nada puede ser dicho —respondió repitiendo por enésima vez los dos primeros versos de la segunda inscripción—. Una de sus leyendas nos cuenta que el alfabeto mandeo fue lo primero que apareció, antes que cualquier otra cosa, y fue así porque sin él, al no haber letras con las que componer palabras, no podría decirse nada. Nadie podría comunicarse. Por lo tanto, era necesario que lo primero en crearse fuese el alfabeto.

Luego aprovechó para contarle en qué consistía su poder para los mandeos y por qué ellos lo consideraban mágico.

Habían mantenido la conversación de camino hacia el aparcamiento y acababan de alcanzar el todoterreno de Victor. El joven abrió la puerta al doctor y dio la vuelta por la parte delantera para sentarse en el otro lado.

—¿Le llevo a casa?

—No —Isaac se asomó por la ventanilla del vehículo y comprobó que los rayos del sol perdían fuerza—. Vamos a la tumba de Absalón,

tenemos la luz ideal para poder comprobar algo, dentro de poco anochecerá.

—Bien, hacia Absalón. —Puso en marcha el motor y giró el volante —. ¿Y qué es lo que vamos a comprobar?

—Que no me equivoco. —El doctor sonrió sabiendo que la vejez le permitía algunos accesos de orgullo—. Creo saber qué significan esas letras griegas al final de tu pergamino: «a, b, c, d»...

—Y también vamos a comprobarlo, ¿no? —apuntó el joven con una sonrisa cómplice en los labios.

La habitación de Andrea resultaba cómoda sin llegar a lujosa y el trato era atento. Tenía un buen servicio de habitaciones y era agradable que pareciese más una casa de huéspedes que un frío hotel.

Junto a su mesilla de noche habían dispuesto un cestillo con unos bombones y un par de folletos turísticos sobre Israel; uno de ellos contenía un mapa de toda la zona.

Andrea tomó uno de los bombones y echó un vistazo rápido a las guías. Mientras degustaba el chocolate se quitó los zapatos y se instaló en la gran cama doble. A su alrededor dispuso las fotocopias que había solicitado en la biblioteca y, rozando su pierna derecha, colocó el bloc de notas.

Giró la cabeza hacia la mesita y comprobó que quedaban tres chokolatinas más, estuvo tentada de comerse otra y alargó el brazo, pero lo pensó mejor y recogió el bolígrafo dispuesta a comenzar su trabajo.

Primero fue tachando en uno de los antiguos mapas de Israel todas las poblaciones alejadas de Judea cuyo nombre no se pareciera ni por asomo a Bet Makerem, fueron muchas; también eliminó las ciudades más romanizadas. Cuando descartó Cesárea Marítima se quedó sin ideas. Pensó que sería un buen momento para comerse otro bombón.

El azúcar del chocolate pareció hacer efecto en su cerebro antes de lo esperado porque recordó unas palabras de la inscripción que había logrado traducir. Eran las precedentes a Bet Makerem: «Recibid el bautismo»; y tuvo la idea de señalar todas las localidades que contaban con antiguos baños rituales. Eran judíos, por supuesto, localizar los mandeos hubiera sido una tarea imposible en aquellos momentos. Al menos contaría con nuevas referencias. Después repasó los nombres de los pueblos que había seleccionado, pero ninguno era ni remotamente similar al que buscaba.

Al ir a por el tercer bombón, reparó en el mapa que había sobre la mesilla. Se encontraba entre las guías turísticas y lo recogió. Contenía las ciudades con sus denominaciones actuales, quizá pudiera sugerirle algo. Lo desplegó sobre la cama, superponiéndolo a los otros y comenzó a comparar los lugares. Primero marcaba los nombres antiguos y luego los cotejaba con los nuevos. Inició su búsqueda con las poblaciones más cercanas a Jerusalén y, poco a poco, fue abriendo el círculo hasta alcanzar Tel Aviv.

—¡Nada! —se desesperó.

Aquella investigación se estaba tornando cada vez más compleja y sentía que sería imposible encontrar Bet Makerem en ningún mapa. Decidió que tomaría un baño, quizá después se le ocurriera alguna idea nueva. Estaba a punto de levantarse cuando su mirada se centró en dos palabras, un pequeño pueblo a apenas ocho kilómetros de Jerusalén y comenzó a reír a carcajadas.

—¡Soy idiota! ¡Dios mío!, ¡lo tenía delante de los ojos!

Tocaba el punto en el mapa con su dedo índice creyendo que de un momento a otro podría borrarse hasta que dejó el papel hundido como un pequeño valle entre las sábanas de la cama.

La escalera de madera aún permanecía apoyada contra la fachada del mausoleo. En un principio Victor no se atrevió a permitir que el doctor ascendiera por ella, pero al final tuvo que claudicar, él no podía hacer nada allá arriba. No tendría forma de explicarle a Isaac lo que viera, ni él mismo lo sabría.

A esa hora de la tarde, el sol incidía sobre la tumba de Absalón en un ángulo oblicuo. Su piedra parecía refulgir y el juego de sombras en sus irregularidades provocaba en el anciano la ilusión de que el texto mandeo era legible. Nada más lejos de la realidad, solo con mucho esfuerzo podían apreciarse mejor algunos trazos.

Estaba trabajando en el final desconocido del último verso. En sus fotografías, la línea finalizaba con la palabra *tesoro*. Y no habría pensado que aún quedaba otra más por descubrir de no haber sido por el pergamino de Victor.

Sus dedos suaves acariciaban esa parte de la piedra, sabían dónde buscar. También qué buscar. «¡Aquí está!», se sorprendió. Localizó una hendidura con forma de pequeño círculo, era la «a» del alfabeto mandeo. Luego deslizó su índice sobre una «y» mayúscula, con el pie más grande: eran la «a» y la «b» de los gnósticos. Tras unos minutos más escrutando la piedra, se giró hacia Victor.

—¡Abagada! —le gritó con una sonrisa que estiró su bigote hasta las comisuras de los labios.

—¿Qué? —Creyó haberle oído decir «abracadabra», aunque no podría asegurarlo.

—Abagada —repitió el hombre mientras iniciaba su descenso. Ya con los dos pies en el suelo, volvió a reiterar su descubrimiento—. Abagada.

—Pues muy bien —le respondió Victor pensando que se refería al nombre del autor del texto—. Hemos encontrado a la señora Abagada. Y ahora, ¿qué hacemos?

El doctor se rió con ganas ante la cara perpleja del joven. Victor era consciente de haber dicho una solemne tontería, pero todavía no sabía cuál.

—El *abagada* —le corrigió Isaac cuando pudo parar de reír—. El *abagada* —repitió.

—Lo siento. Es un nombre, ¿no? —rectificó sin comprender el porqué.

—Saca esas fotocopias —le indicó a duras penas entre risas.

El otro hizo lo que le pedía y sacó unos folios doblados del interior de su cazadora. Cuando los abrió, el doctor señaló en el texto del pergamino las cuatro letras griegas que aparecían al final.

A unos metros de distancia y oculto por un muro bajo de piedra los observaba Abdul. Le molestaba que el polvo le estuviera estropeando su carísima chilaba negra, pero se olvidó de inmediato de sus preocupaciones cuando vio que consultaban unos papeles y señalaban la inscripción de la tumba. Supo lo que tenía que hacer, uno de ellos debía de ser el texto del manuscrito del que le habló Martín.

—«A, b, g, d» en griego, se convierte en nuestro idioma en «a, b, c, d» —le explicó el doctor con los ojos húmedos todavía por la risa.

—Abecedé —repitió Víctor—. Es la forma en que lo traduje yo.

—Y es correcta. Lo único que hizo el copista fue traducir al griego lo que en la tumba estaba escrito en mandeo: de «a-ba-ga-da» lo pasó a «a, b, g, d».

El investigador se palmeó la frente.

—Ahora lo entiendo, ison las primeras letras del alfabeto mandeo! —Había en su voz un tono de alegría que compartía la de Isaac, aunque continuaba sin comprender del todo.

Al observar su expresión confusa, el doctor le ofreció una nueva explicación.

—Ya no hay dudas —le dijo—. Esto nos confirma que los versos hacen referencia a la leyenda que te comenté, pero lo más importante para un arqueólogo... ¿sabes lo que significa esto para un investigador? —le preguntó.

Víctor podía hacerse una idea, más reconocimiento en el ámbito universitario. Pero le parecía muy poca cosa para que su misterioso cliente se hubiera tomado tantas molestias.

Antes de que pudiesen darse cuenta alguien los embistió con brutalidad. El doctor se golpeó la sien contra la fachada del mausoleo y cayó al suelo como un pesado fardo. Tuvo el tiempo justo de ver cómo el atacante arrebataba a Víctor las fotocopias de sus manos. El joven estaba desequilibrado por el primer golpe y bastó un simple empujón para que terminara contra la arena del camino magullándose una mejilla.

Cuando logró incorporarse miró a los ojos de su agresor. Resultaban extraños en su rostro moreno, de un verde pálido. Abdul retiró su mirada con rapidez y la dirigió hacia el anciano. Hasta ese momento Víctor no había advertido su estado. Tuvo que olvidarse del árabe y acudió en ayuda del doctor. Eso era lo que pretendía el desconocido, ahora tendría tiempo de poner tierra de por medio.

—¡Doctor! —le llamó inclinándose sobre él, pero sin moverle, podía tener fracturado algún hueso—. ¡Isaac! —El anciano permanecía inmóvil.

Víctor intentó tomarle el pulso en el cuello y respiró aliviado cuando lo encontró. Casi al mismo tiempo abrió los ojos.

—¡Gracias a Dios! —suspiró el investigador—. Temía que...

No pudo finalizar la frase, con apenas un hilo de voz el doctor Ben Shimon le instó a que persiguiera a su atacante.

—Se ha llevado la copia de tu pergamino. Tienes que recuperarla —lo dijo mientras le empujaba con sus escasas fuerzas.

—No puedo irme. Usted no se encuentra bien.

El anciano se incorporó a medias y se tocó las piernas.

—Yo estoy perfectamente. Lo único que me pasa es que soy demasiado viejo para estas peleas. —Victor iba a replicar cuando Isaac se lo impidió—. Recupera esa copia como sea, no deben leerla.

Por un instante sus miradas se cruzaron y el joven interpretó la angustia en los ojos del doctor. Comprendió que era muy importante recuperar el documento. Eso y un leve empujón bastaron para ponerle en pie. Antes de echar a correr volvió a mirar a Isaac.

—¡Vete ya!

El investigador saltó la valla que separaba el camino de la tumba de Absalón del cementerio judío y se internó en una maraña de lápidas apretadas. En ocasiones no podía pasar entre ellas y se veía obligado a subirse encima, rezaba para que aguantaran su peso.

Al fondo, el sol caía sobre el casco antiguo de Jerusalén y formaba sombras grotescas sobre los sepulcros. Distinguió una que se movía con dificultad delante de él. Apretó el paso a riesgo de partirse una pierna. No sabía si conseguiría alcanzarla.

Abdul no había desperdiciado sus escasos minutos de ventaja y con su carrera casi había dejado atrás las últimas lápidas. Cuando llegó a la fila de cipreses que bordeaban el muro de la carretera a Ha'Ophel se detuvo un segundo para mirar hacia atrás. No vio a su perseguidor y sonrió. Aprovechó su ventaja para echar un vistazo a los papeles que había robado y lo que vio le desagradó: la traducción de esos dos hombres era más larga que la que tenían ellos, por lo tanto, debía de estar más completa que la suya.

Solo transcurrió un segundo desde que Victor pisó el borde de la sepultura y su propio peso la venció haciéndola volcar, hasta que se puso en pie de nuevo. La piedra estuvo a punto de caerle encima, pero supo esquivarla a tiempo y el incidente se saldó con la pernera del pantalón rota y una fea herida en la pierna derecha. Continuó corriendo a sabiendas de que el corte del muslo sangraba. Había visto a su atacante alcanzar la línea de cipreses y temía perderle.

Después de sortear los árboles, Abdul se internó en campo abierto, una tierra de nadie cruzada por la carretera de Ha'Ophel que le separaba del cementerio musulmán enclavado a los pies de la muralla de Jerusalén. No tenía tiempo de localizar la parte más baja del muro, volvió a mirar hacia atrás y en esta ocasión distinguió a Victor. Comenzó a ascender por los sillares buscando algunos huecos en donde apoyar los pies. Al alcanzar el borde dejó que su propio peso le venciera hacia el otro lado. Cruzó una segunda carretera y continuó corriendo. Le quedaba otra pared que salvar, la del cementerio musulmán.

Cuando Victor logró llegar al descampado, no había ni rastro del hombre, pero no aminoró la marcha. Saltó el muro que lo separaba de la carretera dejándose en el acto la parte del pantalón que arrastraba,

y entonces le pareció ver una figura que traspasaba la pared que había al otro lado de la vía. Se sentía cansado y le faltaba la respiración. Sabía que estaba perdiendo mucha sangre aunque ni se había molestado en comprobar el calibre de su herida. Pero no podía perder un segundo, había conseguido acortar la distancia que le separaba del otro hombre.

Lo que no podía esperar Abdul era que le alcanzase. Para Víctor supuso un esfuerzo titánico. Ya casi al final de su resistencia se lanzó hacia él y consiguió asir la chilaba del árabe. El hombre trastabilló y cayó con los brazos en alto. Aún llevaba los documentos en la mano, pero no los soltó a pesar de que podría haberse ahorrado el primer golpe. Intentó patear al investigador para que soltara su prenda. Víctor no se rendía, aunque necesitaba permanecer en el suelo un par de segundos más y recuperar la respiración.

Al final Abdul se giró. Fue un error. Su perseguidor acababa de soltar la chilaba y le esperaba medio incorporado. El primer puñetazo lo recibió a bocajarro. Víctor ya no pudo parar. Le sujetó por la pechera y le soltó un segundo golpe, y un tercero. El árabe tenía la ceja izquierda partida desde pequeño, su oponente equilibró las cosas abriéndole el labio en su parte derecha. El fino bigotillo de Abdul se tiñó de sangre. Al ladrón no le quedó más remedio que soltar los documentos para poder defenderse, pero el otro no paraba de golpearle. Intentó levantarse. Víctor no lo permitió, de pie tenía todas las de perder. No sabía si sería capaz de mantenerse erguido, sentía que le fallaban las fuerzas.

Al final, la única preocupación de Abdul fue conseguir que aquel loco le soltara. Comenzó a ceder terreno hacia atrás hasta que logró que su chilaba se rasgara y dejó a Víctor con un pedazo de tela entre los dedos. Se levantó y le propinó el único golpe que pudo en la mandíbula. Al haber enrollado el rosario en su mano para no perderlo le dejó marcadas las cuencas de ámbar en la mejilla.

Abdul intentó buscar a tientas los documentos, pero la noche había caído sobre Jerusalén y no los localizó. Tampoco pudo demorarse en la tarea, el investigador ya se estaba incorporando y no deseaba recibir otra tanda de golpes. Le dio la espalda y se internó corriendo entre las tumbas. Sabía que había perdido la primera batalla, pero vendrían otras más. Tendría tiempo de cobrarse su precio.

Víctor logró ponerse en pie con dificultad. Cuando estaba a punto de erguirse por completo tuvo que sujetarse a una de las lápidas. La pierna herida no soportó su peso y resbaló hasta que su espalda quedó apoyada contra un lateral del nicho. Aún sujetaba el trozo de tela de la chilaba de Abdul, la arrojó furioso a un lado y apoyó la mano en el suelo. Al hacerlo le sorprendió el tacto de la arena. No era tierra, ¡era papel! Levantó los folios y los acercó a sus ojos. Ya resultaba casi imposible distinguir nada, pero pudo comprobar que se trataba de las fotocopias que les había robado. Suspiró con alivio.

Ahora tendría que volver a buscar a Isaac y llamar al servicio médico, solo pensar en desandar el camino acabó con sus escasas fuerzas. Se echó hacia atrás las guedejas tostadas de cabello que le

habían caído sobre el rostro y se palpó el pecho en busca del móvil. Llamaría a una ambulancia. No era capaz ni de ponerse en pie. ¿Qué le iba a contar a los del servicio de urgencias?, pensó que ya se le ocurriría algo.

III EIN KEREM

Cerró con tanta fuerza la puerta del despacho que la araña del techo tintineó y provocó que Martin y Jamal se volvieran alarmados.

—Lo siento —se disculpó Abdul.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el director al ver su rostro. No había ninguna emoción en su voz a pesar de que el hombre apareció con la cara como si hubiera caído dentro de una zarza. A su antiguo corte en la ceja izquierda se unían ahora una magulladura en la mejilla, un rasguño en el puente de la nariz, otra herida en la barbilla y algunos moratones en la mandíbula y el labio—. ¿Ha sido el tal Lavine? —dijo mirándole.

—La cosa no quedará así —respondió con el orgullo herido.

Entornó tanto los ojos que parecieron finas rendijas de odio. Los otros dos hombres supieron que, tarde o temprano, se tomaría la revancha. No sería agradable estar en la piel del investigador en ese momento.

—Bien —continuó Martin retomando su conversación con Jamal—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

El hombre asintió dócil.

—Si no manda nada más, jefe... —le contestó encaminándose hacia la puerta.

—Mantenme informado.

El otro volvió a asentir con la cabeza mientras abandonaba el despacho.

Martin se dirigió entonces a Abdul y le miró de arriba abajo. Exceptuando su rostro, parecía moverse con normalidad. Lavine no debía de haberle destrozado nada más.

—Del resto, ¿bien? —Su empleado hizo un gesto afirmativo—. Perfecto —prosiguió—, porque te necesito entero. Cuéntame cómo ha sido.

Había esperado a que su primo Abdul abandonara el despacho para formular la pregunta. Conociéndole, Martin sabía que hacerlo en presencia del otro hubiera significado humillarle aún más, y no había necesidad de ello.

—Seguí a Victor, tal y como me ordenó —comenzó.

Abdul era un hombre curtido, aún joven, pero la vida le había dejado solo a una edad demasiado temprana y él tenía que encargarse de que las cosas le fueran lo mejor posible. Sus padres eran palestinos, de la franja de Gaza y se los llevó la guerrilla. Más bien, a su padre se lo llevó la guerrilla y a su madre la pena. Se quedó solo, sin hermanos y sin apenas familia; desde luego, ningún pariente en el que apoyarse porque su primo Jamal no era alguien con quien se pudiera contar en los malos momentos, muy al contrario, había que ocuparse de él. Y lo había hecho, pero reconocía que en ocasiones era una pesada carga.

Tenía claro que no trabajaría para la oposición palestina, a fin de cuentas, no le habían dado nada y le habían quitado a sus padres. Como hombre práctico que era, dejó a un lado los ideales y se fijó en las necesidades de su estómago. Así fue como conoció a Martin. Ya hacía pequeños trabajos de encargo para maleantes de poca monta cuando su actual jefe se fijó en él. El muchacho parecía serio y no le amedrentaba ensuciarse las manos, únicamente deseaba salir de la pobreza. El director pagaba bien su lealtad y, mientras hubiera el suficiente dinero de por medio, Abdul sería su perro guardián. Jamal vino incluido en el paquete. Dos casi por el precio de uno. Lo único que le interesaba a su primo era llegar a final de mes, no pretendía hacerse rico y, aunque era un poco errático a la hora de cumplir las órdenes, ya que carecía de voluntad propia, resultaba de mayor confianza todavía que el propio Abdul; sin embargo, era menos útil.

Habían pasado diez años desde su primer trabajo y el equipo funcionaba bien. Hasta ahora. Nunca antes se había presentado Abdul en el despacho de Martin con la cara amoratada y sin cumplir las órdenes. Más aún, habiéndolas contradicho abiertamente.

—No te pedí que le atacaras —le interrumpió el director suponiendo lo que había pasado.

—Tuve que hacerlo —se justificó—. Estoy seguro de que tenían el pergamino.

—¿El pergamino?

Aquella palabra invalidó las anteriores órdenes del director. «Si estaba en juego el pergamino quedaba justificado que le descubrieran, y hasta que le apaleasen», pensó.

—Sí, el que busca el *professor* Sinclair —le confirmó, y añadió—: Consultaban unos papeles y señalaban la inscripción de la tumba.

—¿Llevaban el original? —preguntó escéptico. Nadie andaría por ahí paseando un viejo manuscrito medieval, pero si estaban tan locos como para hacerlo, aquel habría sido su día de suerte.

—Eran fotocopias. —Su gozo en un pozo—. Y no pude leerlas —se adelantó Abdul a una nueva pregunta—, pero uno de los textos era más largo que el otro y parecía completo.

«¡Así que Víctor tenía el pergamino!», pensó el director. Ahora creía suponer quién era y eso le llevó a saber por qué Sinclair no le había pedido que le «apartase» de su camino.

—Bien —le dijo cuando finalizó su pequeña reflexión—. Vuelve al hotel —miró la hora en el viejo reloj que colgaba de una de las

paredes y comprobó que marcaba las ocho y media de la mañana—, no creo que el investigador haya salido todavía. Pégate a ese hombre y sígueme a donde vaya. —Abdul estaba a punto de despedirse cuando Martin añadió una última orden—. Y avísame cuando salga del hotel.

El empleado esbozó una sonrisa que le provocó un pequeño dolor en el labio partido. Había comprendido lo que pretendía su jefe.

—Hotel Jerusalén, habitación 14 —le recordó.

El otro asintió. Eso era lo que le gustaba de ese hombre, con él se ahorrraba muchas explicaciones; aunque tuvo que reconocer que había estado a punto de caer en el error de pensar que había desobedecido sus órdenes por primera vez.

Cuando Abdul abandonó el despacho, el director telefoneó a Jamal, aparte del trabajo que ya le había encargado, tendría que realizar otro más. La información que le había proporcionado su primo lo hacía necesario. Le dio el nombre del hotel de Victor y el número de la habitación. Se abstuvo de pedirle que tuviera cuidado con ambos trabajos, cuanto más revuelto quedara todo, más creería la policía que se trataba de ladrones vulgares.

Desde el hotel Jerusalén las vistas sobre la Ciudad Vieja eran impresionantes, pero a Victor no le atraía mirar por la ventana de su habitación ni asomarse al balcón. Apenas si había dormido un par de horas y tenía un horrible dolor de cabeza. El pulso en el muslo derecho le latía con insistencia. La lápida de mármol le había provocado un corte profundo y cuando le atendieron en el hospital comprobó que toda la zona se había amoratado aunque no había ni rastro de infección, lo que le supuso un alivio.

Acababa de afeitarse y su cara presentaba un aspecto solo algo peor que hacía unas horas. Una de sus mejillas tenía un pequeño corte, pero la mandíbula le dolía por el único puñetazo que había recibido del hombre de la chilaba negra. «Seguro que acabará amoratándose también», pensó. Le molestaba al rozarse.

Se sentó en la cama y levantó el auricular del teléfono. Marcó directamente el número del doctor Ben Shimon. Al tercer tono descolgaron.

—¿Isaac? —apenas si lograba oír a su interlocutor.

El hombre carraspeó al otro lado de la línea.

—Soy yo.

—Le he despertado. Lo siento —se disculpó.

—No, muchacho —respondió con un tono amable—. No podía dormir y estaba repasando mis notas y comparándolas con tu texto.

Victor soltó una carcajada. Aquel hombre no solo tenía más vidas que un gato, sino también más vitalidad que nadie que él hubiera conocido. Entre el susto que se había llevado cuando apareció el ladrón y el golpe que había recibido contra el muro de la tumba, debería tener suficientes emociones como para dormir cuarenta y ocho horas seguidas.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó cortés.

—Algo fatigado —respondió con una sonrisa. Se imaginó lo que estaría pasando por la cabeza del joven—. A mi edad y con mi salud debería estar descansando, ¿no? —El otro rió también—. Ya tendré tiempo de descansar. —Sin embargo, no añadió cuándo pensaba hacerlo.

El anciano se acomodó en su butaca preferida, frente a una de las ventanas del salón que le permitía ver el jardincillo delantero repleto de flores. Esos arriates eran la alegría de su esposa, quizá por eso continuó cuidándolos tras su muerte. Ella estaría orgullosa de ver cómo lo había hecho. Miraba unos geranios que habían crecido en exceso aquella primavera y no escuchaba las recomendaciones de su amigo sobre su salud ni sobre lo que dijo a continuación.

Victor tuvo que repetir su pregunta.

—¿Conocía a nuestro atacante? —Ya iba a darse por vencido cuando el doctor le respondió.

—Me parece que sé quién es —contestó olvidando sus parterres—. Le vi rondar por la tumba de Absalón hace unos meses, cuando estuve tomando fotografías. No creí que fuera un hombre agresivo, solo me observaba desde lejos. Luego dejó de venir y no volví a preocuparme de él.

—Creo que hay personas —le aseguró el joven— a las que no les agrada que investiguemos esa inscripción. —No era una deducción muy brillante, pero había que decirlo—. ¿Sabe quién puede desear que abandonemos? —A él no se le ocurría nadie.

—Tengo una leve idea —respondió el anciano pasando una mano por su bigotillo blanco afilado en las puntas—. Pero es solo una conjetura —le aclaró—. Hay alguien que no me guarda mucho aprecio. —Sin embargo, se abstuvo de decirle su nombre.

A Victor le resultó extraño que alguien deseara perjudicar de esa forma al doctor, pero como el anciano no explicó nada más, prefirió no incidir sobre el tema, de momento.

—¿Ha averiguado algo sobre el lugar que menciona el pergamino? —le preguntó dando un giro de ciento ochenta grados a la conversación.

—Bet Makerem —confirmó Isaac. Percibió un asentimiento gutural al otro lado de la línea y continuó—. Todavía nada. Hay algo que me resulta familiar en ese nombre pero no consigo dar con ello.

—¿Tienen algún significado para usted esas dos palabras? —Victor rozó su mandíbula y sintió una punzada de dolor. No bastaba con los latidos pulsantes del muslo, que ahora se habían sumado los del rostro.

—*Bet* significa «casa», «pueblo» —le explicó—. *Makerem* no significa nada. En un principio supuse que podía tratarse de Bet Hakerem, una ciudad bíblica. —Lo pronunció de tal forma que Victor pudo distinguir sin problemas la «m» de Makerem de la «h» de Hakerem—. Pero —continuó— en la fotocopia de tu pergamino se aprecia con claridad que es una «m». —El doctor ordenó sus pensamientos unos segundos—. Aunque...

—¿Aunque? —le urgió el investigador.

—Aunque si eliminamos la sílaba «ma», nos queda «kerem».

—¿Y? —había conseguido atraer su atención.

—*Kerem* significa «jardines», «huertos fértiles». En la Biblia se traduce muchas veces como «viñedos» o «campos de vides».

—Es decir, estamos hablando de una casa o de un villorrio con campos de cultivo.

—Sí, esa sería una buena traducción —afirmó el doctor.

—Y eso, ¿adónde nos conduce?

—De momento no lo sé —le contestó con una sonrisa que el joven pudo intuir por el tono de su voz—. Pero todo se andará. Dame algo más de tiempo —le pidió.

Pero tiempo era lo que no tenían dado el cariz que habían tomado los acontecimientos.

El avión debería haber aterrizado ya. Andrea Jacobs comprobó la hora en su elegante reloj de pulsera y dirigió su vista hacia la salida de la terminal.

Un vehículo de la asociación la había recogido en su hotel y el chófer la condujo hacia Tel Aviv. El aeropuerto internacional Ben Gurión estaba atestado aquella mañana. La mujer pudo distinguir, además de los habituales turistas y viajeros de negocios, un gran despliegue policial. Muchos de ellos vestían de paisano, pero sus miradas y sus movimientos los delataban. Supuso que el habitual ambiente de tensión se habría incrementado por la llegada de algún personaje importante.

Comenzaron a salir los primeros pasajeros del vuelo de Sinclair.

Tras cinco minutos más de espera, el hombre apareció. Andrea alzó la mano y agitó el brazo. Cuando Samuel la vio, sonrió.

El chófer se adelantó y recogió la maleta del *professor*.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó la orientalista cuando él llegó a su altura.

Él le ofreció su mejilla para que le besara, como era costumbre cuando se separaban más de un día, y luego le respondió.

—Bien, tranquilo. Hemos tenido un buen vuelo.

—¿Y la conferencia? —Ella tenía algunas cosas importantes que contarle, pero prefería escuchar primero las noticias sobre su ponencia.

—Ha sido perfecta. El doctor Richmont se echó las manos a la cabeza al oír mi teoría. —Había algo de picardía en su rostro cuando acabó la frase.

—Alegó que no había pruebas, ¿verdad? —le interrumpió Andrea al tiempo que le tomaba por el brazo para caminar junto a él.

—¡Pero las había!

El doctor Richmont siempre aducía «caballeros, no tenemos ninguna prueba fehaciente de dicha afirmación» cada vez que no quería aceptar una teoría diferente de las suyas.

Ambos se rieron. A ella le habría gustado ver su cara en aquel momento.

—Cuando les mostré el cuenco se quedaron estupefactos — continuó Samuel—, y al pasar las diapositivas del texto les faltaron las palabras. El informe de la datación hizo el resto.

La mujer le felicitó apretándose contra su brazo y él lo agradeció besándole la cabellera. Olía a la flor del naranjo.

Seguían los pasos del chófer, que les precedía, hasta el vehículo. La cojera de Samuel estaba más acentuada que de costumbre y Andrea lo percibió.

—¿Fatigado? —le preguntó preocupada.

—Un poco, pero supongo que no voy a poder descansar —lo dijo con una sonrisa en los labios. Sabía que tenían mucho trabajo para los próximos días.

Ella se retiró un mechón de rizos pelirrojos que le hacía cosquillas en la frente y le respondió.

—Mucho me temo que no tendremos ni un minuto libre.

Al ver su rostro radiante, el *professor* comprendió que las noticias que ella tenía que darle eran buenas y le dedicó otra sonrisa. Todo estaba saliendo como él esperaba, si exceptuaba al doctor Ben Shimon y a la propia Andrea. ¡Ojalá fuera capaz de conseguir que su inteligente cabeza aceptara el verdadero fin del proyecto! Y, si eso no era posible, intentaría que ella no tuviera que enterarse de lo que no debía. Por el bien de los dos. Lo deseaba de corazón, pero dudaba de que pudiera lograr sus metas académicas y mantenerla a su lado cuando descubriera cómo era él en realidad. Suspiró. Un suspiro que Andrea interpretó como agotamiento.

El conductor acababa de disponer los bultos en el maletero cuando comenzó a sonar el móvil de Samuel. La mujer ya había entrado en el vehículo y le pidió que esperase un segundo, en seguida estaría con ella.

—Dime, Martin —le saludó cuando descolgó el aparato.

—Está aquí y en perfecto estado. —Se refería al cuenco que Sinclair había enviado por valija la noche anterior nada más finalizar su conferencia.

—Bien. ¿Algo nuevo del señor Lavine?

—Lo tiene —le respondió un tanto críptico, aunque ambos sabían que estaban hablando del pergamino.

Sinclair soltó una carcajada.

—Me dijeron que era el mejor, pero no acababa de creerlo —le dijo—. Ahora necesitamos conseguir ese material. Después, podrás *apartarle* de nuestra investigación.

—Estamos en ello —le contestó—. Si todo va bien, esta tarde tendremos el documento. Y algunos más —añadió—, creo que el doctor Ben Shimon nos va a *prestar* sus notas sobre el tema.

La forma en que utilizó la palabra *prestar* hizo sonreír de nuevo a Sinclair.

—Lo hará Jamal, ¿verdad? —le preguntó.

Sabía que ese hombre actuaría de forma tan chapucera que los mantendría al margen de cualquier sospecha policial.

Cuando Victor colgó el teléfono, el dolor de cabeza había remitido, pero le dejó un zumbido molesto en los oídos. Si suponía que eso lo había provocado el único puñetazo que había recibido del hombre de la chilaba negra, no quería ni pensar en cómo le habría dejado si hubiera tenido la oportunidad de golpearle en más ocasiones. Él sí que le había dado bien. Se miró los nudillos de las manos, que estaban destrozados, y pensó en cómo podría haber quedado su propia cara si el hombre se hubiera ensañado con él del mismo modo. Prefirió sonreír. Algo en su cabeza se lo desaconsejó. Sintió pequeñas punzadas como alfileres clavándose en su cuero cabelludo.

Victor Lavine no era un hombre agresivo, prefería hacer uso de todas sus dotes de persuasión para conseguir sus fines, pero el árabe no le había dejado otra opción. A pesar de que el doctor Ben Shimon consideraba prioritario recuperar los papeles que les había robado, lo que más le había dolido a él había sido el golpe que había recibido el anciano. Cuando se lanzó tras el hombre, su verdadera preocupación era Isaac, no sabía cómo podría haberle afectado. Y fue eso también lo que le cegó cuando le propinó el primer puñetazo al joven.

Aunque no conocía en persona al doctor hasta hacía un par de días, Jérôme le había hablado de sus andanzas comunes y había conseguido crear en Victor una cierta simpatía hacia él. La ayuda que el anciano le había ofrecido desinteresadamente en las últimas horas y su valentía habían hecho el resto para que comenzara a tenerle en una alta estima.

El investigador terminó de ponerse la chaqueta y salió de la habitación dando un corto paseo hacia la tienda de antigüedades.

—¡Mi buen amigo Victor! —le saludó Said cuando le vio llegar. Le recibió con una amplia sonrisa que dejaba entrever algunas muelas de oro.

Nada más traspasar el umbral de la tienda, el palestino le ofreció uno de sus abrazos de oso envolviéndole con su calurosa humanidad.

—¿Qué tal por Egipto? ¿Se portó bien mi flamante todoterreno?

Calificar al vehículo que le había prestado de «flamante» era mucho decir.

—No tuve que avisar a la grúa —le respondió el investigador con una sonrisa.

—¿Crees que habrías encontrado alguna en el desierto? —bromeó el otro—. Ese coche no sabe lo que es una ni lo va a saber mientras estas manos estén aquí —le dijo mostrándole las suyas.

Victor estaba muy seguro de ello a tenor de las reparaciones que había observado en el Serie III del año 75.

—De cualquier forma, me ha servido muy bien —aquello era un gran cumplido para Said Alami—. Pero tenías que haber visto la cara del guardia en el control de Taba cuando vio a un cristiano conduciendo el automóvil de un musulmán y cruzando la frontera a un país judío.

—¡Eso se llama entendimiento interreligioso! —le contestó el anticuario.

Y ambos se echaron a reír con grandes carcajadas.

—Gracias —añadió Victor—. Con uno de alquiler no habría podido cruzar.

—Lo sé. —Él mismo sufría día a día las incoherencias de ciertas leyes en su propio país. Era difícil cruzar las fronteras israelíes con un automóvil alquilado.

Como percatándose de su poca hospitalidad para con su amigo, le hizo ascender las escaleras hacia el museo y hacia su vivienda particular. Con un simple gesto de la mano indicó a uno de sus hijos que se hiciera cargo de la tienda.

—Necesitaré el coche unos días más —le pidió el joven.

—No hay problema, yo me arreglo con *Seis Burras* —dijo con naturalidad mientras ascendía los escalones tras él.

El joven sonrió de nuevo. *Seis Burras* era una furgoneta bastante más vieja que el todoterreno. Said la utilizaba para cargar las mercancías que transportaba y el día menos pensado dejaría de funcionar en cualquier calleja para no volver a rodar más. Aquello entristecería al anticuario, que sentía un gran apego hacia ese viejo cacharro.

El apodo se lo había puesto su propietario y no hacía referencia a sus seis caballos de potencia, que tenía algunos más aunque la mitad de ellos no funcionasen, sino a las seis burras que había tenido que vender para poder comprarla. Ya era vieja cuando Victor la conoció hacía diez años y ahora podía describirla como arcaica, aunque a Said le habría gustado más calificarla de antigua. Las antigüedades poseían un cierto halo de elegancia del que carecían las antiguallas.

—Pasa a la terraza —le indicó el comerciante—. Hoy hace un día estupendo.

Una parte de la terraza porticada, en el ático de la vivienda, estaba acristalada y era ideal para pasar las tardes invernales. En una mañana de finales de primavera como aquélla se podía disfrutar con las vistas de los tejados apiñados y de la enorme buganvilla con flores fucsias que se enredaba en las columnas y caía por el balcón.

Said pidió a una de sus hijas que les trajese té y algunos dulces de pistachos con miel de los que hacía su esposa. En el barrio se decía que eran los mejores y el anticuario no desperdiciaba ninguna oportunidad de demostrárselo a la señora Alami.

—¿Qué te han encargado ahora? —le preguntó mientras aguardaban el refrigerio.

El sol de la mañana incidía sesgado sobre el rostro de Victor, pero, a pesar de las sombras, no conseguía ocultar el rasguño de su mejilla y la mandíbula ya se había amoratado por completo.

—Un estudio sobre la tumba de Absalón.

Su amigo había observado también las heridas de sus nudillos.

—¿Y te han confundido con el hijo de David y te han apedreado a ti?

Ambos volvieron a reír.

Victor se miró las manos hinchadas y le contestó.

—Hemos debido de molestar a alguien.

—¿Tiene nombre?

—No lo sé. Quizá tú puedas ayudarme.

La hija de Said depositó unos vasos sobre la mesa y una bandeja con dos pisos de pastelitos verdes de pistacho. Después les sirvió el té.

—Gracias, princesa —le dijo su padre—. Pídele a tu madre que ponga un plato más en la mesa. —Y mirando a Víctor, le preguntó—: Te quedarás a comer, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—Mañana, si puedo —aclaró.

La muchacha se alejó dejando a los dos hombres solos en la terraza.

—¿De qué se trata el trabajo? —le preguntó Said.

—¿Conoces a un tal Martin Crown? Trabaja en una organización llamada... —hizo memoria—, los Cristianos... —dudó—, del Bautista, o algo parecido. Los Cristianos de San Juan —rectificó al recordar el nombre.

—El CSJ —abrevió su amigo mientras le miraba extrañado—. ¿Se te ha ocurrido molestarlos?

—Mantuve una reunión con el tal Martin —le explicó—. Necesitaba alguna información.

—No has ido precisamente a ver a una hermanita de la caridad. Es mejor no tener tratos con él ni con su asociación.

—Pero supongo que debían de estar bien enterados de todo lo relativo al Bautista y mi investigación está relacionada con él.

—Tuve un par de negocios con Martin, en los inicios del CSJ —le contó—, luego me alejé de ellos. —En realidad habían sido tres trabajos, pero Said desconocía que estaba implicado en el último, si lo hubiera sabido, nunca habría vendido el cuenco a los mandeos. De cualquier forma, ya era tarde para rectificar su acción—. Esa gente no es limpia, anda metida en negocios sucios.

—¡Said! —exclamó Víctor con los ojos muy abiertos—, que los tuyos blanquean poco...

—Bien, sí, estoy de acuerdo —reconoció el anticuario con los mofletes más rojos de lo habitual—. Pero nadie ha perdido la vida por mi culpa.

El investigador se inclinó en su silla hacia delante. No estaba seguro de haberle entendido bien.

—Esos tipos están en el negocio del tráfico de antigüedades y de las falsificaciones, de las buenas —le aclaró—. Y no permiten que ningún curioso meta las narices donde no le importa. No es del dominio público, ¡claro está! —exclamó—, pero los que nos dedicamos a esto nos hemos apartado de su camino y ahora tienen el campo libre.

—¿Tan peligrosos son? —le preguntó pensando que el hombre de la chilaba negra podía pertenecer a esa organización.

—Puedes preguntárselo a Mohamed, el que abrió su tienda en la parte nueva de Jerusalén. Su mujer estuvo tres meses yendo a verle al hospital. Y ese tuvo suerte.

Víctor ladeó la cabeza y emitió un suspiro.

—¡Vaya! Tendremos cuidado.

—¿Tendremos?

—Isaac ben Shimon y yo —le aclaró. Aunque tenía en mente incluirle también a él en su aventura, prefirió darle esa noticia más adelante.

—El doctor no está para trotes. Déjale al margen, es un buen hombre.

—¿Le conoces?

—Todos los que estamos en el negocio de las antigüedades le conocemos. Tiene demasiados años —insistió—, no hace mucho que perdió a su mujer y no le hace falta conseguir más méritos académicos.

—Es él el que no quiere dejarlo —se defendió Victor.

—En ese caso —le aconsejó—, tendrás que ayudarlo. Si los del CSJ andan tras vosotros, os pueden poner las cosas muy difíciles. ¿En qué os habéis metido?

En realidad, él no sabía muy bien por qué los habían atacado. Le contó a Said qué era lo que le había llevado a Egipto y por qué había contactado con el doctor Ben Shimon y también cómo él se había involucrado en el asunto.

—¿Hay dinero de por medio? —le preguntó el comerciante.

—Según Isaac, esos mandeos son los hombres más desprendidos que existen. Ellos no esconden tesoros.

Su amigo asintió con la cabeza mientras le contestaba.

—Ayer vinieron dos de ellos a la tienda. —Al observar la cara de asombro de Victor continuó con su explicación—. Conseguí uno de esos cuencos mágicos de su secta y ellos lo compraron. Siempre les envío la mercancía a Irak y me sorprendió que en esta ocasión vinieran a buscarla personalmente.

El investigador comenzaba a tener en sus manos demasiadas piezas de un puzzle que no sabía cómo armar: mandeos en Jerusalén en busca de un cuenco, su cliente misterioso, la copia en el pergamino con la misma inscripción de la tumba... Intentaba encontrar el hilo que le llevase de una a otra, pero no era capaz de ensamblarlas.

Said bebió un trago del té que ya se había enfriado y alargó la mano para tomar otro pastelito.

—Le diré a uno de mis muchachos que te acompañe —le ofreció—. Son chicos fornidos —insistió, pero Victor no estaba por la labor de poner en peligro a uno de los hijos de su amigo, por mucho que midieran dos metros, pesaran ciento veinte kilos y tuvieran el aspecto de mulas. Si a alguno de ellos le pasaba algo, no sería capaz de perdonárselo.

—Muchas gracias, Said, pero no puedo aceptar tu ofrecimiento.

Su amigo pareció aceptar el rechazo, pero el anticuario haría lo que mejor le pareciese al respecto. Ambos lo sabían. Al joven no le extrañaría que pusiera a uno de sus hijos como guardaespaldas suyo sin que él se percatase.

El comerciante esbozó una sonrisa y le guiñó un ojo. Ambos sonrieron al recordar otro momento, muy atrás en el tiempo, cuando se «reconocieron» por primera vez. *Reconocerse* era la palabra

adecuada, porque ya se habían «conocido» por la mañana aunque sin saberlo, y el «reconocimiento» lo trajo también un guiño de Said.

Victor terminó en la tienda del anticuario casi por casualidad. En una de sus primeras visitas a Jerusalén, al poco de comenzar a trabajar para Jerôme, decidió pasear por el casco antiguo de la ciudad en una tarde que no tenía mucho que hacer. Sus pasos le llevaron hasta un comercio con tenderetes en la puerta que ofrecía sus mercancías a los turistas, como tantas otras.

Estaba distraído mirando el escaparate cuando un jovencuelo salió corriendo del establecimiento y casi le arrolla. En un descuido de las mujeres que atendían el negocio había robado parte del dinero que los dueños guardaban en un viejo cajón. A los agudos gritos femeninos de «¡al ladrón!, ¡al ladrón!», Victor se percató de lo sucedido y echó a correr tras el muchacho, que apenas si había dejado la infancia, pero estaba demasiado flaco y corría como un demonio. Habría jurado que recorrió la mitad del casco antiguo hasta que consiguió darle alcance.

A su vuelta para devolver el dinero, se perdió un par de veces, y ya se ponía el sol cuando alcanzó la tienda. En la puerta le esperaban preocupados uno de los hijos de Said y su esposa Fátima. Otros dos de sus muchachos habían salido corriendo tras ellos, pero en algún callejón los habían perdido. El anticuario pudo observar parte de la escena desde el piso superior donde estaba atendiendo a unos clientes en el museo y por mucho que bajó a la primera planta a toda prisa, no llegó a ver por dónde se habían ido; aunque eso no impidió que se liara a dar vueltas por las calles próximas. Todavía estaba callejeando cuando Victor, en el interior del establecimiento, les devolvió el dinero a su esposa y a su hijo, que, agradecidos le pidieron que aceptase su ofrecimiento para comer al día siguiente en su casa.

Y al día siguiente Victor volvió. Ante la entrada de la tienda se encontró un corrillo de hombres maduros que palmeaban la espalda de Said mientras bebían té caliente y le felicitaban por su hazaña y su gran valor. El anticuario relataba una dura carrera por las calles del casco antiguo hasta que su argucia, más que sus piernas, le aconsejó un atajo para alcanzar al mozalbete y conseguir así recuperar su dinero. A su lado, el hijo que había invitado a comer a Victor el día anterior sonreía con la cabeza baja. Era un muchacho fornido y noble que nunca habría contrariado a su padre en público.

Cuando vio al investigador entre la gente que rodeaba a Said, su sonrisa se hizo más evidente y se acercó para estrecharle la mano. El anticuario, que contaba con unas piernas más bien lentas, pero cuyo cerebro era extremadamente rápido, captó la situación al instante y le guiñó un ojo a Victor, que le respondió con otro guiño. Y ahora, casi una docena de años después, volvía a repetir ese gesto. El joven conocía de sobra su traducción a palabras, formaba parte de la picardía de Said para afrontar la vida.

Después de aquello comenzaron a hacer negocios juntos. Victor le pedía su opinión sobre lo que se decía en la calle acerca de tal o cual tema relacionado con los encargos que recibía su empresa y Said

siempre obtenía algún negocio rentable, como hacer de intermediador entre la pieza buscada por Archeo y el comprador final.

Lo cierto es que apreciaba a aquel joven cristiano que negociaba como un verdadero árabe. Hasta llegó a plantearse incluirle en la familia como yerno, pero luego descartó esa posibilidad, no quería que ninguna de sus hijas tuviera un marido siempre viajando por países extraños que nunca estaba en casa para dormir; sin embargo, eso no impidió que le considerara el mejor de sus compañeros de aventuras. Episodios que luego podría contar a sus vecinos, exagerándolos un poco, mientras compartían un té a la menta bien caliente.

El móvil de Victor comenzó a sonar.

—Disculpa —le dijo a su amigo.

Said hizo un gesto con la mano para que atendiese la llamada; mientras, aprovechó para devorar otro par de esos dulces de pistacho que tanto le gustaban.

—¿Blanco y en botella? —Victor había reconocido la voz del doctor Ben Shimon al otro lado de la línea—. ¡Leche! —respondió el anciano a su propia pregunta. El investigador creyó que el golpe del día anterior había sido más fuerte de lo que pensaba—. ¿Qué se necesita cuando hay un campo de cultivo? —No sabía de qué le estaba hablando, pero decidió seguirle la corriente.

—¿Agua...? —adelantó.

—¡Casi! —bramó de ilusión Isaac.

—¿Un río?, ¿una fuente?

—Chico listo —le premió—. ¡Una fuente!

—¿De qué va esto, doctor? —comenzaba a estar muy preocupado por él.

—Iba a darte una sorpresa, pero ¿no te dice nada una fuente en un campo de cultivo, en un huerto fértil?

—¿Una fuente en un huerto fértil? —Victor no pudo evitar repetir su pregunta en voz alta, todo aquello le parecía kafkiano.

—El pueblo de Ein Kerem, ¿no? —respondió Said entrando en la conversación con la boca llena de miel.

—¿Ein Kerem? —preguntó Victor sin creer que el doctor hubiera encontrado la villa a la que hacía referencia el *Bet Makerem* de la inscripción.

—¡Ein Kerem! —le respondió con una carcajada—. No sé cómo he podido estar tan ciego. *Ein Kerem* significa «fuente en un campo fértil». Ven a recogerme, nos vamos de excursión. —Parecía un niño al que le hubieran regalado una bolsa llena de caramelos.

—Deme media hora. Tengo que recoger el coche en el aparcamiento del hotel.

Colgó y se despidió de su amigo con un fuerte abrazo y un consejo de su parte: tened cuidado. Al abandonar la tienda miró a ambos lados de la calle, pero no vio nada que le resultara irregular ni ninguna persona que le observase. Sin embargo, unos metros más abajo, oculto por un portal pintado de color burdeos, un árabe de ojos verdes con algunos rasguños en el rostro no le perdía de vista.

El chófer mantuvo la puerta abierta mientras Sinclair entraba en el vehículo. Recibió la mirada violeta de Andrea con una gran sonrisa de satisfacción.

—¿Buenas noticias?

El hombre asintió con un gesto de la cabeza.

—Martin ha encontrado el pergamino antes que la empresa que contratamos.

—¿Cómo? —se extrañó la mujer. No era imposible, pero...

—A través de uno de sus contactos —le mintió el *professor*—. En estos momentos está a punto de cerrar la operación.

—No lo entiendo —le respondió ella con cara de escepticismo.

—Iban a venderlo en el mercado negro. El comerciante parece ser un viejo amigo de Martin y por un precio bajo ha accedido a ofrecerle una copia.

—¡No puedo creerlo! —se sorprendió Andrea.

«No me extraña», pensó Sinclair. Sin embargo, en voz alta expresó algo muy diferente.

—Ha sido un golpe de suerte. Si todo va bien, esta tarde tendremos en nuestras manos el texto completo de la inscripción. —Finalizó la frase con una de sus sonrisas más encantadoras y sus ojos azules parecieron chispear. Esperaba haberla convencido—. Ahora te contaré lo mejor.

—¿Todavía hay más?

«Por supuesto —se dijo Samuel a sí mismo—, si no te explico cómo vamos a conseguir los documentos del doctor Ben Shimon, cuando los veas podrías comenzar a dudar de mí.»

—Alguien quiere colaborar en nuestra investigación y está dispuesto a cedernos su estudio.

—Isaac —dijo ella bromeando.

—¡Exacto!

—¡Venga ya, Samuel! No me tomes el pelo.

La mujer continuaba sonriendo, pero había algo que no encajaba. Aunque nunca llegó a conocer a fondo lo que había ocurrido con Isaac, era consciente de la rivalidad que existía entre él y Sinclair. El que ahora cooperase en su investigación de manera voluntaria suscitaba muchos interrogantes. Del mismo modo que los originaba el que Samuel hubiera aceptado su ofrecimiento, si es que el anciano se había ofrecido.

Un pensamiento desagradable surcó su mirada en forma de nube. No deseaba que él viera su desconfianza y, para evitar que pudiera intuirlo, ocultó parte del rostro con el brazo al retirar su melena rizada hacia atrás. Se sintió mal con aquella duda, como una desagradecida ante el hombre que había hecho de ella lo que era, por eso, cuando volvió a dirigir la vista hacia Sinclair, parecía toda credulidad.

—Nos cederá sus notas por un precio —continuó mintiendo él. Creía que con aquella respuesta daría verosimilitud a su argumento.

—Elevado, ¿verdad? —ella le siguió la corriente.

No sabía por qué no podía creerse que el doctor les cediera sus notas por las buenas, aunque mediara una suma de dinero muy alta.

Ese hombre no estaba pasando apuros económicos y era bien sabido el desprecio que sentía por Samuel. Resultaba difícil aceptar que colaborara con ellos de buen grado. Su lógica resultaba muy débil y le estaba haciendo daño.

—No puedo decir que haya salido barato, pero tener acceso a sus apuntes puede adelantar nuestra investigación —subrayó para hacer más creíble el razonamiento.

Ella volvió a sonreírle; sin embargo, sus ojos continuaban siendo de un azul oscuro. No había brillo en ellos. De su boca salieron palabras diferentes a las que le hubiera gustado pronunciar.

—Estoy deseando poder leer el texto del manuscrito y ni que decir de las notas del doctor Ben Shimon.

Cuando la mujer le respondió con ese ímpetu, Sinclair creyó que su actuación había sido perfecta. Supuso que no había perdido facultades con la edad.

—Ten paciencia —le recomendó—. Después de comer serán todo tuyo —acabó la frase regalándole otra sonrisa.

No podía imaginarse lo que estaba pasando por la cabeza de Andrea, de haberlo sabido se habría alarmado.

Sin embargo, ella pareció ocultar mejor sus pensamientos y cambió de tema, siempre sonriendo. Mientras le contaba su descubrimiento sobre Bet Makerem, el conductor aceleró y fue reduciendo los kilómetros que les separaban de Jerusalén.

Vio el todoterreno verde que solía conducir Victor y agitó el brazo en alto para indicarle dónde se encontraba. De los cuatro aparcamientos públicos que posee el barrio de Yemin Moshe en sus alrededores, el doctor Ben Shimon le esperaba en el más cercano a su vivienda.

—¡Tienes peor aspecto que yo! —se sorprendió el anciano nada más verle.

—Recuerde que a mí me tocó perseguir al ladrón y recibir el puñetazo —le contestó en tono jocosos.

—Es cierto. Pero la próxima vez será mía. ¡Verás como a mí no se me escapa!

Ambos estallaron en carcajadas. Victor estaba seguro de que si a Isaac le concedían un cuerpo nuevo, sería capaz de cualquier cosa.

—¿Por dónde? —le preguntó al poco.

El doctor Ben Shimon le indicó con un gesto la dirección que debía seguir. Bajarían hacia el sur para luego continuar hacia el oeste hasta penetrar en el valle del Sorek y alcanzar el pueblo de Ein Kerem.

Después abrió un bolso de mano que llevaba, muy al estilo de Sherlock Holmes, y revolvió entre un par de linternas, una pequeña ganzúa y algunos papeles hasta que localizó un cuaderno de notas. Victor le veía hacer con asombro.

—¿Para qué son todos esos cachivaches? —le preguntó lanzando un rápido vistazo al interior del bolso.

—Nunca se sabe, joven. Hombre prevenido vale por dos. —Tomó la linterna y se la mostró—. ¿Y si está oscuro? —Luego sacó la ganzúa —, ¿y si hay que abrir algo?

No tenía ni idea de dónde pretendía meterse Isaac y no estaba seguro de si debía preguntarlo. Aquel hombre era un saco de sorpresas.

—¡Vaya! —exclamó el doctor—. Se me ha olvidado la cuerda.

—¿Por si hay que bajar a algún foso? —le preguntó con sorna.

El aludido sonrió.

—Cuando voy de exploración siempre llevo este bolso —dijo apoyando la mano en él—. Puedo necesitarlo.

Victor prefirió no discutirlo.

—¿Dónde se supone que vamos a ir?

El doctor hojeó su cuaderno de notas y le miró.

—En primer lugar acudiremos a la iglesia de la Visitación, te gustará. La tradición afirma que fue levantada en el mismo lugar al que Isabel se retiró en espera del nacimiento de su hijo el Bautista.

—¿Y luego?

—Después iremos a la Fuente de María.

—¿Donde la Virgen se detuvo a beber cuando fue a visitar a Isabel? —le interrumpió con una broma recordando algunos pasajes del Nuevo Testamento.

—En efecto —se sorprendió el doctor sin percatarse del sentido burlón de la frase.

—No hablaba en serio —se disculpó—. ¿Todo en Ein Kerem está relacionado con el Bautista?

—Casi todo —le respondió—. El pueblo está construido en torno a la figura y la vida de Juan. Algo más abajo de la fuente —le explicó— se encuentra la iglesia de la Natividad. Será nuestra tercera visita. Y si en ninguno de esos tres lugares encontramos una pista, se me habrán acabado las ideas.

—¿Qué tendremos que buscar? —preguntó Victor sin apartar los ojos de la carretera.

—No tengo ni idea —le confesó—. En realidad, no sé si este viaje servirá para algo.

Acababa de finalizar su frase cuando apareció ante ellos el pueblo, esparcido sobre una sucesión de colinas jalonadas de terrazas pétreas, con buena tierra oscura para cultivar frutales y verduras. Las casas salpicaban los estrechos campos de cultivo como vigías antiguos. Todo en la villa parecía detenido en un tiempo indefinido de aspecto apacible.

A medida que se internaban entre las callejuelas pudieron observar las viviendas sombreadas por pinos y enredaderas de jazmines y buganvillas. Un perro somnoliento levantó una oreja al oírlos llegar y cuatro o cinco gatos los vigilaron curiosos desde sus atalayas improvisadas en lo alto de los muros.

Isaac le contó que Ein Kerem era el lugar tradicional de nacimiento de Juan el Bautista. «El evangelista Lucas ya mencionaba que sus padres, Zacarías e Isabel, vivieron en este *país de las colinas*. Siglos más tarde, los bizantinos se encargaron de identificar ese extraño país con el pueblo de Ein Kerem. Hacia aquí se encaminó la Virgen María para encontrarse con su pariente. También afirma la leyenda que ambas mujeres apagaron su sed y charlaron en la fuente

llamada Ain Sitti Mariam, la Fuente de María, hoy venerada por los cristianos.»

Cruzando la travesía principal del pueblo dejaron atrás la iglesia de la Natividad de San Juan y se internaron por la calle Ma'ayan hacia el sureste. A su derecha discurría una carretera que conducía a la iglesia greco-ortodoxa y, más allá, al convento de las hermanas de Nuestra Señora de Sión. Borearon la Fuente de María y ascendieron la colina. Las terrazas sobre la ladera de la montaña continuaban imperturbables viendo pasar el tiempo mientras en sus estrechos campos crecían los granados, los manzanos, las higueras... y se extendían los zarzales y las viñas.

Estaban llegando a la iglesia de la Visitación cuando la pregunta de Victor sorprendió al doctor.

—¿Por qué no me dijo que conocía a la gente del CSJ?

El interpelado se giró en su asiento y suspiró.

—Porque prefería que sacaras tus propias conclusiones.

—Son ellos los que nos están molestando, ¿verdad? —Fue más una afirmación que una pregunta.

El doctor asintió sin soltar su bolsa de viaje.

Fue la primera vez que Victor vio su rostro sin esa luz que le hacía sonreír y temió haber rozado algún recuerdo que el anciano prefería olvidar.

—Si he dicho algo inconveniente, yo...

Isaac le contó de dónde procedía la cautela que la organización mantenía con respecto a él y su conexión con el *professor* Samuel Sinclair. Aquel nombre no le dijo nada al joven, pero tampoco indagó sobre él. El anciano también le habló de que Martin Crown era muy celoso de todas las investigaciones referidas al Bautista y le comentó de pasada los negocios en los que se rumoreaba que andaban metidos. Victor dio por válida su explicación y asintió cuando Isaac finalizó.

En ese mismo momento vieron aparecer ante ellos, elevada sobre la colina sur, el complejo monacal de la iglesia de la Visitación. La verja de hierro labrado, abierta de par en par, parecía darles la bienvenida.

La pequeña cancela de metal crujió cuando Jamal la empujó sin contemplaciones. Se detuvo un segundo para comprobar si algún vecino curioso estaba observándole y, al cerciorarse de que se encontraba a solas con los parterres de geranios, ascendió de prisa los cuatro escalones que le separaban de la entrada.

La antigua puerta de madera no ofreció ninguna resistencia cuando intentó forzar su cerradura y al cabo de unos segundos se abrió con suavidad hacia adentro.

La vivienda del doctor Ben Shimon le recordó los decorados de alguna película antigua. El pequeño aparador de la entrada estaba protegido por un tapete de ganchillo y sobre él descansaba un jarrón de estilo británico con flores de plástico cubiertas de polvo. Tenía tres cajones que Jamal se apresuró a sacar de las guías esparciendo su

contenido por el suelo del pasillo. Lo revolvió todo, pero no encontró nada interesante: una agenda telefónica, algunos lapiceros y una pequeña caja de costura forrada de terciopelo granate.

Pasó al salón, cuya puerta quedaba justo enfrente del aparador. Miró hacia su derecha y hacia su izquierda y elaboró un esquema mental de los lugares que debería inspeccionar: el mueble de la pared, repleto de estanterías y cajones; una pequeña mesa de centro con algunos archivadores sobre ella... y debajo de los sillones. Era poco probable que encontrase algo allí, pero aun así...

Comenzó por abalanzarse sobre los papeles de la mesa baja. Estaban clasificados en carpetas de colores y los títulos de sus portadas indicaban que eran facturas de la compañía eléctrica, del gas y del agua. Pero el hombre del CSJ no se fió. El viejo podía haber escondido entre ellas sus investigaciones. Abrió una y arrojó su contenido sobre el sofá más cercano. Lo desparramó con la mano y comprobó que, en efecto, eran facturas. Repitió la operación con las dos que quedaban para obtener el mismo resultado.

Volvió a mirar a su alrededor y ya se dirigía hacia el mueble que ocupaba toda una pared del salón y que hacía las veces de estantería para libros, cuando cambió de idea y enfiló sus pasos hacia la pequeña habitación que se abría a su izquierda. Era el despacho del doctor Ben Shimon.

Observó las paredes forradas con estantes repletos de gruesos volúmenes y supo que allí tendría más trabajo que hacer.

Una reja de hierro decorada con motivos florales separaba a Victor e Isaac del patio que daba acceso al pórtico de entrada a la iglesia de la Visitación. Hacía una mañana primaveral y los rayos del sol incidían sin piedad en el mosaico de su fachada.

Sobre el pórtico del santuario se había construido una representación de la visita de la Virgen María a su pariente Isabel con pequeñas teselas de colores. Sus tonos brillantes rompían la monotonía de los blancos adoquines de la fachada. La luz del mediodía hacía resplandecer aún más los dorados, los azules...

Ascendieron tres escalones y se colocaron frente a la verja de metal. Estaba coronada por una cruz de Jerusalén flanqueada por dos pequeñas figuras, de Zacarías y de su esposa, que les dieron acceso al patio empedrado.

—¿Qué buscamos? —preguntó Victor al anciano, que no se separaba de su bolsa de viaje.

—No lo sé —recalcó su respuesta con un gesto negativo de la cabeza—. Supongo que algún signo mando.

—¿Otra inscripción?

—Es posible.

Victor repasó con la mirada el amplio patio y el campo adyacente, cuyos muros estaban cubiertos de losas con la traducción en cuarenta y dos idiomas de la oración de María, el Magnificat, y luego estiró el cuello para abarcar el campanario de la iglesia que se levantaba al lado del mosaico de la fachada.

—Pero ¿dónde? —preguntó abatido por el tamaño de la empresa que tenían entre las manos.

El doctor, que le había observado mientras examinaba todo el conjunto eclesiástico, sonrió.

—Detrás está el convento, las dependencias religiosas, hay un par de iglesias, la superior y la inferior... —le explicó.

—De acuerdo, me rindo. ¿Comenzamos?

Miró hacia el pórtico de entrada y los dos hombres se encaminaron al interior de la iglesia. Dejaron una escalera que ascendía a su izquierda y se internaron directamente en la planta inferior.

—Es la que contiene los restos más antiguos —le explicó el doctor.

Los envolvió una atmósfera crepuscular, como si el día hubiera avanzado media docena de horas y afuera el sol se estuviera ocultando tras las colinas. Había un olor a humedad y a cera consumida en el ambiente que parecía emerger de las paredes para abrazarlos.

La amplia sala los recibió con un mosaico incrustado en el suelo que simulaba una esterilla de paja y, muy arriba, sobre sus cabezas, los vigilaba la bóveda completamente pintada de azul oscuro cruzada por hojas y sarmientos de vid.

La luz que penetraba por las estrechas ventanas horadadas en los muros acrecentaba la sensación de Victor de encontrarse en un lugar de culto cristiano muy antiguo y muy venerado. El doctor le dio un pequeño codazo y le hizo observar los frescos que había sobre las paredes. En medio de las sombras, el investigador descubrió las pinturas alusivas al padre del Bautista, al encuentro de su madre con la Virgen y a la Matanza de los Inocentes ordenada por Herodes, según la tradición de la villa contra el propio Juan y no contra Jesús.

Al bajar su mirada se topó con dos nichos enclaustrados en la pared. Uno de ellos contenía un pequeño altar de marfil coloreado imitando al mármol cubierto por un tapete verde y rematado por una cruz. A su lado, el otro nicho, más hundido en la pared, contenía un pozo con brocal del que colgaba un cubo metálico.

El primer pensamiento de Victor fue de alegría al recordar que Isaac se había olvidado la cuerda en casa. Lo más probable es que le hubiera obligado a descender por ese estrecho pozo.

El doctor le miró y le indicó con un gesto el nicho más profundo.

—Se supone que es de tiempos de los romanos o del período bizantino. Siglos VI a VIII —le aclaró.

—¿La parte más antigua de la iglesia?

—Casi. Debajo están los cimientos de otras construcciones de principios de nuestra era.

Ahora sí que temió verse obligado a descender por el pozo sujeto a la endeble cadena de la que colgaba el cubillo de metal. Hasta se habría alegrado de que el bolso de Isaac contuviese la cuerda.

—¿No habrá que...? —pero no terminó la frase.

—¡Por supuesto que no! —exclamó el doctor—. Debajo solo hay ruinas y algunas excavaciones arqueológicas. Aunque hubiera algo no encontraríamos nada.

El joven exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Sígueme —le indicó el anciano.

En el suelo de la cripta un mosaico representaba a unos pececillos culebreando entre ondas de agua rodeados por una banda con flores de loto. La iconografía antigua pretendía así apagar la sed de los peregrinos. Al fondo, el pozo que estaban contemplando saciaría su deseo de beber de una forma menos metafórica. Hacia él se encaminaron los dos hombres.

El brocal estaba elaborado en piedra rosada de la zona y tenía forma octogonal. El joven lo escrutó hasta donde pudo retenido por una cadena de seguridad que impedía tocarlo, pero también por la escasez de luz.

—No veo nada —le indicó a su compañero, que no había soltado el bolso en ningún momento.

—Toma —le ofreció una de las dos linternas que llevaba.

Enfocó su haz de luz sobre la piedra rosa y sobre la pared del fondo. Algunos visitantes los veían hacer curiosos. Cuando una pareja se aproximó a Victor más de lo deseable, no aguardó a ser preguntado.

—Una filtración de agua. Somos de mantenimiento —dijo señalando al doctor.

Los turistas se alejaron contrariados, habían esperado encontrarse con algún asombroso descubrimiento arqueológico.

—¿Has visto algo? —le preguntó Isaac sonriendo ante su rápido comentario a los fisgones.

—Nada.

—Enfoca al arco —le pidió.

Sobre el brocal del pozo, un poco más arriba de la cruz que lo remataba, el techo de la cripta se cernía sobre ellos como una pequeña bóveda y se convertía en un arco de piedra que bajaba hasta el suelo.

Victor enfocó toda la longitud del arco, pero solo distinguieron la piedra erosionada por la humedad. Luego iluminó los viejos adoquines de las paredes. Nada.

El anciano meneó la cabeza apesadumbrado y se giró para salir de la cripta. En la pared que quedaba a su izquierda había un tercer nicho más pequeño aún.

Isaac recordó que en el protoevangelio de Santiago, a diferencia de lo que se narra en los Evangelios canónicos, se detalla que cuando Herodes ordenó la matanza de los inocentes lo hizo para asesinar al Bautista creyendo que él era el Mesías esperado, y no Jesús. Por eso contaban en Ein Kerem que Isabel temió por la vida de su hijo Juan y, tomándolo en brazos, corrió monte arriba para encontrar un lugar donde ocultarse. Al no encontrar ninguno y viendo que los soldados los perseguían muy de cerca, se detuvo, suspiró, y gritó a la montaña: «Montaña de Dios, recibe a una madre con su hijo». Y la montaña se abrió y la recibió. Y allí se ocultaron los dos de la ira del tirano Herodes. Ese lugar aún se veneraba hoy en día. Se trataba de una simple marca sobre la piedra en una de las paredes del pequeño nicho que Isaac estaba mirando. Pero al lado de esa señal en la roca

que indicaba el lugar exacto en donde Isabel y su hijo se refugiaron, había otra incisión.

El anciano se volvió con un brillo especial en la mirada y aleccionó a Víctor para que se acercara.

—Enfoca ahí —le pidió con un leve temblor en la mano y en el tono de voz.

Se accedía al despacho a través de una puerta que conectaba directamente con el salón. Jamal se vio saturado de trabajo al comprobar que tres de sus cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros y de archivadores.

Miró un instante la mesa del escritorio y le disgustó observar que en ella también había varias columnas de papeles. Incluso en el suelo unos cuantos volúmenes se apilaban contra un rincón.

Sin embargo, no se desalentó y comenzó desechando los libros de los estantes. Tiró tres o cuatro al suelo para dejar un hueco por el que mirar y comprobar si había una doble fila tras ellos. Tanteó la pared y la golpeó con los nudillos. El muro le devolvió un sonido opaco, pero, no satisfecho, continuó dando pequeños golpecitos a lo largo de la estantería. A medida que avanzaba iba empujando con su brazo todo lo que encontraba a su paso. Cayeron al suelo más libros chocando unos contra otros.

Continuó así un largo rato sin que la pared le devolviese un solo sonido hueco hasta que alcanzó los archivadores y se detuvo. Leyó los títulos de sus lomos, muchos de ellos no lograba entenderlos. Pero sí comprendió el que decía «Bautismo». Lo abrió y lo hojeó, luego lo desechó lanzándolo al montón que ya se acumulaba en el suelo. Repitió la misma operación con todos aquellos relativos a Juan el Bautista, o a la tumba de Absalón o a todo lo que guardara alguna relación con esos temas y, aunque encontró las fotografías que el doctor había tomado del monumento funerario o algunos estudios sobre el Bautista, lo que estaba buscando se le resistía.

Tras una larga hora de búsqueda sin obtener ningún fruto, se sentó abatido sobre el mullido sillón del despacho, se reclinó con los brazos apoyados tras la cabeza y estiró las piernas encima de la mesa. Después de distraerse mirando unos segundos el techo, se entretuvo en dar patadas a los objetos que Isaac tenía en su escritorio. Empujó un pesado pisapapeles y volcó el portalapiceros. Al hacerlo, una pequeña llave cayó de su interior. La recogió y la observó con detenimiento. Intentó encajarla en las cerraduras de los cajones del escritorio. Pero no era de allí. Tampoco le importó, ya los había forzado. Comenzaba a preocuparle tener una llave en su mano y desconocer qué abría.

Bajó los pies de la mesa y escrutó la habitación mientras acariciaba su grueso bigote. No había dejado ni un solo libro de los estantes en pie y había golpeado todas las paredes. Sonaban macizas.

Continuó girando sobre el sillón hasta que se detuvo frente al único muro vacío del despacho, el que quedaba a su espalda. Vio el

gran cuadro que la ocupaba y comprendió dónde estaba la cerradura que buscaba.

Retiró la pintura unos centímetros de la pared. Tras ella se escondía una caja de metal empotrada en el tabique. Sonrió mientras insertaba la pequeña llave pensando que hubiera sido fácil forzarla, ni siquiera era una verdadera caja fuerte.

Las paredes de la pequeña cripta eran de piedra, muy erosionada por el paso de los años y por los estragos de la humedad. Cuando Victor las enfocó pudieron distinguir un montón de cruces de diferentes tamaños talladas en la roca.

—No, ahí no —le dijo el doctor al tiempo que dirigía su brazo, el que sostenía la linterna, hacia un punto en concreto de la pared.

Dejó la luz estática en ese lugar sujetando con fuerza el antebrazo del joven. Sus ojos escrutaban cada milímetro de la deteriorada superficie. Extrajo sus gafas para presbicia del bolsillo de la camisa y se las colocó con dificultad cabalgando sobre la punta de la nariz.

—No la muevas —le pidió a Víctor cuando le soltó.

Se aproximó todo lo posible a la pared y alzó la cabeza lo suficiente para poder ver a través de los cristales. La luz ambarina creaba sombras confusas en la roca. El doctor introdujo la mano en su bolsa de viaje y encontró la otra linterna que llevaba siempre consigo. Al encenderla dibujó un círculo luminoso que esparció brillos azulados sobre la superficie pétreo.

—Apaga esa.

A la luz blanca de la segunda linterna, las sombras dejaron paso a una curva pronunciada que se cerraba formando una circunferencia casi perfecta. Isaac tocó la pared con su dedo índice y cerró los ojos.

—Sí, es un círculo —susurró.

La figura geométrica estaba grabada al lado de la hendidura que marcaba el lugar donde la montaña se había abierto para ocultar a Isabel y a su hijo el Bautista. Era un círculo profundo, más hundido que las toscas cruces que adornaban las paredes. Pero también más erosionado.

—Y por lo tanto, más antiguo —supuso el profesor con un hilo de voz.

Cuando Isaac retiró su mano de la pared, Victor escrutó el lugar que había estado tocando y distinguió la circunferencia hendida en la roca. No creía posible que fuera un fenómeno de erosión natural, aquello parecía realizado por el hombre. Recordó la inscripción de la tumba y lo que el anciano le había enseñado sobre el alfabeto mandeo y entonces cayó en la cuenta de lo que significaba.

—Es una «a» —dijo incrédulo.

El doctor asintió mientras enfocaba la pared con su linterna.

—Si los mandeos han estado aquí, eso es la «a» de su alfabeto.

—Y si esa marca la han hecho los mandeos —dedujo el investigador—, tiene unos cuantos siglos más de antigüedad que las cruces.

—En efecto —le confirmó el anciano fijándose en la erosión de los bordes de la letra.

—¿Podemos estar seguros de que han sido ellos? —preguntó.

En la cabeza de Isaac comenzaba a tomar forma una teoría un tanto extravagante y, antes de exponérsela a su compañero, prefirió mostrársela.

—Sígueme. Si es mandea tiene que haber más.

Dejaron atrás el pórtico de piedra de la iglesia de la Visitación y descendieron por la empinada calle. El escuálido doctor sujetaba su bolsa con ambas manos como si en ella se hallase el secreto que andaban buscando. Victor le seguía intrigado con la linterna aún en la mano.

En pocos minutos alcanzaron un edificio blanco con un delgado minarete que era la mezquita principal de Ein Kerem, de cuando la ciudad estuvo habitada por los musulmanes. En su base había una estructura cuadrangular con arcos de medio punto en tres de sus lados. Bajando unas escaleras se accedía a un corto pasillo con el ambiente fresco y húmedo. Al fondo se encontraba Ain Sitti Mariam.

—La Fuente de María —exclamó Victor cuando la vio.

—Así es —asintió el anciano.

Un perro grande los vigilaba tranquilo recostado contra una de las paredes.

Isaac reparó en él y depositó su bolsa sobre un poyete de piedra cubierto de musgo en el lado opuesto. Ambos se dedicaron a observar la estructura olvidándose por completo del sosegado animal.

La fuente estaba alojada al fondo de un pasillo, tenía tres caños que vertían agua fresca sobre una pila verde de musgo. Y, aunque los caños no eran muy antiguos, la tradición cuenta que la Virgen María se detuvo en ella para refrescarse en su camino hacia la casa de Isabel. Desde el siglo XIV lleva su nombre. Sin embargo, los restos arqueológicos encontrados atestiguan que la fuente está en el mismo lugar desde la Edad de Bronce, momento en que una pequeña comunidad decidió asentarse en sus alrededores.

Sobre los caños se abría una estructura semicircular elaborada con sillares de piedra. Estaba tapiada en su mitad izquierda, pero la derecha mostraba una gruta algo más grande que el tamaño del perro apostado a sus pies por la que discurría el canal que llevaba el agua.

El doctor extrajo de nuevo la linterna de su bolsa y trepó al poyete resbaladizo a costa de romperse algún hueso. Victor le detuvo y le bajó en volandas.

—Ahí me meto yo —dijo señalando el hueco de la fuente.

No estaba dispuesto a que el anciano realizara esfuerzos innecesarios.

A Isaac no le quedó más remedio que conformarse. Lo único que podría hacer era seguir al joven cuando ya estuviera dentro y no pudiera volver a bajarle.

—Necesitarás saber lo que tienes que buscar —le indicó resignado sacando su bloc de notas de la bolsa.

En una hoja en blanco dibujó lo que al investigador le pareció un simple garabato. Era una especie de copa de vino de perfil con el pie muy grande o una «y» griega con la boca redonda.

—Es la «b» del *abagada* —le explicó el doctor. Debajo volvió a dibujar el mismo símbolo y le añadió delante una «a», un círculo con una pata recta y larga unida a la extraña «y» griega—. Te encontrarás esto —afirmó señalando el segundo dibujo— si la inscripción es «ba» en lugar de «b» simplemente.

Luego recortó la hoja y se la entregó a Victor junto con la linterna de luz azul.

El investigador puso un pie en las losas cubiertas de musgo y resbaló. El esfuerzo por mantener el equilibrio hizo que la cicatriz del muslo derecho se abriera. Victor lo sintió como un ramalazo de dolor que le alcanzó la cadera, pero, aparte de cerrar los ojos, no emitió el más mínimo sonido. Percibió que la venda se empapaba, solo esperaba que su pantalón oscuro impidiera al doctor ver la sangre.

Volvió a intentar subirse al poyete de losas, esta vez de rodillas y descargando la mayor parte de su peso sobre la pierna sana. Había guardado la linterna en el bolsillo de su pantalón y llevaba la hoja con los garabatos apretada entre los dientes.

Después alcanzó la base de la estructura de piedra que había detrás deslizándose sobre los caños que vertían el agua y se internó de rodillas en el estrecho pasillo siguiendo el canal. Giraba cada vez que el estrecho túnel lo hacía. A medida que avanzaba, el suelo y las paredes se tornaban más resbaladizas y frías. Tenía las rodilleras y la parte baja del pantalón empapadas y cubiertas del musgo que iba arrastrando.

Concentrado en mantener a raya el dolor de su muslo, no se percató de cómo Isaac se echó a la espalda su bolsa de viaje y le siguió por el túnel. El anciano aprovechaba el círculo de luz blanquecina que creaba la linterna de Victor para comprobar la edad de la piedra. Estaba a punto de pedirle al joven que se detuviera cuando lo hizo.

El investigador había alcanzado un punto en el que terminaba la obra humana y los sillares de piedra dejaban paso a la roca original de la que manaba la fuente que daba nombre a todo el pueblo. Suponiendo que los mandeos hubieran querido dejar alguna marca, sin duda lo habrían hecho allí.

Un roce a su espalda le sobresaltó. Miró hacia atrás.

—¡Doctor!

El anciano encogió los hombros al tiempo que el otro le alumbraba con la linterna.

Naseer estaba nervioso. Sus grandes ojos oscuros se movían sin cesar de un lado a otro en sus órbitas y él no paraba de caminar hacia arriba y hacia abajo. Habían dejado la casa de su amigo, lo que para el joven tarmida significaba un refugio dentro de la pecaminosa Jerusalén y estaban esperando un taxi. Basaam no habría sabido decir qué era lo que ponía más nervioso a su amigo, si la propia espera o el

hacerlo en la ciudad malvada. Sonrió para sí mismo cuando escuchó la pregunta.

—Fueron 365, ¿verdad?

Solamente asintió con una leve inclinación de cabeza.

Habían sido 365 los tarmidas asesinados allí y eso le hizo recordar la historia que, seguramente, estaba preocupando al joven. Jerusalén era una ciudad malvada consagrada a Adonai, el dios del judaísmo. Fue él quien la construyó y atrajo hacia la villa mucha falsedad y persecución contra los sacerdotes mandeos que vivían en ella. Uno de sus espíritus buenos, Anush Uthra, se encaminó hacia la ciudad para sanar a los enfermos y hacer milagros, incluso se enfrentó a Jesús y refutó sus argumentos; pero los habitantes se opusieron a él y persiguieron a los conversos que había hecho.

Fue entonces cuando las gentes del pueblo asesinaron a 365 sacerdotes mandeos. Anush Uthra, lleno de rabia, solicitó permiso a Dios para arrasar la ciudad y destruir el templo judío. Hizo pedazos las siete columnas y mató a los hebreos que vivían allí y después se llevó a los creyentes mandeos que aún quedaban.

Basaam rememoró la oración del *Abatan Qadmaia*, en la que los mandeos invocan bendiciones sobre los 365 creyentes que fueron asesinados, pero le sobresaltó la siguiente pregunta de Naseer.

—¿Cuánto tendremos que esperar?

En efecto, era lo que él pensaba, no sabía si lo que más le preocupaba a su amigo era la espera del taxi o las leyendas que hablaban de que Jerusalén estaba llena de maldad.

—No mucho —le respondió.

Sin embargo, el sacerdote no tuvo que apelar demasiado a su paciencia, en ese momento vieron aparecer un taxi con su inconfundible señal luminosa en el techo y Naseer levantó las dos manos para que se detuviera.

—A Ein Kerem, a la iglesia de San Juan Bautista —le indicó el mayor de los dos hombres cuando se acomodaron en su interior.

El taxista no perdió tiempo, le quedaba una maraña de carreteras atestadas hasta salir a la general. Al alcanzar campo abierto, Naseer se cansó de mirar por la ventanilla y se giró hasta quedar frente a su amigo.

—¿Qué ocurrirá?

Ahora volvía a la carga preguntándole de nuevo por el ritual de renovación del *abagada*. Le había hecho esa pregunta cientos de veces, pero Basaam no tenía respuesta, ni siquiera el ganzebra podría contestarla. El rito que realizarían al día siguiente se había celebrado por última vez hacía dos mil años. Su tradición les recomendaba ser cuidadosos y presentarse puros al acto, pero el peligro que implicaba cualquier error era muy alto contando con tan pocas indicaciones.

En la mente del joven Naseer se mezclaban todas las leyendas que había aprendido y los mayores peligros que podía imaginar eran los numerosos diablos de su religión privándole del Mundo de la Luz, que ya eran bastantes. Hasta él, que era un hombre valiente, tenía miedo de encontrarse cara a cara con todos ellos juntos. No en vano, aunque su profeta Juan el Bautista había nacido en Jerusalén, la

ciudad rebosaba mal por los cuatro costados y eso hacía que los demonios fueran más poderosos allí.

—Los espíritus del mal nos confundirán —se quejó a su compañero.

—Sí —le respondió el sacerdote.

Comenzaba a creer que el cerebro de Naseer estaba algo confuso. También le preocupaba, y mucho, el ritual que llevarían a cabo al día siguiente. Todo eso junto, dentro de su cerebro efervescente, iba a conseguir que el día fuera muy, pero que muy largo. El sacerdote suspiró y miró por la ventanilla.

—Intentarán engañar a nuestra alma —le reprochó Naseer como si su amigo no tuviera en cuenta esos peligros.

—Sí. —La afirmación estaba desprovista de entonación. Como había repetido tantas veces sus miedos en voz alta, Basaam ya no tenía argumentos para hacerle entrar en razón. El día sería larguísimo, ahora estaba seguro.

—Y se llevarán los cuencos y nos robarán el amuleto.

—Sí.

—Y nos impedirán acabar el ritual.

—Es posible.

Aquella respuesta era nueva y desconcertó al joven tarmida.

—¿Seguro?

—No, no es seguro —le respondió lentamente su amigo.

Pero Basaam ya no tenía ninguna certeza, se movían en arenas movedizas y no sabían cuándo terminarían por no hacer pie. El nerviosismo de Naseer no le ayudaba en absoluto.

El círculo de luz de la linterna se detuvo a unos centímetros de la roca, sobre la boca abierta que manaba agua sin cesar. En ese punto la piedra apenas estaba erosionada. Era fría y áspera, a diferencia del resto que la rodeaba, que se mostraba lisa y pulida de tantos siglos dejando que la corriente se deslizase lamiendo su piel.

Los asombrados ojos del doctor Ben Shimon no se separaban de ese pedazo de roca. Grabada en ella podía distinguir la «a» con la punta muy larga encadenada a una «y» con forma de copa de vino.

—La «ba» mandea —murmuró.

Fue solo un susurro apenas audible, pero no hubiera sido necesario decirlo. Victor podía verla con tanta claridad como él. Los trazos habían sido grabados a mayor profundidad que la primera letra que encontraron en la iglesia de la Visitación. El haz azul de la linterna dibujaba sombras danzantes sobre los signos hendidos en la roca creando una sensación de irrealidad.

—No puedo creerlo —dijo Victor sin apartar sus ojos de las letras.

Y como queriendo afianzarse a la realidad, las rozó con las yemas de sus dedos para sorprenderse al comprender que estaban allí, que no eran un producto de su imaginación.

—Bien, continuemos.

El doctor se giró sobre sus artríticas rodillas, que crujieron alarmadas ante tanto dinamismo repentino, y comenzó a salir de la

cripta. Victor no pudo reaccionar con tanta rapidez y, al volverse, sintió un reguero caliente que descendía por su pantalón empapado de agua. Tendría que preguntarle a Isaac si llevaba alguna venda en ese bolso suyo.

—¿A la otra iglesia? —inquirió el joven cuando consiguió girarse del todo.

—A la iglesia de San Juan Bautista. Allí encontraremos la respuesta. Espero —añadió.

La emoción le había hecho perder al anciano veinte o treinta años. Justo los que se había encontrado Victor. El pequeño corte de su mejilla izquierda estaba hinchado y la mandíbula se había oscurecido por completo confiriéndole un aspecto cansado y abatido.

Cuando el doctor asomó la cabeza por la abertura de la fuente dejó atrás el ambiente cargado del corredor y el fuerte olor a humedad. Tenía esa sensación fría pegada a la piel, pero no tuvo tiempo de quitarse el agua que le corría por la cara, un par de turistas le estaban observando con extrañeza. Un segundo después apareció tras él el investigador procurando no resbalarse con las losas cubiertas de musgo. Al verlos a los dos juntos, los turistas los reconocieron de inmediato.

—De mantenimiento, ¿verdad?

Al ver asentir a Victor, la pareja continuó llenando un par de botellas de plástico con el agua sagrada de la fuente, ajenos ya a aquellos dos hombres que se encargaban de velar por el buen funcionamiento de las ruinas cristianas.

—Estoy empapado —exclamó Isaac sacudiendo el tercio inferior de sus pantalones.

—¿No lleva en la bolsa unos de repuesto? —bromeó su compañero.

El otro se rió, pero, para sorpresa de Victor, asintió con la cabeza. —Me cambiaré en un baño público.

—Y ya puestos, ¿no tendría unas vendas?

Al ver revolver al doctor en el interior de su mochila, supuso que no y suspiró.

—Vamos a buscar esos aseos —le respondió el anciano blandiendo en alto un rollo de tela elástica de color blanco que se guardó debajo del brazo para poder extraer un frasco de yodo—. Me encargaré personalmente de esos primeros auxilios.

Media hora después, Victor tenía el muslo derecho limpio y vendado y estaba reclinado al sol dejando secar sus pantalones. El doctor se había cambiado los suyos por los de repuesto y había ido a buscar un par de refrescos y algo de comer. Descansarían un poco y harían tiempo hasta que abriese la iglesia de San Juan a las dos y media de la tarde.

La vieja buganvilla que tenían a su espalda se erguía sobre un tronco sólido y grueso y las flores rosas se desparramaban a su alrededor como un abanico. Victor cambió unos centímetros su posición para continuar estando frente al sol y evitar la sombra que comenzaba a proporcionarle la planta.

Hizo una mueca de dolor involuntaria y el doctor volvió a indagar en su bolsa.

—Toma —dijo ofreciéndole un calmante suave.

Victor se lo agradeció. Con él esperaba poder soportar el dolor de su muslo hasta que regresaran a Jerusalén.

—¿Por qué —le preguntó a Isaac después de tragarse la píldora— dejaron los mandeos esas letras grabadas en la iglesia y en la fuente? Parecen pistas.

No entendía que ese grupo, tan discreto en todo lo demás, fuera dejando rastros por la ciudad como si se tratara de antiguos «pulgarcitos» con sus miguitas de pan.

—No, yo no las consideraría pistas —precisó el anciano mientras meditaba la respuesta—. Como historiador creo más bien que es una forma de posesión. Ten en cuenta —le explicó— que esta secta ha vivido en diferentes países y han sido perseguidos a lo largo de su historia por otras religiones. Han sido expulsados de sus ciudades, han pretendido cambiarles la fe... Yo supongo que esas letras en el interior de la fuente, o la «a» en la iglesia de la Visitación, constituyen signos de pertenencia, algo similar a las cruces en un santuario cristiano o a la media luna en la cúspide de las mezquitas.

—Entonces —sugirió el investigador—, podríamos buscar emplazamientos mandeos comenzando por su «a», hasta acabar con su «z».

—No lo sé —sonrió el doctor—. Pero en cualquier caso, lo que es seguro es que comenzaríamos con la «a» y terminaríamos con la «a».

—¿Cómo? —se sorprendió Victor.

El calmante había comenzado a hacer su efecto y se encontraba menos dolorido.

—La primera letra del alfabeto mandeo es una «a» y la última, otra «a» —le confirmó.

—¿Tienen una letra repetida? —preguntó palpando sus pantalones y comprobando que ya estaban casi secos—. No entiendo muy bien la necesidad de esa duplicación. Además, al proceder del arameo creí que habrían copiado su alfabeto.

—Lo copiaron, en efecto —le confirmó el doctor—. Pero como tú mismo puedes comprobar, a pesar de conocer un poco de arameo, no eres capaz de leer el mandeo. —El joven asintió en silencio—. Transformaron las letras y le dieron una nueva forma. Es más —añadió—, sumaron dos nuevas a las veintidós existentes.

—¿Para qué necesitaban un alfabeto con veinticuatro caracteres? Con las letras de que disponían ya podían cubrir la amplia gama de fonemas necesarios para expresarse —razonó—. ¿Qué necesidad tenían de dos más si una de ellas era repetida?

—Tenían que cumplir unos propósitos...

—¿Mágicos? —le interrumpió Victor acordándose de su primera conversación.

—Mágicos, sí. —El anciano también la recordó y, al encontrarse sus miradas, se echaron a reír—. Aunque no es motivo de sorna —añadió en tono docente y con el dedo índice levantado, lo que animó al joven a reír con más fuerza.

Cuando ya solo asomaban unas pequeñas risitas en sus labios, Isaac continuó.

—Sabes que la numerología es importante dentro de la religión judía —lo dio por sentado—. También lo es para los mandeos, y veinticuatro es un número favorable. Cada una de sus letras representa una hora del día, desde una puesta del sol a otra. Y el día es un todo completo para ellos.

—¿Como un círculo que se cierra? —se atrevió a intervenir Victor.

—Como un círculo que se cierra —le confirmó.

—¿Y por qué tener dos letras iguales?

—Sus dos «a» se encuentran al principio y al final de su alfabeto, son la primera y la última letra. Con ello pretenden representar la perfección de la luz, que para ellos es fundamental —le aclaró—, y de la vida. Dicen —se refería a los mandeos— que su alfabeto ha perfeccionado el Principio y el Fin.

—¿Al finalizar de la misma forma que comienza?

El doctor asintió con la cabeza y bebió un trago de su refresco antes de continuar.

—¿Has notado que su «a» es como un círculo? —Ahora fue el turno de afirmar para el investigador—. Entre los que estudiamos a los mandeos ha surgido una corriente de pensamiento que cree que simboliza lo perfecto, lo cerrado, pero también lo cíclico, lo que comienza y acaba para volver a empezar en un movimiento continuo.

—¿Conciben la Historia como algo que se repite? —dedujo algo confuso de su explicación.

—No exactamente —le respondió Isaac—. Dividen la Historia en períodos, al final de cada uno de ellos, la humanidad es destruida dejando con vida solo a una pareja que comenzará el nuevo ciclo hasta la próxima destrucción. Todas las cosas retornan a su origen y a sus comienzos, como su alma retornará al Mundo de la Luz. En eso consiste lo cíclico.

—¿Y lo perfecto? —le recordó Victor—. También ha mencionado la perfección.

—En efecto, la perfección... —Hizo memoria—. La perfección se encuentra en el alfabeto —sentenció, y con ello dio por terminada su explicación; le palmeó la pierna sana y le ayudó a incorporarse—. Y ahora, vamos a la iglesia de San Juan. Todavía nos queda trabajo por hacer. Continuaremos hablando más tarde —acompañó su comentario con una sonrisa cálida.

—Hazle pasar —contestó Martin a su secretaria a través del interfono.

Jamal no se hizo esperar, ya estaba de pie ante la puerta de su despacho cuando oyó la respuesta.

—Veamos qué has encontrado.

—Tome, jefe —le dijo mientras le tendía los documentos que había sustraído de la casa de Isaac, el primero de ellos con una mancha de grasa en la portada.

El director los recogió y se entretuvo en hojearlos dejando a su subordinado de pie ante el escritorio. Estaba bastante satisfecho de su labor, aunque no lo manifestó de ninguna forma.

—Ahora finaliza el trabajo —le ordenó—. Tómate tu tiempo. —Fue más una orden que un consejo. Sabía que el joven investigador era menos confiado que el anciano y que no sería tan fácil encontrar sus archivos—. Y no vuelvas con las manos vacías.

Aquella última frase puso firme a Jamal. Hasta su mostacho, curvado de forma natural hacia abajo, estuvo a punto de estirarse.

—Sí, jefe.

El director hizo un gesto con la mano indicándole que podía abandonar el despacho y al hombre no hubo que repetírselo. Al salir se cruzó con Samuel y Andrea y los saludó con una inclinación de cabeza.

Martin estaba colocando los documentos que acababa de traerle Jamal cuando se percató de la llegada del *professor* y se incorporó para estrecharle la mano.

—Por favor, sentaos —les dijo mientras señalaba los dos sillones apostados frente a su escritorio.

Samuel apoyó su elegante bastón contra la mesa y se reclinó en la butaca como si fuera suya.

—¿Has recibido ya la copia del pergamino? —le preguntó.

—Aún no, pero tenemos los documentos del doctor Ben Shimon. Nos han llegado a primera hora. —Era una mentira con la que trataba de ocultar a Andrea algunos de sus procedimientos menos confesables.

Samuel estiró el brazo cuando Martin se los ofreció y se los pasó a la orientalista para que fuera estudiándolos. Ella sonrió, pero ninguno de los dos hombres se percató del verdadero sentido de esa sonrisa. La mancha de grasa que vio en la cubierta le hizo pensar que el doctor no había realizado la entrega personalmente: Isaac era demasiado pulcro.

Sin embargo, la mujer los tomó con avidez. No perdió tiempo en comenzar a hojear los dosieres y en darse cuenta de lo avanzada que el anciano llevaba la investigación. Al poco se alarmó.

—¡Lo sabe! Isaac lo ha averiguado!

La iglesia de la Natividad de San Juan Bautista se levantaba en el centro de Ein Kerem. Para poder admirar el complejo en toda su extensión había que ascender a una colina cercana, pero Victor no estaba preparado para realizar grandes alardes físicos. A pesar de la cura de urgencia de Isaac, el descenso desde la fuente le había supuesto un esfuerzo excesivo. El muslo le latía con fuerza y, aunque había dejado de sangrar, le pedía a gritos un descanso. Cuando vio que la entrada a la iglesia estaba precedida por una escalera de casi una decena de escalones, suspiró.

El complejo de la Natividad había sido reconstruido en el siglo XVII gracias a los franciscanos, que para esta ocasión pidieron ayuda a la monarquía española, por eso en la fachada de la iglesia puede

contemplarse su escudo de armas. También sorprende a los turistas encontrarse en su interior con las paredes cubiertas de azulejos blancos y azules al más puro estilo andaluz. La nueva edificación había aprovechado estructuras anteriores de la época romana y bizantina, aunque algunos de sus estratos más profundos pertenecían a la época de Jesús y del Bautista.

El acceso a San Juan consistía en un edificio cuadrangular de piedra blanca con arcos lanceolados en tres de sus lados haciendo las veces de puertas. Su frontón externo carecía de ornamentos, a excepción de dos estrechas ventanas en cada una de sus fachadas, que también poseían el arco acabado en forma de punta.

Nada más cruzar la entrada, a Victor le sorprendió otra fila de escalones y estaba a punto de echarse para atrás y dejar todo el trabajo a su compañero, cuando Isaac le empujó hacia su derecha. Entonces vio la puerta.

—Por ahí —le indicó el anciano.

No entraron en la iglesia, sino que se dirigieron hacia las capillas inferiores. Bajo el edificio cuadrangular, que hacía las veces de pórtico, se hallaban la capilla de los Mártires y la capilla Sur. Estaban situadas una al lado de la otra y fueron construidas en el siglo XII, aunque contenían restos más antiguos en parte de sus muros y de los ábsides, así como algunos mosaicos en los suelos.

Victor seguía a Isaac e iba más pendiente del dolor de su pierna que de mirar dónde pisaba. Por eso, cuando el anciano frenó en seco estuvo a punto de llevárselo por delante.

Desde donde se encontraban, la luz filtrada era muy tenue y se respiraba una verdadera atmósfera de tranquilidad. Hasta el polvo parecía haberse detenido para no turbar la paz de aquella pequeña habitación, una cámara cortada en la roca de la montaña de unos trece metros de largo por casi nueve de ancho. Al fondo se divisaban un coro y un presbiterio derruidos sobre los que aún quedaban restos del ábside. Esa zona de la capilla se encontraba a más altura y había sido separada de su cuerpo central por unas pilastras que aún mostraban sus muñones.

—¿Dónde estamos? —preguntó Victor.

En la quietud de la cámara, su voz sonó grave y estentórea levantando ecos de las paredes.

—En la capilla Sur —le respondió Isaac sacando las linternas de su bolsa de cuero—. No es la construcción más antigua, pero contiene restos del siglo VII. Si no encontramos nada aquí, miraremos en la de los Mártires, que tiene vestigios de unos doscientos años antes —añadió.

—Pues comencemos por esa —razonó el joven.

Isaac le ofreció una de las linternas mientras le contestaba.

—Aquí al lado —señaló la pared sur de la capilla— aún existe un pequeño baño ritual, como los que usaban los judíos para purificarse —le aclaró— y pertenece al siglo I de nuestra era. De encontrar alguna letra mandea supongo que lo haremos en esta capilla o en los baños, que mucho me temo que no van a ser judíos...

—¿Mandeos?

—Posiblemente. Después de lo que he visto —lo dijo pensando en la Fuente de María y en la iglesia de la Visitación—, creo que ellos también estuvieron aquí en el pasado.

Victor asintió y comenzó a enfocar una de las paredes con el haz de su linterna. Le sorprendió ver restos de color rojo en ella.

—En la época bizantina era costumbre decorar los muros de las iglesias con pinturas —le explicó el anciano.

—¿Qué buscamos?

El hombre hizo un gesto con su índice, como si escribiera algo en el aire, que no significaba nada para Victor.

—La «ga», su «c» —Y volvió a pintar la letra con el dedo, de forma imaginaria, sobre la pared.

Era como una serpiente vista de perfil con un bulto al final del rabo.

—Comienza por aquí —le indicó Isaac—. El muro sur está lindando con los baños y es el sitio más probable para encontrarla.

Sin embargo, pronto comprobaron que, a excepción de algunos rastros de pintura roja, no quedaba nada del período original. Toda la pared había sido enyesada.

El doctor hizo un gesto al investigador para que le siguiera y se concentraron en unos mosaicos que había en el suelo del ábside. Su centro estaba decorado con motivos florales y rodeado por una banda de diferentes colores. Los bordes del mosaico consistían en una serie de cuadrados rojos y negros. Pero a pesar de las fiorituras, no encontraron nada parecido a una serpiente con un bulto en el rabo.

—Veamos las pilastras —sugirió el doctor cuando ya le dolían las rodillas de estar acuclillado en el suelo.

El coro y el presbiterio de la capilla se hallaban separados del resto de la nave por cuatro pilastras, de las cuales una aún permanecía en su sitio, otra había desaparecido y de las dos restantes solo quedaba la mitad. Isaac estaba escrutando cada centímetro de la que estaba entera, cuando Victor llamó su atención.

—Mire aquí —le señaló una parte de su media pilastra, la que limitaba con el muro sur.

El anciano dirigió la luz de su linterna hacia ese punto.

—Es una estría —confirmó desilusionado.

El pilar mostraba una acanaladura vertical, de abajo hacia arriba, que había servido para sostener una pantalla que separaba físicamente el coro del resto de la capilla.

El joven continuaba enfocando su luz, había visto la hendidura, pero cerca del borde donde se acababa la pilastra quebrada...

—Aquí —repitió más alto—. Esto parece una serpiente de perfil.

El doctor volvió a mirar sabiendo que sería una marca del paso del tiempo o una grieta natural de la piedra.

—¡Es una serpiente de perfil! —se sorprendió con una carcajada—. ¡La has encontrado!

Allí estaba, una vieja «ga» grabada con trazos toscos sobre un lateral de la pilastra, apenas visible por la erosión pero suficiente para los ojos instruidos de Isaac.

Se demoró unos segundos acariciándola con la punta de los dedos. Luego se puso en pie.

—Nos quedan los baños rituales —dijo—. En ellos tiene que estar la «da» y lo que sea que hay tras el alfabeto mandeo. ¿Quizá el amuleto? —se preguntó el anciano.

—«Recibid el bautismo en Bet Makerem, recoged el amuleto y renovad el tesoro» —Victor recordó el final de la inscripción del pergamino que encontró en Santa Catalina.

—Abagada —Isaac terminó la frase soltando una risa que reverberó contra las paredes de la oscura capilla.

La carretera serpenteaba a través de las colinas y los valles y el espectáculo de las terrazas cubiertas de frutales y viñedos le pareció a Basaam algo espectacular. El taxi continuaba su lento avance hacia Ein Kerem atravesando la campiña que lo circundaba y dejando que sus pasajeros disfrutasen de las increíbles vistas.

En poco menos de diez minutos atravesaban el barrio de Wa'ar Sara ascendiendo por la cuesta este que los llevaría hasta la iglesia de la Natividad de San Juan Bautista. El taxista los dejó ante las mismas puertas del templo.

Tras pagar el servicio, los dos mandeos se bajaron del vehículo y comenzaron a ascender los antiguos escalones de piedra bordeados por macetas con geranios en flor. Ya dentro del santuario preguntaron a un clérigo por el padre Thomas.

—Aguarden aquí, voy a avisarle.

El monje desapareció tras la puerta de la sacristía y al poco regresó acompañado de un anciano enjuto y bajito que, con ademanes lentos, les tendió la mano. Al ver sus *keffiyahs* blancos y negros supo quiénes eran y los saludó con una sonrisa.

—Buenos días. Me alegro de verlos. ¿Qué tal se encuentra mi buen amigo Zakaria?

—Bien, padre. Le envía recuerdos —le respondió Basaam—, Y me ha pedido que le diga que lamenta no poder verle cuando llegue a Jerusalén.

—¿Tiene problemas? —intuyó el sacerdote preocupado.

—Más bien, se trata de poco tiempo.

El anciano cambió la expresión de su cara y se relajó. Temía que su amigo no se encontrara bien; la edad, o quizá la situación delicada que atravesaba su país...

—¿Cómo van las cosas por Irak? —les preguntó.

—Algo revueltas. —El sacerdote restó importancia al asunto para no alarmar al anciano.

Aunque decir «algo revueltas» era quedarse corto cuando el país se encontraba a las puertas de una guerra civil y la comunidad internacional no era capaz de tomar decisiones eficaces para impedirlo. Además, la posición de los mandeos era más grave que la del resto de la población. Ellos eran perseguidos con saña acusados de ser los culpables de la situación, como en otro tiempo sucedió en Europa con los judíos. La gente inculta suele buscar un chivo

expiatorio para sus propios errores y lo encuentra en los grupos minoritarios y en las otras religiones.

No hacía mucho, en el año 2003, el prominente líder chiíta y jurista ayatolá al-Hakeem decretó que los mandeos ya no tenían el estatus de gente del Libro, y en ese momento comenzó su verdadera persecución.

Los musulmanes protegen, o al menos soportan de alguna manera, a aquellas religiones que el Corán afirma que poseen uno o varios libros sagrados y tienen sus propios profetas, como el cristianismo, el judaísmo y el sabeísmo. Con los *ahl-i-kitab*, la «gente del Libro», eran tolerantes y les permitían practicar sus creencias, previo pago de un impuesto, la *jizyah*, y también eran exonerados del servicio militar. Sin embargo, con los infieles y los paganos actuaban de forma muy drástica, reprimiéndolos con firmeza y obligándolos a convertirse al islam. Basaam había podido comprobar por sí mismo cómo en los últimos años habían asaltado muchos de los comercios de sus amigos, bien con un arma en la mano o incendiándolos con botellas llenas de gasolina. Algunos incluso habían muerto de un disparo. También sabía de mujeres que habían sido violadas o forzadas a casarse con un musulmán; y a los niños los maltrataban en el colegio o los circuncidaban. No solo estaban atentando contra su propia fe, también vulneraban gravemente sus derechos humanos.

Los musulmanes sabían dónde hacer daño porque los conocían desde siempre y conocían su religión. Un mandeo que moría de un tiro no alcanzaría el Mundo de la Luz; ni una mujer violada, ni un niño circuncidado...

La situación se tornó muy grave cuando los musulmanes los tacharon de paganos de forma generalizada, ya no eran considerados gente del Libro y no debían ser protegidos, sino perseguidos. La confusión surge dentro del propio Corán cuando, al referirse a ellos, los denomina sabeos y no mandeos.

Existió en la ciudad de Harrán, al sur de Turquía, una secta pagana de adoradores de las estrellas que coincidió en el tiempo con los mandeos cuando estos emigraron desde Palestina hasta Mesopotamia. Durante los tres siglos que vivieron allí, los mandeos convivieron con otras sectas religiosas en paz, hasta que comenzó una dura persecución contra los idólatras y los paganos. Estos, para evitar la muerte, adoptaron el nombre que por aquel entonces recibían los mandeos, el de sabeos, y copiaron algunas de sus creencias. El tiempo se encargó de mezclar los conceptos, y aunque ellos demostraron en reiteradas ocasiones, con pruebas históricas, que eran los verdaderos sabeos, la miseria que impera actualmente en Irak por el embargo, por la guerra del Golfo y por la invasión estadounidense ha provocado que la sociedad musulmana crea que Dios los está castigando porque hay demasiados infieles entre ellos. Alentados por los clérigos musulmanes, están forzando la conversión, asesinando y violando impunemente a todos aquellos que no son *ahl-i-kitab*. Y, ahora, los mandeos, o los sabeos, habían dejado de serlo.

Pero todo eso se lo guardó Basaam para sí.

—¿Habéis tenido problemas con los musulmanes? —Se refería a ellos en particular, no a los mandeos en general, que ya sabía que sí por las noticias que leía en los periódicos.

La conversación continuó durante largo rato y dejaron los conflictos atrás para hablar de la belleza de la iglesia y de sus obras de arte hasta que el sacerdote mandeo le preguntó al padre Thomas:

—¿Podríamos visitar los baños?

En el muro sur de la capilla aún podían distinguirse los restos de una antigua puerta. Tenía un metro y medio de ancho, aunque no quedaba nada de la abertura original. Los restauradores habían tapiado parte de ella y la oquedad que dejaron la habían cubierto con una plancha de madera afianzada con goznes y asegurada con una gruesa cadena para impedir el paso.

Los escombros habían acortado su altura reduciéndola a unos escasos noventa centímetros; la tosca puerta de madera era aún más baja. Los dos hombres estaban arrodillados en el suelo y Victor intentaba hacer saltar el candado con su navaja suiza mientras Isaac le alumbraba con la linterna.

Los baños judíos no estaban abiertos al público, en gran medida porque su restauración aún no se había llevado a cabo, pero en una pequeña parte porque el padre Thomas la había ido retrasando debido a las reiteradas peticiones de su amigo Zakaria Asgari.

Con un ruidoso clic, el candado saltó por fin y dejó libre la cadena de eslabones de hierro. Ambos hombres giraron sus cabezas hacia la entrada de la capilla temiendo que el sonido los hubiera delatado. Hasta aquel momento habían tenido suerte y nadie había acudido a hacerles preguntas molestas.

Al comprobar que no acudía nadie, Víctor empujó la puerta, pero no cedió. Lo intentó de nuevo apoyando su espalda en la madera y afianzando bien los pies en el suelo. Contuvo la respiración e hizo presión con todos los músculos de su cuerpo, solo consiguió moverla unos centímetros y los latidos de dolor de su muslo comenzaron a volverse insoportables. Tenía la frente cubierta de sudor. La secó con su manga mientras resbalaba rendido hasta quedar sentado sobre las frías losas.

El doctor revolvió en su viejo bolso y fue depositando en el suelo un montón de cachivaches: su cuaderno de notas, un mapa, una ganzúa que apartó hacia la izquierda, hasta que encontró un frasco oleoso de un producto multiuso y se lo ofreció al agotado Victor.

—Es una solución aceitosa —le explicó con una sonrisita tímida—, si llenamos los goznes con ella quizá podamos abrir la puerta.

El joven le miró estupefacto y pensó que podía haberse evitado el esfuerzo de empujar.

—No sabía si la había traído —se excusó el anciano al ver su mirada.

El otro se dio media vuelta y gastó más de la mitad del contenido en los oxidados goznes. Cuando el líquido chorreaba decidió que ya era suficiente y le devolvió el frasco a Isaac.

Volvió a tomar aire, apoyó su espalda contra la puerta y empujó con todas sus fuerzas. Un chirrido continuo, como un quejido, se extendió por la capilla. Victor no cedió, inspiró de nuevo y esta vez cogió impulso.

Cuando cayó al suelo verificó que la puerta había cedido unos cuarenta centímetros, muy escasos para poder cruzarla. Metió la mano por el hueco y comprobó que al otro lado se acumulaban los escombros. Retiró algunos hacia atrás y empujó de nuevo. Otro chirrido le acompañó en su esfuerzo, algo más suave porque los goznes ya se habían empapado de aceite. Había conseguido abrir un hueco suficientemente ancho como para pasar arrastrándose.

El doctor se acercó a él y enfocó su linterna hacia la habitación del fondo. El haz iluminó diminutas motas de polvo suspendidas en el aire. Cuando fueron asentándose en el suelo, los dos hombres pudieron distinguir una cámara tallada en la roca, pero estaba demasiado oscuro para percibir los detalles.

El primero en cruzar el umbral fue Isaac, le siguió Victor arrastrándose por el suelo repleto de escombros. Ya dentro, recogió la cadena y el candado y cerró la puerta. Se encontraban sumidos en una oscuridad opaca y densa con el ambiente tan húmedo que les resultó molesto. La linterna alcanzaba, con dificultad, la pared contraria, pero no lograba iluminar los límites este y oeste de la cavidad. Victor levantó la suya y comprobaron que el techo era muy bajo. Hacia delante el suelo comenzaba a descender con suavidad y, unos tres metros más allá, la cueva se elevaba hasta los dos metros de altura. Se desplazaron a gatas hasta que pudieron ponerse en pie sin peligro para sus cabezas.

Los baños judíos eran en realidad mandeos y consistían en una habitación rectangular excavada en la roca de la montaña. En algunos puntos aún permanecían restos de enyesado, pero en su gran mayoría pudieron ver la piedra desnuda. Hacia la izquierda había un par de escalones con el piso ancho que conducían a la piscina de purificación que hacía muchos siglos debió de estar cubierta de agua. De hecho, Isaac comprobó las marcas que había dejado el líquido en el borde de los peldaños. Aún se respiraba la humedad del ambiente y en el fondo del foso se veían algunos charcos. En otra época, una fuente fluyó incansable dentro de la cueva.

—¿Cómo es la «da»? —preguntó el joven yendo directamente al asunto que les había llevado hasta allí.

Isaac le describió la letra.

—Una «y» minúscula con la pata estirada acabada en una especie de montaña. —Victor no le había entendido—. Como la «ga» pero cambiando la serpiente por una «y» —le aclaró.

—De acuerdo —respondió cuando consiguió visualizar la letra en su mente—. ¿Por dónde empezamos?

El investigador miró hacia su izquierda y vio de nuevo los escalones tallados en la roca. Dio un par de pasos a su derecha y enfocó la linterna hacia allí. Los últimos metros de la cueva se extendían en una pequeña elevación con un metro de diferencia respecto al resto del suelo de la nave. La pared del fondo estaba

construida con adoquines de piedra formando un muro desde el suelo hasta el techo.

—¿Qué le parece? —le preguntó a Isaac.

El anciano había estado comprobando los escalones de acceso a la piscina ritual y se giró al oírle. Cuando vio el muro de adoquines le respondió.

—Creo que será un buen comienzo.

La pared medía unos cuatro metros de ancho por dos de alto. Las piedras estaban tan desgastadas que a veces resultaba difícil encontrar la separación entre ellas. Isaac observó que en algún momento debieron de estar adornadas con pinturas porque encontró rastros de color negro. Pero no descubrieron ninguna letra tallada en los adoquines, ningún bajorrelieve medio borrado por el tiempo que pareciese una «y» minúscula con una montaña al principio.

Victor se sentó abatido en el suelo dejando colgar las piernas en el desnivel y dando la espalda a su compañero.

—¿Ha examinado ya la piscina? —le preguntó a Isaac.

—Mmm —el anciano contestó abstraído. Estaba comprobando los adoquines del centro del muro.

—La piscina, ¿ha visto algo en ella? —repitió.

—No. —Era un «no» distante, casi perdido.

El joven se giró al oír un tintineo metálico y observó al hombre golpeando la piedra con su pequeña ganzúa.

—¡Un momento! —le gritó.

El doctor sonrió. Ambos habían percibido el sonido hueco. Uno de los adoquines era una simple pantalla que ocultaba una cavidad.

Mientras Victor se incorporaba, Isaac raspaba los sedimentos del borde de la piedra con la ganzúa hasta que dejó a la vista el adocquín que había sonado a vacío. Introdujo la parte curva de la herramienta en el hueco e hizo palanca hacia fuera. Poco a poco, la estrecha loseta de piedra fue cediendo hasta que se abrió del todo. El doctor tenía en sus manos un adocquín de apenas un centímetro de espesor.

Los dos hombres se quedaron observando el hueco sin atreverse a mirar dentro. Temían haber llegado hasta allí para nada. Cuando por fin Victor lo enfocó comprobaron que era más profundo de lo que habían imaginado. Al fondo distinguieron la sombra de una pequeña caja de piedra blanca.

Isaac introdujo su brazo en el hueco y tuvo que estirarlo para lograr alcanzarla. La arrastró hasta el borde sin dejar de iluminar el objeto. En su cubierta podía verse con claridad la «ga» del alfabeto mandeo, grabada con una hermosa caligrafía redondeada.

Al doctor le temblaron los dedos cuando levantó la pesada tapa que encajaba a la perfección con el resto de la piedra. Ocupando casi la totalidad de la pequeña caja había una bolsita de cuero enmohecido. Isaac extrajo la bolsa y dejó la caja en el hueco del muro. Sus manos continuaban temblando cuando desató la cinta y extrajo su contenido.

Se trataba de una fina lámina de oro enrollada sobre un cordón de cuerda deshilachada formando una gargantilla. A la luz de la linterna, el metal estallaba en brillos de bronce con sombras oscuras. Alguien

había escrito sobre él con una fina caligrafía las veinticuatro letras del alfabeto mandeo y, debajo de ellas, algún tipo de oración.

—«Por el nombre de... —tradujo el doctor—, el cielo y la tierra son atados...» —No quiso desenrollar más la lámina de oro para no quebrarla y dejó de leer. Su voz vibraba de emoción—. Es un amuleto mandeo —dijo—. El único amuleto mandeo de oro que conozco.

Victor se había quedado sin palabras. No sabía qué decir. El cliente de Archeo les había pedido que encontraran el pergamino, solo el pergamino, que halló en el monasterio de Santa Catalina. ¿Qué pensaría ahora si supiera que tenía el amuleto en su poder? ¿Y para qué lo querían ellos?

El doctor volvió a guardar la pieza de oro dentro de la bolsita de cuero y luego la introdujo en la caja de piedra. Pensó en esconderla en el bolsillo de su chaqueta, apenas si era algo más grande que un paquete de cigarrillos, pero resultaba bastante pesada. Finalmente, la ocultó en el fondo de su bolsa de viaje.

Antes de abandonar la cueva del siglo I volvieron a colocar el adoquín en su posición inicial y sellaron sus laterales con escombros que recogieron del suelo; al salir dejaron también la pequeña puerta cerrada asegurándose de echar el candado. Isaac se entretuvo en limpiar el aceite que había caído al suelo y echó algo de la tierra del suelo sobre los goznes para que no brillaran.

Al ascender hacia la iglesia, Victor lanzó un rápido vistazo a su interior. Tres o cuatro grupos de turistas examinaban las pinturas y un par de monjes charlaban con dos hombres tocados con *keffiyahs* blancos y negros que le resultaron familiares. Ninguno les vio abandonar el santuario.

Agradecieron la luz y el débil calor de la tarde cuando salieron al exterior y se encaminaron hacia su vehículo. Tenían por delante un corto paseo, y ninguno dijo nada hasta que llegaron a él. Ya sentados en el viejo todoterreno, con Victor al volante, el joven creyó ver que los ojos de Isaac estaban vidriosos por la emoción.

—Es un gran descubrimiento —dijo el hombre—. Nadie había encontrado antes un amuleto mandeo de oro.

No solo continuaban temblando sus artríticas manos, también su voz tenía el movimiento pendular de la gelatina.

—Y ahora ¿qué hacemos con él? —preguntó Victor.

—¡Lo sabe! —exclamó Andrea—. El doctor Ben Shimon lo ha descubierto.

Los dos hombres la miraron interrogantes.

—¡Sabe dónde está Bet Makerem! —se explicó.

Samuel se acercó a ella para comprobar con sus propios ojos esa confirmación en las notas de Isaac, pero no había preocupación en su respuesta cuando dijo:

—Nosotros también, ¿no?

—Sí, pero... —La mujer no llegó a finalizar la frase, Martin Crown la interrumpió.

—No tenemos por qué preocuparnos, Andrea. —Y miró al *professor* buscando su asentimiento.

—Aunque vayan a Ein Kerem, ¿qué crees que encontrarán?, ¿dónde buscarías tú? —preguntó él.

Ella se levantó un mechón de rizos pelirrojos antes de responder, aquella pregunta la había pillado por sorpresa y más viniendo de Sinclair. Le había contado sus descubrimientos en el camino desde el aeropuerto y él se había mostrado satisfecho. Es cierto que no le había sugerido una visita a Ein Kerem, pero... «¿por qué se resistían a investigar en esa dirección?», pensó.

—¡No sé dónde buscaría! —lo dijo con un tono defensivo y algo brusco que alarmó a Samuel—. Pero resulta preocupante que Isaac lo sepa, ¿no lo veis así?

El *professor* intentó hacerla entrar en razón, *su* razón.

—Andrea —comenzó, como el padre que regaña a un niño díscolo—, si quieres que vayamos a visitar ese pueblo, iremos —miró a Martin, que asintió con la cabeza—, pero es del todo innecesario. Esta tarde tendremos una copia del pergamino —volvió a dirigir su vista hacia el director—, y nos aclarará muchas dudas. Entonces nos pondremos en marcha.

«Eso espero», pensó la mujer con las ideas confusas. Algo no encajaba en su mapa mental, aunque todavía no sabía muy bien de qué se trataba. Quizá si hubiera llegado a ver el esbozo de sonrisa que surcó la cara de Martin, habría podido intuir el giro que estaban tomando los acontecimientos.

Isaac había depositado la bolsa de viaje a sus pies y tenía la caja de piedra abierta sobre las rodillas. Intentaba desenroscar la fina lámina de oro con cuidado para no romperla. Era especialmente flexible y, poco a poco, calentándola entre sus manos, había conseguido estirar diez centímetros. Comprobó el grosor que permanecía enrollado y calculó que aún quedarían otros tantos. Volvió a mirar el inicio del texto. Comenzaba con el alfabeto y eso le resultó de lo más natural porque era común que muchos rollos mágicos contuviesen escritas las veinticuatro letras del *abagada*. Los mandeos consideraban que su lectura en voz alta era un conjuro que alejaba a los espíritus diabólicos. Habían dado nombre a ese exorcismo y lo llamaban *a/ abaga*, algo así como *abagar*, que traducido literalmente significaba *abecear*. En realidad se trataba de leer un encantamiento o un hechizo.

—¿Sabías que los mandeos poseen una bonita historia relacionada con estos amuletos? —Ante la negativa de Víctor, el doctor prosiguió—: Cuentan que aquellos que necesitan el consejo divino sobre algún asunto deben escribir las letras del alfabeto sobre veinticuatro pedacitos de oro o de plata y guardarlos bajo su almohada. Cada noche que pasa van retirando una de las letras. Si un día, mientras duerme, el hombre tiene un sueño relacionado con su problema, se considera que el espíritu que pertenece a esa letra le ha hecho una revelación. A partir de ese momento usará el pedacito de oro o de

plata con la letra enrollada en un cordón y lo llevará alrededor de su cuello como un amuleto.

Victor encendió el motor del todoterreno con la historia mandea resonando en sus oídos mientras el profesor continuaba con su traducción de la letanía que acompañaba al alfabeto.

En la distancia los observaba un hombre moreno de ojos verdes con un viejo corte al final de su ceja izquierda. Algunos moratones adornaban el resto de su cara. Sin embargo, sonreía mientras desgranaba las cuentas de su rosario recitando *Allâh al-Muntaqim*, Alá el Vengativo.

El padre Thomas hizo tintinear el llavero que llevaba colgado del cinturón y buscó con sus artríticos dedos la llave que abría el candado de la sala de los baños.

—Sígueme —les indicó a los dos mandeos.

Cruzaron la iglesia y descendieron unas escaleras hasta alcanzar un pequeño patio. Tomaron la puerta que se abría a su izquierda y bajaron a la planta inferior del santuario, hacia la capilla Sur. El anciano los precedía con la llave apretada entre sus manos.

Allí abajo olía a humedad y la leve iluminación los dejó sin palabras. Sobre todo a Naseer, fácilmente impresionable. Mientras el padre Thomas manipulaba el candado, se entretuvo admirando los fragmentos de mosaico que adornaban el suelo del ábside.

—¡Ya está! —dijo el anciano cuando consiguió introducir la llave y la giró dos veces. Retiró la cadena de hierro y la depositó en el suelo, después se volvió hacia los dos hombres—. Avísenme cuando hayan terminado. —Basaam iba a añadir algo, pero el padre Thomas continuó—: Colocaré a uno de nuestros hermanos a la entrada de la capilla para que nadie les moleste. Y le hizo un gesto al sacerdote que le acompañaba para que les ofreciese la linterna que había traído.

—Muchas gracias —fue todo lo que dijo el mandeo.

Cuando el sacerdote abandonó la capilla Sur, Basaam y Naseer empujaron la pequeña puerta de madera, que cedió con facilidad. Naseer se inclinó hasta acabar de rodillas y cruzó su umbral sujetando la linterna con la boca. Le siguió Basaam. Al otro lado se vieron sorprendidos por pequeñas montañas de escombros y por el polvo flotando en el aire. El olor a humedad era mucho más fuerte allí, en los baños.

Aunque Zakaria les había descrito la habitación y les indicó dónde debían buscar el amuleto, se quedaron sobrecogidos al ver el lugar. La cámara había sido excavada en la roca a golpe de cincel por antepasados suyos hacía muchos siglos. Para Naseer era un recinto sagrado y, al ver un par de escalones que descendían hacia la piscina ritual, se dirigió hacia allí. El hueco que debía de ocupar el agua para realizar los bautismos llevaba mucho tiempo vacío, pero aún quedaban restos de humedad en el fondo. Más que verlos con la linterna, los percibía con el olfato. No pudo evitar imaginarse cómo serían las ceremonias celebradas allí. Los feligreses vestirían sus

rastas blancos y los sacerdotes recitarían pasajes del *Ginza*, su libro más sagrado, su tesoro.

Sus dos ritos más importantes eran el bautismo como forma de purificación y la misa de difuntos para ayudar al alma a encontrar el Mundo de la Luz tras la muerte, y Naseer se sentía pequeño, casi diminuto, en aquel recinto que representaba un antiguo lugar de culto que para él palpitaba lleno de una luz espiritual. Estaba emocionado y a punto de llorar cuando su compañero le tomó por el hombro.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo.

El joven se frotó los ojos con la manga de su camisa y dio media vuelta.

Hacia el fondo de la cueva, una elevación de un metro separaba la zona bautismal de un pequeño estrado cuya pared final estaba adoquinada. Naseer se apoyó con las manos para rebasar el escalón y ayudó a subir a su compañero.

A pesar de la linterna que les había prestado el padre Thomas, la oscuridad era casi total. El muro parecía una losa pulida, aunque estaba construido con adoquines de piedra. La erosión, el agua y los años habían fundido unos contra otros y, en muchos puntos, habían desaparecido las líneas divisorias.

El joven tarmida acariciaba con lentitud las piedras deteniéndose cuando localizaba algún saliente. Parecía encontrarse en trance. Basaam le dejaba hacer. Esbozó una pequeña sonrisa, casi invisible, al pensar en la sobrecargada imaginación de Naseer. Seguro que creía que su profeta Juan también había bautizado a sus fieles allí.

—Ayúdame —le dijo al cabo de unos minutos.

Las palabras rebotaron contra las paredes levantando ecos dormidos y distrajeron al tarmida de su ensimismamiento.

Basaam había localizado el adoquín falso y le necesitaba para que lo alumbrase con su linterna. Comenzó a retirar la fina capa de polvo que bordeaba los límites de la piedra y, cuando creyó que ya era suficiente, empujó el adoquín por su parte inferior para que se desprendiera. Lo hizo con facilidad y eso debería haberles sorprendido, pero estaban tan absortos en la importancia de su trabajo que no se percataron de ese pequeño detalle.

Cuando la fina losa cayó en manos de Basaam, su compañero, incapaz de reprimirse, introdujo el brazo con la linterna en el hueco y ambos miraron hacia el fondo.

—Enfoca bien —le indicó Basaam.

El otro movía el haz de luz de arriba abajo y de un lado al otro, pero no lograba ver la pequeña caja de piedra que tenía que estar allí.

—No la veo, ino la veo! —En los labios de Naseer la frase se convirtió en un grito desesperado.

El hotel Jerusalén aún no se había modernizado. La puerta de la habitación era de las que se abrían con una antigua llave de metal. Jamal se alegró de su buena suerte mientras rebuscaba en el bolsillo de su chaqueta un juego de ganzúas. Apenas tardó unos segundos en forzar la cerradura y desaparecer en el interior.

Era una sencilla habitación de hotel. La puerta de la derecha conducía al baño y un corto pasillo, con un espejo y un armario empotrado, desembocaba en una cama doble con dos pequeñas mesillas. Un par de cuadros sobre ellas servían de decoración. En la pared de enfrente había una cómoda antigua con cajones que hacía las veces de escritorio. Una silla y dos sillones con una mesita de centro cerca del balcón completaban el resto del mobiliario.

Al abrir la puerta del baño, Jamal descubrió que Victor era un hombre pulcro y ordenado. Había alineado sobre el lavabo el frasco de colonia junto al after shave y la crema de afeitarse. No se molestó en revolverlo, nadie escondería objetos de valor allí.

Sin embargo, se dirigió con prisa hacia el armario buscando la caja de seguridad. Cuando la encontró vio que estaba abierta y vacía. Se dedicó, entonces, a husmear en la cómoda y en las mesillas. Desparramó unos papeles que había en uno de los cajones, pero no revestían ninguna importancia, eran del hotel. Luego revolvió las camisas y los jerséis de Victor para descubrir un par de libros de turismo. Comenzaba a enfadarse, había registrado gran parte de la habitación y no había encontrado nada que despertara su interés.

Abdul los estaba observando con una media sonrisa que no podía permitirse, le dolía el corte en el labio cada vez que lo hacía. Pero no le importaba, había visto desplegar a Isaac una fina lámina de metal que brillaba como el oro y, aunque no podía oírle, sabía que estaba tratando de traducir un texto. Luego vio una delgada cuerda que sujetaba la hoja enrollada y supo de inmediato que habían encontrado el amuleto. Por eso sonreía; por eso y porque le llevaría la pieza a su jefe. Sería una gran sorpresa para Martin.

Cuando Victor encendió el motor y puso el vehículo en marcha, él arrancó el suyo. Dejó que le adelantaran un par de automóviles antes de seguirle sin perderlos de vista. Comprobó que tomaban la calle principal para salir del pueblo. «Será perfecto», pensó.

La cadena de colinas que corre desde Jerusalén hacia el oeste se estrecha en un largo brazo en el este en cuyo extremo se encuentra Ein Kerem. La ciudad se extendía sobre las colinas circundantes y sobre el fondo de un pequeño valle. A vista de pájaro, se observaban las carreteras y los caminos serpenteantes entre montes y terrazas de cultivo, con pendientes peligrosamente inclinadas. Y antes de alcanzar Jerusalén había un par de curvas en las que convenía conducir con cuidado. Abdul lo sabía. El más mínimo error a una velocidad inadecuada podía desembocar en un contratiempo indeseable.

Al poco de dejar atrás el pueblo, uno de los vehículos que precedía al hombre del CSJ giró hacia la izquierda internándose por un camino de tierra. El otro adelantó al viejo todoterreno verde que circulaba demasiado despacio. Abdul miró por el retrovisor y comprobó que estaban solos en la carretera. Decidió que era el momento de actuar y pisó el acelerador. Su coche era más potente y también mucho más nuevo que el de su adversario. Poco a poco fue

acortando la distancia que los separaba hasta que le rozó con su parachoques y comenzó a empujarle. Victor miró por el espejo, alarmado al sentir la presión.

—¡Es el de la tumba de Absalón! —exclamó.

El doctor no hizo ademán de comprobarlo. Empalideció de repente mientras guardaba el amuleto en su bolso y lo apretaba con fuerza junto a su pecho. Esperaba lo peor.

—Ten mucho cuidado —murmuró muerto de miedo, como si aquellas tres palabras constituyeran un exorcismo lo suficientemente poderoso como para protegerlos.

El joven le mostró una sonrisa de circunstancias. No podía hacer gran cosa en aquella carretera estrecha, llena de socavones y con árboles centenarios custodiando sus bordes. Lo único que se le ocurrió fue apretar a fondo el acelerador y, cuando lo hizo, el vehículo comenzó a quejarse. Victor sintió que todo en él se resentía del esfuerzo.

Abdul aumentó aún más su velocidad, pero con medida. Empujaba al todoterreno lo suficiente para que su conductor estuviese concentrado en manejarlo y no previera lo que iba a suceder a continuación. No deseaba que se percatase con antelación de lo que le esperaba en la próxima curva.

El viejo automóvil de Said iba al máximo de sus fuerzas. Victor intentaba que el otro no le empujase porque podría sacarle de la carretera con facilidad y los árboles que la bordeaban estarían esperándolos para frenarlos en seco. Sabía que el todoterreno no resistiría el golpe.

Se acercaba una curva cerrada. Isaac le avisó. Victor pisó el freno. Los ejes chirriaron. Las ruedas dejaron la mitad de su caucho sobre el asfalto, pero Abdul continuaba empujando con calculada precisión. El todoterreno coleó al entrar en la curva y pretendió tomarla recta. El joven reaccionó y enderezó el vehículo a tiempo de golpear la parte trasera contra un tronco macizo. Casi suspiraron al unísono.

Sin embargo, Abdul derrapó y su automóvil, más pesado, no respondió igual de bien. La potencia que le había exigido le cobró factura y las ruedas traseras le jugaron una mala pasada. Cuando consiguió recuperar el control comprobó que se había dejado parte de la chapa contra un árbol y el maletero parecía un acordeón. Le preocupó haberse quedado atascado contra el centenario ciprés, pero metió la marcha atrás y pisó el acelerador. Las ruedas giraron en el aire unos segundos y luego se afianzaron en la tierra hasta salir de nuevo a la carretera.

Vio cómo se alejaba el todoterreno. Tenía que alcanzarlo antes de que llegara al próximo desvío, allí la pendiente caía de forma más pronunciada y era el lugar idóneo para sacarlo del asfalto y dejarlo varado en una de las terrazas de cultivo. Aceleró.

Isaac tenía el miedo en el cuerpo y se agarraba con fuerza a su bolsa como si fuera un flotador de salvamento. Su compañero lanzaba vistazos al espejo retrovisor casi rezando porque el otro vehículo se hubiera quedado atascado en la tierra al borde de la carretera, pero habían celebrado su victoria demasiado pronto. Lo vio avanzar con

rapidez hacia ellos y ya no tuvo ninguna duda de que no llegarían a la carretera principal. Les daría alcance mucho antes.

Los ojos verdes de Abdul enfocaban el todoterreno de forma hipnótica, como si fuese su mirada, y no la potencia de su motor, la que reducía la distancia que los separaba. Lo tenía a veinte metros y aumentó la velocidad. Comprobó el velocímetro y calculó que Victor entraría en la siguiente curva a cien por hora, bastaría un leve impulso para enviarle al fondo del valle. El hombre del CSJ pisó aún más el acelerador pensando que al investigador no le quedaría más remedio que continuar recto.

Fue un segundo decisivo.

—¡Agárrese! —le gritó Victor al anciano.

Al tiempo que rugió sus palabras, giró el volante con determinación, pero no hacia la derecha como esperaba su perseguidor, sino a la izquierda. Iba directo hacia el grueso tronco de un pino. Isaac cerró los ojos con fuerza temiéndose lo peor.

Victor intentó detener el vehículo y hundió el freno en el suelo, pero el todoterreno no se clavó a la tierra como él había esperado. En contra de su previsión, avanzó a cámara lenta unos metros más acercándose al tronco de un grueso árbol, levantó nubes de polvo a su espalda enturbiando el aire y dejó que crujiera cada una de sus piezas antes de detenerse. Los dos hombres cabecearon hacia delante con violencia y el joven sintió la presión del volante en su estómago.

Aunque Abdul vio cómo el todoterreno giraba hacia su izquierda, él no pudo reaccionar a tiempo y continuó en línea recta. Pisó el freno y echó su cuerpo hacia atrás en un intento desesperado de reducir la velocidad, pero el vehículo se salió de la carretera cabeceando un par de veces al tropezar con algunas piedras y terminó su carrera al borde del precipicio. Colgaba sobre una terraza de cultivo construida en la pendiente de la colina y se mantenía en precario equilibrio balanceándose sobre las ramas de unos frutales viejos. Su suerte dependía de la resistencia de esos árboles.

—¡Tenía que estar! —le decía Naseer. Su voz era ahora un murmullo apagado muy cercano al llanto—. ¡Tenía que estar! ¿Me oyes?

Basaam le oía perfectamente, pero también estaba intentando escuchar el sonido de su móvil y no conseguía comunicarse con el ganzebra. Ya había realizado tres intentos y una voz femenina grabada le informaba de que «el número al que usted llama está fuera de cobertura o está apagado». Lo intentó una cuarta vez. Miró la hora en su reloj y pensó que Zakaria ya debería haber bajado del avión.

—¡Tenía que estar! —repitió Naseer en un susurro.

Debería haber estado, pero la pequeña caja de piedra que protegía el amuleto no estaba. El padre Thomas les confirmó que nadie había tenido acceso a los baños rituales y que la única llave del candado que existía era la que él guardaba. Volvió a mostrársela cuando lo dijo para imprimir más énfasis a sus palabras.

—Nadie ha podido acceder a los baños sin mi permiso —afirmó levantando la llave.

Pero alguien había entrado. Los dos hombres estaban desolados, aunque el joven era el que más le preocupaba y el anciano le ofreció una infusión calmante que rechazó. Después de eso abandonaron la iglesia y ahora estaban intentando contactar con su obispo.

«¡Por fin!», pensó Basaam. El teléfono le había dado tono. Aguardó unos segundos y alguien descolgó al otro lado de la línea.

—¡Zakaria!

No llegó a oír la respuesta, la comunicación se cortó.

Estaban llegando al barrio de Yemin Moshe. Ya podían distinguirse sus plácidas casas de piedra y los árboles centenarios que la rodeaban. Incluso las aspas de su típico molino de viento, como los de Holanda, cuyo cometido había consistido en moler la harina para el hospicio judío de 1865.

Habían acordado no denunciar al hombre, de momento, porque tendrían que dar demasiadas explicaciones a la policía y, desde luego, entregar el amuleto a la Autoridad de Antigüedades de Israel.

Victor estacionó el vehículo en el parquin con la intención de acompañar a pie al doctor hasta su residencia, pero él se lo impidió.

—Estoy bien —le garantizó.

Era cierto que ya no temblaba, aunque continuaba sujetando su bolsa de piel contra el cuerpo de forma compulsiva.

—Estoy bien —repitió el anciano más seguro al comprobar que el joven no terminaba de creerle.

Ninguno había sufrido daños en la carretera de Ein Kerem, pero Victor no se fiaba, sabía que Isaac tenía tres baipases en el corazón y si el susto no le había pasado factura todavía, aún estaba a tiempo de hacerlo.

—Vamos, le acompañaré —dijo cerrando la puerta del vehículo a su espalda.

—No es necesario —insistió el doctor—. Iré dando un paseo.

Cuando estaba a punto de marcharse, se giró, abrió su bolsa y extrajo la pequeña caja de piedra.

—Ten —le ofreció al joven—, es preferible que la guardes tú.

Al tomarla, Victor acarició con las yemas de sus dedos los ásperos bordes de la inscripción y miró al anciano.

—Es... hermosa —dijo, al no poder encontrar otro adjetivo más adecuado—, y parece brillar.

La caja de piedra no brillaba, pero con los últimos rayos de la tarde alguna de sus vetas parecía refulgir.

—Como si fuera magia —añadió Isaac mirándola.

Pero aquella palabra no surtió el efecto deseado y ninguno de los dos se rió, demasiado preocupados para apreciar el chiste.

—¿Por qué todo esto, doctor? —le preguntó de pronto Victor.

El investigador no lograba entender el objetivo final de aquella aventura, la persecución, el amuleto...

Isaac dejó vagar su vista un instante hacia los árboles que bordeaban Yemin Moshe y luego le contestó abatido.

—No lo sé.

—¿Y si la leyenda fuera cierta? ¿Y si sus palabras tuvieran poder? —La mirada que le dirigió el anciano le hizo explicarse mejor—. No me refiero al poder de cambiar el mundo o de mover montañas, pero ¿por qué no leemos entre líneas? ¿Es posible que ese poder en el que creen los mandeos se encuentre dentro del alfabeto? —Y remarcó la palabra *dentro* cuando la pronunció.

Recordó al instante cómo había encontrado una copia de la inscripción de la tumba *dentro* del Himno del Bautista.

—No te entiendo muy bien. ¿Te refieres a que los mandeos han usado su alfabeto para esconder en él algún tipo de conocimiento?, ¿una clave?

—¿Por qué no? No he dejado de darle vueltas a la conexión que puede existir entre ellos, el Bautista y los esenios. Y ese vínculo tiene que ofrecernos por fuerza una respuesta a nuestro rompecabezas.

—El nexo de unión con Juan es evidente —repuso el doctor—, pero relacionarlos con los esenios es bastante más complicado.

—No tanto. Si nos atenemos a que ambos grupos religiosos eran gnósticos y vivieron durante el siglo primero de nuestra era en Jerusalén y Jerusalén era una ciudad pequeña, entonces tenían que haberse conocido y, probablemente, se habrían tratado.

—¿Adónde nos conduce tu hipótesis? —quiso saber Isaac.

El investigador buscaba en su mente la respuesta a esa pregunta, pero por el momento no tenía ninguna que ofrecerle a Isaac, solo contaba con conjeturas.

—Aunque los mandeos no tengan tesoros —hilaba su sospecha—, ha de haber algo más detrás de ese alfabeto que lo vuelva tan importante. Estará de acuerdo conmigo en que, en caso contrario, los Cristianos de San Juan no se molestarían en absoluto. —El anciano asintió, en eso sí que estaba de acuerdo con Victor—. Cabe la posibilidad —prosiguió— de que hubieran escondido o guardado algo de gran valor que no era suyo, que pertenecía a otros.

—Entonces los mandeos actuarían únicamente como depositarios.

Esa era, expresada de manera exacta, la idea que rondaba la cabeza del investigador.

—Creo que su amigo, el doctor Cohen, podría ayudarme. Si está buscando un tesoro, es posible que haya oído hablar de otros. ¿Tiene su número de teléfono?

Isaac vio en sus ojos la misma mirada que le ofrecía Elijah Cohen cada vez que hablaban de sus avances en el yacimiento cuando suponía que pronto aparecería alguna prueba incontrovertible que le llevaría hasta el descubrimiento de su vida.

—Apunta —le dijo—. Quizá tengas razón.

Después, Isaac volvió a observar los árboles que rodeaban su barrio y sintió que la debilidad le embargaba; necesitaba descansar, ya era un poco viejo para aquellas correrías. Se despidió del joven con intención de irse, pero Victor se lo impidió.

—Aguarde, le acompañaré.

—No es necesario, me encuentro bien. —Hizo un gesto cómico palpándose todos los huesos para comprobar que estaban en su sitio y ahora sí que fue capaz de arrancarle una sonrisa al joven.

Al final, Victor no tuvo más remedio que aceptar su decisión y le vio alejarse despacio. No se atrevió a insistir de nuevo. A pesar del día que habían pasado no le vio andar encorvado. Continuaba erguido, como si todo hubiese sido un sueño. Le acompañó con la mirada hasta que su figura se perdió entre las primeras casas. Después subió al todoterreno de Said, que no se encontraba en tan buen estado como ellos, y abandonó el aparcamiento.

Al doctor Ben Shimon nunca le había importado que un decreto impidiese la entrada de los vehículos a motor en su barrio. El ayuntamiento había construido cuatro aparcamientos públicos en los alrededores, más que suficientes para los vecinos. Y ahora le importaba menos que nunca: aprovecharía el corto paseo hasta su casa para terminar de relajarse. Luego se prepararía una taza de té, vertería una nube de leche en ella y dejaría pasar lo que quedaba de jornada escuchando a Vivaldi y arreglando los arriates de la entrada.

Solo necesitó quince minutos para alcanzar la pequeña cancela de hierro, subió los cuatro escalones e introdujo la llave en la cerradura. En ese momento ya supo que algo andaba mal. El cerrojo de seguridad no estaba echado.

Al abrir la puerta por completo vio los cajones del armario de la entrada desencajados y su contenido esparcido por el suelo. Pasó al salón y cruzó con rapidez hacia su despacho. Se quedó boquiabierto, sin poder reaccionar.

Parecía que un vendaval había asolado la habitación. Sus notas estaban desparramadas por la mesa, el ordenador volcado, los libros de las estanterías tirados... Se dejó caer abatido en el sillón de su escritorio y respiró con lentitud intentando controlar los latidos de su corazón mientras contaba hasta diez. Repitió otra serie y se palpó el pecho. Ahora golpeaba más despacio.

Cuando consiguió recuperar el aliento levantó algunos papeles y carpetas, todo estaba revuelto pero no echaba nada en falta. «¡Las notas sobre Absalón!», gritó su cerebro de repente. Se giró sobre el asiento y no fue necesario buscar el dossier sobre el Bautista. El falso cuadro estaba separado unos centímetros de la pared y la caja de seguridad abierta. Su investigación había desaparecido.

En realidad, no le preocupaba la falta de los documentos, estaban archivados en el ordenador y podría obtener las copias que necesitase, incluso había escaneado los papeles de Victor, lo que le inquietaba era saber quién los había robado.

Levantó el auricular del teléfono de su despacho y marcó el móvil del investigador. La línea dio el primer tono. Aguardó. A la décima señal saltó el contestador automático. Volvió a intentarlo de nuevo, pero tampoco tuvo suerte.

Se puso en pie para prepararse un té con leche y, mientras calentaba el agua, telefoneó a la policía.

Jamal se colocó en el centro de la habitación y comenzó a fijar su mirada en cada una de las paredes, de arriba hacia abajo, peinando la zona con cierta profesionalidad. Cuando llegó al armario empotrado se percató de que tenía paneles superiores que llegaban hasta el techo. Se mesó el grueso bigote y sonrió al aire, seguro de que los papeles estaban allí.

Acercó la silla del escritorio al armario y se encaramó a ella. Abrió las portezuelas y le cayó encima un almohadón que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Tanteó el hueco y encontró un par de mantas de repuesto y otra almohada que arrojó sobre su espalda.

Al ponerse de puntillas no vio nada más, pero no se rindió. Apoyó las dos manos sobre la base superior del armario y se alzó unos centímetros. Al fondo había un portafolios negro. Estiró uno de los brazos todo lo que pudo hasta quedarse en un precario equilibrio; sin embargo, no lograba alcanzarlo.

Entonces se bajó de la silla y la apartó. Se dirigió hacia la cómoda, barrió con el brazo todos los objetos que había sobre ella y la empujó hacia al armario. Colocó la silla encima y se subió, solo cuando introdujo medio cuerpo dentro del estante consiguió alcanzar el portafolios.

Ya en el suelo, lo abrió. Contenía papeles y documentos cuyo idioma no sabía leer. Casi al final del dossier vio unas cuantas fotografías de la tumba de Absalón y de su inscripción. Aquello sí lo entendía.

Acababa de guardar el portafolios bajo su brazo cuando oyó que manipulaban el picaporte de la puerta, solo tuvo tiempo de huir hacia el balcón.

Victor vio la cómoda fuera de su sitio y la silla volcada al tiempo que un hombre se abalanzaba hacia el fondo de la habitación y reaccionó con rapidez. No hizo falta que comprobara sus pertenencias para saber lo que le habían robado.

Corrió tras él saltando por encima del mueble y estuvo a punto de alcanzarle cuando resbaló. Se incorporó sin perder un segundo y salió al balcón, pero el hombre había aprovechado un viejo canalón pegado a la pared y descendía hacia la planta inferior con riesgo de romperse la cabeza.

Victor se encaramó a la desvencijada tubería para seguirle, pero comprobó que no ofrecía ninguna seguridad y prefirió no arriesgarse. Vio cómo el ladrón saltaba de un balcón a otro y alcanzaba la planta baja para perderse entre las callejuelas de Jerusalén.

El nerviosismo que había sufrido Naseer esperando al taxi para desplazarse a Ein Kerem no fue nada comparado con el que sentía ahora. Paseaba de arriba abajo de forma compulsiva en el patio de la casa donde se alojaban. Su queja cien veces repetida de «tenía que estar» se había convertido en una letanía que repetía una y otra vez en murmullos.

Culpaba a la malvada ciudad de Jerusalén y a Ur, el hijo de Ruha. Estaba seguro de que las fuerzas del mal se habían aliado contra ellos para impedirles renovar el poder de su alfabeto. Los demonios deseaban el mal para ellos, querían confundir a los hombres. Naseer lo sabía, sabía que algo saldría mal, tenía que haber estado preparado para ello. «Los espíritus del mal no nos dejarán realizar el ritual, ya se lo dije a Basaam, pero él no me prestó la atención suficiente. Y, ahora, ¿qué haremos? Sin el alfabeto tampoco podremos alcanzar el Mundo de la Luz.»

Su primera y su última letra, una «a», representaba el Principio y el Fin de todas las cosas, pero también indicaba que todo volvía a sus orígenes. Ahora no podría devolverlos a ellos a los suyos. No solo no restaurarían el poder, tampoco encontrarían el mundo de donde procedían, el Mundo de la Luz. Y aquello sí que asustaba a Naseer. El terror se apoderó de él al pensar que vagaría durante eones por el cosmos, asaltado por todos los demonios, hasta el día del juicio final, el Gran Día del Fin. Ese día todos serían rehabilitados, incluso los seres luminosos caídos, como Jofamin o Ptahil, o todos aquellos que moraban en el Infierno, y entonces podría volver al Mundo de la Luz.

Aquel último pensamiento le confortó de alguna manera, aunque pasara mucho tiempo, el Gran Día del Fin un mensajero conduciría su alma desde el mundo de la oscuridad hacia el Paraíso. Y ese día solo existirá el Mundo de la Luz y los sufrimientos habrán terminado. Con esa idea en la cabeza volvió a recitar su pesada letanía: «Tenía que estar, tenía que estar».

Basaam se había sentado sobre una pequeña butaca y le observaba en su ir y venir sin poder calmarle. Había apoyado los brazos sobre las rodillas y tenía las manos entrelazadas bajo la barbilla. En ocasiones se sujetaba la cabeza como para poder sostener el peso de sus pensamientos en el cerebro. No había conseguido contactar con Zakaria Asgari, aunque eso carecía de importancia ya. No tardaría mucho en aparecer por la puerta. Hacía más de hora y media que su avión había aterrizado en el aeropuerto Ben Gurión y un taxi apenas tarda cuarenta minutos en llegar a Jerusalén.

El sacerdote volvió a comprobar la hora en su reloj de pulsera mientras su compañero continuaba paseando apesadumbrado por el patio.

Cuando alguien golpeó con seguridad la aldaba de la puerta, Naseer se abalanzó sobre ella y la abrió. Al ver al ganzebra dejó de murmurar y se echó en sus brazos.

—¡Tenía que estar!

El anciano no le entendió, pero comprendió la situación con rapidez al observar a Basaam con los hombros caídos mirándole como si todo hubiera acabado.

—¡Tenía que estar! —repitió en un lamento el más joven.

Zakaria le acarició el pelo y palmeó su espalda para tranquilizarle.

—Ayúdame a llegar hasta una silla.

Acercó una pequeña banqueta y ayudó al anciano a sentarse. Después trajo otras dos para Basaam y para él.

—¡Tenía...!

—Lo sé, lo sé —le interrumpió el obispo con la voz tranquila—. Tenía que estar. —Y continuó con la mano posada en su cabeza. Aquello parecía tranquilizar a Naseer. Utilizó la que le quedaba libre para apoyarla en una rodilla del otro sacerdote—. ¿Qué ha pasado?

—El amuleto ha desaparecido —le respondió sin poder mirarle a los ojos. Basaam parecía más viejo que el propio Zakaria.

—¿Habéis visto a alguien robarlo? ¿Tenéis alguna sospecha?

—No. Simplemente no estaba en el hueco de la pared. ¿Qué vamos a hacer ahora? No podemos retrasar el ritual.

—Continuaremos como si nada hubiera pasado —le contestó el ganzebra con la voz cargada de paz. Parecía que, en efecto, no había pasado nada.

El anciano fue consiguiendo, poco a poco, apaciguar el ánimo de los hombres. Aunque a él también le había afectado la pérdida del amuleto, sabía que enfurecerse o entristecerse no cambiaría la situación.

—Esta noche nos purificaremos, mañana iremos a la gruta, vestiremos nuestros *rastas* nuevos y realizaremos el rito hasta donde podamos. La Luz nos ayudará.

Confiaba en la Luz, su Luz, esa que rodeaba todo lo divino y a la que habrían de volver tras su muerte. El señor que gobernaba el mundo del bien, Mana Rabba, y sus *uthras* luminosos los ayudarían en su difícil empresa. Confiaba en ello.

—Pero no servirá —se quejó Naseer en voz baja.

—Eso no lo sabemos, muchacho. Hoy haremos lo que tenemos que hacer y mañana haremos lo que habíamos planeado, y del resto se encargarán Mana Rabba y sus *uthras*. Ellos velarán por nosotros y guiarán nuestros pasos.

Había apelado a Mana Rabba, el ser supremo, y a sus seres luminosos, los *uthras*. Un cristiano habría pedido ayuda a Dios y a su corte de ángeles celestiales.

La policía llegó al hotel en menos de quince minutos. Para entonces, Víctor ya había metido en su mochila los objetos de aseo personal y algo de ropa limpia; firmó los documentos que le pidieron e interpuso la denuncia por el robo alegando que no echaba en falta ninguno de sus bienes y que no conocía al ladrón ni le había visto la cara.

Mintió con descaro, pero no tenía forma de probar que los informes que se había llevado eran de su propiedad y, además, verse involucrado en una investigación policial le impediría salir del país. Prefería que ellos dieran el caso por cerrado antes siquiera de haberlo abierto.

Sin embargo, sí conocía al ladrón. O al menos eso creía. «¿Dónde he visto antes a ese tipo con una camisa de rayas naranjas?», pensó. Revolvió entre sus recuerdos mientras conducía hacia el comercio de su amigo Said, pero no lograba recuperar de su memoria el lugar y el momento en que ese hombre le había resultado extraño y había llamado su atención.

Poco después, Said Alami le recibía con un fuerte abrazo en la puerta de atrás, la que daba paso directamente a su vivienda sin tener que atravesar la tienda.

—Siento lo del todoterreno —se disculpó señalando las nuevas abolladuras en su chapa.

El palestino le empujó hacia dentro de la casa restando importancia a los golpes.

—Mañana mismo lo llevo a un taller para que lo reparen. Te lo devolveré como nuevo.

—Ya lo haré yo —le respondió su amigo palmeando con resignación la espalda del joven.

Le gustaba ser el único que arreglara su viejo vehículo y, cuando era necesario, echaba mano de un mecánico conocido suyo, pero estando siempre presente en todas las reparaciones que se llevaban a cabo. El viejo land rover había sido un capricho de hacía treinta años, cuando apenas si podía permitirse un lujo como aquel, y el automóvil le había servido bien. Lo arreglaría con cariño hasta el día en que se negase a andar. Dio por zanjado el asunto y miró a su amigo de arriba abajo para comprobar que el todoterreno le había protegido bien.

—¿Qué ha pasado?

—Han intentado echarnos de la carretera.

Mientras subían la escalera hasta llegar al patio de la azotea, Víctor le contó lo que había sucedido. El anticuario no dejaba de echarse las manos a la cabeza. Pensaba que el investigador estaba loco, pero el viejo Isaac no se quedaba atrás.

Se sentaron en unas mullidas butacas de mimbre en la parte acristalada de la terraza. Podían disfrutar de la espectacular puesta de sol que doraba los tejados del viejo Jerusalén. A través de sus rayos, las flores fucsias de la buganvilla parecían talladas en oro rojo.

Apenas cinco minutos después apareció la hija mayor de Said con una tetera hirviendo y un par de vasos labrados. El hombre echó en falta la bandeja de pastelillos de pistacho, pero se resignó, ya los comerían de postre después de cenar. Se pasó la mano por su abultada barriga. Tenía la profunda convicción de que su mujer le había puesto a régimen sin consultarlo con él.

—El del coche debe de ser Abdul. Es la mano derecha de Martin Crown —le comentó a Víctor mientras servía el té y le añadía unas hojas de menta—. El otro, el de la camisa de rayas, creo que es su primo Jamal. Le reservan para los trabajos más básicos.

Víctor le miró intrigado, preguntaba con la mirada por qué habían intentado echarlos de la carretera.

—No lo sé —le respondió ofreciéndole su té y el azucarero—. Pero estoy seguro de que sabéis algo que no deberíais. O ellos creen que lo sabéis —añadió.

Volvió a su asiento y calentó las palmas de sus manos al contacto con el vaso. La noche primaveral se auguraba algo fresca. No dijo una sola palabra mientras el joven le contaba sus nuevos descubrimientos en Ein Kerem, pero le miró con especial atención cuando comenzó a describirle el amuleto.

—Isaac dice que es auténtico. A simple vista no ha podido datarlo con precisión, pero por el tipo de escritura ha deducido que tuvo que ser elaborado entre los siglos I y III de nuestra era.

Mientras hablaba sacó la caja de piedra blanca de su mochila y le mostró al anticuario la letra inscrita en su tapa antes de retirarla.

—Es una «d», en mandeo —le aclaró.

Después tomó la funda de cuero, que parecía de reciente factura a pesar de los estragos que había producido la humedad en ella y la abrió. Extrajo con mucho cuidado el canutillo de oro enrollado sobre el cordón y comenzó a desplegarlo con exasperante lentitud.

Said se levantó y encendió las luces de la terraza. Apenas si tardó tres segundos en llegar hasta el interruptor y en volver. Seguía con mucha atención el proceso de su amigo. Cuando el investigador ya había alisado unos diez centímetros, se detuvo y le pasó el amuleto. Los ojos del árabe casi se salieron de sus órbitas y a Victor le pareció que su aguileña nariz de comerciante se afilaba hasta el infinito.

—Dejadlo ahora, esos tipos os van a matar —anunció en un tono cargado de pesimismo.

Sin embargo, ni él mismo estaba seguro de que hubiera que dejarlo. Su instinto mercader le indicaba que allí había algo que merecía la pena, y mucho. Estaba dispuesto, incluso, a no volver a tocar un solo pastelillo de pistacho el resto de su vida si aquello resultaba ser cierto.

—¿Qué es? —le preguntó Victor señalando el rollo de oro.

—Es como si me hubieras traído un clavo de la cruz de Cristo, pero en versión mandea. Algo así como la escudilla con la que bautizaba Juan. Esto no se puede vender, es para exponerlo en un museo —dijo suspirando.

En ninguno de sus más de cuarenta años como traficante y después como vendedor legal de antigüedades se había topado con una pieza como aquella. Su precio en el mercado negro sería altísimo y no por su cantidad de oro, pero hay objetos que deben pertenecer a todos. Hace siquiera un par de años ni se le habría ocurrido pensar aquello. «Me estoy ablandando con la edad», supuso.

—Pero ¿qué es en realidad? —insistió el joven.

—El doctor debe de suponerlo. ¿No te lo ha dicho? —Ante el gesto negativo de su amigo, prosiguió—: Lo habrá hecho para protegerte, pero si los del CSJ saben que lo tenéis, no hay protección posible. —Victor continuaba mirándole y Said le ofreció una explicación—. Yo tampoco estoy seguro. —Se cubrió las espaldas, aunque sí lo estaba. Le dio un par de vueltas a la lámina de oro y observó la cuerda que lo sujetaba—. Isaac tiene razón, es auténtico y pertenece al siglo I. Podría decirte que se escribió poco antes de la muerte del Bautista.

Ahora fue Victor quien abrió los ojos y no perdió ni una coma de lo que decía Said. Jamás supuso que su amigo conociera tan bien ese período de la historia.

—¿Te ha contado Isaac la leyenda? —le preguntó como si solo existiera una. El otro asintió con la cabeza—. ¿Y te ha contado lo que es capaz de hacer el amuleto? —La negativa del joven le instó a

continuar—. Posee el conjuro más poderoso. Contiene dentro de él la magia más grande.

«Eso ya lo sabía», pensó. Lo que Víctor no sabía era si echarse a reír o permanecer impassible, pero su amigo, de risa fácil, no mostraba el menor síntoma de estar gastándole una broma y eso le desconcertó.

—¿Y qué se consigue con esa magia?

—Nadie lo sabe —le respondió encogiéndose de hombros y dejándole sumido en una total perplejidad.

—Entonces, ¿por qué es tan importante?

—Tampoco lo sabemos. Tendríamos que preguntárselo a... —De pronto le vino a la cabeza la inesperada visita de los mandeos. Su desmesurado afán por hacerse en persona con el último cuenco que encontró le había sorprendido, pero ahora comenzaba a entenderlo—. Tendríamos que preguntárselo a los mandeos —finalizó la frase.

Fue entonces cuando relacionó los dos hechos. Los iraquíes no habían acudido a Jerusalén solo para comprar una vieja pieza de cerámica. Había algo más. «Los del CSJ andan muy revueltos y Víctor e Isaac han metido el dedo en la llaga», pensó contemplando el amuleto.

—Va a ocurrir algo —fue todo lo que dijo en voz alta.

Y Said quería estar presente cuando eso sucediera. Su relación con el joven investigador siempre le había deparado buenas piezas con las que aumentar sus ahorros y dejar a sus hijos bien situados. Era consciente de que no podría quedarse con el amuleto, pero, «quién sabe, podría llevarnos a otros descubrimientos», pensó.

Ya estaba cansado de atender a los turistas y de oír sus gritos en la planta baja emocionándose ante babuchas de colores que costaban dos euros. En los últimos años se había despreocupado de la tienda y la había dejado en manos de sus hijos. Él se encargaba de su museo, su verdadera pasión, piezas de calidad para buenos coleccionistas. El hecho de que el negocio fuera bien le permitía no tener que ensuciarse las manos ni arriesgarse en exceso como había hecho en el pasado. Además, le ofrecía la posibilidad de meterse en algunas aventuras, sin demasiado riesgo, que poder contar a sus vecinos.

Esbozó una sonrisa suave. En la calle del mercado le tenían por un héroe local y él no lo desmentía. Siempre que podía entretenía a los comerciantes de los alrededores con sus fábulas de arqueólogo aficionado mientras bebían té. Estaba deseando que sus pequeños nietos crecieran un poco, lo suficiente como para que pudieran entenderle y, entonces, también los entretendría a ellos con sus cuentos.

Aquella investigación de Víctor le ofrecería muchas nuevas historias para distraerlos. Estaba seguro, el investigador tenía algo importante entre sus manos. Y él no quería perderselo.

El interfono sonó dos veces, pero Martín no pulsó el interruptor para contestar. En cambio, se incorporó de su sillón y pidió disculpas a Samuel y a Andrea antes de abandonar el despacho.

Afuera le esperaba Jamal, sudoroso y con la respiración entrecortada.

—¿Lo tienes?

El hombre asintió con la cabeza y le entregó un portafolios negro.

—Bien —le dijo al tiempo que le palmeaba la espalda—. Ahora ve a descansar, si te necesito te llamaré.

A continuación se dio media vuelta y volvió a su despacho. Entró con una sonrisa demasiado pequeña, pero Samuel supo interpretar su gesto.

—Ha llegado el mensajero —confirmó Martin al tiempo que le guiñaba un ojo que Andrea no pudo ver.

Sinclair se incorporó de su asiento y se acercó a él tendiéndole sus manos para recoger la carpeta negra.

—El pergamino —anunció en voz alta dirigiéndose a Andrea.

Se sentía muy satisfecho de sí mismo y mostraba cara de satisfacción.

A la mujer le desagradó la expresión de su rostro. Nunca le había gustado aquel hombre. A pesar de su rechazo personal, recogió el dossier que le ofrecía Samuel y lo abrió con rapidez. Comenzó a desplegar su contenido sobre la mesa del despacho inundándolo de papeles. Por un instante se preguntó cómo el *professor* conseguía todo lo que se proponía, pero sus dudas pasaron a un segundo plano con demasiada rapidez. Detrás de sus ojos violetas solo ocultaba su insaciable necesidad de saber y, con los nuevos documentos en sus manos, dejó de pensar en lo demás.

—Fotografías de Absalón —comenzó a enunciar el contenido, aunque hizo una pequeña acotación—, las nuestras son mejores. Unos apuntes manuscritos, la traducción... —Pero entonces se detuvo—. ¡El Himno del Bautista!

—Así que el investigador lo había encontrado... —murmuró Samuel confirmándose a sí mismo que había sabido elegir a los mejores para su búsqueda.

Andrea, ajena a la expectación que levantaba, alzó la copia con las dos manos y comenzó a leerla. Cuando finalizó volvió a mirar la hoja de papel con una visión más profesional y, aun tratándose solo de una copia, distinguió con claridad algunos trazos borrosos entre las líneas que no era capaz de descifrar.

Como no podía obtener nada más de ese documento, lo depositó sobre la mesa y tomó el siguiente. Entonces esbozó una sonrisa enorme y sus ojos brillaron más intensos que nunca.

—¡El pergamino! —anunció a los dos hombres que observaban sin perder detalle de cada uno de sus movimientos—. Bueno, una copia —rectificó al ver que Samuel se abalanzaba sobre ella olvidándose de cojear—. Está en griego —adelantó—, no en arameo como habíamos supuesto en un principio.

Después leyó en voz alta sus ocho líneas y se sintió decepcionada. Los dos hombres también.

—Es una simple copia de las dos inscripciones de la tumba de Absalón —dijo con la voz apagada—. No nos dice dónde encontrar el amuleto.

Aunque contenía el texto completo del segundo grabado del mausoleo, ya habían sido capaces de descifrar lo más importante de él gracias a sus propias fotografías. El hecho de que no les indicara cómo proseguir la investigación les defraudó. Parecían haber llegado a un punto muerto.

El brillo de los ojos de Andrea había desaparecido. Ni siquiera se alteró cuando el móvil de Martin comenzó a sonar con insistencia alterando el silencio que se había instalado en la sala.

Con la noche cerrada sobre los tejados del viejo Jerusalén, la buganvilla de la terraza parecía una masa informe y lúgubre donde ya no se distinguían sus hermosas flores rosas pero sí sus ramas inclinándose amenazadoras. Victor sintió un escalofrío y notó cómo se erizaba el vello de su nuca. Comenzaba a comprender dónde se habían metido.

—Hace unos años se descubrió una cueva a siete u ocho kilómetros de Ein Kerem —le contó Said, pero aquello no le decía nada al investigador—. El arqueólogo que dirige la excavación ha anunciado que es la misma en la que Juan el Bautista bautizaba a sus seguidores.

—Ya —bromeó Victor intentando alejar el miedo que sentía—, ¿y han encontrado su escudilla?

El anticuario también rió, pero era una risa de compromiso.

—Aparte de restos de los cruzados y de los bizantinos, han hallado cerámica de la época romana. —El semblante de Victor era de incredulidad, pero sabía que si algo de importancia aparecía en los alrededores de Jerusalén, su amigo era de los primeros en enterarse y su información sería verídica aunque ignoraba adónde pretendía llegar—. Las vasijas estaban rotas —continuó Said—. Los judíos solían usarlas para purificarse con el agua y después las arrojaban al suelo para destruirlas porque ya no podían contener líquidos impuros. —Victor no seguía con mucha atención lo que decía—. Yo no creo que se trate de rituales judíos. —Ahora sí que le escuchó.

—¿Mandeos? —aventuró el investigador adelantándose en su sillón.

—Mandeos —suspiró afirmativamente su amigo—. Se trata de cuencos mandeos.

—¿Mágicos?

Said asintió con la cabeza.

—Destruídos porque no eran perfectos. Una de las versiones de la leyenda que te contó Isaac dice que las tres vasijas verdaderas se elaboraron en una cueva de agua corriente. ¿Conoces la importancia del agua en movimiento para ellos? —inquirió—. Es la Vida, con mayúsculas. El agua que fluye es la Vida que los nutre.

Ahora Victor tenía la cabeza llena de preguntas y no sabía por cuál comenzar. No fue necesario.

—La misma versión de la leyenda narra cómo había que elaborar el amuleto de oro y dónde debía guardarse hasta que fuera necesario utilizarlo. Supongo que los sacerdotes mandeos lo ocultaron en los

baños de la iglesia de San Juan en Ein Kerem ya que lo habéis encontrado allí. Y también supongo que, si ya poseen los tres cuencos, ahora se dirigirán a buscar su amuleto. Quizá después visiten la Gruta del Bautista. Y si todo esto es cierto, los del CSJ no andarán muy lejos.

Y entonces Victor supo dónde había visto al hombre de la camisa a rayas naranjas: en la tumba de Absalón. Said tenía razón, los mandeos andaban detrás de algo, y los del CSJ también, solo quedaba un camino posible.

—¿Me acompañarías mañana a esa Gruta del Bautista? —le pidió suplicante.

El té se había enfriado, la noche era fresca y soplaban una suave brisa que mecía los oscuros brazos de la buganvilla. Lo más alarmante era, sin embargo, que Said había perdido su voraz apetito por los pastelillos verdes de pistacho.

Martin miró la pantalla de su móvil y comprobó que la llamada era de Abdul. Volvió a pedir disculpas y se ausentó de nuevo del despacho. La secretaria ya había acabado la jornada laboral y su mesa se veía pulcra y ordenada. El hombre se acomodó en su silla, colocó los pies sobre el escritorio y oprimió el botón de descolgar.

—Dime.

—Lo tienen. Lo he visto.

—¿Qué tienen? —inquirió el director, al que la afirmación había pillado desprevenido.

—El amuleto.

Martin estuvo a punto de caerse de la silla por la sorpresa, pero consiguió equilibrarse a tiempo.

—¿Estás seguro?

—Sí, es un rollo de oro sujeto por una cuerda —le confirmó su empleado, que prefirió no contarle que había intentado apoderarse de él sin conseguirlo.

—¿Quién lo guarda?

—El viejo.

Abdul ya sabía cuál era la primera orden que iba a recibir.

—Hazte con él. —Y había estado esperando la siguiente—. Y encárgate de esos dos, ya no los necesitamos, llevan demasiado tiempo incordiando.

—De acuerdo. —No había sentimiento en su voz, parecía la de un autómata.

—Primero del doctor. Es una presa fácil.

Al otro lado de la línea se oyó un titubeo, pero duró solo un segundo, Abdul Jaled hubiera preferido comenzar por el más joven, tenía alguna cuenta pendiente con él, pero acataría las órdenes de su jefe. Cuando apagó el móvil se pasó la mano derecha por su mandíbula dolorida, de ella colgaba su inseparable rosario.

—Y a mí —le estaba diciendo Victor.

Había telefonado a Isaac cuando descubrió en el móvil un par de llamadas suyas perdidas, pero no podía imaginarse que a él también le habían robado.

—Supongo que habrán sido los mismos —le respondió el anciano—. Han revuelto toda la casa, pero lo único que he echado en falta ha sido la investigación sobre las inscripciones.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el investigador, más preocupado por su salud que por los documentos.

—No gano para sustos, pero el corazón aguanta —respondió con un amago de sonrisa—. A pesar de las dificultades me gustaría llegar al final de esta investigación, se ha convertido en un desafío personal.

Victor soltó una carcajada.

—¿Nunca se rinde? —Al presentir que el doctor asentía, le puso al corriente de su próxima aventura con Said, que prometía ser bastante menos peligrosa que la última junto a él.

—¿A la cueva de Juan el Bautista? Tu amigo y tú podéis contar conmigo.

Andrea se despidió de los dos hombres, ya era tarde y ambos se ofrecieron para acercarla a su hotel, sin embargo, ella prefería tomar un taxi. Tenía la cabeza embotada y el cuerpo cansado. Un buen sueño repararía su cansancio, pero se fue con la terrible sensación de que las cosas no eran como ella había creído. Tendría que poner sus ideas en orden y no le agradaba lo que pudiese descubrir. Desde hacía un par de días había comenzado a pisar un terreno resbaladizo que nunca había estado ahí. Aunque le desagradaba Martin, había aceptado siempre sus colaboraciones porque Sinclair lo creía necesario. Y ¿el *professor?*, parecía comportarse de forma distinta a como suponía que era. Había nacido un cierto secretismo entre los dos hombres que la excluía a ella. ¿O acaso ese secreto ya existía y era ahora cuando comenzaba a percibirlo? ¿Por qué había estado tan ciega? Esos pensamientos no la ayudaban en nada a mitigar su dolor de cabeza.

Cuando la mujer abandonó el despacho y los dejó a solas, Samuel se inclinó hacia delante en su sillón y le preguntó a Martin:

—¿Era Jamal?

—¿El de la llamada telefónica? —Ante el asentimiento de su jefe prosiguió—: No, Abdul. Tenía una buena noticia.

—¿Cómo de buena?

—Ha visto el amuleto.

Sinclair se quedó sin respiración.

—¿Estás seguro?

—Totalmente —le respondió Martin—. Lo llevaba el viejo —añadió— y he aprovechado para ordenarle que consiga la pieza aunque para ello tenga que volver a apartarle de nuestro camino.

El término *apartarle* resultaba demasiado familiar para Sinclair, él solía emplearlo. Sin embargo, no mostró ninguna curiosidad en saber cómo lo haría. El director tampoco le ofreció ninguna explicación, sabía que no deseaba escucharla.

—Bien —pensó el *professor* en voz alta—, tenemos nuestro cuenco, tu hombre nos traerá el amuleto y mañana nos encontraremos con los mandeos en la cueva del Bautista...

Los cálculos de Samuel habían sido muy precisos: ellos celebraban la fiesta en honor de su profeta Juan el 22 de mayo; el 23 era un día nefasto por lo de la Matanza de los Inocentes, con lo que no podrían iniciar ningún ritual. De esa forma, solo irían a la gruta el 24 o el 25, pero sabía que el ganzebra había llegado esa misma tarde a Jerusalén y que poner en marcha el rito por la noche desataría las fuerzas del mal; con lo cual concluyó, con acierto, que debería ser al día siguiente, el 25, el elegido para renovar el poder de su alfabeto. Y él estaría esperándolos en la Gruta del Bautista. Sería toda una sorpresa que no se esperarían.

—¿Iremos mañana? —le interrumpió Martin, pero entonces cayó en la cuenta de otro problema—, ¿y Andrea?

—De ella me encargo yo —le respondió Samuel.

Mientras, la orientalista se dejaba abrazar por la suavidad de las sábanas de su hotel, apagaba la lámpara de la mesilla y la habitación se inundaba de oscuridad. Dentro de su cerebro también bullían las sombras oscuras.

IV EN LA GRUTA DEL BAUTISTA

El doctor Ben Shimon había pasado una mala noche, más que dormir había recorrido la cama de una punta a otra sin parar. Todavía estaba asustado por la persecución del día anterior y su pulso aún temblaba cuando introdujo la llave en el contacto para poner en marcha el motor de su vehículo.

Se había citado con Víctor a primera hora de la mañana para visitar la Gruta del Bautista. Aunque había oído que unos arqueólogos la habían descubierto recientemente, no dio mayor importancia al hecho, ya que en Tierra Santa aparecían casi todos los días hallazgos relacionados con algún personaje bíblico que a la postre resultaban ser falsos.

Dejó atrás el aparcamiento de Yemin Moshe con cierto nerviosismo y condujo cauto hacia Jerusalén. Había pensado en vender su automóvil varias veces en el último año, pero nunca se había decidido. Desde la muerte de su esposa apenas si lo utilizaba, ya no iba a merendar al campo ni hacía excursiones los fines de semana. Sin embargo, siempre encontraba una excusa para posponer su venta. Esta mañana se alegraba de no haberlo hecho, era más rápido conducir hacia Jerusalén tu propio vehículo que avisar al servicio de taxis. La circulación en la ciudad era un tanto caótica y no sabía cuánto habría tardado el taxista en llegar hasta alguno de los aparcamientos de Yemin Moshe o el tiempo que él habría estado esperándole.

Supuso que el itinerario más acertado sería conducir rodeando la muralla del Viejo Jerusalén y entrar al barrio musulmán por la Puerta de Damasco. Podría dejar el coche en el parquin que había justo enfrente y caminar hasta la tienda de Said. Era un recorrido corto y esperaba que la carretera no estuviese atascada. Miró su reloj, vio que eran casi las nueve de la mañana y pensó que llegaría con el tiempo justo a su cita con Víctor y con el anticuario. Aunque decidió acelerar un poco el vehículo, no cambió de marcha, con lo que solo consiguió forzar el cuentarrevoluciones.

Ya había atravesado el cruce de Kikkar Zahal y había dejado atrás la Puerta Nueva cuando echó un vistazo al retrovisor en un gesto automático y le vio. Se encontraba demasiado cerca para haberse equivocado; aun así miró de nuevo con más detenimiento para cerciorarse de que era Abdul, con la cara desfigurada y amoratada, pero se trataba de él. El anciano se demoró en su segundo vistazo por el retrovisor y comprobó que tenía toda la parte izquierda hinchada hasta el punto de que debía de resultarle imposible abrir el ojo de ese lado.

Su distracción hizo que comenzara a invadir el carril contrario hasta que un vehículo que circulaba en dirección opuesta le avisó a tiempo con el claxon. El doctor dio un volantazo rápido y recuperó su posición en la carretera. El corazón inició un galope violento en su pecho. Sujetó el volante con las dos manos y cambió a una marcha superior aun sabiendo que en apenas unos metros tendría que desviarse hacia la izquierda para entrar en el parquin que quedaba justo frente a la Puerta de Damasco. Lo más sensato habría sido reducir la velocidad, pero desconocía las intenciones de su perseguidor y sentía cómo el miedo iniciaba el ascenso hacia su garganta.

Unos segundos después indicó con el intermitente su intención de girar. Deseaba no haberlo hecho y haber sorprendido a Abdul, quizá de ese modo habría logrado librarse de él, pero en dirección contraria se aproximaba otro vehículo y a ese sí deseaba avisarle porque su propósito era pasar por delante de él aun cuando la distancia que los separaba lo desaconsejara. Se llevaría una larga pitada y quizá el otro conductor tuviera que levantar el pie del acelerador y hasta frenar, no obstante, merecía la pena. Si él lograba pasar, a Abdul no le daría tiempo y ganaría unos segundos preciosos, los suficientes para alcanzar el aparcamiento y avisar a alguno de los guardias de seguridad.

Pero el árabe era rápido, tan rápido que cuando el anciano encendió el intermitente se adelantó hasta colocarse a su altura para evitar que realizase el giro. Aunque parecía que su objetivo era rebasarlo, en realidad solo pretendía echarlo de la carretera.

Cuando el anciano volvió a mirar por el retrovisor, comprobó que Abdul había desaparecido. Aquello, en lugar de relajarle, le intranquilizó aún más porque un segundo después, cuando traspasó su ángulo muerto, lo encontró a su izquierda. Bastó una simple mirada del joven para que el doctor diera un volantazo a la derecha que a punto estuvo de arrojarlo de la calzada. Consiguió recuperar el control del vehículo, pero no el suyo propio. Sudaba copiosamente y respiraba con dificultad hasta el punto de que cada inspiración constituía un verdadero sacrificio. El corazón parecía no caberle en el pecho, saltaba enfurecido y sentía que comenzaba a perder la visión.

Abdul había vuelto a posicionarse tras el doctor Ben Shimon y aceleró el vehículo hasta quedar a pocos centímetros de él. Ya no tenía intención de apartarle de la carretera ni de provocar un accidente que pudiera implicarle. Había visto su rostro pálido y sudoroso y sabía que era cuestión de un pequeño susto y de algo más

de tiempo. Un par de minutos, quizá cinco. Él no haría gran cosa, solo ayudar al destino. Con un leve empujoncito bastaría. Presionó con delicadeza el acelerador y apenas rozó el parachoques de Isaac, pero el anciano dio un respingo y salió disparado hacia delante en un acto instintivo. Ya no sujetaba el volante con las dos manos, con una de ellas se apretaba el corazón.

El trabajo estaba hecho, casi. Abdul dejó que la distancia aumentara entre los dos vehículos y vio cómo el anciano entraba en la rotonda que había frente a la Puerta de Damasco a más de cien por hora. El doctor Ben Shimon todavía fue capaz de sortear un vehículo que le cerraba el paso, pero ya apenas si veía cuando rozó la trasera de un furgón de mercancías. Su automóvil patinó sobre la calzada y no pudo evitar empotrarse contra el tronco de una de las colosales palmeras que adornaban la rotonda.

El joven condujo hasta él y detuvo su vehículo en la misma plaza de la Puerta de Damasco. Corrió hacia el anciano antes de que los curiosos comenzaran a arremolinarse a su alrededor y comprobó si el trabajo estaba hecho o si aún tenía que finalizarlo.

Al abrir la puerta, el doctor Ben Shimon cayó hacia él empujado por el airbag, tenía la boca y los ojos abiertos, su mano derecha se cerraba con fuerza sobre su corazón. Abdul no se molestó en tomarle el pulso; mientras le sujetaba utilizó su brazo libre para buscar el amuleto en su chaqueta y en el bolsillo de su camisa. Incluso tanteó los pantalones, pero no lo encontró. Se incorporó y depositó al anciano en el asiento del vehículo para poder registrar una bolsa de cuero que tenía al lado. Revolvió todo su contenido y tiró algunos objetos al suelo; sin embargo, el amuleto no estaba allí. Entonces se fijó en la guantera y su ojo bueno se iluminó. La abrió y dejó que cayeran algunos papeles. Nada.

Para entonces ya estaban rodeados de curiosos que se acercaban cada vez más al vehículo. Abdul miró hacia las murallas de Jerusalén contemplando la majestuosidad de la más grande y elaborada de sus ocho puertas, la de Damasco, pensando si tendría que salir corriendo de allí o si se le ocurriría alguna otra forma de quedar impune de aquel asunto.

El hotel en el que se alojaba Andrea era pequeño y con encanto, pero el bufet de su cafetería no ofrecía el nivel adecuado para el sibaritismo de Samuel, que había aceptado reservar las habitaciones en él solo para pasar desapercibido. El *professor* se habría decantado por la magnificencia y el lujo del Rey David, quizá el más renombrado y vistoso de todo el casco antiguo. Sin poder contener sus ganas de visitarlo, aquel día había invitado a la mujer a desayunar en él.

Andrea dio el último sorbo a su café y depositó la taza sobre el platillo con suavidad. Al levantar la cabeza se encontró con la pregunta de Sinclair.

—¿Vas a continuar con la búsqueda del amuleto?

Sabía que ella estaba atrapada en ese punto de su estudio y, aunque no era necesario que lo encontrara, prefería tenerla ocupada

con algún asunto importante para que les dejara el campo libre a él y a Martin. Por eso decidió animarla.

—Continúa con la investigación, tú eres la única capaz de conseguirlo. —Era una forma como otra cualquiera de elogiarla para mantenerla alejada de ellos el resto de la mañana—. Podrías ponernos al día esta tarde y, mientras, Martin y yo solucionamos los problemillas burocráticos.

No existía ningún problema burocrático, pero le habían hecho creer que era necesario acercarse hasta las oficinas de la Autoridad de Antigüedades de Israel para cumplimentar el papeleo del cuenco mandeo que poseían y evitar cualquier posible percance posterior cuando pretendieran regresar con él a Inglaterra. Cabía la posibilidad de que supusieran que era una pieza nacional que intentaban robar.

Ella no se opuso con ningún argumento, pero otra de las preguntas sin contestar que guardaba en su interior era ¿para qué había decidido traer el cuenco a Jerusalén?

—Si tienes suerte —prosiguió Sinclair—, quizá encuentres alguna referencia sobre el amuleto y dónde podríamos buscarlo.

Samuel continuaba insistiendo en su línea.

—Bien —aceptó ella—, haré lo que pueda. Espero daros buenas noticias cuando volváis.

«¡Buena chica!», pensó el catedrático.

En ese momento divisaron a Martin acercándose con pasos tranquilos hasta la mesa en donde estaban sentados. Saludó con una inclinación de cabeza a la mujer y se giró hacia el *professor*.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras —le respondió, y dirigiéndose a Andrea, le preguntó—: ¿Nos necesitarás? —Se trataba de una simple cortesía por su parte.

Ella sacudió la cabeza en un gesto negativo y los vio alejarse hacia la salida. Pidió otro café, ahora que se encontraba sola necesitaba aclarar las dudas que rondaban su cabeza desde el día anterior.

Estaba a punto de dejar caer al anciano sobre el asfalto y volver hacia su automóvil cuando escuchó la inconfundible sirena de un vehículo policial. Miró hacia un lado y hacia otro y observó que los curiosos ya habían formado un círculo muy cerrado a su alrededor. Aunque saliera corriendo ahora y consiguiera que los agentes no le viesan, siempre podría reconocerle algún testigo y, al fin y al cabo, él solo había acudido a socorrer a un accidentado. O al menos eso es lo que parecía hasta el momento.

Abdul comenzó a agitar con fuerza un brazo y a gritar.

—¡Un médico!, ¡por favor, un médico! —Todos le miraban impasibles y cambió su súplica—. ¡Llamen a una ambulancia! ¡Una ambulancia!

La policía se abrió paso a empujones entre la multitud que se había congregado en torno al accidente hasta que alcanzó la rotonda.

Eran dos agentes jóvenes con el uniforme impecable, dos judíos rubios que tomaron conciencia de la situación de forma inmediata.

Uno de ellos telefoneó al servicio de ambulancias y el otro corrió hacia el anciano. Abdul dejó que el doctor Ben Shimon resbalara en los brazos del policía y le ayudó a recostarlo sobre el suelo, después se alejó un par de pasos mientras el otro intentaba reanimarle.

El director de los Cristianos de San Juan había aparcado el vehículo de la asociación casi a las mismas puertas del hotel Rey David para que Samuel no tuviera que arrastrar su cojera más de veinte metros. Aunque el bastón de ébano con la empuñadura de plata le confería una apariencia muy elegante, no dejaba de poseer una minusvalía.

El *professor* había tomado asiento en el lado del copiloto y sostenía en su regazo una bolsa de cuero grueso y flexible de forma redondeada. Sus palmas la sujetaban con delicadeza, en su interior se mecía el cuenco mandeo que había traído desde Inglaterra. Esa mañana lo llevarían al sitio del que salió: la Gruta de Juan el Bautista.

—¿Has tenido noticias de Jamal? —preguntó a Martin.

—Acabo de hablar con él. Dice que los mandeos andan con los preparativos, que los ve alterados.

—No me había equivocado, hoy era el día.

Había calculado, con un margen de error mínimo, la fecha en que los mandeos acudirían a la Gruta del Bautista para llevar a cabo su ritual, pero ante la posible eventualidad de que sus cuentas no fueran correctas, contaba con la permanente vigilancia de uno de los sicarios del director.

Como queriendo confirmar lo que ya sabían, Jamal volvió a llamar a su jefe.

—¿Señor Crown? —Recibió a través del móvil una especie de gruñido como confirmación—. Ya salen.

—¿Van cargados? —le preguntó el director.

—Hasta los dientes. Llevan un par de bolsas y el más viejo de los tres porta una más pequeña.

«Son los cuencos», pensó Martin.

—Bien, ahora no los pierdas de vista. Síguelos a una distancia prudencial. Lo más probable es que intenten salir de la ciudad por el este o por el norte.

En el fondo le daba igual si el inútil de Jamal los perdía, conocían su destino.

—Nos vemos en la Gruta del Bautista —añadió— y procura que no te vean.

La última orden sí era realmente importante, si se sentían vigilados era probable que cambiaran de opinión y pospusieran su celebración religiosa. Y a eso no podían arriesgarse.

—No me verán, jefe —le aseguró el otro.

Martin colgó el móvil y lo dejó sobre la guantera. Tras acomodarse en el asiento miró a Sinclair.

—Confirmado —le dijo—. Los mandeos se dirigen a la gruta. El *professor* sonrió y acarició su barba perfectamente recortada. —Entonces acelera, tenemos que ser los primeros en llegar.

—Sube, iremos a buscarle —le estaba diciendo Said a Victor mientras abría la puerta de *Seis Burras*—. Después del par de sustos que os llevasteis ayer, lo más probable es que se haya quedado dormido sobre sus papeles.

Ni siquiera el anticuario creía en sus propias palabras, pero hubiera sido mucho peor manifestar en voz alta el temor que le rondaba la cabeza. Aunque no conocía muy bien al doctor Ben Shimon, no creía que fuera un hombre de los que se retrasan al acudir a una cita, ni de los que no descuelgan el móvil y Victor le había llamado un par de veces ya. Además, el hombre llevaba más de media hora de retraso.

Said ya había puesto en marcha la vieja furgoneta y en poco más de dos minutos ascendía por la Vía Dolorosa para dejar el casco antiguo por la Puerta de los Leones, al este de la ciudad.

Giró a la izquierda, hacia el museo Rockefeller, con la intención de bordear parte de la muralla para llegar al barrio del doctor Ben Shimon. Acababa de dejar atrás la Puerta de Herodes cuando la velocidad de la circulación se redujo considerablemente. Los vehículos continuaban circulando, pero muy despacio, demasiado despacio incluso para aquellas horas de la mañana.

—Algún furgón que ha volcado —pronosticó Said.

Se incorporó a medias sobre el volante aprovechando la diferencia de altura de *Seis Burras* con respecto al resto de los automóviles para ver qué había producido el atasco. Logró divisar, a lo lejos, una ambulancia y un par de vehículos policiales.

—Lo dicho, un accidente —aseguró.

A medida que el tráfico avanzaba se fueron aproximando a la pequeña glorieta que se encontraba frente a la Puerta de Damasco, atestada de curiosos y de turistas. Victor sostenía su móvil en las manos y no sabía si volver a llamar al doctor o esperar. Estaba intentando tomar una decisión cuando los acontecimientos lo hicieron por él.

Un automóvil rojo estaba empotrado contra la palmera más gruesa de la rotonda, su parte frontal se había arqueado como un acordeón y todavía podían ver el leve hilillo de vapor de agua que ascendía del radiador destrozado.

Said asomó su cabeza por la ventanilla, aprovechando que la circulación había vuelto a detenerse, para intentar ver qué había sucedido. Entre él y el accidente solo había un guardia controlando el tráfico e indicándole que avanzara. Se quedó sin palabras. Los enfermeros acababan de extender una sábana blanca sobre el cuerpo del doctor Ben Shimon.

—¿Es...? —comenzó a preguntar Victor, que desde su posición tenía la visión restringida.

El anticuario no le respondió de inmediato, estaba pendiente de ver hasta dónde alzaban la sábana los enfermeros. Si se quedaba en el cuello la cosa estaría bien dentro de la posible gravedad, pero si sobrepasaba su cabeza...

Su amigo también vio cómo actuaban los servicios de emergencia y comenzó a alterarse.

—¿Es...? —repitió sin atreverse a finalizar su pregunta.

Al mismo tiempo empujó a Said hacia atrás en el asiento para que le dejara libre todo el campo de visión.

—Sí. —Fue un sí susurrado, tembloroso, cargado de premonición.

Y entonces, los sanitarios cubrieron el rostro del accidentado hasta taparle por completo.

Cuando Said volvió a girar la cabeza para contemplar la escena, lo que divisó le dejó pegado al asiento. Parpadeó un par de veces deseando haberse confundido, pero su retina le ofrecía la misma imagen por mucho que cerrase los ojos y volviese a abrirlos.

—Abdul...

El árabe, con la parte izquierda de la mejilla amoratada y el ojo inservible oculto por la hinchazón, charlaba con uno de los agentes. Gesticulaba señalando el cadáver del doctor Ben Shimon y sus gestos daban a entender que le había socorrido; en la distancia eran demasiado teatrales, casi forzados. Pero el joven policía no parecía poner en duda su versión, incluso le había palmeado la espalda en un intento de darle ánimos y un judío no suele palmea la espalda de un palestino.

Fue en ese momento cuando Victor le vio y señaló en su dirección con el brazo extendido. Su dedo asomaba por la ventanilla del anticuario.

—¡Es él! —exclamó—. El que pretendió sacarnos ayer de la carretera.

Al mismo tiempo que finalizaba la frase hizo ademán de bajarse del vehículo, pero Said se lo impidió.

—Nos vamos —ordenó, y por fin hizo caso a las reiteradas instrucciones del agente de tráfico y continuó la marcha.

El anticuario aferraba con fuerza el volante hasta el punto de que sus nudillos habían adquirido un tono blanquecino. Cuando Victor miró por última vez hacia su izquierda, sus ojos se cruzaron con los del árabe que los siguió, con el único con el que podía verlos, hasta que se perdieron en la calle Hanevi'im, en dirección al kibutz Suba, camino de la Gruta del Bautista.

Victor no entendía la actitud de su amigo, Isaac estaba cubierto por una sábana blanca y su asesino estaba charlando como si nada con la policía. «¿Qué significa eso? —se preguntó—. Hay que decirles que él le había matado, que aunque pareciese un accidente, no lo era.»

—Tenemos que volver —sentenció ante un Said pálido.

El hombre tragó saliva antes de responderle.

—Es imposible. No tenemos pruebas y no podemos involucrarnos.

—Giró un instante la cabeza hacia él y le dijo muy serio—: Ahora ya sabes cómo actúan los del CSJ.

De eso es de lo que había pretendido avisarle en los últimos días. Y a eso iba dándole vueltas mientras intentaba salir de Jerusalén hacia el oeste en dirección a la cueva del Bautista.

La Gruta del Bautista estaba situada en las montañas, a unos veinte kilómetros al noroeste de Jerusalén, escondida entre la vegetación y entre otras muchas cuevas similares. Hubiera pasado desapercibida para la Historia si los miembros del kibutz Suba no se hubieran establecido en los alrededores para trabajar la tierra. Al borde de una de sus huertas, Wadi Shemmarin, se levantaban unas pequeñas colinas cubiertas de árboles y de arbustos bajos que ocultaban totalmente la entrada de la gruta.

El *professor* Sinclair fue uno de los primeros académicos en tener conocimiento de su existencia y siguió muy de cerca los hallazgos del arqueólogo encargado de las excavaciones, Shimon Gibson, aunque a diferencia de él, que creía haber encontrado la gruta en donde el Bautista echó agua sobre la cabeza de Jesús, Sinclair pensaba que la importancia de la cueva residía en su piscina ritual.

El arqueólogo *oficial* suponía que la caverna sirvió a generaciones de judíos para llevar a cabo sus ritos religiosos de purificación basándose en la aparición de numerosas vasijas de cerámica rotas y esparcidas por el suelo de la cueva. La gruta contenía una pila que se llenaba con agua de la lluvia y algunos otros elementos que hacían plausibles sus deducciones, incluido una supuesta figura del Bautista grabada a cincel en una de las paredes. Parecían confirmarlo también las fechas de datación de las piezas rotas en torno al siglo I de nuestra era. Tenía los ingredientes necesarios para confeccionar su hipótesis: una pila que recogía el agua pura de la lluvia, cuencos rituales, el grabado de la pared... todo le conducía a afirmar que aquella cueva fue usada en tiempos de Jesús por su precursor, el Bautista, para realizar su oficio: bautizar, incluso al propio Mesías.

Pero Gibson se equivocaba, no había tenido en cuenta que la caverna era en realidad un sistema de grutas interconectadas en donde el agua corría libremente. Y el agua que fluye es la Vida para los mandeos. ¿Y por qué esos cuencos rituales que aparecieron rotos por el suelo eran todos de la misma fecha? ¿Acaso solo se bautizó durante un corto período de tiempo? No, Sinclair conocía la respuesta: eran los primeros cuencos mandeos que fueron desechados por imperfectos para contener su magia. ¿Y por qué los judíos eligieron un lugar tan alejado de cualquier población para instalar estos baños cuando los demás se encuentran siempre ubicados dentro de los núcleos urbanos? ¿No era más sencillo pensar en un grupo minoritario que ejercía su religión a espaldas de la mayoría? A Sinclair sus deducciones le guiaban hacia los mandeos. En lo único en que ambos coincidían era en la importancia del descubrimiento. Y el que iba a sacar más tajada de él era el *professor*. O al menos eso continuaba creyendo Sinclair cuando Martin aparcó el vehículo cerca de la cueva en una zona que quedaba fuera de la vista.

Justo antes de alcanzar la entrada, un camino recorría uno de los costados de la gruta hasta perderse entre los matorrales y el entramado de vegetación. Ese fue el lugar elegido por el director para ocultar el automóvil.

—No nos queda mucho tiempo antes de que lleguen los mandeos —le dijo Samuel mientras descendía del vehículo.

Sujetó la funda de cuero que contenía el cuenco en una mano y con la otra se apoyó en su bastón mientras el director sacaba del maletero un par de linternas. Tras bajar por el pequeño camino giraron hacia la izquierda, ante ellos se abría la boca de la gruta.

La visión no resultaba en modo alguno impresionante. La entrada era una estrecha abertura encajada en la falda de la colina y tallada en la propia roca por donde difícilmente habrían podido pasar dos hombres corpulentos al mismo tiempo. Había que descender unos cuantos escalones de piedra hasta dar con la puerta de forma rectangular, y para traspasarla había que hacerlo casi de rodillas.

Los arqueólogos actuales la habían cerrado con una reja de hierro asegurado con una cadena y con un candado. Cuando Martin lo vio esbozó una leve sonrisa.

—Pan comido —le indicó a Samuel.

No tardó más de unos segundos en escuchar el característico clic de un candado al abrirse. Retiró la cadena y empujó la verja, que emitió un horrible chirrido.

—Listo —dijo mientras indicaba al *professor* que podía pasar.

Sinclair se inclinó y penetró en el interior, fue descendiendo con cautela cada uno de la veintena de escalones encalados que constituían la verdadera entrada a la gruta. Cuando bajó el último se detuvo. Dentro olía a moho y a humedad, la temperatura había descendido con respecto al exterior y la luz no podía abrirse paso más allá de un par de metros. Por suerte contaban con los potentes focos y con el generador que los arqueólogos habían instalado el año pasado para iluminar la cueva, aunque no los encenderían hasta que fuera necesario.

Tras cerrar la cancela, Martin volvió a poner la cadena en su sitio e introdujo el brazo entre sus barrotes para asegurar el candado. Después se agachó y siguió al *professor* hacia el interior.

Los mandeos le habían dado indicaciones al taxista para que volviera a recogerlos a la caída del sol y aguardaron hasta que el hombre se alejó lo suficiente para que el vehículo fuera solo una diminuta mota de polvo en el horizonte. Después el ganzebra recogió su bolsa del suelo, se giró y comenzó a andar hacia la entrada de la gruta. Los otros dos también cargaron sus bultos con los *rastas* nuevos y con un par de picos y una pala y le siguieron en silencio.

Al alcanzar los escalones, Naseer se adelantó y manipuló el candado unos segundos hasta que consiguió abrirlo. Empujó la verja de hierro y la mantuvo así para que sus compañeros pudieran traspasarla. Cuando descendieron la escalera enyesada que daba acceso a la cueva, se volvió para cerrar la cancela y le sorprendió una

fuerte luz a su espalda. Martin acababa de encender los potentes reflectores.

—No se muevan, caballeros —les ordenó con la voz grave Samuel Sinclair.

Los tres hombres, cegados por los focos que apuntaban a sus ojos, no hicieron el menor movimiento.

—Usted debe de ser el ganzebra.

El *professor* le señalaba el pecho con la punta de su bastón. Sabiendo que el anciano no podría verle la cara porque el chorro de luz silueteaba su figura, se desplazó hacia la derecha.

—No me conocen y no es necesario que lo hagan. Como tampoco me interesan sus nombres, obviaremos las presentaciones y pasaremos al tema central de lo que nos ha traído hasta aquí. — Mientras hablaba fue desplazándose cada vez más a la derecha observando las bolsas que portaban los tres hombres hasta que la luz comenzó a molestarle a él también—. Orienta esos focos hacia el techo —le ordenó a Martin.

Cuando el director del CSJ cambió la posición de los reflectores, Samuel continuó hablando.

—Depositen sus bolsas en el suelo, por favor. —Los hombres le obedecieron sin resistirse. Se acercó hasta la más pequeña, la que portaba el ganzebra, y le pidió que la abriera. Después le indicó que se separara y cojeó hasta ella.

Era una bolsa de cuero del tamaño de una mochila pequeña y su cierre consistía en una simple cuerda de esparto. Samuel separó sus bordes con la punta del bastón y, cuando vislumbró su interior, emitió una sonora carcajada que reverberó en toda la cueva.

—¡Aquí están! —le dijo a Martin mientras sacaba uno de los cuencos y lo observaba con ojos profesionales.

Después tomó el otro y lo estudió de la misma forma depositándolo en el suelo en cuanto finalizó su examen. Al tercero le dedicó el mismo tiempo, pero cuando terminó su análisis lo arrojó con fuerza contra la pared de roca. La vasija se partió en pedazos al estrellarse contra la piedra.

—¡No! —gritó el ganzebra con una mueca de horror en el rostro.

Naseer, que había ido descendiendo los escalones y acercándose a sus dos compañeros, hizo un intento de abalanzarse sobre el *professor*. Pero Basaam le sujetó antes siquiera de que lograra dar el primer paso. Martin ya había desenfundado su pistola y le apuntaba con ella presionando el gatillo. No había duda en su mirada, si se movía un centímetro más, le descerrajaría un tiro a bocajarro.

—Caballeros —comenzó Samuel mientras se acercaba cojeando hacia su propia bolsa de cuero—, ese cuenco es falso, era un señuelo. Este es el verdadero —les informó mientras sostenía en alto el suyo para que pudieran verlo.

Zakaria escondió el rostro entre las manos intentando acallar los gemidos que le subían por la garganta. Había comprendido su ardid.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer con nosotros? Ya tiene lo que quería —lo dijo señalando las otras dos vasijas con la cabeza.

—Ahora, ustedes van a comenzar lo que han venido a hacer y nosotros —miró a Martin— los acompañaremos como simples espectadores.

Pudieron escuchar la frase completa, aunque oyeron el motor de un automóvil que se aproximaba por el camino, era Jamal, que en esta ocasión había puesto demasiada distancia entre él y sus perseguidos.

Seis Burras levantaba grandes nubes de polvo del camino y se quejaba constantemente cada vez que Said pisaba su acelerador. Se bamboleaba de un lado a otro con unos amortiguadores demasiado duros para los baches del sendero, y habían recorrido ya varios kilómetros así. A Victor le dolían casi todos sus huesos.

—¿Estás seguro de que sabes dónde estamos? —le preguntó a su amigo.

—Casi.

—¿Casi? —La cara del investigador era cómica, con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.

Said estuvo a punto de reírse, pero el recuerdo del doctor con la sábana cubriendo su rostro se lo impidió.

—Ya estamos llegando. —Señaló el horizonte de una manera indeterminada. Podía estar indicándole cualquier punto delante de ellos—. Allí es... —No finalizó la frase.

—¿Qué sucede?

—Hay un vehículo —confirmó. Acababa de divisar un automóvil estacionado junto a la misma entrada de la Gruta del Bautista—. ¿Puedes verlo?

—Lo veo —le contestó intranquilo Victor—. ¿Estará trabajando el equipo de arqueólogos?

—Imposible, la campaña de este año finalizó el mes pasado.

Said redujo la velocidad de su furgoneta y estuvo tentado de frenarla en seco, pero se lo pensó mejor y continuó circulando.

—¿Tus mandeos? —sugirió Victor.

—Creo que sí —afirmó. Por esa razón había decidido proseguir avanzando—. Son los mandeos. Seguro que también han venido a investigar, al fin y al cabo, el Bautista es su profeta, como Mahoma lo es para nosotros.

—¿Peligrosos? —apuntó el joven con un deje de duda en la voz a pesar de que Isaac ya le había confirmado lo contrario.

—Oh, no —le aseguró Said—. En absoluto, son mansos como corderillos. Los mandeos son gente pacífica, odian la violencia. —Como no terminaba de convencer a Victor, añadió—: Su religión les prohíbe portar armas y ni siquiera hacen el servicio militar. No pueden derramar sangre.

—Que no puedan... —comenzó el investigador— no quiere decir que no lo hagan.

—No, estás equivocado. Si lo hicieran se condenarían eternamente, su alma vagaría sin rumbo. Algo así como si tú fueras al

infierno. Créeme, no serían capaces de levantar una mano contra nadie.

—Bien —aceptó Victor—. Espero que tengas razón.

Cuando alcanzaron la entrada de la gruta se detuvieron al lado del vehículo que habían divisado desde lejos y observaron su interior. Estaba vacío. Descendieron de *Seis Burras* y miraron a su alrededor. Todo estaba en calma, alguna brisa movía las ramas de los árboles y el canto de algunas aves se extendía por el aire, pero ni una nube cruzaba el cielo. El sol brillaba en lo alto fundiendo los contornos de los alrededores y haciendo que tanto la arena como las rocas pareciesen nieve. Se relajaron.

Al mirar hacia la entrada de la cueva pudieron comprobar que alguien había forzado el candado dejando que colgara de la cadena. La puerta estaba entreabierta, parecía invitarlos a entrar.

Los dos hombres empujaron la cancela blandiendo sus linternas encendidas. Cegados por el sol exterior, en un principio no se percataron de que la cueva estaba iluminada por dos o tres focos planos que apuntaban hacia el techo dejando el primer tercio de la cueva en semipenumbra. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz del interior no les agradó lo que vieron.

A sus pies se desplegaba una escalinata de una veintena de peldaños que conducían a una sala rectangular, más profunda que ancha. Victor entrecerró los ojos, el brillo de las paredes encaladas todavía le hirió la retina y cuando volvió a abrirlos descubrió que había un hombre con una camisa de rayas naranjas al fondo. Estaba sentado en el borde de lo que supuso sería un estanque o una piscina encajonada al final de la sala entre las tres paredes de la cueva. Los arqueólogos habían rebajado el suelo algo más de dos metros y esa zona estaba elevada respecto al resto. Al hombre le colgaban las piernas. A su lado había una escalera de madera, olvidada por el equipo de científicos, que Jamal utilizó para descender con rapidez hasta el suelo.

Said también le había visto, por eso cuando su compañero le preguntó quién era, movió su cabeza y añadió:

—Del CSJ —fue apenas un susurro.

Victor emitió un suspiro que quedó inconcluso. A su derecha, sentados en el suelo y pegados unos junto a otros había tres hombres: un anciano, otro de mediana edad y un tercero más joven, que los observaron con una expresión de asombro. Los dos de menor edad reconocieron a Said y le imploraron ayuda con la mirada. Antes de que pudiera hacer algo, una voz le sorprendió. Procedía de su izquierda. Un talud de tierra adosado a la pared, de unos dos metros de alto, y que tampoco había sido rebajado por los arqueólogos, ocultaba a Samuel.

—Por favor, caballeros, sean tan amables de descender las escaleras.

Nada en su tono de voz hacía pensar a Said y a Victor que no podrían salir corriendo y huir de la cueva en cuanto se lo propusieran; se trataba de un hombre de unos sesenta años, con la barba y el pelo blancos y que se apoyaba en un bastón para caminar. Pero dejaron de

pensar en esa posibilidad cuando vieron aparecer a Martin tras él empuñando un arma.

—¿Señor Crown? —se sorprendió Victor al comprobar que era el «amable» director de la Asociación de los Cristianos de San Juan.

El segundo café se había enfriado en la taza mientras Andrea observaba cómo la última de sus volutas de vapor se disipaba en la cafetería del hotel Rey David. Lejos de apesadumbrarla, aquello le había dado una idea que había estado huyendo de ella como el calor del café. Cayó en la cuenta de un descubrimiento reciente que, sin embargo, había pasado por alto por considerarlo de poca importancia. Recordó que el arqueólogo Shimon Gibson había descubierto una gruta frecuentada en el siglo I por un grupo religioso que utilizaba el bautismo en sus rituales. Había leído algo sobre el tema hacía unos meses y estuvo en desacuerdo con las ideas que exponía el estudioso. Sin embargo, ella pensaba que las características de la cueva se ajustaban más a un recinto mandeo que a uno judío. «¿Y si... —pensó— la gruta fuese realmente mandea? ¿Y si el amuleto se ocultase allí en lugar de en Ein Kerem?»

Extrajo el móvil de su bolso y marcó el número de Samuel. Escuchó nueve tonos de llamada hasta que saltó el buzón de voz. Colgó y volvió a marcar. Con cada nuevo pitido crecía su impaciencia. Cuando escuchó de nuevo la voz grabada de Samuel indicando que dejara un mensaje, cerró la tapa del aparato con un golpe seco. Acababa de tener una nueva idea.

El director miró a Victor y pensó que si cualquiera de los dos se movía les agujerearía el cuerpo. Pareció sonreír. Pero fue solo una ilusión óptica, entre el juego de luces y sombras de la cueva su cara era más gris que nunca y sus labios no se habían separado ni un centímetro.

—Bien, me alegro de que hayan decidido visitar la gruta esta mañana —les comentó el *professor* a Said y a Victor—. De hecho, los estábamos esperando. ¿No es así, Martin?

El aludido no contestó, aunque comenzaron a impacientarle los modales británicos de su jefe.

—Siéntense junto a nuestros amigos mandeos. No se queden de pie. Y, por cierto —dijo dirigiéndose hacia el investigador—, creo que tiene algo que me pertenece —extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba. Abdul ya le había informado de que el viejo no lo llevaba y dedujo que estaría en poder del investigador—. Entréguemelo —le ordenó. Victor no comprendía, así que Samuel fue más explícito—. El amuleto, por favor, ¡ahora!

El joven dudaba y evaluaba sus posibilidades de conseguir atravesar la escalinata de la entrada antes de que Martin pudiera dispararle a él o a Said. El director le observó y levantó el cañón de su arma apuntando directamente a su pecho. Las dudas parecieron desvanecerse y Victor introdujo la mano en su bolsillo y extrajo la pequeña bolsita de cuero.

Cuando Samuel se la arrancó de las manos se acercó hasta uno de los focos y la abrió. Extrajo con delicadeza el amuleto tirando de su cordoncillo. El oro refulgía y las pupilas de los presentes se inundaron con su brillo. No intentó siquiera desenrollarlo.

—Recomendaré su empresa a mis amigos, joven —le indicó a Víctor—. Realmente trabajan ustedes bien, muy bien —recalcó.

En ese momento comenzó a sonar el móvil de Sinclair. Vio que el número que aparecía en la pantalla era el de Andrea y cortó la comunicación, desconectando de paso el aparato.

El investigador le veía hacer mientras caía en la cuenta de que aquel hombre era el escurridizo cliente que les había encargado el trabajo y, al observar la forma en que miraba la pieza, también comprendió que en todo aquel asunto había algo de mucho más valor que el propio amuleto, aunque Isaac no habría estado de acuerdo.

—¿Tienen conexión a Internet? —preguntó Andrea a uno de los camareros del hotel.

El hombre le indicó con un gesto la dirección y se ofreció a acompañarla, pero ella rechazó su ofrecimiento. Dos minutos más tarde estaba sentada frente a la pantalla de un ordenador de nueva generación que le mostraba casi a la velocidad de la luz las miles de páginas que hablaban sobre la Gruta del Bautista. Visualizó las primeras y las rechazó eligiendo la opción de «imágenes» en el buscador de Google. Estaba intentando encontrar fotografías del interior de la gruta y preferiblemente con una buena calidad, cosa que no siempre era posible en Internet.

Con un poco de paciencia dio con la página del propio Gibson y tras varios minutos volviendo loco al puntero del ratón indicándole las secciones que debía abrir, encontró lo que buscaba con desesperación.

Ante ella emergió la imagen de un pedazo de pared enyesada, amarillenta por la iluminación de la cueva. Mostraba el grabado de unos trazos inseguros, casi parkinsonianos en el pulso del desconocido dibujante. Apenas distinguía el perfil redondo de una cabeza con dos oquedades negras por ojos. La figura tenía los brazos alzados al cielo y dos rectángulos hacían las veces de cuerpo. Se trataba de una vieja representación de san Juan Bautista, según el arqueólogo que lo había descubierto. Pero a Andrea no le interesaba el santo, estaba absorta en un hueco en la pared de yeso que aparecía bajo sus pies. Daba la impresión de ser profundo y tenía el tamaño de una pelota de tenis. De hecho, hubiera podido introducir su mano y hasta el brazo en aquella oquedad.

Con la vista fija en su perfil negro, marcó de forma automática en el móvil el número de Sinclair. Ahora ya sabía dónde estaba el amuleto. Y aunque no estuviera allí... —escuchó el sonido agudo del primer tono de llamada—. Algo le decía que la cueva de Juan el Bautista era el sitio... —percibió el segundo y el tercer pitido—. ¿Qué día era hoy? —se preguntó sorprendida. Miró su reloj—: Veinticinco de mayo. —En su cerebro la frase se dilató hasta que comprendió su

verdadero significado—. Correspondía a uno de los primeros días del mes *hatia* mandeo. Acababan de celebrar la fiesta en honor de su último profeta y «¿por qué no? —se preguntó—, quizá sea el momento de llevar a cabo, en su cueva, algún otro tipo de ritual».

Cerró despacio la tapa del móvil, con un movimiento a cámara lenta, como si su cerebro no pudiera atender a dos acciones al mismo tiempo. Estaba realizando nuevas conexiones entre sus ideas: la cueva contenía una piscina ritual cubierta de agua procedente de la lluvia, agua viva para los mandeos donde podrían purificarse; también contaba con una representación de su profeta más importante, el Bautista, indicando quizá que él había ocupado la gruta; pero le quedaba el elemento más importante de la teología mandea: la luz. «¿Cómo encaja la luz en todo esto? —Con la mirada absorta en la pantalla del ordenador que aún continuaba mostrándole el agujero profundo bajo los pies del Bautista, encontró la respuesta a su propia pregunta—. ¡Con el amuleto de oro!» Visualizó en su mente la pieza dorada y la vio desprender brillos dentro de la cueva. Se imaginó que los mandeos conocían las tácticas egipcias, no en vano aseguraban haber llegado desde Egipto hasta Israel antes del nacimiento de Cristo. Y si los egipcios utilizaban los rayos del sol para dirigirlos como dardos hacia el fondo de sus edificios sagrados y conseguir que iluminasen a los dioses en los solsticios de verano o invierno... era posible que los mandeos utilizaran la misma técnica, conocedores como eran del movimiento de los astros, y la usaran para señalar un punto de la cueva. Quizá gracias al oro del amuleto reflejaran esa luz... Había captado la idea, aunque los matices aún se le escapaban.

No tardó un segundo en recoger su bolso y abandonar el hotel. Aún estaba dentro de la puerta giratoria de salida cuando alzó el brazo para detener a un taxi que pasaba.

Al llegar a la gruta, Abdul empujó con fuerza la verja de la entrada y la empotró contra la pared en un acto de violencia innecesario. Mientras descendía los escalones le acompañó el tintineo de la cadena chocando contra los barrotes de hierro de la reja. Al llegar al último peldaño se detuvo y miró hacia ambos lados. A su derecha, Samuel y Martin observaban el amuleto. Los saludó con una inclinación de la cabeza. Y a su izquierda, su primo Jamal apuntaba con el arma del director a los mandeos, a Victor y a Said. Al reconocer al investigador sonrió, aunque su sonrisa se quedó partida por la mitad. La piel del labio se estiró tanto que la cicatriz se abrió de nuevo y sangró. Él se limpió la sangre con la lengua sin dejar de mirar al hombre con el único ojo que podía hacerlo, el derecho.

—Jamal —le ordenó Samuel señalando con el bastón a Victor y a Said—, ata a esos dos y tú, Abdul, tráeme a los otros.

El de la camisa a rayas naranjas le devolvió el arma a su dueño mientras salía a buscar unas cuerdas en su coche. Volvió con ellas y sujetó con fuerza las manos de los dos hombres a su espalda. Para evitar cualquier intento de huida reforzó los nudos y los dejó sentados

en el suelo pegados a la pared. Mientras, Abdul había hecho que los tres mandeos se incorporasen y se acercaran hasta Sinclair.

—Caballeros, pueden comenzar su función —les ordenó— y sean rápidos, por favor.

Zakaria Asgari le dirigió una mirada cansada y húmeda, de un hombre al que le superan las responsabilidades, pero no dijo nada. Se dio media vuelta, arrastrando los pies, y se dirigió hacia las bolsas que habían traído. Basaam estaba a punto de seguirle cuando se percató del rápido movimiento de su compañero Naseer abalanzándose sobre Samuel. Tuvo el tiempo justo de interponerse en su camino y detuvo el golpe con su propio cuerpo cayendo juntos al suelo.

Cuando levantaron la mirada, Martin los apuntaba con el arma y mostraba una expresión de duda: no sabía si disparar al pecho o a un brazo. Lo hizo al brazo. Naseer lanzó un alarido que retumbó en la cueva y cerró los puños con fuerza intentando conjurar el pánico.

—Les recomiendo que no hagan ninguna tontería más —sentenció Sinclair con una mirada dura en sus ojos.

Basaam empujó a su compañero hacia la pared y le apoyó contra ella. Su respiración era agitada y su pulso se había acelerado, pero se había mordido los labios para no volver a gritar.

El anciano ganzebra corrió hasta ellos para comprobar la gravedad de la herida. Al alzar la manga de su chilaba comprobaron que la bala no le había alcanzado. Naseer había gritado de puro miedo. Cuando constató que su pupilo no estaba en peligro, Zakaria le miró directamente a los ojos. El significado de su mirada no ofrecía lugar a dudas, no quería un solo enfrentamiento más, ninguno debía salir herido. No se podía derramar ni una sola gota de sangre.

—¿Comienzan ustedes ya? —les dijo Samuel en un tono que era más una orden que una sugerencia.

Los tres hombres giraron sus rostros hacia él, pero no se atrevieron a contestar. En su lugar, Basaam tomó una de las bolsas que habían traído y se encaminó hacia la pared del fondo de la cueva seguido por sus compañeros. Se detuvieron justo antes de llegar a la piscina, elevada unos dos metros. El joven Naseer ascendió la escalera de madera que había dejado el equipo de arqueólogos y comprobó que contenía agua en movimiento, agua limpia de lluvia que habían filtrado y depurado las dos cisternas del exterior antes de llegar al aljibe. A su vez, el líquido pasaba a través de una red de túneles que recorrían la colina. La cueva del Bautista formaba parte de un largo sistema de aguas de la Edad del Hierro, de los tiempos del bíblico rey Ezequías, en el siglo VII antes de Cristo.

Naseer permaneció unos instantes escrutando su superficie. Debía moverse para que tuviera la certeza de que era agua de vida, agua corriente. Si estuviese en reposo significaría que se trataba de agua negra o turbia, agua que no serviría y su ritual habría acabado antes incluso de comenzar. Tras unos segundos de espera, en tensión, comprobó que por el lado derecho de la piscina se formaban unas diminutas burbujas que provocaban pequeños remolinos y se volvió hacia sus compañeros con una sonrisa en la cara.

—¡Agua viva! —les dijo.

Zakaria se acercó a la pared y comenzó a ascender por la escalera asegurando cada paso que daba. Cuando estuvo al alcance de su mano, Naseer le ayudó a finalizar la escalada. Tras él subió Basaam.

Los tres hombres se acomodaron en el repecho y contemplaron la piscina. Se trataba de un agujero rectangular que limitaba por ambos lados, y también al fondo, con las paredes encaladas de la cueva y estaba excavada en la propia roca. Se encontraba casi vacía, pero serviría. El ganzebra tanteó el fondo y comprobó que tenía poca profundidad. Tras recoger su túnica con una lazada, inició el movimiento de meterse en el agua, sus compañeros le ayudaron y también ellos entraron en la piscina.

Al quedar casi fuera de la vista, Abdul se alarmó y corrió hasta la escalera, ascendió por ella saltando los travesaños de dos en dos y se asomó al borde. Lo que vio le dejó estupefacto. Los mandeos se habían sumergido por completo en el agua y cuando salieron estaban totalmente empapados. Repitieron la operación un par de veces más y luego bebieron tres tragos. El bautismo reviviría su fuerza interna y los conectaría con el mundo superior, limpiaría sus pecados y les permitiría tener éxito en su trabajo.

Samuel y Martin se acercaron alarmados a los pies de la escalera y estaban a punto de subir cuando Abdul les indicó con un gesto de la mano que podían tranquilizarse, los mandeos no habían desaparecido.

—Se han metido dentro, hasta la cabeza —les dijo, y descendió de nuevo.

Tras finalizar el bautismo, los tres hombres bajaron la escalera chorreando agua aunque no parecían notarlo, para ellos había comenzado el verdadero ritual y, cuando sus pies tocaron de nuevo el suelo, el resto de la cueva ya había desaparecido ante sus ojos, a excepción de un pequeño hilo de luz que, desde la entrada, caminaba en línea recta hacia una de las paredes. El ganzebra lo miró dos veces, una para saber que estaba allí y otra para intentar adivinar la hora que era. «Casi el mediodía, pero nos queda tiempo», pensó. Esperaba el momento en que el sol estuviera en su apogeo, porque la luz los guiaría en su camino.

Basaam comenzó a desplegar sobre el suelo los ropajes ceremoniales que debían usar. Eran nuevos y estaban confeccionados en algodón blanco, como símbolo de las almas puras y del vestido de los ángeles. Los *rastas* constaban de siete piezas, un pantalón ancho y holgado tipo indio, una túnica que casi llegaba a los pies, un cinturón trenzado realizado con pelo de cordero macho, un turbante y una estola como las usadas en los rituales cristianos. El atuendo se completaba con una corona bajo el turbante y un anillo de oro para los sacerdotes. Por eso, Basaam solo sacó de la bolsa dos coronas y un par de sortijas, Naseer aún no estaba consagrado.

Vestir el *rasta* llevaba su tiempo, cada prenda tenía un orden y un ritual. La corona, una simple tira de seda blanca, se colocaba bajo el turbante, que debía enrollarse tres veces, y el cinturón poseía una forma muy particular de sujetar la túnica. Una vez que los tres

hombres se vistieron por completo, el rito los obligaba a inspeccionar su vestimenta en dos ocasiones y todo ello, después de haber orado por cada prenda que se colocaban.

Cuando finalizaron, Basaam acercó al ganzebra una última pieza, una vara de madera, como un cayado, era el *margua*, que Zakaria portaría durante todo el ritual en posición horizontal. Sin embargo, hizo un gesto que al *professor* le pareció innecesario, tomó sus manos y las besó y repitió el gesto con las de Naseer. Al hacerlo les había entregado unos tapones de cera que se colocarían en los oídos justo antes de comenzar a leer los cuencos y no se desprenderían de ellos hasta terminar la ceremonia.

Samuel los vio hacer sin perder detalle, archivando la información en el fondo de su cerebro. Sabía que estaba asistiendo a un rito que ningún occidental había podido ver. Ni siquiera la mujer que más supo sobre los mandeos y a través de la cual se introdujo en su religión, lady Drower, tuvo la ocasión de presenciar un acto como aquel.

Aunque Samuel nunca llegó a conocerla personalmente, trabajó con alguien que estuvo muy cerca de ella y no solo aprendió sus enseñanzas, también admiraba su carácter arriesgado y firme en un mundo de hombres.

Aquella rememoración hacia la que consideraba su mentora no consiguió, sin embargo, que apartara la vista de lo que estaba sucediendo en la Gruta del Bautista. Estaba a un tiempo absorto, sin ser capaz de moverse, y expectante por saber qué era lo que sucedería a continuación.

Había en aquella ceremonia un cierto sentido del ritmo, cada movimiento parecía formar parte de una escenografía repetida hasta la saciedad. Y sin embargo, era la primera vez que aquellos tres hombres realizaban el ritual, pero la esencia de sus movimientos seguía una pauta, un patrón que hipnotizaba.

Los mandeos habían vestido sus *rastas* nuevos sin prisas, atendiendo a que cada prenda fuera bendecida, realizando una pequeña oración en su idioma que para el resto de los presentes evocaba otra época muy lejana e hizo que se sintieran trasladados dos mil años atrás, cuando los ritos eran más puros que ahora y Dios parecía estar más cerca de ellos.

Basaam dispuso los tres cuencos en orden interponiéndose en el camino de la luz que se abría paso desde la entrada de la cueva y que en su avance se vería obligada a iluminarlos. Entonces, el ganzebra miró a Samuel mientras alargaba su mano con la palma extendida hacia arriba y el *professor*, sabiendo lo que le pedía, le entregó el amuleto. Zakaria se dirigió hacia una de las paredes, donde se encontraba el grabado del Bautista, una figura de trazos esquemáticos apenas cincelada en el yeso descascarillado. Un gran círculo con dos pequeños agujeros por ojos hacía las veces de cabeza, los brazos eran delgadas líneas alzadas al cielo y el cuerpo parecía cubierto, de cintura para abajo, por una piel de animal. Bajo los pies se abría un nicho en la pared del tamaño de un puño. Allí fue donde depositó el sacerdote su amuleto permitiendo que una parte sobresaliera por la abertura.

Después, los tres hombres se apartaron del camino de la luz y dejaron que pasaran los minutos. A medida que avanzaba el tiempo, la línea luminosa se acercaba a los cuencos hasta que a las doce del mediodía los alcanzó dorándolos con su brillo.

Samuel no entendía cómo era posible que resplandeciesen de aquella manera, el barro parecía centellear y una luminosidad los rodeaba como algo sólido que se podía tocar. Todas las miradas estaban fijas en ellos y vieron cómo la luz se dispersaba a su alrededor en puntos relucientes hasta alcanzar el amuleto. El oro la reflejó en un único rayo desviándolo hacia la pared de enfrente. Los minutos transcurrían, pero el tiempo se había detenido en ese pedazo de roca enyesada.

Entonces, Naseer se movió hacia una de las bolsas que habían traído y abrió su cremallera rompiendo el encantamiento que los dominaba a todos. Sacó un par de picos no muy grandes y se dirigió junto a Basaam hacia el punto iluminado de la pared antes de que desapareciese. Comenzaron a picar. El resto de los presentes, apiñados a sus espaldas, los veía retirar el enlucido de yeso con pequeños golpes que lo desgajaban pedazo a pedazo. Los trozos caían con facilidad.

Victor y Said se habían incorporado del suelo y, con las manos atadas a la espalda, se habían acercado a la pared junto a los otros para ver lo que estaba sucediendo. Jamal apenas si les dedicó un rápido vistazo, estaba tan absorto como el resto en el trabajo de los dos mandeos más jóvenes. Tras la pared destrozada comenzaban a aparecer unas líneas negras que aún carecían de sentido pero parecían pertenecer a una figura enorme, de unos dos metros, pintada sobre la misma roca de la cueva.

Samuel contuvo las ganas de tocarla, aunque se acercó un poco más. No había mucho espacio, la gruta tendría unos cuatro metros de ancho a excepción de la zona donde se hallaban, que era más estrecha. Los arqueólogos habían dejado un saliente de un par de metros en el muro opuesto y se encontraban todos un poco apretados.

Al intentar desplazarse para conseguir un ángulo de visión mejor, Víctor rozó la pared de enfrente y un pensamiento cruzó su cabeza: el amuleto. Todos parecían haberse olvidado de él y ahora lo tenía a su alcance. Con las manos atadas a la espalda no le fue difícil extraerlo del nicho de la pared y esconderlo en el bolsillo trasero de sus pantalones. Said le vio e imaginó lo que estaba haciendo, se movió un poco a su derecha para facilitarle el trabajo y ocultarle a la vista de los demás. Pero nadie los vigilaba, todas las miradas estaban pendientes del trabajo de los mandeos, que ya habían retirado de la pared unos dos metros cuadrados de yeso. Por fin pudieron ver el dibujo que se ocultaba debajo.

Encerrado dentro de un marco de pintura oscura, que hacía las veces del borde de un cuadro, contemplaron una ilustración amenazante. Un par de animales de presa se enfrentaban mostrándose los dientes, con las garras afiladas, dispuestos a despedazarse entre sí o a cualquiera que intentara acercarse. Las dos

figuras, totalmente pintadas de negro, estaban sujetas del cuello por unas gruesas cadenas con eslabones de hierro que les impedían llevar a cabo su carnicería.

La ilustración pertenecía al *Diwan Abatur*, un libro religioso mandeo que mostraba el progreso que debía realizar el alma a través de los Purgatorios hasta alcanzar el Mundo de la Luz. Era un camino peligroso, poblado de demonios dispuestos a dañarla. Y allí tenían, ante sus ojos, dos de esos seres monstruosos que tanto habían atemorizado a Naseer.

Algo intimidados por la visión de la pintura, Naseer y Basaam habían comenzado a horadar con sus picos el reborde negro hasta que quedó a la vista la forma de una puerta de grandes dimensiones que estaba oculta entre la roca de la pared. Ahora todos los presentes veían perfectamente los márgenes de la entrada, y Jamal se adelantó al resto del grupo para intentar abrirla. Empujó un par de veces con toda su fuerza, pero no logró moverla ni un solo centímetro. Samuel hizo un gesto a Abdul, que se acercó a ayudarlo, y aunque ambos presionaron todo lo que pudieron, la puerta continuó en su sitio.

Los mandeos habían recogido de nuevo los tres cuencos mágicos y los habían dispuesto en fila delante de la pintura de los demonios. Hicieron un gesto que los demás interpretaron como de taparse los oídos, aunque en realidad estaban ajustando sus tapones y tomaron el primero de ellos entre sus manos para comenzar a leer en voz alta su conjuro. Desde su cara interna irradiaban las palabras semejando los rayos del sol.

«... y alaben el nombre de Sariel el ángel y Barakiel el ángel... y el nombre de Sariel y Barakiel...» Samuel Sinclair comprendía el significado de algunas palabras sueltas, pero, para el resto de los presentes, eran solo sonidos enlazados en una interminable letanía.

Cuando finalizaron la primera lectura tomaron el segundo cuenco. «Con el talismán de Metratón, el Gran Príncipe que es llamado el Gran Sanador de Misericordia que vence demonios y diablos, artes negras y poderosos hechizos, y los aleja de esta estancia...» Los sacerdotes purificaban la gruta con sus conjuros y lo que había comenzado como una simple lectura se había convertido en un cántico que levantaba ecos en las paredes de la gruta. Sus voces encontraron en la cueva una caja de resonancia que las amplificaba y las dejaba danzando en el aire.

«... vencedor eres de las artes negras y de los poderosos hechizos, vencedor de hechiceras, de sus maldiciones e invocaciones... vencedor en la tierra y en el cielo, vencedor de constelaciones y estrellas...» A partir de esa última frase, el *professor* no pudo continuar escuchando con atención, su estómago le cosquilleaba, algo lo hacía vibrar en la misma escala que el canto de los sacerdotes, como el día que Andrea estaba leyendo el cuenco en su despacho.

Cuando Basaam se arrodilló para recoger el tercero, ninguno de los presentes fue consciente de que las voces se habían detenido porque a su alrededor continuaban percibiendo movimiento. Se trataba del aire que los acunaba en sus pequeños remolinos.

Los sacerdotes también habían percibido el cambio en el ambiente aunque aún no era completo, todavía les quedaba por cantar las palabras de la última vasija. Un texto sin sentido que unía vocablos inconexos como escogidos al azar, pero en aquel ritual no quedaba casi nada a la casualidad. Comenzaron con suavidad, hasta con delicadeza, como si las propias palabras hubieran de sugerirles cuándo modificar el ritmo. Y lo hicieron, apenas si habían alcanzado un tercio de su lectura cuando las voces se tornaron cada vez más graves, más profundas y al mismo tiempo aumentaron su velocidad.

Jamal y Abdul estaban absortos en los sonidos, adormilados, pero Samuel se encontraba al borde de la hipnosis, la música le mecía como si las notas fueran olas que le llevaban y le traían y se balanceaba hacia delante o hacia atrás siguiendo una melodía que parecía nacer de su interior.

El efecto de la música no era el mismo para todos, Victor y Said también se encontraban somnolientos, en ese punto en que la conciencia pasa a punto muerto y desaparece; sin embargo, el cosquilleo inicial que había sentido Martin en un principio había dejado paso a un temblor incontrolado, como si le estuviesen aplicando pequeñas descargas eléctricas en los dedos de las manos.

Aunque los sacerdotes también sentían en su cuerpo el influjo de la música, no podían detener su canto. Las palabras del tercer cuenco parecían despegarse del barro y ascender en remolinos hasta el interior de su cerebro, ellos solo podían continuar cantando, un cántico que se había vuelto agresivo, impetuoso.

Samuel ya no sentía olas meciéndole, eran huracanes sacudiéndole; sus manos se agitaban descontroladas, con movimientos bruscos y violentos impidiéndole que continuara sosteniendo su bastón de ébano. Lo vio caer y golpear el suelo muy despacio, a cámara lenta, como si hubiera dos tiempos, el de las cosas que conservaban el ritmo normal y el de las que estaban influenciadas por aquella música, pero no fue capaz de articular ni un solo pensamiento más que le acercase a una idea lógica para explicar lo que estaba sucediendo.

Ahora los mandeos ya no leían el texto del cuenco, ni siquiera lo cantaban, parecían gritarlo; los gritos salían graves y oscuros desde lo más profundo de su pecho. Toda la caverna retumbaba, era como encontrarse en el interior de un tambor cuando alguien estuviera tocándolo. Hasta las paredes parecían combarse con la presión y en algunos de sus puntos el enlucido de yeso se desprendía y caía al suelo.

Inmersos en aquel sonido atronador, nadie se percató del leve ruido que produjo un mecanismo, como una pequeña llave que no pudo soportar la tensión y se partió. Aquel nimio acto fue el detonante. De pronto los sacerdotes callaron, en el mismo instante, expectantes, intentando percibir algo diferente al caos de ecos que les continuaba devolviendo la cueva. Ellos habían dejado de cantar, pero en la gruta se oían todavía sus sonidos aumentados que se alejaban, dejándola sumida en un murmullo sordo. Cuando sus oídos se acostumbraron percibieron algo más profundo y más grave que sus

propias voces. En el entramado de túneles y galerías, a veinte metros de profundidad, algo se movía. Fluía en una dirección concreta. De un pequeño siseo que intentaba abrirse paso se convirtió en un zumbido que retumbaba bajo sus pies. Poco después había rebasado el punto de no retorno y se había convertido en algo sólido, en una masa de difícil contención.

Los cánticos, con sus tonos graves y su ritmo, habían conseguido que una fina pieza de metal se rompiera. Un hecho insignificante, pero al fragmentarse permitió que la presión del agua embalsada en las profundidades comenzase a agrietar algunas galerías subterráneas empujando con fuerza para encontrar una salida. Tras las primeras filtraciones, el líquido se desbordó y recorrió los túneles cada vez a mayor velocidad hasta que fue arrastrando todo lo que hallaba a su paso. En su camino se topó con un mecanismo de hierro corroído por la humedad del ambiente, sin embargo, no se detuvo, al pasar sobre él simplemente lo puso en marcha e inició una secuencia de actos en cadena. El agua prosiguió furiosa recorriendo los túneles hasta que fue a desembocar en cascada en un embalse de mayores dimensiones en las profundidades de la tierra. Allí se amansó su furia, pero de momento ya había cumplido su cometido.

En el espacio casi cerrado y algo claustrofóbico de la Gruta del Bautista, el grupo de hombres sintió que la tierra se movía bajo sus pies y que el estruendo era ahora más atronador que cuando los sacerdotes cantaban.

Comenzaron a escuchar unos crujidos procedentes de la fina línea negra que enmarcaba a los dos monstruos del *Diwan Abatur* y observaron cómo la roca de la pared se agrietaba y los sedimentos que habían taponado la puerta por siglos caían al suelo formando gruesos montones.

Los mandeos sabían que sus voces entonando los conjuros de los cuencos habían provocado a las corrientes subterráneas de agua, pero desconocían qué mecanismos inventaron sus antepasados capaces de conseguir lo que estaban viendo: una parte de la pared de la roca se movía despacio hacia adentro, como si una fuerza tirara de ella. Las dos figuras monstruosas en actitud ofensiva parecían penetrar por la hendidura. La puerta se abría con un estruendo estentóreo dejando el ambiente cargado de tierra en suspensión. Al cabo de unos segundos se detuvo y la luz de la gruta penetró en el estrecho agujero de la roca dorando las partículas de polvo que intentaban asentarse.

Indicó al conductor la dirección y, cuando dejaron el casco antiguo de Jerusalén a sus espaldas, Andrea se reclinó en el asiento trasero del taxi e intentó dar forma en su cabeza a la relación de ideas que había tenido en el hotel Rey David. De lo que no dudaba ya era de que la Gruta del Bautista era un elemento importante en la trama que escondían los tres cuencos mandeos. Esa cueva aglutinaba dos de los elementos más importantes de la religión mandea: el agua y la luz. «Aunque —pensó la orientalista— su relación con la luz aún no está

muy clara del todo.» Sabía que, de alguna forma, la luz que podía reflejar el oro del amuleto representaría una especie de camino o guía espiritual hacia el reino de la luz mandeo, pero ¿sería capaz de recrear algún tipo de senda más mundana que les ayudara a dar un nuevo paso en su investigación?

Volvió a intentar conectar con Samuel Sinclair para hacerle saber que se dirigía hacia la gruta y citarse con él y con Martin allí, pero esta vez el teléfono móvil le devolvió una grabación automática que le indicaba que el aparato estaba desconectado o fuera de cobertura. Se resignó a la idea de tener que investigar por su cuenta y riesgo lo que pudiera depararle la cueva.

Cuando el ruido cesó y el movimiento de la puerta se detuvo, Abdul y Jamal se adelantaron para ver a través de ella. Los demás intentaron divisar algo escrutando su entrada cargada de partículas de polvo, pero, a excepción de una corta senda de luz de un par de metros, solo alcanzaron a ver la negrura más absoluta.

Samuel refrenó sus impulsos de acercarse a ella y se inclinó para recoger su bastón del suelo. Había dejado atrás su trance y se encontraba agotado muscularmente, aunque eso no le impidió comenzar a impartir órdenes.

—¡Jamal! Vigila a los prisioneros —intentó decirlo en un tono de voz lo más autoritario posible pese a que aún le temblaban las cuerdas vocales—. Y tú, Abdul, trae las linternas. Ustedes —se dirigió a los mandeos— pueden continuar con su trabajo.

Acompañó sus palabras con un gesto del bastón apuntando hacia la entrada de la galería recién abierta.

Mientras Jamal obligaba a sentarse en el suelo a punta de pistola a los maniatados Víctor y Said, los mandeos se internaron en el túnel. Encabezaba la partida Zakaria, seguido de Basaam, que portaba un pequeño pico y de Naseer con una pala. Los seguían Martin y Abdul; cerraba el grupo Samuel.

El túnel era estrecho y formaba parte del conjunto de galerías naturales que horadaban toda la colina y penetraban en capas más profundas de la tierra. En algunos puntos se habían añadido nuevos túneles a golpe de cincel por hombres que vivieron hacia el siglo VII antes de Cristo. Aunque comenzó siendo un simple depósito de agua, con el tiempo cayó en desuso y siglos más tarde, gracias a su ubicación alejada de las ciudades y de los pueblos más cercanos, se convirtió en punto de reunión para los mandeos de la zona que allí se encontraban protegidos de la persecución de otras sectas religiosas.

El grupo caminaba despacio sorteando las irregularidades del túnel y procurando no tropezarse con las piedras esparcidas por el suelo. Los acompañaba un leve murmullo que surgía de las paredes y en alguna ocasión llegaban a sentirlo bajo sus pies en forma de zumbido. Parte del agua desembalsada continuaba fluyendo libre por las galerías en busca de un lugar donde remansarse.

En algunas ocasiones el túnel se bifurcaba en ramales más estrechos que dejaban atrás a medida que se adentraban en las

profundidades de la colina. Seguían la senda inicial con sus vueltas y revueltas y hacía ya tiempo que Samuel y Martin habían perdido el rumbo y desconocían si se dirigían hacia el norte o hacia al sur. Lo que sí percibían con claridad era cómo el terreno descendía de forma continua y el ambiente se tornaba más húmedo a cada paso que daban.

Zakaria comenzó a sentir frío en sus viejas carnes. Sin embargo, no por ello se desvió de sus primeras intenciones, dejar abandonados en esa maraña de galerías a los tres hombres que les seguían. Basaam se había percatado de ello cuanto le vio pasar de largo frente al desvío que deberían haber tomado, unos cuantos metros más atrás. Su compañero Naseer había iniciado un gesto delator, pero había sabido frenarlo a tiempo.

El ganzebra esperaba llegar a una cueva con un estrecho camino que la cruzaba y un profundo acantilado en uno de sus lados que caía a pico. Las imprecisas instrucciones orales que se habían ido comunicando de un ganzebra a otro así lo indicaban y sería un buen lugar para intentar huir.

Unos cuantos pasos más adelante, las paredes del túnel le sorprendieron cerrándose ante él como una muralla infranqueable.

Victor y Said estaban sentados en el suelo de la cueva, reclinados contra el muro de la izquierda, y aún sentían los ecos de los cánticos mandeos en la pared que tenían a sus espaldas. Si apoyaban sus manos atadas contra el yeso, percibían un leve cosquilleo y sus piernas notaban el retumbar del suelo, ya muy lejano. El mismo Jamal, que se había quedado para vigilarlos, sentía un cierto desasosiego impregnado en la estancia que le erizaba el vello de la nuca.

El hombre del CSJ atisbo por la puerta abierta en la pared de enfrente. Los más de dos metros de la abertura no le permitían ver más allá de unos pocos pasos antes de que la negrura lo engullera todo y, aunque le habían ordenado que permaneciese en la gruta, algo en su interior le gritaba que saliera corriendo.

Mantecía a raya sus nervios caminando un par de pasos hacia la izquierda y otro par de ellos a la derecha. De vez en cuando miraba a los dos hombres para cerciorarse de que continuaban allí y de que la melodía mandea no los había evaporado en volutas de humo, cosa que no sabría cómo explicarle a su primo Abdul.

Victor le observaba en silencio calculando su pauta: dos pasos a un lado, dos hacia el otro, un breve vistazo en su dirección y vuelta a empezar. Cuando el hombre comenzó a girar hacia la izquierda, él retorció sus muñecas dentro de las cuerdas para intentar alcanzar uno de los bolsillos traseros de su pantalón. Lo consiguió e introdujo sus dedos en el interior, pero no llegaba al fondo. Necesitaba arrodillarse para tener el bolsillo a su entera disposición, y lograr esa postura podría llamar la atención de Jamal. Miró a Said y no fue necesario decirle nada. Aunque el hombre no sabía lo que pretendía, sí comprendió que necesitaba incorporarse y le empujó ofreciéndole

el impulso necesario para equilibrar su cuerpo y conseguir inclinarse hacia delante.

Jamal finalizó sus dos pasos a la derecha y les echó un vistazo. Volvió hacia la izquierda y Victor retorció de nuevo sus muñecas para alcanzar el fondo del bolsillo. Con la yema de los dedos consiguió rozar su navaja multiusos, empujó un poco más hasta que la sujetó. Entonces sonrió. Su guardián no pudo verlo porque estaba dando sus dos pasos hacia la izquierda. Para cuando los miró otra vez, el investigador ya había abierto la pequeña pero afilada navaja y la ocultaba entre su cuerpo y la pared. Con paciencia comenzó a rasgar las cuerdas y sabía que iba por el buen camino a medida que sentía cómo se aflojaba la presión sobre sus muñecas.

La argucia de Zakaria fue en vano, el túnel por el que caminaban llegó a su fin cuando el ganzebra se topó con una pared de roca. El anciano miró hacia un lado y hacia otro, estaba perplejo y no sabía cuándo se había equivocado en sus cálculos, pero ahora no tenían escapatoria posible. No le quedaba más remedio que dar media vuelta y tomar el camino correcto, además de esperar que los dos hombres no se hubieran percatado de su truco. Sin embargo, lo hicieron.

—¿Nos está tomando el pelo, anciano? ¿O es que intenta que nos perdamos en estos túneles? —La mirada que Samuel dirigió al ganzebra provocó un escalofrío al anciano. El *professor* cojeó el metro que le separaba de Zakaria y le empujó con la punta de su bastón hasta que su espalda chocó con el fondo de la galería—. Creo que vamos a tener que darle motivos para que se porte bien. —Asió con su mano izquierda el *rasta* de Naseer y tiró de él—. A este muchacho puede sucederle algo si intenta engañarnos de nuevo—. Hazte cargo de él, Martin.

El director del CSJ le encañonó con su arma en un costado y le empujó.

—Ahora, ganzebra, vuelva a colocarse en cabeza y no se equivoque de nuevo. Sería muy desaconsejable para la salud de su pupilo.

Su mirada era dura y no admitía ningún tipo de réplica.

A pesar del mechón de pelo que le caía a Victor sobre el rostro, Jamal habría podido ver su sonrisa si hubiera abandonado por un momento su devenir automático de derecha a izquierda. Said, sin embargo, comprendió al instante lo que acababa de suceder. Observó cómo los hombros de su amigo se tensaban con fuerza y luego se relajaban con un suspiro silencioso. El joven se había librado de las cuerdas.

—¡Amigo! —le gritó el investigador a Jamal llamando su atención.

El otro se acercó hasta sus prisioneros, aliviado de que le ofrecieran una distracción, aunque no tuvo tiempo de percatarse de cuál sería porque Víctor le clavó un puño en el estómago y otro en la cara para no darle tiempo a reaccionar. El joven se puso en pie de un

salto y lanzó una patada a la mano del árabe que sujetaba el arma. La pistola describió un arco y cayó al otro lado de la gruta. Jamal se tambaleó hacia atrás dando unos pasos inseguros y dejando margen para que el investigador se abalanzase sobre él.

Said no perdió ni un segundo en recoger la navaja que su amigo había dejado en el suelo y comenzó a cortar sus cuerdas mientras observaba cómo el hombre del CSJ ganaba terreno. Era menos alto que Victor pero mucho más corpulento y, por lo que veía, no era el primer altercado cuerpo a cuerpo en el que se veía envuelto. El investigador debería ser más rápido, más astuto o más cauto porque la situación se estaba volviendo en su contra. Ahora, el de la camisa de rayas estaba consiguiendo dominar la pelea y parecía que lograría quitarse de encima al joven. Le empujaba con una cadera y tiraba de él hacia arriba. Victor no tenía ningún punto de apoyo para hacer fuerza sobre él y era cuestión de segundos que la situación se invirtiera y quedara bajo su oponente.

El anticuario se desesperaba con los nudos de la cuerda y, aunque ya sentía que la presión en sus muñecas era menor, aún tenía que continuar cortando. Se puso en pie para tener un mayor margen de movimiento y comenzó a acercarse a los luchadores. Victor había perdido el equilibrio y Jamal le empujaba con fuerza para tumbarle boca arriba. Cuando estaba a punto de conseguirlo recibió una patada en el costado que no supo de dónde le vino. Said no se limitó a un solo golpe y continuó pateándole hasta que su amigo pudo incorporarse y volvió a tenerle a su merced.

Cuando el anticuario consiguió cortar la última cuerda, Jamal ya no dispuso de ninguna oportunidad. Entre los dos hombres le redujeron y, en apenas un par de minutos, le maniataron con destreza. Le habían dejado semiinconsciente.

—Vámonos —le indicó Victor a su amigo.

Señaló la entrada de los túneles con un gesto de la cabeza y el anticuario se apresuró a correr tras él. Pero apenas unos metros más adelante la oscuridad era total y, aunque podían guiarse tocando las paredes y el techo con las manos, el suelo irregular les hizo aminorar el paso. No llegarían muy lejos sin luz.

Said tocó el hombro de su amigo y le indicó que volvía a por unas linternas. Cuando comenzaba a girarse para desandar el camino sintió cómo Victor le empujaba con brusquedad hacia la pared. Casi al mismo tiempo percibió una luminosidad creciente al fondo del pasadizo.

Los dos hombres se pegaron a la roca sin hacer el más mínimo movimiento. En la distancia llegaban a vislumbrar los *rastas* blancos de los mandeos. El grupo daba la vuelta y se aproximaba hacia ellos dejándolos atrapados. Si echaban a correr hacia la entrada, Martin los descubriría y no tendría el más mínimo reparo en usar su arma. Said veía cómo su propia sombra sobre el suelo se alargaba mientras los círculos de luz de las linternas se aproximaban a ellos cada vez más.

El ganzebra volvía a encabezar la marcha retrocediendo en su camino por los corredores. Le seguían Basaam y Naseer. Tras ellos se encontraba Martin, que no dejaba de apuntarlos con el arma, y Abdul; el último de la fila volvía a ser Sinclair. Zakaria podía oír con claridad el rítmico golpeteo de su bastón al apoyarse en el suelo. Sabía que no tenían escapatoria y volver a intentar confundirlos entre la maraña de galerías que horadaban la montaña ya no era una buena opción. Martin tenía el pulso firme y su jefe no dudaría en darle la orden de disparar.

Se resignó a su destino y continuó andando. De vez en cuando volvía la cabeza hacia atrás para buscar apoyo en la mirada de Basaam. El hombre le apretó con fuerza el hombro y dejó su mano en él.

—Estoy aquí —le dijo en un susurro.

El otro asintió con pesadumbre.

No había nada que pudieran hacer y lo sabían, pero Zakaria agradeció su gesto. La carga no era menor por compartirla, aunque el peso se aligeraba bastante.

—Se nos ocurrirá algo, ganzebra.

Procuró conferirle a su voz un sentimiento de esperanza del que carecía y solo consiguió su propósito en parte. Ninguno de los dos se engañaba con respecto al desenlace final de aquella aventura y, sin embargo, tampoco ninguno de los dos dejaba de pensar en cómo ocultar su «tesoro» a ojos de aquellos ladrones.

Al salir de nuevo al túnel principal, Zakaria creyó ver algo al fondo, más allá de la bifurcación que tendrían que tomar. Entrecerró los ojos y aguzó su vista. Le pareció que el túnel se estrechaba en ese punto y no recordaba esa característica hasta que una parte de la pared se movió. Fue un movimiento muy leve, casi imperceptible, pero suficiente para que el anciano reparase en las sombras alargadas del suelo. Entonces sonrió en silencio e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Había reconocido a sus dueños.

Cuando los círculos de luz desaparecieron en un recodo del túnel y dejaron de oírse los últimos pasos, Said soltó el aire que había retenido en sus pulmones. Unas gotas de sudor cubrían su frente. Habían estado cerca, muy cerca de descubrirlos.

—Sigámoslos —le dijo Victor en un susurro.

Los dos hombres se pusieron en marcha procurando que las suelas de sus zapatos no hicieran ningún ruido hasta que llegaron a la primera revuelta del corredor. Allí se detuvieron y el investigador asomó con cautela la cabeza para comprobar la distancia que los separaba del grupo que los precedía. Lo hizo a tiempo de ver cómo la luz se perdía en un giro hacia la izquierda y apremió a su amigo para que continuaran. Temía perderlos en alguno de aquellos túneles que abrían sus bocas oscuras. El miedo de Said era, sin embargo, que fueran ellos los que se extraviaran.

—¿Necesita que vuelva a recogerla? —se ofreció el taxista.

Andrea negó con la cabeza mientras extendía un par de billetes para pagarle. Cuando miró a su alrededor le sorprendió ver una vieja furgoneta blanca con algunos desconchones junto a los faros. Cerca de ella había aparcados otros dos vehículos más; uno pequeño, que no reconoció, y un furgón un tanto destartado. No sabía a quién podrían pertenecer, pero la primera idea que le vino a la cabeza es que los arqueólogos aún no habrían finalizado las excavaciones de ese año. Pensó que resultaría conveniente tenerlos allí, así podrían ayudarla con algunas dudas sobre la gruta que no había sido capaz de resolver por ella misma.

Descendió los escalones hasta la cancela de la entrada y empujó la verja al tiempo que se inclinaba para traspasar el umbral. La cueva estaba iluminada por focos que los arqueólogos habían instalado en campañas anteriores, pero, en contraste con el exterior, parecía encontrarse en penumbra; le costó un poco acostumbrarse a la nueva luminosidad. En pocos minutos comenzó a percibir las dimensiones reales de la gruta, podía ver la elevación de dos metros al fondo que supuso contendría la piscina ritual y la escalera apoyada en su borde. Buscó con la mirada el sitio en donde debía de encontrarse el hueco a los pies de la figura del Bautista, pero no llegó a encontrarlo. Su mirada se detuvo en la pared derecha. Acababa de descubrir una abertura del tamaño de una enorme puerta que no había visto en ninguna de las fotografías de la cueva.

Descendió los escalones que le restaban hasta el suelo y caminó con la mirada puesta en los dos grandes perros de presa dibujados en ella. «Del *Diwan Abatur*», pensó. Conocía su significado a la perfección. No podía creer que los arqueólogos hubieran encontrado ese vínculo tan claro con un antiguo centro de culto mandeo. Se acercó hasta la puerta para poder observar mejor el trazado de la pintura y a punto estuvo de tropezar con el hombre que yacía en el suelo.

Se asustó al ver que estaba atado de pies y manos y tenía algunos cortes en la cara. Se inclinó para verle mejor y creyó reconocerle como uno de los sicarios de Martin. No se movía y se temió lo peor, pero cuando le tomó el pulso pudo comprobar que solo estaba inconsciente. Comenzó a comprender que allí no encontraría a ningún arqueólogo. Lo más probable era que se topase con el otro matón del CSJ, Abdul, y con alguno de los asuntos turbios en los que estaba metido el director. Pero entonces una duda comenzó a penetrar en su cerebro, ¿y si el que estaba en apuros era Sinclair? ¿Y si se había llevado a aquel hombre para protegerse? Era posible que quienquiera que le hubiese maniatado le estuviera haciendo lo mismo a Samuel en esos momentos.

Se irguió y miró a su alrededor. Un poco más allá descubrió los tres cuencos mandeos abandonados a los pies de la puerta, Sinclair nunca los habría dejado tirados allí de cualquier manera. Ya no tuvo dudas, su mentor estaba en peligro. Agarró con fuerza el bolso y echó a correr hacia los dos perros de presa del *Diwan Abatur*.

Era el último giro en su camino. Después de él entrarían en la Sala, la que albergaba su «tesoro». Quizá por eso Zakaria ralentizó sus pasos hasta el punto de detener a la comitiva que le seguía.

—Ve a ver qué pasa —le ordenó Martin a su sicario.

Abdul no se hizo repetir la pregunta y se adelantó hasta alcanzar al ganzebra.

—¿Qué sucede ahora, viejo? ¿Otro de tus trucos?

Antes de que le respondiera, el joven había seguido con la mirada el haz de luz de su linterna y la había detenido en el mismo borde del círculo que limitaba con la entrada de la nueva gruta. Comprendió lo que Zakaria no había dicho con palabras.

—Hemos llegado —les anunció a sus jefes, y propinando un fuerte empujón al anciano, le dijo—: ¡Camina!

El hombre trastabilló; consiguió mantener el equilibrio y no caer al suelo, aunque entró en la sala dando un par de largas zancadas. Los demás le siguieron al interior arremolinándose en torno a la entrada para contemplar la estancia al completo. En los ojos de sus discípulos podía leerse una emoción contenida. Naseer, incluso, estaba a punto de llorar.

Para el resto, sin embargo, no había nada que ver. Acababan de entrar en una sala amplia excavada en la roca. Las dos paredes laterales estaban tan finamente pulimentadas que casi brillaban; la de enfrente era distinta, porque presentaba una gruesa capa de yeso oscurecida por los siglos de deterioro. A sus pies se amontonaba el polvo que había ido cayendo al suelo.

Martin escrutaba la cueva, incluso se giró hacia atrás y enfocó con su linterna el pasillo que acababan de recorrer pensando que el anciano había vuelto a engañarles: aquella habitación de piedra estaba vacía.

Y lo estaba. Eso fue al menos lo que supuso Sinclair, pero al advertir la emoción en los ojos de los sacerdotes cambió de opinión.

—Bien, prosigan su trabajo —les indicó señalando el muro enyesado como si supiera lo que tenían que hacer a continuación.

Naseer abrió la boca para enfrentarse al *professor*, pero tuvo que cerrarla sin decir nada porque sintió la presión del arma en su espalda. Martin sabía ser muy persuasivo cuando se lo proponía.

Un leve empujón al anciano hizo el resto y los tres mandeos dieron unos pasos en dirección a la pared de enfrente. Hicieron ademán de taparse los oídos mientras se colocaban los tapones de cera y Zakaria comenzó a entonar una vieja letanía de sonidos rítmicos. Era muy diferente a los cánticos que habían obtenido al leer los cuencos y, sin embargo, para Sinclair mantenía la misma pauta de sonidos cavernosos y profundos.

De alguna forma que no llegaba a comprender, las paredes laterales reproducían la voz del anciano y creaban ecos y vibraciones en la estancia. Cantaba una sola persona, pero se asemejaba al canto de un coro de tenores de voz grave y cálida. Eran notas lentas que le adormecían y parecían sedarle relajando sus músculos. El tiempo

parecía haberse detenido de nuevo, otra vez todo volvía a funcionar de forma lenta y sosegada. Comenzaba a dejarse llevar por el letargo.

Cuando Basaam y Naseer se unieron a él, el sonido creció en intensidad y los envolvió. Casi podía verlo a su alrededor, abrazándole y, desde luego, podía sentirlo dentro ejerciendo presión, haciendo fuerza. Sus pulmones, su corazón y su estómago absorbían la energía acústica y resonaban al mismo ritmo que el cántico. El movimiento relajante del principio se tornó desagradable a medida que los hombres aumentaban su intensidad y su cadencia. Ahora sentía náuseas, al igual que Martin, que había tenido que apoyarse contra una de las paredes pulidas para no perder el equilibrio.

«Es el sonido —pensó Sinclair antes de no poder pensar más—, es el sonido.»

Y, en efecto, no se equivocaba, era el sonido, que, como una energía, actuaba creando presión en los órganos internos y haciendo que sus moléculas vibrasen cada vez más rápido. Si el cuerpo no era lo suficientemente elástico podría romperse. Por fortuna para Samuel, él era más flexible que el yeso y en algún punto cercano oyó cómo una parte de la pared se fracturaba.

También lo había escuchado el ganzebra, a pesar de llevar tapones en los oídos, que, en realidad, solo servían para amortiguar parte de los efectos de la música en su cuerpo. En el instante en que lo oyó reunió las pocas fuerzas que le quedaban y levantó un brazo. Sus compañeros entendieron la orden y alzaron la voz al unísono casi hasta el límite humano. Ahora entonaban como un bajo profundo a su máxima potencia. Los sonidos eran atronadores y resonaban retumbantes en la caverna.

Los haces de luz que las linternas dibujaban sobre el suelo no avanzaron más. Oscilaban de un lado a otro y, a veces, parecían parpadear, pero se habían detenido.

Victor vio cómo se desparramaban los rayos al final del túnel. Cuando el grupo de delante giró por última vez hacia la izquierda, dio la impresión de que ya habían alcanzado el lugar al que deseaban llegar.

Caminó los últimos pasos que le separaban del recodo muy despacio, con el corazón golpeando con fuerza en su pecho. No sabía lo que podía esperar al otro lado. Cuando alcanzó la entrada de la nueva gruta se detuvo y asomó la cabeza con cautela. Said se acercó hasta él moviendo su cuerpo en silencio y, al llegar a su altura, también miró hacia la sala conteniendo la respiración. Sería la última vez que respiraría con normalidad durante los próximos minutos. En ese momento los mandeos iniciaron su cántico y el sonido los envolvió también a ellos.

Sinclair comenzaba a marearse cuando la pared enyesada crujió y se resquebrajó en algunos puntos. Ahora el sonido era tan fuerte que lo oía sobre su cabeza y bajo sus pies y sentía moverse toda la cueva.

El agua que había quedado almacenada en depósitos subterráneos tras la lectura de los cuencos y que había continuado aumentando de nivel con lentitud había rebasado la capacidad de su encierro y había buscado nuevas vías de escape; presionó las paredes de su embalse bajo tierra hasta que consiguió abrirse paso a través de los túneles más profundos volviendo a rugir con fuerza y a retumbar en todas las galerías que horadaban la colina.

Eso era lo que hacía vibrar la cripta y lo que sentía en su interior, una poderosa fuerza en movimiento, y entonces le entró pánico, un miedo que le impedía moverse y apartar la vista de la pared de enfrente, cada vez más agrietada. Observó cómo un pedazo de yeso se desplomaba y caía al suelo levantando una nube de polvo. Le siguió otro, y un tercero. La pared entera se desmoronaba.

Los mandeos disminuyeron la intensidad de su canto y ahora volvía a ser relajante y lento, aunque el cuerpo de Sinclair parecía haber pasado por debajo de una apisonadora. Martin y Abdul se habían visto obligados a sentarse en el suelo para no caer por la pérdida de equilibrio que habían sufrido y ahora se encontraban agotados y con ganas de vomitar, pero comenzaban a respirar de nuevo con cierta facilidad.

Los envolvía un agradable sonido de fondo que no procedía de las gargantas de los sacerdotes aunque les servía de acompañamiento. Estaba en todas partes y fluía, como el agua, al mismo ritmo que ellos.

El cerebro de Samuel Sinclair comenzaba a aclararse y podía pensar de nuevo. Lo que pensaba era que habían encontrado el tesoro: algo brillaba entre las grietas de la pared enyesada.

Todavía temblaba. Andrea sentía el sudor frío que le recorría la espalda y sabía que un fino reguero de sangre le resbalaba por la rodilla.

Apenas si había recorrido unos metros en el interior del túnel cuando comenzó a sentir un leve temblor en el suelo. Y aunque al principio continuó andando, la vibración fue creciendo hasta que no tuvo más remedio que sujetarse a la pared para no perder el equilibrio. Cuando rozó la roca percibió un cosquilleo en las palmas de sus manos. Parecía que el túnel entero se movía. Creyó que algo pasaba y que se arremolinaba bajo sus pies, bajo el propio suelo. Después la sensación se amplió a las paredes y al techo y comenzó a invadirla un sentimiento de agobio que le oprimía el pecho. La galería parecía haberse llenado de algo denso y opaco a pesar de continuar vacía y en la más absoluta oscuridad, como si tuviera vida propia. Una sacudida fuerte le hizo perder el precario equilibrio y cayó hacia delante golpeándose las rodillas. Se arrastró unos metros más, tanteando la roca con las manos. Respiraba con dificultad y sentía miedo, pero la adrenalina la impulsaba a continuar. Rozó el borde de una esquina y giró a la izquierda buscando la protección de una galería transversal. Allí el ruido era más grave, casi ensordecedor, la envolvía y resonaba dentro de su cuerpo. Lo sentía rebotando en sus

pulmones y en su estómago. Comenzó a marearse y a padecer náuseas. Le fallaban las fuerzas a pesar de estar caminando a gatas y reclinó la espalda contra la pared para intentar respirar mejor. Se sentía totalmente agotada.

Aunque le escocían los ojos por el sudor que había entrado en ellos, no se sentía capaz de secarlos. Le temblaba tanto la mano que no encontraba su rostro. Comenzó a temerse lo peor y a pensar que podía tratarse de un terremoto y aunque la poca lógica que era capaz de retener en su cerebro le decía que no era probable, un miedo atávico le hacía creer que todo era posible. Andrea esperaba que de un momento a otro el techo se desplomara sobre su cabeza.

Abdul fue el primero en ponerse en pie. El cuerpo le pesaba una tonelada y le costó recuperar el equilibrio. Cuando lo consiguió ayudó a levantarse a su jefe, que mostraba el rostro más pálido que le había visto en su vida. Martin recogió del suelo el bastón de Sinclair y se lo tendió. Él lo asió por la empuñadura sin dejar de enfocar con su linterna hacia la pared del fondo. Otros haces de luz desparramados por el suelo iluminaban la cueva de forma irregular y le impedían ver con claridad el texto que había quedado al descubierto. Se aproximó tambaleante a él seguido por los otros dos.

El yeso de la pared había caído para dejar al descubierto un muro de estuco en el que se perfilaba el relieve de unas letras doradas. Eran grandes y estaban dispuestas en filas. Con la visión reducida por los cascotes que aún no se habían desprendido se hacía muy difícil interpretarlas, así que, al pasar al lado de los mandeos, empujó con el pie un pico que habían traído.

—Acaben el trabajo —les ordenó.

Zakaria estaba agotado y necesitó la ayuda de Basaam para poder incorporarse. El sacerdote dejó al ganzebra apoyado contra la pared lateral y volvió a recoger el pico. Naseer ya se había encargado de empuñar la pala y de ir desprendiendo las capas de yeso que aún no se habían desmoronado. Poco a poco, entre los dos, consiguieron dejar al descubierto el resto de la pared. Cuando finalizaron su trabajo se alejaron y se arrodillaron en señal de devoción.

Ante ellos aparecía majestuoso el alfabeto mandeo, el primero, el que escribieron sus antepasados. Eran letras grandes y doradas que ocupaban todo el muro. La «a», la «ba», la «ga»... y, al final, de nuevo la «a», creando la perfección.

Su brillo deslumbró a Sinclair, que se adelantó hasta poder tocarlas: parecían estar esculpidas en oro. Acarició la que quedaba a la altura de su rostro mientras la iluminaba con su linterna. Percibía el frío del metal en sus dedos e hizo un cálculo mental rápido de lo que podían costar en el mercado. La cifra era impresionante y consiguió reanimarle un poco de su agotamiento. Pero lo que realmente le satisfizo fue pensar en las prebendas académicas que obtendría por aquel descubrimiento: las mejores universidades se disputarían sus conocimientos y sería el ponente de honor de todas las conferencias,

acumularía distinciones honoríficas; era posible, incluso, que la reina le otorgase el título de Sir y estaba deseando aceptarlo.

Sinclair pasó a la siguiente letra y la acarició también sin quitarse de la cabeza su futuro título nobiliario. Esa le pareció peor pulida, menos trabajada, y al observar sus dedos comprobó que estaban dorados. Raspó la superficie del relieve con las uñas y la pintura brillante se desprendió con facilidad.

—¿Falsas? —gritó creando ecos en la caverna. De pronto, su imaginaria y recién adquirida aristocracia se había esfumado—. ¿Las letras son falsas?

Dirigió su furia hacia el ganzebra, que permanecía apoyado contra la pared, y le apuntó con su bastón.

—Estas letras no son de oro —siseó mientras descargaba golpes contra Basaam y Naseer.

Los mandeos se protegían la cabeza con los brazos.

—¿Dónde está el tesoro? —chilló—, ¿dónde lo habéis escondido?, ¿dónde?

El anciano señaló el muro cubierto con su alfabeto sagrado y respondió a su ira con calma.

—Es ese de ahí. Ese es su tesoro.

—No veo el candelabro de siete brazos, ni las otras piezas del Templo. —Su voz se había convertido en un susurro sibilante.

Al principio el anciano no pareció entenderle, pero luego cayó en la cuenta.

—¿La Menorah? ¿El Templo? Nosotros no somos judíos. ¡Cómo íbamos a poseer esos tesoros! Nuestra riqueza está en el poder de ese alfabeto —le contestó señalando la pared con su mano huesuda—. En él y solo en él encontramos nuestro verdadero oro.

Y no mentía, sin embargo, Sinclair estaba lleno de ira y las palabras del sacerdote no le convencían. En algún lugar de aquella maraña de túneles y galerías se hallaba lo que había venido a buscar.

Había empleado casi toda su vida en descubrir que existía un vínculo muy fuerte entre los mandeos, Juan el Bautista, los esenios y los judíos; y estaba claro que los mandeos fueron los depositarios finales del tesoro que desapareció del Templo de Jerusalén cuando los romanos arrasaron la ciudad en el año 70 después de Cristo.

Todo estaba muy claro. El Bautista había dado sus primeros pasos como esenio, siguiendo sus ritos y costumbres para luego alejarse de ellos y crear su propio grupo religioso. Cuando los mandeos le conocieron hicieron de él uno de sus principales profetas. Lo demás era pura deducción: antes de que los romanos saquearan el Templo de Jerusalén, la institución más rica de la antigüedad, los judíos se encargaron de sacar sus tesoros de la ciudad para ocultarlos. Ese difícil cometido recayó en los esenios, que conocían las cuevas de la zona como la palma de su mano. Ya solo quedaba encajar a los mandeos en el rompecabezas y Juan el Bautista era la pieza que los vinculaba. Estaba seguro de que a través de él, los dos grupos habían entrado en contacto y lo habían mantenido hasta su muerte en el año 37. Sinclair creía que los mandeos habían sido los guardianes últimos del tesoro del Templo de Jerusalén y que les había correspondido a

ellos la tarea de ocultarlo cuidadosamente. Conocían, por tanto, su localización exacta. Estaba seguro de no haberse equivocado. Ellos eran los únicos, en la actualidad, que conocían el paradero de toda esa riqueza.

No era lo mismo descubrir el tesoro del Templo judío perdido durante dos mil años que un simple alfabeto mandeo construido en estuco dorado. Y lo peor que podría sucederle: la reina no le ofrecería la posibilidad de convertirse en Sir.

Su ira crecía a medida que se sentía estafado y en un arrebato de furia retiró la funda de su bastón convirtiéndolo en un florete de esgrima.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar mientras se acercaba al anciano apuntándole con su arma.

En la entrada de la caverna, Víctor y Said ya casi se habían recuperado del efecto de los sonidos y, al ver a Samuel dirigirse hacia el ganzebra con el florete en alto, el investigador echó a correr en su dirección, pero en su camino se encontró con la mano cerrada de Abdul, que en esa ocasión fue más rápido que él. Cuando sintió el puñetazo en la boca del estómago se plegó en dos como una hoja de papel y el sicario solo tuvo que tumbarle con un golpe en la espalda. Víctor cayó al suelo aturdido. El hombre del CSJ buscó el arma bajo su chilaba pero recordó que se la había prestado a su primo.

—Es tu día de suerte —le dijo al investigador, que todavía sentía malestar en el abdomen tras el accidente en la carretera de Ein Kerem; el nuevo revés vino a empeorar las cosas. Le faltaba el aire y no era capaz de levantarse.

Said tuvo una suerte parecida cuando se encontró con la culata del arma de Martín empotrada en su sien. Se tambaleó adelante y hacia atrás un par de veces, como una peonza, hasta que dio con sus huesos en la roca.

—¡Noo! —El grito rebotó contra las paredes de la gruta levantando ecos que multiplicaron el sonido hacia los cuatro puntos cardinales.

Todos los que se encontraban en la caverna giraron su cabeza hacia la entrada. Andrea permanecía de pie, muy alterada, observando cómo Samuel amenazaba al anciano con su florete. Le tenía agarrado por el *rasta* y el filo de la hoja rozaba su cuello. Al ver a la mujer soltó al ganzebra, que se desplomó sobre el suelo, y corrió en dirección a ella; le desagradaba que Andrea hubiera presenciado esa escena. Ahora tendría que explicarle muchas cosas para las que aún no estaba preparada.

De camino, Samuel recogió la funda de su bastón y una linterna que rodaba por la tierra. Cuando alcanzó la entrada de la gruta tomó con fuerza el antebrazo de la mujer y tiró de ella hacia fuera. Andrea intentó separarse de él, pero la tenía bien sujeta y la arrastró por el túnel. La orientalista tuvo tiempo de echar un último vistazo a la cripta y de advertir que Víctor miraba en su dirección y parecía preocupado.

—¡Martin! ¡Abdul! —les gritó Samuel desde la galería—. Nos vamos. Rápido.

La cueva les devolvió los ecos y los dos hombres no se hicieron de rogar. Al pasar al lado del investigador, Abdul le propinó una patada en el costado que le provocó nuevas náuseas.

—Volveremos a vernos —le espetó a un Victor más preocupado por retener el desayuno dentro de su cuerpo que por responder a bravuconerías.

Said se arrastró pesadamente hasta su amigo, que estaba hecho un ovillo sobre la roca fría, y le tocó el hombro.

—¿Cómo estás?

Cuando el joven le miró, el anticuario pudo comprobar que no se encontraba muy bien.

—Vamos, arriba —le dijo.

Y se arrodilló para ayudarle a levantarse. Consiguieron ponerse en pie los dos apoyándose el uno en el otro.

—Gracias, jóvenes.

El ganzebra se había acercado hasta ellos y, posando sus manos en el antebrazo de Victor, les hablaba con afecto.

—Esos hombres son unos bárbaros —prosiguió el anciano.

Ahora, los tres mandeos los rodeaban. Naseer miraba a Victor con admiración, su entrada al galope en la sala había detenido el mal que Sinclair pretendía hacerle a su ganzebra, o al menos lo había intentado, y aquel hombre tenía todo su agradecimiento.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Basaam. Victor estaba a punto de responder cuando le ayudaron a apoyarse contra una de las paredes laterales. Aún tenía dificultades para respirar con normalidad. Said se colocó a su lado con preocupación.

—Naseer, trae alguna linterna, por favor —le pidió el ganzebra.

Su pupilo recogió un par de ellas del suelo y le ofreció una al anciano. Mientras, Basaam iluminaba con otra las grandes letras de la pared de estuco. Victor le observaba, en parte para alejar su malestar y en parte por curiosidad.

Zakaria siguió su mirada y sonrió.

—¿Conoce nuestro alfabeto sagrado?

El joven asintió e intentó sonreír a su vez, pero esbozó una simple mueca.

—Mágico, ¿verdad?

Le hubiera gustado reírse, pero, en lugar de eso, los ojos se le llenaron de agua al recordar la sábana blanca que cubría el rostro del doctor Ben Shimon. Nunca más le respondería que también los cuencos y los amuletos eran mágicos. Lo que no habían conseguido tres baipases lo había logrado el CSJ. Su dolor se convirtió en rabia y apretó los labios con fuerza.

El ganzebra observó sus cambios de ánimo y le palmeó el hombro ofreciéndole consuelo. Victor le miró directamente al rostro por primera vez y descubrió sus ojos pequeños y hundidos enmarcados por unas gruesas cejas. Su mirada era cálida y tierna, casi como la de un padre. Había en ellos preocupación, pero también esperanza. El hombre le regaló una sonrisa cómplice y Victor tuvo la sensación de

que, de alguna manera que él no llegaba a entender, ese hombre estaba dentro de su cabeza con él. Y, como un padre atento, estaba colocando las cosas en su sitio. Cuando volvió a mirarle, esa sensación había pasado y solo permanecía una débil sonrisa en los labios arrugados de un anciano.

Entonces lo recordó. El investigador tanteó uno de los bolsillos traseros de su pantalón y encontró el amuleto de oro algo aplastado por la navaja multiusos. Tiró de él y se lo ofreció al anciano.

—Esto les pertenece.

La sonrisa de Zakaria se amplió y sus manos temblaron cuando lo tomó entre ellas con veneración.

—Gracias, amigo. —Y el ganzebra quiso devolverle ese gesto con otro. Miró a sus compañeros y, ante su asentimiento, les dijo a los dos hombres—: A nosotros también nos gustaría mostrarles algo, como una prueba de agradecimiento—. Basaam, recoge ese pico. —Le indicó al sacerdote—. Acompañenme, por favor —les pidió a Said y a Victor apoyándose en el brazo del investigador para caminar.

Se acercaron hasta uno de los bordes laterales de la pared que contenía las grandes letras del alfabeto sagrado y Zakaria señaló con el dedo una esquina a Basaam.

—Pica ahí, por favor.

El sacerdote golpeó un par de veces y el primer manto de yeso se desprendió con facilidad dejando ver la zona que ocultaba.

—Es algo que desearía que vieran —les dijo a Victor y a Said.

Samuel arrastró a Andrea por los túneles precedido por Martin y Abdul, que caminaban más rápido que él y ya habían alcanzado la puerta con los dos perros del *Diwan Abatur*; su cojera no le ayudaba, pero los continuos tirones de la orientalista en dirección contraria a la que llevaban le hacía retrasar la marcha en exceso.

Uno de esos tirones consiguió su objetivo y la mujer quedó libre de Sinclair. No lo pensó dos veces y echó a correr por donde habían venido. No se detenía a comprobar si elegía el camino correcto, solo sentía la necesidad de correr para alejarse del hombre. Después de lo que había visto en la caverna no se sentía segura en su compañía. Algo en su interior le desaconsejaba que permaneciese junto a él. Le había visto amenazar al anciano con crudeza y cuando la tomó del brazo la arrastró con tanta fuerza por los túneles que le hizo daño. Temía, incluso, que toda su furia se volviese contra ella y en aquellas circunstancias desconocía cómo se comportaría. Nunca le había visto tan fuera de sí, con tanta ira contenida. Había miedo en sus ojos cuando consiguió desasirse del hombre y un sentimiento de alivio a medida que su carrera la alejaba de él.

Su errática fuga hizo que se extraviara en la maraña de túneles, pero no se detuvo hasta que dejó de ver el resplandor de la linterna de Samuel a su espalda. Entonces se acurrucó en el suelo y se tapó los oídos. Desde lejos le llegaba la voz del *professor* llamándola con insistencia. Se negó a oírle y apretó con más fuerza las manos contra

su cabeza. Sin apenas darse cuenta comenzó a llorar. Intentaba sofocar los sollozos para que no pudiera encontrarla gracias al sonido.

Después de un rato dejó de llamarla, pero Andrea no se tranquilizó, confiada en que se habría ido sin ella, dejó que su frustración brotara en forma de nuevas lágrimas. Poco después, el nerviosismo le provocó temblores que no era capaz de controlar.

Samuel había alcanzado la puerta con la imagen de los dos perros. La mirada de los pobres animales resultaba cándida comparada con la suya. No sabía si sería capaz de controlar su ira por más tiempo. Hacía unos instantes lo había tenido todo al alcance de sus manos y ahora había desaparecido entre sus dedos, filtrándose entre ellos como el polvo. No le quedaba nada, tanto trabajo para obtener los cuencos y el amuleto, tantas horas gastadas pensando en cómo conseguir que todo estuviera dispuesto a la perfección para cuando llegara el momento adecuado, todos sus esfuerzos no habían sido suficientes y ahora se encontraba desesperado y lleno de ira. Incluso ella, la mujer, le había fallado.

Volvió a mirar hacia atrás y enfocó su linterna recorriendo el túnel para volver a llamar a Andrea por última vez. Lo hizo con la rabia encerrada en su pecho, pero ella no le contestó.

—¿Sucede algo? —Martin le vio detenido en el dintel de la puerta y le preguntó preocupado.

—Andrea.

Se lo imaginó, la mujer había huido. No se podía uno fiar de ellas y menos si se creían inteligentes. Al fin y al cabo, estaba seguro de que esta acabaría abandonándolos tarde o temprano. Lo importante era saber si aún precisaban de su trabajo.

—¿La necesitamos? —le preguntó al *professor*.

Samuel iba a responder que sí e inició una pequeña inclinación de cabeza pero detuvo su movimiento en seco.

—No, déjala. Ya arreglaremos ese problema más adelante.

Razonó que abandonarla allí unas horas la domaría, la tornaría más dócil y le permitiría meditar sobre lo que había visto. Después se encontraría más receptiva a sus explicaciones y hasta era posible que comprendiese el verdadero alcance de su investigación y estuviera de acuerdo con él en su forma de manejar la situación. No estaba totalmente seguro de esa posibilidad, pero no convenía descartarla.

Además, no podían esperarla; los otros hombres aparecerían en cualquier momento y no deseaba que se produjese un nuevo enfrentamiento. Abdul parecía odiar al investigador y en una refriega cualquiera de los dos saldría malherido. No podía permitirse el lujo de perder a ninguno. Al sicario le necesitaba para continuar con sus planes y al otro tendría que vigilarle a cierta distancia porque lo llevaría hasta el tesoro. Sinclair estaba convencido de que allí no había finalizado su búsqueda. En ese momento no era capaz de pensar con claridad hacia dónde dirigiría sus pasos, le quedaba la opción esenia y las ruinas de Qumrán, pero el joven podría constituir una ayuda inestimable. Si no era capaz de convencer a Andrea para

su causa, al menos podría contar con él, sin que lo supiera, por supuesto.

Comenzó a relajarse y a creer que no todo estaba perdido, todavía quedaba una posibilidad, todavía podía conseguir el tesoro del Templo y aceptar el título que le otorgarían por su incalculable contribución a la Historia; porque la reina se lo concedería, de eso no cabía ninguna duda.

Cuando su cerebro se serenó lo suficiente, empezó a impartir órdenes e indicó a Martin que recogiera los cuencos mostrando tres dedos extendidos hacia ellos y luego dirigió su mano a la hornacina bajo los pies del Bautista para recordarle que no se olvidara del amuleto. Nunca se sabía, pero aquellas piezas, por sí solas, también podrían reportarle algún beneficio.

—Y tú —le dijo a Abdul—, levanta a tu primo y vámonos.

El árabe había conseguido que Jamal recuperara la consciencia y le había desatado, después le ayudó a incorporarse.

Samuel inició su marcha hacia la salida de la Gruta del Bautista cuando un grito de Martin le hizo pararse en seco.

—¿Cómo que no está? ¿Has mirado bien? —Su rostro era lo más cercano que podía parecerse una cara humana a la faz de la Gorgona.

—Sí, yo... —El director trastabillaba las palabras confuso por no encontrar el amuleto.

—Déjame a mí —gruñó mientras le empujaba hacia atrás.

Sinclair se acercó hasta el hueco a los pies del santo e introdujo la mano en él casi hasta el antebrazo. Palpó arriba y abajo el hueco, pero quedó claro que estaba vacío. Se volvió a los tres hombres y les ordenó abandonar la gruta con la voz más cargada de odio que habían oído en su vida.

El ganzebra abarcó todo el alfabeto mandeo llenando la pared con un gesto de sus brazos.

—Observen la primera letra —les dijo a Víctor y a Said señalándola con su dedo.

La redonda «a» del alfabeto mandeo se erguía orgullosa en la otra punta de la pared. A la débil luz de las linternas parecía un sol sin rayos.

—Observen la última —les pidió al tiempo que redirigía su dedo en la nueva dirección.

Era otra «a». Pero eso ya lo sabían los dos hombres. El alfabeto mandeo comenzaba y finalizaba con la «a».

—Representa lo más elevado de todo, es la grandeza, la perfección. —Said miraba la letra y meditaba sobre lo que podría contener el círculo que encerraba—. Es el Principio y el Final de todas las cosas —dijo el anciano girándose en su dirección en un intento por responder a su pregunta no formulada—. Y es ahí, al final, donde se encuentra lo que deseo que vean.

Bajo la última letra del alfabeto y algo escorado a la derecha había un texto que ni Said ni Víctor podían entender. Estaba esculpido en mandeo antiguo.

—«Guardado en cobre» —leyó Zakaria—. Ese es vuestro tesoro. El nuestro... —Abarcó con su brazo huesudo todas las letras de la pared —: Este es el nuestro. —Luego añadió una frase algo críptica para la que no ofreció explicación alguna—. Ellos cumplieron el Pacto y siguieron la Ley. Eran hombres buenos.

Said fue a replicar algo pero no emitió el más mínimo sonido. El anciano acababa de alzar su brazo pidiendo su silencio.

—Hay muchas cosas en la tierra y en el cielo que los hombres desconocen. Pídanle ayuda a su Dios. Él les guiará por el camino, existen preguntas para las que yo no tengo respuestas.

«O sea —pensó el anticuario—, que no debe de tener ni idea de lo que significa.» Y ya se imaginó envuelto en una nueva aventura junto a Victor, porque su amigo no descansaría hasta saber lo que aquella frase quería decir: ¿quiénes cumplieron el Pacto?, ¿quiénes siguieron la Ley?, ¿qué fue lo que guardaron en cobre esos hombres buenos? En un gesto cómico se echó las manos a la cabeza.

—Ahora, amigos, deben dejarnos. Aún nos queda por realizar la última parte de nuestro trabajo. —El ganzebra finalizó su frase con una mirada de cariño.

Cuando Victor y Said abandonaron la cueva todavía se sentían excitados por lo que habían visto pero algo confusos por la nueva perspectiva que les había abierto el anciano.

Caminaban sumidos en sus propios pensamientos, por eso los sobresaltó el grito de ayuda. Lo oyeron con claridad, no sonaba muy lejano y la mujer parecía desesperada. Volvió a chillar y Victor enfocó la linterna que le había dado uno de los sacerdotes hacia la fuente del sonido. Ya había dado un par de pasos hacia ella cuando Said tiró de su manga y le indicó otra galería que se abría justo ante sus ojos.

Andrea continuaba gritando y las paredes de los túneles levantaban numerosos ecos. Su voz podría proceder de cualquiera de ellos o de todos a la vez y eso hizo que el investigador ya no estuviera tan seguro de dónde procedía el sonido.

—No dejes de hablar —vociferó—. ¿Me has oído?

Ella le había oído y se sintió aliviada, allí había alguien que podría ayudarla. Seguramente serían los otros hombres de la caverna y se creyó con fuerzas para comenzar a andar en su dirección.

—Sí —le respondió—. ¡Estoy aquí!

Said se adelantó aguzando el oído hacia la galería que tenían enfrente, pero ya no estaba tan seguro de que el sonido procediese de ese punto. Comprobó que Victor seguía su instinto y se internaba en otro túnel y decidió seguirle; si se separaban, también ellos podrían perderse.

La mujer no dejaba de hablar y su voz cada vez se oía más cerca. Aunque las paredes continuaban devolviéndoles ecos confusos, ahora parecía que las palabras sonaban con más fuerza.

—Os he visto —exclamó ella con esperanza cuando percibió un resplandor en la distancia—. Veo la luz. ¡La veo! —De pronto, el resplandor se desvaneció tan de prisa como había aparecido—.

¿Dónde estáis? ¡Ahora no puedo veros! —Había un cierto tono lacrimoso en su voz.

Se puso en pie con gran esfuerzo en mitad de la oscuridad tanteando las paredes y comenzó a andar insegura.

—¿Dónde estáis? —repitió intentando controlar los sollozos—. ¿Dónde estáis?

Tenía miedo de quedarse allí para siempre. Sola no podría encontrar la salida, todos los túneles parecían iguales y no sabía cuánto podría haberse alejado de la entrada en su alocada carrera.

—¡No os veo! —El grito se partió por la mitad cuando Andrea tropezó con una elevación del terreno y cayó al suelo. Se había golpeado otra vez contra las rodillas y volvió a correr la sangre por la herida reciente. La sentía deslizarse cálida por la pierna. Intentó limpiarla con el borde de la falda sin conseguirlo mientras luchaba para que la voz no se le quebrase y las lágrimas no comenzaran a resbalar por sus mejillas de nuevo—. No os veo —repitió, pero era casi un susurro ahogado.

Se apoyó contra la pared pretendiendo ponerse en pie y se impulsó con fuerza hacia arriba cuando una arista de la roca le lastimó el hombro desgarrándole la blusa y provocándole una fea herida. Percibía el dolor palpitando en su brazo, latiendo al ritmo de su corazón, que se había vuelto a encabritar. Ya no pudo evitar que las lágrimas volvieran a correr por sus mejillas. Tenía miedo y estaba sola.

Naseer miró a su ganzebra esperando una señal que le indicara que podía comenzar. Se encontraba agotado, pero sabía que sería el último esfuerzo que debía hacer, después podrían descansar.

Había desenrollado con mucho cuidado el amuleto de oro y ahora se lo mostraba a sus compañeros con complacencia. La lámina se había agrietado en algunas zonas pero su texto aún era legible. Zakaria apoyó una mano en su hombro y asintió con una sonrisa. Era el momento. Los embalses de agua ya debían de estar desbordándose y el tiempo se les acababa.

Naseer comenzó a cantar una melodía muy dulce y serena que en nada recordaba sus cánticos anteriores. Sus notas los envolvieron con suavidad y la delicadeza de su roce los relajó. Ya no se trataba de conseguir infrasonidos que rompieran la roca y dejaran correr el agua con libertad, ya había sido liberada. Ahora ella haría sola todo el trabajo, su propio empuje contra las paredes obraría el milagro.

Al mismo tiempo que Basaam y Zakaria se incorporaban al canto de su compañero, finos hilillos de líquido comenzaron a descender del techo de la pared del fondo. Las letras grandes se disolvían ante su contacto como si el agua fuera ácido corrosivo. El material se desprendía de la roca dejando regueros de pintura dorada que recordaban el maquillaje de un rostro gastado tras una noche de fiesta. A medida que desaparecía el antiguo alfabeto, la pared comenzaba a brillar. Refulgía ante la luz de las linternas como oro

vivo. Y en verdad era oro vivo porque parecía surgir de la propia roca, nacer de ella.

Los mandeos se quedaron sobrecogidos ante aquella visión. Alguien había tallado en la piedra la forma de sus letras, hundiendo el cincel y rebajando el material y luego había cubierto esos huecos con grandes cantidades de oro que, a su vez, había moldeado. El resultado era un alfabeto, con cada letra del tamaño de un niño, que brillaba como el sol y que decoraba toda la pared. A las dos «a» les habían nacido rayos. Una lágrima resbaló por la mejilla curtida del ganzebra justo en el instante en que volvió a escuchar el sonido del agua que se precipitaba hacia ellos desde algún lugar.

Los tres sabían que tenían que abandonar la cueva y, en fila, salieron de ella con lentitud. Se volvieron a una distancia prudencial para observar por última vez el valor de aquel alfabeto mágico que era superior a todo el oro que le daba forma. Habían restaurado de nuevo su poder y ahora las palabras podrían volver a modificar el mundo. Para bien o para mal.

Un torrente de agua rebotó contra el exterior de la cueva y pudieron sentirlo presionando al otro lado de la galería. Lo tenían a su alrededor, pero las paredes del túnel los salvaban de ahogarse, como las otras veces. El líquido tenía que cumplir su trabajo y, antes de encontrar un nuevo cauce por donde correr con libertad, debería alcanzar su máximo nivel; entonces la presión excesiva rompería la roca más frágil y todo habría acabado.

Y eso fue lo que sucedió. Un pedazo de material pétreo se fracturó y una cortina de roca cayó ante la entrada de la cueva taponando su acceso. Fue el último estruendo que retumbó en todo el complejo levantando ecos a su paso antes de que se hiciera el silencio. Una película de polvo cubrió a los mandeos, pero sus rostros continuaban mostrando una cálida sonrisa.

—¿Puedes ver la luz? —gritó Victor al aire de las galerías—. ¿Puedes verla? ¿Andrea? —Era un grito desesperado cuando sintieron que el túnel se les caía encima.

En ese momento la roca comenzó a vibrar de nuevo produciendo un estruendo ensordecedor y el joven supuso que los mandeos estarían echando abajo una nueva pared.

Había sido el más poderoso de cuantos habían percibido y provocó que todo el complejo subterráneo temblase. Los dos hombres se apoyaron en las paredes, esperando que llegara lo peor cuando los alcanzó una nube de polvo que los cubrió por entero. Supusieron que algún corredor cercano se habría desplomado y el miedo a que fuera un derrumbamiento en cadena les hizo apretar el paso.

Los efectos del sonido volvieron a maltratar su estómago, ya en malas condiciones, y Said se tambaleó hacia un lado y hacia otro con el equilibrio muy mermado, pero las vibraciones y los ecos en esta ocasión fueron de menor duración que las veces anteriores. Lo que sí percibieron con mayor claridad los dos hombres fueron las torrenteras

de agua que desbordaban los túneles inferiores y el rugir continuo de su caudal.

—¿Andrea? —gritó el joven con más fuerza.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! —Acababa de ver de nuevo el haz de la linterna y se olvidó de su brazo herido para correr hacia él—. ¡Aquí! —chilló desesperada.

Las paredes a su alrededor temblaban, y ella también.

—Ya te vemos.

Los dos hombres se apresuraron hasta alcanzarla. A Andrea apenas si le quedaban fuerzas para mantenerse en pie. Cuando Víctor estuvo a su lado le pasó la linterna a Said para sujetar a la mujer. Pudo ver la sangre en sus rodillas y, al sostenerla del brazo, sintió un líquido cálido que resbalaba de su hombro. Extrajo un pañuelo de su cazadora y lo ató en torno a la herida. Al alzar la cabeza, su vista se cruzó con la de ella y reconoció aquellos ojos violetas. Le sonrió. Andrea intentó devolverle esa sonrisa, pero fue incapaz y solo pudo mostrarle su agradecimiento con la mirada. Entonces Víctor la sujetó con fuerza por la cintura y la ayudó a caminar.

El investigador no entendía cómo la habían abandonado en los túneles, resultaba muy fácil perderse en aquella maraña de galerías interconectadas donde la oscuridad era casi total.

No estaba seguro de que Andrea formara parte del equipo del CSJ que los había atacado. El hombre la obligó a salir a rastras de la caverna y la empujó sin contemplaciones. Parecían conocerse y, sin embargo, la había tratado sin miramientos, con excesiva rudeza. Aunque no entendía qué había pasado y esperaba que ella se lo aclarase más adelante, ahora solo estaba atento a sostenerla.

—¿Cómo te encuentras? —Era una pregunta cortés, ya había podido apreciar que no estaba en muy buenas condiciones.

Andrea tenía la cara llena de manchas de suciedad. El polvo y el llanto le habían dejado surcos en las mejillas y todavía temblaba en brazos de Víctor.

—Gracias, muchas gracias —le dijo cuando fue capaz de hablar.

Pero apenas si habían dado un par de pasos cuando la mujer tropezó y se le doblaron las piernas. Comenzaba a no ver con claridad, la figura de Said delante de ella se desdibujaba, sentía cómo perdía la nitidez de sus contornos y la cabeza le daba vueltas. Volvió a trastabillar. Ya no podía sostener su propio peso. Se mareaba y se aferró con fuerza a Víctor para no caerse. El joven la tomó en brazos y ella se dejó hacer acurrucándose contra su pecho. El cabello se desparramó sobre los hombros del investigador cuando apoyó su cabeza en él y el hombre sintió una oleada de calor recorriéndole el estómago que no fue capaz de controlar.

—Gracias —logró murmurar Andrea en un tono de voz tan bajo que Víctor solo percibió su aliento en la nuca.

La mujer era ligera en sus brazos y le agradaba llevarla, por eso cuando alcanzaron la puerta del *Diwan Abatur* lamentó tener que dejarla en el suelo.

—Me encuentro algo mejor —le dijo, e hizo ademán de separarse de él. Sin embargo, las piernas todavía no le respondían por completo y caminó el resto del trayecto apoyada en su cintura.

Para entonces, el sonido del agua había comenzado a apaciguarse y sus ecos se perdían entre la maraña de galerías subterráneas.

Said apagó la linterna y contempló el espectáculo que se mostraba ante sus ojos, los cuencos habían desaparecido y el hombre que habían dejado maniatado también. La cueva estaba vacía y ofrecía un aspecto desolador. Aún podían percibirse leves temblores, estertores de los últimos túneles derruidos, el ambiente todavía conservaba entre sus paredes los ecos del ritual al que habían asistido.

V EL BARRIO ESENI

Los *rastas* habían perdido su blanco celestial y ya no parecían las vestiduras de los ángeles, se habían convertido en unas prendas sucias y polvorientas que cubrían a unos hombres agotados casi hasta la extenuación.

Zakaria se apoyaba en el brazo de Naseer para caminar y Basaam cargaba tras ellos con el pico, la pala y una linterna. Cuando se detuvieron en el umbral de la puerta con el grabado de los perros furiosos, daban más miedo que los pobres animales.

Naseer se echó a reír de puro nerviosismo, pero tenía motivos para estar contento.

—Lo hemos conseguido, ganzebra. —Volvió la cabeza hacia atrás y repitió la frase a Basaam—. Lo hemos conseguido.

En su agotamiento todavía tenía ganas de saltar y bailar. Había visto las letras doradas, las verdaderas, las más perfectas que vería nunca en su vida, y había restaurado su poder. Los tres lo habían hecho. Ahora, los conjuros mandeos volverían a tener fuerza y las letras podrían modificar el mundo y él, él estaba feliz.

El ganzebra levantó la mano de su brazo para que el joven pudiera expresar su alegría y se apoyó en Basaam.

—Hemos cumplido —le dijo.

El otro asintió con la cabeza y le miró con ternura, como se mira a un padre demasiado anciano.

—Lo hemos hecho, Zakaria.

Nunca tuvieron dudas del poder que albergaba el alfabeto, sabían que sus palabras podían mover montañas, solo vacilaron ante su propia capacidad. Si se hubieran equivocado al pronunciar alguno de los sonidos, su ritual no habría servido y no habrían conseguido nada.

Pero ahora estaban eufóricos, las palabras poseían de nuevo toda su magia y lograrían emocionarnos, halagarnos o, incluso, herirnos de nuevo. En eso consistía su poder, ellas albergaban en su interior la capacidad de conseguir cualquier cosa, su uso dependía por entero de los hombres. Ellas no representaban ni el bien ni el mal, esos conceptos quedaban reservados a los humanos.

El alfabeto, por sí solo, era un conjunto de letras sueltas e inconexas que únicamente desplegaba su fuerza al ser utilizado por las personas; su magia comenzaba a funcionar al unirlos en la mente, al combinar los sonidos y al manifestarlos en voz alta. «Te amo, veo bondad en ti, siempre estaré a tu lado», palabras que a todos les gustaría escuchar. Las emociones y los sentimientos se generaban al ordenar sus letras en patrones comprensibles.

Gracias a su ritual, los mandeos habían concedido una nueva oportunidad al mundo para cambiar. No estaba en su mano mejorarlo, pero si la humanidad utilizaba el alfabeto en beneficio de todos, ahora que rebosaba energía de nuevo, su poder podría reparar los errores del pasado. Su cometido había consistido en ofrecer a los hombres las herramientas necesarias para lograrlo, cómo utilizaran su fuerza era algo que no podían controlar. Les habían regalado el *abagada*, solo esperaban que esta vez supieran aprovecharlo. Aunque antes quedaba un paso más, Victor y Said tendrían que «mover montañas».

El más joven de los tres mandeos daba saltos en el interior de la cueva y sonreía ilusionado.

—¿Creéis que los monstruos nos dejarán en paz cuando tengamos que alcanzar el Mundo de la Luz? —les dijo a los otros dos—. ¿Que al restaurar el poder del alfabeto seremos intocables?

—Naseer... —le respondió Basaam—, vuelve a la tierra. —El joven pupilo tenía una mente demasiado activa.

Pero el muchacho continuaba saltando y girando en la Gruta del Bautista y se imaginaba que los demonios no podrían hacerle daño nunca más. El sacerdote más joven intentó pedirle de nuevo un poco de medida; sin embargo, el ganzebra se lo impidió.

—Déjale, es su forma de alejar el miedo y los nervios —dirigió una mirada de ternura al muchacho y prosiguió—: Ayúdame a recogerlo todo, el taxista tiene que estar al llegar.

Comprobaron que los cuencos habían desaparecido, pero tampoco le dieron mayor importancia, ya no servían, su magia se había consumido; ahora tendrían que elaborar unos nuevos y prepararlo todo para cuando una nueva generación, en el futuro, se viera obligada a restaurar otra vez el poder de las palabras.

Al salir al exterior les sorprendió una leve brisa y el cielo les regaló una estampa perfecta, clara y sin nubes. Esa noche, Ruha y sus demonios estarían muy lejos de ellos y tendrían que hacer sus diabluras en la otra esquina del mundo.

Los ojos de Basaam estaban llenos de lágrimas y de agradecimiento.

La mujer de Said no había dicho ni una sola palabra, únicamente mostró amabilidad hacia Andrea. A los hombres los miró de arriba abajo y los envió directamente a la ducha. Habían llegado cubiertos de polvo de pies a cabeza hasta tal punto que Victor parecía haber envejecido veinte años.

Desde que sufrió el asalto al hotel, el investigador se había mudado a la casa del anticuario. Fátima, su esposa, le había

preparado una cómoda habitación bajo la azotea con magníficas vistas a la Cúpula de la Roca.

Fue el primero de los dos en pasar bajo la ducha y dejó que el agua templada le corriera sin prisa por la espalda. Necesitaba relajar sus músculos agarrotados y doloridos. Se frotó el costado con suavidad allí donde Abdul le había golpeado por última vez y aún sintió dolor. Luego apoyó los brazos contra la pared de azulejos. La cascada de agua tibia resbalaba sobre su cuerpo desnudo ofreciéndole una sensación de calma que no había sentido en todo el día.

A medida que el vapor empañaba el espejo y la mampara, su silueta perdía los contornos definidos y se fundía con el vaho. Se inclinó un poco hacia delante y flexionó el estómago, comprobó agradecido que la molestia comenzaba a desaparecer. Ya casi ni percibía dolor en la pierna herida.

Mientras los hilos cálidos continuaban recorriendo su piel permitió que los acontecimientos de las últimas horas navegaran sin rumbo por su cabeza. Y entonces, sus pensamientos se concentraron en unos ojos de color violeta, con brillos azulados en los bordes, sobre los que en ocasiones se descolgaba algún bucle color rojizo. Acarició con la imaginación el perfil de una nariz pequeña, los pómulos perfectos y una figura frágil y delicada, de mujer sensible. «Andrea...» Sin embargo, también había sentido su fuerza al tomarla en brazos para salir de los túneles; ella había rodeado su cuello con determinación, con seguridad y confianza.

Su proximidad, cuerpo con cuerpo, le permitió percibir el tenue aroma de azahar que desprendía. Ahora recordaba aquel perfume como si estuviera junto a él en la ducha, pero había otra fragancia bajo la primera, más sutil. Era su propia esencia, la de la mujer, que la rodeaba por completo. Rememoró aquel momento y dibujó una sonrisa en sus labios.

A pesar del calor del baño sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral y le erizó el vello de la nuca. Suspiró. «Andrea...», un hermoso nombre para una hermosa mujer. Deseaba volver a tenerla en sus brazos. «¿Será posible?», se preguntó. Ese pensamiento le alejó de sus ensoñaciones y le devolvió a la realidad, quizá ella no le permitiera disponer de otra ocasión.

Notó que el chorro de agua perdía presión y supuso que Said habría comenzado a ducharse en otro baño. Sin percatarse, tan suavemente como la mujer había venido a su mente, desapareció entre las últimas nubes de vaho.

Victor se secó y se enrolló una toalla a la cintura. Suspiró y se acercó al balconcillo de su habitación intentando despejar la cabeza por completo. Observaba los tejados de las viejas casas reclinado contra la reja. La mezquita musulmana refulgía con el sol de la tarde y la buganvilla que colgaba de la azotea, sobre él, tenía el fucsia más brillante que había visto nunca.

Cuando consiguió volver por completo a la realidad levantó la tapa de su móvil y marcó el número de Jérôme Cavaliere. Había asuntos de los que tenía que informarle y no podía retrasarlos. Ahora

necesitaba un cigarrillo, o dos, pero había dejado de fumar hacía tres años y, de cualquier forma, sus pulmones no se lo consentirían.

Al otro lado del Mediterráneo, su jefe descolgó el aparato.

—¿Aló?

—Soy Victor —le respondió ajustando el nudo de su toalla—, ¿cómo va todo?

—Bien, las cosas están tranquilas. ¿Y por ahí?

—Las noticias no son buenas —le espetó.

Cuanto antes le contara lo del doctor Ben Shimon, mejor. No había pensado en cómo hacerlo sin provocarle sufrimiento, pero, de todas formas, el dolor que sentiría sería inevitable.

—¿Cómo de malas?

—Isaac.

—¿Cómo está? —le preguntó Jérôme previendo un problema relacionado con su corazón.

—Ha tenido un accidente esta mañana.

Eso no se lo esperaba. El rostro de su jefe empalideció hasta tal punto que, cualquiera que hubiera estado con él al otro lado de la línea, habría comprobado cómo su habitual color café solo se había convertido en café con leche, con más leche que café.

—¿En qué hospital está? —acertó a preguntar con un nudo en la garganta.

El joven tuvo que tragarse las lágrimas. Miró un segundo hacia la Cúpula de la Roca para serenarse antes de contestar, pero no sirvió de nada porque la voz le salió aguda y entrecortada, del que está a punto de llorar.

—Ahora mismo deben de estar finalizando la autopsia. —Se oyó un sollozo ahogado y Victor continuó—: Su vehículo se empujó contra la rotonda de la Puerta de Damasco. —Se detuvo un segundo para tomar aire y prosiguió en voz baja—. Creo que antes sufrió un infarto.

Jérôme se restregó los ojos con fuerza para eliminar cualquier rastro de lágrimas e hizo acopio de entereza antes de hablar.

—¿Sabes qué día es el entierro? —Apretaba el auricular del teléfono con tanta fuerza que sus nudillos habían adquirido un color cerúleo.

—Todavía no hay fecha, pero, dadas las circunstancias, lo retrasarán algunos días.

—¿Qué circunstancias? —le preguntó intrigado su jefe. Comenzaba a pensar que no le estaba contando todo, que escondía algo—. ¿Qué tratas de ocultarme?

Al otro lado de la línea se hizo un pesado silencio mientras Victor se tumbaba en la cama. Sabía que si le contaba a su jefe lo que había pasado en los últimos días, daría por concluido el trabajo. Intentó aprovechar unas interferencias sonoras para finalizar la comunicación.

—¿Jérôme? No te oigo. ¿Jérôme? Voy a colgar.

Pero su jefe era perro viejo.

—No, no vas a colgarme ahora, me oyes muy bien y la comunicación es perfecta. Así que cuéntame qué ha pasado sin omitir ningún detalle. Y esto es casi una orden.

El investigador suspiró resignado; sabía que si colgaba, su jefe no le dejaría tranquilo hasta encontrarle y conseguir que le contara lo que había pasado en los últimos días, así que comenzó su relato y, aunque le narró los hechos más relevantes, prefirió omitir los pormenores. ¿Para qué iba a comentarle lo de la persecución en el cementerio? ¿Y lo de la carretera de Ein Kerem? Desde luego, los robos que habían sufrido eran pequeñeces, así que al final le contó más bien poco; pero entre eso y lo que Jérôme podía imaginarse que había «olvidado» fue más que suficiente para cancelar la investigación.

—Tienes que volver —le dijo.

El investigador se irguió en la cama.

—Es imposible. Ahora estoy muy cerca de lo que buscaba nuestro cliente y sé que lo encontraré antes que él.

—Esto no es una carrera, Víctor —le dijo con un tono paternal—. Las cosas están más feas de lo que me has contado —el joven se vio atrapado—, y no quiero que te suceda nada. Si estás en lo cierto y Samuel Sinclair es nuestro misterioso cliente, eso podría explicar por qué ha actuado como lo ha hecho. —Ante el silencio que le devolvió la línea, decidió continuar—. Y si es él, no se detendrá ante nada; puede resultar peligroso. Lo sabes, ¿verdad?

Había conferido demasiado énfasis a la palabra *peligroso*; Jérôme la había utilizado con fiereza, pero también de una forma familiar.

—¿Le conoces?

Jérôme contestó al cabo de unos segundos.

—Sí —le confirmó—, le conozco; no muy bien, pero las referencias que tengo de él no son las idóneas para dejar en sus manos a uno de mis investigadores —no le ofreció más explicaciones—. Así que sal de ahí y vente para Roma. Regresaremos los dos para asistir al entierro de Isaac.

«Ah, no —pensó Víctor—, yo no me retiro estando tan cerca ahora. Además...», no podía quitarse de la cabeza a Andrea. Definitivamente, no era el momento de irse. Pero dudaba de si sería capaz de convencer a su jefe para que accediera a dejarle en Jerusalén unos días más. Apeló a su profesionalidad, a la posibilidad de encontrar alguna pieza que pasara a engrosar la colección del museo de Archeo Srl., incluso le dijo que tenía una alergia repentina a volar. Pero nada sirvió. Hasta que no le prometió a Jérôme que contrataría los servicios de un par de guardaespaldas, y que los llevaría pegados a él, no consiguió que cediera un poco de terreno.

—Dos, ¿me has oído?

—Serán dos —le aseguró—, grandes, fuertes y guapos —bromeó.

—No hace falta que sean guapos —le respondió con una sonrisa—, pero asegúrate de que sean profesionales.

—Lo haré.

—Bien, entonces nos veremos en unos días. Mantenme informado.

—Cuenta con ello —le respondió Victor, tras lo cual se despidieron.

Sin embargo, la única certeza que albergaba Jérôme era que el joven le avisaría para la fecha del sepelio de Isaac, sabía de antemano que no se molestaría en contratar ninguna protección para sí mismo. Volvió a levantar el auricular del teléfono y marcó el número de una empresa de seguridad privada en Israel.

Cuando Sinclair llamó tres veces a la puerta del despacho de Martin, el director llevaba un rato esperándole. Había dedicado el tiempo a archivar algunos documentos personales y había colocado toda la información de la que disponían sobre la actual investigación en unas carpetas al alcance de su mano.

—Adelante —dijo.

El *professor* entró en la habitación cojeando algo más de lo normal. Su rostro mostraba pruebas evidentes de su cansancio: unas finas ojeras se marcaban bajo sus ojos y la sagacidad habitual de su mirada había desaparecido. En su lugar se habían instalado unas cuantas arrugas de más junto a las que ya poseía y su ceño se encontraba permanentemente fruncido.

Se dejó caer en uno de los mullidos sillones que le ofreció Martin.

—¿Has enviado a Abdul a la Gruta del Bautista?

El otro negó con un gesto rápido mientras Sinclair echaba un vistazo a su reloj de pulsera. Habían pasado un par de horas desde que salieron de allí, Andrea habría dispuesto de tiempo más que suficiente para haber meditado sobre la situación. Esperaba que volviera a él con docilidad, solo había dos posibilidades: o se convertía en su cómplice más fiel o le odiaría para el resto de su vida. Conociendo a la mujer, no podía esperarse medias tintas, todo sería blanco o negro, no existía el riesgo de que alguna gama de grises se sumara al juego.

—Discúlpame un momento —le pidió Martin antes de salir del despacho con el móvil pegado a su oído.

Prefería telefonar a Abdul en privado. Al segundo tono, su ayudante, como le gustaba llamarle, descolgó el aparato.

—Estoy listo, señor Crown —le respondió cortés—. ¿Qué necesita?

Esa disposición y rapidez agradaban sobremanera al director.

—Vuelve a la Gruta del Bautista y recoge a la mujer. Llévate a tu primo —le ordenó—, entre los dos la encontraréis antes.

Después se hizo un silencio demasiado largo y denso como para resultar natural. El sicario no se atrevió a abrir la boca, suponía que Martin estaría pensando en añadir alguna orden más. Y no se equivocaba, el director cavilaba sobre la conveniencia de ir más allá de lo que le había solicitado Sinclair. Sin embargo, en el último momento, prefirió no hacerlo.

Deshacerse de Andrea no sería problema ni en ese momento ni en cualquier otro, pero veía peligrar su porcentaje del tesoro que esperaban localizar si no contaban con los conocimientos de la mujer y todavía no tenía claro cómo actuaría ella cuando volvieran a tenerla

ante sus ojos. Si se negaba a colaborar, podría darse por satisfecha con dos palmaditas en la espalda, aunque personalmente le auguraba un futuro más drástico. Si por el contrario colaboraba, sería Samuel el responsable de decidir el plan de acción siguiente.

—Cuando la encontréis, traedla a la asociación. Sinclair desea hablar con ella.

—Entendido, jefe.

No había nada más que decir y ambos colgaron el aparato.

Al volver a su despacho se encontró al *professor* mirando fijamente una de las paredes, tenía la vista perdida y la mirada vidriosa. Supuso que para él tomar una decisión con respecto a la orientalista sería más difícil; sin embargo, no debería preocuparse en exceso, contaba con su propia ayuda si la necesitaba.

—Ya salen para allá —dijo en un intento de romper su concentración.

Sinclair se volvió sorprendido, aunque en seguida recuperó su apostura natural.

—Pensaba en las posibilidades —precisó para justificar su distracción.

No le estaba engañando, pero lo que no le comentó era que estaba preocupado por la mujer. No resultaba sencillo cortar unas cadenas de casi veinte años, sus eslabones estaban soldados a fuego por las vivencias compartidas y Andrea estaba muy dentro de él. La había visto crecer, su pequeño cuerpo se había desarrollado hasta convertirse en una atractiva mujer; y su cerebro había seguido el mismo camino, era rápido y contenía conocimientos que les podrían ayudar a proseguir su investigación.

Deseaba con toda el alma que entrara en el despacho rendida, abatida, con la mirada baja y los hombros caídos, suplicando que le permitieran continuar en el grupo. Pero, o se equivocaba, o había educado a un tipo de mujer muy diferente: segura y fuerte. Nunca contemplaría a una Andrea vencida y, después de aquel día, ella jamás le volvería a mirar con adoración. Cerró los ojos un segundo, con dolor en sus pensamientos. Habría dado su talón de Aquiles en perfecto estado porque continuara a su lado. Se hacía viejo, quizá ya lo era. La necesitaba, pero el destino había repartido las cartas y solo restaba ponerlas boca arriba. Nunca había confiado en la suerte; sin embargo, en esta ocasión esperaba hasta ver cuáles le habían tocado.

Unos golpes en la puerta de su habitación le sobresaltaron. Aún no había terminado de abotonarse la camisa cuando Said manipuló el picaporte e introdujo su cabeza por el hueco. Estaba más limpio y reluciente que sus propias muelas de oro.

—¿Te he interrumpido? —le preguntó. Ante la negativa de su amigo prosiguió—. Andrea prefiere dormir en su hotel. Mi esposa le ha ofrecido quedarse en casa, pero ella dice que ya nos ha causado demasiadas molestias.

Mientras Victor se duchaba, Fátima y su hija mayor habían curado a la orientalista. Las heridas de las rodillas revestían poca gravedad aunque eran un tanto escandalosas. La mujer se había caído varias veces sobre el suelo de las galerías y las tenía amoratadas, pero estaban cicatrizando bien. Sin embargo, el corte en el brazo izquierdo les preocupó, era lo suficientemente profundo como para haberla hecho perder bastante sangre. Andrea afirmaba que se encontraba bien, un poco cansada por el día tan largo que había pasado pero nada más, y prefería, sin ánimo de parecer desagradecida, dormir en su hotel.

Aunque a Said no le pareció la mejor opción, el hombre desconocía los motivos por los que ella necesitaba estar sola y pensar; meditar sobre unos cuantos porqués: por qué Samuel se había comportado con tanta rudeza con ella y con los mandeos; por qué la había abandonado en los túneles; por qué...

Como no fue capaz de hacerla entrar en razón, su hija mayor le había prestado uno de sus caftanes para que se cambiara y le prometió que su padre la acercaría hasta el hotel.

—La llevo yo —repuso Victor—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien. Pero es cabezota como una mula. —Los dos hombres se rieron—. Sin embargo, no le va a quedar más remedio que enfrentarse con mi Fátima. Ha accedido a que se marche, pero no le permitirá hacerlo con el estómago vacío. ¡Ya verás!

Y en efecto, el investigador solo pudo acompañar a Andrea después de comer algo.

Tras la cena decidieron dar un pequeño paseo hasta el hotel. Aunque Said le ofreció que se llevaran a *Seis Burras*, ellos prefirieron caminar. La distancia era corta y la noche agradable. Además, la mujer se encontraba bien, un poco magullada y cansada, pero el verdadero dolor no se encontraba en su brazo o en las rodillas, estaba más cerca del corazón. Samuel le había dado un buen golpe, difícil de olvidar.

Los dos jóvenes se demoraron en las viejas calles empedradas del casco antiguo de Jerusalén. En ocasiones, la brisa pegaba el caftán al cuerpo de Andrea y silueteaba su hermosa figura. Esa misma brisa jugaba con sus rizos y los dejaba caer sobre la cara. La mujer se retiró un bucle que le molestaba y dijo:

—Muchas gracias por ayudarme en la cueva. Estaba muerta de miedo —confesó con un leve rubor en las mejillas.

Victor hizo un gesto con la mano restando importancia al hecho.

—Habrías encontrado la salida por ti misma. Estoy seguro.

Y era probable, aunque también era cierto que sus compañeros la habían dejado allí, sola y a oscuras. Estuvo tentado de preguntarle por ello, pero retuvo las palabras a tiempo dentro de su boca. Supuso que ella sufriría por ese motivo y decidió probar otro tema.

—¿Pudiste observar el ritual mandeo?

Ella negó, únicamente logró ver las letras de estuco en la pared y eso ya le pareció de una grandiosidad enorme. Por lo demás, recordaba con más claridad a Samuel atacando al ganzebra y a Abdul pateando a Victor. Sus ojos se nublaron por un instante.

—Cuéntamelo tú —le pidió, prefería olvidar al *professor* por el momento.

Victor le narró la liturgia al completo, desde que penetraron en la cueva del Bautista hasta que se encontraron con ella en la caverna de las letras; prefirió omitir todo lo relativo al hecho de que fueron maniatados o amenazados con armas de fuego.

A lo largo de la narración, el investigador le preguntaba sobre los sacerdotes o sobre el significado del ritual que habían llevado a cabo. Ella le contestaba a todo, con inteligencia y paciencia. Victor tuvo la sensación de que conversaba con el cerebro de Isaac dentro de un cuerpo hermoso. Y le gustaba observar aquel rostro con diminutas pecas en los pómulos y perderse en sus ojos grandes que, cuando le miraban, parecían brillar.

—... los mandeos creen que las palabras tienen el poder de...

Pero había perdido el hilo de la conversación, la contemplaba y sonreía. Entonces la vio tropezar, la sujetó por la cintura en un acto instintivo y le ofreció su brazo para andar. Se encontraba tan abstraído que hubiera deseado besarla, pero no se atrevió. Andrea se apoyó en él y continuaron caminando apenas separados por la traidora brisa que los sorprendía en algunas esquinas. En esas ocasiones, la mujer levantaba la cabeza y dejaba que el aire balancease sus rizos hacia atrás. Entonces, el hombre percibía a su alrededor aromas de azahar, como si se hubiera perfumado el cabello y aún conservara el olor después de todo el día.

A cada paso que daban, el suave balanceo le apretaba contra su brazo y lo sentía rozando su pecho. A pesar del agradable calor de tenerla junto a sí, un puño le cerraba el estómago y no era capaz de tranquilizar a su corazón, que bailaba encabritado dentro del pecho. Temía que ella percibiera los fuertes latidos. Victor sabía que ya no podía retroceder, se estaba enamorando. Nunca había conocido a una mujer como aquella. Jamás le permitiría desaparecer de su vida, pero ¿desearía ella permanecer a su lado?

El sonido de una llave al encajar en su cerradura le trajo de vuelta a la realidad. La orientalista había abierto la puerta de su habitación y Victor sintió que se le acababa el tiempo. No sabía cómo habían llegado al hotel ni cómo habían subido las escaleras; ni tampoco supo cómo se atrevió a tomarla por la cintura y atraerla hacia su cuerpo. Acercó su rostro al de ella y percibió su aliento cálido tan próximo que cerró los ojos para sentirla por completo. Cuando rozó sus labios, el corazón galopaba desbocado en su pecho y un cosquilleo lacerante ascendía desde su estómago hasta oprimirle la garganta.

Andrea le esperaba, llevaba esperándole desde que sintió su fuerza bajo unos modales tiernos, desde que la levantó del suelo en el túnel y la apoyó con suavidad contra él. Había en ese gesto protección sin posesión, una ayuda desinteresada que le hizo reclinar la cabeza en su pecho y confiar en él. En realidad, se había abandonado en sus brazos; como se estaba abandonando ahora.

Cuando él la besó le dejó hacer. Le permitió que separara sus labios con suavidad y que buscara en su interior, que jugara con su lengua mientras ella temblaba y tenía frío y calor a un mismo tiempo.

Victor la empujó con delicadeza hacia el interior de la habitación y cerró la puerta a su espalda con un puntapié. No podía separarse de aquel cuerpo cálido que se ofrecía a él. Sintió unos dedos nerviosos que luchaban contra los botones de su camisa y se desprendió de ella sacándola por la cabeza. Ahora, esas mismas manos acariciaban su espalda y sus hombros dejando marcas de fuego en cada milímetro de piel que rozaban.

La mujer necesitaba sentirle, llenarse con su calor. Había urgencia en su necesidad. Dejó que Victor manipulase su caftán y que resbalara hasta el suelo. Fueron unos instantes eternos, unos momentos preciosos que el hombre invirtió en observar extasiado su figura. La última claridad del día entraba por el balcón y recortaba su silueta repleta de sombras y penumbras.

Después le besó el cuello con delicadeza y los hombros con ternura; se detenía para aspirar su esencia con movimientos lentos y pausados. Eran besos suaves con un rastro de humedad; cada vez que él respiraba sobre ellos, los dos sentían un escalofrío que acrecentaba su pasión. Quería disfrutar cada centímetro de ella. Aunque su masculinidad le gritaba que se apresurase, no tenía intención de permitir que todo finalizara demasiado pronto.

Volvió a besar sus labios, perdiéndose en aquella boca que le exprimía mientras acariciaba su cuello, todavía con suavidad pero ya con una irremediable pasión que no era capaz de contener.

—¿Cómo? —le había espetado Martin. No es que no hubiera oído a Abdul, era que no podía admitir lo que estaba escuchando—. ¿Habéis buscado bien?

Después entendió que su ayudante deseaba ofrecerle toda la información completa y le dejó hablar sin interrupciones. Cuando finalizó, el rostro del director resultaba un poco más gris que al principio.

—¿Estáis seguros? —Aguardó la contestación y luego prosiguió—: Envía a tu primo para que vigile al investigador y tú vete a descansar, no creo que Andrea se mueva de su hotel. En cualquier caso, sabremos dónde buscarla.

Aquella última frase sorprendió a Sinclair, que le miró inquisitivo.

—No se encontraba en la gruta. —La respuesta intranquilizó al *professor*—. Está en su hotel. —No lo entendía. No comprendía cómo la mujer había conseguido llegar sola y sin medios desde la cueva hasta su habitación. Martin fue menos parco en palabras y se explicó mejor que su ayudante—: El anticuario y su amigo deben de haberla ayudado a salir de los túneles. Abdul me ha contado que, como no respondía a sus llamadas, se internaron en las primeras galerías para buscarla, pero sin resultados; así que decidió dirigirse al hotel y comprobar que no había llegado. No fue necesario que preguntara en recepción. Cuando se estaban acercando a la entrada los vieron.

—¿Los? —inquirió Sinclair—. ¿Quién la acompañaba?

—El más joven. —A partir de ahí no sabía si debía continuar con su explicación o dejar el resto para un momento más adecuado.

Cometió el error de bajar la vista para contemplar su escritorio y Samuel supo que había algo más.

—Termina —le ordenó.

—Bueno... —titubeó—, los hombres los vieron a través de la ventana de su habitación.

—¿Qué hacían? —le preguntó irritado—. ¡Acaba de una vez!

Martin buscó las palabras más adecuadas, pero no pudo encontrarlas, así que se lo explicó de la mejor manera posible.

—Estaban muy juntos y no se separaron ni un momento. —Prefirió no añadir nada más y que el *professor* se hiciese una idea aproximada. Si se hubiera expresado como lo hacía normalmente, era posible que hubiera resultado un tanto grosero para los oídos de Sinclair.

Por el gesto cambiado que mostraba la expresión de su cara, Martin comprobó que el catedrático había comprendido a la perfección lo que pretendía decirle. Suspiró y se relajó. Ahora ya disponía de la información, solo tenía que esperar sus órdenes.

El hermoso rostro de la luna acababa de recortarse en el cielo nocturno cuando Victor ascendió las escaleras hacia la vivienda de Said. Hubiera preferido quedarse junto a Andrea y continuar sintiendo su calor; acariciar su pelo y su espalda y volver a besarla y, de nuevo, estar dentro de ella fundiéndose otra vez como un solo ser. Pero ella le pidió que se marchara, aunque deseaba que no lo hiciera; habría más días y más noches para compartirlos. Ahora... ahora tenía un problema que también afectaba a su corazón y que debía solucionar. Aquello no se lo dijo de esa forma; aun así, el hombre intuyó lo que intentaba explicarle. Su cliente misterioso, el jefe o lo que fuera de Andrea, era algo que la mujer necesitaba arreglar. La comprendía y no quiso presionarla; ella tenía razón, habría más días y más noches. Se lo dejó claro cuando, al despedirse, se apretó contra su pecho y le besó robándole el aliento.

Todavía tenía el recuerdo de esos labios fundidos a los suyos cuando Said le recibió. Retornar al presente fue como darse un batacazo contra una dura pared de piedra.

—Adelante —le dijo con una de sus habituales sonrisas mostrando todas las muelas de oro. Pero al ver su pelo revuelto y comprobar que su camisa estaba mal abotonada la sonrisa se convirtió en un par de sonoras carcajadas—. Ejem... ¿algo agitada la noche? —le espetó mientras le empujaba hacia la azotea.

No podía dejar de reír y con cada nueva risa el investigador sentía cómo se ruborizaba por momentos.

—Vamos, nos hará bien un poco de aire fresco. Y a ti, un té caliente te relajará. —Cuando finalizó la frase intentó contener la risa, pero no pudo y explotó con un montón de carcajadas contagiosas.

Victor hizo ademán de explicarse pero su amigo no lo permitió. Se hacía una idea bastante aproximada de lo que había sucedido, tenía que haber previsto ese tipo de acontecimientos. Hace años no se le hubiera pasado un hecho como aquel, pero ahora, ¿perdía facultades?

Se lamentó pensando que tenía que haberlo intuido. En el fondo, su corazón tierno no podía evitar convertirle en un casamentero. Y aquella mujer le gustaba para su amigo. Suspiró, dos veces. Victor continuaba ruborizado y algo turbado, por eso decidió cambiar la plática. Casi podía oír su corazón latiendo con fuerza dentro de su pecho. Era la emoción.

—Pues yo ya no estoy para estos trotes —se quejó mientras se acomodaba en la mullida butaca de mimbre. Se refería a los «trotes» que habían vivido en común, no a los particulares y recientes de su amigo—. La cabeza me va a explotar y todas mis articulaciones rechinan. Estoy casi tan viejo como *Seis Burras*. ¿Lo has notado?

El joven se sintió aliviado por sus ocurrencias y rió con él.

—Yo todavía tengo el estómago pegado a las amígdalas. No sería capaz de probar bocado.

Said supuso que su falta de hambre se debía a otros motivos, más... más físicos, pero decidió no torturar al joven.

—Deberíamos dejar estas aventuras para los profesionales, ¿no crees?

Ante la mirada opositora del joven se resignó. No, no lo creía. Continuarían.

—Por... —Le asaltó la imagen nítida del doctor Ben Shimon ocupando todo su cerebro.

—Por él.

Ambos pensaron en Isaac. El anciano no se habría rendido, ni con tres baipases, ni con sus ochenta años, ni con los hombres del CSJ pisándole los talones.

—Entonces —concluyó Said—, proseguimos con la investigación.

—Sí.

—Pues necesito un té para pensar.

Sin embargo, no pudieron tomarlo, Fátima no se lo sirvió ni permitió que lo hiciera ninguna de sus hijas. Era la forma que tenía de decirle a su marido que estaba enfadada, que él no asumía su edad y que no podía comportarse como un chiquillo llegando a casa cubierto de polvo.

—Esto es el fin, amigo —le dijo apenado—. Ha comenzado quitándome los pastelillos de pistacho y ha terminado con el té. ¡Después de esto me pide el divorcio!

Los tres mandeos recogían sus escasas pertenencias, al día siguiente partía su vuelo y preferían tenerlo todo preparado. Ya solo les quedaba volver a su rutina diaria, al trabajo en sus tiendas como orfebres de plata y al acoso de los musulmanes más fanáticos de Irak.

—No sé si me acostumbraré —dijo Basaam en voz alta.

Después de la experiencia que habían vivido, retornar a los quehaceres cotidianos les iba a suponer un esfuerzo considerable.

—Lo harás. El que me preocupa es Naseer.

El aludido dejó lo que estaba haciendo y miró al ganzebra.

—A mí no me importaría no acostumbrarme. —Todavía quedaban en su mirada restos de la magia del *abagada* renovado. Continuaba

siendo un joven fácilmente influenciable y tenía muy recientes los últimos acontecimientos como para comenzar a olvidarlos.

—No te inquietes —le susurró Basaam al ganzebra—. Tiene quien le ponga los pies en la tierra. —Al observar la mirada extrañada que el anciano le devolvió, se explicó—: Una mujer. Le he visto mirando a la hija de Yuhana Nashmi. Cuando la tiene cerca no puede apartar los ojos de ella.

Zakaria sonrió débilmente y continuó ordenando su ropa dentro de la bolsa de viaje.

—Eso es bueno. ¡Ojalá Mana Rabba me conceda unos años para poder casarlos!

Le haría mucha ilusión ser uno de los sacerdotes que oficiaran su matrimonio.

—Dios te dará los que necesites. Si llega a haber boda, a Naseer le encantaría que fueras el celebrante principal.

El anciano agitó la mano en el aire dando a entender que ya no le quedaba mucho tiempo y de todas formas tampoco pensaba regatear con su vida como había hecho Adán. Recordó unos pasajes que se narraban en el Libro Izquierdo del Ginza, la historia de Sitol, el mandeo puro, y sonrió con tristeza.

Mana Rabba, la Gran Vida, había determinado que el primer hombre, Adán, ya había cumplido sus años de vida en la tierra y le envió al Ángel de la Muerte, Sauriel, para comunicárselo. Pero Adán no estaba preparado; «¿quién lo está?», se preguntó el ganzebra.

Cuando el enviado divino llegó a la tierra, el hombre le ofreció importantes razones de por qué su hora aún no había llegado y el ángel se volvió al Paraíso con la negativa. Pero la Gran Vida le hizo regresar, Adán debía morir. El hombre continuó negándose y le propuso al ángel que se llevara a su hijo Sitol en su lugar. Sauriel no podía tomar por sí mismo una decisión de ese calibre y retornó junto a Mana Rabba para comentarle la oferta. Finalmente, en el cielo se aceptó que fuera Sitol quien muriese.

Sauriel volvió a la tierra y le comunicó la mala noticia al joven hijo de Adán. El hombre se quejó, pero aceptó la decisión divina y ascendió en alma hacia la Gran Vida. Allí le fue concedido el conocimiento de la sabiduría, uno de los bienes más preciados por los mandeos y, con ese don, solicitó una gracia: que a su padre le fuera concedido el regalo de poder *ver* y *oír*.

Adán pudo entonces *ver* y *oír*, y deseó que volviera su hijo para ser él quien ascendiese junto a Mana Rabba y gozara de la Luz. Pero ya era tarde...

—El hombre no posee su propia vida y no debe, por tanto, negociar con ella. —El ganzebra se descubrió pronunciando sus pensamientos en voz alta.

Zakaria lo tenía asumido, no comerciaría con Mana Rabba. Se trataba de aceptar la muerte como una consecuencia de la vida y del deseo de morar por toda la eternidad abrazando la Luz y dejando atrás el mundo oscuro que es la existencia en la tierra, solo le pedía a su dios unos pocos años más y después, gustoso abandonaría su cuerpo y dejaría que su alma volara hacia el Mundo de la Luz.

La mirada cortante de Samuel lo decía todo, no era necesario que explicara con palabras lo que sentía. Comenzaba a estar seguro de que Andrea le había traicionado.

Unas zarpas de uñas afiladas habían comenzado a desgarrarle por dentro. Se cebaban en él y le dejaban el alma hecha jirones. La mujer en la que había depositado todas sus esperanzas, la que esperaba que completase su obra si él no era capaz, en definitiva, a la que había ofrecido todo, le abandonaba.

Se había agarrado a una última esperanza, pero le había defraudado. No, defraudado no; le había vendido. Tenía la certeza de que ahora formaba parte del equipo del investigador de Archeo. «Un equipo muy *íntimo*», pensó con un deje de ironía. Aquella palabra le dejó un regusto amargo en el paladar y cerró los puños con fuerza sobre sus palmas. Si no hubiera tenido las uñas arregladas, le habrían hecho sangrar. Rabia, era rabia lo que rebosaba. Y dolor, tenía que reconocerlo. Muerta su esposa, solo una persona podía provocarle aquel dolor. Andrea.

¿Cómo lograría ahora finalizar su investigación? ¿Dónde buscarían el tesoro del Templo? Golpeó con fuerza la mesa del escritorio de Martin. Pero su frustración no le abandonó. ¡Maldita mujer! Podía hacerle perder todo aquello por lo que había luchado en su vida. Si no conseguía encontrar el oro judío, ¿qué reconocimientos académicos obtendría? Los cuencos mandeos estaban bien y podría hablar sobre el ritual al que había tenido acceso. Pero... eso ahora le parecía insuficiente, el mundo no se rendiría a sus pies por descubrir dos cosas más sobre los mandeos. Y Sinclair deseaba, necesitaba, que el sector académico le aclamase como él se merecía. No podía dejar las cosas así. No estaba dispuesto a rendirse antes de tiempo.

—Samuel... —murmuró Martin con cautela. Sabía que estaba sumido en sus propias cavilaciones y temía molestarle.

El *professor* desvió la mirada del fondo del despacho y la fijó en su subordinado.

—¿Sí?

—¿Cómo... cómo...?

El hombre gris también pensaba, y sus especulaciones tampoco eran favorables para su causa. Martin Crown no era historiador ni arqueólogo, no obstante, sabía reconocer a uno de los buenos y Andrea lo era. Los había ido guiando hacia su meta, con prepotencia, sí, pero había sido ella la que conseguía que la investigación avanzase. Si alcanzaban su propósito, él no obtendría ningún mérito docente, tampoco los necesitaba, aunque el dinero sí. Y sabía que al final de aquella aventura le esperaba una gran cantidad, Samuel se lo había garantizado. Ahora, sin ella, ¿cómo lo conseguirían? Sin embargo, no podía plantearle sus dudas a Sinclair de esa forma. «No, así no.» Tenía que ser más cauteloso, a pesar de ser consciente de que sin la mujer difícilmente encontrarían las riquezas de los judíos. Así que decidió camuflar sus dudas al preguntar.

—¿No podríamos convencerla?

Samuel pensaba lo mismo. ¿Les quedaba todavía alguna oportunidad? ¿Podría encontrar la manera de tenerla de nuevo a su lado aunque solo fuera durante los próximos días? Al fin y al cabo, Andrea había hecho su elección. Desacertada, desde luego. Pero todavía no estaba todo perdido. Decidió telefonarla en cuanto llegara a su hotel; o pasarse a verla. No, verla no, no sería capaz de controlarse. Lo mejor sería utilizar el teléfono, conseguiría ser más persuasivo. Y de pronto tuvo prisa por abandonar el despacho de Martín.

—Hablaré con ella.

Acto seguido se incorporó, tomó su elegante bastón y se despidió de un hombre que aún confiaba en él para llevar adelante sus proyectos comunes.

Victor observaba el firmamento estrellado, cuajado de puntitos de luz refulgentes. La azotea de Said era como un observatorio abierto al infinito. Repasaba los acontecimientos del día y esbozó una diminuta sonrisa al pensar en los sacerdotes, vestidos con sus *rastas* típicos y en la aventura que les había deparado el *abagada*.

—¿Estarán bien? —le preguntó a su amigo.

El anticuario asintió con un movimiento de cabeza; había un deje de melancolía en su gesto.

—Los echaré de menos. Era un placer negociar con ellos.

—Deben de ser gentes con una espiritualidad especial, ¿verdad? —se dirigió a Said, que los había tratado en más ocasiones.

—Si he de resumir sus cualidades a una sola, te diría que, en esencia, son buenas personas. Y eso es difícil de encontrar hoy en día.

El investigador no le contestó, continuaba observando el cielo con la mirada relajada. Se arrellanó en su butaca y respiró profundamente. Disfrutaba del momento. Algunos minutos después, con nuevos pensamientos en su cabeza, volvió a dirigirse a él.

—Los mandeos dijeron que «seguían el Pacto y cumplían la Ley», ¿acaso no hacían eso todos los judíos?

A Said le pilló por sorpresa, tenía la cabeza ocupada con sus propias reflexiones.

—Los judíos sí. Ellos cumplen el Pacto —pero luego cayó en la cuenta—. Todos no.

Y esa última frase hizo que Victor se girase en su butaca. La investigación continuaba.

El ganzebra había cerrado la cremallera de su bolso y había dado por finalizada su tarea. Echó una ojeada por la habitación y comprobó que no olvidaba nada. Después se sentó en el borde de la cama, como si todo el peso del mundo descansara sobre su espalda.

—¿Crees que esos hombres lo conseguirán? —le preguntó a Basaam.

El mandeo le respondió con un encogimiento de hombros, aunque, de alguna manera, sabía que si el anticuario y su joven amigo no lograban encontrar *su tesoro* y *mover las montañas*, sería muy difícil que alguien pudiera hacerlo.

—Tenían los corazones puros —agregó Zakaria.

Ambos pensaban que habían tomado la mejor decisión posible dadas las circunstancias.

El sacerdote se acercó hasta su maestro y se sentó junto a él. Tomó una de sus manos arrugadas entre las suyas y la sintió fría.

—Podrán —afirmó confiriendo seguridad a su voz y alejando sus dudas.

No tenían muchas más opciones que la de mantener la fe. Quizá, si aquellos hombres cumplían su cometido, el mundo fuera un lugar donde vivir mejor. «Vivir mejor —repitió en su mente el ganzebra—, ¿qué mundo les dejó a Basaam, a Naseer y a todos los demás?»

—Podrán —parafraseó a su pupilo.

En realidad, sus pensamientos se habían desviado hacia su tierra, a Irak. Un país que consideraba como suyo propio y del que era más que probable que tuviese que huir no tardando mucho. Las persecuciones contra los mandeos se habían recrudecido desde la muerte de Sadam y las tropas extranjeras que se mantenían en el país ayudaban bien poco, más bien soliviantaban a los musulmanes que dirigían su furia contra las religiones minoritarias. «También murieron unos cuantos cristianos», pensó el ganzebra.

Habían muerto, en efecto, aunque no a causa de la situación prebélica que vivía el país. Los habían asesinado impunemente un puñado de chiítas alentados por las arengas de sus imanes. Para ser justo, debía reconocer que no todos los líderes religiosos musulmanes atentaban contra ellos, la gran mayoría eran moderados que apostaban por la integración, pero bastaban unos pocos reaccionarios para encender la mecha. Y estaba ardiendo.

Basaam le miró al rostro curtido por cientos de arrugas y observó su perfil de nariz aguileña. Zakaria tenía la mirada fija en la pared de enfrente, perdida entre las irregularidades del yeso.

—Todo irá bien —le dijo en un intento de animarle.

El anciano asintió con la cabeza en un gesto inconsciente mientras pensaba en la viuda del orfebre Abadirah, que había muerto quemado en el interior de su tienda cuando un grupo de musulmanes enfurecidos pretendía limpiar el país de la escoria hereje. Allí no acabó el sufrimiento de la mujer; unos días después, cuando caminaba por la calle con su hijo pequeño, fue asaltada y golpeada por unos radicales. No quiso contar nada más, pero el anciano tenía la terrible certeza de que las humillaciones no habían terminado ahí. Muchas de ellas eran violadas. No lo denunciaban porque sus agresiones apenas si eran castigadas y, además, reconocerlo suponía una deshonra añadida en su propia vecindad.

Suspiró, una sola vez, profundamente. Basaam le rodeó la espalda con su brazo y le estrechó junto a sí abrazándole con delicadeza.

Naseer había continuado introduciendo su ropa en la maleta ajeno a la escena. Tenía la cabeza repleta de sus propios pensamientos

pero, en un momento dado, percibió gravedad en el ambiente y miró a su alrededor. Vio a los dos hombres abrazados y no supo por qué, pero le pareció que lo más adecuado era unirse a ellos. Se acercó a los dos y les envolvió con sus fuertes brazos juntando su cabeza a las suyas. Después de un tiempo prudencial se separó y les preguntó.

—¿Cenamos?

Naseer era así, el ganzebra sacudió su cabeza con un esbozo de sonrisa en los labios y Basaam rió abiertamente.

—¿Qué judíos siguieron el Pacto? —la pregunta de Victor fue un poco impetuosa.

Su amigo le miró entre divertido y preocupado. Si volvía a despertar la curiosidad del joven, se vería envuelto en una nueva aventura y eso desagradaría a su mujer, pero si, por el contrario, no le decía nada, él lo descubriría por sí mismo y terminaría arrastrándole de todos modos. No tenía escapatoria posible.

—¿Los esenios? —aventuró el joven.

Said no tuvo más remedio que responder.

—Los esenios —le confirmó.

Victor se palmeó la cabeza como un tonto por no haberse percatado antes. Era una idea que rondaba su mente desde la primera conversación que mantuvo con Isaac. Desde luego, la Historia no confirmaba que existiera una conexión real entre ellos y los mandeos, pero la posibilidad de que ambos grupos se conociesen era demasiado elevada como para no tenerla en cuenta.

—Los esenios se llamaban así mismos «los puros», decían que solo ellos seguían el Pacto de Dios y la Ley de sus Mandamientos. ¿Cómo no me habré dado cuenta antes? ¿Y qué sabemos de ellos?

Su amigo explotó en sonoras carcajadas. Ya estaba otra vez metido hasta el fondo, no sabía muy bien en qué, pero ya no le salvaba ni la Trinidad, como había oído decir a alguno de sus clientes cristianos.

—Tú lo que quieres saber es si aquí en Jerusalén queda todavía algún resto esenio.

El otro asintió con una enorme sonrisa de niño bueno en el rostro. Habría parecido un ángel del cielo si su amigo no supiera a ciencia cierta que ya estaba tramando algo.

El investigador se adelantó a Said y comenzó a hablar.

—Existía una misión arqueológica excavando en las afueras de la muralla, en el monte Sión. Hace un par de años, en su ladera sur encontraron el muro que protegía Jerusalén en tiempos de Herodes.

—Descubrieron unas cuantas piedras, algunas monedas, y también los baños rituales y un centro de reuniones —le contestó el anticuario, que de arqueología sabía lo suficiente como para reconocer si un yacimiento depararía riquezas o títulos a sus exploradores. Y aquel, ni una cosa ni la otra; parecía demasiado pobre.

—Leí que, en realidad, estaban desenterrando esa primera muralla de la ciudad porque buscaban una puerta construida a

principios de nuestra era. —Said le escuchaba con atención—. Un historiador antiguo, no sé si te suena Flavio Josefo —su amigo asintió—, escribió que la secta de los esenios contaba con una puerta por la que entraban y salían de la ciudad. ¿La han encontrado? —inquirió incrédulo.

La pregunta era directa porque si alguien sabía si se había hallado algo interesante en la vieja Jerusalén, ese era, desde luego, Said; sus ojos y sus orejas se multiplicaban hasta el infinito para no perderse ninguna noticia que le pudiera reportar beneficios.

Y en efecto, los arqueólogos habían encontrado la Puerta de los Esenios, hasta descubrieron un barrio perteneciente a ellos en las afueras de la muralla; pero, aparte de piedras desgastadas, el anticuario no creyó que nada de ese yacimiento pudiera servirle para su negocio.

—Si Herodes ordenó construir el muro... entonces... —caviló Victor para sí mismo— el yacimiento debe de ser... de tiempos del Bautista.

—Sí —confirmó Said, que le había estado escuchando—. En la muralla han encontrado vestigios de una antigua puerta.

—La que utilizaban los esenios para entrar y salir de la ciudad. —No aguardó una confirmación—. Hay que ir a verla y comprobar si tiene alguna señal que pueda servirnos. —Ante la mirada horrorizada de Said, le ofreció una explicación que le pareció muy lógica y muy breve—, solo queda a quince minutos de aquí.

—Alto, muchacho. —El anticuario temía que se pusiera en pie de un momento a otro y le llevara a rastras hasta el monte Sión.

Aunque estaba agotado y lo que más deseaba era abrazar a su mujer mientras le vencía el sueño, cedería en lo de salir de casa por la noche, en lo de volver cubierto de polvo y tierra, pero antes tendría que hablar con su esposa, convencerla de que no se enfadase de su nueva aventura y, de paso, conseguir que le preparara un té. Eso no lo negociararía.

Al final, Fátima les hizo una infusión bien caliente que los reconfortó. Incluso depositó sobre la mesa una bandeja de pastelillos dulces que su marido devoró. El anticuario no escatimó elogios a su esposa. Convenía tenerla contenta, todo hombre sabe que una esposa infeliz conduce a un marido desatendido. Y él no podía permitirse el lujo de que le retirara para siempre sus pastelillos de miel y pistachos.

Ya era noche cerrada cuando Sinclair accedió a la habitación de su hotel. Todo estaba como lo había dejado, a excepción de la cama. El servicio de habitaciones la había preparado para que solo tuviera que meterse a dormir en ella.

Reclinó su bastón contra la mesilla de noche y se deshizo de la americana de tweed colgándola del perchero. Después abrió el minibar y se sirvió un whisky doble mientras ordenaba las ideas dentro de su cabeza. Convencer a Andrea no iba a resultar nada fácil. Ella se encargaría de complicarle las cosas, pero si conseguía superar la primera barrera, el resto sería pan comido.

Se acomodó en un sofá frente al balconcillo y recorrió las cortinas. Hasta sus pupilas le llegó la tenue luz de algunas farolas de la calle. Sus ojos, de un habitual azul claro muy pálido, se oscurecieron. Siguió durante algunos segundos la estela que dejaban los faros de los pocos vehículos que aún circulaban y descolgó el móvil. Marcó el número de Andrea esperando que no se hubiera acostado.

La mujer no podía dormir, de hecho, esperaba esa llamada. Si Samuel se hubiera retrasado media hora más, ella le habría telefoneado. Pero no fue necesario. Descolgó el aparato sabiendo que era Sinclair y que intentaría convencerla para continuar con él.

—Buenas noches, Samuel.

«¿Cómo conseguiré borrar de su memoria los últimos acontecimientos?», pensó el hombre.

—Buenas noches, ¿cómo te encuentras? —La pregunta cortés le pareció un buen comienzo. Pero no le permitió responder, decidió atacar por sorpresa—. Te debo una explicación.

Ella aguantó la respiración y aguardó. Si Samuel hubiera podido mirarla a los ojos, su conversación habría finalizado antes de comenzar.

—Quise ayudar —le dijo.

Andrea no se esperaba aquello. No era necesario que le aclarara por qué no la habían avisado para acompañarlos a la Gruta del Bautista, más bien, lo que necesitaba era una explicación de por qué había amenazado a los mandeos y por qué la había abandonado.

—Tú estabas haciendo casi todo el trabajo —prosiguió Sinclair—, la documentación era cosa tuya, también te encargabas de encontrar el amuleto... —Dejó la frase en el aire por si ella deseaba añadir algo, pero no lo hizo—. Nosotros —pensó en Martin— creímos poder conseguir los dos cuencos que nos faltaban. Teníamos la sensación de que un gran peso de la investigación caía sobre ti y era una forma de aligerarlo.

Ella continuó en silencio. Tenía una sonrisa en los labios que el hombre no podía ver y aunque hubiese podido, no habría sabido interpretarla.

Samuel se preguntó si la estaría convenciendo, aún le quedaba lo más difícil, lo de los mandeos y lo de abandonarla. Todavía no había llegado el momento de entrar en esa fase de la conversación, así que sacudió la cabeza y prosiguió su exposición:

—Nuestro pasante nos avisó de que había localizado los otros dos cuencos, ¡por fin! —exclamó con un tono muy teatral—. Martin y yo decidimos realizar la transacción, pero los mandeos querían negociar personalmente y nos citaron en la Gruta del Bautista.

Andrea continuaba impasible, pero su extraña sonrisa se había ampliado.

—Creemos —continuó Samuel, y aquí comenzaba la parte más difícil— que eran falsos sacerdotes y que tenían la intención de estafarnos y robarnos. Debimos de habernos percatado de la presencia de sus matones. —Se refería a Víctor y a Said.

El monte de Sión se encontraba a las afueras del casco antiguo de Jerusalén, saliendo por la puerta de su mismo nombre y era el punto más alto de la ciudad. Los cristianos acudían a él para contemplar la basílica de la Dormición, que fue el lugar en donde la Virgen María murió y ascendió al cielo; pero también para entrar en el Cenáculo, donde Jesús celebró la Última Cena. Los judíos poseían en el monte la tumba del rey David. Pero los palestinos no tenían nada que hacer allí y menos cuando ya hacía tiempo que había oscurecido y portaban en sus manos una linterna y un pico. Podían resultar muy sospechosos y si, además, parecían gente pacífica, respetables padres de familia, el asunto implicaría connotaciones más extrañas para las autoridades israelíes y no se salvarían pasando una única noche en el calabozo.

En todo eso iba cavilando Said mientras caminaba con dificultad por la escarpada ladera sur de la colina.

—Entonces, este monte —susurró Víctor al tiempo que abarcaba con el brazo el terreno que le circundaba— constituyó el barrio esenio en tiempos de Jesús.

A su amigo no le quedaba aliento ni para asentir.

—Me dijiste que los arqueólogos descubrieron el año pasado sus baños y su casa comunal —prosiguió hilando sus pensamientos.

Sí, Said se lo había dicho. ¡Ojalá se hubiera callado la boca! Ahora podría estar durmiendo plácidamente junto a su Fátima y no pendiente de resbalarse y romperse una pierna. Su mujer había accedido a esa nueva aventura nocturna, pero no se mostraría muy contenta si aparecía con nuevas cicatrices.

Ya habían dejado a sus espaldas el edificio del Cenáculo y la basílica de la Dormición y a su derecha, el monasterio griego; un poco más abajo se encontraba el cementerio protestante que contaba con inquilinos de la talla de Petrie o Starkey, grandes arqueólogos del siglo XIX.

Víctor estaba desorientado, la oscuridad de la noche no le ayudaba en nada a ubicarse y, aunque sabía dónde debía de encontrarse el yacimiento, no estaba seguro de la distancia que los separaba.

—¿Queda mucho? —le preguntó a su amigo, que ya lo había visitado con anterioridad.

—No. —Si no estaba equivocado, hallarían la misión al pasar los últimos árboles.

El investigador supuso que todo el recinto estaría vallado y contaría con medidas de seguridad. Se imaginó que tendrían que forzar algún candado o saltar una valla y comprobó el material del que se habían podido pertrechar a última hora. No estaba nada mal: un pico, linternas y palpó el bolsillo trasero de su pantalón, allí guardaba su herramienta multiusos. Los arqueólogos eran eruditos pero no tontos, defendían sus descubrimientos de vándalos como ellos.

—¿Está muy protegido? —le preguntó a Said.

—No será necesario trepar por ninguna valla —le confirmó—. Aunque a estas horas es posible que haya finalizado el horario de visitas, intentaré sobornar al guarda —bromeó.

El joven estaba tan concentrado en encontrar la excavación que no se percató de que se estaba riendo.

—¿Qué guarda? —Pero ya había caído en la broma y ambos se echaron a reír.

Además de reírse, Said se sentó sobre un peñasco, sus piernas no podrían dar un paso más si no les concedía un respiro.

Su amigo se adelantó unos metros y enfocó con la linterna el espacio que se extendía más allá de los árboles, aquello parecía un roquedal con arbustos bajos y matojos que no les facilitarían el paso. Sin embargo, volvió a sonreír, vio las medidas de seguridad de las que había hablado el anticuario, y ante sus ojos se alzaba una vallita sin importancia. Hasta un anciano podría saltarla.

—Estamos de suerte —le dijo cuando volvió hasta él—, solo tenemos que traspasar un cercado bajo, de metro o metro y medio.

—¿De un metro, o de un metro y medio? —se quiso asegurar Said. No era lo mismo, y menos en sus condiciones.

Tenía una importante barriga de la que hacerse cargo. Los años en que su cuerpo fue atlético y fibroso habían pasado a la historia.

—Ven a comprobarlo tú mismo.

Se incorporó pesadamente y le siguió a través de las rocas. Cuando pudo verla le dijo:

—De metro y medio. —Pensaba en cómo se las iba a arreglar para saltarla.

—Encontraré una zona suelta en la alambrada. Siempre se olvidan del mantenimiento y los animales se encargan del resto.

Y la encontró a apenas unos metros más abajo. Levantó todo lo que pudo la malla de alambre para que Said pudiera pasar bajo ella sin rasgar su chilaba, pero, aun así, el hombre tuvo que entrar arrastrándose como las serpientes. Una vez dentro, el anticuario le guió hasta la zona donde se encontraba la Puerta de los Esenios. En esencia, se trataba solo de unas cuantas piedras apiladas con forma de umbral. Únicamente tenía cierto sentido para el ojo de un experimentado arqueólogo.

—¿Dónde está? —le preguntó Victor.

Su amigo enfocó con la linterna un conjunto de losas lisas que parecían pulimentadas y brillaban relucientes.

—¿Es eso? —preguntó desilusionado.

—¡Qué esperabas! ¿Una puerta completa con sus jambas y su dintel finamente labrados con santos cristianos? Tiene dos mil años y le ha pasado de todo.

Era cierto, había estado enterrada y habían construido sobre ella en varias ocasiones destruyendo parte de los trabajos anteriores.

Victor no tuvo más remedio que asentir, pero pensó que los arqueólogos se habían sobrestimado al llamarla puerta, lo podrían haber denominado el Dintel de los Esenios. A la vista de los restos que quedaban, aquello no pasaba de ser un simple umbral. Pese a todo, no se desanimó.

—Comencemos a buscar.

—¿Y qué buscamos?

—No lo sé —recordó las letras mandeas que habían hallado Isaac y él en Ein Kerem y ofreció una vaga idea de por dónde empezar—, una inscripción, una letra tallada en la roca...

Media hora más tarde tenían los ojos enrojecidos de escrutar las losas a la débil luz de las linternas y no habían encontrado nada, ni una marca, ni un signo. Nada de nada.

—No puedo más —se rindió Victor.

Aquello sonó a música celestial en los oídos del anticuario y no hubo que repetírselo. Recogió el pico que había traído, se lo echó al hombro y enfocó el camino de vuelta.

—Cuando quieras —le indicó señalando la valla.

Victor inició la marcha con la cabeza baja y apesadumbrado. Sabía que había pasado por alto alguna cosa de vital importancia, pero no lograba averiguar qué era en la maraña de pensamientos que le aturdían.

Al llegar a la alambrada la alzó para que Said pudiera arrastrarse debajo y ya tenía el hombre medio cuerpo dentro cuando cayó en la cuenta.

—«Escrito en cobre.»

—¿Qué?

Como el joven necesitaba las dos manos libres para dar rienda suelta a su emoción, soltó la valla, que atrapó el cuerpo de su amigo contra la tierra.

—Los mandeos dijeron «escrito en cobre» —repitió.

—¡Victor, el alambre! —le susurró Said.

—Lo siento, lo siento. —Volvió a levantarlo y se agachó junto a él —. Es el Rollo de Cobre, eso vincula a los esenios con todo esto. ¡El Rollo de Cobre! ¿Lo entiendes ahora?

Said ya no estaba para descubrimientos, tenía sueño, estaba cansado y su mujer le iba a matar por volver sucio otra vez.

—Lo entiendo perfectamente, pero te encargas de explicarle a mi Fátima por qué vuelvo con la chilaba como si me hubieran arrastrado por el suelo.

—De acuerdo —aceptó sin conocer las consecuencias de su trato —, y en cuanto llegemos buscamos una copia del Rollo.

—No te lo crees ni harto de vino. —Era otra de las típicas expresiones de sus clientes españoles y esta era la ocasión ideal para decirla.

Aquello ya era el colmo para la orientalista, una cosa era intentar engañarla y otra bien distinta llamarla tonta a la cara. «¿Los sacerdotes, falsos? ¿Victor y Said un par de matones?», ironizó en silencio. Estaba segura de que los sicarios del CSJ ya habían informado a Sinclair de cómo había regresado a su hotel. No tenía la certeza de que la hubieran visto con Victor, pero, si lo habían hecho y Samuel lo sabía, ¿qué pretendía con aquel engaño tan burdo? Le tenía por una persona más inteligente.

A pesar de que en aquel momento hubiera colgado sin más, deseaba saber hasta dónde era capaz de llegar ese hombre al que creía conocer y cuáles eran sus verdaderas intenciones.

—Cuando aceptamos negociar con ellos —prosiguió—, los mandeos ya tenían claro que iban a engañarnos. No sé cómo, pero descubrieron que el tercer cuenco que habían comprado era falso y nos necesitaban para conseguir el nuestro. Andrea, no te engañes, la teoría es diferente de la realidad, estos hombres no son tan buenos como quieren aparentar.

—Mmmm. —Fue un *mmm* que no decía nada, solo le animaba a continuar.

—Yo tampoco pude creerlo en un principio —confirió un tono sentimental a su voz, como si aquel desengaño sobre la bondad de los sacerdotes le llegara al alma—. Sin embargo, lo pude comprobar por mí mismo cuando uno de ellos pretendió golpearme con una pala. El más joven, sí, fue el más joven, el que tenía cara de loco. —Con aquella mentira sobre Naseer pretendía justificar su amenaza al ganzebra con el florete oculto en su bastón—. No podía enfrentarme a él, pero sí asustar al más anciano de los tres. Lo que no esperaba fue que sus sicarios nos sorprendieran por la espalda.

—Victor y Said —le alentó ella.

—En efecto —respondió con entusiasmo, como si Andrea le creyera, pero el *professor* no era tonto y sabía que pisaba un terreno resbaladizo que convenía evitar. Por ello prefirió saltarse el resto de las explicaciones que había preparado y llegar a la conclusión final—. Tenemos suerte de poder contarlo, lo que deberíamos hacer es celebrar que hemos salido con bien de todo esto.

—¿Que hemos salido con bien de todo?

Sinclair percibió un deje de ironía en su pregunta retórica, pero no se amilanó. A esas alturas no podía echarse para atrás.

—En efecto, estamos sanos y salvos —sonrió. Sin embargo, dudaba de si tenía la situación controlada.

Andrea no le permitió continuar su explicación, tenía más que suficiente para saber lo que quería. Ese hombre la estaba engañando descaradamente, pero ¿durante cuánto tiempo había estado haciéndolo?, ¿por cuántos años la había utilizado para sus fines?, fue un pensamiento descorazonador. Sinclair debía salir de su vida. Colgar el teléfono ahora supondría una solución inmediata, sin embargo, necesitaría años para conseguir desterrarle de su cabeza. Aunque, si él también se alejaba de ella, todo sería más sencillo. Decidió darle el golpe de gracia, de la manera más grosera posible, para que no hubiese segundas interpretaciones.

—Por cierto, me acuesto con el sicario de los mandeos. ¡Ah!, discúlpame, tengo que colgar, me está entrando otra llamada. —Y colgó.

Sabía que aquello le desconcertaría y también le rebajaría. Lo de Victor era un golpe bajo.

A Andrea le temblaban las manos y necesitaba serenarse, lavarse la cara con agua fría y respirar profundamente un par de veces. Sin

embargo, se quedó mirando al fondo de la habitación, perdida en sus pensamientos, incapaz de ordenarlos.

Si quería dormir aquella noche, se vería obligada a revolver entre los documentos que guardaba de la investigación, no para proseguir con sus pesquisas, sino para conjurar a Morfeo a su lado.

Said había abierto las puertas de su negocio a primera hora, como casi todos los días, y se entretenía repasando los libros contables a la espera de que entrara algún cliente. Se había despedido temprano de Victor, que esa mañana mostró mucha prisa en acercarse a la biblioteca y conseguir alguna buena traducción del Rollo de Cobre.

Antes de irse había telefoneado al doctor Elijah Cohen, el amigo de Isaac, porque necesitaba concertar una reunión con él. El hombre se había mostrado amable y había accedido a verle esa misma mañana. El investigador agradeció que no le pidiera que le contase la terrible noticia sobre la muerte del doctor Ben Shimon. Todo Jerusalén sabía de su fallecimiento. Sin embargo, tuvo la impresión de que Elijah no se creía la versión oficial y él incidió en su desconfianza.

Iba pensando en eso cuando estacionó el vehículo que había alquilado a las puertas de la biblioteca. Una vez dentro, comenzó por lo más sencillo y hojeó el primer volumen sobre los manuscritos del Mar Muerto publicado por J. M. Allegro, un ex sacerdote que fue pionero en llevar a cabo una traducción del texto del cobre. Su título era muy sugerente, *El tesoro del Rollo de Cobre*, pero el libro salió a la calle en el año sesenta y resultaba demasiado antiguo. Después pasó a otro autor, un tal Milik, un francés que también tradujo el contenido del manuscrito apenas un par de años más tarde.

Gracias a ellos se supo que el manuscrito pudo haber sido escrito en los tiempos de la primera guerra judía contra los romanos, allá por el año 70 de nuestra era, quizá un poco antes. Aunque al principio el francés pensaba que el listado de tesoros era una fábula, más que nada por las increíbles cantidades de oro y de plata que contenía, terminó por hacer suya la idea más ampliamente aceptada: era real.

Los eruditos justificaban su existencia aludiendo al hecho de que el cobre era un material carísimo en aquella época y que escribir con un punzón sobre él resultaba lento y difícil. Nadie en su sano juicio emplearía tanto dinero y esfuerzo en una broma para la posteridad. Además, su autor se tomó la molestia de esconderlo donde fuese casi imposible encontrarlo. ¿Para qué se iba a gastar alguien una enorme suma de dinero en comprar una plancha del más puro cobre, realizar el encargo de escribir con paciencia un texto larguísimo y luego esconderlo en una cueva perdida?

No, decididamente, la mayoría de los estudiosos había llegado a la conclusión de que el tesoro existía y de que el Rollo de Cobre debió de ser escrito sobre el año 70, poco antes del saqueo romano de Jerusalén. También estaban de acuerdo en que era un documento muy poco común. Sin embargo, diferían en quiénes eran los propietarios de tan fabulosa cantidad de oro y plata; podría pertenecer a los esenios o al Templo judío. Los que defendían la

primera hipótesis alegaban que eran una comunidad en la que todos sus miembros entregaban sus bienes al fondo comunal, y al acumular las posesiones habrían conseguido hacerse con un gran capital. Pero Victor se decantaba por la segunda opción, era más probable que el tesoro correspondiese al Templo, ya que los esenios se caracterizaban por su extremada pobreza.

Antes del saqueo romano, el Templo de Jerusalén recaudaba los tributos y los diezmos que los judíos estaban obligados a aportar para su mantenimiento y también custodiaba las reliquias de su religión; pero funcionaba además como los bancos suizos. Los políticos ricos y los grandes empresarios de la época guardaban sus ahorros en él y los funcionarios del Templo tenían tipificadas las tarifas pertinentes para cada caso. «¡Vamos! —pensó Victor—, que les cobraban unos buenos intereses.»

Aunque no sabía nada sobre los mandeos cuando comenzó aquel trabajo, sobre los manuscritos del Mar Muerto habían corrido ríos de tinta desde su descubrimiento en los años cincuenta. Apenas si habían pasado un par de lustros desde que las cosas se habían calmado y los periodistas les habían dejado hacer su trabajo a los eruditos sin distraerlos con titulares sensacionalistas. Victor era joven, pero recordaba los años en que se despertaba con alguna noticia en la prensa relacionada con esos papiros que se decía que iban a cambiar nuestra visión del cristianismo o que socavarían los cimientos de nuestra sociedad.

En realidad, los manuscritos consistían en más de cuarenta mil fragmentos pertenecientes a quinientos libros escritos en hebreo, arameo y griego. La mayoría eran manuscritos bíblicos, del Antiguo Testamento, pero también se encontraron numerosos textos de literatura no bíblica como la Regla de la Comunidad esenia o sus ideas acerca del fin del mundo.

Uno de esos manuscritos no bíblicos fue el Rollo de Cobre, el único elaborado con ese metal tan costoso para la época. Pero lo que resultaba curioso era su contenido. Describía una serie de lugares en donde se ocultó una gran cantidad de oro y plata, así como ropajes sacerdotales, recipientes, vasijas, joyería y perfumes preciosos.

Victor sabía que esos tesoros nunca se habían encontrado. Pero ahora, con un nuevo dato entre sus manos, quizá fuera posible hallarlos.

—Tienes demasiados miramientos con esa mujer. ¿Acaso no trabaja para ti? —le preguntó Martin.

El *professor* pensó que no tendría por qué darle explicaciones respecto a Andrea; sin embargo, lo hizo.

—Posee el mejor cerebro que conozco y aún la necesitamos con nosotros. Prescindir de ella ahora es una decisión equivocada.

—Sí, eso es cierto —estuvo de acuerdo—. Entonces, oblígala.

—No sería posible. —En ese sentido ya se había dado por vencido la noche anterior. Su conversación no le había ofrecido los frutos esperados. Aun así, ese contratiempo le había sugerido otra idea:

simplemente se aprovecharían de ella y de su amante—. Haremos algo mejor —le comunicó al director del CSJ—. Dispón a tus hombres para que vigilen a Víctor y a Andrea, que no los pierdan de vista ni un minuto. Ellos nos conducirán al tesoro del Templo.

—Perfecto.

Aquello significaba que su beneficio económico en la operación no se había resentido.

A Martin no le importaba lo más mínimo la forma de conseguir su meta, de lo que no estaba dispuesto a prescindir era de su sustancioso arreglo monetario. Por eso, Samuel no tuvo que repetirle la última orden, el hombre abandonó el despacho por unos segundos e informó a sus dos secuaces de lo que tenían que hacer a continuación; Jamal se apostaría en las cercanías de la casa de Said y Abdul en la puerta del hotel.

Después volvió a entrar y le ofreció a Sinclair un café, que aceptó, por lo que le pidió a su secretaria de sonrisa imborrable que le sirviera un par de ellos, aclarándole que les gustaba la leche caliente. Durante los cinco minutos escasos que tardó la mujer en prepararlos, el *professor* prefirió dar por solucionado su problema *laboral* con Andrea, el *personal* le llevaría más tiempo, y se concentró en cómo podrían sacar adelante la investigación entre Martin y él, por si su último plan fracasaba y, a pesar de la vigilancia impuesta, los enamorados se le escapaban.

Cuando entró la secretaria y depositó las bebidas sobre la mesa, ya habían comenzado su particular cruzada en solitario.

—No todo se puede reducir a un alfabeto de yeso pegado en la pared de una cueva —estaba diciendo Samuel—. He encontrado implicaciones más profundas que relacionan los orígenes del mandeísmo con el resto de los grupos religiosos de Palestina en aquella época. —Se refería a los inicios de nuestra era.

—Pero ¿tenían algo que ver con los judíos? —preguntó Martin sabiendo que el fin último de Sinclair consistía en encontrar el tesoro del Templo de Jerusalén.

El catedrático se armó de paciencia y comenzó su explicación.

—Para la historia oficial no. Algunos eruditos creen que los mandeos fueron un grupo escindido del judaísmo, pero tenemos datos que nos indican que ya existían desde hacía al menos tres siglos antes y que no eran judíos.

—Entonces, ¿había un vínculo entre ellos? —se quiso asegurar.

—Ambos grupos convivieron en la misma época en un mismo espacio, en la Jerusalén del primer siglo de nuestra era —le confirmó—. Los mandeos se marcharon tras la muerte del Bautista, antes de la crucifixión de Cristo; y los judíos no fueron expulsados definitivamente hasta la segunda destrucción de la ciudad en el año 135 después de Cristo. —Tras su exposición se quedó pensativo.

—Quizá el vínculo solo existiera con un grupo muy particular de judíos... —sugirió Martin. Él no entendía demasiado de Historia, pero podía ofrecerle nuevas formas de pensamiento a Samuel.

El *professor* había captado la idea, pero ya estaba en su cerebro mucho tiempo antes.

—Los esenios —concluyó sin apartar la mirada de su interlocutor. Esbozó con palabras lo que había sugerido Martin—. Los mandeos y el Bautista, el Bautista y los esenios. Algunos eruditos afirman que Juan pasó un tiempo entre los esenios antes de comenzar a predicar su doctrina y convertirse en profeta del pueblo mandeo. Si estuvieran en lo cierto...

—Si eso fuera cierto —le interrumpió Martin—, conocemos cuál es el paso siguiente que tenemos que dar.

Se había incluido en la fórmula porque ahora él también sabía dónde buscar: era un hecho bien conocido por todos que los esenios vivieron en Qumrán.

—¡El Rollo de Cobre! —exclamó Samuel de pronto, y después lo repitió más despacio, paladeando las palabras—. El-Ro-llo-de-Co-bre.

El doctor Elijah Cohen era un israelí robusto de ochenta años que le tendió a Victor una mano con los dedos deformados por la artrosis. Vestía chaleco de explorador sobre una gastada camisa de cuadros y el polvo de la excavación se había asentado sobre su barba blanca y sobre los escasos cabellos que aún pugnaban por permanecer en su cabeza. Tenía una sonrisa abierta y franca y parecía más un bonachón abuelo que un importante erudito.

Había impartido clases en el mismo campus que Isaac prácticamente durante los mismos años que él y también se habían jubilado juntos. El fallecimiento del doctor Ben Shimon le había supuesto un gran dolor, fue como perder a un hermano querido. A pesar de conocer el delicado estado de salud de su amigo, su muerte fue una sorpresa. Creía que los tres baipases que llevaba en el corazón eran un salvoconducto más que suficiente para traspasar la barrera de los cien años. No fue así, pero algo le decía que no era su hora.

Victor Lavine vino a confirmarlo cuando le telefoneó el día anterior. Le contó a qué se dedicaba y cómo había conocido a Isaac y también le explicó muy someramente de qué manera, a su juicio, había encontrado la muerte. Era solo una sospecha, pero la gente del CSJ los vigilaba muy de cerca. Fueron unos minutos duros en los que el doctor Cohen permaneció en silencio controlando las lágrimas que deseaba verter. Tras permitirle esos instantes de intimidad, el joven prosiguió explicándole los motivos por los que le había telefoneado y él se prestó gustoso a ayudarle; a continuar, de alguna manera, la colaboración que había comenzado con Isaac.

Ahora, el investigador se acercaba con pasos seguros por el camino de grava y polvo que llegaba hasta su yacimiento. La misión arqueológica del doctor Cohen en los últimos años estaba ubicada en el desierto de Judea, en el valle de Hircania, a los pies de las ruinas de un palacio-fortaleza asmoneo que Herodes el Grande reconstruyó hacía dos mil años. Había tomado el relevo de manos del arqueólogo Oren Gutfeld, que le había precedido en ese yacimiento y que ya había despejado los escalones de la entrada y descubierto varias

cámaras en la roca. A él le correspondía saber si esas cavidades en la piedra escondían algo más que aire.

—Victor Lavine —se presentó tendiéndole la mano cuando llegó a su altura.

El anciano se la estrechó con fuerza y le invitó a acompañarle junto a un par de peñascos que se levantaban en el camino.

Elijah era especialista en todo lo que tuviera que ver con los esenios, el qumranismo y los manuscritos del Mar Muerto, pero su verdadero campo de actuación era el Rollo de Cobre. No en vano, desde su jubilación se había dedicado en cuerpo y alma a encontrar alguno de los tesoros que describía y, aunque en esta ocasión se hallaba muy cerca de conseguirlo, aún permanecía con las manos vacías.

—Le agradezco que haya podido atenderme —le comentó el joven—. Necesito su ayuda para conseguir una visión específica sobre el Rollo de Cobre y una conversación con usted podría aclararme muchas más cosas que la lectura de toda esta documentación.

Había depositado sobre uno de los peñascos más planos que le rodeaban parte de la información que había encontrado sobre el manuscrito, casi todo lo que había podido conseguir poco antes de acudir a la reunión.

Victor se había hecho una composición de lugar muy general y necesitaba acotarla. Sabía que el descubridor del manuscrito de cobre, el conde de Contenson, localizó los dos pedazos del rollo a mediados del siglo pasado en una de las cuevas que rodeaban Qumrán. Se trataba de un par de finas láminas de metal enrolladas como el papel de cocina, oxidadas y a punto de convertirse en polvo; tuvieron que ser envueltas en una suave capa de parafina y enviadas sin pérdida de tiempo al Museo de Arqueología de Palestina para salvarlas.

Cuando los eruditos pretendieron desenrollarlo no les quedó más remedio que enviarlo a Londres y armarse de paciencia. Finalmente, tras esperar tres largos años, además de diseñar una máquina especial para poder hacerlo, el profesor Baker consiguió cortarlas en veintitrés secciones del tamaño de cuatro folios cada una y las aseguró a un armazón rígido para evitar que, al ser estudiadas, se deshicieran en pedazos.

Aun así, las láminas se veían curvadas en todas las fotografías que había conseguido el investigador. Era tan difícil trabajar con ellas que los dos principales estudiosos del rollo, Allegro y Milik, prefirieron copiar a mano cada una de las doce columnas de las que constaban.

—Tengo aquí un par de reproducciones —le indicó Victor a Elijah.

El doctor las recogió por cortesía, conocía de memoria cada uno de los centímetros del manuscrito. Sin embargo, le sorprendieron.

—Son muy buenas, a pesar de la curvatura de las láminas.

Su calidad era excelente, en las imágenes podía apreciarse que el texto había sido grabado sobre el cobre con un punzón de hierro, a base de martillar sobre él y en ocasiones llegaba a traspasar el metal.

—Tuvo que ser difícil escribirlo —el doctor Cohen pensaba en voz alta—. Resultaría muy sencillo cometer un error al hacer un trazo más largo, o más corto.

—He leído que contiene numerosas faltas, parece ser que el copista era analfabeto —sugirió Victor.

—Es más que probable que lo fuera. Fíjate en esta letra —le indicó una grafía que parecía un palo largo—, y en esta otra. —Era un palo corto—. Y... —Elijah se detuvo al observar la cara del joven—. Lo siento, desconoces el hebreo misnáico, ¿verdad? —Ante su gesto de asentimiento prosiguió su explicación por un camino diferente—. No se trata de errores típicos de un escriba, sino de los que cometería alguien que sabe hablar el idioma, pero no escribirlo —le mostró un ejemplo—. Trasladado este texto a nuestra grafía, es como si escribiéramos una «q», en lugar de una «o». Si sabes escribir, nunca confundirías esas dos letras, cambiarlas en una palabra haría que careciese de sentido, sirva como muestra que en lugar del nombre latino *Quirino*, escribiríamos *Ouirino*. En cambio, si supieras escribir y no fueras un experto, los errores que cometerías serían del tipo de intercambiar la «b» y la «v».

—Entiendo —dedujo Victor totalmente atento a sus palabras— que alguien escribió la lista de los tesoros y su localización en cuero o papiro y luego contrató a un artesano del cobre analfabeto para que transcribiese el texto. De esa forma el hombre no sabría qué estaba escribiendo y su contenido continuaría siendo secreto. Sin embargo —precisó—, fíjese en la diferencia de las traducciones. —Le pasó unos folios al doctor mientras continuaba hablando—. No creo que se trate simplemente de cambiar una «q» por una «o».

Y en efecto, era como si los intérpretes hubieran traducido textos distintos.

—El lenguaje ha sido uno de los quebraderos de cabeza de los lingüistas. Incluso el mío —se sinceró el doctor Cohen—. El estilo de escritura y la ortografía son inusuales y diferentes del resto de los manuscritos de Qumrán. Hay que tener en cuenta —le explicó— que no es un texto literario: se trata de un documento administrativo que enumera de forma contable una serie de localizaciones y los objetos de valor que contiene. Pero, además, algunos de sus pasajes pertenecen a un tipo de escritura que se desarrolló durante los años setecientos u ochocientos antes de Cristo, son construcciones gramaticales que ya no se usaban a principios del siglo I, que fue cuando se compuso el documento. Y eso no es todo, contiene también más de una docena de letras griegas.

—Todo un rompecabezas —resumió el investigador.

Elijah esbozó una sonrisa. Aún sostenía entre sus manos los papeles que le había pasado el joven.

—Sí, un gran rompecabezas —estuvo de acuerdo con él—. ¿Por qué una comunidad esenia escribiría un texto en un material tan caro como el cobre?

—Por su larga duración —le contestó Victor.

—De acuerdo, pero los esenios eran pobres. Aun aceptando que lo escribieran ellos y que tuvieran dinero para pagar el metal, ¿por qué

utilizaron letras griegas en un texto con pasajes escritos en un lenguaje que hacía casi mil años que no se hablaba? —El investigador no supo qué responder, en realidad se trataba de preguntas sin respuesta—. ¿Y por qué compraron el cobre en Egipto en lugar de en Judea?

Eran demasiados interrogantes para Victor, pero la referencia egipcia le recordó una anotación que le había hecho el doctor Ben Shimon en una de sus conversaciones; le dijo que los mandeos afirmaban proceder de Egipto.

—¿Y si —sugirió Victor con cautela— además de los esenios y de los judíos del Templo, alguien más estuviera relacionado con el Rollo de Cobre?

—Como quién. —Elijah no sabía adónde pretendía guiarle con su pregunta.

—¿Los mandeos? —propuso indeciso.

En realidad aquella suposición estaba traída por los pelos y no tenía una base científica, pero era una posibilidad a tener en cuenta y el investigador deseaba conocer la opinión del arqueólogo. Le narró la relación que había establecido entre los esenios y los mandeos a través de la figura del Bautista y la posibilidad de que fueran estos últimos los que ocultaran el tesoro del Templo de Jerusalén.

—Me quieres decir —resumió el doctor Cohen— que Juan el Bautista fue esenio antes de comenzar sus bautismos; que después se convirtió en profeta de los mandeos y constituyó un vínculo entre ambos grupos gnósticos. Más tarde, en el año 70, cuando los romanos destruyeron Jerusalén, los judíos del Templo les pidieron a los esenios que ocultaran sus riquezas por toda la zona y estos solicitaron la ayuda de los mandeos... —Pareció dejar la frase inconclusa, como si estuviera cavilando la posibilidad de convertirla en un hecho incontestable o en refutarla sin compasión.

—A la muerte de Juan, los mandeos salieron de Jerusalén. Constituían un grupo al que los romanos no vigilarían y no veo imposible que los esenios recurrieran a ellos. Al fin y al cabo, las dos sectas eran gnósticas y tenían muchos puntos en común.

—Está bien pensado —reflexionó el doctor.

—Y luego... —recogió las palabras que le acababa de decir Elijah —, está el hecho de que se haya demostrado que el cobre del rollo salió de Egipto. Los mandeos afirmaban que procedían de la tierra de los faraones. Quizá han jugado un papel más importante en esta historia del que conocemos.

El doctor Cohen continuaba asimilando la deducción del joven y le resultaba bastante plausible.

—Es una buena relación de ideas —le dijo—. A ninguno de los investigadores se le había ocurrido antes. Desde luego, yo no la descartaría. Es más —añadió—, voy a utilizarla si no te importa. Quizá —supuso—, comprendiendo la teología y la forma de pensar de los mandeos, nos podamos acercar más a los escondites del Rollo de Cobre. Por supuesto que, siguiendo esa teoría, cabría pensar que los objetos no estuvieran ocultos en lugares propios de los judíos, sino de los mandeos.

Ante el doctor Cohen se abrió un mundo nuevo de posibilidades del que carecía el resto de los eruditos. Ahora, los pasajes del manuscrito podrían interpretarse desde otro punto de vista. Si incluía a esa secta gnóstica en sus deducciones, encontrar las piezas de oro y plata podría convertirse en realidad.

—Muchacho —le dijo a Victor mientras le golpeaba la espalda emocionado—, es posible que hayas encontrado la clave que los arqueólogos no hemos sido capaces de ver. Si tu teoría es cierta, los que hemos buscado el tesoro hemos estado ciegos y sordos y era lógico que no encontráramos nada.

—¿Cree que los mandeos...?

—¡Santo Dios! —blasfemó—. ¡Claro que lo creo! ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí? ¡Los mandeos ocultaron los tesoros del Rollo de Cobre! Tendré que volver a interpretar el texto del manuscrito pensando de la misma forma en que lo harían ellos. ¡Ahora sí que encontraremos los escondites!

—Me ha llamado la atención —comenzó Victor, sin querer romper el momento de emoción de Elijah— que muchas de las localizaciones de las piezas del rollo son lugares con agua como cisternas o tanques, piscinas y canales. —Ya sabía que el agua constituía un elemento fundamental en la fe mandea a través de sus bautismos, y también la habían utilizado en la Gruta del Bautista.

—Las tumbas y los monumentos funerarios también son mencionados varias veces en el manuscrito —añadió el doctor todavía alterado.

—Cierto, pero deseaba comentarle una nueva deducción. —Y mostró una sonrisa de circunstancias, como si fuese el Hombre del Año de las ocurrencias extravagantes—. Había pensado que el barrio esenio era un buen lugar para investigar.

En realidad, lo había investigado y su búsqueda no había dado frutos, pero tenía la corazonada de que podía ocultar alguna de las localizaciones del rollo.

—Tiene algunas piscinas rituales que no sabría decirte si son mandeas o esenias —razonó Elijah evaluando la importancia de su comentario—, yo no lo descartaría. —Ahora comenzaba a valorar emplazamientos que antaño ni se hubiera planteado. Sin embargo, insistió en su idea inicial—. ¿Has pensado en las tumbas? —A Victor no le quedó más remedio que asentir—. ¿En alguna en particular? —le estaba tanteando.

El doctor Cohen repasó mentalmente los escondites del rollo que mencionaban algún sepulcro o enterramiento. Eran bastantes.

—En Qumrán —le contestó—, por Secaca, la Ciudad de la Sal —había seguridad en el tono de su voz.

—Muchos historiadores creen que Secaca, la bíblica Ciudad de la Sal, es Qumrán —repitió el anciano mientras pensaba en lo siguiente que iba a decir—, y sobre Secaca nos habla el Rollo de Cobre.

—En tres o cuatro ocasiones, si no me equivoco —confirmó Victor recogiendo una de las traducciones que había conseguido en la biblioteca y la hojeó, no se había equivocado. Le señaló la parte que correspondía a las columnas cuatro y cinco y añadió—: Hay tesoros

enterrados en algunas de sus tumbas y en conducciones y canales de agua.

Ambos sabían que la ciudad de Qumrán, más bien sus ruinas, contaba con un sistema muy elaborado de recogida del agua de la lluvia para aprovechar hasta la última gota que caía en el desierto de Judea; disponía de siete cisternas y numerosos canales que conducían el líquido entre ellas. Pero también poseía tres cementerios que circundaban la villa.

—¿Algún sepulcro en especial? —repuso el anciano.

Victor pensaba rápido.

—¿El de Zadok? El Rollo de Cobre menciona su tumba y los sacerdotes esenios se llaman a sí mismos Hijos de Zadok, el sacerdote fiel a la casa de David.

El doctor Elijah sonrió ampliando su deducción.

—Supongo que sabrás que, desde los tiempos del rey Salomón, hijo del rey David y famoso por su sabiduría y por querer partir a un niño por la mitad —le acotó—, el cargo de sumo sacerdote judío había quedado en manos de la dinastía de Zadok. Durante siglos, todos los sumos sacerdotes serían descendientes de ese hombre y habrían llegado hasta hoy de no ser por los macabeos, que se rebelaron en el siglo II antes de Cristo contra los griegos y consiguieron restablecer un Estado judío independiente. Al hacerse con el poder convirtieron a uno de los suyos en rey del pueblo judío. El problema llegó cuando también le nombraron sumo sacerdote y despojaron del cargo a los zadoquitas que lo habían ocupado por generaciones. Una facción judía no estuvo de acuerdo y se escindió. Eran los esenios, que consideraban a los macabeos unos usurpadores. Declararon que sus sacrificios en el Templo eran ilegales y que habían roto el Pacto que Dios había realizado con la casa de Zadok al escogerla para el sacerdocio.

—Fue entonces cuando los esenios se retiraron a vivir al desierto —Victor completó la explicación.

—En efecto, porque se consideraban los únicos que cumplían el Pacto y seguían la Ley.

Samuel le tuvo que explicar al director de los Cristianos de San Juan qué era el Rollo de Cobre y su contenido. Pero una vez hecho, el cerebro de Martin fue muy rápido con los cálculos.

—¡Eso son más de doscientas toneladas de oro y plata! —gritó emocionado.

—No tanto —le desilusionó Samuel, que estaba leyendo uno de los artículos sobre el tema que habían buscando en los archivos de la asociación—. Ahora se cree que la cantidad ronda las cien, quizá algo menos.

El director se sintió como si le hubieran robado, pero reaccionó con rapidez, cien toneladas tampoco estaban nada mal.

—Bien, entonces ¿por dónde comenzamos? —preguntó.

Revolvió entre los documentos que habían conseguido buscando una traducción del texto del rollo.

—No estoy seguro —Sinclair tenía sus dudas—. Hasta la fecha, ninguno de los arqueólogos que han perseguido ese tesoro lo ha hallado.

—Más a nuestro favor. Nosotros lo encontraremos todo. —El director hablaba con un exceso de confianza que le tenía desconcertado mientras continuaba rebuscando entre los papeles.

Sinclair pensó que mostrarle un camino para obtener dinero era la única forma de lograr que sus pupilas grises brillaran. Nunca le había visto manifestar una emoción tan prolongada. En realidad, casi nunca le había visto mostrar ninguna.

—¿Y tú crees que lo localizaremos? —le preguntó Samuel con un tono cargado de ironía. En el fondo deseaba que sus ojos dejaran de chispear—. Dime, ¿sabes dónde queda, más o menos, no hace falta que seas muy preciso —ironizó mientras leía una parte de la traducción al azar—, «el hoyo de sal bajo los escalones»?

Martin le miró sin entender nada y él prosiguió.

—¿Y «la esquina norte de la charca al este de Kohlit»?

—No sabía que hubiera una charca al este —le interpeló pensando que Samuel bromeaba.

—Lo que quiero decir es que va a ser muy complejo comprender este mapa del tesoro. Ninguna indicación te dice: «Ve al Santo Sepulcro y mira debajo del altar ortodoxo». Más bien son notas del tipo: «Dentro del armario de la habitación 200 del hotel X». Y bien, nos preguntamos, ¿qué hotel? Y aun sabiendo a cuál se refiere, ¿dónde estará dos mil años después?, ¿qué habrá sido del armario? Martin —el *professor* le miró a los ojos, que habían perdido gran parte de su brillo—, uno de los primeros traductores del rollo llegó a emprender excavaciones clandestinas para encontrar el tesoro, pero no halló nada y ese hombre estaba muy preparado. —«Y nos hemos quedado sin Andrea», meditó, pero se guardó el pensamiento para sí mismo.

El director continuaba dándole vueltas a la traducción hasta que le devolvió la mirada a su jefe y se enfrentó a él.

—No sé dónde está el hoyo de sal ni la charca esa que dices, pero creo que podremos encontrar —leyó el texto traducido al inglés— «el sepulcro de Ben Rabbah III», y... —no ofreció ningún ejemplo más porque todos eran similares a los que había leído Samuel—. Entonces —concluyó precipitadamente—, podemos comenzar con Rabbah III.

—Ben Rabbah III —le corrigió—. *Ben* significa «hijo», *Ben Rabbah* es «el hijo de Rabbah».

—De acuerdo, buscaremos a su hijo. —A Martin le daba igual el padre que el hijo que un primo, lo único que deseaba era ponerse en marcha lo antes posible—. Los sepulcros están en los cementerios, ¿cuántos hay por esta zona?

—¿Cinco o seis? —le contestó Samuel secundando su plan a regañadientes.

Pero el director ya había levantado el auricular del teléfono y le estaba ordenando a su secretaria que buscara toda la documentación existente en los archivos del CSJ sobre antiguos cementerios en Jerusalén.

—En efecto, los esenios se consideraban los únicos judíos que cumplían el Pacto y seguían la Ley —afirmó el doctor Cohen.

Aquella frase cayó como un mazazo en el cerebro de Victor: «Cumplían el Pacto y seguían la Ley... Fueron las mismas palabras que usó el ganzebra en la Gruta del Bautista» y Said y él lo habían hablado la noche anterior. Ahora Elijah terminaba por confirmarlo. Ya no tenía ninguna duda de la conexión existente entre los mandeos y los esenios y de que su investigación iba por el buen camino.

Nunca se había encontrado ni una sola pieza del tesoro del Rollo de Cobre, a pesar de los intentos de todos los arqueólogos que habían dedicado a ello muchos años de su vida. Y no lo consiguieron porque no relacionaron a los mandeos con el rollo.

—Sin embargo, no creo que la tumba de Zadok se halle en Qumrán —las palabras de Elijah le devolvieron en cierto modo al presente—, llevaba demasiados siglos muerto cuando los esenios se asentaron allí.

—No importa —le espetó el joven, todavía no estaba concentrado en sus palabras—. ¿Hay algún enterramiento especial en sus cementerios?

El anciano no tuvo ninguna duda al responder.

—La T1000.

—La ¿qué?

—La tumba 1000, los arqueólogos la llamamos así —le aclaró—. Es la única que se encuentra dentro de un pequeño edificio y cuenta con la particularidad de estar orientada de este a oeste, en lugar de orientarse de norte a sur, como el resto. Ya he conseguido las licencias necesarias para excavar en ella.

—¿Y por qué no lo hace? —le preguntó alterado el joven. Aquella noticia sí que era realmente importante.

—Estamos pendientes de ultimar la excavación de aquí —razonó mientras señalaba un agujero en la pared de la roca delante de ellos —, solo nos restan unas pruebas con un radar de penetración terrestre.

—¿Han encontrado algo ya?

—Un pequeño recipiente de arcilla a unos cuarenta metros de la entrada —le dijo a Victor—, perteneciente al período asmoneo, de principios de nuestra era —le explicó—. No es gran cosa, pero se encontraba en perfecto estado. —Con las últimas palabras intentó justificar sus últimos quince años de trabajo.

El investigador esperaba que los frutos posteriores fueran más abundantes que los conseguidos hasta la fecha. Le había supuesto un duro camino llegar allí. Había conducido desde Jerusalén en dirección al Mar Muerto, hasta encontrar el valle de Hircania, en mitad del desierto de Judea. Tuvo que atravesar un campo de entrenamiento militar e internarse en el despoblado paisaje por un camino de polvo y tierra hasta un punto en que detuvo su vehículo y paró el motor. El resto del trayecto lo hizo a pie.

Atendiendo a las indicaciones que le había dado Elijah, siguió el estrecho cauce de un río seco, el Nahal Secaca, hasta que vio la antigua fortaleza asmonea en lo alto de la colina. El edificio, construido por Alejandro Janeo durante el siglo II antes de Cristo, fue usado por las tropas de Herodes el Grande, pero lo abandonaron en el año 70 y hacía muchos siglos que se estaba desmoronando.

Unos treinta metros bajo sus pies, en una de las paredes cortadas a pico del monte, se abría un agujero. El descenso no fue fácil, pero buscó un sendero estable entre la roca que se desmenuzaba y consiguió alcanzar el camino de acceso al yacimiento del doctor Cohen.

En realidad, Elijah estaba excavando al pie de la montaña, no en la propia fortaleza.

—Creo que este es un lugar adecuado para encontrar más piezas —afirmó el anciano convencido de que todo el tiempo empleado no había sido en vano. Le mostró un boquete en la roca—. En el Rollo de Cobre se menciona una fortaleza en el valle de Acor con una escalera que penetra en la montaña en dirección este. En ella escondieron un arca de dinero y lo más importante, intento hallar bajo las escaleras una copia en plata del Rollo de Cobre que, por sí solo, constituiría el mejor de los tesoros porque contiene la ubicación de cada uno de ellos con más detalle que el documento original.

—Pero este no es el valle de Acor —le interrumpió Victor.

—Actualmente, ningún valle de Judea lleva ese nombre. Hace tiempo que desapareció de la Historia. Sin embargo, si nos atenemos a las descripciones antiguas, la mayoría de los eruditos estamos de acuerdo en que es muy probable que este —describió un arco con su brazo—, el de Hircania, fuera el antiguo valle de Acor.

—Y la fortificación de la que habla el documento de cobre, ¿podría ser esa? —Señaló las ruinas que tenían por encima de ellos.

Luego releyó el pasaje al que hacía referencia el doctor Elijah. «En la fortaleza que está en el valle de Acor, cuarenta codos bajo los escalones que entran por el este, un arca de dinero y su contenido...»

Obtuvo una amplia sonrisa por respuesta que le decía que estaba seguro al noventa y nueve por ciento.

—No existe otra en toda la zona. Acompáñame —le dijo tomándole por el brazo y dirigiéndose hacia la entrada del agujero practicado en la pared de la roca. Mientras caminaban le contó una pequeña historia—. En los años sesenta del siglo pasado, John Marco Allegro, uno de los primeros estudiosos del rollo —le acotó a Victor—, buscó el tesoro y excavó en este emplazamiento. Descubrió aquí mismo dos extraños túneles que se internaban en la montaña, con escalones excavados en la piedra. —Le señaló el orificio por donde tendrían que meterse—. Las dificultades de la operación y las duras condiciones del trabajo le hicieron desistir al poco tiempo.

—¿Hasta ahora? —se adelantó el investigador.

—No —se rió Elijah—. Hasta el 2000. Tras más de cuarenta años, el doctor Oren Gutfeld decidió retomar las excavaciones.

—¿Conocía el trabajo de Allegro?

—Supongo que sí, pero su verdadera decisión procedió de una extraña visita —decidió referírsela a Victor—. Él mismo me contó que en el otoño del 99 un piloto comercial de Continental Airlines apareció por el Instituto de Arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalén y preguntó por Amihai Mazar, su jefe. El hombre, de unos cincuenta años, se presentó como Charles Robert Morgan y venía recomendado por Gus van Beek, un reconocido arqueólogo estadounidense. Mantuvieron una breve conversación y Bob, como todo el mundo llamaba al piloto, le confesó que podría llevar a cabo una importantísima excavación en el desierto de Judea si le escuchaba. Sin embargo, el hombre no quiso dar más explicaciones. Quizá deseando quitarse de encima a aquel pesado, Mazar le llevó al sótano del edificio, donde se encontraba el Laboratorio del Instituto, y le presentó a un joven Oren Gutfeld recién licenciado. Pretendía que se hiciera cargo de aquel piloto tan emocionado con los tesoros que aún quedaban por descubrir en Tierra Santa. —Elijah se detuvo un momento para tomar aire y después prosiguió—. Oren me dijo que toda la historia resultaba extraña. Bob le pareció una persona sensata y venía bien recomendado, pero no lograba comprender el misterio del que se rodeaba. Al final, el piloto le guió hasta el lugar en donde debería emprender sus excavaciones y Oren comprobó que existían serias posibilidades de encontrar algo. Estuvo trabajando aquí hasta hace un par de años, en que yo me hice cargo del yacimiento para proseguir su labor.

—No encontró nada, ¿verdad?

—¿El doctor Gutfeld o yo? —Victor le indicó con un gesto de la mano que su pregunta se refería a cualquiera de los dos—. Yo la olla de barro, Oren dos cámaras en la roca, pero ahora estoy realmente cerca de conseguirlo —le contestó con una gran seguridad en sus palabras—. Y después de hablar contigo sobre los mandeos ya no me queda ninguna duda. Quizá no sea aquí, pero lo lograré.

Elijah se atusó su ralo cabello y le precedió hasta la entrada de un túnel de difícil acceso. Deseaba que viera con sus propios ojos el resultado de su trabajo.

Sobre el suelo, a unos dos metros de altura, se abría una boca estrecha en la pared de la roca, apenas si cabía un cuerpo, aunque el doctor Cohen consiguió adentrarse en él. Los arqueólogos habían arreglado la entrada con una peana de escalones de cemento, pero de todas formas había que entrar arrastrándose. Una vez dentro, el anciano se incorporó y ayudó a Victor.

—Ten cuidado con el tubo —le dijo.

Se refería a una ingeniosa solución de su equipo para transportar aire limpio al interior del túnel. Con un aspirador de hojas, de los de jardín, y un largo tubo de aluminio conectado a él conseguían hacer respirable el interior.

El joven comprobó que los escalones interiores, tallados en la propia roca, habían sido despejados por los trabajadores, pero eran muy resbaladizos y poseían una gran pendiente, calculó que de treinta y tantos grados, más que suficiente para partirse la cabeza si

uno tropezaba. Se sujetó con fuerza a una cuerda que había adosada a la pared y siguió al anciano, que se movía con soltura hacia abajo.

—El túnel tiene más de cien metros —le explicó Elijah—, con una bifurcación cerca del final.

A pesar del invento del aspirador casero, de la cuerda de la pared y de la iluminación que habían colocado en el techo, el descenso era difícil y convenía andarse con cuidado.

—¿Las escaleras están orientadas al este? —le preguntó al doctor cuando pudo tomar aliento.

—Hacia el este —le respondió con una carcajada de satisfacción mientras continuaba descendiendo con pericia.

Ahora la inclinación del terreno debía de rondar los cincuenta grados, casi una caída en picado. Habían recorrido el ramal este de la galería y se habían adentrado medio centenar de metros en el corazón de la montaña cuando de pronto se detuvieron. Habían alcanzado el final de los escalones y del túnel.

—Como puedes ver —le dijo al joven señalando las paredes de roca—. Aquí termina todo. Parece no haber nada más —añadió con una sonrisa enigmática. Después saludó a dos operarios que manejaban algo parecido a un arco de hierro pintado de amarillo—. Es el radar de penetración terrestre —aclaró, y acto seguido preguntó a sus compañeros si habían tenido suerte.

Gracias al pesado artilugio podían examinar la roca que los circundaba con ondas de radio y averiguar si había huecos o cámaras. Aunque aún no habían hallado nada bajo las escaleras, que era donde se suponía que debía estar el arca con el dinero, sí habían podido delimitar con precisión un par de cámaras que pendían sobre sus cabezas, la mayor de casi veinte metros cuadrados.

—No es común encontrar huecos de este tamaño en la roca de por aquí, sus características geológicas lo hacen imposible —le aclaró a Victor—. Por eso suponemos que han sido excavadas por manos humanas. Ahora tratamos de encontrar un pasaje que conecte las escaleras con las cámaras. —Y antes de que pudiera añadir alguna cosa, prosiguió—: Aún no hemos tenido suerte.

Permanecieron un rato observando el trabajo de los dos hombres y luego retornaron a la entrada del túnel. Lograron alcanzar el exterior con ciertas dificultades y Victor agradeció alejarse del soplador de hojas; el ruido que hacía su motor, acrecentado por la resonancia de la galería, era ensordecedor. Dentro habían tenido que hablar a gritos y todavía sentía un zumbido sordo en los oídos.

—Es increíble el trabajo que habéis realizado aquí. Gracias por mostrármelo.

—Unas semanas más con el radar y habremos finalizado —le contestó el anciano—. Será tiempo más que suficiente para localizar una galería que conecte el túnel con las cámaras. Si no lo encontramos, dejaremos esta excavación para la campaña del próximo año y nos desplazaremos hasta Qumrán.

Victor tenía claro que las ruinas de ese viejo emplazamiento esenio podían conducirle hacia algunos de los tesoros que se describían en el Rollo de Cobre. Pero el monte Sión, donde habían

construido su barrio dentro de las murallas de Jerusalén, continuaba siendo también un lugar acertado. Tendría que hablar de todo lo que había dicho Elijah con Said, y con Andrea. Incluso, Said podría esperar, pero ella... —Sonrió.

Se despidió del arqueólogo agradeciendo el tiempo que le había dedicado y la ayuda que le había ofrecido.

—Vuelve si necesitas algo más —le indicó el anciano después de estrecharle la mano.

—Lo haré, cuente con ello.

El joven se alejó por el camino de polvo y grava y Elijah le vio ascender con brío la colina. Cuando alcanzó el vehículo, marcó en su móvil el número de Andrea y charló unos minutos con ella. Aprovechando la circunstancia de que tenía que contarle las novedades sobre la investigación, se citaron para comer.

Encendió el motor, introdujo la primera y giró el volante. La sonrisa de felicidad no se borró de su cara durante gran parte del trayecto de vuelta.

Un estallido sobresaltó a Said y le hizo levantar la vista del inventario. Observó el escaparate por encima de sus gafas y vio cómo Jamal tiraba otra piedra contra el cristal. Se había cambiado la camisa de rayas por una de cuadros tan llamativa o más que la anterior. No pasaba desapercibido con sus tonos amarillos.

Uno de los hijos de Said, que estaba colocando la nueva mercancía en los aparadores, salió corriendo hacia la puerta. Traspasó el umbral y estuvo a punto de alcanzar al árabe, pero una pareja se le cruzó en ese momento y tuvo que frenar en seco para no llevárselos por delante. Después esquivó a un anciano y echó a correr de nuevo.

La calle era comercial y a esas horas de la tarde estaba atestada de personas que iban y venían. Vio a Jamal girar por un callejón y le siguió todo lo rápido que pudo.

El anticuario llegó a tiempo de detener a otro de sus hijos, que había salido de la trastienda en cuanto oyó el alboroto, pero no alcanzó al tercero, que se escabulló y corrió tras su hermano.

—¿Qué ha pasado, papá? —Su hija pequeña, el «Lucero de sus Ojos» como le gustaba llamarla, apareció por la puerta de atrás.

—Nada, mi Lucero. Estate tranquila. Unos vándalos han lanzado piedras contra el escaparate —le dijo mientras le acariciaba el pelo.

La niña, de unos diez años, abrazó a su padre a la altura de su orondo estómago y se quedó allí, con la cabeza apretada junto a él temiendo que los hombres que habían destrozado el escaparate volvieran.

—¿Said? ¿Estáis bien? —preguntó Fátima entrando en la tienda. Había oído el estruendo desde la planta de arriba.

—Sí, mujer, estamos bien. Unos muchachos —le informó cuando ella vio el escaparate destrozado—. Ya sabes, unos ortodoxos de esos que no saben en qué gastar su tiempo —mintió.

No era la primera vez que los judíos ultraortodoxos se dedicaban a destrozar propiedades o bienes de los musulmanes que habitaban en Jerusalén, por eso a su esposa no le sorprendió su respuesta.

—¿Vas a llamar a la policía?

—¿Para qué? No harán nada. Avisaré al seguro, ellos por lo menos pagarán el escaparate. —Le dio un beso en la mejilla y una palmadita en la nalga—. ¿Y mis pastelillos de pistacho? Desde anoche no he probado ninguno —le preguntó cambiando de tema cuando ya se iba.

—¡Papá! —le sorprendió su Lucero—, estás tan gordo que ya casi no puedo abrazarte, no debes comer tanto.

—Estáis aliadas contra mí, las dos —lo dijo en alto para que su mujer pudiera oírle—, queréis matarme de hambre —se quejaba en tono de broma, y para reforzar su actuación, se tapó la cara con las manos como si fuera a llorar.

—Yo te los traigo, papá —se apiadó la niña cuando su madre ya había desaparecido—. Mamá los ha escondido en la alacena —le susurró.

—¡Qué buena es mi princesa! —La alzó por el aire y le besó la frente—. Anda, ve a por esos pastelillos y no te olvides de bañarlos con un poquito de miel.

La niña salió corriendo por las escaleras de atrás decidida a bajarle a su padre la bandeja entera de pasteles de pistacho.

Said la vio alejarse, ya sin miedo por los maleantes que habían destrozado el cristal, y se acercó hasta el escaparate para examinar los daños. Al inspeccionarlo de cerca comprobó que no tenía remedio, habría que cambiarlo entero. Esperaba que el seguro lo cubriera.

En ese momento volvían sus dos hijos y el anticuario dio gracias a Dios porque no les hubiera pasado nada.

—¿Estáis bien, muchachos?

Los chicos respondieron con un gesto afirmativo.

—Era él, ¿verdad? —Se referían al que le había maniatado en la Gruta del Bautista. Said se lo había contado, pero solo a los hombres de la familia—. ¿Mamá?

—A vuestra madre le he dicho que han sido unos vándalos.

El más joven palmeó la espalda de su padre en señal de apoyo y comenzó a ayudar a su hermano, que ya recogía los cristales del suelo.

—Tened cuidado —les aconsejó el anticuario.

En ese momento sonó el teléfono. Said se giró y lo descolgó.

—Me alegro de oírlos —exclamó con verdadero gozo en su voz olvidándose del incidente del escaparate.

Los sacerdotes mandeos aguardaban la salida de su avión y habían tenido la deferencia de llamarle para despedirse.

—Ha sido un placer conocerles —les decía Said—. Aunque las circunstancias no han sido las más adecuadas. Si vuelven por Jerusalén, avísenme y les enseñaré la ciudad.

Basaam le agradeció sus palabras y le prometió volver. Iba a añadir algo más, pero el ganzebra no dejaba de llamar su atención. Al final consiguió quitarle el móvil de las manos.

—Señor Said Alami, soy Zakaria.

—¿Cómo se encuentra, ganzebra? ¿Ha descansado bien? —le preguntó con la certeza de que el día anterior había sido muy ajetreado para el anciano.

—Bien, bien —repitió—, solo quería desearle suerte en su búsqueda y no se olvide, lo que busca lo encontrará «guardado en cobre por los que cumplieron el Pacto y siguieron la Ley».

Said se quedó mudo, el anciano le estaba recordando las palabras que ya les dijera a Victor y a él en la Gruta del Bautista. «¿Por qué desea que encontremos aquello que se esconde en el cobre? ¿Qué interés le mueve?»

Como si el mandeo pudiera leer sus pensamientos, respondió a sus silenciosas preguntas.

—Nosotros hemos regenerado el poder de las palabras, ahora pueden volver a mover montañas. —Si aquello era una explicación resultaba incomprensible para el pobre anticuario—. A ustedes les queda encontrar la forma de moverlas.

A los mandeos solo les correspondía renovar el *abagada* y lograr que las letras volvieran a poseer toda su magia, el resto del trabajo deberían hacerlo otros. Y habían elegido a Victor y a Said para que finalizaran su ritual. A ellos les competía encontrar lo que estaba «guardado en cobre».

El ganzebra tampoco comprendía el significado de esas palabras, las había dicho tal como se las transmitieron. Lo que sí percibía era el importante trabajo que tenían por delante aquellos dos hombres, debían conseguir mover las montañas.

Más allá de su valor económico, lo que estaba «guardado en cobre» podría lograr que la humanidad entera eligiese un camino distinto para continuar su andadura. De esa forma, con el nuevo poder de las palabras conseguiría hacerse el bien.

—El bien... —suspiró Said. Fue lo único que entendió de toda la conversación con Zakaria, pero había vuelto a la realidad y pensaba en su escaparate roto, no en el resto del mundo.

El restaurante era grande aunque resultaba acogedor. Andrea había reservado mesa junto a uno de sus ventanales y Victor veía pasar a los viandantes mientras la esperaba. Estaba nervioso y jugueteaba con los cubiertos de la mesa, su continuo movimiento no lograba deshacer el nudo que le apretaba la boca del estómago.

—Disculpa el retraso —escuchó de pronto.

Ante sus ojos se alzaba la figura delicada de la mujer, con los rizos desparramados sobre sus hombros y una blusa que dejaba entrever un escote amplio. Cuando se incorporó para besarla le envolvió el aroma de su perfume. Le habría gustado perderse entre sus bucles y no despertar nunca, pero se limitó a separar su silla de la mesa y a tartamudear lo hermosa que estaba. ¿Conseguiría algún día estar cerca de ella sin que le temblara todo el cuerpo?

Ya sentados, tomó con nerviosismo una de sus manos entre las suyas y le lanzó una cascada interminable de preguntas que demostraban preocupación por su salud y también constituía una

especie de disculpa por no haber pasado el resto de la noche con ella. Amén de intentar disimular su propio estado.

—¿Te duele el hombro?, ¿y las rodillas? ¿Has descansado bien?

Andrea rozó su mandíbula amoratada y sonrió con dulzura.

—Estoy bien. Tenía que solucionar algunos problemas, no fue culpa tuya. —Aludió al hecho de no contemplar juntos el amanecer.

Cuando Victor abandonó el hotel, la dejó envuelta en la calidez de las sábanas revueltas, pero no había sueño en sus ojos violetas. Estaba seguro de que habría dormido un par de horas, tres o cuatro a lo sumo. Unas mal disimuladas ojeras bajo sus pupilas se lo confirmaban.

—¿Los has resuelto? —se interesó.

—Creo que sí, pero los fantasmas me perseguirán mucho tiempo.

Ella le confió al hombre su relación con Samuel Sinclair y con Martin Crown. Obvió los temas más personales y las situaciones más delicadas, pero aun así le resumió una gran parte de su vida antes de que el camarero les sirviera los primeros platos.

—Lo siento. No es fácil descubrir que has sido engañado.

Ahora Victor comprendía la urgencia por solucionar sus problemas. Lo que Andrea estaba abandonando en el camino era al hombre que la había cuidado, protegido y educado casi toda su vida. El que le había tendido la mano en cada ocasión en que la había necesitado, el que la había ayudado a levantarse cuando tropezaba.

Para ella, descubrir que aquel apoyo no había sido sincero la vació en su interior. Ya dudaba de cualquier buena acción de Sinclair y no era justa, lo sabía. Pero había acumulado tanto rencor en su alma durante las últimas horas que tardaría años en superarlo. Sonrió, aunque fue una mueca triste.

Victor depositó sus cubiertos en el plato y acarició su mano en señal de apoyo. Fue una declaración en toda regla, sin palabras. Con una larga mirada le transmitió en aquel momento todo lo que deseaba decirle desde que se despertó por la mañana. «Si lo necesitas, yo te cuidaré; si tropiezas, te ayudaré a incorporarte; si...» Todos los *sis* para ella. Andrea había entrado en su corazón de forma silenciosa, casi a hurtadillas, pero ahora todo él le pertenecía. No había marcha atrás, tampoco lo deseaba. Aún no se había acostumbrado a llevarla dentro; sin embargo, resultaba una sensación placentera y agradable a la que no estaba dispuesto a renunciar. Hizo acopio de todo el valor de que disponía antes de volver a hablar.

—Creo que me estoy... —No pudo finalizar su frase. Le faltó la palabra *enamorado*, pero el camarero se acercó a escanciarles más vino y a retirar sus platos. La oración murió en sus labios.

Hacía escasos minutos que la secretaria rubia había abandonado el despacho de Martin depositando sobre su escritorio un fajo de dossieres sobre los cementerios de Jerusalén y el director no había perdido ni un instante en comenzar a hojearlos.

—Aquí tengo unos planos que pueden servirnos.

Desplegó sobre la mesa un mapa actual que abarcaba toda la zona de Jerusalén y gran parte de la orilla occidental del Mar Muerto.

—Creo que debemos limitarnos a esta área. —Marcó con el dedo una circunferencia sobre la Ciudad Vieja—. ¿Estás de acuerdo?

Samuel asintió con la cabeza y se inclinó sobre la mesa para tener un mejor ángulo de visión.

—Y elegir solo los cementerios más antiguos.

—Aquí hay uno indio de 1917, demasiado nuevo, queda descartado. Y este de la primera guerra mundial en el monte Scopus también.

—Este otro —Sinclair mostró un punto en el mapa— es el de los británicos.

—Fuera.

—Dos más, también modernos, no nos sirven —precisó.

—Tenemos el católico —señaló Martin—, en las faldas del monte Sión, al otro lado de la carretera; y el protestante, más arriba.

—Son antiguos, ¿no? —le preguntó el *professor*.

—Aquí dice... —se acercó al mapa—, que son del siglo XIX, demasiado nuevos —concluyó y añadió—: ¿Descartamos los musulmanes?

—Sí, con seguridad, Ben Rabbah no podía ser musulmán.

—Es cierto —puntualizó Martin—. Tiene que ser judío, hace dos mil años todavía no había camposantos cristianos y aún faltaban unos cuantos siglos para que Mahoma naciera.

«Eso lo sabe hasta un niño de párvulos —pensó Sinclair—, ¿acaso está intentando parecer un erudito con explicaciones como esa?»

—Entonces, nos olvidamos de los cementerios musulmanes —puntualizó el director.

El de Mamulla quedaba descartado también.

—Será mejor centrarnos únicamente en los judíos —propuso Samuel un poco saturado al comprobar la cantidad de camposantos que había en Jerusalén.

Fueron estudiando uno a uno los que les restaban, como el del monte Herzl o el del monte Hebrón, que discurría entre las murallas de la ciudad y el valle de Josafat. Incluso, Samuel recordaba haber leído no hacía mucho un artículo sobre un cementerio canaíta de cuatro mil años de antigüedad, pero se encontraba en el barrio de Bayit We-Gan, muy escorado al suroeste de la ciudad nueva.

—Demasiado lejos —comentó Martin.

Su compañero asintió totalmente de acuerdo con él.

Habían dejado para el final quizá el más importante de todos, el del monte de los Olivos, conscientes de que allí podrían encontrar la respuesta que buscaban. Más bien, la tumba que buscaban.

El cementerio del monte de los Olivos era uno de los mayores y más antiguos. Muchos judíos pedían ser enterrados en él porque según la tradición, en el valle de Josafat, situado entre el monte y la muralla de Jerusalén, comenzaría el Juicio Final, y deseaban ser los primeros en conseguir la redención de Dios.

Había sido utilizado como camposanto desde los tiempos bíblicos hasta hoy. En la actualidad, muchos judíos que vivían en el extranjero

manifestaban su deseo de ser incinerados para que sus cenizas fueran esparcidas por el monte. Sus familiares cruzaban los aeropuertos de Israel portando sus urnas y los servicios de seguridad estaban al tanto de que contenían las cenizas de sus seres queridos. Como no estaba prohibido introducir cenizas en Israel, al menos por el momento, los permitían pasar.

—¡Tiene más de ciento cincuenta mil tumbas! —se sorprendió Martin.

—No me preocupa su número. —Samuel meditaba sobre la guerra árabe israelí de 1948 y también sobre la del 67, cuando los jordanos utilizaron las lápidas del cementerio para construir carreteras y letrinas para su ejército, algunas de las usadas tenían más de mil años de antigüedad—. Me preocupa que la hayan robado. ¡Gracias a Dios que los israelíes recuperaron todas las que pudieron en la guerra de los Seis Días!

—¿La guerra? —El director no sabía lo que quería decir.

—Podemos buscar minuciosamente entre ciento cincuenta mil tumbas —le dijo—, pero si la lápida de Ben Rabbah ha sido robada o reutilizada a lo largo de la Historia para cualquier otro fin, ya podemos olvidarnos de ella. Incluso es posible que sobre su tumba haya otros enterramientos. No podemos obviar que el cementerio ha sido usado durante más de dos mil años, y ocupado, expoliado, saqueado... ¿Continúo?

—Mejor no. —Comenzaba a pensar que Samuel podría tener razón y que jamás encontrarían ni una sola pieza de oro de los esenios—. Lo intentaremos por el principio.

Lo dijo con un tono de voz tan serio, dando la sensación de que contaba con un método científico desconocido, que Samuel no pudo por menos que preguntar.

—¿Y cuál es ese *principio*?

—Llamar a mi contacto en el cementerio.

La comida estaba llegando a su fin, Andrea removía el azúcar de su café con desgana sabiendo que tras él vendría el adiós.

Le gustaba estar en compañía de aquel hombre atento y tierno. Sin embargo, sus maneras corteses no conseguían ocultar su gran fuerza interna. Debajo de aquel gatito se escondía un tigre. Había delicadeza en su manera de besarla, pero también firmeza y determinación. Tomaba su nuca con seguridad y la atraía hacia él suavemente. Le permitía el margen suficiente para decirle *no*, pero ella no quería negarse. Ella quería decir *sí*. Sonrió, en parte por sus pensamientos y en parte por lo que Victor le estaba contando.

—Me llamaste ardilla, ¿lo recuerdas?

Era cierto, parecía que había transcurrido una eternidad, pero solamente tres días separaban la primera vez que se vieron de la comida que estaban compartiendo.

—Te habías encaramado a la escalera mirando la inscripción en la tumba de Absalón como si en lugar de estar tallada en la piedra ocultara un almacén de piñones.

Los dos se rieron y a ella se le marcaron las diminutas pecas de los pómulos. «Como la primera vez», pensó el hombre, y se maravilló de la belleza de su rostro.

—Continúo siendo una ardilla... ¿o he mejorado en tu escalafón personal?

Aquella pregunta inocente sonrojó a Andrea pensando que acababa de ascenderle a la categoría de tigre apenas unos minutos antes.

El camarero se acercó a su mesa y aprovecharon para pedirle otro par de cafés deseando prolongar su cita el máximo tiempo posible. La conversación derivó hacia temas más profesionales y el joven le contó a qué se dedicaba y cómo se había metido en aquella investigación y por qué no estaba dispuesto a abandonar ahora.

—No lo sabía —reconoció ella—. No le conocí personalmente, pero su curriculum académico era de los mejores.

Se referían al doctor Isaac ben Shimon y Victor comprobó que sus palabras sonaron sinceras. Después le habló de su encuentro con Elijah y de sus presentimientos con respecto al Rollo de Cobre y Andrea estuvo de acuerdo con sus deducciones.

—¡Lo tenía delante y ni se me había ocurrido establecer esa relación!

—¿Por qué no? —repuso él—. Es más que probable que el descubrimiento que pretende hacer Sinclair no sea otro que el tesoro del Templo de Jerusalén. Los romanos apenas si se llevaron a la capital una mínima parte cuando lo saquearon.

—Sí, se ha especulado mucho sobre el destino final de toda esa riqueza —confirmó Andrea dolida porque Samuel no la hubiera hecho partícipe de esa idea.

—¿Y si el Rollo de Cobre se refiere a ella? Ninguna otra institución de la antigüedad podría acaparar las cantidades de oro y plata que se describen en el manuscrito.

—Únicamente el Templo judío —le confirmó la orientalista.

—En efecto, solo el tesoro del Templo podría alcanzar esas dimensiones.

—¿Y cómo consiguieron los judíos ocultarlo en medio de la situación de caos y guerra que imperaba en Jerusalén durante la guerra con Roma?

—Gracias a los mandeos y a los esenios.

Le explicó a Andrea su teoría y cómo Juan el Bautista era la clave que conectaba a las dos sectas gnósticas.

—¿Me quieres decir que Juan estuvo en contacto con los esenios antes de convertirse en profeta de los mandeos y que él pudo servir de nexo...?

El hombre asintió con la cabeza y la miró a los ojos. Tenía en muy alta estima su opinión profesional.

—¿... y que, con los fariseos y los saduceos en guerra, solo se podía recurrir a los esenios para ocultar las riquezas del Templo?

Victor repitió su gesto de asentimiento y finalizó la deducción.

—Lo más seguro en aquellos tiempos revueltos era acudir a los mandeos. Nadie se acordaría de ellos porque habían abandonado

Jerusalén a la muerte del Bautista, sobre el año 40, y se habían instalado en Harrán, en Siria. Sería fácil que pasaran desapercibidos y lograran ocultar la inmensa cantidad de oro y plata que los romanos no consiguieron encontrar.

La mujer aceptó, no sin reticencias, su explicación.

—¿Y los celotas?

Los celotas constituían la cuarta secta judía que vivía en Jerusalén a principios de nuestra era. Eran gentes violentas que no dudaban en echar mano de sus cuchillos para luchar por sus creencias.

—Debían de estar muy ocupados defendiendo la ciudad de los romanos, ¿no crees? —respondió—. Si funcionaban como brazo armado del judaísmo, sus componentes estarían controlados por el ejército romano y les sería difícil moverse con facilidad.

Ella le sonrió. Su deducción era excelente, hasta sintió una punzada de envidia por no haber sido capaz de obtener las mismas conclusiones por sí misma.

Afuera comenzaba a atardecer y las sombras se alargaban. Pronto vendría la oscuridad. Al abandonar el restaurante, Víctor la acompañó hasta su hotel caminando sin prisas. Durante el trayecto se amparó en la negrura incipiente de un rincón empedrado de la vieja Jerusalén y empujó a Andrea hacia la fachada de piedra de una casa abandonada. Apretó su cuerpo contra el de la mujer y la besó como no recordaba haberlo hecho nunca.

Las mismas sombras que ocultaban a los amantes también escondían otra presencia, menos amistosa. Abdul los observaba con una sonrisa torcida en sus labios. Había detenido el recitado de su rosario y las cuentas pendían inertes de su mano.

La noche había caído sobre Jerusalén cubriéndola de sombras y la luna apenas si conseguía iluminar todos los rincones de la ciudad. Más allá del círculo protector de sus murallas, un vehículo negro circulaba por la carretera de Jericó con intención de llegar al monte de los Olivos.

—Has estado bien —Martin felicitó a Jamal por el destrozo en la tienda de Said—. Espero que entiendan lo que hemos querido decirles.

El afortunado sonrió orgulloso y miró a su primo, que conducía el vehículo de la asociación.

—¿Has pensado algo con respecto a la chica? —le preguntó después el director a Samuel.

—Aún no. —Para él era difícil tomar una decisión sobre Andrea, a pesar de estar seguro de que ya no podrían contar con ella.

Acababa de confirmarlo Abdul, que los había estado vigilando y al que habían tenido que esperar en el aparcamiento. Cuando llegó les puso al día de las informaciones más recientes.

El sicario se había encargado de describirles, con todos los detalles que fue capaz de recordar, el encuentro entre la orientalista y Víctor en el restaurante. De la conversación no pudo referirles nada

porque estaba demasiado alejado para oírlos. Pero, para Sinclair, los datos que les había ofrecido habían sido más que suficientes.

Después de meditar unos instantes añadió, no sin cierta nostalgia en la voz:

—Todavía puede sernos útil.

Conocía sus debilidades y sabía que aún era posible utilizarla en su beneficio. Comenzaba a abandonarla a su suerte; sin embargo, aprovechando la situación, conjeturó que Victor y Andrea no abandonarían el hotel durante toda la noche y sin el investigador ¿haría algo Said? Su propia respuesta fue un no rotundo, así que decidió relevar de sus funciones de vigilancia a Jamal y a Abdul para que hicieran el trabajo duro que les esperaba. Nunca pensó que podía estar cometiendo un grave error.

El conductor miró por el retrovisor y redujo la marcha del vehículo. Habían llegado al cementerio del monte de los Olivos y salió de la carretera muy despacio para detenerse junto a unos árboles más allá del arcén, su follaje impediría que el automóvil pudiera ser visto desde la calzada.

—Seguidme, si todo está en orden, el guarda nos habrá dejado la verja abierta y se habrá ido a cenar —les comunicó Martin mientras desdoblaba un folio con una especie de plano y enfocaba su dibujo con la linterna—. Nuestro hombre me indicó un par de lugares donde creía que podríamos encontrar la tumba de Ben Rabbah. Me explicó que no recordaba ninguna con ese nombre que tuviese dos mil años, pero añadió que quedaban pocas lápidas tan antiguas.

Samuel se acercó al plano y lo contempló. Tenía dibujados unos garabatos sencillos que indicaban la planta del cementerio y dos perímetros delimitados. Supuso que serían las zonas que debían visitar.

Nunca antes había estado allí y le sorprendió el apiñamiento de las sepulturas hasta tal punto que se hacía difícil caminar entre ellas, con el obstáculo añadido de tener que manejar un bastón.

—Buenas noches —saludó Victor cuando cruzó el umbral de la tienda—. ¿Qué ha pasado? —preguntó al ver el escaparate.

Uno de los muchachos se colocó un dedo en la boca en señal de silencio y le hizo un gesto con la cabeza mirando a su padre.

—¿Qué ha pasado, Said? —inquirió en voz baja.

—Ha sido Jamal. No sé si pretendía asustarme o enfurecerme.

—Lo siento mucho —acertó a decir el joven.

—Acompáñame. —El anticuario empujó a Victor por la espalda—. Tengo que hablarte de los mandeos y luego me cuentas qué has averiguado esta mañana, a ver si mientras se me pasa el enfado.

Ascendieron las escaleras hasta su casa y se acomodaron en la azotea, como ya tenían por costumbre.

Fátima había acondicionado los sillones de mimbre con unos cojines mullidos, muy grandes, que acababan envolviendo las piernas y Victor lo agradeció, resultaban confortables.

—Supuse que vendrías a comer —inquirió el anticuario—. ¿Has estado toda la mañana en la biblioteca?

—Y con el doctor Cohen.

—¿Comiste con él?

Las mejillas del joven comenzaron a teñirse de un leve color púrpura que Said observó con rapidez.

—Ya entiendo... —Había segundas intenciones en su frase mientras esbozaba una gran sonrisa. Pero se contuvo y, en su lugar, añadió—: ¿Andrea se encontraba mejor?

El investigador asintió con una rápida inclinación de cabeza. Pretendía ocultar con ello su sonrojamiento.

—Bueno, bueno... ¿Ha sido igual de fructífera tu visita a la biblioteca?

Aunque había ironía en su pregunta, aquello suponía un respiro, y Víctor no se lo esperaba, así que lo aprovechó desviando la conversación mientras esparcía por la mesita del centro todos los volúmenes que había tomado prestados.

—*El tesoro del Rollo de Cobre, Las pequeñas grutas de Qumrán, El Rollo de Cobre 3Q15: una revisión, El disidente de los Rollos del Mar Muerto, El misterio del Rollo de Cobre de Qumrán, El Rollo de Cobre: texto y traducción.* —Said leía los títulos uno por uno—. Veo que son monotemáticos.

—¿Qué querías? ¿Un recetario sobre cocina japonesa?

Los dos se echaron a reír.

—¡Hombre! Un poco de creatividad no les vendría mal.

El anticuario tomó uno de los libros y lo hojeó.

—Ese es de los más recientes que se han publicado sobre el tema, me gusta la traducción que hace del Rollo de Cobre —le explicó Víctor.

—Mmm.

—Mmm ¿qué?

—Tengo en gran estima tu opinión profesional —le dijo Said aparentando seriedad—, ya lo sabes, pero aquí dice que el lenguaje del manuscrito es... te leo el texto —y leyó entre risas un párrafo del libro—, «su estilo es similar al hebreo misnáico o coloquial en su forma más temprana, correspondería a la parte más antigua del Talmud». Entiendo que eres todo un especialista en —tuvo que volver a leer el párrafo— «hebreo misnáico en su forma más temprana». ¿Me equivoco?

—Déjate de bromas —le respondió su amigo con una sonrisa—, he hecho esa afirmación porque el resto de los especialistas opina que su traducción está entre las mejores.

—De acuerdo, ¿y qué más has aprendido en la biblioteca?

Víctor le puso al día sobre los datos más relevantes del rollo en apenas cinco minutos. Luego le habló extensamente de su conversación con el doctor Cohen, que le parecía más reveladora e interesante; contándole incluso que Elijah pensaba que la relación que él había establecido con los mandeos había que tenerla muy en cuenta para ulteriores investigaciones.

—Hablando de los mandeos —le interrumpió Said—. Han llamado desde el aeropuerto para despedirse de nosotros. —Antes de que

Victor pudiera preguntar cómo se encontraban, su amigo continuó hablando—. Y me han recordado lo que nos dijeron en la Gruta del Bautista.

Ese comentario extrañó al joven, que frunció el entrecejo.

—¿Qué sentido tiene eso?

—No tengo ni idea, pero me preocupa más la interpretación de lo que mencionó después. —Había conseguido que el investigador fuera todo oídos—. Ahora tenemos que mover montañas.

—¿Qué?

—Montañas, montañas —repitió—. ¿No sabes lo que son las montañas? El ganzebra me dijo que si encontráramos lo que estaba guardado en cobre, tendríamos que mover montañas y el poder de las palabras conseguiría hacer el bien.

—Said —le dijo su amigo muy despacio a sabiendas de la prohibición musulmana sobre el alcohol—, ¿acaso tu mujer se ha negado a servirte más té y te ha dado por el vino?

—No estoy bebido, ni loco —se defendió—. Espera que recuerde las palabras exactas. —Hizo memoria durante unos segundos y luego le repitió a Victor la conversación lo mejor que la recordaba—. Y el anciano no bromeaba, estaba muy serio —añadió, y antes de que el joven pudiera alegar algo con cierto sentido común prosiguió—: El ganzebra parecía conocer muy bien la importancia de lo que decía, aunque no creo que comprendiese su significado.

Victor no entendió nada, pero se guardó las palabras para repetírselas a Andrea, quizá a ella pudieran sugerirle alguna cosa.

—Yo tampoco sé a qué pueden referirse. ¿Añadió algo más?

—No, luego nos despedimos y les deseé buen viaje. El hombre se quedó tranquilo sabiendo que le había escuchado. ¿Podrías preguntarle a tu novia?, ¿no es especialista en mandeos? —precisó.

Había un cierto sarcasmo en la pregunta cuando Said pronunció el término *novia*, pero el investigador decidió obviarlo, ya tendría tiempo más delante de explicarle a su amigo el tipo de relación que mantenían. Si lo hacía ahora, era posible que no consiguiera exponerle lo que había encontrado sobre el Rollo de Cobre y eso le corría más prisa.

Recogió uno de los volúmenes que había traído de la biblioteca, lo hojeó durante unos segundos y retomó la conversación anterior insistiendo en el problema de la traducción del manuscrito y de las localizaciones de los escondites.

—Si lees las doce columnas de texto, te percatas de que es imposible localizar cualquiera de los sitios que indican, resultan muy vagos y, además, son de hace dos mil años y la topografía del terreno y de los edificios ya no son los mismos.

Su amigo continuaba con una de las traducciones en sus manos y le dio la razón.

—«... en la cisterna bajo el muro del este, en una bóveda, una cueva vieja...» No creo que ninguno de estos lugares exista todavía.

—La única referencia que he encontrado con un nombre real, y que resulta clara de entender, está en la primera columna. Lee la línea cinco, por favor —le pidió.

—«En el sepulcro de Ben Rabbah III: cien lingotes de oro.» Esto está muy claro —le confirmó Said.

—Sin embargo, si tomamos la traducción de otro autor, un tal Allegro. —El joven se demoró unos segundos hasta que recogió el libro de la mesa y buscó la primera columna—. Aquí. —Señaló el pasaje con el dedo para que su amigo pudiera leerlo también—. «En el monumento sepulcral, en el tercer camino de piedras: ligeros lingotes de oro.» ¿Entiendes a lo que me refiero con preferir una traducción a otra?

—Parece que pertenecen a dos textos diferentes —opinó Said—. ¿Tan malo es este traductor?

Victor sonrió ante el comentario de su amigo y le ofreció una explicación lógica para una diferencia tan grande.

—He leído —y señaló uno de los volúmenes que descansaban sobre la mesa— que algunas letras son difíciles de descifrar por el deterioro de la lámina de cobre y que otras se parecen mucho entre sí, lo que da lugar a dudas. Además, parece ser que el copista era un metalúrgico que no sabía leer ni escribir.

—Entonces preferimos la traducción del primero, ¿no? —lo expresó como si ahora él también supiese leer el «hebreo misnáico en su forma más temprana».

Ambos estallaron en sonoras carcajadas.

—¿Sabes dónde está la tumba de Ben Rabbah? —le preguntó cuando dejaron de reírse.

—Si fuera un monumento público no solo lo sabría yo, sino todo Jerusalén. Pero no lo es —concluyó.

—Pensaba que, como tu familia lleva muchas generaciones viviendo aquí, quizá habrías oído hablar de *los* Rabbah —lo dijo como si estuviera en una barbacoa de fin de semana y preguntara por los Smith o por los Walter.

—No he oído hablar de ellos en toda mi vida.

—Entonces, recapitulemos —Victor utilizó un tono más serio—. ¿Qué tenemos?

—A Ben Rabbah III. No es gran cosa.

—No lo creas —le dijo—. Verás, utilizando la lógica se puede conseguir mucha información. La cifra «III» nos indica que es el tercero; o sea, que su abuelo comenzó algún tipo de linaje, con lo que no debían de pertenecer a una casta pobre o desheredada. Y si los esenios hablan de su tumba con familiaridad, es porque debía de ser conocida por todos los que vivieron en aquella época.

Said asintió con un gesto.

—Y era judío —prosiguió el investigador—, ya que hace dos milenios no existían ni cristianos ni musulmanes.

—De acuerdo, y tenía que llevar algunos años enterrado para cuando se escribió el rollo, porque mencionan la ubicación de su sepulcro como si fuera de dominio público. Con lo cual —dedujo— buscamos un lugar de enterramiento con unos dos mil años.

—¿El monte de los Olivos? —sugirió el joven.

—Sí, es el único cementerio que aún existe y que era utilizado en aquella época. Pero no es muy probable que logremos encontrar en él una tumba de hace dos mil años.

—Demasiado antigua —se desilusionó el investigador—. Hasta es posible que ya no exista. —Pero otra idea comenzaba a abrirse paso entre la maraña de sus pensamientos—. ¿Crees que Ben Rabbah podría ser esenio? —le preguntó a Said.

—Podría.

—Entonces, si lo era —argumentó Victor—, y dado que hemos deducido que pertenecía a una familia importante, ¿sería descabellado pensar que en el antiguo barrio esenio podríamos encontrar alguna pista sobre él? —planteó la pregunta con mucha cautela.

—¿Quieres que volvamos al monte Sión? —Ante su gesto afirmativo, Said se echó las manos a la cabeza.

—El doctor Cohen me ha confirmado que no deberíamos descartar esa posibilidad —se justificó.

También le había comentado al joven que era más probable hallar algo en Qumrán que en el monte Sión, pero eso no se lo dijo a su amigo.

Llevaban media hora caminando entre las viejas lápidas mirando sus inscripciones en hebreo y todavía no habían encontrado nada.

Sinclair había decidido que se separaran en dos grupos y así lograrían estudiar la zona en el menor tiempo posible. Para facilitar las cosas habían impreso el nombre de Ben Rabbah III en los caracteres originales del Rollo de Cobre y en hebreo antiguo porque, aunque lo tuvieran delante, no serían capaces de reconocerlo al estar escrito en una grafía diferente.

Martin y Jamal buscaban tres filas más abajo que el otro equipo, situados en una cresta en pendiente que podía ser peligrosa si no tenían cuidado de mirar dónde pisaban. Todas las tumbas estaban distribuidas ocupando por completo la superficie de la colina, sin apenas espacios entre ellas y, cuando los había, estaban cubiertos de escombros o restos de viejas sepulturas. Algunas se encontraban apoyadas directamente sobre la tierra, o encima de piedrecillas del tamaño de cantos rodados; a veces, incluso, mucho más pequeñas. No podían fiarse de las lápidas ni para pisarlas, corrían el riesgo de salir disparados colina abajo como si estuvieran esquiando sobre un trineo de piedra.

Habían descartado todos aquellos sepulcros que parecían recientes y solo comprobaban los que estaban tan erosionados por el tiempo que resultaba casi imposible descifrar su inscripción. Algunas familias habían construido nichos nuevos con losas perfectamente pulidas y ensambladas entre sí y habían mantenido intacta la vieja lápida, que presentaba los bordes desgastados y su superficie porosa tan erosionada que parecía una piedra del campo. Esas también las comprobaban, pero Martin creía que era perder el tiempo.

—¿Cuántas tumbas hay? —le preguntó Jamal al cabo de un rato en silencio.

—Unas ciento cincuenta mil.

El otro resopló.

—¿Y tenemos que verlas todas esta noche?

—Esto se está convirtiendo en una mala costumbre —le susurró Said temiendo que alguien los oyera—. Mi esposa va a pensar que tengo otra mujer.

—Creo que si supiese lo que estamos haciendo, lo preferiría.

Su amigo asintió.

—No te quepa la más mínima duda.

Habían vuelto al monte Sión, como el día anterior, pero en esta ocasión no habían podido cenar. Said había tenido que conformarse con unos sándwiches rápidos que les había preparado Fátima.

No esperaban toparse con una enorme cruz roja en el lugar donde se encontraban los lingotes de oro, pero, de haber ocurrido, habría sido una ayuda inestimable en su investigación. A Victor le bastaba con una simple inscripción o algo semejante.

—Supongo que deberíamos revisar los baños y las cisternas. Ayer ni nos acercamos a verlos —sugirió—. Y varias de las acotaciones del rollo los mencionan.

Se habían llevado una fotocopia del texto completo con ellos, quizá una vez in situ pudiera sugerirles alguna dirección que seguir. También habían copiado a escala el plano que Victor solicitó en la biblioteca, les sería muy útil para guiarse entre las ruinas.

Volvieron a arrastrarse bajo el mismo perímetro de valla mal asentada y comenzaron a caminar, en esta ocasión hacia su derecha. Buscaban los baños rituales, si no lograban encontrar alguna referencia a Ben Rabbah en ellos, al menos podrían probar suerte con las indicaciones sobre baños y cisternas.

De las dos piscinas comunitarias que servían para la purificación de los esenios, una quedaba dentro del jardín del Seminario Griego Ortodoxo, estaba restaurada y habían construido a su alrededor un pequeño edificio para protegerla. También contaba con una verja en la entrada y con rejas en los laterales. La otra había sido desenterrada por los arqueólogos, pero se encontraba al aire libre y, aunque distaba pocos metros de la primera, era más accesible. Así que decidieron comenzar por ella.

—Creo que es aquí —dijo Victor señalando el terreno que tenía por delante mientras probaba a ubicar en el plano lo que veía en la realidad.

A la débil luz de la linterna no lograban distinguir nada más que piedras blanquecinas por todos los lados. Algunas todavía conservaban parte de su forma original, pero otras parecían peñascos. El mapa que había traído le resultaba más comprensible.

—¿Ves algo que parezca un baño ritual? —le preguntó Said.

Casi todos ellos contaban con los mismos elementos, y lo primero que buscaron fue lo más significativo: algo similar a una escalera de

bajada. El investigador realizó lo que él denominaba un «barrido luminoso» que consistía, en esencia, en describir un arco de trescientos sesenta grados con la linterna. Así evitaba pasar por alto los ángulos muertos y escrutaba cada rincón a su alrededor.

—Mira allí, eso parece una arcada.

Unos metros más adelante vieron un arco perfectamente conservado con todos los sillares donde los habían colocado sus constructores originales. Sus paredes aún se mantenían en pie y, al acercarse, descubrieron otro más pequeño, a su izquierda.

Said se asomó por la boca del menor y negó con la cabeza.

—Creo que se trata de un desagüe o algo parecido. Tiene forma circular.

Se dirigieron al más amplio. Tuvieron cuidado de no tropezar con una enorme piedra que había en su entrada y enfocaron las linternas hacia el interior. Era un arco de piedra que recordaba a una cueva y tenía una fila de peldaños que descendían hacia el fondo. Se encontraban desgastados y los bajaron con cautela porque era fácil perder pie y caer rodando.

—¿Y ahora? —preguntó Said en un susurro cuando alcanzaron el fondo.

Estaba seguro de que si alzaba la voz, las paredes de piedra le devolverían el sonido amplificado y el monasterio griego quedaba muy cerca.

—Aguarda. —Victor examinó la primera columna del Rollo de Cobre y comenzó a leerlo, pero se detuvo. La acotación sobre Ben Rabbah no ofrecía ninguna indicación, solo señalaba que en su tumba había cien lingotes de oro y, desde luego, no tenía la esperanza de encontrar su sepulcro en un baño ritual—. Primero examinaremos las paredes interiores, el suelo y el techo en busca de algún adoquín con marcas que lo diferencien del resto. ¿Te parece?

Su amigo asintió y cada uno por un lado comenzaron a estudiar, una a una, todas las piedras que tapizaban el interior del baño. Cuando finalizó su tarea, Said se dirigió a Victor.

—Nada, todos estos adoquines son normales.

—¿Has examinado la línea del agua?

El investigador se refería a la marca que deja el agua en una pared cuando permanece un tiempo retenida.

—Incluso la he raspado un poco —le contestó—. Pero no he visto nada que me parezca diferente. ¿Y tú? —le preguntó a su vez.

—Nada —le respondió con desilusión en la voz—. Miremos a ver qué dice el rollo cuando describe los tesoros escondidos en las cisternas y en las piscinas.

Victor depositó la linterna sobre uno de los escalones y dirigió su luz hacia el texto mientras lo examinaba.

—Mmm, aquí nada. —Pasó una página y leyó para sí la siguiente, también la pasó. Realizó el mismo gesto varias veces más.

Su amigo carraspeó impaciente.

—A ver si lo adivino —volvía a utilizar un tono cómico—. Los papeles no dicen nada, te apetecía dar un paseo nocturno y no sabías cómo decírmelo.

El joven sonrió, pero estaba demasiado concentrado para seguirle la broma.

—He encontrado unos sesenta y cinco lingotes de oro en una cámara de lavado, en la tercera repisa; y seis jarras de plata en el saliente del risco de una cisterna.

—En la piscina que acabamos de examinar no hay salientes.

—El saliente está en la cisterna —le replicó su compañero—. Lo de la piscina es la repisa, porque una cámara de lavado debe de ser lo mismo que una piscina, ¿no? —fue una pregunta para sí mismo—. Hay que buscar en el tercer estante —añadió como si aquello fuera la cosa más fácil del mundo.

—Pues repisas... tampoco vi ninguna. Podemos echar un vistazo en la otra, la que está en el jardín de los griegos. —Victor le miró intrigado, esa misma mañana Said se hubiera negado en redondo a entrar en un terreno privado sin el permiso de sus dueños—. Al fin y al cabo —prosiguió el anticuario—, ¿qué nos puede pasar?, ¿que nos echen a patadas? Antes eso que volver a arrastrarme bajo la valla con las manos vacías.

—Entonces, vamos a buscar esa tercera repisa y sus sesenta y cinco lingotes de oro.

Victor tenía una corazonada.

Abdul no se había atrevido a gritar para avisarlos y le costó más de diez minutos llegar hasta donde se encontraban Martin y Jamal. A medida que habían ido explorando las lápidas, los dos grupos se habían distanciando cada vez más.

—Venid, creo que hemos encontrado algo —dijo cuando los alcanzó.

Tenía los bajos de su hermosa chilaba cubiertos de polvo amarillento. En realidad, una pequeña brisa levantaba partículas de arena cada cierto tiempo y todos estaban comenzando a masticarlas.

—Allí, en la zona más vieja hemos descubierto algo —les explicó—. No estamos seguros, pero necesito ayuda para retirar la losa.

Los dos hombres le acompañaron en silencio cuidando de no tropezar con las piedras esparcidas a trechos irregulares por el suelo.

Cuando alcanzaron la zona, Samuel estaba comparando por enésima vez el texto que habían impreso con la inscripción de la lápida. Comprobaba cada signo varias veces temiendo haberse equivocado.

—Está muy erosionada —observó Martin cuando llegó a la tumba.

Los cuatro hombres se arremolinaron en torno a ella observándola en silencio. Apenas conservaba la forma rectangular que tuvo cuando fue tallada y había perdido toda la parte inferior, parecía cortada o rota. El *professor* supuso que la habrían aprovechado para cubrir otro sepulcro. Pero, fragmentada y todo, constituía una mole de piedra de casi dos metros de largo por algo más de medio metro de ancho, con unos veinte centímetros de grosor. Abdul no quería ni calcular su peso. Sabía que les tocaría moverla a su primo y a él, y se adelantó antes de recibir las órdenes de su jefe.

—Jamal —dijo rompiendo el silencio—, colócate a ese lado.

Él se situó enfrente dejando entre ambos una de las esquinas de la lápida. Había pensado que lo mejor sería levantar uno de sus ángulos de piedra y luego arrastrarlo. Le dio el pico a su primo y él utilizó la pala. Usaron las herramientas como palancas, disponiéndolas bajo la piedra y ejerciendo presión hacia abajo con los mástiles.

Jamal consiguió introducir el pico entre la roca y la tierra, pero Abdul lo tenía más difícil con la pala. Necesitaba unos centímetros de separación para poder encajarla.

—Empuja fuerte —le dijo a su primo.

Ahora le tocaría levantar todo el peso a él solo.

El otro volcó su cuerpo sobre la empuñadura del pico y consiguió elevar la piedra unos milímetros. Abdul aprovechó el momento y encajó la pala dando gracias de que fuera un modelo plano y no uno curvo. La idea inicial suponía que tenían que girar la losa sobre su base y ya podrían contemplar su interior. Pero esa idea inicial no era válida, la lápida no se apoyaba sobre un nicho de piedra como otras, estaba encajada en el suelo.

El de la chilaba blanca echó un vistazo a su alrededor y comprobó que casi todos los sepulcros de esa zona estaban en las mismas condiciones: además de irreconocibles, empotrados en la tierra.

—¿Y ahora? —preguntó su primo.

—Podemos recoger losas pequeñas y ponerlas debajo a medida que levantáis la piedra —sugirió el director.

¿Había observado Martin el grosor de las más estrechas? Tendrían diez centímetros. ¿Cómo creía que iban a conseguir levantar la lápida del suelo esa distancia?, pensó Abdul.

Si las circunstancias hubieran sido otras, se habría reído a grandes carcajadas, pero estaba empujando todo su peso contra el mástil de la pala y no le quedaban fuerzas ni para respirar. Cuando ya no pudo más, la soltó. A los tres segundos, su primo le imitó.

—Reconozco que sería imposible mover las losas que dice Martin, pero —Samuel extendió el brazo por delante de él señalando las que había a su alrededor— ¿qué os parece si utilizamos esas otras? —Les indicó unas piedras pequeñas—. Rebuscando podríamos encontrar algunas de dos o tres kilos. Eligiendo las más planas conseguiríamos poner en práctica su sugerencia.

—Intentémoslo —dijo Abdul secundando su idea.

Él y su primo se separaron y comenzaron la búsqueda. Martin prefirió ascender la colina y hasta el *professor* se dignó colaborar. Apoyó su bastón contra una lápida lateral, algo más elevada que la que estaban intentando mover, y comenzó a mirar a su alrededor.

Al cabo de media hora habían acumulado en torno al supuesto sepulcro de Ben Rabbah una cantidad suficiente de pequeñas piedras casi todas planas. Jamal cogió el pico de nuevo y lo introdujo bajo la losa. Cuando estuvo preparado tomó todo el aire que cabía en sus pulmones y se echó hacia delante. Abdul volvió a colocar la pala y, en un acto que pareció casi milagroso, Martin puso la primera piedra entre el suelo y la lápida.

Los dos primos podían respirar de nuevo, ahora el peso entero de la losa descansaba sobre una piedra de dos kilos. Samuel enfocó el haz de luz de la linterna por el hueco que habían abierto, pero era demasiado estrecho todavía para poder ver algo. Sin embargo, les invadió un olor desagradable que procedía del interior.

—Otro intento —les dijo el director, que ya tenía una nueva piedra en la mano.

Al cabo de seis, o quizá siete, de esos intentos habían conseguido levantar la lápida casi treinta centímetros. Ahora Samuel podía introducir el brazo con la linterna y alumbrar lo que fuera que había allí abajo, pero el hueco resultaba insuficiente todavía para que un hombre pudiera deslizarse en su interior.

Abdul calculó que, si entre su primo, Martin y él levantaban la losa por uno de sus lados más estrechos, podrían alzarla lo suficiente para que Samuel encajara, entre ella y el suelo, la pala y el pico en posición vertical. Sería apoyo más que suficiente para que les diera tiempo a cambiar la posición de sus manos y empujar la lápida hacia arriba hasta volcarla.

A los demás les pareció una buena solución y decidieron ponerla en práctica. Cuando el *professor* estuvo preparado contaron hasta tres y levantaron la piedra. Al alcanzar la distancia necesaria, Samuel encajó el pico, pero la pala tenía el mástil más alto.

—Aguantad —les dijo mientras intentaba ajustar la herramienta un poco inclinada—. ¡Ya está! —exclamó al conseguirlo.

Uno a uno fueron cambiando la posición de sus manos mientras los instrumentos soportaban bien la presión.

—Preparados —les indicó Abdul—. ¡Ahora!

Empujaron la losa hacia arriba, al principio con dificultad, pero, a medida que la separaban del suelo, su peso iba siendo menor hasta que consiguieron levantarla del todo. Tomaron aire de nuevo y la empujaron hacia atrás. La lápida cayó sobre la que tenía a su espalda emitiendo un fuerte sonido que debió de oírse en todo el monte de los Olivos. Aun así, el guarda no pudo escucharlo, esa noche había cobrado para quedarse ciego y sordo.

Antes de poder comprobar la corazonada de Victor y adentrarse en la piscina ritual que quedaba en territorio ortodoxo, tenían que forzar un candado y abrir unas puertas enrejadas con aspecto de chirriar demasiado. Pero el joven no se amilanó, ya eran ilegales, acababan de saltar el muro de un precioso jardín privado cuya propiedad pertenecía a un monasterio griego y no les iba a acobardar el hecho de hacer lo mismo con la pequeña edificación protectora que habían construido alrededor del baño comunal.

Se asomó a la parte superior del gran portalón de entrada y pudo ver las escaleras de piedra. Le pareció que el fondo contenía agua, pero estaba demasiado oscuro para poder asegurarlo. Habían apagado las linternas para no ser descubiertos y la luz de la luna no alcanzaba a iluminar el interior de todo el edificio.

Victor extrajo con decisión su navaja multiusos, que tan bien le había servido en el pasado, y seleccionó la ganzúa de entre sus múltiples aplicaciones.

Al verle, Said le avisó.

—Los griegos están durmiendo ahí al lado —fue solo un susurro.

El edificio del monasterio asomaba su última planta por encima de las copas de los árboles como una mole amenazante repleta de monjes y seminaristas que dormían con placidez.

—No tengo la más mínima intención de despertarlos —le contestó Victor en un tono apenas audible.

Manejó con soltura la ganzúa y en pocos minutos había abierto el candado sin forzarlo. Su amigo le ayudó para que los eslabones de la cadena no sonaran al chocar entre sí y la depositaron con cuidado en el suelo. Todavía quedaba la cerradura. Mientras el investigador la manipulaba, Said escrutó la figura del monasterio en busca de alguna luz encendida, o de algún sonido que les indicara que debían extremar las precauciones. Pero todo estaba en calma, supuso que los monjes se acostaban muy pronto porque debían de levantarse demasiado temprano para realizar sus primeras oraciones del día, aunque no tenía ni idea de a qué hora podía ser eso.

—Ya está —le comunicó Victor cuando finalizó su trabajo.

Su amigo se apresuró a acercarse a él para ayudarle con las puertas.

—Me temo que chirriarán. —Said no se había equivocado.

En cuanto bajaron el picaporte e intentaron abrirla, rechinó provocando un ruido de mil demonios que habría despertado incluso al monje más sordo.

—De golpe —propuso Victor.

—¿De golpe? Nos van a oír.

El otro asintió.

—Un único chirrido grande podría despertarlos, pero si no oyen ningún otro sonido, volverán a dormirse.

Said estuvo de acuerdo con su lógica y esperaba que no se equivocara, no tenía muchas ganas de salir huyendo a la carrera delante de un grupo de monjes enfurecidos.

—A la de tres —le avisó—. Una, dos y itres!

Empujaron la puerta medio metro de una sola vez. El sonido se expandió por la colina y algunos perros ladraron molestos, pero sonaban lejanos. En el monasterio no se encendió ninguna lámpara, signo inequívoco de que la aventura habría terminado. Cuando todo quedó en silencio de nuevo entraron en el baño comunal.

Se trataba de una sala espaciosa y amplia. Al igual que el resto de los grandes baños rituales, constaba de una fila de escalones que descendían hasta un pozo cubierto de agua que, en esta ocasión, estaba lleno. La piscina era de uso común y sus dimensiones, superiores a las familiares; contaba con dos escaleras, una de subida y otra de bajada separadas por un repecho de piedra para diferenciar a los que ascendían, ya purificados por el agua, de los que descendían todavía impuros.

Los arqueólogos la habían restaurado y algunas paredes y el techo mostraban un enyesado nuevo y reluciente; sin embargo, la zona que correspondía a los escalones y al pozo eran las originales, la piedra estaba erosionada y mostraba grandes manchas de humedad. El moho se había asentado en ella y cubría las superficies cercanas al agua.

Los dos hombres se dividieron la piscina, encendieron sus linternas, y cada uno comenzó a examinar su tramo de escaleras.

El trabajo fue lento y meticuloso. Revisaban las piedras una a una y escudriñaban entre sus recovecos a la caza de algo que pudieran haber pasado por alto los arqueólogos. En un par de ocasiones, Said estuvo a punto de avisar a su amigo, creía haber visto unas marcas muy difuminadas en la piedra, pero en ambas ocasiones fueron solo sombras producidas por la deficiente luminosidad de la linterna.

El avance del investigador era más rápido que el de su amigo y ya había alcanzado el nivel del agua. Se descalzó y se recogió los pantalones hasta la rodilla para introducirse en el líquido sofocando una exclamación de sorpresa, estaba helada. Cuando se aclimató al frío comenzó a observar la línea blanca que separaba la roca seca de la mojada, raspó un poco, pero no encontró nada relevante.

Los escalones continuaban descendiendo bajo el agua y Victor no quería dejar nada al azar, así que volvió a un lugar seco y se deshizo de la cazadora y de la camisa.

—¿Te vas a bañar? —le preguntó su amigo en voz baja con una mirada de extrañeza—. Estará fría.

El investigador le mostró una sonrisa de compromiso y le señaló sus piernas mojadas. De hecho, estaba congelada.

—Quiero comprobar el fondo.

—¿Crees que vas a encontrar las tres repisas ahí? —le contestó señalando la zona más profunda de la piscina.

Pero el joven se había detenido con el pantalón medio desabrochado y observaba el muro de piedra que quedaba a espaldas de su amigo. Al verle inmóvil, Said se extrañó y enfocó su rostro con la linterna.

—¡Esa luz! —se quejó sacudiendo el brazo delante de él como si al hacerlo pudiera apartarla.

—¿Qué miras? —le susurró el anticuario.

Victor ya había saltado sobre el muro que separaba las dos escaleras y estaba a su lado.

—Eso. —Tocó con la mano una franja de la pared.

Se necesitaba la suficiente perspectiva para poder apreciarlo, a la distancia que se encontraba su amigo hubiera sido imposible detectarlo, pero cuando el joven lo señaló se hizo evidente.

—Es distinta —murmuró Said.

Parecía una especie de cenefa inserta entre dos losas de la pared y Victor repitió lo que le había visto hacer al doctor Ben Shimon tantas veces. Cerró los ojos y comenzó a acariciar la roca para grabar su tacto en el cerebro. Después posó su mano un palmo más arriba y recorrió con ella una línea paralela a la inferior, con paciencia, hasta que sus dedos tuvieron de nuevo la misma sensación áspera y

rugosa. La piedra que la rodeaba era más suave, estaba más desgastada por el roce. Pero donde tenía la mano no había desgaste y fue una deducción larga y lenta. No podía creer en las conclusiones, pero tuvo que aceptar la evidencia.

—Tenemos sesenta y cinco lingotes de oro —le susurró a Said.

—¿Dónde? —fue la pregunta inmediata.

El joven sonrió y tomó su mano para que pudiera sentir la diferencia entre la rugosidad de una zona y la suavidad de la otra.

—Aquí —le dijo colocando sus dedos en una de las franjas ásperas — y también aquí. ¿Sientes las losas superiores e inferiores más suaves? —Su amigo afirmó con la cabeza—. Creo que en estos dos sitios había un par de salientes y los cortaron para alisar toda la pared. Podrían ser las repisas que buscamos. Si hubiera estado lisa desde siempre, toda la superficie tendría el mismo tacto. —Miró al anticuario para ver si le había comprendido y, cuando estuvo seguro, pronunció en voz alta su conclusión—. Los lingotes están ahí detrás.

A Said comenzaron a temblarle las piernas, no podía creer que hubieran encontrado uno de los tesoros. Metió los dedos entre las juntas de las baldosas e intentó tirar de ellas, pero no se movieron ni un centímetro.

—Espera, el texto dice que están en la tercera repisa. Si contamos de abajo hacia arriba debe de ser aquí. —Acarició una parte de la piedra hasta que percibió de nuevo la rugosidad. Volvió a usar su navaja para retirar los restos de material acumulado entre las piedras y delimitó toda la zona que debía extraer. Cuando finalizó, insertó la punta en las juntas y logró hacer palanca. Poco a poco la losa comenzaba a ceder hasta que se desprendió y pudo extraerla. Era más profunda de lo que había supuesto. Said le ayudó a retirarla y entre los dos la depositaron en el suelo. Sin poder esperar, Victor introdujo la mano en el hueco, tenía los nervios a flor de piel.

La primera sensación que tuvo fue de humedad, el agua de la piscina se había filtrado entre la roca. La segunda casi le hizo saltar de alegría, el fondo de la abertura se ensanchaba formando un hueco más grande que se ampliaba hacia todos los lados.

—Hay un agujero enorme aquí dentro —le indicó a Said, que se movía de un lado a otro presa de un gran nerviosismo.

El joven introdujo el brazo entero y tanteó el lugar. Pasó la mano por las paredes del nicho y también palpó su techo. Al llegar a su base sintió una textura diferente, como si la piedra se hubiera reblandecido. Recogió una porción de la masa inconsistente y sacó el brazo para poder verlo.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Said con cara de asco.

El otro enfocó la linterna hacia sus dedos.

—Parece cuero podrido. Huele que apesta.

Victor volvió a introducir su brazo en el hueco y recorrió de nuevo el interior. Tomó otro puñado de la sustancia blanda y se la mostró a su amigo.

—No hay nada más —le dijo casi al borde de la frustración.

—Tiene que haberlo. Eso es cuero —afirmó Said—. Con el cuero se protegen los lingotes de oro.

Había seguridad en sus palabras. Si hay cuero, hay oro, como si el cuero no tuviera otro fin que envolver tesoros. Apartó a Victor e introdujo su propio brazo para extraer uno de los lingotes, pero cuando lo extrajo tenía enredada entre los dedos una masa viscosa. La sacudió en el aire para desprenderla y el movimiento le hizo perder el equilibrio. Se escurrió y patinó sobre la capa de musgo resbaladizo que tenía bajo los pies. Para evitar la caída agarró el brazo de su amigo y tiró de él, pero Victor era menos pesado y no pudo sujetarle. Ambos describieron un arco corto y cayeron al agua.

—¡No sé nadar! —gritó Said entre ahogos chapoteando en la piscina—. ¡Me ahogo! ¡No sé nadar!

Victor se había puesto en pie, el líquido le llegaba un poco más arriba de la cintura y no podía parar de reír. Tiró de uno de sus brazos hacia arriba hasta que el hombre hizo pie y comenzó a reírse con su amigo del miedo que había pasado.

Unos perros lejanos ladraron quejosos ante tanto alboroto nocturno. En el monasterio se encendieron algunas lámparas y un monje se asomó por una ventana.

—¡Hay luz en la piscina! —gritó—. ¡Han entrado ladrones!

Los dos amigos pudieron oír sus gritos de auxilio y se temieron lo peor. Salieron del agua, todavía entre risas, y ascendieron los escalones a gatas para evitar resbalar de nuevo. El investigador no tuvo tiempo ni de ponerse los zapatos. Atravesaron la puerta y corrieron campo a través todo lo de prisa que pudieron. Victor sujetaba su pantalón medio desabrochado y Said se recogía la chilaba empapada a la altura de los muslos. Los seguían media docena de monjes barbudos muy enfadados.

Bajo la lápida se abría una cavidad del tamaño de una cama individual con una profundidad de un par de metros. Samuel dirigió la linterna hacia el hueco y todos los ojos se fijaron en las únicas piezas que contenía la tumba: dos osarios.

Se trataba de dos cajas de piedra arenisca, con sus tapas y los laterales finamente esculpidos con motivos del Antiguo Testamento. Las usaban los judíos de la antigüedad para guardar los huesos de sus muertos una vez que habían perdido toda la materia orgánica. Por eso le resultó extraño a Samuel el olor a putrefacción que continuaba desprendiendo el sepulcro.

—¿Qué edad pueden tener? —le preguntó Martin.

El *professor* desconocía cuándo habían dejado de usarse ese tipo de urnas y ni siquiera podía datarlas basándose en sus grabados. No le parecían muy antiguas aunque se habían librado de la erosión al estar protegidas por la lápida. Intentó ofrecer una fecha, pero sería totalmente arbitraria.

—No lo sé —capituló al final.

—Da igual —le restó importancia el director, que estaba deseando conocer su contenido—. Jamal, baja y alcánzanos los osarios.

Cuando los tuvieron arriba no se demoraron ni un segundo en abrir las tapas. Estaban repletos de huesos casi hasta el borde.

Mientras Samuel se dedicaba a extraer los de una urna examinándolos con cuidado, Abdul, encargado de la otra, volcó la caja sobre la tierra.

—Solo hay huesos —exclamó.

—Comprueba si tienen alguna marca —le ordenó su jefe, porque era lo que estaba viendo hacer al *professor*.

Su primo Jamal le ayudó en la tarea, pero estaban limpios y pelados, sin marcas ni signos de ninguna clase. Cuando finalizaron su tarea se volvieron hacia Martin esperando nuevas órdenes. A su vez, el director se dirigió a Sinclair.

—Cavad —susurró enfurecido—. En el suelo hay algo, ¿acaso no notáis el olor?

Los dos primos se metieron en la sepultura y comenzaron a picar echando la tierra sobre sus cabezas hacia el exterior.

—Tengo la certeza de que los osarios no llevaban mucho tiempo en el sepulcro. —Martin escuchó a Samuel—. Están bastante limpios, aunque parecen antiguos. —No podía pedir su ayuda porque él, de urnas funerarias judías, sabía menos todavía—. Es posible que los hayan depositado en la tumba hace unos meses o que ya estuvieran en ella, pero lo que es seguro es que los han retirado para enterrar algo debajo.

Tras cavar unos veinte minutos, Jamal golpeó su pala contra un objeto blando que despidió un horrible hedor.

—Aquí hay algo —avisó a los de arriba.

Los dos hombres se acercaron al borde de la sepultura y los asaltó una pestilencia que los obligó a tapar sus fosas nasales con la mano.

—¿Sabéis qué es? —les preguntó Martin.

Jamal había retirado la tierra de alrededor a pesar de las arcadas y fue el primero en verlo.

—Es un cadáver vestido con un traje de calle, negro —detalló—. ¿Continúo cavando?

Samuel negó con la cabeza y se retiró hacia atrás, el olor era insoportable.

—Salid de ahí —les ordenó Martin con una mano tapando su nariz—. Y recoged las herramientas, nos vamos.

Habían permanecido en el cementerio unas cuantas horas y el cambio de turno no tardaría en producirse; el siguiente guarda no estaría ni sordo ni ciego. Era mejor desaparecer aunque lo hicieran con las manos vacías.

Victor sonreía de camino al hotel en el que se alojaba Andrea. Ya se había olvidado de la carrera que había protagonizado junto a su amigo y balanceaba en su mano derecha una botella de buen vino francés. «Recuerdo de un cliente agradecido. Y como yo no bebo, puedes llevártela —le había dicho Said entre risas—. Espero que os guste», añadió el hombre antes de entregarle unas llaves de su vivienda y desearle una noche agradable.

La sonrisa del joven se amplió cuando la orientalista le abrió la puerta de su habitación y le invitó a pasar. Sus planes iniciales de

degustar el vino en un par de vasos de plástico del baño del hotel y de charlar sobre la investigación no se cumplieron. O, al menos, no en ese orden.

Ella le tomó por el cuello de la cazadora y le atrajo hacia sí sin parar de besarle. Ni siquiera reparó en que la cama estaba repleta de papeles y dossieres cuando se reclinó en ella. Victor los apartó con un par de manotazos y se recostó a su lado. Recorría con los dedos la línea de su cuello descendiendo con delicadeza hacia el escote. Disfrutaba acariciando su piel suave y cálida. Aunque se demoró en la depresión de su ombligo, después continuó su camino sin dejar de sentir cada centímetro de su cuerpo.

La noche fue larga y los primeros rayos de sol los sorprendieron abrazados entre las sábanas revueltas, despiertos y sin sueño.

VI LAS RUINAS DE QUMRÁN

Victor detuvo el 4x4 recién alquilado frente al comercio de su amigo y tocó el claxon un par de veces. A través del escaparate, aún sin arreglar, Said reparó en él y en su acompañante y se aproximó hasta la entrada con una expresión de doble curiosidad en el rostro, una por el vehículo y otra por Andrea.

—¿Adónde vais con ese todoterreno?

Le había extrañado no ver al joven a la hora del desayuno, y la breve llamada que le hizo para comunicarle que tenía noticias nuevas y que estuviera preparado a las diez le sorprendió en exceso. Y ahora aparecía junto a la orientalista en un vehículo alquilado cuando *Seis Burras* estaba descansando en el garaje por si había que salir.

—¿Le has dicho a tu mujer que vamos a estar fuera todo el día? — fue la única respuesta que obtuvo.

El otro asintió pensativo suponiendo que la jornada se le iba a hacer muy larga.

—Me ha preguntado que adónde iba y le he respondido que a Tel Aviv a reunirme con unos pasantes de arte. ¿Adónde nos dirigimos? — interrogó a su vez a Victor.

—Sube —le instó al tiempo que descendía del vehículo y dejaba libre el asiento del piloto para que condujera él. Andrea también bajó y aprovechó para saludarle—. Yo tengo que ir estudiando unos documentos. La noche ha sido muy corta —apuntó, pero en el momento de hacerlo supo que se había equivocado con las palabras.

Le había dejado el terreno libre para que le lanzara alguna de sus bromas.

A pesar de que el anticuario observó que ambos tenían la mirada cansada y ojerosa, no abrió la boca. Había una señorita delante, ya tendría tiempo de endilgarle a su amigo alguna pulla cuando estuvieran a solas. En su lugar se despidió de su hijo mayor, al que había dejado a cargo de la tienda.

—Volveré por la tarde —le dijo desde la puerta. El muchacho se acercó y le entregó un montón de folios para Victor. Él los tomó y se

los pasó al investigador—. Despídeme de tu madre —acto seguido subió al automóvil.

Tras bajar el freno de mano e introducir la primera marcha miró a su compañero esperando indicaciones del camino que debía seguir.

—Toma la carretera de Jericó —le pidió su amigo. Como Said continuaba mirándole, añadió—: Ahora te contamos.

Unos minutos más tarde, cuando ya habían dejado atrás la ciudad de Jerusalén, el investigador levantó la vista cansada de los papeles que llevaba en el regazo y le explicó casi todo lo que había sucedido durante la noche.

—Como no podíamos dormir —prologó su relato. Luego pensó que debería excluir determinados comentarios que podrían pasarle factura en forma de burlas fáciles, pero, al fin y al cabo, aquella ya no tenía remedio, así que prosiguió—, comenzamos a pensar en dónde podían haber enterrado al señor Ben Rabbah III. La nota del Rollo de Cobre no especificaba el lugar porque todos sus contemporáneos debían de saberlo de sobra y llegué —en esta ocasión utilizó el tiempo en singular— a plantearme seriamente la posibilidad de hacer una excursión al cementerio del monte de los Olivos.

Miró a Andrea, que ocupaba uno de los asientos posteriores. En realidad, no habían pasado toda la noche haciéndose carantoñas, ni siquiera habían llegado a abrir la botella de vino y habían tenido tiempo más que de sobra para analizar determinados pasajes del documento.

—Pero lo descarté en seguida —percibió un suspiro de alivio en Said—. Y seguimos una línea de pensamiento diferente —lo que volvió a alertarle—. Si Ben Rabbah III era esenio, y no hay tumbas en el barrio esenio de Jerusalén, ¿dónde podríamos encontrar cementerios esenios? —Dejó transcurrir unos segundos creando una atmósfera de suspense.

—No me lo digas —le interrumpió el anticuario—, en Qumrán. —Había un deje de desesperación en su voz, ya volvía a ver su immaculada chilaba echada a perder por el polvo del desierto y por alguna valla con alambres sueltos.

—¿Lo sabías? —se sorprendió Victor.

—No, se me acaba de ocurrir. ¿Crees que si lo hubiera sabido ayer te habría dejado que me arrastraras otra vez al barrio esenio? ¿Crees que fue un placer salir huyendo con los monjes griegos a mis espaldas? ¡Por Alá, Victor! Todavía me falta el aire en los pulmones.

El joven le dedicó una sonrisa afectuosa, sabía que había abusado de su amistad.

—Pero hoy no habrá que correr, solo pasaremos un poco de calor bajo el sol del desierto y vengo preparado. —Le señaló la parte del maletero que podía ver a través del retrovisor y Said reparó en una nevera portátil. También vislumbró un par de palas que le intrigaron, sin embargo, prefirió no pensar en lo que tendrían que hacer con ellas.

—Entonces, ¿a Qumrán? —le preguntó con resignación.

El otro asintió con un gesto de la cabeza.

Abdul se había vestido con una chilaba de un color gris suave que destacaba el verde de sus ojos y sujetaba en la mano un *keffiyah* de cuadros que le protegería del calor del desierto. Esperaba a su primo en el garaje de la asociación, junto al todoterreno que Martin había alquilado y que le había pedido que tuviera preparado. Ya había llenado el depósito y había guardado en el maletero las herramientas que consideró necesarias. Miró su reloj por enésima vez y comprobó que Jamal se retrasaba diez minutos.

Reconocía que no le había concedido mucho tiempo para organizarse, pero el anticuario y su amigo hacía una hora que habían salido de Jerusalén. Les llevaban demasiada ventaja y no sería fácil recuperar esa pérdida en las carreteras llenas de baches que conducían a Qumrán.

Le había molestado tener que madrugar y hacer guardia frente a la tienda de Said desde primeras horas de la mañana. La noche anterior en el cementerio no había sido un paseo y se encontraba lo suficientemente sucio y cansado como para desear un buen baño, enfundarse en su bata de seda confeccionada a medida y dejar pasar parte de la noche observando las estrellas en la terraza de su vivienda. En lugar de eso, tuvo que darse una ducha rápida y meterse en la cama para conseguir dormir algunas horas antes de tener que apostarse frente al comercio del anticuario.

Gracias a su vigilancia vio aparecer a los dos jóvenes y, cuando abandonaron Jerusalén acompañados por Said, consiguió seguirlos un trecho hasta estar seguro del camino que tomaban. Organizó la jornada en muy poco tiempo.

Avisó a Martin de los últimos acontecimientos para que alquilara un vehículo más adecuado al terreno del desierto que la enorme berlina de la asociación y, aunque había tenido que regresar a la ciudad, llenar el depósito y disponer algunas herramientas en el maletero, era el primero en estar preparado.

Alzó impaciente la cabeza de nuevo hacia la entrada del aparcamiento y vio a su primo trotar hacia él. Había cambiado esas horribles camisas llamativas que tanto le gustaba usar por una chilaba blanca que le evitaría pasar calor en el Mar Muerto.

—Llegas tarde —le dijo, y prosiguió sin esperar su réplica—. Sube al coche.

Subió él también y se sentó al volante. Un segundo más tarde Martin abrió la portezuela trasera del vehículo y dejaba que Sinclair entrara primero.

—Vámonos —ordenó a su empleado.

Mientras Abdul encendía el motor y quitaba el freno de mano, el director extrajo el arma de su cartuchera y comprobó que el cargador estaba lleno. Volvió a amartillarla, luego colocó el seguro y la guardó.

El joven le había visto hacer a través del retrovisor y se cercioró de que la suya estaba en su sitio bajo la chilaba. Después metió la primera y salió del aparcamiento.

Las ruinas de Qumrán se encontraban a unos cincuenta kilómetros de Jerusalén, elevadas sobre una estrecha franja de costa que separa el desierto del Mar Muerto, cerca del oasis de Ayin Fesha. Se hicieron conocidas a nivel mundial en los años cincuenta, cuando un grupo de pastores beduinos descubrió, en una de las numerosas cuevas que horadan las colinas de la zona, unas vasijas de barro con manuscritos en su interior cuya datación se remontaba a la época de Cristo. Constituyó un hallazgo excepcional que aún hoy continúa siendo estudiado. En una de esas cuevas fue donde se encontró el Rollo de Cobre rodeado de tinajas rotas, papiros en fase de desintegración y cuero podrido.

—Y ¿adónde nos dirigimos exactamente? —quiso saber Said.

—Al complejo principal de las ruinas.

Sobre los acantilados que dan al mar, los esenios levantaron un conjunto de edificios fuertemente amurallados que contenían todo lo necesario para sobrevivir en el desierto. Construyeron un canal que recogía el agua de la lluvia y que llenaba varias cisternas para uso doméstico, así como algunos baños rituales.

Disponían además de un *scriptorium*, en el que copiaban los manuscritos que los beduinos encontrarían veinte siglos más tarde, y contaban con hornos donde cocer las tinajas para guardarlos a fin de preservarlos el mayor tiempo posible. En la bodega y en la cocina apareció una enorme pila de vasijas de barro y un gran número de fuentes individuales para servir alimentos. El complejo podía ser comparado con un pequeño monasterio medieval.

Además de los recipientes y de algunos tinteros para escribir, así como banquetas y mesas, los arqueólogos descubrieron ostracas, unas piezas de cerámica escritas. Una de ellas contenía un texto en hebreo en el que un hombre llamado Honi donaba sus posesiones a la comunidad; les entregaba un edificio, un huerto de higueras y un olivar.

Ese ostraca y otros de contenido similar le hicieron pensar a Victor en un principio que el tesoro que buscaban bien podía ser el de los esenios, pero al final se sumó a la corriente imperante de eruditos y decidió que se trataba de las riquezas del Templo de Jerusalén; eso sí, con un leve cambio que podía acercarlos al éxito: la conexión con los mandeos.

Llevaban tres horas y media dando tumbos a través del desierto de Judea cuando comenzaron a ascender la escarpada pendiente de un promontorio. Al alcanzar su cumbre, el paisaje les cortó la respiración. Qumrán se asentaba sobre un acantilado con vistas al Mar Muerto, de un suave tono turquesa recortado contra el cielo azul. A Andrea le parecía que casi podía paladear el rastro salobre que enviaba el agua desde la distancia. A su alrededor, toda la llanura costera, una amplia extensión de desierto amarillo, estaba cortada por la carretera serpenteante que bordeaba el mar. A intervalos regulares, los parches verdes de cultivos arrancados al salitre y a la escasez de agua surgían entre los afloramientos de rocas y de algún que otro árbol desperdigado.

Pudieron vislumbrar en la distancia el complejo principal del asentamiento, construido con la piedra arcillosa y calcárea de la zona, y a los numerosos turistas que lo visitaban.

Cuando alcanzaron las ruinas de los edificios principales, Victor le indicó a Said la dirección que debían seguir.

—Por allí —señaló con el brazo.

El anticuario giró a la derecha para tomar un camino secundario que les conduciría hacia los cementerios que se apostaban al este del yacimiento.

Los edificios de Qumrán estaban cercados de ese lado por una pared de grandes piedras a modo de fortificación. Tras ellas, las terrazas de marga ocupaban varios cientos de metros antes de terminar, de forma abrupta, sobre un acantilado.

El terreno continuaba siendo árido y la senda apenas estaba nivelada. Seguían dando saltos con el vehículo y levantando el polvo del camino hasta que Victor se dirigió a su amigo.

—Aparca en un lugar resguardado —le pidió a Said, aunque más que resguardado quiso decir invisible porque tendrían que salir del vehículo cargados con las palas y ninguna explicación que pudieran ofrecer los libraría de ser arrestados.

Ante ellos se extendía una superficie que parecía no tener fin, cubierta de miles de enterramientos perfectamente alineados. Hubiera sido difícil encontrar un sitio donde ocultar el vehículo de no haber sido por la T1000. Las tumbas apenas si eran un montón de piedras dispuestas sobre los cuerpos y no se levantaban más de unas decenas de centímetros del suelo. Por fortuna para ellos, la T1000 contaba con un pequeño edificio, como un mausoleo, que les sirvió para proteger el 4x4 de las miradas indiscretas. La construcción estaba medio derruida, hacía siglos que había perdido la techumbre y parte de sus paredes se esparcían por el suelo, pero sería suficiente para concederles algo de intimidad.

Cuando el anticuario levantó el freno de mano y apagó el motor se secó el sudor de la frente con la manga de la chilaba. Después se hizo sombra con la mano para observar el paisaje. Andrea se apostó a su lado. Cientos y cientos de metros cubiertos por montones alargados de pequeñas piedras se extendían ante ellos. Ni un árbol, ni un arbusto. Todo un escenario seco y árido recortado contra un cielo azul. Hacía un calor opresivo y la mujer se remangó la camisa.

Victor desplegó un plano del emplazamiento sobre el capó del vehículo y recabó su atención.

—Qumrán posee cuatro cementerios. —Demostró su afirmación señalándolos con el dedo—. El que nos interesa es el más grande de todos, este —apuntó.

El anticuario le observó con una mirada interrogante.

—¿Y por qué ese y no este otro? —le preguntó tocando el punto del mapa donde estaba situada la zona de enterramiento norte.

—Porque en ese no está Ben Rabbah, nuestro judío está aquí —afirmó apartando su mano del papel y ofreciéndole una explicación para que dejara de cuestionar sus decisiones—. El doctor Cohen me habló de la T1000.

—La T ¿qué?

—La tumba 1000. Un enterramiento único en toda la zona. —Abarcó con su brazo el territorio que cubría más allá de Qumrán y del Mar Muerto—. En kilómetros a la redonda no hay nada parecido —tenía la sensación de estar robándole a Elijah su descubrimiento y eso le hacía sentirse culpable; sin embargo, ya había decidido que si encontraban algo, los méritos serían por completo para el anciano.

—¿Y es esta? —inquirió Andrea señalando el derruido edificio que les estaba proporcionando un poco de sombra.

Victor asintió. La mujer dejó vagar su mirada en derredor y comprobó, en efecto, que era única. Ningún otro edificio similar se alzaba en todo el cementerio.

—Esta mañana —prosiguió Victor— he hablado con mi empresa para que me enviaran unos datos, ¿no has notado que he terminado con todo el papel de tu fax? —Said ni se había percatado, aunque recordó los folios que le había pasado su hijo al salir de la tienda—. Me han enviado desde la oficina de Roma algo de documentación básica sobre Qumrán y entre ella había un artículo muy interesante sobre los cementerios.

Said dirigió sus ojos hacia el camposanto y se perdieron en el horizonte. Hasta donde alcanzaba su vista solo observaba una extensión interminable cubierta de cúmulos alargados de cantos y pequeñas rocas. Todos los montículos seguían la misma dirección, como si estuvieran alineados. Miró la posición del sol y dedujo que estaban orientados al norte.

—¿Todos esos montones son las tumbas? —preguntó incrédulo. Lo suponía, pero esperaba haberse equivocado.

Su amigo asintió.

—Más de mil. —El otro lanzó un largo silbido—. Pero solo buscamos una —le animó—, esta. —Señaló la que se encontraba a su espalda. A Said el resto de ellas le parecían iguales, cúmulos ovalados con un par de cantos más grandes, uno al final y otro al principio—. Esas otras —le explicó Victor, que se había leído el artículo durante el viaje— son enterramientos comunes, están orientadas en dirección norte-sur y contienen un solo cuerpo, por lo general —añadió recordando que existían algunas excepciones—. Consisten en un simple nicho donde introducían al fallecido y después lo sellaban con ladrillos de barro.

—Y luego disponían la formación de cantos encima —añadió la orientalista levantando un poco más las mangas de su camisa.

El calor allí comenzaba a ser insoportable.

—En efecto —corroboró el joven—, las piedras más grandes que veis en cada una señalan los pies y la cabeza del difunto.

El anticuario ya las había observado.

—Sin embargo, existen unas pocas, muy pocas en realidad —apostilló—, cuya orientación es este-oeste, en lugar de norte-sur, y además se encuentran algo alejadas del resto. —Releyó parte del documento que sostenía y repasó algunas notas que había tomado.

Aunque el doctor Cohen no lo había mencionado durante su conversación, el anticuario presintió que esas pocas tumbas,

separadas de las demás, no eran esenias, sino mandeas. Era probable que algunas de las localizaciones indicadas en el Rollo de Cobre hicieran referencia a ellas.

Además de la T1000, Victor recordó de su reciente lectura las numeradas con los cifras 45 y la 46, ubicadas en el cementerio norte, también orientadas de este a oeste. «Pero esas no poseían un pequeño mausoleo», pensó. La T1000 era única en su género.

Se encontraba justo fuera del cementerio, donde se alzaban los restos de un recinto pequeño. Una construcción antigua cuyas paredes no habían logrado mantenerse en pie y yacían desmoronadas por el suelo.

—¿Nos ponemos a trabajar? —sugirió Said, y se adelantó para recoger las dos palas que habían llevado y la nevera portátil, la iban a necesitar.

Esperaba que, a aquella hora de la mañana, con el sol cayendo a plomo sobre el desierto del Mar Muerto, a ningún turista extraviado le diera por mirar en su dirección. La construcción podía ocultar parte de sus actividades, pero un observador atento los descubriría.

Un flamante todoterreno daba saltos en las carreteras mal acondicionadas que conducían hacia las ruinas de Qumrán. Su impecable pintura oscura estaba cubierta de polvo y, tras más de tres horas de camino, sus cuatro ocupantes parecían cansados y doloridos.

Samuel frotó la base de su espalda, los baches le estaban matando. Abdul conducía con cierta prisa para intentar reducir la distancia que los separaba de los otros hasta tal punto que el *professor* casi mordió el asiento delantero cuando frenó en seco. Unos chiquillos árabes, de rostros oscuros, cruzaron la carretera acompañados de un burro. El animal era demasiado viejo y no tenía intención de correr ni de alterar su rumbo, así que el joven se vio obligado a frenar. No se atrevió a salir de la calzada por temor a patinar sobre la arena o reventar algún neumático. Unos kilómetros antes, habían tenido otro percance. En aquella ocasión se había tratado de un camello suelto que trotó durante un trecho delante de ellos hasta que decidió variar de dirección e internarse en el desierto de Judea.

Abdul atravesaba a toda velocidad paisajes que no habían cambiado en miles de años, dejando atrás un sombrío escenario salpicado de rocas, de dunas móviles y sembrado de albergues ocasionales.

—Espero que no te hayas equivocado —le dijo Martin al conductor.

El joven esperaba lo mismo. Habían tomado la carretera hacia Qumrán suponiendo que los otros también lo habían hecho, en el caso de no encontrarlos allí, el viaje habría sido en vano.

—¿Por qué a Qumrán? —le preguntó de pronto el director a Samuel.

Sinclair, que observaba el paisaje a través de la ventanilla del vehículo, cambió de posición en su asiento para tenerle a la vista.

—Le he estado dando vueltas a esa cuestión durante todo el trayecto.

—¿Y?

—La única razón que encuentro es que hayan localizado uno de los emplazamientos del Rollo de Cobre en sus ruinas.

Sin embargo, ellos habían leído el manuscrito mil veces y no habían hallado ninguna referencia al asentamiento esenio.

—¿Como cuál?

Samuel desvió su mirada hacia delante, pensando en la pregunta. Revolvió entre sus conocimientos durante unos segundos y luego le contestó.

—Quizá en los baños rituales o... ¡en los cementerios! —exclamó de pronto cambiando su semblante.

Había sido una idea inesperada que se le había cruzado sin apenas darse cuenta mientras rebuscaba en otro lugar de su cerebro.

—¿Hay cementerios?

—¡Pues claro que los hay!

Martin comenzaba a animarse después de tres horas dando tumbos sin parar por la carretera más infernal que había conocido.

—¿Han encontrado a Ben Rabbah? —preguntó sin darse cuenta de la importancia de sus palabras.

El pequeño edificio derruido justo a las afueras del cementerio se hallaba en tan malas condiciones que nada hacía pensar que pudiera ocultar algún tipo de enterramiento que no hubiera sido saqueado muchos siglos atrás.

Ubicado en el punto más elevado del risco, el mausoleo de la T1000 gozaba de unas vistas extraordinarias sobre el Mar Muerto, pero también estaba barrido por las corrientes de aire caliente que procedían del desierto. Allí el bochorno era inaguantable.

—¿Tienes alguna explicación para la singularidad del sepulcro? —le preguntó Victor a Andrea, a sabiendas de que había leído la misma documentación que él durante el viaje. Quería conocer su opinión personal.

La mujer observó la edificación, construida con la misma tierra gris arcillosa que los rodeaba y con centenares de piedras de todos los tamaños esparcidas a su alrededor.

«En efecto —pensó—, es única, el hecho de contar con su propio mausoleo cuando los demás esenios habían sido enterrados directamente sobre la tierra y cubiertos con un simple manto de piedrecillas rocosas era un aspecto muy particular que había que tener en cuenta.»

—El hecho de que los arqueólogos descubrieran en su interior un ataúd de cinc la torna aún más notable —le respondió ella—. Supongo que debió de ser una persona muy relevante en su época, con un rango social o económico elevado.

—O ser diferente —apuntó Victor. Le permitió meditar durante unos segundos antes de proseguir—: Un mandeo, por ejemplo.

El joven suponía que si la persona sepultada pertenecía a otro credo, resultaría natural que su forma de enterramiento también fuera diferente. Hablaban no solo de la orientación, sino también del extraño sarcófago de cinc que habían desenterrado en su interior. Aquella suposición y las palabras del doctor Cohen eran lo que los había guiado hasta allí.

Victor sabía que no podía tratarse del Maestro de Justicia. Recordaba haber leído sobre él durante su época de estudiante; los esenios tenían en gran estima a ese sacerdote que los había dirigido en sus primeros tiempos. Algunos eruditos habían afirmado que el maestro podría ser Juan el Bautista y hasta el mismo Jesús. Pero a él no le cuadraban las fechas, el Maestro de Justicia debía de haber muerto casi mil años antes de que los otros dos nacieran. Podía compartir la opinión de encontrarse ante la tumba del Bautista y de que Ben Rabbah en realidad se llamase Juan, pero tampoco era probable.

La forma de la sepultura, protegida por un panteón, cuando el resto de los cuerpos estaban enterrados directamente bajo la tierra; el hecho de poseer un ataúd de cinc recubriendo a otro de madera, y su diferente orientación hacia el este, le hacían creer con más fuerza en la hipótesis de que aquella tumba contuvo los restos de un mandeo.

No podía comprobar su hipótesis, ya que los arqueólogos que encontraron el féretro de la T1000 lo desenterraron y se lo llevaron para estudiarlo. Sin embargo, tenía la esperanza de hallar algo más.

Said llevaba ya un buen rato preparado, con la nevera descansando cerca de él, a la sombra, y una pala en cada mano. En varias ocasiones estuvo tentado de servirse alguna bebida fría mientras los dos jóvenes terminaban sus divagaciones sobre los enterramientos. Sin embargo, se lo pensó mejor y le ofreció a Victor una pala, le dijo que ya estaba bien de cháchara y que cuanto antes pusieran manos a la obra antes podrían largarse de allí y alejarse de ese sofocante calor.

Cuando comenzaron a excavar descubrieron que la tierra estaba reseca y dura y que el trabajo iba a ser más extenuante de lo que habían supuesto. En apenas diez minutos de trabajo estuvieron cubiertos de un sudor pegajoso que los incomodaba, pero la fatiga, lejos de amilanarlos, les alentó a continuar cavando y a formar montoncitos de material a su alrededor. Andrea se encargaba de pasarles un poco de agua fría que los refrescara de vez en cuando.

Casi una hora después habían rebajado un rectángulo de medio metro de profundidad cuando la herramienta de Said produjo un sonido diferente al de topar contra la tierra. Contaba con tener que continuar excavando durante un buen rato más y aquel ruido le sorprendió.

—¡Un momento! —exclamó—. La pala ha chocado contra algo.

Victor se acercó hasta él y se arrodilló para apartar la arena con las manos. Inicialmente creyó que se trataba de una peña del terreno especialmente grande, pero, a medida que la dejaba al descubierto, comprobó que su superficie era lisa y mostraba una forma

rectangular. Said le ayudó a delimitar su perímetro apartando la tierra de sus bordes y, al cabo de un rato, descubrieron una losa rectangular tallada en piedra. Tenía la forma de las urnas funerarias típicas de los enterramientos judíos que tanto proliferaban por la zona.

—Creo que es un osario —le dijo a Said.

Su tamaño era el de un baúl pequeño y parecía encontrarse en buen estado. La parte superior estaba pulida, pero no presentaba grabados ni relieves. Entre los dos hombres retiraron el resto de la tierra de sus laterales y lo extrajeron del agujero. Andrea los ayudó a izarlo desde arriba. Aunque era de reducidas dimensiones, resultaba más pesado de lo que habían supuesto en un principio. Cuando consiguieron sacarlo de la fosa y depositarlo en el suelo, Said, sin atreverse a finalizar la frase, les preguntó:

—¿Creéis...?

Victor estaba exhausto por el esfuerzo, pero sus ojos brillaban de emoción. Estaba tan ilusionado que no se atrevía a levantar la losa que lo cubría por miedo a haber llegado hasta allí para nada.

—Hagámoslo juntos —les pidió a los dos después de contemplar el osario durante unos segundos.

Posaron sus manos sobre la tapa, la sujetaron con fuerza introduciendo los dedos en un rebaje del borde y se miraron nerviosos. Al cabo de un rato, el anticuario alzó la cabeza, les guiñó un ojo, respiró en profundidad y les dijo:

—Cuando queráis.

Contaron hasta tres y levantaron la piedra.

—¿Huesos? —exclamó Said cuando pudieron ver el interior.

Revolvió entre ellos frustrado, con la esperanza de encontrar algo más. Victor cayó sobre sus rodillas y Andrea se sentó en el suelo. La caja solo contenía los restos de varias personas, aunque no podían asegurar el número exacto por el revoltijo que había formado el anticuario, pero eso era lo normal. Los osarios se utilizaban para enterrar a los muertos como costumbre común entre los judíos, y todo Israel estaba repleto de ellos.

Victor descendió de nuevo al agujero que habían cavado, esta vez en silencio y con el semblante desilusionado. Mientras, Andrea no se daba por vencida y continuaba examinando el contenido del osario. Sospechaba que podría descubrir algún tipo de indicio o una pista que les hiciera intuir, al menos, si estaban en el camino correcto.

Said, haciendo gala de una forma física que desconocía y sorprendiendo a los jóvenes, desplazó sus ciento y pico kilos de peso de un salto y cayó como un pesado fardo sobre la tumba. Suponía que, dado que la caja de piedra solo contenía huesos, lo que andaban buscando aún debía de encontrarse en la fosa.

—¡Me hundo! —gritó un segundo después agarrándose con fuerza a su pala y temiendo quedar enterrado allí mismo. La tierra parecía querer engullirlo.

Victor se giró sobresaltado y descubrió a su amigo atrapado en un agujero sin ningún punto de apoyo donde asirse.

—No puedo sacar la pierna —se quejó el anticuario—. El terreno ha cedido y tengo el pie encajado —se explicó. Mostraba preocupación en su rostro redondo.

El joven comenzó a retirar con rapidez la tierra de alrededor para liberarle lo antes posible, temía que se hubiera herido con los bordes afilados de alguna piedra. Andrea dejó lo que estaba haciendo y se acercó al borde para ayudar a los dos hombres.

Sin embargo, a los pocos segundos el anticuario pasó de una gran preocupación a la tranquilidad. Sintió que hacía pie y comprendió que se apoyaba sobre un terreno sólido. No sabía lo que era, pero pisaba algo que aguantaba su elevado peso. Aún desconociendo su resistencia se arriesgó y comenzó a dar pequeños saltitos.

—Estate quieto —le dijo Víctor—. Estás volviendo a meter la tierra dentro.

Pero Said esbozó una pequeña sonrisa. Continuó apoyándose sobre el pie hundido y, a medida que una idea se abría paso en su cerebro, la sonrisa se fue ampliando hasta terminar riéndose a carcajadas.

Andrea pensó que habría cogido una insolación.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó inquieta—. ¿Te duele la cabeza?

Él no dejó de reírse hasta que comenzó a tener calambres en el estómago.

—Está aquí —dijo enigmático—. Lo estoy pisando, ¿os lo podéis creer?

Había algo bajo sus pies.

Los tres pudieron oír el ruido del motor y Víctor asomó la cabeza por encima del muro derruido del mausoleo. Andrea, que se había introducido en la fosa para ayudarlos, continuaba tirando de la pierna del anticuario.

—¿Es la policía? —preguntó.

—No lo sé. —El investigador no reconocía el vehículo porque no llevaba ningún distintivo oficial.

—¡Rápido! —los apremió Said—. Esconded las palas. Si son ellos estamos metidos en un buen lío.

Él comenzó a tirar con desesperación de su pierna atrapada hiriéndose con algún objeto de bordes afilados hasta que, echando hacia atrás todo su peso, consiguió liberarla.

Cuando Abdul y Jamal bordearon la pared del sepulcro, Andrea se llevó un susto de muerte. Eran las últimas personas a las que esperaba encontrar allí, pero al verlos supo que Samuel y Martín no podían andar muy lejos y que se avecinaban problemas.

Al anticuario no le dio tiempo a salir del agujero, pero, al reconocer a los secuaces del CSJ, se abalanzó sobre una de las palas semienterradas y la esgrimió en alto a modo de arma defensiva; no pretendía ponerse a lanzar golpes a diestro y siniestro desde su desventajada posición, pero prefería estar preparado. Calculó sus posibilidades; habían cavado tanto que el borde les quedaba a la

altura de la cintura, salir de un salto era imposible, pero podría herirles seriamente las piernas si intentaban acercarse. No había olvidado lo que le habían hecho a Mohamed ni los meses que su mujer había pasado en el hospital mientras se recuperaba, y no deseaba terminar como él, aunque resultaba un poco teatral que pensara en vender su vida a un alto precio.

—Said, deja eso —le pidió su amigo consciente de las pocas posibilidades de que disponían en ese momento.

Se encontraban demasiado alejados del borde y, a menos que consiguiera que uno de sus atacantes se acercara, solo lograría que los disparasen. Con uno de ellos al alcance de sus manos o, incluso, dentro del foso, sus posibilidades aumentaban. Además, Andrea estaba con ellos y, si había pelea, prefería que estuviera lo más alejada posible; sabía que en su situación actual tenían todas las de perder y que, por el momento, la sensatez era su mejor arma.

En agradecimiento a sus atinadas palabras recibió una cortés inclinación de cabeza por parte de Samuel, que se acercó cojeando hasta ellos. Le precedía Martin esgrimiendo su arma en una mano. Victor no se había equivocado, tendrían que esperar una ocasión más adecuada.

—Nos volvemos a encontrar —le dijo el *professor* a la mujer al tiempo que le ofrecía su mano para que saliera de la fosa.

La joven inició un gesto de rechazo, pero Victor la empujó hacia arriba. La necesitaba fuera del sepulcro para cuando las cosas se pusieran feas. Aunque se dejó hacer, cuando alcanzó el borde y se incorporó mantuvo una actitud altiva frente a su mentor.

—Ya ves hasta dónde nos ha traído la inscripción del Bautista. Vosotros no habéis sido capaces de obtener las mismas conclusiones, ¿verdad? —Había una clara intención de enfrentamiento en su voz, pero también la constatación de un hecho; le estaba diciendo que ahora sabía que la habían utilizado desde el principio para llegar hasta allí y que no estaba dispuesta a dejarse manipular de nuevo.

Samuel no reaccionó a su despecho, al menos externamente, tras ayudarla a salir había fijado la vista de nuevo en el fondo de la excavación y le hizo una seña a Martin para que se acercase.

—Buenos días, compañeros de profesión. —Los saludó con inusual sorna el director. Se asomó al orificio que habían cavado y se alegró, aunque nada en su rostro lo indicase—. Han sido muy amables al facilitarnos el trabajo.

—Caballeros —les pidió el *professor* al tiempo que señalaba el agujero—, continúen su labor.

Abdul le ofreció a Victor un pico con una sonrisa maliciosa. Con Andrea fuera y el árabe al alcance de sus puños, el investigador aprovechó la ocasión para tirar de él con una fuerza que le pilló desprevenido. Al perder el equilibrio, el otro cayó a la abertura y se encontró con los puños del investigador, que le estaban esperando. Rodaron por el suelo y se intercambiaron algunos golpes, aunque no tuvieron tiempo de dar rienda suelta a su odio.

—¡Abdul! —gritó su jefe desde arriba. Apuntaba al investigador con el arma—. Sube y relájate. —Sabía las ganas que tenía de

devolver la paliza que había recibido en el monte de los Olivos, pero aquel no era el momento apropiado—. Y ustedes, caven —ordenó a los de abajo—. La próxima tontería les va a costar muy cara.

Andrea se había interpuesto entre el revólver y su objetivo y le pedía a Sinclair que detuviera aquella situación, pero el hombre se limitó a tomarla con brusquedad del brazo y a empujarla hacia un lado sin miramientos. Ella tropezó en el terreno irregular y cayó al suelo lastimándose con las piedras afiladas.

Victor tuvo que comerse el orgullo y continuó cavando la fosa. A su lado, un Said mitad asustado mitad furioso lanzaba al exterior la tierra que él removía. Veinte minutos después estaban exhaustos y cubiertos de un nuevo sudor, más pegajoso que el anterior. Habían ampliado el perímetro y la profundidad de la excavación, y tenían más de medio cuerpo oculto en el terreno. El investigador volvió a levantar su pico y cuando lo clavó en la tierra desprendió un sonido metálico, diferente del que había estado haciendo hasta entonces. Habían alcanzado el nivel donde hizo pie Said y parecía que allí abajo encontrarían algo más. Una idea fugaz cruzó su cerebro y le guiñó un ojo a su amigo mientras le cambiaba el pico por su pala. —Prepárate —le susurró.

Todos los de arriba pudieron escuchar el ruido que la herramienta produjo al chocar contra lo que podría ser la cubierta de ladrillos de un sepulcro o quizá una plancha metálica. El golpe esparció ecos sordos en el ambiente y Abdul y su primo Jamal fueron los primeros en acercarse al borde.

Abdul no esperaba que Victor le lanzase la pala al cuerpo y cruzó sus brazos sobre el rostro para evitar el impacto. El investigador aprovechó su indefensión agarrándole por un tobillo y tirando de él hacia abajo. El sicario se deslizó por el terraplén y cayó a la fosa arrastrando consigo uno de los montones de tierra.

Said también había actuado con rapidez y le tendió una trampa a Jamal utilizando la parte más afilada del pico para hacerle trastabillar. Probablemente le hirió en el muslo, pero eso carecía de importancia en aquellos momentos.

Al oír el alboroto, Martin se acercó a ellos sin esperarse que hubieran sorprendido a sus dos hombres. Levantó el arma y los apuntó nervioso, sin atreverse a disparar por miedo a herir a los suyos. Sin órdenes directas de Samuel y sin tener muy claro cómo terminar con la situación, decidió realizar un disparo al aire. La bala se perdió en el horizonte.

—¡Apúntales a ellos! —le gritó Sinclair con una expresión de ira en el rostro. Cojeó hasta el sepulcro para comprobar por sí mismo lo que estaba sucediendo.

Andrea aprovechó su cambio de posición y le hizo la zancadilla empujándole hacia delante. El *professor* se tambaleó y perdió pie cayendo de cabeza junto a Victor y Abdul, que volvía a tener la cara tan magullada como hacía unos días.

Aquello desconcertó a Martin, ya no sabía dónde apuntar. Movié el cañón de su arma de derecha a izquierda, pero todo su equipo se encontraba dentro del sepulcro. Entonces divisó a Andrea, arrodillada

delante del agujero, intentando ayudar a sus amigos y no lo pensó dos veces.

—¡Quietos! —les gritó mientras amenazaba a la mujer—. ¡Dispararé! —Era una bravuconada, pero ellos no podían saberlo.

Los hombres de abajo le vieron apuntar a la orientalista y Victor sintió cómo se le erizaba todo el vello de la nuca y un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Antes de que ninguno pudiera iniciar alguna acción, Martin había apretado el gatillo, más a causa de la tensión acumulada que por una verdadera pretensión de disparar, y Andrea cayó hacia atrás con un movimiento rápido y demoledor que la dejó postrada en el suelo con un charco de sangre a su izquierda.

Victor se desinfló y a Abdul no le costó ningún trabajo quitárselo de encima al tiempo que Samuel se recuperaba de su caída. El *professor* desenfundó su florete y amenazó con él a Said, que tenía arrinconado a su oponente contra una de las paredes de la fosa.

Si alguno de ellos hubiera alzado la cabeza unos instantes antes y hubiese mirado sobre su hombro, se habría sorprendido al ver un potente vehículo que se acercaba a toda velocidad levantando nubes de arena. Pero ninguno lo hizo.

A apenas unos metros de la pared derruida del mausoleo, el conductor pisó a fondo el freno y el automóvil derrapó sobre la gravilla del terreno deteniéndose solo al impactar contra el muro. El tabique explotó en un estallido de ladrillos de marga y apresó a Martin contra el suelo.

—¡No se muevan! —ordenó una poderosa voz a los que se hallaban dentro de la sepultura.

Dos hombres habían descendido del vehículo con sus armas amartilladas y dispuestas para disparar. En unos instantes tuvieron controlada la situación y Samuel comprendió que eran profesionales.

—¿Victor? —preguntó el de apariencia más madura, de casi dos metros y aspecto imponente.

Solo cuando el aludido asintió con un gesto de la cabeza le ayudó a salir del sepulcro.

—Aaron, de Protección Privada —se presentó sin dejar de apuntar al resto de los hombres—, nos envía su jefe.

—Ayuden a Said —les dijo el investigador señalando al anticuario y él corrió hacia Andrea para ver cómo se encontraba. Se temía lo peor.

La mujer se había golpeado la cabeza contra una piedra y, al sentarse a su lado e intentar incorporarla, Victor sintió la sangre deslizarse entre sus dedos. Además, Martin había alcanzado el mismo hombro que se había herido en la gruta. El joven se inclinó hacia delante y apretó con rabia la mandíbula comiéndose las lágrimas que pugnaban por salir a borbotones.

Entonces ella respiró, alzó su pecho sin apenas fuerza al intentar tomar una bocanada de aire. Abrió los ojos y le vio.

—Pidan una ambulancia —les gritó a los de la empresa de seguridad con un temblor en la voz.

Los dos primos se arrastraron hasta el borde del foso y se ayudaron para salir de él. Después le ofrecieron una mano a Sinclair, que, por su lesión en el talón, no conseguía asirse al borde. Los hombres del servicio de seguridad que Jérôme había contratado desde Roma les ordenaron que se sentaran en el suelo y que se estuvieran quietos. Ya habían avisado a la policía y no tardaría en llegar.

Uno de los dos, el más desconfiado, los cacheó para quitarles las armas que portaban.

De pronto oyeron carcajadas en el interior de la tumba y vieron volar por el aire un pedazo de madera podrida, luego un par de ladrillos y después más madera. Lo siguiente que Said lanzó hacia fuera fue un lingote de oro toscamente moldeado que cayó cerca de Victor.

La pelea dentro del sepulcro y el excesivo peso de cinco hombres en él habían desarmado la débil cubierta de adoquines de marga que lo cubría hundiendo la piedra. Said creyó haber visto un brillo muy peculiar y, aunque podía tratarse del sol incidiendo sobre algún metal, decidió introducir las manos y averiguarlo.

—Y hay noventa y nueve más, ¿no, Victor? —preguntó entre carcajadas lanzando otro al aire—. ¡Noventa y ocho!

Impresionados, los hombres de seguridad se acercaron al borde de la fosa y contemplaron a un Said cubierto de polvo revolviendo entre la tierra y los ladrillos. El anticuario los miró y les lanzó una nueva pieza que rebotó cerca de sus pies.

Fuera de su campo de visión, Abdul se removía inquieto. Estaba desarmado y él solo no conseguiría reducir a aquellas dos moles humanas. Podría contar con la ayuda de su primo, pero tenía la pierna en muy mal estado. Obvió a Sinclair y se fijó en Martin. No le ofrecía mucha confianza, así que, en lugar de enfrentarse, decidió que la mejor opción era la huida.

Comprobó que Victor atendía a la mujer sin percatarse de lo que pasaba a su alrededor y comenzó a arrastrarse hacia atrás. Se tumbó en el suelo y se empujó con los pies sin hacer ruido. El cuerpo de sus compañeros ocultaba sus movimientos. Cuando consiguió distanciarse lo suficiente del grupo ladeó la cabeza a derecha y a izquierda buscando un lugar seguro donde ocultarse, pero no encontró ninguno. Estaba rodeado por una superficie plana infestada de montículos de piedras con forma alargada. Tumbas y más tumbas en una interminable sucesión sin fin. Se acercó a una de ellas confiando en que su altura le ocultase mientras permaneciese tumbado e hizo lo único que se le ocurrió, comenzó a colocar las piedras sobre su propio cuerpo, se estaba enterrando.

El último lingote describió un arco sobre el investigador y cayó a unos pasos de él. Mostraba el grabado de un rústico relieve, una especie de círculo. «Una "a" mandea, el Principio y el Fin», caviló el joven, que aún abrazaba a Andrea en el suelo.

La mujer tenía una brecha en la cabeza, pero había dejado de sangrar, y la herida del brazo no era tan fea como había supuesto en un principio. La bala le había alcanzado el hombro y le destrozó algunas venas, pero no había causado destrozos mayores. Probablemente ni siquiera tendría que ser ingresada en el hospital, algunos puntos de sutura serían suficientes. Pasada su preocupación inicial por Andrea, Victor pensó que tendrían que responder de los destrozos que habían causado en el cementerio ante el Departamento de Antigüedades de Israel y ante los servicios policiales del país, contaba con que Elijah les permitiera utilizar los permisos que le habían concedido y conseguir salvar la situación con una multa.

Abrazó a la mujer y retiró con ternura un mechón de su cabello.

—¿Cómo te encuentras? —ella le respondió con una sonrisa cansada. Pero había luz en sus ojos—. Mira —le dijo al tiempo que le ponía delante el último lingote que había lanzado Said.

—Parece una «a» mandea —murmuró ella manteniendo la sonrisa en sus labios.

Victor asintió. De pronto observó el lingote de una forma diferente.

Una idea comenzó a pedir paso a gritos en su cerebro, relegando el resto de sus preocupaciones a los rincones más apartados. Tensó los músculos y acercó la pieza a su rostro. «Una "a", la primera y la última letra del *abagada*, el Principio y el Fin», recordó. Había creído que encontrar el oro constituía el final de la búsqueda, pero en ese instante ya no lo tuvo tan claro.

La «a» significaba el Fin, pero también el Principio. Como una apisonadora, la comprensión allanó un camino en su mente y supo por qué el ganzebra había querido cerciorarse de que habían comprendido sus palabras de la Gruta del Bautista al repetírselas a su amigo Said desde el aeropuerto. «Nosotros hemos regenerado el poder de las palabras, ahora pueden volver a mover montañas. A ustedes les corresponde encontrar la forma de conseguirlo.»

Aún desconocía qué montañas habrían de mover, ni cómo lo lograrían, pero sabía que existía un lugar al que tendrían que acudir; un sitio que ya era arcaico cuando comenzó a construirse la ciudad de Jerusalén hacía dos mil años. La importancia de su búsqueda no era el tesoro del Templo judío, radicaba en los orígenes, en la génesis.

Entonces recordó de dónde procedían los mandeos o, al menos, de dónde creían proceder.

La aventura no había terminado. Habían hallado solo el *Principio*, la primera «a» del *abagada*, les quedaba encontrar la última, la que movía montañas.

VII LA CONEXIÓN EGIPCIA

La tarde no había sido buena, ni la primera parte de la noche tampoco. La aventura en la T1000 había acabado mejor de lo esperado pero con más dificultades de lo previsto. Por fortuna, Said, Victor y Andrea se habían librado de la cárcel, y de algo peor, aunque habían recibido severas amonestaciones de la policía de Jerusalén y los dos hombres habían pasado más de cinco horas en la comisaría. Habían tenido suerte, pero se lo debían todo a Jérôme Cavaliere y al doctor Elijah Cohen.

Said alzó la vista y se inclinó hacia delante para recoger su té caliente de la mesita del centro. Observó un instante el paisaje que se veía desde su azotea y palmeó un muslo de Fátima, sentada a su lado. No había tenido más remedio que ponerla al corriente de sus últimas peripecias con la esperanza de incluirla en el grupo. Pero su esposa era una mujer sensata que por nada del mundo habría corrido detrás de tesoros imposibles. Le había vuelto a perdonar sus últimas mentiras, pero le había hecho prometer que serían eso, las «últimas», y con respecto a sus andanzas habían llegado a un acuerdo: por el bien de la familia y el suyo propio, se terminaron también. Por lo menos, hasta que se aclarase todo.

Cuando los hombres de seguridad que había contratado Jérôme para proteger a Victor llegaron al cementerio de Qumrán y controlaron la situación por la fuerza, lo primero que hicieron fue marcar el número 100 para avisar a la policía israelí. Sin su ayuda, cualquiera sabría lo que habrían sido capaces de hacer Sinclair y sus secuaces, se habían mostrado muy seguros de su superioridad cuando los acorralaron en la fosa. Said había imaginado un final muy diferente para su aventura.

—Tuve miedo —reconoció sin tapujos ante sus amigos y su esposa, algo que no habría hecho delante de sus vecinos.

Victor soltó una risa nerviosa.

—Y nosotros —le contestó señalando a Andrea.

La mujer tenía bastante mejor semblante que en el asentamiento esenio. Ella se había librado de pasar por comisaría, en su lugar había

estado en el hospital, donde habían limpiado sus heridas y le habían realizado un chequeo general. Aparte del shock y de una cura de la brecha de la cabeza no tuvieron que lamentar nada más. La bala que Martin le había disparado solo rozó su brazo y se saldó con un par de puntos de sutura que le dejarían una cicatriz. Los médicos le aconsejaron que permaneciese toda la noche en observación, pero ella se negó, su estado general era bueno; solo se encontraba agotada por tantas emociones. Al final consintieron en dejarla marchar.

—Si no llega a ser por los hombres que contrató tu jefe... —le comentó la orientalista a Victor sin llegar a finalizar la frase.

—Sí —estuvo de acuerdo él—. La situación se puso muy fea.

Desde el otro lado de la mesa, su amigo Said asintió en silencio, pero añadió algo más:

—Y por el doctor Cohen.

Gracias a Elijah habían podido salir de la comisaría sin mayores perjuicios. El hombre había puesto a su disposición todos los permisos que poseía para poder excavar en el cementerio norte de Qumrán, faltaba alguno, pero con los que ya obraban en su poder había conseguido convencer a la policía de que Andrea, Said y Victor colaboraban con él en su trabajo y los había librado de ser encarcelados en espera de un juicio posterior.

El investigador le había telefoneado desde la comisaría de Jerusalén para pedirle ese favor, ese y también que se trajera a un abogado. Había que explicarle a la policía que no estaban expoliando ni destrozando un importante hallazgo arqueológico y que contaban con las licencias pertinentes. El único que podría apoyar su historia sería el doctor Cohen, si quería, claro. Y quiso. El hombre se mostró solícito y los ayudó en todo lo que pudo. El abogado que le acompañó hizo el resto y los tres quedaron en libertad a primeras horas de la noche.

El anciano arqueólogo tendría que dar muchas explicaciones en los días siguientes ante la Autoridad de Antigüedades de Israel, pero confiaba en que todo saliera bien gracias al descubrimiento de lo que era el primer tesoro encontrado del Rollo de Cobre. Confiaba en eso y en su larga trayectoria profesional al servicio de su país.

—¿Qué será de Sinclair y de Crown? —preguntó después el anticuario.

Aunque la cuestión había sido dirigida al aire, Andrea se creyó con derecho a contestarla.

—Samuel saldrá con bien de todo esto. Eso lo tengo claro. —Los dos hombres la miraron algo inquietos—. Siempre se libra —les explicó—. Además, el cónsul general de Jerusalén es amigo personal suyo. No me cabe duda de que ya estará moviendo los hilos necesarios para que le ayude —lo dijo con un toque de cansancio en la voz—. A Martin y a su ayudante le costará algo más dejarlos libres, pero al final también lo conseguirá.

Said se resignó, de ahora en adelante tendría que apartarse mucho más de la Asociación de los Cristianos de San Juan y,

especialmente, de su director. No deseaba acabar como su amigo Mohamed. Pero había un tema que le preocupaba aún más.

—¿Abdul?

Samuel Sinclair no tenía muy buena cara, pero lo que más le molestaba era estar cubierto de polvo de los pies a la cabeza. A pesar de su cansancio, había acentuado su cojera deliberadamente, no deseaba que ningún agente de la comisaría tuviera el más mínimo deseo de examinar su bastón a fondo. Si descubrían el florete que ocultaba, no podría salvarle ni el embajador en persona.

Se incorporó de su silla y estiró las piernas apoyándose con exageración en el bastón.

—¿Estamos de acuerdo? —oyó a su espalda.

Era la voz de Peter Brown, el ayudante personal del cónsul general británico en Jerusalén.

Sinclair sabía que el consulado no podía inmiscuirse en problemas legales con Israel y que mantenía un papel imparcial en todos los procesos abiertos a ciudadanos británicos. Sin embargo, su amistad personal con Richard Pearlman, el cónsul general, le conseguiría un cierto trato de favor.

Cuando los agentes acudieron a la llamada que habían realizado los hombres de seguridad en Qumrán, todos fueron detenidos. No les cupo la más mínima duda de que estaban llevando a cabo acciones ilegales relacionadas con el patrimonio histórico de Israel y los trasladaron a una de las comisarías de Jerusalén, concretamente a la de Salah al Din, cercana a la Puerta de Herodes.

Victor y Said tuvieron suerte. Ya hacía unas horas que habían abandonado las dependencias policiales. Un israelí había dicho que trabajaban para él como colaboradores en la excavación de la T1000, para la que poseía todos los permisos necesarios. Tras unas preguntas, los habían dejado en libertad sin cargos. Además, los había oído hablar sobre Andrea, a la que habían trasladado al centro médico Hadassah, en el monte Scopus. «¡Vaya!, ella también estaba autorizada en la excavación», había pensado con ironía Sinclair.

Ahora, mientras se sacudía el polvo de la camisa como si fuera su única preocupación, oía la conversación entre Peter Brown y el jefe de la comisaría.

—Había sido embaucado —le estaba diciendo el ayudante del consulado—. La gente de la Asociación de los Cristianos de San Juan le había llevado con engaños hasta Qumrán.

No era ningún misterio para los servicios de seguridad israelíes que los del CSJ no jugaban limpio en muchas ocasiones, pero hasta la fecha se les habían escapado aprovechándose de los entresijos legales. «Quizá en esta ocasión podamos encerrarlos», pensó el agente.

—Habéis arrestado a su director —insistió Peter—, y a uno de sus sicarios —indicó refiriéndose a Jamal—. Ha sido un buen golpe.

Sinclair sabía que en aquella conversación se estaba decidiendo su libertad, pero no podía hacer nada para salvarse a sí mismo. Era

mejor dejar hacer su trabajo al ayudante del cónsul. Lo cierto es que protegerle a él significaba enviar directamente a prisión a Martin Crown y a Jamal, pero no podía detenerse ante eso. Era cierto que, si la policía israelí descubría la verdadera identidad de Martin, se vería obligada a extraditarlo a Gran Bretaña, allí le estaban buscando desde hacía tiempo. «Aunque, por otro lado —pensó—, quizá su abogado pudiese forzar un período de prisión en Israel y evitar la extradición.» Lo peor que podría pasarle al director sería volver al Reino Unido. Sinclair meditó los pros y los contras, aunque al final nada podría hacer ante la suerte de su sicario. En el mejor de los casos tendría que prescindir de él por un largo período de tiempo.

Ya se encargaría más adelante de contratar al mejor abogado para ellos; ahora, lo importante consistía en lograr quedar libre sin cargos para poder proseguir con su investigación. La mancha del arresto no quedaría en su curriculum cuando descubriese los otros tesoros del Rollo de Cobre. Y para lograrlo necesitaba estar en libertad.

—Sin cargos —puntualizó el ayudante del cónsul—, y testificará en el juicio contra los otros dos.

—Sin cargos —le confirmó el agente.

—No habrá fianza y podrá salir del país.

—Pero tendrá que regresar para ofrecer su testimonio ante el magistrado —insistió el policía.

—Cuenta con ello.

Aquel «cuenta con ello» terminó por tranquilizar a Sinclair, que se puso en pie para estirar las piernas de nuevo. Ahora tendría que firmar algunos documentos y después podría abandonar la comisaría. Le preocupaba, sin embargo, no saber dónde se había metido Abdul. Le había visto escurrirse hacia atrás y desaparecer de su vista como un fantasma en la inmensa llanura cubierta de tumbas en Qumrán. No tenía ni idea de cómo podría haberse ocultado.

—¿Abdul? —Said había dejado caer ese nombre en la conversación a sabiendas de que les preocupaba a todos.

El árabe no había aparecido. Estaba seguro de que se encontraba junto al resto de sus compañeros cuando los hombres de seguridad aparecieron y los redujeron, pero al llegar la policía ya no estaba. No se le ocurría ningún lugar donde ocultarse en aquel enorme cementerio cubierto de montones de piedras alargadas que apenas si se alzaban del suelo treinta o cuarenta centímetros.

—Ese es capaz de haberse ocultado dentro de una tumba —sugirió Andrea intentando obtener una sonrisa de todos los presentes.

Pero no lo consiguió, la situación era demasiado tensa y estaban cansados para apreciar la broma.

—Tendremos que cuidarnos de él. —Victor aún sentía su mandíbula dolorida del único puñetazo que le había dado en el monte de los Olivos—. Es posible que intente seguir nuestros pasos.

—¿Pasos? ¿Qué pasos? —le interrogó su amigo.

Ya no había más pasos, la aventura había terminado y podían darse por satisfechos. De hecho, él lo estaba, y mucho. El doctor

Cohen les había prometido que les haría partícipes del descubrimiento y obtendrían algunas ganancias de todo aquello.

—Victor no se rinde —Andrea interrumpió sus pensamientos.

Aquella frase alarmó a Fátima, que había permanecido en silencio toda la conversación y, para disimular su estado, recogió la tetera humeante de la mesa y les ofreció rellenar sus tazas. Cuando su marido le acercó la suya, bastó una simple mirada para que supiera lo que deseaba decirle.

Aunque el anticuario era consciente de que aquella aventura había terminado para él, no podía evitar sentir emoción por lo que fuera que estaba tramando su amigo y fue todo oídos. Hasta se olvidó de tomar uno de los pastelillos de pistacho que su esposa le ofrecía.

—Si el ganzebra no hubiese insistido en recordarte lo que nos contó en la Gruta del Bautista —le dijo Victor—, creo que todo habría acabado en el cementerio de Qumrán. Pero —aquel *pero* vino cargado de presagios para el anticuario— no puedo dejar de pensar en sus palabras y en relacionarlo con algo que comentó el doctor Cohen.

—Con Egipto —resumió Andrea, que conocía la historia mandea mucho mejor que él.

—En efecto —confirmó el joven—. ¿Te apetece realizar un romántico crucero por el Nilo? —le ofreció mientras la miraba con ojos de cordero degollado, y aquella vez sí que se rieron.

Cuando abandonó la comisaría hacía tiempo que había anochecido y el ambiente estaba muy fresco. Sinclair se abrochó con fastidio su chaqueta de sport, echada a perder por los acontecimientos del día; aunque en el fondo estaba satisfecho de cómo se habían desarrollado las cosas, por lo menos en lo que a él respectaba.

El ayudante del cónsul le ofreció acercarle en su vehículo oficial hasta el hotel, pero él rechazó su oferta. Tras despedirse de Peter Brown y agradecerle sus gestiones, le prometió que al día siguiente visitaría al cónsul para darle las gracias personalmente. Después de eso tomó el primer taxi que pasó por la calle y en menos de diez minutos llegó a su destino.

Estaba cansado, sucio y magullado. Lo que más le molestaba era la suciedad. Ni en los momentos más delicados de su vida había sido capaz de destrozarse su vestuario como en aquella ocasión. Además, por mucho que había intentado acicalarse en la comisaría, no había sido capaz de librarse del polvo del desierto. Deseaba llegar a su habitación, entregar aquella ropa a lavandería y darse una larga ducha. Después le vendría bien un whisky, «doble, por supuesto», pensó.

Pero Abdul no le permitió cumplir su sueño de inmediato. Desde su escondite en Qumrán, el hombre no había podido ver cómo la policía se los llevaba detenidos y, de haberlo visto, no habría sabido adónde. Así que hizo lo único que estaba en su mano en aquel momento, esperar.

Esperó. Y esperó, hasta que no percibió nada más que el ruido del viento entre las piedras. Entonces se atrevió a abandonar su

escondite. Al principio con cautela. Cuando pudo sacar la cabeza y comprobar que estaba solo en aquella planicie, se deshizo del resto de los guijarros que le cubrían y se puso en pie. Miró a su alrededor y confirmó su primera impresión: estaba a solas. Por pura curiosidad se acercó al foso que habían cavado Victor y Said, aunque allí no encontraría nada; además, la policía lo había precintado.

Después dio media vuelta y se encaminó hacia el asentamiento de Qumrán. Desde allí tendría que alcanzar el camino principal y descender hasta la carretera. Comprobó la hora en su reloj de pulsera, que, por fortuna, se había salvado, y pensó que no era probable que circulara ningún vehículo a aquellas horas que pudiera acercarle hasta Jerusalén; y, de haberse encontrado con alguno, seguro que se trataría de las fuerzas de seguridad israelíes. Resultaba poco conveniente toparse con ellos y lo sabía, no le convenía meterse en ningún problema.

Sin embargo, tenía por delante seis o siete kilómetros de carretera hasta Kalia, el pueblo más cercano. Al llegar al villorrio encontraría la forma de que alguien le llevase hasta Jerusalén. Y la encontró, a un vecino musulmán no le importó acercarle a cambio de lo que consideró una «módica» cantidad de dinero, pero solo porque era un hermano árabe en apuros. A Abdul le desagradó su hipocresía, el viaje le supuso casi todo el efectivo que contenía su cartera.

Tras pasar por casa y cambiarse se dirigió sin perder un minuto a la asociación, allí no quedaba nadie ya, pero entró con su propia llave para telefonar al domicilio privado de Martin. Repitió la operación varias veces sin conseguir ningún resultado. Entonces decidió encaminarse hacia el hotel donde se alojaba Sinclair con la esperanza de que a él no le hubiera retenido la policía.

Le esperó durante un par de horas sentado en la salita de entrada hasta que le vio aparecer. Le hizo una seña con el brazo y el *professor* se acercó a él. Abdul le ofreció asiento. Fue uno de los pocos momentos en que Sinclair se alegraba de ver a aquel hombre. No tenía nada contra él, pero de los tratos con el árabe siempre se encargaba Martin, ahora no tendría más remedio que hacerlo personalmente y esperaba que él no fuera tan burdo como su primo.

—Martin y Jamal tienen problemas graves —le confirmó al joven—. Probablemente serán encarcelados a la espera de juicio. —El otro bajó la cabeza—. Mañana llamaré a Barry Michael Zinn, es el mejor abogado. —Abdul le conocía, de oídas—. Está muy vinculado a la embajada y su bufete conseguirá los mejores resultados para ellos.

—¿Podré verlos? —preguntó.

A Abdul le habría gustado hablar con Martin y con su primo.

—No te lo aconsejo, podrían relacionarte con el caso y yo todavía te necesito.

Las últimas palabras le dieron a entender al joven que la investigación proseguía y realizó unos rápidos cálculos mentales. «Es preferible trabajar para el *gran jefe* que para el jefe a secas», pensó, solo esperaba que respetara sus condiciones económicas o, si fuera posible, que las aumentara.

—¿Cuándo? —fue todo lo que preguntó.

—Ahora. Vigila el hotel de Andrea y no la pierdas de vista. —En un principio tuvo dudas de a quién debía controlar Abdul, pero sería más fácil hacerlo con la mujer. Estaba seguro de que Victor no iría a ninguna parte sin ella y más si tenía en cuenta que estaba herida. Aquello le hizo pensar en otra posibilidad—. Si mañana por la mañana no ha llegado al hotel —le dijo pensando en que quizá estuviera ingresada en algún hospital de Jerusalén—, te apuestas frente a la tienda de Said. ¿Entendido?

—Perfectamente, jefe.

—¿Tienes mi número de móvil? —Ante el asentimiento del joven, prosiguió—: Llámame en cuanto los localices y no los pierdas de vista. Necesito conocer su próximo movimiento. Es muy importante que trates de averiguar qué van a hacer ahora.

Sinclair estaba perdido en cuanto al rumbo que debía seguir con el Rollo de Cobre. Buscar los tesoros por él mismo, sin la ayuda de Andrea y estando Martin en comisaría, no le parecía una idea muy factible.

Ya estaba entrada la mañana cuando Andrea y Victor se despidieron de Said y de su esposa. Habían aceptado pasar lo poco que quedaba de la noche pernoctando en casa de su amigo y ahora se dirigían al hotel de la orientalista. La mujer deseaba cambiarse de ropa antes de ir a visitar al doctor Cohen.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó al investigador mientras escogía unos vaqueros y una camisa del armario de su habitación.

—Algo más de una hora, no hay prisa. Nos veremos aquí en Jerusalén. Hemos quedado con Elijah en el café Tmol, dice que nos gustará.

El café quedaba a poca distancia del hotel en el que se alojaba Andrea, aunque sería necesario tomar un taxi.

Mientras la mujer se cambiaba, el joven observaba el bullicio de la ciudad mirando por el balcón. Los turistas iban y venían incansables y la calle de abajo estaba ocupada por un grupo que esperaba el autocar para llevarlos de excursión hasta algún enclave más alejado.

Levantó la tapa de su móvil y marcó el número de Jérôme. Le esperaba una buena reprimenda por haber desobedecido de nuevo a su jefe y haberse «olvidado» de contratar los servicios de una empresa de seguridad, tal y como le recomendó. Y otra más por haber terminado en comisaría la tarde anterior, y posiblemente el sermón no acabara ahí, pero aguantaría el chaparrón como pudiera; al fin y al cabo, tendría que verle al día siguiente para el entierro de Isaac y prefería llevarse el rapapolvo por teléfono.

Cuando Andrea salió del baño, Victor ya había cortado la comunicación y la esperaba sonriendo. Lo de su jefe no había ido tan mal.

—¿Nos vamos? —le preguntó ella comprobando la hora.

Él hizo un gesto de asentimiento y le preguntó cómo se encontraba.

—Bien, mejor que anoche, aunque algo cansada todavía.

Se rozó el hombro donde le habían dado un par de puntos y lo sintió dolorido. La brecha de la cabeza le había dejado un dolor sordo que intentaba acallar con analgésicos.

Estaba preciosa con aquellos simples vaqueros y la camisa blanca. Sus ojos tenían el brillo de siempre y su cabello limpio esparcía un aroma a azahar por la habitación. El hombre la tomó por la cintura y la besó despacio, con cariño.

—¿Y ahora?, ¿cómo te sientes? —prosiguió besando su cuello.

—Estoy perfecta —tartamudeó ella apartándole con una sonrisa.

Si continuaba por aquel camino no llegarían tarde a su reunión, simplemente no llegarían.

Cuando abandonaron el hotel pidieron un taxi y le indicaron su destino, no fue necesario que le ofrecieran ningún detalle, ni siquiera que tenía que acceder al local por la parte posterior, por la calle Salomón, como les había advertido Elijah.

El café Tmol era muy afamado en Jerusalén. Aunque había sido inaugurado como café en el año 94, ya existía como negocio desde mucho antes. Su edificio de piedra, con más de cien años de antigüedad, le confería un toque de rancio abolengo y a Andrea le sorprendieron las numerosas estanterías con libros que recubrían las paredes. En realidad, como le explicaría el doctor más adelante, el café Tmol era un centro de intelectualidad con un calendario de eventos artísticos y literarios, no solo un lugar agradable donde comer o tomar una copa.

Elijah los esperaba sentado en una mesa y se levantó nada más verlos entrar por la puerta. Victor le presentó a Andrea y él besó su mano con caballerosidad, un acto que a la mujer le pareció cortés, a diferencia de las ocasiones en que Martin intentaba hacer lo mismo.

—Gracias —le dijo cuando el doctor le separó la silla.

—¿Le gusta el local? —le preguntó.

Asintió. El café poseía un encanto especial, con sus arcos abiertos, su mezcla de paredes encaladas con otras recubiertas de piedras y sus lámparas antiguas. La decoración contaba con el sabor especial que ofrecían las mesas y las sillas de madera, con algún que otro sillón acolchado y con acogedores rincones de lectura. No era un lugar para turistas y no se apreciaba la impostura de esos negocios montados con una fachada de buen gusto, de lo nuevo que quiere parecer antiguo. En realidad, todo se veía usado, pero con una sensación de comodidad que no pueden ofrecer ni los mejores decoradores.

—¿Una cerveza? —les ofreció el anciano mostrando la suya casi vacía.

Victor aceptó, pero la mujer prefirió un vino tinto, a ser posible de la tierra.

Antes de que el doctor Cohen pudiera añadir nada más, el joven le agradeció su ayuda del día anterior y le pidió disculpas por haberle comprometido en su investigación.

—No tiene importancia. Serán solo algunos días dando explicaciones a la gente del gobierno. Al fin y al cabo —se convenció—, ¿qué me van a hacer? Soy israelí y tengo ochenta años.

De cualquier forma, Victor volvió a reiterar su agradecimiento.

Para cuando el camarero les trajo las cervezas y el vino de Andrea, el anciano ya los había metido de lleno en una nueva conversación.

—No he dejado de darle vueltas a tu idea —se dirigió al joven— de que los mandeos están implicados en todo esto —les dijo.

—Ni yo —le confirmó él.

—De hecho, el Rollo de Cobre puede estar vinculado con ellos.

—¿De qué forma? —preguntó la orientalista.

—A través de su escritura —se explicó—. Hay pasajes en el texto que son un tanto enigmáticos. —Los otros dos se rieron, en realidad todo el rollo era un enigma de principio a fin—. Os lo aclaro —les dijo el doctor cuando dejó de reírse—. Esos pasajes están escritos en un lenguaje que dejó de hablarse hace setecientos u ochocientos años y que ya no se usaba cuando se redactó el manuscrito de cobre. Además, el resto del texto utiliza términos que solo son comprensibles a través del estudio del arameo y del acadio.

—El lenguaje mandeo procede del arameo —confirmó Andrea.

Victor asintió y permitió que el doctor prosiguiera.

—Y tanto el estilo de escritura como su ortografía, así como el hecho de haber sido escrito en cobre, convierten al manuscrito en una rara avis.

Era cierto, el Rollo de Cobre era un extraño rollo, único, ya que no se había encontrado ningún otro a lo largo de la Historia que tuviera algún punto en común con él, ni en su estilo, ni en su escritura, ni en el material.

—No resultaba fácil hace dos mil años estirar una fina lámina de cobre de una pureza del noventa y nueve por ciento hasta dejarla en un milímetro de grosor. ¡Habría sido más sencillo preparar una hoja de papiro! —Victor tenía razón; el cobre tan puro resultaba mucho más difícil de moldear que si le hubieran añadido una mezcla de estaño, pero también sabía que la aleación daría como resultado un material mucho más duro imposible de ser enrollado. Y era necesario poder enrollar la lámina de cobre.

—Y un cobre tan puro no era de uso común. En la zona de Israel no pudieron comprarlo. Hacía más de mil años que no se usaba, todos los metalúrgicos lo mezclaban con estaño. Y si lo hubieran encontrado, su precio habría sido elevadísimo. —Elijah hizo hincapié en la última palabra alargándola para resaltar la importancia del precio.

De hecho, estaba ampliando un comentario que ya le hiciera al investigador en su yacimiento del valle de Hircania.

—Además de la dificultad de escribir sobre él —prosiguió el joven—, golpeando con un punzón y una maza de madera repetidas veces hasta conseguir grabar una letra.

Andrea los escuchaba, pero su razonamiento iba mucho más allá.

—¿Y qué me decís del Rollo de Plata? —les preguntó.

Este segundo manuscrito era de conocimiento común entre los arqueólogos. Al final del Rollo de Cobre se mencionaba un lugar en el cual habían ocultado un manuscrito escrito en plata que era una copia del de cobre, pero especificaba mejor los lugares donde estaban ocultas las riquezas y los historiadores pensaban que si lo encontraban conseguirían hallar todos los escondites.

Entonces volvió a intervenir la mujer estableciendo una relación entre los dos tipos de metal.

—¿Sabíais que los mandeos eran conocidos como «los trabajadores de la plata de Amara»? —Los dos hombres la miraron sorprendidos—. Cuando la señora Drower llegó por primera vez a Irak a mediados del siglo pasado, los mandeos ya eran reputados orfebres en la ciudad de Amara y sus trabajos en plata estaban muy solicitados. Hoy día —les aclaró—, todavía es una de sus principales ocupaciones. Cualquiera que viaje a Irak y decida traerse una pieza de joyería como recuerdo puede estar seguro de que será mandea.

—Es decir —le interrumpió el doctor—, el trabajo de grabar en cobre con un punzón no habría sido una tarea tan compleja para un mandeo.

Ella asintió con un leve gesto de la cabeza.

—Los orfebres no tienen por qué saber escribir —le apuntó dando por hecho que todos conocían la gran cantidad de errores que contenía el documento, como si hubiera sido copiado por un analfabeto.

—Desde que hablé contigo —dijo el anciano dirigiéndose a Victor—, estoy cada vez más seguro de que esos hombres han estado muy presentes en todo lo que ha tenido que ver con Qumrán, con sus manuscritos, sus costumbres...

Había un poso de la teología mandea y de sus hábitos en los esenios. Una relación que al principio no le pareció del todo posible, pero que ahora estaba clara hasta el punto de que comenzó a parecerle imposible que ningún arqueólogo hubiera establecido esa conexión antes.

El investigador llamó la atención del camarero y le pidió una nueva ronda de bebidas, después formuló otra duda relacionada con el enterramiento en donde habían encontrado los cien lingotes de oro.

—De hecho, la T1000 es una tumba diferente al resto por muchos motivos, su orientación este-oeste en lugar de norte-sur, el poseer un pequeño edificio que la protegía o el haber enterrado al hombre en un ataúd recubierto de cinc —este último punto no lo había podido comprobar por sí mismo, ya que hacía algunos años que los arqueólogos habían retirado el féretro— me hacen pensar en que son pistas que nos indican algo, su orientación tiene que poseer un significado. No puede ser distinta porque sí, sin más.

—Para los mandeos —le interrumpió Andrea—, al igual que para los esenios, el Paraíso se encuentra al norte, si se trata de un enterramiento mandeo, también estaría orientado hacia el mismo punto cardinal que el resto de los enterramientos, no hacia el este.

—El asentamiento de Qumrán también está orientado al este.

Victor meditó las últimas palabras del anciano.

—El sol sale por el este y el sol representa la Luz. —Aunque Andrea sabía adónde deseaba dirigirse con su razonamiento, el joven se explicó para que Elijah lo comprendiese—. La Luz para los mandeos es la base primordial de su teología. —Entonces recordó la «a» de su alfabeto, la que vio en la cueva, como un sol despidiendo rayos dorados.

Todo estaba relacionado. Ya no le quedaba ninguna duda, su teoría cobraba fuerza por momentos.

Cuando se acercó el camarero para dejarles la nueva ronda de cervezas y el vino para Andrea, el doctor Cohen aprovechó para pedirle la carta. Se hacía tarde y el menú del café Tmol era muy bueno.

—Comemos aquí, ¿os parece? —les preguntó.

Sus compañeros asintieron.

Apenas cinco minutos después, el hombre ya había tomado la comanda satisfecho porque habían aceptado sus sugerencias. La ensalada Amanda era la reina de la casa y el Kebab del mar les resultaría delicioso como entrante.

Los tres prosiguieron su conversación nada más dejarles el camarero.

—Ahora veo clara la relación que existe entre los mandeos y los esenios —apuntó el doctor—. Lo que no acabo de comprender es adónde puede conducirnos.

—A Egipto —le contestó Victor sin ningún género de duda en su voz. Dio un trago a su cerveza procurando no dejarse un bigotillo blanco de espuma y continuó—: Ellos aseguran que proceden de allí.

Miró a Andrea para que secundara sus palabras y aumentara su explicación.

—Esa idea forma parte de su mitología —asintió con cautela—. Los historiadores no somos capaces de retrasar tanto sus orígenes, pero...

El joven la interrumpió.

—Hay indicios que lo confirman.

Ella le sonrió y palmeó una de sus manos, que descansaba sobre la mesa.

—Sí, hay indicios.

—Cuéntenos lo de Ptahil y lo del calendario —le pidió—. ¡Ah! —recordó luego—, y lo del Banquete de los Egipcios.

Richard Pearlman era un hombre delgado de cuarenta y tantos años, con el pelo claro y la piel muy blanca. Nada en él desentonaba, pero tampoco poseía ningún rasgo característico que mereciese una mirada más atenta. Quizá por eso le habían elegido para ser el cónsul general de Jerusalén.

Cuando su asistente le anunció la llegada de Sinclair, el hombre se puso en pie para recibirle y le estrechó la mano con aparente cordialidad.

—Siéntate, por favor —le sugirió al *professor*—. ¿Un té? —Luego recordó que prefería el café y que le gustaba saborear de vez en cuando un Blue Mountain de Jamaica—. ¿Prefieres café?

Richard también sabía que solía beber buen whisky escocés, de malta, sin mezclas, pero era casi la hora de la comida y ofrecerle una copa le pareció poco adecuado.

Al ver que su invitado asentía ante el ofrecimiento del café, se dirigió a su asistente y le pidió dos tazas.

Le había citado en su residencia en lugar de hacerlo en su despacho oficial porque habría sido toda una descortesía por su parte teniendo en cuenta que sus familias se conocían desde hacía años, pero sabía que aquella antigua amistad le podría ocasionar algunos problemas. Sin ir más lejos, como cónsul no debería haberse inmiscuido en los asuntos legales israelíes y mucho menos intervenir para que no constara su arresto. Aliviaba su conciencia el hecho de que había actuado a nivel personal, sin utilizar su cargo; pero bien sabía que si no hubiera sido el cónsul general, Sinclair estaría ahora acompañando a sus amigos en alguna celda.

Richard Pearlman se volvió hacia su invitado y tomó asiento cerca de él.

—¿Y bien? —le preguntó a su amigo—. ¿Cómo te van las cosas? —De sobra sabía que en Israel le iba algo mal, pero se trataba de una simple pregunta de cortesía.

—Gracias por tu ayuda de anoche.

—No hay de qué. Discúlpame por no haber podido acudir en persona, teníamos una recepción —se excusó.

Aun sin compromisos oficiales, a Richard no se le habría ocurrido aparecer por la comisaría, se habría comprometido en exceso. Tenía claros cuáles eran los límites que no pensaba traspasar.

—Tu ayudante hizo un buen trabajo, parece un gran negociador.

—Lo es —admitió el cónsul consciente de su valía. Sin embargo, no pretendía hablar sobre su gente, prefería enterarse de dónde se había metido su conocido—. ¿Qué fue lo que sucedió? —Ante la duda que recorrió el rostro de Sinclair afinó su pregunta—. La verdad, si no podríamos tener problemas.

Richard ya conocía la versión de su ayudante.

—Inicié una excavación sin tener los permisos reglamentarios —le explicó, aunque tampoco era toda la verdad—. Los otros se me adelantaron.

—Ellos sí parecían contar con las autorizaciones pertinentes.

—Lo dicho, se me adelantaron. Martin Crown me dijo que contábamos con ellas, pero no era cierto.

La asistente les sirvió el café humeante y Sinclair aprovechó para deleitarse con su aroma. Después de eso bebió un sorbo y retuvo en sus manos la taza en lugar de dejarla sobre la mesita del centro.

—He podido librarte gracias a ser quien eres y a mis influencias —prosiguió Richard cuando la asistente ya los había dejado—, pero no ha sido fácil. —Más que una afirmación fue una llamada de atención, no deseaba que volviera a repetirse un incidente de ese tipo.

Samuel había captado el doble sentido de sus palabras.

El Kebab del mar les resultó delicioso, con sus siete variedades de pescado servido en una cama de hierbas y pimientos asados. Pero a Andrea le impresionó aún más el exquisito sabor del filete de salmón que había pedido como plato principal, no en vano era una de las especialidades de la casa.

—¿Os gusta el vino? —Elijah había elegido uno de la zona de Yoav-Judea, que comprendía los viñedos del área de Jerusalén. Era tinto, pero a la orientalista no le importó degustarlo con su plato de pescado.

El doctor Cohen era un buen anfitrión en su tierra y conocía muchos lugares y muchas historias para entretener a los visitantes y hacer que su estancia en Jerusalén fuera inolvidable, si la ciudad no lograba conseguirlo por sí sola. Sin embargo, aquella reunión tenía otros fines. Ya les aconsejaría más adelante qué sitios no turísticos debían visitar antes de irse.

—Retomando la conversación anterior... —insistió Victor.

—Estábamos hablando de la relación con el pueblo egipcio —adelantó el doctor.

Andrea bebió un sorbo del vino y se dispuso para explicarles los indicios de ese vínculo.

—Es cierto que los mandeos afirman haber vivido en Egipto y en su vocabulario algunas formas parecen apuntar a ese origen. —Para no entrar en explicaciones docentes que alargarían su exposición se limitó a hablarles de un par de raíces en común—. Pero quizá lo más destacable sea su calendario. El de los mandeos es solar, como el egipcio; y ambos están formados por 360 días al que han sumado otros cinco.

—Como el esenio —se sorprendió Elijah—. También utilizan uno solar y es curioso porque el resto de los judíos han usado siempre uno basado en los ciclos de la luna.

«Sí, resulta curioso», pensó Andrea, y prosiguió:

—Esos cinco días añadidos al final están dedicados a conmemorar la Creación y guardan similitudes entre ambas culturas. Es más, los egipcios celebraban su día de Año Nuevo coincidiendo con la crecida del Nilo, un evento de suma importancia para ellos que venía a suceder a finales de julio.

—Y los mandeos adquirieron esa misma costumbre —le cortó Victor.

—En efecto, ellos también celebran su Año Nuevo sobre las mismas fechas —le confirmó la mujer—. Y nos queda Ptahil.

—Y el Banquete de los Egipcios —le recordó él.

—Sí, también. Con respecto a Ptahil —continuó—, el parecido con el dios egipcio Ptah es increíble, no solo en el nombre. Ptah fue el encargado de crear al primer hombre al principio de los tiempos y el Ptahil mandeo, junto a otros entes, creó el mundo.

Elijah se encontraba sorprendido sobre esos paralelismos que no dejaban lugar a dudas.

—¿Y el famoso banquete? —preguntó mirando a Victor.

—Se trata de una fiesta mandea —le explicó él— que rememora a los mandeos que realizaron la migración desde tierras de Egipto hasta Israel y que estuvieron a punto de perecer ahogados en las aguas del Mar Rojo.

Aquello trajo a la mente de Elijah una relación muy clara con la historia bíblica del Éxodo de los judíos cuando huyeron del faraón.

—No puedo negar que me habéis impresionado —les dijo Elijah—. A pesar de carecer de pruebas irrefutables sobre la relación entre los mandeos y Egipto, y a su vez entre los esenios y los mandeos, los indicios que me habéis contado son más que suficientes para derivar la investigación sobre el Rollo de Cobre hacia otro lugar. Creo que hemos estado excavando demasiado tiempo en Israel. Ahora deberíamos mirar hacia...

—¿Egipto? —le interrumpió el investigador.

—Egipto, en efecto. Resultaría muy plausible —resumió el doctor — que los esenios hubieran entrado en contacto con los mandeos en tiempos remotos y que hubieran sido influidos por ellos en su teología y en sus costumbres, incluso en lo relativo a Egipto, hasta el punto de haberles solicitado ayuda cuando tuvieron que ocultar parte del tesoro del Templo. De todas formas —meditó—, conozco a alguien que podrá aclararnos un poco este asunto.

—¿Vive aquí? —le preguntó Victor pensando en concertar una reunión de urgencia con él.

—No, es británico y ahora está en Inglaterra. Hace unos años publicó algunos libros sobre el Rollo de Cobre con unas teorías que no toda la comunidad científica aceptó de buen grado pero que a nosotros, ahora, pueden resultarnos muy útiles.

«Hablaré con él esta tarde», pensó Elijah, y eso le llevó a un nuevo interrogante: ¿sería cierto que podrían encontrar algunos tesoros del Rollo de Cobre en la tierra de los faraones?

—¿Postre? ¿Café?

La pregunta del camarero los sobresaltó. Habían estado demasiado concentrados en la conversación y no se habían percatado siquiera de que el hombre les había retirado los platos. Pero asintieron a su segunda propuesta, aunque el doctor Cohen le sugirió a Andrea que probara el té Tmol, otra especialidad de la casa con verbena, manzanilla, hierba limón y salvia, una infusión muy aromática. Ella se lo agradeció, a media tarde siempre prefería una tisana.

—¿Solicitamos los visados para Egipto? —les insinuó Victor.

Ninguno se había percatado de la presencia de un hombre delgado con algunos moratones en la cara y una cicatriz que le partía la ceja izquierda sentado algunas mesas más atrás. En su posición, solo Elijah podía verle el rostro, pero el anciano no le conocía, ni siquiera se fijó en el rosario que desgranaba lentamente entre sus dedos. Abdul no se había perdido ni una sola de las palabras de su conversación.

Sinclair había captado el sentido más amplio de la frase del cónsul general y le aseguró que no le pondría en ningún otro aprieto de esas características.

—No volverá a ocurrir —prometió tomando otro sorbo de su café —: ¿Podrás hacer algo por Martin y por Jamal?

Le preocupaba su situación, aunque sabía que tenían casi todo en su contra.

—Lo tuyo ya me ha puesto en un aprieto. No desearía involucrarme más. —A pesar de sus amplias dotes diplomáticas, el cónsul prefirió ser directo; ayudar a los otros dos le podía suponer un grave problema. Máxime cuando Jamal era palestino—. Contrata a Barry —le recomendó—. Es el mejor.

—Ya lo he hecho.

—Bien. —Richard levantó su taza.

Por Sinclair había tenido que arriesgarse, pero no tenía intención de hacerlo por sus compañeros.

—¿Podrías hacerme otro favor? —El diplomático permaneció a la escucha—. Necesito saber si una señorita, Andrea Jacobs, de nacionalidad británica, tiene pensado salir de Israel; y en caso afirmativo para qué país ha solicitado la visa. —Aún la habría perdonado, todavía la echaba de menos, pero era necesario tenerla bien vigilada.

Richard se pensó su respuesta, aquello no le comprometería mucho. Bastaría con que su ayudante estuviera al tanto.

—Hecho.

—Otra cosa más, ¿tienes forma de saber si ha reservado vuelo en alguna línea aérea? —Richard asintió—. ¿Podrías comunicármelo cuando lo haga?

—Podría.

A medida que avanzaba su conversación, el cónsul se había vuelto cada vez más parco en sus respuestas, como si todo aquel asunto le fuera en extremo desagradable. A Sinclair no le importaba demasiado, requería que le hiciera aquel pequeño favor y le apretaría cuanto fuese necesario.

—¿Entonces?

—Te lo haré saber —le contestó Richard.

—Por cierto, necesitaré un visado, ¿lo gestiono en el consulado como todo el mundo?

Eso era la puntilla y ambos lo sabían, no era necesario haberse comparado con «todo el mundo». El diplomático podría haberle contestado de malas maneras, sin embargo, prefirió comerse las palabras. Prepararle una visa era la mejor manera que tenía de verle fuera de su jurisdicción. Ahora se alegraba de no haberse involucrado nada más que lo justo en aquel asunto.

—¿Para quién? —le preguntó; pero luego apostilló él mismo—. Dile a la secretaria del CSJ que me envíe los datos por fax, tendrás el visado en un par de horas desde la recepción del documento.

Le tocó el turno de resarcirse a Richard. Su alusión a la gente del CSJ no era arbitraria, conocía perfectamente las actividades de la asociación y lo cerca que estaban del borde de la ilegalidad, como

también sabía que Sinclair estaba más involucrado con ellos de lo que había reconocido.

Desde el principio de la conversación le había pedido la verdad sobre lo sucedido. Una cosa era mentir a su ayudante y decirle que los de la asociación le habían utilizado, y otra cosa era engañarle a él, que se había arriesgado por ayudarle.

Cuando advirtió que lo que había ido a hacer al consulado ya estaba hecho, Samuel apuró el último trago del excelente café y se incorporó recogiendo su bastón.

—Gracias por todo, amigo —había cierta ironía en sus palabras.

—Te acompaño a la puerta —le contestó Richard aliviado por que se marchara.

Al llegar, el cónsul le estrechó la mano y le mostró una sonrisa de circunstancias que no pudo disimular.

—Da recuerdos a tus padres —le dijo Sinclair antes de girarse y alejarse calle arriba.

El miércoles amaneció luminoso y despejado, pero, a medida que avanzaba la mañana, el cielo fue cubriéndose de gruesos nubarrones de tormenta que amenazaban lluvia. Estaban en primavera y no podía descartarse que aquel día cayera algún chubasco.

—Era previsible —aventuró Andrea cuando salió del consulado británico y observó que se había ocultado el sol.

Victor la esperó en la entrada mientras ella solicitaba su visado para poder viajar a Egipto. Antes habían pasado por el italiano para solicitar el de él. Si todo iba bien, al día siguiente podrían recogerlos.

Ambos consulados, tanto el italiano como el inglés, tenían sus oficinas en la zona este de la ciudad, en el barrio Sheik Jarrah, cerca de la colonia americana y fuera del casco antiguo. Un sector tranquilo en la parte nueva pero construido con gusto y elegancia a mediados del siglo pasado.

—¡Taxi! —gritó Victor alzando la mano.

Cuando el hombre se detuvo, abrió la puerta y dejó paso a Andrea.

—Al Jerusalem View —le pidió.

—Ese es el cementerio que está a las afueras, ¿verdad? —quiso confirmar el taxista.

Isaac había manifestado en su testamento el deseo de ser enterrado junto a su esposa en el Jerusalem View, un cementerio pequeño situado a diez kilómetros de la ciudad.

En el poco tiempo que separó sus muertes, el anciano había comprado una lápida al lado de la de ella. Durante más de cincuenta años de matrimonio, solo se habían separado aquellos meses y deseaban pasar juntos el resto de la eternidad. Ahora podrían hacerlo.

Cuando el taxi dejó a Víctor y a Andrea ante las puertas del cementerio, Said ya había llegado y los esperaba en la entrada. Alzó una mano a modo de saludo para llamar su atención entre la multitud. Un poco más a su derecha, el doctor Cohen conversaba con

el hermano pequeño de Isaac y con su esposa, también vio llegar a los jóvenes y les hizo un gesto con la cabeza.

La entrada del pequeño cementerio, de menos de quinientas tumbas, estaba atestada de personas que habían conocido a Isaac y querían despedirse de él. El investigador no reconoció a nadie más, pero echaba en falta a su jefe. Jérôme le dijo que tomaría un taxi directamente desde el aeropuerto hasta el cementerio y que se encontrarían en la entrada. Pero aún no había llegado y le extrañaba su retraso.

El joven comprobó la hora en su reloj y al levantar la cabeza observó que acababa de llegar otro taxi. De su interior salió un hombre negro vestido con un impecable traje oscuro, con corbata también oscura y camisa blanca. Jérôme Cavaliere era un anciano alto y delgado de andares pausados y gestos comedidos. Irradiaba serenidad. Se atusó el pelo canoso y rizado antes de recoger la vuelta que le devolvía el taxista y se dirigió hacia el investigador. Cuando llegó a su altura, Victor le estrechó la mano, pero los ojos entrenados del anciano no se separaban de la mujer que había a su lado y, sin ser necesaria ninguna explicación, Jérôme supo por qué su joven investigador de campo no deseaba volver a Roma, por lo menos no tan pronto.

—Te presento a Andrea.

El hombre estrechó su mano con la firmeza justa y alabó su belleza. Entendía perfectamente que la investigación en la que estaba sumido Victor se hubiera retrasado y no le sorprendería que necesitara algunas semanas más para finalizarla. Sonrió para sus adentros.

En ese momento se les acercó Said y Victor también los presentó. Aunque no se conocían personalmente, el joven le había hablado a su jefe del anticuario que en tantas ocasiones le había ayudado en sus casos.

Interrumpieron su conversación cuando el vehículo fúnebre alcanzó la entrada del cementerio; la comitiva le dejó paso y después caminó tras él. Jérôme calculó que allí habría al menos un centenar de personas, no le extrañaba en absoluto que su amigo Isaac fuera tan querido, pero lamentó no conocer personalmente a sus familiares más cercanos y tener que ofrecer el pésame a unos desconocidos.

El cementerio Jerusalem View, enclavado en el área montañosa al norte de la ciudad, estaba cuidado y rebosaba luz y belleza. Muy al contrario que otros lugares destinados a la muerte, en él se alternaban las lápidas blancas con los espacios verdes. Más que un cementerio parecía un parque, con árboles centenarios a cuyos pies descansaban los fallecidos.

Los nichos se distribuían por el suelo de forma irregular, reunidos en grupos de tres o cuatro, y rodeados de pequeños arbustos y macetas con plantas que habían dejado los familiares. El césped a su alrededor se veía recién cortado y el cielo, que amenazaba lluvia, potenciaba el aroma de la vegetación. Era un lugar hermoso. Así se lo había dicho su esposa a Isaac y él había estado de acuerdo. «Cuando muera me gustaría ser enterrada aquí.» Pareció una premonición.

Habían acudido al cementerio para acompañar a un pariente en su último viaje y a ella le había maravillado el sitio. No parecía un lugar de entierro o, mejor dicho, sí lo parecía, con sus lápidas con inscripciones en hebreo y sus tumbas diseminadas por el suelo; pero la mujer agradeció la alegría que emanaba el lugar encarnada en la vegetación y en las plantas. No tardaría mucho en tener que «vivir» allí para siempre.

Cuando el vehículo fúnebre se detuvo en mitad de un pequeño claro, los empleados de la compañía ya habían despejado el terreno y la fosa del suelo estaba preparada para acoger al anciano. Habían tenido que retirar todas las macetas con geranios que rodeaban la tumba de su mujer y que ocupaban parte del espacio que estaba destinado a su propio cuerpo. Ahora comenzaban a dar sus primeras flores, rojas, rosas, blancas y moradas. Víctor se secó una lágrima dispuesta a rodar por su mejilla y recordó la fachada de la casa del doctor Ben Shimon llena de tiestos. Lo que desconocía era que los geranios del cementerio habían crecido de esquejes que el mismo Isaac había cortado de aquellos otros que su mujer cultivaba en casa, y que él había continuado cuidando con cariño; como si fuera lo único que, después de muerta, podía aliviarle del dolor de su pérdida.

La ceremonia fue muy emotiva, el hombre con el que había estado hablando Elijah en la entrada dio un pequeño discurso recordando a su hermano y agradeciendo a los presentes su asistencia al acto. El sacerdote judío cumplió con su ritual y, al final, entonaron un cántico sagrado. Hubo muchas lágrimas. Jérôme se emocionó al pensar cómo un hombre viejo podía ser tan querido y de ahora en adelante tan añorado cuando parecía que, en un mundo demasiado rápido, como el que les había tocado vivir, solo la muerte de los jóvenes era verdaderamente llorada; como si los ancianos, por haber gastado su vida, solo tuvieran derecho a la muerte y no a los llantos ni a los recuerdos.

Mientras el eco de los últimos cantos todavía resonaba entre las lápidas, y las postreras palabras de despedida se arremolinaban en torno a los troncos de los árboles, los asistentes fueron abandonando el cementerio. Caminaban con las cabezas bajas, algunas mujeres se habían tomado del brazo y otras se enjugaban alguna lágrima. No había afectación en sus actos, eran sinceros, porque sincero era el sentimiento que profesaban a Isaac.

Antes de enfilarse el camino hacia la salida, y ya solo ante la tumba de su amigo, Jérôme se santiguó, como un cristiano. No había contradicción en un hecho como aquel. El anciano no lo hizo como una muestra de descortesía, la amistad estaba por encima de las religiones y era la forma que aquel hombre tenía de despedirse para siempre de un buen amigo. De haber podido, le habría abrazado con fuerza palmeando su espalda.

Abdul se había echado una «siestecita» en su vehículo mientras todos estaban dentro del cementerio. Llevaba dos noches sin poder dormir de un tirón. La primera porque estuvo vigilando la entrada del hotel

donde se alojaba Andrea sin ningún resultado y dormitó a ratos temeroso de no verla aparecer. Después, había perdido todo el día siguiéndolos, a ella y a Victor, por toda la ciudad y a punto estuvo de dejar caer la cabeza sobre su filete de pescado en el café Tmol de puro cansancio mientras intentaba captar su conversación. La última noche había sido algo mejor, pero necesitaba una cama cómoda y poder estirarse por completo. Se giró en el asiento del conductor y se clavó el volante en el costado. Miró por el parabrisas, pero no vio salir a nadie del cementerio y volvió a colocarse de frente para dormitar otro rato más.

Había aparcado en un lugar discreto, desde donde podía vigilar sin ser visto. Por eso, cuando los primeros vehículos en marcharse cruzaron cerca de él, solo tuvo que desperezarse y esperar que pasara la furgoneta de Said.

Casi media hora más tarde se detuvo en la parte posterior de la tienda del anticuario y observó el ascenso de todos a su residencia. Supuso que se dispondrían a comer. Un rugido de su estómago le recordó que solo había desayunado un par de tés y buscó con la mirada algún local cercano donde pudiera tomar algo sólido. Lo localizó unos cuantos metros calle arriba.

Antes de bajar del vehículo decidió telefonar a su nuevo jefe para ponerle al día de los últimos acontecimientos.

—Señor Sinclair, Abdul al habla.

—Dime —le respondió—, ¿tienes noticias nuevas?

Le informó de la visita de los dos jóvenes a sus respectivos consulados, lo que le hizo suponer a Samuel que habían ido a solicitar un par de visas.

—¿Sabes para dónde?

El árabe no había podido entrar en los edificios y ese día ni siquiera había dispuesto de la posibilidad de acercarse tanto como el anterior, con lo cual sus conversaciones quedaron fuera de su círculo auditivo.

—No —le respondió.

Al *professor* no pareció importarle en exceso, había supuesto con bastante certeza que lo más probable era que viajaran a Egipto.

—¿Dónde están ahora?

—En la vivienda del anticuario. —Abdul ahogó un bostezo para que su jefe no advirtiera lo cansado que estaba.

—Está bien. Come algo tú también, pero no dejes de vigilar.

Aquel gesto le pareció a Sinclair de lo más condescendiente.

Cuando colgó a su nuevo ayudante marcó el teléfono de la asociación y le pidió a la secretaria de Martin que enviara los datos al consulado británico solicitando un visado para Egipto. También le ordenó que arreglara los papeles de Abdul para que pudiera salir del país lo antes posible.

Fátima los esperaba en casa. Said le había pedido que ese día organizara una comida para todos. Cuando el anticuario se lo comentó a Victor y a Andrea, a los dos les pareció muy buena idea,

sobre todo al joven, que pensó que, si mantenía a su jefe ocupado con los otros «integrantes» del equipo, se ahorraría tener que hablar en privado con él, y al escuchar los razonamientos del resto sobre la investigación en curso sería mucho más fácil de convencer. O, al menos, eso creía. Disponía de unas pocas horas para que le diera el visto bueno a su última intención de viajar a Egipto antes de que tomara su vuelo hacia Roma.

—Está delicioso, señora —le decía el doctor Cohen a Fátima alabando sus dotes culinarias mientras se servía otra empanadilla de carne.

Era un hombre de buen comer capaz de dejar atrás al insaciable de su anfitrión.

La esposa de Said, ayudada por sus tres hijas, aunque la pequeña solo se había encargado de poner la mesa, había preparado para la ocasión algunos de los platos más típicos de su cultura. Las dos mayores habían dedicado la mañana a hacer el cuscús y asar el cordero, que en su tierra se prefería recental y no lechal. Ella elaboró con paciencia varias pastillas, un plato con finas capas de masa filo rellenas, algunas con carne de pichón y otro par más con frutos secos y miel para el postre. No se olvidó de elaborar una gran bandeja con los pastelillos de pistacho que tanto gustaban a su marido; y ensalada de berenjenas, hummus de sésamo, pastas rellenas de carne... y unas galletas de mantequilla para el té.

—Es cierto, querida —secundó Said al doctor Cohen—. ¿Me pasas otro poco de cuscús?

Aunque en el fondo solo deseaba que llegaran los postres. Estuvo tentado de no comer más para dejar espacio suficiente en su oronda barriga a unos cuantos de esos dulces tan deliciosos.

Los postres llegaron y al término del primer té, sus hijos se disculparon para atender la tienda y Lucero se recostó en brazos de su madre. Mientras la hija mayor retiraba los platos de la mesa, la otra trajo una nueva tetera bien caliente y una bandeja de galletas de mantequilla recién horneadas. Después se unieron a sus hermanos en la parte baja de la vivienda.

Said sirvió el segundo té y ofreció el azucarero a Andrea para que fuera pasándolo.

—La comida ha sido estupenda —le dijo la mujer a Fátima—. Es usted una cocinera excepcional.

La aludida se sonrojó y le dio las gracias. Luego aprovechó para cambiar a su hija de postura; al dormirse, Lucero se había hecho más pesada en sus brazos.

—Discúlpenme —les pidió a los presentes—, voy a acostar a la niña.

Said se sirvió de su salida para alcanzar otro pastelillo. Estaba seguro de que su mujer llevaba la cuenta de los que se iba comiendo.

—Bien —dijo Jérôme rompiendo el silencio que había dejado la marcha de Fátima—, ¿qué es eso de un viaje a Egipto? —Miró a todos como si estuvieran confabulados contra él, aunque lo hizo mostrando una risilla en la comisura de sus labios.

—Cosas de Victor —se desentendió Said deleitándose con la miel del pastel. Al ver la rápida mirada que le dirigió el joven, matizó su comentario—. Pero yo le apoyo. Estoy totalmente de acuerdo con él. No hay otro camino. Es la mejor decisión.

Su alud de palabras provocó una avalancha de risas.

—Vale, Said —le interrumpió su amigo—. Lo hemos entendido.

Victor resumió la conversación que Andrea y él habían mantenido el día anterior con Elijah para poner al tanto a Jérôme y al anticuario de sus últimas deducciones. Sin embargo, no se esperaba los nuevos descubrimientos que había obtenido el doctor confirmando su tesis.

—Ayer por la tarde pude hablar con Robert Feather.

Robert era un metalúrgico y periodista muy versado en la arqueología y en teoría comparada de las religiones.

—¿Y? —La cara de Andrea le pedía a gritos que continuara.

—Fue muy amable conmigo al ponerme al día de sus últimas teorías.

—¿Qué has averiguado? —le apremió el investigador.

El doctor Cohen le contestó mirando a Jérôme.

—Tendrán que ir a Egipto.

El hombre le sonrió, aquello le parecía una encerrona, pero respetaba profundamente la opinión de aquel doctor del que Isaac le había hablado en numerosas ocasiones, además de su propia intuición, que le indicaba que Victor no se equivocaba al seguir ese camino.

—Por lo primero que le pregunté —comenzó el anciano— fue por el material en que estaba escrito el manuscrito. Al fin y al cabo, él es metalúrgico y sabría con exactitud de dónde procedía ese cobre tan puro. No tuvo dudas al responderme que fue extraído de las antiguas minas de Timna.

—Las de Egipto —le confirmó Victor, aunque se mostró un poco incrédulo: necesitaba ayuda para convencer a su jefe, pero no deseaba comenzar abrumándole.

—Robert ya las había visitado y había comparado el cobre de las minas con el del rollo. Parece ser —prosiguió— que ya eran conocidas desde la antigüedad y formaban parte de la ruta de metales egipcios que recorría la tierra de los faraones desde hacía al menos seis mil años. Él estudió ambos metales y llegó a la conclusión de que el cobre del rollo tuvo que salir de allí.

—¿Por sus impurezas? —adelantó Jérôme.

—Exacto —corroboró Elijah—. Al analizarlo descubrió que contenía porcentajes mínimos de arsénico, fósforo y hierro muy similares al del cobre de las minas de Timna. Me contó que en el siglo I, cuando se elaboró el Rollo de Cobre, hacía más de mil años que ya nadie utilizaba un metal tan puro; que solo continuaban extrayéndolo los egipcios. Pero eso no es todo —tenía a los presentes pendientes de sus palabras. Said incluso vertió algo de té sobre la mesa cuando intentó rellenar su taza sin apartar la mirada del doctor—, me comentó también el problema que se había encontrado con los números.

—Sí —ratificó Víctor—, el Rollo enumera cantidades tan enormes de oro y plata que muchos eruditos pensaron que se trataba de un tesoro ficticio, era imposible que fuese real debido al elevado número de riquezas que describe.

—Eso mismo pensó Robert —dijo dirigiéndose al investigador—. Y decidió indagar más a fondo en ellos. Descubrió que los números que describían las cantidades de los tesoros estaban escritos de una forma muy poco sofisticada que los hacía innecesariamente largos y, además, le parecieron duplicados. Al estudiarlos se hizo evidente que el sistema numérico utilizado no era propio de la tradición judía. A él le pareció egipcio.

Su última frase levantó expectación ante su concentrada audiencia.

—¿Egipto? —Jerôme no sabía qué pensar de todo aquello, aunque todavía no había oído ni la mitad de lo que tendría que escuchar antes de tomar su vuelo de regreso a Roma esa misma tarde.

El doctor Cohen le miró asintiendo.

—De hecho, Robert pensaba que constituían un ejemplo típico del sistema que se utilizó en Egipto sobre el año 1330 antes de Cristo. Entonces usaban trazos verticales para representar los números. Algo parecido a los romanos, el I para el uno, el dos como II, el tres era III y así sucesivamente hasta el nueve —les explicó—, luego los combinaban con unidades decimales para representar los números largos. Pero lo más importante —y subió el tono de voz para conferir énfasis a sus palabras— es que este sistema de numeración solo fue utilizado en Egipto, nunca fuera del país.

—Entonces, ¿cómo pudieron llegar a conocerlo los esenios? —inquirió Said.

—O los mandeos, si suponemos que ellos también estuvieron involucrados —complementó Víctor su pregunta.

—Sobre los mandeos preferí no hablarle —les aclaró Elijah—. Con respecto a los esenios, él creía que tuvieron contacto con Egipto a través de antiguos judíos que vivieron el Éxodo hacia Jerusalén tal y como narra la Biblia.

—Pero tú opinas —le interrumpió el investigador— que fueron los mandeos quienes tuvieron conocimiento de ese sistema de numeración, ya que habían vivido en Egipto antes de emigrar.

Andrea asintió a las palabras del joven, pero no aportó nada. Fue el doctor Cohen el que continuó detallándoles su conversación con el metalúrgico estudioso del Rollo de Cobre.

—Robert Feather encontró confirmación a su teoría cuando descubrió que, durante el mismo período de la Historia en que utilizaron esa forma de numerar, los egipcios dispusieron también de un sistema de pesos exclusivo para medir los metales preciosos. Al aplicar ese sistema a las cantidades que ofrecía el Rollo de Cobre obtuvo unos pesos que estaban más en consonancia con las cantidades de oro y plata que debieron de circular en Jerusalén a principios de nuestra era.

—¿Y en cuánto ha rebajado el tesoro? —preguntó Said apesadumbrado.

—A unos veintiséis kilos de oro y unos catorce de plata —para no desalentar demasiado a su amigo, Elijah añadió—, y unos cincuenta y cinco kilos de mezcla de varios metales preciosos. ¿Crees que podrías vivir con eso? —le preguntó sonriendo.

El otro se sonrojó al suponer que podría haberlo encontrado y, de haberlo hecho, habría sido suyo.

—Bien —le sacó del apuro Victor—, ¿quién podría utilizar un cobre tan puro, un sistema de pesos y otro de numeración que ya no se usaban desde hacía mil años?

—Y además, ¿egipcios? —puntualizó Andrea.

—Tuvieron que ser los mandeos —prosiguió el joven—. Solo ellos, si nos atenemos a lo que afirman sobre sus orígenes, estuvieron entre los egipcios en aquella época.

—Hay un problema —les comentó Jerôme devolviéndoles a la realidad—, Egipto es muy grande. ¿Dónde tenéis pensado buscar?

—Robert también me ha contado adónde deberíamos dirigirnos —prosiguió Elijah. Victor le miró con unos ojos a medio camino entre la incredulidad y la adoración. Sus palabras estaban convenciendo a su jefe mejor que cualquier exposición que hubiera podido realizar él—. Lo siguiente que le pregunté fue sobre las catorce letras en griego que aparecen en el rollo. Hasta la fecha, ninguno de los investigadores que conozco, ni siquiera yo mismo —se sinceró—, habíamos podido darles una explicación satisfactoria. Eran letras sin sentido que no formaban parte de ninguna palabra ni de ninguna abreviatura conocida. Pensamos que podía tratarse de iniciales de lugares que indicaban escondites del tesoro, pero no conseguimos ningún resultado.

—¿Él lo ha encontrado? —preguntó el joven con ansiedad.

—Parece ser que sí —le contestó—. Y no está solo en su deducción, el *professor* John Tait, del University College de Londres, confirma su deducción —lo siguiente que les comunicó cayó como una bomba sobre todos los presentes—. Las diez primeras letras conforman un nombre: Akenatón.

Nadie dijo nada, ni siquiera Said, que dejó un pastelillo de pistacho que acababa de tomar a medio camino entre su boca y la bandeja.

—Akenatón —repitió el doctor Cohen—, el faraón hereje que reinó en Egipto sobre el 1350 antes de Cristo.

—En el mismo período que se utilizaba ese sistema de pesos tan particular, el de numeración y también el cobre puro —fue lo único que acertó a decir el anticuario deduciéndolo de la explicación anterior que les había ofrecido Elijah.

—Akenatón fue el primer monoteísta de la Historia —aclaró un Victor todavía perplejo por la dirección que habían tomado los acontecimientos—. Rechazó a todos los dioses de Egipto y ordenó adorar solo a Atón, el sol, y construyó una nueva capital que sería destruida a su muerte, Amarna.

—Amarna —retomó sus palabras Andrea—, conocida como la Ciudad del Sol, o la Ciudad de la Luz.

—Eso es muy mandeo —apuntó Said. Todos le miraron—. Ya sabéis, lo de la luz, y su «a» desprendiendo rayos, como en la Gruta del Bautista.

Hasta el momento, sus deducciones parecían conducirlos hacia Egipto, los mandeos habían estado allí, pero ¿cómo conectar a la secta gnóstica con Amarna? Jerôme se encargó de ponerles los pies en la tierra.

—Bien, pero explicadme, ¿cómo entraron en contacto los mandeos con Akenatón?

Elijah sonrió, había estado esperando esa pregunta desde el principio.

—Creo que tenemos indicios más que seguros sobre eso. Robert Feather se mostró muy comunicativo y me hizo ver algunas conexiones más. No con los mandeos —les aclaró de nuevo—, de los que no le hablé. Pero sí con los esenios, que son nuestro «contacto» con ellos. Quiso que me fijara en la orientación.

—De eso hablamos ayer —le interrumpió Andrea—. La T1000 y el asentamiento de Qumrán están orientados hacia el este, hacia la salida del sol, de la luz —remarcó.

Elijah la dejó terminar, esa aclaración ayudaría a los demás a comprender sus siguientes palabras. Luego continuó.

—Pues bien, el Gran Templo de Akenatón en Amarna también está orientado hacia el este, exactamente hacia donde sale el sol. —Todos permanecieron callados—. Y es más, Robert afirma que los esenios conocieron esa ciudad y la copiaron.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Jerôme.

—Existe un extraño baño ritual en Qumrán al que ningún erudito ha sabido encontrarle una explicación satisfactoria hasta la fecha —les expuso—. Lo normal es que los *mikvah* judíos más grandes tengan una subida y una bajada separada por un pequeño muro para no mezclar a los fieles impuros, que bajan al agua, de los puros que ya se han bañado. —Todos asintieron—. En el asentamiento esenio hay uno con cuatro divisiones, no con dos, que sería lo más común. —En este punto de la explicación volvió a alzar el tono de su voz—. Y es exactamente igual a otro desenterrado en la ciudad de Amarna. Son los dos únicos que se conocen con cuatro divisiones. ¿Casualidad? —les preguntó de forma retórica—. Robert no lo creyó, así que decidió investigar más manuscritos de Qumrán —prosiguió su exposición—. En otro de los documentos desenterrados, el Rollo del Templo encontró lo que buscaba. En él se describe un santuario, que ya aparece mencionado en el Antiguo Testamento, y que todos los estudiosos pensábamos que era el nuevo templo judío que algún día se construiría. Sin embargo, él afirma que ese templo ya existía, que era real. En realidad, el Rollo del Templo estaba describiendo el Gran Templo de Akenatón en Amarna.

—¿Cómo pudo llegar a esa conclusión? —se interesó Andrea.

—El rollo ofrece las medidas exactas del santuario —les explicó Elijah, hizo memoria para recordarlas y luego continuó—: Ochocientos metros de largo, y el Templo de Jerusalén mide quinientos cincuenta.

—No se le acerca ni de lejos —intervino Said deseando conocer el final.

—¿Cuánto mide el de Akenatón? —Jerôme ya sabía dónde acabaría todo.

—Ochocientos, medido por los arqueólogos, no por Robert —puntualizó Elijah.

Se quedaron unos instantes indecisos, sin saber qué decir. Víctor miraba el fondo de su taza de té sin posos, ni siquiera podía intuir el futuro en sus hojas.

Al final, fue su jefe quien rompió el pesado silencio que se había instalado en la azotea de Said, y mirando a su investigador le preguntó:

—¿Cuándo os vais? —Supuso que lo haría acompañado y también lo antes posible.

Victor ya estaba pensando en reservar el vuelo en cuanto dejaran a Jerôme en el aeropuerto para su regreso a Roma.

Sinclair se había servido un whisky doble con un par de botellitas del minibar de su habitación. No era malo, pero tampoco de los mejores; sin embargo, no le apetecía desplazarse hasta el hotel Rey David para degustar allí uno de los buenos.

Se sentía muy tenso y no tenía a nadie con quien compartir sus preocupaciones. Martin había ingresado en la cárcel a pesar de disponer del mejor abogado de Jerusalén y con Andrea ya no podía contar. Agitó su vaso y dejó que el hielo tintinease y enfriara la bebida.

El sonido de su móvil le distrajo de sus sombrías cavilaciones.

—¿Sí?

—¿El *professor* Samuel Sinclair? —le preguntó una voz al otro lado de la línea. Al escuchar su confirmación, prosiguió—: Soy Peter Brown, del consulado.

—Buenas tardes, Peter —le saludó atento.

—Disculpe que le moleste, pero el cónsul general me ha pedido que le llame para darle algunas informaciones.

Sinclair sonrió y depositó su bebida en la mesita.

—Usted dirá.

—Me ha comunicado que ya tiene disponible su visa y que se la hará llegar al hotel mañana a primera hora, nuestro servicio de mensajería ya ha cerrado —se disculpó—. ¿Le viene bien?

—Por supuesto que sí, agradézcale de mi parte su rapidez, por favor.

El ayudante recogió la cortesía y continuó hablando.

—También me ha pedido que le haga saber que la señorita Andrea Jacobs ha solicitado un visado urgente hoy y que lo podrá retirar mañana de nuestro consulado.

—¿Tiene conocimiento sobre la reserva de algún vuelo?

—No, yo... —El móvil de Peter comenzó a sonar con insistencia y comprobó que era la llamada que había estado esperando toda la tarde—. Aguarde un momento, me telefonan desde el aeropuerto y

es posible que sea la respuesta a su pregunta. —Le retuvo unos minutos en la línea mientras hablaba y luego volvió con él—. En efecto, señor Sinclair, era de Ben Gurión. Acaban de confirmarme que la señorita Jacobs ha reservado plaza de turista en el vuelo de El Al Airlines que sale mañana para El Cairo.

El *professor* volvió a sonreír para sus adentros satisfecho de arreglárselas tan bien desde que le habían dejado solo.

—¿Sabe usted a qué hora parte?

El ayudante consultó las notas que acababa de tomar.

—A las ocho menos cinco de la tarde.

—Muchas gracias por su ayuda y transmítale mi agradecimiento también a Richard Pearlman.

—Si hay algo más que pueda hacer por usted... —se ofreció diligente Peter.

—No, muchas gracias —repitió Sinclair.

Cuando cortó la comunicación con el consulado general, el *professor* marcó el número de la secretaria de Martin, que en los dos últimos días parecía la suya propia. Y la verdad es que no tenía ninguna queja de ella. Era eficiente en su trabajo y no hacía preguntas innecesarias. El director había sabido elegirla bien. Esperaba que su decisión con respecto a Abdul también hubiera sido acertada.

—Asociación de los Cristianos de San Juan, ¿en qué podemos ayudarle?

Samuel iba a dirigirse a ella por su nombre, pero no recordaba cuál era, ni siquiera sabía si alguna vez se lo había preguntado a Martin.

—Soy el *professor* Sinclair —se identificó—. Necesito que reserves un par de plazas en un vuelo que sale mañana.

Ella le pidió los datos necesarios para poder realizar la gestión.

—En primera clase —le aclaró él.

No deseaba encontrarse con Andrea y con Victor en turista. Aunque lo que realmente no le apetecía era que los descubriesen a Abdul y a él. Todavía no sabía cómo iba a lograr seguirlos a través del continente sin que se percatasen.

—Por cierto —añadió antes de colgar—, ¿has resuelto el tema del visado de Abdul?

—Sí, señor. ¿Desea que se lo envíe a su hotel?

Sinclair le dijo que sí y luego se despidió.

Tomó el whisky de la mesita y le dio un largo trago, casi hasta apurarlo. Era su forma de celebrar que todo estaba saliendo mejor de lo que esperaba.

Elijah le había recomendado a Victor que viajaran a El Cairo con El Al, las líneas aéreas israelíes. Por su experiencia sabía que era la única que volaba directamente, sin escalas, a la ciudad egipcia. El resto de las compañías que tenían vuelos programados desde el aeropuerto internacional de Ben Gurión, en Tel Aviv, hacían una media de dos

escalas en ciudades tan alejadas como Aman, la capital jordana, Viena o incluso el aeropuerto de Ataturk en Estambul.

—Con las otras compañías son doce horas de viaje, mientras que con El Al llegaréis en apenas una hora y media —les había asegurado.

Cuando Victor y Andrea acercaron a Jerôme al aeropuerto para que tomara su vuelo de regreso a Roma, habían aprovechado para pasar por el mostrador de las líneas aéreas israelíes y reservar los billetes para El Cairo.

—¿Para qué día? —les había preguntado la azafata—, ¿para mañana jueves o para el domingo?

El investigador pensó que salir al día siguiente era un tanto precipitado, pero no deseaba esperar al domingo y que su jefe se echara para atrás, con el trabajo que le había costado convencerle. Incluso al dejarle frente a la puerta de embarque les dijo:

—¿Estáis seguros de lo que vais a hacer?

Jerôme Cavaliere había tenido una pequeña conversación en privado con Said y Victor desconocía lo que podría haberle dicho, pero estaba seguro de que le había puesto al corriente de los peligros que corrían con la gente del CSJ detrás. El joven valoraba la preocupación que su amigo y su jefe sentían por él y por Andrea; sin embargo, aquello que los aguardaba en Amarna era demasiado importante como para dejarlo pasar, aun sin saber de qué estaban hablando.

—Tened mucho cuidado —les recomendó Jerôme con excesiva seriedad en su rostro antes de despedirse de ellos.

—Lo tendremos —le aseguró el joven.

Después se dirigieron al mostrador de El Al para realizar su reserva.

—Para mañana jueves —le contestó Victor a la azafata—. ¿Te parece bien? —le preguntó a Andrea.

Ella asintió mientras repasaba mentalmente lo que tendrían que hacer antes de partir: básicamente recoger sus visados y preparar la maleta.

—¿Tendremos algo de tiempo para buscar documentación sobre Amarna y Akenatón?

—¿A qué hora sale el vuelo? —inquirió Victor mirando a la recepcionista.

Ella no tuvo que consultar su ordenador.

—A las siete cincuenta y cinco de la tarde —le respondió con seguridad.

—Entonces, nos dará tiempo —confirmó Andrea.

Victor reservó dos plazas en clase turista y pagó con la tarjeta de la empresa.

—Cuando terminemos con todo esto nos regalaremos un crucero por el Nilo, ¿te apetecería? —lo dijo con una sonrisa mientras tomaba a la mujer por la cintura y la besaba en la mejilla.

Al final, el jueves fue un día de lo más ajetreado. En recoger las visas y preparar el equipaje tardaron menos de lo esperado, pero resultó difícil despedirse de Said y de Elijah con todas las recomendaciones y consejos que tuvieron que escuchar. Fátima les preparó unos bocadillos de carne por si les entraba hambre en el

aeropuerto o, incluso, por si al llegar a El Cairo el restaurante del hotel no estaba abierto. Entre unas complicaciones y otras, Andrea consiguió reservarse un par de horas para conseguir algo de información sobre Al Minya, la ciudad egipcia desde donde partirían hacia Amarna, y sobre la propia Amarna.

Cuando el taxi los dejó en el aeropuerto de Ben Gurión, en Tel Aviv, y facturaron sus maletas, respiraron tranquilos. Fue el único momento del día en que pudieron relajarse.

Samuel y Abdul esperaban la salida del Boeing 757 con destino a El Cairo en una salita VIP acondicionada para ellos y para otros tres pasajeros más de su mismo vuelo. Habían reservado en primera clase, y aunque Sinclair siempre prefería viajar en las mejores condiciones posibles, en aquella ocasión no tuvieron elección.

Su nuevo ayudante había resultado ser más útil de lo esperado. Se había descubierto como un hombre hasta cierto punto culto y educado que sabía guardar las formas. Para el viaje se había desprovisto de sus habituales chilabas y vestía un traje occidental de corte perfecto; y no había visto su rosario musulmán en toda la tarde.

Sinclair suponía que volvería a vestir sus prendas tradicionales en cuanto pisaran El Cairo, allí les resultaría beneficioso, pero aquí, en tierra de judíos, era mejor no llamar la atención. El propio Abdul era consciente de los problemas que podría tener y que, de hecho, ya había tenido en el pasado.

El árabe estaba sumido en sus propias cavilaciones, aunque tuvo que apartarlas cuando su «representante personal» se acercó a ellos y les pidió que le acompañaran. La compañía aérea había puesto a su entera disposición a una persona que se encargaba de traerlos y llevarlos por el aeropuerto y de que ellos no tuvieran que preocuparse de nada.

De hecho, ahora los guiaba por los pasillos hasta tomar un vehículo que los trasladaría a la aeronave sin tener que pasar por el control de turistas. Serían los primeros en subir al avión y, según le había contado Sinclair, también serían los primeros en abandonarlo.

El joven no tardó mucho en comprobarlo, algo más de hora y media después de haberse iniciado el vuelo, una limusina los esperaba en la parte delantera del aparato para dejarles en la terminal 1 de El Cairo Internacional. En unos minutos cumplieron con el papeleo y recogieron sus maletas. El vehículo alquilado por la compañía aérea los aguardaba para trasladarlos a su hotel, pero no quisieron reservar en ninguno hasta saber dónde se alojarían Andrea y Víctor.

Sinclair pidió al conductor que esperara y le ofreció una jugosa propina. Al hombre, su forma de actuar le pareció extraña, pero el dinero hizo que mantuviera la boca cerrada.

—¿Son ellos? —le preguntó el *professor* a Abdul dirigiendo su dedo índice extendido hacia delante.

El joven tuvo que enfocar la vista para distinguir mejor el punto que le señalaba.

—Sí, son ellos —le confirmó.

—Siga a ese taxi —ordenó Sinclair al conductor—, y no tan cerca como para que puedan vernos —le avisó poco después, cuando vio que casi llegaba a su altura.

El camino no fue tan corto como habían esperado. Cuarenta y cinco minutos después de haber iniciado la marcha, el vehículo de delante frenó en seco frente a las puertas del hotel Cleopatra. Samuel pidió a su conductor que pasara de largo al comprobar que no podía estacionar en ningún lugar cercano sin ser descubiertos. Unos metros más adelante le hizo girar a su derecha para tomar la calle Champollion, llamada así en honor del egiptólogo que descifró los jeroglíficos. Luego le indicó que rodeara el Cleopatra hasta hacerle parar en su fachada sur.

—¿Hay algún otro hotel por aquí cerca? —le preguntó.

—El Nile Hilton está casi enfrente de este.

—¿Es bueno? —Sinclair no deseaba alojarse en un cuchitril de mala muerte repleto de pulgas, aunque la mención de la cadena Hilton le ofreció ciertas garantías.

—Muy bueno, señor —le respondió el conductor, e inició la maniobra para acercarlos hasta el hotel.

—No se mueva —le ordenó el *professor*—. Aguarde todavía. —Luego se giró en el asiento para tener de frente a Abdul y le dio instrucciones precisas para que el portero del Cleopatra, si es que lo tenía, o en su defecto el recepcionista, les tuviera al tanto de lo que hacían Victor y Andrea.

Le entregó unos cuantos billetes para que lograra su cooperación y le indicó que podía bajar del vehículo.

—Te espero en el bar —se despidió—. Ya puede llevarme al hotel —le indicó al conductor, que ante tanta autoridad no se hizo repetir la orden.

El hotel Nile Hilton se erguía a las orillas del Nilo en pleno centro de El Cairo y era un edificio de trece plantas de aspecto elegante y cuidado. Su amplio hall de entrada estaba totalmente cubierto de mármol e incluso el mostrador de la recepción había sido elaborado con el mismo material.

Mientras un botones se encargaba de sus maletas, Sinclair pudo admirar una amplia galería decorada con gusto, un tanto recargada de dorados que le daba cierto aire de palacio principesco.

Tras reservar un par de habitaciones se dirigió al bar y pidió un whisky con hielo. Dejó que la bebida se enfriara con lentitud moviendo el vaso en círculos concéntricos. El hielo tintineaba en su interior con un sonido agudo.

Le molestaba no saber adónde iban ni qué buscaban. Con Andrea fuera de su equipo y Martin en la cárcel, sus opciones se encontraban muy limitadas. Hubiera podido echar mano de alguno de los investigadores de la asociación, pero tendría que ponerlos al día y, además, no sabrían valorar su característica manera de actuar.

¿Adónde podrían dirigirse la mujer y Victor?, se preguntó. Se encontraban en mitad de El Cairo cerca de ningún sitio relevante. «¿Buscarán en las pirámides?», su propia pregunta le desalentó.

—¿Tiene un mapa de la ciudad? —le preguntó al camarero.

El hombre iba a responder que en recepción podrían entregarle uno, pero el tono de Sinclair le hizo comprender con rapidez que era una persona acostumbrada a dar órdenes, así que decidió enviar a uno de sus ayudantes a por el plano.

—Gracias —le dijo el *professor* cuando se lo entregó.

Localizó su hotel en él y amplió su campo de visión para ver qué había en los alrededores que mereciera la pena. Cruzando el río vio la Torre de El Cairo, un edificio de comunicaciones y el Palacio de la Ópera. Si miraba hacia el este se encontraba con algunas madrasas y bastantes mezquitas. Por supuesto, al norte, a muy poca distancia de su hotel, tenía el Museo Egipcio. Un poco más allá descubrió la estación principal de ferrocarril. Volvió a girar el vaso sobre sí mismo y el hielo tintineó de nuevo. Bebió un sorbo y se deleitó con el sabor del whisky en su boca mientras pensaba.

—Ya estoy aquí —dijo Abdul cuando llegó.

Su voz le sobresaltó, pero no lo demostró.

—No deshagas la maleta —le dijo. El joven le miró extrañado—. Creo que mañana saldremos temprano.

Supuso que tomarían el tren, pero «¿hacia dónde?». Desde El Cairo salían transportes diariamente a los cuatro puntos cardinales del país.

—Vamos a cenar —indicó a su ayudante.

Andrea y Victor no tuvieron tiempo para disfrutar de una visita a la ciudad. Al tiempo que asomaban las primeras luces del alba, el despertador comenzó a taladrar sus tímpanos. Se habían acostado tarde disfrutando con tranquilidad de una copa después de cenar y ahora, la falta de sueño les pasaba factura.

Desayunaron un café rápido y solicitaron un taxi al recepcionista del hotel.

—Date prisa —le indicó Victor a la mujer cuando comprobó que ya eran las siete de la mañana—. Voy a pagar la cuenta.

Andrea observó el fondo de su taza, todavía adormilada, y apuró los restos de la bebida de un solo trago. Esperaba que fuera suficiente para despertarla por completo. Después recogió su maleta y se dirigió a la recepción.

—El taxista nos espera —le indicó él avanzando hacia la entrada.

A ella le hubiera gustado pedirle un minuto, o dos, y quizá un segundo café, pero ya tendría tiempo de tomárselo más tarde.

Cuando cargaron sus bultos en el vehículo, el joven le indicó al conductor que los llevara hasta Mahattat Ramses, la estación principal de ferrocarril de El Cairo, que distaba apenas un cuarto de hora de su hotel. El hombre arrancó con celeridad su viejo automóvil invadiendo el carril contrario sin apenas mirar por el retrovisor. En una loca carrera de doce minutos, que podían haber sido quince a una velocidad menos temeraria, el taxista los dejó ante las puertas de la estación.

El investigador echó de menos la colosal estatua de Ramsés II que había presidido la plazoleta de la entrada hasta principios de año; la figura, de casi doce metros de altura, esculpida hacía tres milenios con bloques de granito de Asuán, fue trasladada desde Menfis y colocada en la entrada de la estación a mediados del siglo pasado. Los temblores provocados por el metro subterráneo y por el tráfico rodado influyeron en la decisión del Consejo Supremo de Antigüedades para ordenar su retirada temiendo que la estatua se viniera abajo. Ahora la plaza se veía un tanto vacía sin su inmensa figura.

Al abandonar el taxi, los dos jóvenes se dirigieron a los mostradores de recepción para comprar un par de billetes hacia Al Minya, un pueblecito turístico cercano a la ciudad de Amarna. Victor había elegido primera clase, sabiendo que no resultaba muy aconsejable hacerlo en tercera, y dudando de la segunda; aunque el precio del billete habría sido sustancialmente menor, las condiciones del viaje también lo serían y tendrían que pasar al menos tres horas y media de camino, eso sin contar con que ningún incidente de los que solían ser tan habituales los retrasara.

La orientalista disfrutó del trayecto. Aunque había visitado Egipto en ocasiones anteriores, en ninguna de ellas había viajado en tren. La línea ferroviaria serpenteaba siguiendo el cauce del Nilo hasta la zona más meridional del país, hasta Asuán, y aprovechó para deleitarse con el paisaje verde y tostado de sus riberas, en ocasiones cubierto de palmeras y en otras, solo salpicado por alguna de ellas medio camufladas entre dunas de arena suave.

El discurrir del río era lento y tranquilo, como si sus aguas pesaran demasiado para correr. De vez en cuando, alguna faluca con las velas abiertas se cruzaba delante de su campo de visión y veía a su único tripulante encaramado a la proa dejando que el aire agitase su chilaba. Más frecuentes eran las pequeñas barcas de madera surcando las aguas con las redes extendidas en busca de peces.

A lo largo del trayecto, bordeando la línea del ferrocarril, las mujeres se desplazaban a pie cargando pesados fardos sobre sus cabezas. La orientalista las observaba alejarse hasta convertirse en pequeñas motas de color en el polvoriento camino. Las más afortunadas se ayudaban de burros para trasladar los bultos y aligerar la pesadez de su trabajo.

Al fondo, un grupo de hombres roturaba el campo con antiguas herramientas y animales de carga bajo un sol que en pocas horas sería abrasador. Las parcelas semejabán manchas de colores sobre la interminable llanura cubierta por el limo del río. Pero sus trabajos, sus historias y sus vidas iban quedando atrás a medida que el tren continuaba avanzando por la vía. El sol penetraba a raudales por la ventanilla y le hacía guiñar los ojos; agradeció su calor, al menos a aquellas horas de la mañana.

Apartó unos instantes la mirada del exterior y se sorprendió observando el perfil de un pasajero egipcio que estaba sentado dos filas delante de ella. Debía de ser un ejecutivo o tener un cargo elevado porque vestía un delicado traje de lino. Sus rasgos eran los

típicos del país: rostro fino, nariz afilada y piel canela. Le pareció un hombre atractivo, al igual que la mujer que iba a su lado. En ninguno de sus viajes anteriores se había fijado en la gente y se maravilló al descubrir que poseían una fisonomía aristocrática, como si todos fueran hijos de faraones. Se rió para sus adentros pensando en que la magia del Nilo debía de estarla embriagando. Poco a poco, el continuo traqueteo del tren y el zumbido sordo de sus motores la hicieron adormilarse.

Victor tuvo que sacudirla con delicadeza para despertarla cuando, casi cuatro horas más tarde, alcanzaron a Al Minya. La estación se encontraba algo retirada del pueblo y tomaron un taxi para llegar hasta su hotel.

A través de las ventanillas del vehículo pudieron contemplar las calles cuidadas y a la gente pasear sin prisa. Era la mayor ciudad de los alrededores y contaba con su propia universidad y con un hospital que también atendía a los pacientes de las localidades cercanas.

Antaño fue un centro turístico importante, cuando los cruceros por el Nilo arribaban a ella para visitar la ciudad arqueológica de Amarna y los extranjeros llegaban por miles. Pero desde los años noventa fueron suprimidos a causa de fuertes tensiones entre los grupos religiosos cristianos y musulmanes. Aunque la ciudad ya era segura, la ruta fluvial no había vuelto a restablecerse y las autoridades egipcias habían decidido mantener un fuerte control policial en la zona. Prácticamente todos los hoteles contaban con dos o tres agentes apostados en su entrada que acompañaban a los turistas si decidían salir a dar un paseo por la ciudad e, incluso, les buscaban medios de transporte para desplazarse acompañándolos durante su itinerario.

Y eso era lo que les había sucedido en la estación: un agente los había escoltado desde que descendieron del tren hasta que les consiguió un taxi para desplazarse al hotel. Tuvieron que agradecerle que no intentara sentarse en el asiento delantero y fuera con ellos hasta dejarlos sanos y salvos en la recepción del Mercure Nefertiti.

A Victor tanta cautela le pareció un poco exagerada, sabía que en caso de sobrevenir complicaciones serias, el Estado egipcio cerraría ciertas zonas al turismo y con ello zanjaría el problema, no se andaría con medias tintas. Sin embargo, pronto se olvidó de sus cavilaciones, las escenas de la vida diaria en la calle volvieron a llamar su atención.

Contemplaba los escaparates de las tiendas y el fluido ir y venir de gentes sobre las calles pavimentadas vendiendo y comprando productos en las aceras. Las mujeres vestían los típicos caftanes de alegres colores, aunque algunas preferían una ecléctica mezcla y adaptaban la moda a sus gustos combinando unos vaqueros con pañuelo a la cabeza. Los niños correteaban por las calles y se detenían a curiosear en los puestos callejeros. Un perro dormía bucólico a la sombra de un tenderete y solo levantó la cabeza para verlos pasar. Se respiraba un ambiente de idílica tranquilidad.

Sinclair estaba de un humor terrible. Le dolía el tobillo más de lo habitual y, a su juicio, la ropa le apestaba. El viaje de casi cuatro horas en el tren había echado a perder una de sus preciosas, y caras, americanas. La que había elegido para el traslado era de una lana muy suave y ligera apta para esa época del año, pero el desplazamiento en tercera clase, «tercera clase egipcia», remarcó en su mente el *professor*, era como una cuarta o quinta clase en cualquier otro lugar. El vagón hedía a especias irreconocibles cuyo olor se mezclaba con el del sudor de los hombres y mujeres que atestaban el habitáculo. Dos niños pequeños se pasaron el trayecto berreando hasta que su madre decidió cambiarles los pañales, «¡allí mismo!», gritó en su interior un estupefacto Sinclair. Y el hombre de enfrente, un egipcio de Asuán, le ofreció un pedazo de su almuerzo que no se le ocurrió aceptar ni por asomo; cuando le tendió la mano observó que tenía las uñas más negras que las pezuñas de los burros que había visto a través de la ventanilla del tren. Todavía no sabía cómo había sido capaz de contener las arcadas.

El viaje había sido horrible, salir del Nile Hilton con su refinamiento y elegancia y meterse en aquel vagón era descender directamente al infierno sin pasar por el purgatorio de Dante. Sin embargo, no había tenido otra opción; desconocía qué clase elegirían Víctor y Andrea y no deseaba que los descubrieran. Ahora estaba seguro de que no sería la tercera, él tampoco lo habría hecho, de haber podido; tardaría años en quitarse aquel hedor de encima.

Para Abdul la experiencia había sido diferente, desde que abandonaron el hotel a toda prisa gracias a una llamada del recepcionista del Cleopatra, avisándolos de que los jóvenes a los que tenía que vigilar se dirigían a Mahattat Ramses, no había podido ni desayunar. Pero se desquitó en la estación y él, al contrario que Sinclair, sí había aceptado el ofrecimiento del egipcio de Asuán. Después dormitó durante todo el trayecto ajeno al ruido y a los olores que desprendía el vagón. Su filosofía era muy sencilla: lo que no podía cambiar era mejor dejarlo pasar; y se había vestido con su peor chilaba, no deseaba echar a perder ninguna de las buenas. Aquel pensamiento, y ver a su nuevo jefe con una de sus refinadas americanas de verano, le había hecho sonreír.

Cuando llegaron a la estación de Al Minya, el joven se hizo pasar por el guía y casi porteador de Samuel; el *professor* le había entregado su maleta para que interpretara el papel de maletero a la perfección. Los rasgos y la vestimenta de Abdul consiguieron evitar la atención de la policía, tan solo les hicieron unas breves preguntas y les dejaron buscar por ellos mismos un modo para trasladarse a su hotel.

Aunque encontraron un taxi con cierta rapidez, tuvieron que esperar a que Andrea y Víctor iniciaran la marcha para poder seguirlos. En Al Minya aquello no suponía ningún problema, en lugar de las tres libras egipcias que solía costar el desplazamiento, le ofrecieron veinte al conductor y el hombre quedó tan satisfecho que les brindó parte de su almuerzo que descansaba en un aceitoso paquete al lado de su asiento.

Sinclair comenzaba a hartarse de esa costumbre culinaria del país cuando observó por el rabillo del ojo que los dos jóvenes se subían por fin a un taxi.

—Dile que los siga, pero a cierta distancia —le ordenó a Abdul.

Desconocía si el árabe que hablaba su ayudante era el mismo que el del conductor; no tardó mucho en percatarse de que parecían entenderse sin problemas. Tras un breve intercambio de frases, el hombre encendió el motor, que sonó ronco y cascado, y giró sin indicar la maniobra que iba a realizar. Eso le supuso llevarse unas cuantas pitadas.

A Samuel le dio un vuelco el estómago temiendo que Victor y Andrea pudieran percatarse de su presencia.

—¡Que no llame la atención! —le espetó malhumorado a su acompañante.

Cuando alcanzaron el hotel le indicaron que aparcara lo más retirado posible, donde no pudieran ser vistos; allí aguardaron un tiempo prudencial hasta que supusieron que Victor y Andrea ya habrían arreglado su reserva y subido a su habitación. Después alquilaron el taxi para lo que quedaba del día tras un tira y afloja en el que acordaron el precio en treinta euros; nada de libras egipcias en esta ocasión, y en billetes europeos, el hombre no quería monedas.

—No se las cambian en el banco —le explicó Abdul a su jefe.

El otro asintió e hizo una puntualización:

—Dile que se ganará otros diez más si mantiene la boca cerrada.

Samuel había observado el amplio control policial en todo el pueblo y no tenía ningún deseo de buscarse complicaciones si a aquel egipcio se le ocurría comentar con algún agente su extraño modo de proceder.

—Y que nos espere aquí, que no se le ocurra acercar el vehículo a la entrada del hotel.

Luego se bajaron, Abdul tomó las maletas de los dos y comenzaron a andar hacia el Mercure Nefertiti.

A Sinclair no le gustaba demasiado el aspecto del hotel, con su pintura salmón, casi de color rosa, ni su recepción pequeña sin mármoles ni dorados, decorada al más rancio estilo egipcio con pocos recursos. «Espero que al menos no haya pulgas en los colchones», pensó. Llevaba rascándose un brazo la mitad del viaje y mucho se temía que algunos de esos animales habían desayunado a su costa.

Le entregó la tarjeta de crédito al recepcionista y, en cuanto tuvo las llaves de las habitaciones en sus manos, le pasó una a su ayudante.

—Arréglalo todo para que nos avise si bajan esos dos —dijo refiriéndose a Victor y a Andrea.

Le dio unos cuantos billetes para pagar la *baakish*, la propina por los servicios extra del recepcionista, y se encaminó al ascensor sin mirar atrás.

El hotel Mercure era un cuatro estrellas y estaba considerado uno de los mejores en Al Minya. Las habitaciones habían sido decoradas con

modestia pero estaban limpias y contaban con aire acondicionado. Victor descorrió la cortina de la terraza y le asaltó una impresionante vista del Nilo con palmeras adornando sus orillas y vastos pastizales verdeando en el horizonte. Las aguas reflejaban los rayos del sol con tanta fuerza que le hicieron bizquear.

—Recoge tus gafas de sol —le gritó a Andrea pensando que estaría en el lavabo, pero ella observaba el hermoso paisaje a su espalda.

—Todavía no soy vieja y oigo perfectamente —le susurró al oído. Es precioso —comentó después al dirigir de nuevo su mirada hacia el horizonte.

—Sí que lo es —le confirmó él.

El Mercure había sido construido en el margen izquierdo del caudaloso río y, por las noches, los turistas solían pasear entre sus jardines o por la corniche, un largo paseo que corría paralelo al Nilo y en donde los niños comenzaban a jugar al caer el sol.

—Vamos —dijo apartándola de la ventana—. Comamos algo antes de visitar las ruinas.

Ella asintió remolona, le hubiera gustado contemplar el paisaje unos minutos más. Les quedaba por delante una larga tarde y una noche aún más larga y ese sería, probablemente, el único momento en que podría disfrutar de un poco de tranquilidad.

Una hora después, Victor pedía un taxi en recepción. Habían degustado algunas especialidades egipcias en el restaurante del hotel y ahora se disponían a visitar la ciudad de Amarna, a unos setenta kilómetros al sur de donde se encontraban.

Amarna era el nombre moderno que los arqueólogos habían dado a Akenatón, la capital del faraón hereje que vivió hacía más de tres mil años y que decidió construir una ciudad pura donde nunca antes se hubiese edificado; eligió para ello un recóndito lugar del Egipto Medio. Sus enormes esfuerzos fueron destruidos apenas diecisiete años después; con su muerte, la villa fue arrasada y borrarón su nombre de todos los monumentos con la intención de que su memoria se desvaneciera de la historia de Egipto.

—Akenatón deseó terminar con el enorme poder de los sacerdotes de Amón y echar abajo sus templos —le estaba diciendo Andrea a Victor—. Para él solo había un dios, Atón, representado por el sol que calentaba los campos y sin el que no hubiera sido posible la vida. El faraón pretendía vencer al politeísmo reinante y hacer que sus súbditos adorasen a una única deidad.

Todo aquello ya lo sabía Victor y apenas si la estaba escuchando. Habían decidido esperar al taxista en la entrada del hotel, a la sombra de su fachada, y acababa de ver uno aparcado unos metros más atrás. Le hizo señas con el brazo, pero el conductor no apartó sus ojos de algo que estaba leyendo. El vehículo se encontraba alejado; sin embargo, debería haber visto el gesto del joven.

—Déjalo —le dijo Andrea—. Estará alquilado para todo el día y por eso no viene.

El investigador decidió hacerle caso y volvió a su lado.

Al poco llegó el que ellos habían solicitado en recepción y, cuando la joven se acercó para entrar, un policía turístico, vestido con una *galabiya* blanca y una ametralladora colgándole del hombro, le abrió la puerta educadamente para sentarse después en el asiento del copiloto.

—¿Victor?! —fue lo único que se le ocurrió decir a la mujer. Y señaló al agente que se había acomodado lo mejor que había podido con el arma entre las piernas.

El joven sonrió ante su descaro y le pidió explicaciones.

—Por lo visto —se dirigió a la orientalista unos instantes después—, en los viajes largos siempre destinan a un policía para que acompañe a los turistas, por su propia seguridad.

Aquello constituía un gran inconveniente para sus planes, entre otros motivos porque no eran simples turistas y porque Víctor portaba una mochila con artículos inconfesables: un par de linternas, un pequeño pico de mano y algunos cachivaches más que habrían levantado algo más que sospechas si les veían utilizarlos.

—¿No hay ninguna forma de convencerle para que nos deje ir solos? —inquirió ella.

—Aguarda aquí —le contestó—, voy a preguntar en recepción.

Tras cinco minutos que a la mujer se le hicieron eternos y en los que el agente no dejó de sonreírle con la mejor de las intenciones, Víctor regresó.

—Ya está —le dijo—, he firmado nuestra renuncia a la escolta policial. Disculpe —le indicó al agente que balanceaba el arma de un lado a otro entre sus piernas.

Le hizo un gesto para que bajara del vehículo y le explicó en inglés que no le necesitaban, que habían renunciado a la seguridad de llevarle con ellos. Después le dio una pequeña propina y se subieron al taxi alejándose a toda prisa hacia la ciudad de Amarna.

Tras ellos, un vehículo los seguía a una distancia prudencial. Al principio Abdul aleccionó al taxista para que no los perdiera de vista entre las calles de Al Minya, pero después, cuando abandonaron el pueblo y enfilaron hacia el sur, comprobaron que solo podían dirigirse hacia la ciudad del faraón hereje. Fue entonces cuando le pidieron al conductor que se relajara y condujera más despacio, alejándose del taxi que los precedía lo suficiente como para no ser vistos.

Algunas horas más tarde, y después de haber cruzado el cauce del Nilo en una barcaza para alcanzar la orilla este, el vehículo con los dos jóvenes frenó y los dejó ante las puertas de Amarna.

—De lo que queda de ella —se lamentó Andrea al observar la superficie erosionada por el viento del desierto y una panorámica de lo que los arqueólogos habían conseguido rescatar del olvido: los restos de algunas tumbas, del Palacio Real, el Pequeño Templo de Atón y algunas viviendas de la ciudad.

Sin embargo, a pesar de su desazón, las vistas que se ofrecían ante sus ojos eran espectaculares. Las ruinas se extendían por una amplia llanura desértica hasta finalizar abruptamente contra unas

montañas en el horizonte. El viento levantaba la arena en remolinos caprichosos que barrían la planicie. Aquí y allá, alguna piedra sobresalía entre el polvo. Los muros bajos de ladrillo desafiaban al tiempo levantándose erguidos. Habían formado parte de palacios, de cuadras o establos y ahora mostraban sus muñones destrozados al cielo.

La que iba a ser la gran capital de Egipto fue destrozada a la muerte de su ejecutor. Akenatón no pudo hacer nada para que los sacerdotes de Amón, hacía más de tres mil años, no la destruyeran. Pocas piedras se sostenían en pie.

La nueva capital de Egipto, que tan solo se mantuvo intacta diecisiete años, se había construido a lo largo del cauce del Nilo. Con el río y los modernos campos de cultivo a la espalda, los edificios más próximos eran las dependencias del Gran Palacio, con sus harenes y jardines, separados del resto de la ciudad por una amplia calzada que acogía las procesiones faraónicas, el Camino Real. Traspasando la ancha carretera, al otro lado se disponían paralelas la Casa del Rey, el Pequeño Templo de Atón y las viviendas de los nobles y de los funcionarios, así como las de los artesanos y las del pueblo llano.

A su izquierda, Andrea pudo contemplar la forma rectangular de un enorme edificio del que solo quedaban los cimientos: se trataba del Gran Templo de Atón.

Victor hizo visera con la mano para evitar los reflejos del sol y extendió un brazo hacia el horizonte.

—Debe de ser aquel —dijo señalando el punto que observaba la mujer.

Al fondo, como un semicírculo protegiendo las ruinas, se levantaba una formación rocosa. En su cara norte y en la sur se habían excavado algunas tumbas que abrían sus bocas en la colina. El límite de la ciudad lo marcaban unas estelas de piedra que el faraón había ordenado clavar en el suelo del desierto agrupando dentro de una elipse imaginaria la extensión futura que ocuparía Amarna.

—¿Nos ponemos en marcha? —exclamó al cabo de unos minutos.

Tenían por delante una caminata de algo más de dos kilómetros.

—Antes deberíamos solucionar algunos problemas —le dijo ella mirando al taxista, que los observaba un tanto aburrido.

Victor cayó en la cuenta y le ofreció una propina extra por irse a su casa, pasar la noche allí y recogerlos al día siguiente. El hombre tomó el dinero con agrado y comenzó a poner excusas para no obedecerle. Lo poco que consiguió entender Andrea de su deficiente inglés fue que la policía le encarcelaría por perder a dos turistas y que estaba prohibido pernoctar en las ruinas. Fue una larga letanía hablada en una mezcla de dos idiomas, árabe e inglés, que no parecía tener fin.

—Bien, bien —intentó calmarle Victor. Extrajo un nuevo billete de su cartera, en esta ocasión de mayor valor y se lo entregó—. Y este otro para los agentes —le dijo cuando colocó uno más en sus manos —, para que no nos echen de menos. Pa-ra los a-gen-tes —le repitió despacio—. ¿Está bien? ¿OK?

—OK, bien —se expresó el hombre con un acento extraño—. Policía más —añadió.

—Ya —le contestó apreciando la dureza de su negociación—. Toma otro y vuelve mañana, te daré dos más.

Al taxista se le salieron los ojos de las órbitas y aceptó el trato de inmediato, ya se encargaría él de que los agentes de Al Minya no preguntasen demasiado.

—Mañana dos más —repitió para cerrar el trato—. Y tú y ella no mueres —prosiguió señalando a la mujer—. Vosotros morir, yo muchos problemas.

—Entendido —le contestó Victor empujándole hacia su vehículo—. Procuraremos no morirnos —había una sonrisa en sus labios.

El hombre terminó por entrar en su taxi satisfecho con la negociación prometiendo volver al alba.

—¡Por fin! —exclamó Andrea—. Creí que no iba a dejarnos nunca —luego volvió a recorrer el paisaje con la mirada y añadió—: Ahora tendremos que buscar un lugar donde ocultarnos hasta que caiga la noche.

Victor estuvo de acuerdo, no era muy inteligente ponerse a curiosear por el Gran Templo a plena luz de la tarde; además, no tardaría mucho en anochecer y la policía restringiría sus rondas. Se quedarían casi solos, a excepción de la compañía de alguna alimaña del desierto.

Sinclair le había indicado al conductor que bordease el nuevo cementerio musulmán sin prisa, tenía localizados a los dos jóvenes en el otro extremo del yacimiento y estaba seguro de que no los perdería. Fuera lo que fuese lo que habían ido a buscar allí, solo podrían encontrarlo en los enclaves más importantes, la Casa del Rey o el Gran Templo. «O quizá en las zonas de enterramiento —amplió su deducción Samuel—. Si se han arriesgado a pasar la noche en Amarna, a pesar de la prohibición, lo más probable es que anden tras el Rollo de Plata. ¿Qué dice el manuscrito de cobre sobre él? —Hizo memoria—. "... en la suave cara norte de Kohlit, con las tumbas en su entrada..."», echó una ojeada a su alrededor para cerciorarse de que solo había dos lugares posibles en aquella llanura, uno al norte y otro al sur; ambos contenían una miríada de tumbas cuyas entradas se abrían en la piedra de la colina.

La pared rocosa que formaba un arco al este del yacimiento contaba con cuevas excavadas en sus paredes que albergaban en su interior los mausoleos que los notables de Amarna habían construido para su descanso eterno.

«¿Y si esa elevación de terreno —pensó con la vista clavada al este— fuera la montaña de Kohlit? ¿Y si a la entrada de alguna tumba se encontrara oculto el Rollo de Plata?» Sinclair volvió a observar el cerro del fondo y sonrió satisfecho.

Desde donde se encontraba podía vigilar cada uno de los movimientos de Andrea y Victor, tanto si se dirigían a los mausoleos del norte, como si lo hacían a los del sur. La inmensa llanura se

extendía de un extremo a otro de la ciudad y les resultaría muy difícil pasar desapercibidos.

—Deténgase aquí —le ordenó al taxista. Luego instó a su ayudante para que descendiera del vehículo—. Vuelva usted mañana por la mañana. —Le entregó el precio acordado por todo el día y le prometió el doble para el siguiente.

—Vamos a visitar a mis padres —le dijo Abdul con cierta congoja en la voz señalando el cementerio que quedaba delante de ellos.

El hombre se encogió de hombros dándole a entender que le daba igual a quién visitara mientras pagaran bien.

—Mañana por la mañana. Aquí —les confirmó señalando el cementerio.

Ascendió a su vehículo y se alejó a toda prisa. Al hacerlo, derrapó para girar y cubrió las ropas de los dos hombres con el polvo del camino. Sinclair maldijo la manía que tenían los egipcios de arrancar pisando el acelerador hasta el fondo.

El sol, muy bajo ya, comenzaba a ocultarse más allá de las aguas del Nilo dejando tras de sí una estela de haces dorados. Andrea se puso en pie para estirar las piernas y Victor la imitó. El ambiente se había enfriado y sintió el relente de la noche que estaba próxima.

—Creo que ya podemos comenzar —dijo ella observando el horizonte mientras se frotaba los brazos.

Él estuvo de acuerdo.

Se habían ocultado entre algunos árboles que crecían en los campos de cultivo cercanos al río y les quedaba un buen trayecto hasta alcanzar el Gran Templo. Iniciaron la marcha siguiendo los pasos de las procesiones de Akenatón, por el Camino Real, recorriendo casi dos kilómetros por la polvorienta senda.

Su objetivo se extendía ante ellos como una extensa plataforma rectangular, de ochocientos metros de largo por algo más de doscientos de ancho, con unos contornos poco definidos que los arqueólogos aún no habían desenterrado.

Su superficie era totalmente plana y estaba orientada hacia el este, hacia el punto por donde salía el sol cada mañana. Desde donde se encontraban los dos jóvenes, podían apreciar en el suelo las marcas de unos pilonos imponentes ya destruidos que constituyeron la entrada. Tras traspasar su umbral, y adentrarse en una pequeña sala, los recibió un largo pasillo. Distinguían sus contornos por las elevaciones de la arena del desierto que formaba montículos alrededor de las pocas piedras que quedaban en pie.

—Este debe de ser el Templo Largo, el Gem-pa-Aten —dijo Andrea con un plano de la ciudad entre las manos, que se había vuelto inservible por la falta de luz.

El sol ya se había escondido tras el Nilo dejando paso a una luna enorme que no alcanzaba a perfilar la llanura. No se atrevió a encender la linterna por miedo a ser descubiertos por la policía que debía de estar patrullando los alrededores y agradecía la luminosidad que les proporcionaba el astro nocturno, suficiente para ver dónde

pisaban y apreciar los contornos que creaban sus sombras, pero no alcanzaba para leer un mapa.

—Entonces, aún nos queda un buen trecho —le susurró él sin detenerse señalando hacia delante.

Todavía tenían que traspasar otro campo abierto con una plaza cuadrangular en el centro, que no podrían ver porque estaría bajo la arena, y que había servido para recoger a los animales antes de su sacrificio. Sin embargo, sí fueron conscientes de dejar a su izquierda un cementerio musulmán de reciente construcción que había ocupado parte de la explanada que conducía al santuario.

Tras diez minutos de caminar en silencio, Victor se detuvo. Habían rebasado las últimas lápidas del camposanto, las localizadas más hacia el este, y habían alcanzado el santuario del Gran Templo, el sanctasanctórum de la fe de Akenatón, un lugar donde ningún mortal pudo hollar con sus pies mientras él estuvo vivo.

—Tiene que ser por aquí —dijo escrutando el terreno delante de él, e intentó localizar las sombras que formarían los bordes de una construcción rectangular no muy grande.

El espacio se encontraba demasiado erosionado, formando pequeños montículos que dibujaban una estructura ovoidal con un saliente en su cabecera. Tras confirmar, con cierto margen de seguridad, que aquella debía de ser la zona que buscaban, Victor se aproximó despacio.

Andrea le siguió abrochándose la chaqueta, el aire fresco del desierto le produjo un escalofrío. Mientras estuvo caminando no lo percibió, pero ahora que se habían detenido, sintió cómo penetraba hasta sus huesos. Se aproximó al hombre y se acurrucó junto a una elevación de terreno, quizá tres o cuatro piedras cubiertas por la arena, que constituía parte del santuario.

—Tendremos que buscar cerca del ábside —precisó el investigador haciéndose una idea de la planta de la construcción. Aguzó la vista para captar todas las imperfecciones del terreno—. Ven —le dijo ofreciéndole su mano para ayudarla a incorporarse —es ahí delante.

El santuario se encontraba al final del Gran Templo, en su punto más cercano al este y a la salida del sol. Había sido un edificio cuadrangular con un antepatio en su entrada que dirigía los pasos a través de un corredor hacia un segundo patio, más estrecho, cubierto de mesas para las ofrendas en donde se depositaban los alimentos para el dios. Después, dos grandes pilonos franqueaban la entrada a una gran sala repleta de más mesas para ofrendas que reconocieron en el suelo como pequeñas manchas. Más adelante debían buscar unos surcos en la superficie que les indicarían los pilares de la capillas. Detrás se encontraba el sanctasanctórum del Gran Templo, su altar principal, y donde comenzaba el verdadero trabajo.

El investigador señaló un punto a sus pies, delimitado por unas marcas de cal antigua que habían servido a los constructores egipcios para levantar el ara y de la que solo se había conservado una fina línea. Depositó su mochila en el suelo y extrajo un pequeño pico de mano y una pala, que parecía de jardinería. Estuvo a punto de

echarse a reír al ver sus herramientas, pero temió que el desierto amplificara el sonido y pudiera oírsele hasta en Jerusalén.

—No sé qué vamos a hacer con esto —le susurró a Andrea mientras le mostraba el pico y la pala—. Habríamos necesitado unas de verdad.

Ella le sonrió.

—No hubiéramos podido esconderlas en una mochila. Tendremos que arreglarnos con ellas —le contestó al tiempo que recogía una de sus manos.

El hombre examinó la superficie que se desplegaba ante sus ojos pensando en su siguiente acción con aquellas herramientas de juguete.

—Elijah nos dijo que buscáramos las losas bajo el altar principal, una de ellas debería ocultar un túnel.

Victor miró hacia delante, pero no distinguió ningún altar. Luego se dedicó a delimitar el terreno donde tendría que haber estado y localizó un suelo empedrado repleto de baldosas que aún se mantenían unidas. La mujer le observó en silencio mientras él se arrodillaba y limpiaba la arena que las cubría.

—Debería sonar hueca —conjeturó—. ¿Cómo disimularemos el ruido?

No podían ponerse a golpear las losas con la pala hasta encontrar la que buscaban. En menos de diez minutos tendrían a toda la policía de la zona a su lado. Victor era consciente de los problemas, pero se le ocurrió una solución sencilla.

—Dame tu pañuelo —le dijo al tiempo que lo retiraba de su cuello—. Envolveré la pala con él y amortiguaré el sonido—. Comenzaré a golpear las del centro —le indicó señalando la superficie que ocupaban—. Es más probable que la encontremos ahí.

Tras un rato tanteando con cautela las losas, halló una que sonaba diferente. No era más grande que las demás y estaba tan cubierta por el avance del desierto como el resto.

—Va a ser difícil separarla —razonó la orientalista cuando se arrodilló a su lado y comprobó las juntas—. Está soldada a las otras.

Luego pensó que ese hecho había sido definitivo para que los arqueólogos creyeran que allí simplemente había un suelo enlosado, sin nada debajo. No sabía cómo Elijah podía haber llegado más allá en las deducciones de Robert Feather y haber supuesto que el altar principal del santuario escondía un túnel a sus pies. Y lo más excitante de todo, había tenido razón.

Ocultos entre las últimas tumbas del cementerio musulmán, Sinclair y Abdul los vieron inclinarse y comenzar a raspar el suelo. No podían saber lo que hacían, aunque de vez en cuando les llegaba algún ruido metálico. El aire del desierto barría el sonido junto con la arena y lo transportaba lejos en la amplia llanura.

—¿Cuándo? —le preguntó el joven.

Tener a Victor tan cerca y no poder abalanzarse sobre él hacía que le hirviera la sangre. Sinclair le había prometido que aquella noche

sería todo suyo, al *professor* solo le interesaba lo que pudieran encontrar. Aunque continuaba creyendo que se estaban equivocando de zona. Echó un nuevo vistazo a las tumbas de la cara norte antes de contestarle.

—¿Cuándo? —repitió.

—Cuando averigüemos lo que están haciendo y lo que pretenden —fue un susurro apenas perceptible.

—No está mal —sonrió Andrea levantando un poco la cabeza y observando el resultado de su labor.

Habían conseguido limpiar toda la arena que recubría las juntas de la baldosa por sus cuatro costados, aunque todavía les faltaba por llevar a cabo el trabajo más difícil: levantarla. No parecía demasiado grande; si bajo ella se ocultaba un túnel, como había supuesto el doctor Cohen, el hueco que ocultaba la losa solo permitiría el paso de un hombre, y no muy robusto. Pero la mujer comprobó que debía de ser muy pesada.

—Puede tener más de quince centímetros de grosor —dijo lanzando un suspiro.

El investigador estuvo a punto de echarse a reír, lo había dicho como si fuera a levantarla ella sola.

—No te preocupes, podrás hacerlo —le contestó con una sonrisa pícaro.

Ella le empujó lo suficiente como para que cayera de lado sobre su costado.

—No te rías de mí, tonto; y ponte en pie, que tenemos trabajo.

Él volvió a arrodillarse a su lado y probó a introducir los dedos entre las juntas de las dos piedras. No le cabían. A ella sí, pero Andrea no disponía de bastante fuerza para alzarla.

—Retira las manos —le indicó él tomando una ganzúa de hierro. Temía que se lastimara los nudillos—. Intentaré desencajar la losa, luego tú la sujetas con el pico para que pueda levantarla un poco, ¿te parece?

Tras unos instantes de duda, Andrea asintió con un gesto de la cabeza.

—De acuerdo, vamos allá.

Con el primer intento, Víctor sintió que la piedra cedía ante sus esfuerzos y consiguió moverla unos milímetros, los suficientes como para saber que podrían subirla, pero no sería fácil. La arena del desierto, durante miles de años, había surtido el efecto de la argamasa y su base parecía soldada al suelo.

—Te ayudaré —le anunció ella sin que cupiera ninguna discusión al respecto y tomó el pico en sus manos—. Insértalo en la ranura y colócalo para que haga palanca. Cuando tú intentes levantar la piedra con la ganzúa, yo te ayudaré echando todo mi peso sobre el pico.

Fue una buena idea, pero aun así sudaron en mitad del frío de la llanura hasta que Víctor pudo soltar la herramienta e introducir sus dedos en el hueco. Después, entre los dos la alzaron. Una vaharada de polvo rancio los asaltó cuando ya casi la habían retirado del todo.

Andrea comenzó a toser con la cara llena de partículas de arena, aunque no soltó la placa de piedra hasta que se aseguró de que Victor podía con ella.

—¿Estás bien? —le preguntó una vez que la depositó en el suelo.

—Creo que sí —le respondió ella aclarándose la garganta—, he tragado un kilo de polvo.

El hombre limpió parte de la suciedad de su cara con la mano y luego ambos observaron maravillados el agujero.

—Mira —le dijo Victor señalando el orificio que se abría bajo ellos. Ella le abrazó.

—¡Tenía razón! ¡Elijah tenía razón! —Estaba exultante—. Vamos, bajemos. —No había finalizado la frase y ya le había soltado para introducir las dos piernas dentro del foso.

La baldosa había dejado al descubierto un túnel que descendía formando un canal perpendicular al terreno. El investigador extrajo una de las linternas de su mochila e iluminó con ella la cavidad.

—¿Qué ves? —Andrea había sacado las piernas del interior y se había tumbado en el suelo para observar mejor la galería.

Al lado oeste había un muro de piedra caliza que impedía el paso, pero el túnel descendente se prolongaba en un largo corredor hacia el este con una altura aproximada de dos metros.

—La galería está policromada —le indicó a la mujer, que introdujo la cabeza, el cuello y parte de su cuerpo, para poder comprobarlo por sí misma.

No observó nada que pudiera parecerle peligroso y recogieron sus herramientas para deslizarse en el interior del túnel.

La galería descendía con suavidad y apenas si tendría un metro de ancho. Los artistas egipcios la habían decorado en su totalidad, incluido el techo que se elevaba formando un arco sobre sus cabezas.

Recorrieron despacio el pasillo alumbrando con sus linternas las paredes y descubriendo que los bajorrelieves estaban pintados de alegres colores. Conformaban escenas de la vida diaria en el Antiguo Egipto. Andrea contempló a una mujer haciendo pan y a otra sosteniendo a su hijo en brazos. El niño parecía diminuto a su lado. El hombre le iba señalando algunas partes de los murales, allí donde veía representado el disco solar lanzando sus rayos benefactores.

—Está por todas partes —exclamó ella.

Atón, el dios solar, había sido esculpido cada pocos pasos, como si fuera una guía dentro del corredor.

—A medida que avanzamos, se torna más simple —observó Victor.

El dibujo de un sol enorme, que lindaba casi con el techo, enviando sus rayos a las figuras que había debajo, había dejado paso a representaciones cada vez más sencillas.

—Ahora es solo un círculo —se sorprendió la mujer al apreciar la similitud que guardaba con la «a» mandea.

Él estuvo de acuerdo con su evaluación, pero tiró de su manga al comprobar que el pasillo finalizaba abriéndose en una sala de tamaño medio. La habitación, cuadrada, también se encontraba totalmente decorada, desde la parte superior hasta el suelo. Incluso su techo, donde el artista había pintado una representación del cielo con sus

constelaciones, sus estrellas y los planetas tal y como eran conocidos hacía tres mil años.

Cuando Sinclair los vio desaparecer tragados por la tierra aleccionó a Abdul para que se pusiera en pie.

—Ahora, sigámoslos —ordenó.

El joven tomó la delantera y le precedió hasta el agujero. Introdujo su cabeza con cautela y comprobó que la luz de la linterna de Victor se alejaba hacia las profundidades. Sin preguntar a Sinclair se deslizó en el túnel y luego le ayudó a bajar. Sus palabras les llegaban de forma grave y sonora alimentadas por los ecos de las paredes. Siguieron la estela de su luz procurando no hacer ningún ruido. Poco a poco fueron reduciendo la distancia que los separaba.

La sala solo poseía una salida, justo en el otro extremo, y comunicaba con un nuevo pasillo algo más ancho que el anterior, que también terminó por abrirse paso dentro de una estancia, esta vez de proporciones sorprendentes.

—Es enorme —se asombró Andrea al traspasar su entrada.

Excavada en el subsuelo de la llanura de Amarna, la pieza difuminaba sus contornos en la distancia donde no alcanzaba a iluminarlos la luz. A trechos regulares, sus constructores habían convertido los pilares que sustentaban el techo en columnas del grosor de una veintena de hombres, que se perdían en las alturas.

La sala tenía forma redondeada y había sido recubierta por yeso que los artistas habían decorado con pinturas de vivos tonos. A la altura de los ojos, una franja azul cobalto cortaba las paredes y, sobre ella, las figuras de antiguos egipcios los miraban en actitud hierática.

La mujer giró sobre sí misma para hacerse una idea global de su tamaño, pero la luz no alcanzaba a iluminar el techo ni los extremos del recinto. Sobre ellos pendía una oscuridad casi total interrumpida por el fulgor de alguna pincelada de oro de las paredes y por una tenue luminosidad procedente de un punto en el techo.

Se acercó a una de las paredes laterales, de unos treinta y cinco o cuarenta metros de altura y observó sus relieves hasta donde alcanzaba la luz.

—Son extraordinarios —exclamó—. Y parece que hayan sido pintados ayer.

Los colores brillaban ante el débil haz de sus linternas en tonos rojos, verdes, amarillos... irisados por las motas del polvo en suspensión.

El investigador recorrió la sala para hacerse una composición de lugar. Le había parecido escuchar el murmullo del agua al correr, pero no podía identificar su procedencia. No era tan grave ni tan sordo como en la Gruta del Bautista, por lo que no debía de estar encerrada. Más bien parecía fluir, correr, como el agua viva de los mandeos. Se acercó al fondo de la estancia y, a medida que su

linterna alcanzaba los contornos, fue descubriendo una colosal estatua que se levantaba en el extremo más alejado.

—Andrea, tienes que ver esto.

La mujer se volvió sobresaltada. La voz de Victor sonaba inusualmente pétrea, sin atisbo de emoción alguna. Pero al girarse, ella misma enmudeció.

El foco de luz levantaba reflejos de unos pies enormes calzados con sandalias. Si hubieran intentado sentarse sobre ellos, les habrían colgado las piernas.

—Brilla —exclamó el hombre todavía perplejo.

No pudo resistirse a tocarla y sentir el frío del metal en sus dedos. Ella le imitó y apreció en la yema de sus dedos la rugosidad de unos agujeros. Toda la superficie que acarició estaba surcada por pequeñas oquedades del tamaño de las que hacen las termitas al carcomer la madera.

La figura despedía destellos dorados, a veces ambarinos, como si estuviera construida en oro puro, aunque el hombre desechó aquella idea con rapidez, lo más probable era que contuviese un interior de piedra forrado con una fina capa de metal.

Se distanciaron de ella para poder enfocar toda su altura, y poco a poco se les reveló la imagen de una escultura de gran tamaño, similar a las que adornaban la entrada del templo de Ramsés II, en Abu Simbel. Estaba sentada en posición hierática, mirando al frente; sobre las piernas muy juntas sostenía una caja, o un cofre, que lucía en tonos verdosos de aguamarina y ocupaba todo el ancho de las dos piernas. Su tamaño era acorde con el resto de la figura, debía de ser tan grande como un automóvil pequeño.

Victor hizo ascender el haz de la linterna por su vientre abultado y su pecho hasta alcanzar un cuello en exceso largo rematado por una cabeza abombada con los labios gruesos de una mujer.

—Es Akenatón —susurró, como si pronunciar su nombre conjurase un mundo de magias y sortilegios perdidos en las brumas del tiempo.

La escultura era muy similar a cualquier representación que la arqueología había encontrado de él, con el abdomen prominente, la cabeza alargada hacia atrás y la boca sensual. Portaba todos los atributos faraónicos; su cabeza sostenía el *nemes* como símbolo de su poder: una especie de pañuelo de rayas transversales que le cubría la cabeza y caía a ambos lados de su rostro. Muy parecido al que mostraba su hijo Tutankamón en el Museo de El Cairo.

Sobre el *nemes*, el escultor había modelado una cabeza de serpiente, el *ureus*, pero no lo había cubierto de oro; y portaba la barba postiza. Su faldellín lucía unos pliegues perfectos mientras que en las manos sujetaba el cayado y el flagelo a pesar de apoyar con firmeza los brazos a ambos lados de la caja rectangular, que sostenía entre sus piernas.

—El cofre no es de oro —señaló Andrea cuando se deshizo el nudo de su garganta. Había observado la luz verdosa que desprendía cuando lo iluminaba—. Parece cobre —añadió.

—¿Cobre? —preguntó Victor haciendo descender el haz de su linterna.

El arca le devolvió una luminosidad en un tono cercano al que poseía el Rollo de Cobre. Y entonces el hombre recordó unas palabras: «Encontrad lo que está guardado en cobre». Sonrió, los mandeos se referían a *otro* cobre, no al del manuscrito de Qumrán.

—Andr... —No pudo finalizar la palabra.

Sintió que le empujaban con fuerza hacia delante y que un peso de cerca de ochenta kilos saltaba sobre él. Soltó la linterna para evitar golpearse la cabeza contra los pies de la estatua, pero fue demasiado tarde, chocó contra ella produciendo un sonido sordo. Se tambaleó un par de veces y después cayó al suelo medio inconsciente. Aún notaba la presión de un cuerpo encima del suyo y unos puños que le destrozaban la cara. Comenzó a sangrar por el labio y por un corte en la mejilla, pero no sintió la sangre resbalar por su rostro.

—¡Déjale, animal! —gritaba Andrea con el llanto a punto de engullir su voz mientras forcejeaba con las manos de Sinclair.

El hombre la retenía con fuerza sujetándola por los brazos mientras Abdul se resarcía con el investigador de sus antiguas deudas. Cuando el *professor* observó que el joven ya no se movía, le ordenó a su ayudante que le dejara y él soltó a la mujer. Ella corrió hacia Victor con lágrimas en los ojos y se arrodilló frente a él. Sujetó su cabeza con delicadeza entre las manos y la sintió laxa.

—¡Bestias! —les gritó a los dos.

Tenía miedo de acercar su rostro al de él y comprobar que no respiraba, pero se inclinó hacia delante conteniendo el horror hasta que su mejilla estuvo a dos centímetros de los labios del joven. Él exhaló una bocanada cálida que para ella significó la vida. A medida que él comenzó a respirar con normalidad, fue tranquilizándose. Victor abrió los ojos con un titubeo e intentó hablar pero tosió. Ella le acarició el cabello. No podía hacer nada más que reconfortarle. «Sinclair domina la situación», pensó controlando su ira. No lograba comprender cómo no los habían oído llegar.

El investigador observó su semblante y negó con la cabeza; fue un movimiento muy leve, pero ella le entendió. «Ya llegará nuestro momento», había pretendido decirle.

A pesar de la escasa luz que conseguían las cuatro linternas encendidas, a Samuel no le costó ningún esfuerzo hacerse una idea de lo que había llamado la atención de los dos jóvenes. La figura de Akenatón se levantaba frente a él en todo su esplendor desprendiendo el color del oro en cada centímetro de su piel metálica. «En cada centímetro no —puntualizó—. El cofre es de cobre.» Lanzó una risa chirriante que rebotó contra las paredes de la sala convirtiéndose en un chillido horrible que taladró los oídos de la mujer.

—Abdul —ordenó—, súbete a la estatua.

El aludido le miró sin comprender cómo pretendía que lo consiguiera, el metal era muy resbaladizo y estaba pulido a la perfección.

—Seguro que por la parte de atrás encuentras la manera de hacerlo —contestó a sus gestos con un tono que imprimía urgencia a sus palabras.

Mientras su ayudante buscaba la forma de cumplir la orden, él se sentó en la base de una de las columnas dejando colgar las piernas. Dirigía su atención a partes iguales hacia la estatua, a los dos jóvenes que estaban en el suelo y a Abdul, que había encontrado unas traviesas en la parte posterior de Akenatón para ascender por él.

Al poco le gritó que se diese más prisa.

—Está a punto de amanecer y me gustaría finalizar este trabajo antes de que saliera el sol, ¿sería posible? —Había un cierto tono de ironía en sus palabras, incluso de aire festivo.

Todo había salido mejor de lo que esperaba y suponía que el Rollo de Plata estaba al alcance de sus manos, con tan solo levantar la tapa del arca. Ni siquiera reparó en aquel momento en que apenas una hora antes él lo habría buscado en las tumbas de la cara norte de Kohlit.

Su ayudante ya había alcanzado la altura del cofre que el faraón sostenía entre sus piernas y enfocó la linterna hacia el lateral que le quedaba más cerca. Comprobó que poseía unas hendiduras aptas para introducir los pies y las manos, pero le parecieron aún más resbaladizas y estrechas que las que acababa de dejar atrás.

Al distinguirle surgiendo por un costado de la escultura, Sinclair se bajó de la columna y se dirigió hacia él ayudándole con su luz.

—¿Qué ves?

Abdul no veía nada. Estaba demasiado preocupado en no calcular mal y romperse la cabeza. El largo de su chilaba le molestaba para moverse con soltura y sus manos, húmedas después del duro ascenso, tampoco le ayudaban mucho. Miró hacia arriba y casi pudo extender su vista sobre la tapa del cofre. Hizo un último esfuerzo y tanteó su superficie. Era pulida hasta donde alcanzaba. Lo cierto es que tanteaba a oscuras porque la linterna pendía de su boca. La tomó e iluminó a la altura de sus ojos. Un borde de la tapa mostraba unas marcas, dirigió el haz hacia allí y descubrió unas agarraderas pequeñas. Volvió a sujetar la linterna con los dientes e intentó alcanzar, la primera de ellas, pero no lo consiguió y perdió parte del equilibrio.

Unos quince metros bajo él, Andrea había estado a punto de lanzar un grito. Víctor cerró los ojos temiéndose lo peor. Lo extraño era que no se hubiese resbalado ya.

Pero el hombre consiguió sostenerse al borde de la caja y de un salto se sujetó al lateral. Por fortuna alcanzó una de las marcas que había visto y se quedó colgando del vacío sujeto por su mano derecha, que comenzó a deslizarse del saliente. Apretó los dedos con toda su fuerza mientras intentaba tomar algo de impulso y poder asirse con las dos. Una gota de sudor resbaló con indolencia por su sien. Le temblaban los músculos del brazo por el esfuerzo. Inspiró una vez a través de los dientes y, sin disponer de tiempo para meditar el riesgo de su empresa, se lanzó hacia la derecha.

El par de segundos que duró la acción cruzó su cerebro convertido en una eternidad. Observó la parte izquierda de su cuerpo moverse con lentitud exasperante. Las piernas se combaron, su torso se arqueó y habría jurado que hubo un instante, solo uno, en que su

mano derecha se desprendió del asidero y la izquierda todavía no lo había alcanzado. Sintió que el estómago le oprimía la garganta y el miedo le impedía respirar. Cerró los ojos. Sudaba copiosamente.

Cuando creyó que comenzaría a sentir el vacío en su caída, un golpe seco le detuvo. Había conseguido alcanzar el agarradero. Tenía el cuerpo frío y temblaba, pero encontró fuerzas para limpiarse el sudor de la mano derecha en sus ropas y sujetarse con ambas. Después buscó un lugar donde apoyar los pies para impulsarse hacia arriba. Lo encontró y consiguió descansar la mitad de su cuerpo en la lisa superficie del arca. Agradeció el frescor del metal en su rostro. El frío atravesaba su chilaba y le alivió de la tensión que acababa de vivir.

En aquella postura, seguro de que no podría caerse, retiró la linterna de su boca y respiró varias veces llenando sus pulmones hasta la saciedad. Permitió que sus doloridos músculos descansaran unos instantes antes de retomar su labor.

—¿Qué ves? —volvió a repetir Sinclair.

Aún no había recuperado el aliento para contestarle y ni siquiera había podido echar un vistazo a la superficie sobre la que descansaba, pero no tenía intención de hacerlo hasta que recuperara el aliento.

Transcurridos unos minutos tomó impulso con las piernas, que aún permanecían colgando en el vacío, y se arrastró sobre la tapa del cofre. Su superficie era aún más resbaladiza que la de la estatua y a punto estuvo de caer por el otro lado. El cobre estaba tan bruñido que podía distinguir el reflejo de su rostro en él.

Se giró sobre sí mismo, sin despegar su estómago del frío metal, y comenzó a tantear los bordes de la tapa que quedaban más cerca del abdomen de Akenatón. Supuso que, de existir una manera de abrirlo, tendría que ser en esa zona.

Ayudado por la luz de la linterna visualizó un resorte que sobresalía del lateral del cofre casi rozando el colosal ombligo del tamaño de una cabeza humana. Decidió acercarse al regazo del faraón.

Abajo, Sinclair se mostraba cada vez más inquieto, no podía saber lo que estaba haciendo su ayudante y, lo que era aún peor, no veía nada y él no contestaba a sus preguntas.

Victor intentó incorporarse. La cabeza le daba vueltas y tanteó su cuero cabelludo. Sintió dolor allí donde se había golpeado contra el pie de la estatua, pero no percibió ninguna herida aunque la zona ya había comenzado a hincharse.

—Ayúdame —le pidió a Andrea.

Intentaba sentarse y comprobar los efectos del golpe y la paliza de Abdul en su cuerpo. Una arcada ácida se asomó a su garganta y temió vomitar. Respiró un par de veces en profundidad para controlar las náuseas y lo consiguió. Su cara no mostraba un buen aspecto, estaba sucia y surcada por hilos de sangre. La mujer le limpió lo mejor que pudo.

—Me gustaría levantarme —le dijo, y se apoyó en ella para incorporarse.

Aquel movimiento provocó que Sinclair le lanzase una mirada cargada de amenazas. Tomó su bastón con la mano derecha y giró su mango; dejó que asomaran un par de centímetros del florete para que el joven comprendiera la situación y no hiciera ninguna tontería. Pero Victor no tenía ganas de encontrarse con un corte en su estómago, así que se limitó a ponerse lo más erguido que pudo y a evaluar los daños que Abdul le había causado.

El árabe había dejado de hacer acrobacias sobre la tapa del cofre y comenzó a hacerlas sobre el vientre abultado del faraón. Había encontrado un hueco entre su cuerpo de metal y la caja, que le ofrecía cierta seguridad. Debía continuar teniendo cuidado porque podría escurrirse entre sus piernas, pasar por debajo del arca y utilizar sus rodillas como trampolín para irse a empotrar contra alguna de las columnas de la sala. Pero al menos allí su peso descansaba sobre las piernas y estaba erguido con las dos manos libres para poder manipular la cerradura.

Decidió deshacerse de sus babuchas y de los calcetines y probar suerte con los pies desnudos. Quizá con ellos pudiera afianzarse mejor a la pulida superficie. Le llevó sus buenos cinco minutos conseguir descalzarse sin perder el equilibrio.

Cuando lo consiguió se dispuso a manejar el saliente de la tapa que, pensó, debía de hacer las veces de cerradura. Ya más tranquilo, le contó a gritos a Sinclair lo que estaba haciendo. Su voz rebotó contra las paredes de la sala y se perdió entre múltiples ecos que recorrieron los pasillos del fondo.

Se trataba de un mecanismo sencillo, bastaba con oprimir la placa que sobresalía hacia el exterior y la tapa se abriría. Pero estaba muy dura. Al presionarla con las dos manos, apenas si conseguía moverla. Empujó más fuerte, con todo su cuerpo, y perdió la seguridad de su posición. Resbaló. Con gran rapidez se asió al saliente; sus piernas colgaban en el aire intentando dar con un punto de apoyo en el regazo del faraón, pero no lo conseguían. Pataleó en el aire muy asustado esperando que sus brazos pudieran sostener su cuerpo el tiempo necesario hasta que volviera a encontrar un sitio donde colocar los pies.

Quince metros más abajo, Victor había conseguido aclarar su mente. La cabeza había dejado de darle vueltas y las arcadas desaparecieron. Sentía todo su cuerpo dolorido, pero era capaz de mantenerse en pie sin ayuda. Miraba hacia arriba, aunque desde su posición no podía saber lo que hacía Abdul.

Andrea y él se separaron de la estatua para encontrar un ángulo de visión mejor, mientras que Sinclair se acercó cojeando hasta colocarse delante de ella. Fue un grave error, pero no podía saberlo en aquel momento.

El joven había conseguido colocar de nuevo sus pies sobre las piernas de Akenatón y respiró aliviado. El sudor le caía en gruesos regueros por la espalda, aunque eso no hizo que cediera en su empeño. Volvió a presionar el saliente, que no se aflojaba a pesar de que empujó con todo su peso de nuevo, con el riesgo de resbalarse

otra vez. Le dio unos golpes con la linterna intentando desatascarlo, en caso de que lo estuviera: no consiguió moverlo ni un centímetro.

Continuó golpeándolo una y otra vez con furia hasta que perdió pie un segundo y sintió que el corazón le atravesaba la garganta. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y soltó la linterna muy asustado. El utensilio cayó al vacío desde quince metros de altura golpeándose contra la estatua hasta que se estrelló contra el suelo partiéndose en varios pedazos.

Abdul la vio descender a cámara lenta mientras comprendía que seguiría su mismo camino. Sus piernas no hacían pie y ya estaban bajo el cofre iniciando su recorrido por el faldellín del faraón convertido ahora en un tobogán gigante.

—¡Noooo! —emitió un grito agudo hasta quedarse sin aire en los pulmones al tiempo que sentía cómo sus dedos eran incapaces de asirse al reborde del cofre. Se desprendieron uno a uno hasta dejarle colgando en el aire.

Pataleó. Se desolló los talones al frotarlos contra el áspero metal en un intento de detener su caída. No lo consiguió. Resbaló por la superficie de Akenatón y percibió un golpe en la espalda cuando comenzó a deslizarse por sus piernas desnudas, y otro cuando las rodillas doradas impactaron contra sus riñones. Nunca imaginó que se pudiera alcanzar aquella velocidad en tan pocos segundos.

Salió despedido y voló sobre la cabeza de Sinclair. En un acto instintivo intentó aferrarse a él, pero solo consiguió desequilibrarle tirándole al suelo. El *professor* rodó hacia un lado y su bastón hacia el otro.

Unos metros más allá, Abdul se había golpeado contra una de las imponentes columnas de piedra maciza y rebotó cayendo en una mala postura.

Andrea había presenciado toda la escena con los ojos desorbitados y las manos tapándose la boca para evitar gritar de forma descontrolada. El corazón le latía desbocado y la adrenalina le había paralizado el cuerpo. Cuando pudo moverse, extendió un brazo en dirección al joven.

—Está... está... —intentó finalizar su frase sin conseguirlo.

Escucharon un suspiro apagado al que le siguió un quejido.

—Creo que no —se adelantó Víctor.

Recogió el bastón de Sinclair, que había rodado por el suelo, y se lo entregó a la mujer. Después se acercó al joven y tomó su pulso en el cuello. Aún latía. Comprobó que respiraba con cierta dificultad, pero no quiso moverle. De un corte en el cuero cabelludo le manaba un fino hilo de sangre.

—¿Puedes hablar? —le preguntó.

El otro soltó un gruñido de odio e intentó empujarle con una mano. No fue capaz.

—Mueve las piernas —le pidió temiendo que se hubiera roto la columna vertebral.

Abdul se esforzó y consiguió aletear en el aire con los dedos de los pies.

—Bien —se relajó el investigador—. Ahora intenta colocarte en una postura más cómoda.

Se deshizo de su cazadora y la dispuso doblada bajo la cabeza del árabe cuando él consiguió girarse. Al hacerlo, una punzada de dolor le destrozó el pecho y le hizo gemir; Victor vio una mancha de sangre en su chilaba.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Andrea todavía con la voz entrecortada mientras se acercaba a los dos hombres.

—Sobrevivirá —le contestó—. Aunque va a necesitar un hospital, es probable que se haya roto alguna costilla.

Ella respiró aliviada y luego se dirigieron hacia donde estaba Sinclair, todavía sentado en el suelo e intentando incorporarse, pero la conmoción del golpe se lo impedía. Todo le daba vueltas.

—Ayúdame —le pidió Victor a la mujer—. Llémosle cerca del otro. —Miró en dirección a Abdul—. Le apoyaremos contra la columna para que esté lo más cómodo posible.

Cuando le dejaron sentado, Victor alzó la cabeza y observó la estatua, que se erguía impasible ante él, imponente con sus más de treinta metros de altura. Recogió una de las linternas del suelo y enfocó su rostro. La luz dibujó unos contornos difusos, con los labios gruesos y los ojos demasiado grandes; en la frente destacaba el *ureus*, la pequeña serpiente que representaba el poder del faraón.

—¿Te has fijado en el *ureus*? —le preguntó a Andrea.

Ella estaba reclinada junto a Sinclair y se incorporó para contestarle.

—No parece de oro.

—No, no lo es. Se trata de cobre.

—¿En qué estás pensando?

Las palabras del ganzebra en la Gruta del Bautista resonaban ahora con más fuerza en sus oídos, «guardado en cobre», «encontrado lo que está guardado en cobre».

—¿Crees que podrían referirse a la serpiente? —le preguntó señalando la frente de la estatua.

Pero ella no tenía ni idea de qué le estaba hablando. Entonces Victor le contó en pocas palabras su conversación con los mandeos en la cueva.

—En un principio supusimos —lo dijo por Said y por él— que se referían al Rollo de Cobre. Ahora no estoy tan seguro. El rollo puede ser el medio, pero no el fin.

—¿No pensarás en subirte ahí? —le interrogó Andrea una vez comprendió lo que pretendía—. Mira lo que le ha pasado a Abdul.

Él le sonrió. Debía de estar loco solo de pensarlo, pero lo estaba porque ya se había arremangado la camisa y se colgó una linterna al cuello.

—Ni se te ocurra —le atajó ella—. Ahí no te subes. —Había miedo en su voz.

Victor la tomó por los hombros y besó su frente.

—No me sucederá nada. Estoy seguro de que el arcón era un señuelo, de que hay algo dentro del *ureus*. Verás como es más fácil

llegar hasta él —lo dijo con una gran convicción, aunque no las tenía todas consigo.

El hombre tanteó la parte trasera de la estatua y comprobó la seguridad que le ofrecían los asideros que había usado Abdul en su ascenso. Resultaban muy parecidos a los que las compañías eléctricas colocaban en los postes de la luz, unos cables de hierro macizo en forma de «c» encajados en la torreta. En este caso, toda la espalda del faraón, hasta donde alcanzaba la luz, estaba cubierta por ellas a intervalos regulares.

Secó bien sus manos contra la ropa y comenzó la ascensión. Más que difícil resultaba pesada, había que andarse con cuidado para no resbalar, pero los asideros ofrecían un apoyo perfecto tanto para los pies como para las manos. Le molestaba un zumbido continuo que comenzó a oír desde que inició la subida; también lo percibía en las palmas de sus manos y en sus pies en forma de cosquilleo muy leve.

Al traspasar la cintura del faraón comprobó que las asas continuaban por su espalda hacia arriba. Miró su costado, por donde Abdul había accedido al cofre, y comprobó lo difícil que hubiera sido no resbalar mucho antes. Allí no había nada a donde asirse. Pensó que el hombre podía sentirse afortunado de haberse roto solo algunas costillas.

Volvió a enfocar la vista hacia arriba y continuó su ascenso. Sintió una extraña sensación, no había necesitado su linterna para ver. Giró la cabeza a su alrededor y, aunque todo estaba oscuro, percibía cierta luminosidad procedente del techo. Desde su posición le resultaba muy difícil comprobarlo y le preguntó a Andrea.

—¿Ves esa luz? —gritó.

—La veo —le confirmó ella—. Entra por una abertura del techo, debe de estar amaneciendo.

El sol aún iluminaba poco, pero los contornos de la sala comenzaban a definirse y se percibía mejor el tamaño de la colosal figura del faraón. Resultaba impresionante.

El hombre se regaló una sonrisa al comprender que no podía ser de otra forma. El sol tenía que poseer una participación activa en todo aquello. Para Akenatón el disco solar era su único dios y para los mandeos la Luz era la Vida.

Al pensar en los mandeos recordó el agua. Cuando entró en la sala reconoció el sonido de un líquido fluyendo, pero no había sabido descubrir su procedencia. A medida que ascendía por la espalda de la escultura, el zumbido inicial se tornó cada vez más tenue, como si lo hubiera dejado a sus pies. El pensamiento que le cruzó la cabeza le acobardó. ¿Sería posible que la escultura estuviera asentada sobre un remanso de agua? Era consciente, porque lo había visto en la Gruta del Bautista, de que con cuatro cánticos y unas galerías subterráneas repletas de líquido los mandeos podían derrumbar muros. Le entró un miedo terrible al pensar que la escultura podía desmoronarse en cualquier momento.

No sabía qué hacer, casi había alcanzado los hombros de Akenatón. ¿Se derrumbaría el faraón? Y, de hacerlo, ¿cuándo sería? Sus pensamientos lo desazonaban. Supuso que el sol tendría algo que

ver, pero no fue capaz de imaginarse en qué medida y, ni siquiera, si formaría parte de la destrucción de la figura.

Miró hacia arriba comprobando que le quedaba muy poco camino hasta el cuello. Ahora veía mucho mejor y advirtió que en ese punto desaparecían los asideros.

—Creo que está amaneciendo —le gritó Andrea desde abajo.

Los primeros rayos de sol se filtraron oblicuos por una cavidad del techo que no habían podido ver bien durante la noche, quizá debido a la altura de la sala y a su disposición. A Victor le extrañó, debería haber habido algún tipo de claridad, aunque fuera muy tenue, pero no la hubo. «A lo mejor es magia, pura y simple magia», supuso con una amplia sonrisa. Luego soltó una carcajada al recordar lo que acababa de pensar. «¿Magia?», creyó que las circunstancias podían con él, los más de veinte metros de subida debían de haberle dejado sin sangre en el cerebro.

Avanzó unas agarraderas más en su ascenso y se detuvo de golpe. Había alcanzado la última. Percibió en el rostro una bocanada de aire frío y rancio y descubrió delante de él una abertura en la cabeza del faraón. Tal y como había supuesto en un principio, la estatua estaba hueca por dentro.

—Aquí hay un hueco —vociferó desde arriba—. Voy a entrar.

Andrea se cubrió las dos mejillas con las manos intentando ahuyentar el temor que sentía.

Cuando Victor introdujo los brazos en el interior del agujero, le sorprendió encontrarse con la rugosidad de la piedra caliza. El hueco era suficiente para acoger a una persona sentada, aunque en una posición extraña, ya que entre las piernas tenía una cavidad que descendía hacia abajo recorriendo el cuerpo del faraón.

El orificio donde se había acomodado tenía la forma de un huevo y ocupaba parte de la cabeza de la estatua. El investigador calculó que debía de hallarse entre la frente y la barbilla. Encendió la linterna y recorrió con su haz la extensión del pequeño habitáculo. Le sorprendió descubrir que, lo que en un principio había creído que era la rugosidad de la piedra, en realidad eran pequeñas piezas de metal adheridas en toda la superficie del interior, como cristales que brillaban al ser iluminados.

Continuó moviendo su linterna hacia un lado y hacia otro hasta que la dirigió hacia un punto opaco, que no reflejaba la luz. Lo rozó: era suave y pulido, muy diferente al tacto de la piedra que le rodeaba. Delimitó sus bordes con los dedos y, entonces, comprendió qué podría ser. En la frente del faraón, entre sus ojos, el escultor había dejado un hueco redondo donde había encajado el *ureus* que podía verse desde el exterior. Volvió a acariciar la zona y percibió el frío del metal. Introdujo sus dedos entre las juntas y tiró de la pieza hacia sí.

Afuera, el sol penetraba con timidez por el techo esparciendo su luminosidad por la sala pero conteniendo casi toda su fuerza en unos pocos rayos dirigidos hacia el *ureus* de la estatua. La serpiente de cobre, centrada en su frente, refulgía en tonos verdosos y azulados, resultaba imposible fijar la vista en ella.

Andrea estaba asombrada de los conocimientos egipcios para calcular con precisión la dirección en que el sol incidiría sobre un punto determinado de la efigie. El agujero del techo era muy pequeño para no haber sido localizado en el exterior y, sin embargo, creaba la maravilla que estaba viendo.

Entonces, el *ureus* dejó de lucir, desapareció. El rayo solar penetró por la frente del faraón y se perdió en su interior hasta que volvió a surgir de su piel dorada en miles de pequeños puntos luminosos. Los orificios que la mujer había observado en uno de sus pies recubrían la estatua por completo y, ahora, de cada uno de ellos salía un rayo de luz. Y los había a cientos, miles, repartidos por todo el cuerpo de metal. No podía apartar la vista de esa visión, era hipnotizante.

De pronto escuchó un sonido estridente y despertó de su ensoñación. La sala se había llenado con los ecos de unas palabras que rebotaban contra las paredes.

—¿La es-ta-tua ha-bla? —tartamudeó mirando a Sinclair, que aún permanecía reclinado contra la columna.

El hombre no contestó. Ella aguzó su oído e intentó descifrar los sonidos que profería Akenatón, pero resultaban algo confusos. Por un lado distinguió el rugido de una corriente de aire, por otro agua en movimiento... pero, entre la cacofonía de ruidos, había voces, al menos una. La había oído. De pronto volvió a escucharla.

—¡La leche! —El tono era muy grave y retumbó en toda la estancia explotando contra sus muros.

—¿La leche?! —repitió la mujer interrogando al *professor* con su mirada—. ¡¿La leche?!

¿Qué palabras eran aquellas para un faraón después de tres mil años guardando silencio? «¡¿La leche?!» No salía de su asombro hasta que escuchó una risa que lo ocupaba todo.

—¡Victor! —chilló—. ¡Deja de hacer tonterías! Me has asustado.

A más de veinte metros del suelo, el investigador se había golpeado la cabeza contra una de las paredes interiores de la estatua. Tiró con todas sus fuerzas del pedazo de metal aprisionado en la frente de Akenatón hasta que logró desencajarlo de su sitio, pero, al hacerlo, un rayo de sol le deslumbró frontalmente. En lugar de apartar la vista, giró la cabeza y se topó contra un lateral de su pequeño cubículo.

Se frotó el lugar donde nacería un nuevo chichón maldiciendo su suerte. Antes de abrir los ojos de nuevo se inclinó hacia delante para evitar el rayo solar y lo que vio le desconcertó. Las pequeñas piezas de metal que recubrían el interior de la cabeza reflejaban la luz. Se estiró hacia las que estaban más cerca de él y descubrió diminutas placas de oro, de no más de un centímetro cuadrado, pero había cientos. Se apartó hacia la derecha y comprobó que el canal que descendía hacia abajo también estaba recubierto por ellas.

—¿Qué ves? —vociferó.

Su voz resultó atronadora y la mujer tuvo que taparse los oídos.

—No grites, el sonido sale de la estatua como si fuera un amplificador.

—¿Qué ves? —repitió en un tono de voz normal.

Ahora sí podía entender sus palabras, aunque continuaban siendo demasiado graves y profundas, como salidas del fondo de una caverna.

—Esto es extraordinario —ella sí chilló para hacerse oír—. La estatua desprende rayos dorados por cada poro de su piel. —Utilizó la palabra *poro* para referirse a los innumerables agujeros de su superficie—. Es una visión indescriptible.

—¿Y ahora? —volvió a preguntar tapando con gran parte de su cuerpo el agujero que descendía hacia abajo.

—Nada, ahora no veo nada.

Victor sonrió en el interior de la cabeza del faraón. Las pequeñas láminas de oro servían para reflejar el haz de luz que entraba por el hueco que había quedado al retirar el *ureus*. Aunque no podía ver la estatua desde el exterior, dentro parecía encontrarse en el centro de un caleidoscopio con todos los colores del arco iris reflejados y multiplicados un millón de veces. Era un espectáculo grandioso que le absorbía y le hizo olvidarse por unos instantes de que aún sostenía la serpiente de cobre en sus manos.

Se sentía un tanto mareado por la sugestión de la luz moviéndose en el interior del cubículo. Alzó el *ureus* hasta tenerlo a la altura de sus ojos para poder observarlo mejor. Necesitó de las dos manos y de gran parte de su fuerza. El objeto medía algo más de cuarenta centímetros de alto y era grueso como el tronco de un árbol.

Le pareció que se movía. El cuerpo de la cobra oscilaba de un lado hacia el otro, de derecha a izquierda, en un movimiento hipnótico que le hizo temblar al mismo ritmo. Se balanceaba con ella siguiendo las notas de una melodía que solo estaba en su mente. Do, hacia la derecha; re, a la izquierda; mi, vuelta a empezar a la derecha; fa...

—Victor, ¿estás bien? —Andrea comenzaba a preocuparse, a medida que avanzaban los minutos, la luminosidad que brotaba de Akenatón era cada vez más brillante.

—Sí —acertó a responderle al cabo de unos instantes.

La mujer no habría podido asegurarlo, a causa de los ecos que levantó su respuesta en la sala, pero le pareció un «sí» adormecido y somnoliento.

Su pregunta distrajo al investigador de su trance lo suficiente como para volver a la realidad, al menos en cierta medida, aunque la cobra continuaba meciéndose de un lado a otro. La sujetó con una mano mientras con la otra le dio un cachete en la cabeza, para que se estuviera quieta de una vez. Al golpearla percibió que estaba hueca. Aún medio sugestionado logró encontrar su mecanismo de apertura y lo hizo saltar con un clic. Dentro había un rollo metálico con un brillo diferente al del oro y al del cobre.

—Plata —susurró.

Andrea y Sinclair pudieron oír a la perfección esa única palabra, a pesar de las distorsiones que provocaba la estancia en los sonidos.

—¿Ha encontrado el Rollo de Plata? —El *professor* buscó confirmación en la mirada de ella. Luego repitió su pregunta todo lo alto que pudo—. ¿Has encontrado el Rollo de Plata?

No obtuvo respuesta. El investigador había guardado el rollo de metal en el interior de su camisa y descifró la única letra que estaba grabada dentro del cuerpo de la cobra. «A.» La «a» mandea.

—«A» —exclamó—. Aaaaa... —Había vuelto a caer en el trance aunque en esta ocasión era más profundo y pesado.

Una pequeña corriente de aire penetró por el agujero de la frente del faraón y meció su cabello. Él no se percató de cómo llenaba todo el cubículo y descendía por el hueco entre sus piernas estatua abajo.

A veinte metros desde donde él se encontraba, la orientalista escuchó la letra en silencio. Ni siquiera Sinclair abrió la boca.

—Aaaaa...

Era un sonido continuo, como si a Victor nunca se le agotase el aire en los pulmones. Pero el joven hacía tiempo que ya había sellado sus labios y solo escuchaba, como los de abajo.

La «a» se esparció por todos los rincones, dentro y fuera de Akenatón; recorrió los pasillos, inundó las salas y salió al exterior. «Aaaa.» Cada centímetro que ganaba en su trayecto la hacía crecer y multiplicarse. Aumentaba en tamaño y claridad. «Aaaa.» Nada se oponía a su paso, atravesaba paredes y puertas, se expandía en las llanuras y ocupaba las aguas. «Aaaa.» Asaltaba los cuerpos, traspasaba edificios.

Se extendía. Movía montañas.

Era magia, solo magia condensada que había encontrado un camino para liberarse.

Victor flotaba. Mentalmente tenía la sensación de estar levitando dentro de la cabeza de Akenatón. Se sentía ligero. Su cuerpo había desaparecido.

Algo se abría paso en su cerebro, una idea se trasladaba desde su inconsciente hasta la certeza más absoluta. Para un hombre que nunca había creído en Dios, Dios se hallaba dentro de él. No sabía definir esa fuerza que le ocupaba por entero, ese poder que percibía a su alrededor, como un torbellino que arrastraba lo que tenía dentro para dejarle en su lugar una luz que le ahogaba. Era tener el sol en su interior, una potencia que lo era todo, lo representaba todo, lo sufría todo y lo gozaba todo. No podía albergar el *todo* dentro de sí, su mente limitada no podía abarcarlo.

Entonces dejó de resistirse y su cerebro se abrió al conocimiento y a la percepción. Comprendió el concepto de ver pasar la Vida, toda la Vida, no la suya propia, en unos instantes ante sus ojos. Pasado, presente y futuro fundidos en un solo tiempo que eran el «ahora». Y también vio que era posible cambiar el futuro, que no venía predestinado, que todavía podíamos salvarnos.

Vio el cosmos al completo y percibió la música de las esferas como una oscilación vibrando armónica con su propio ser. Comprendió que la humanidad entera debería caminar junta, con todos los otros seres vivos de la creación, siguiendo un ritmo que ya marcaban las estrellas desde sus orígenes. Y no percibía felicidad, observaba paz, solo paz. La paz de sentirse bien con uno mismo, con los demás y con todo lo que los rodeaba.

«Aaaa.» La «a» mandea continuaba resonando en sus oídos como un mantra transformador. La palabra creadora del universo, una energía contenida en la dinámica de todo lo que fue, es y será.

Con una palabra se creó el mundo, porque «en el principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios»; «sin el *abagada* nada podía ser dicho», el dios egipcio Ptah habló y, al hacerlo, dio origen a todas las cosas que no podían existir si no tenían nombre. Nombrar fue el primer acto de la creación.

Y entonces comprendió, más allá de todo lo que había aprendido hasta aquel momento, el verdadero significado del poder de las palabras, de una palabra, de una sola letra, la «a», con una fuerza más poderosa que cualquiera otra, la voluntad. Y aquello era solo el Principio. Podíamos mover montañas, él lo estaba haciendo. Aaaa...

EPÍLOGO

UNOS MESES MÁS TARDE

Said estaba sentado en el umbral de su puerta. Tenía el semblante abatido y parecía a punto de echarse a llorar. Ante él brillaba la carrocería de una furgoneta nueva, una flamante Mercedes recién salida de la fábrica; con su dirección asistida, ABS, aire acondicionado, sistema eléctrico, GPS integrado, gran capacidad de carga... y la habían rotulado con enormes letras: ANTIGÜEDADES SAID ALAMI. «¿Dónde está *Seis Burras*? ¿Qué han hecho con ella?», se lamentaba entre sollozos.

Su mujer, ayudada por el mayor de sus hijos, había decidido que la antigua furgoneta era un cachivache inservible que cualquier día les daría un disgusto y ahora, que habían recogido los beneficios de la última aventura de Said, decidieron invertirlos en comprarle un vehículo nuevo, como el que nunca había podido permitirse.

Fátima también había dado una fiesta en la vecindad para celebrarlo y todos sus amigos se encontraban en el interior de la vivienda bebiendo, comiendo y alegrándose por la suerte del anticuario.

Gracias a la intervención del doctor Cohen, no solo se habían librado de la cárcel por el estropicio que habían causado en el cementerio de Qumrán, sino que habían salido con bien de todo ello. Elijah había recibido un porcentaje de lo encontrado en forma de reconocimiento y otro en dinero contante y sonante que se había apresurado a compartir con sus compañeros.

La familia de Said decidió que su seguridad estaba por encima de cualquier capricho, pero el hombre no lo veía de la misma forma. Todavía continuaba lamentándose de su suerte por haberse quedado sin *Seis Burras*, cuando su Lucero le acercó un plato con media docena de pastelillos de pistacho bañados con excesivo almíbar.

—Toma, papá —dijo la niña sentándose a su lado en un intento por aliviar su aflicción—. La miel se la he echado yo porque sé que te gusta mucho. —Todavía tenía las manos pringosas por el dulce.

El hombre la abrazó con cariño y la besó en la frente. Luego aspiró con fuerza hacia arriba tragándose las lágrimas y tomó uno de los pasteles.

—Mmm, ¡qué ricos están, cariño! —le agradeció su detalle todavía con la voz temblorosa.

—Papá —murmuró ella acercándose a su oído—, ¿me compras la muñeca que habla y come sola?

Él se rió a grandes carcajadas tomándola en sus brazos al comprender el razonamiento infantil. La volteó por el aire, y la besó tantas veces que le dejó los mofletes colorados. *Seis Burras* y había comenzado a formar parte del pasado.

A quinientos kilómetros de allí, Victor y Andrea se dejaban mecer por las aguas del Nilo. Habían alquilado una vieja faluca recién pintada que parecía salida del cuento de *Las mil y una noches*. Su dueño la había engalanado como a una novia para su boda. De la borda colgaban lamparitas de colores y, en su pequeño interior, había dispuesto un sinfín de cojines y colchas sobre una mullida alfombra. Los había visto tan enamorados que, por un módico precio extra, había añadido una bandeja repleta de golosinas egipcias.

Los dos jóvenes se asomaban desde el camarote para observar cómo los últimos rayos de sol desaparecían tras las dunas de la orilla silueteando el borde de las palmeras. El río les traía perfumes maduros de jazmín y de la flor del naranjo mezclados con los aromas especiados del azafrán y la canela.

Habían disfrutado de su propia fiesta de la chilaba, como era típico entre los turistas que hacían un crucero por el río, y se habían vestido al modo egipcio, él con una chilaba de color blanco, larga hasta los pies cubiertos por unas babuchas. Andrea se había decidido por un caftán femenino y por algunas joyas falsas que tintineaban en sus muñecas y le hacían parecer una pitonisa zíngara. Llevaba el pelo suelto, cayéndole a raudales sobre los hombros y confiriéndole un aspecto salvaje que el joven no pudo dejar de apreciar. Los últimos rayos de sol, antes de ocultarse tras las dunas del desierto, doraron su cabello pelirrojo y lo hicieron brillar como el fuego.

Victor la atrajo hacia sí empujándola con delicadeza por la cintura y le alzó la chilaba hasta sacársela por la cabeza. Después la recostó sobre los almohadones. Acarició el nacimiento de sus senos y el borde de su costado al tiempo que comenzaba a cubrir su cuerpo de besos. Descendió pecho abajo hasta detenerse en su ombligo. Ella tomó su cabeza entre las manos y la acercó a su boca.

En ese momento comenzó a sonar el móvil del joven. De una patada lo lanzó a la zona más alejada del pequeño camarote, pero el aparato se mostró insistente elevando el tono de su pitido. Al final no tuvo más remedio que descolgar.

—¿Sí?

—Victor, ¿cómo os encontráis? —Era su jefe, desde Roma—. Espero que estéis disfrutando del viaje. —El joven pensó que sí, que

estaban disfrutando de la manera más deseable, pero que su llamada había venido a interrumpirlos en un mal momento.

Sin embargo, no expresó en voz alta sus pensamientos.

—Dime, Jérôme. ¿Para qué has llamado?

Su jefe fue al grano.

—Un buen cliente me ha propuesto algo que podría interesarte.

En aquel momento a Victor solo le interesaba colgarle el teléfono y volver a tomar a Andrea en sus brazos.

—Dile que iré —le contestó sin saber de qué se trataba deseando terminar la conversación—. Pero no inmediatamente —añadió con una sonrisa pícaro en los labios.

No oyó la respuesta de Jérôme porque apagó el teléfono y lo ocultó debajo de unos almohadones.

—¿Qué quería? —le preguntó la mujer con una mirada felina a la que no parecía importarle ninguna noticia que estuviera más allá de la faluca alquilada.

La observó en silencio, parecía una diosa reclinada con indolencia sobre los cojines dorados. La abrazó de nuevo y aspiró el aroma de su cabello. Comenzó a besar el perfil de su cuello, donde nacía el deseo junto a la raíz del pelo, y le susurró:

—Que busque un nuevo tesoro.

Pero Victor ya había encontrado el más grande, los demás tendrían que esperar, por lo menos hasta el día siguiente.

NOTA DE LA AUTORA

Aunque la palabra *novela* encierra en sí misma el significado de *ficción*, en todas y cada una de las historias que se cuentan hay huellas de verdad. *El alfabeto sagrado* también está basada o, más bien, asentada con firmeza en un terreno muy seguro, el de los datos reales que la sustentan.

Para el lector siempre es difícil separar «lo que es» de «lo que no es» y he decidido escribir esta nota para aquellos que quieran ir más allá y conocer los hechos reales.

Gran parte de la obra nos introduce en el mundo de los mandeos, una secta gnóstica que todavía pervive en Irak y al sur de Irán. Estos hombres y mujeres existen y cada vez les resulta más difícil poder desenvolverse con normalidad en los países en los que viven. Sufren persecuciones y reciben castigos que no merecen. Ellos solo piden que les dejen integrarse y que respeten sus derechos. Todo lo que se ha contado en la novela sobre ellos, sobre sus liturgias religiosas y sus costumbres es cierto. El bautismo es uno de sus rituales principales y lo realizan en agua corriente, que fluye, es el agua viva; los sacerdotes leen pasajes sagrados y disponen la bandera ritual, el *drabsa*, delante de ellos; elaboran *petha*, el pan sagrado, aunque el sacerdote suele traerlo ya preparado de casa; encienden un fuego ritual al que añaden constantemente incienso y sacrifican algunas aves; van vestidos con el *rasta*, su ropa ritual, y en verdad parecen salidos de un mundo olvidado hace dos mil años que nos recordaría a Juan el Bautista en el río Jordán.

También es verídica la existencia de cuencos mandeos de encantamientos y de pequeños amuletos de la suerte. Algunos de ellos pueden observarse en el Museo Británico de Londres, aunque cuentan con colecciones y exhibiciones en otras muchas partes del globo. El cuenco atrapademonios del que habla *El alfabeto sagrado* con la figura femenina en el fondo sujetando un escorpión y una serpiente, lo ofrecía la galería Abraxas y ha sido vendido hace poco por unos seiscientos euros. Hoy está en manos de algún afortunado coleccionista.

Con respecto a varios eruditos y personajes que se mencionan en la novela, he de reconocer que son personas reales, de carne y hueso, que a fecha de hoy están vivas y realizan sus trabajos con profesionalidad, como el padre Linus, sacerdote que reside en el monasterio de Santa Catalina y a cuyo cargo está su biblioteca, aún hoy continúa digitalizando los textos que encierran las murallas de la abadía; Joe Zias, renombrado antropólogo físico que descubrió la verdadera inscripción en la tumba de Absalón, así como una segunda; Emile Puech, lingüista que le ayudó en su desciframiento; Shimon Gibson, arqueólogo de Tierra Santa descubridor de la Gruta del Bautista, con su piscina ritual al fondo y la figura del santo grabada en la pared, aunque, eso sí, demasiado alta para que Victor, estando arrodillado, pudiera recoger el amuleto; el doctor Oren Gutfeld, que siguió los pasos de John Allegro y continuó excavando en el valle de Acor, tras la misteriosa visita del piloto de Continental Airlines, con su aire acondicionado construido con un aspirador de hojas de jardín y un tubo de aluminio; Sinclair contrató al mejor abogado de Jerusalén para defender a Martin en un supuesto juicio, habló con Barry Michael Zinn, que en realidad es uno de los mejores que posee la ciudad; John Tait, del University College de Londres, y el metalúrgico Robert Feather, verdadero autor de la conexión egipcia con los esenios del Mar Muerto que descubrió que entre las catorce letras griegas del Rollo de Cobre se ocultaba el nombre de Akenatón, o los pesos y medidas egipcios usados por los que escribieron el manuscrito.

El Rollo de Cobre es un texto descubierto en el asentamiento esenio de Qumrán junto al resto de sus manuscritos y describe sesenta y cuatro localizaciones donde encontrar increíbles tesoros; actualmente se conserva en el Museo Arqueológico de Aman, en Jordania, y puede ser visitado por todo aquel que lo desee. Todas las características que se describen de él, como su extraordinaria pureza del noventa y nueve por ciento, la dificultad de su lenguaje o los errores en su texto son ciertas.

Muchos han sido los eruditos que han intentado descubrir los lugares que describe sin éxito. Allegro fue el primero, después de él han venido muchos otros. Deseaban encontrar el Rollo de Plata, aquel que contenía con más detalle la ubicación de todos y cada uno de los tesoros, pero hasta la fecha no han obtenido ningún fruto.

La tumba T1000 existe y se localiza en el cementerio norte de Qumrán, es tal y como se refiere en la novela. Hasta la fecha ha sido el enterramiento más extraño descubierto en todo Israel. De hecho, hace poco se analizaron los huesos que contenía el ataúd de cinc y, mediante la prueba del carbono 14, se descubrió que eran restos pertenecientes a tres personas que habían vivido hacía cuatro, tres y dos mil años respectivamente. Tres hombres diferentes con un intervalo de mil años entre cada uno, ¿quién conservaría unos huesos durante mil años para enterrar a alguien junto a ellos?, ¿y quién esperaría otros mil años para poner un tercer cuerpo en el ataúd?

Pero quizá la pregunta clave sea: ¿qué personajes podían ser tan importantes para que un grupo cargara con sus restos durante dos mil años con el fin de enterrarlos juntos? La respuesta puede constituir el tema central de una nueva novela.

Desde luego, no fueron los mandeos los que enterraron a esos hombres; aunque su mitología les concede un origen muy antiguo, solo indica que proceden de Egipto, y celebran el Banquete de los Egipcios para conmemorarlo. Ya lo apuntaba la señora Drower en sus numerosas obras dedicadas a ellos.

Ethel Stefana Drower fue una dama excepcional. Cuando su marido, sir Edwin Drower, fue enviado a Irak como consejero judicial para el gobierno británico en 1922, ella le acompañó al país. Y allí comenzó a interesarse por una secta gnóstica que habitaba los pantanos al sur de Basora, los mandeos; aunque también estudió en profundidad a los yazidim, sobre los que escribió un interesante volumen, *The Peacock Angel*. Sin embargo, su mayor interés se centró en los mandeos, de los que nadie había oído hablar en Occidente, a excepción de un grupo de misioneros jesuitas en el siglo XVII. Se ganó su confianza y consiguió que le permitieran recopilar sus textos sagrados y traducirlos al inglés: el *Ginza*, el *Qolasta*, el *Libro de las 1012 preguntas*, el *Libro de Juan*, así como documentar su forma de vida y sus costumbres.

Cuando sir Edwin Drower retornó a Inglaterra para continuar su carrera diplomática en su propio país, ella regresó con él, pero volvía cada verano a Irak para proseguir sus estudios. En realidad había quedado fascinada por una cultura ancestral tan diferente a la suya.

Ethel Stefana dejó un legado cultural ingente en el que han basado sus investigaciones los eruditos posteriores y aún hoy, casi cuarenta años después de su muerte, todavía continúa estando de actualidad.

Sin embargo, ni lady Drower ni los mandeos nunca afirmaron tener tratos con Akenatón. De hecho, tampoco tuvieron contacto con los esenios de Qumrán, aunque, eso sí, recorrieron las tierras de Jerusalén al mismo tiempo que ellos.

Las «casualidades» existentes que se mencionan en la novela entre los esenios, los mandeos y Amarna son «casualidades» reales: la ubicación de la T1000 esenia está orientada al este, así como Qumrán y el Gran Templo de Atón en Egipto; hay similitudes evidentes entre algunas raíces ortográficas mandeas y otras egipcias; el dios Ptah y el Ptahil de los gnósticos; las analogías del calendario egipcio y el mandeo; o la creencia en un único dios por parte de los tres grupos.

Después de todo, los mandeos fueron expulsados de Tierra Santa a la muerte de su profeta Juan el Bautista. Los esenios tuvieron más suerte, contaron con un barrio propio en el monte Sión, que hacía dos mil años se encontraba dentro de las murallas de Jerusalén. Un equipo del doctor Shimon Gibson está llevando a cabo una campaña arqueológica en su distrito y han descubierto algunas monedas y piezas de la época; incluso sus propias piscinas rituales, que no hay

que confundir con aquella otra de los monjes ortodoxos que Victor y Said asaltan en la novela, y que también existe.

Juan el Bautista es una figura fundamental en gran parte de la obra, los primeros capítulos giran en torno a él, como gira el pueblo de Ein Kerem totalmente dedicado a su memoria. La iglesia de la Visitación y la del Nacimiento del Bautista son tal y como se describen en la novela, así como la mezquita que contiene en sus bajos la Fuente de María. También es real la capilla Sur donde el doctor Isaac (un personaje de ficción) descubre los baños mandeos, aunque no se puede visitar debido a su falta de seguridad y, además, no está totalmente desenterrada. Y por supuesto, los baños no son mandeos.

La Historia no nos ha legado ningún resto mandeo en forma de iglesia, cementerio o baño ritual, como tampoco han diseminado las letras de su mágico alfabeto por Tierra Santa grabándolas en edificios y monumentos. Su verdadero y principal tesoro es el Ginza, que les ha acompañado siempre.

Todos los lugares descritos en la novela existen tal y como se describen: los hoteles en Jerusalén, El Cairo o en Al Minya; los monumentos, las tumbas de Absalón o Zacarías y las ruinas de Qumrán y Amarna, aunque el Gran Templo de Atón aún no ha sido totalmente rescatado de las arenas del desierto y sería muy difícil para un profano localizar su sanctasantórum; el bello barrio de Yemin Moshe, con sus calles empedradas y su molino de viento; la comisaría de Jerusalén al lado de la Puerta de Herodes o los consulados italiano y británico, al que, por otro lado, jamás se le hubiera ocurrido inmiscuirse en las decisiones policiales de Israel; o el mismo café Tmol con su maravilloso filete de salmón o su infusión especial también llamada Tmol; el cementerio Jerusalem View, donde fue enterrado Isaac, todavía dispone de espacios vacíos entre sus quinientos nichos; y a la estación cairota de Mahattat Ramses le falta su colosal estatua, retirada a principios del 2007 por orden de Zahi Hawass, secretario del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto.

Muy a mi pesar, no son reales ni la casa-museo de Said, ni su azotea, en donde tan largas y fructíferas conversaciones mantuvo con Víctor mientras se maravillaban del sol cambiante en la buganvilla rosada.

También pertenece al reino de la fantasía la Asociación de los Cristianos de San Juan, con su edificio en la zona nueva de Jerusalén.

El poder de los sonidos de la música o de las palabras se vislumbra ya con el Himno al Bautista, que Paulus Diaconus inventó y que Guido d'Arezzo utilizó para obtener las siete notas musicales, las que mueven el mundo, la música del universo.

Los sonidos y las palabras constituyen otro eje principal de la novela y entroncan con la magia mandea que, aunque es poderosa, da inicio a la ficción.

Los sacerdotes mandeos jamás realizarían ningún ritual como el que Zakaria Asgari y sus acólitos llevan a cabo en la Gruta del Bautista. Sin embargo, ellos mantienen que su alfabeto es mágico y sagrado, por eso hacen repetir de memoria a los tarmidas sus textos religiosos hasta que los entonan en un perfecto mandeo clásico. Cada una de sus veinticuatro letras posee una fuerza encerrada en sí misma. La primera y la última «a» representa la Perfección, el Comienzo y el Final de todas las cosas.

Quizá el mandeo clásico se trate de la lengua más antigua que aún puede escucharse como se hacía en tiempos de Jesús, con sus sonidos fuertes y oclusivos. Las leyendas mandeas sobre el origen del universo nos dicen que lo primero en crearse fue el *abagada*, sin él nada podía ser dicho.

Existe un paralelismo con el Evangelio de San Juan en el Nuevo Testamento cuando nos cuenta que la palabra creó el universo: «En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el verbo era Dios». Dios creó el mundo con el poder de las palabras. Simplemente dijo «hágase la luz» y la luz se hizo.

El verbo, el lenguaje, con una capacidad para cambiar realidades y crear otras nuevas, con una energía contenida en su interior esperando a ser liberada. Las palabras, capaces de transformar el mundo, de emocionarnos o de transportarnos a lugares mágicos y misteriosos.

Ya Heráclito de Éfeso, un filósofo griego que vivió alrededor del año 500 antes de Cristo, dijo que «el principio de todo lo existente es el logos» y que «el lenguaje, el logos, es lo que transforma el caos, es lo que le da el sentido». Cuando hablamos transformamos ese caos, le damos sentido a la realidad y tenemos la posibilidad de transformar con nuestras palabras lo que nos rodea, a nosotros mismos e, incluso, a la verdad.

Existe una antigua expresión hebrea que dice «avara ha d'avara», que significa que mientras hablo estoy creando. Tras su cautiverio en Babilonia sobre el año 600 antes de Cristo, los persas copiaron la expresión como «abracadabra», que ha llegado hasta nuestros días. *Abacadabra*, que abre puertas, que te ofrece nuevas posibilidades.

Victor ya ha dicho *abracadabra*. Ahora asistiremos a una profunda transformación que pondrá en tela de juicio las premisas fundamentales sobre las que hemos basado nuestros últimos veinticinco siglos de andadura. Estamos asistiendo a la clausura de un período fundamental de la historia de la humanidad y al nacimiento de otro nuevo. Quizá sea el cuarto y último ciclo de la tradición mandea; o quizá, Victor haya abierto una nueva caja de Pandora utilizando una sola palabra, *abracadabra*, y ahora el mundo nos ofrezca infinitas posibilidades para cambiarlo. ¿Hacia dónde lo guiaremos? Las palabras son nuestras, el poder está en nuestros labios. Movamos las montañas.

AGRADECIMIENTOS

Es cierto que los autores siempre nos lamentamos de estar solos cuando escribimos. Pero es una verdad a medias, a mí me han acompañado tantos «amigos» en esta ardua tarea que me he sentido abrumada por su cariño. Algunos de ellos ni siquiera saben quién soy, otros en cambio han recorrido conmigo un largo trayecto de la vida.

Entre las ayudas profesionales que he recibido tengo que mencionar en primer lugar a lady Ethel Stefana Drower, pionera a principios del siglo xx de los estudios relativos a los mandeos; a los eruditos, Kurt Rudolph, Jorunn Jacobsen Buckley, Robert Macuch, Edwin M. Yamauchi y Edmondo Lupieri, consagrados a la investigación del mandeísmo, sus costumbres y ritos, su teología y su cosmogonía, su lenguaje y sus libros sagrados... Para poder narrar de una forma creíble todo lo relacionado con los mandeos he utilizado ampliamente sus conocimientos y sus análisis. Pero también he abusado de los propios gnósticos: www.mandaeenunion.org (Federación Internacional de Asociaciones y Organizaciones mandeas), www.mandaeenworld.com (ya desaparecida), www.mandaeen.org.uk (mandeos en el Reino Unido), www.mandaeen.8m.com (la comunidad sueca), www.mandaeanyouth.org (la asociación australiana) e www.iranmanda.com (Irán). Gracias.

Entre aquellos que han caminado conmigo: Amparo, que fue la primera en creer en mí cuando yo todavía no era yo; Charo, por permitirme ser su hermana y tratarme como tal; Moni, esa gran actriz con un corazón enorme; Ana, que supo llenar el vacío con su amistad; José María, por su comprensión y apoyo y esa visión certera que dan los años vividos; y Blanca, mi Blanquita. Y Rafa, por supuesto.

A Mise y a su grupo de lectura; a David y a María; a mis padres, sobre todo a ellos, gracias.

Incluso debo reconocer la ayuda de mis dos mascotas felinas, siempre prestas a escribir sobre el teclado cuando a mí se me agotaban las ideas. No lo hacían nada mal.

Antonio, para ti no tengo palabras, que los hechos pasados y futuros suplan lo que no alcanzo a decirte.

Gracias a todos por vuestro cariño y vuestro apoyo, que han sido mi aliento cuando las fuerzas me fallaban. A vosotros no podía defraudaros, vosotros creísteis en mí.

Ciudad antigua de Jerusalén

